

LAS GRANDES ENTREVISTAS DE LA HISTORIA

LAS GRANDES ENTREVISTAS de la HISTORIA (1859-1992)

*Edición e introducción de CHRISTOPHER SILVESTER Prólogo de
ROSA MONTERO Traducción de HERMINIA BEVIA y ANTONIO
RESINES*

PRÓLOGO

LA MIRADA DEL TESTIGO — Rosa Montero

Christopher Silvester, el editor del Libro Penguin de entrevistas, de donde se han extraído los textos que incluye este volumen, asegura en su larga y documentada introducción que la primera entrevista moderna, tal y como hoy la concebimos, fue publicada en el New-York Tribune el 20 de agosto de 1859. Se trataba de una conversación con Brigham Young, un líder mormón, y fue hecha por Horace Greeley, un periodista norteamericano bastante célebre en su tiempo. Silvester la incluye en su antología, aunque hoy mantiene un interés muy relativo, al menos para los lectores españoles. Esto, el sesgo etnocentrista, probablemente inevitable, lastra de algún modo el por otra parte espléndido trabajo de Silvester. Sospecho, por ejemplo, que la entrevista con Brigham no es la primera de la historia. Habría que revisar los periódicos españoles, los italianos, los franceses o griegos, que seguro que no han sido investigados; o los alemanes, pues a fin de cuentas fue ahí, en Centroeuropa, en donde comenzaron a publicarse los primeros periódicos a principios del siglo XVII. Pero no, el británico Silvester se centra sobre todo en el mundo anglosajón y designa esa discreta conversación con un ignoto Brigham como la madre de todas las entrevistas. Sea como fuere, en cualquier caso este género periodístico debió de iniciar su andadura en torno a esas fechas, o sea, a mediados del siglo XIX. Así es que llevamos unos ciento cincuenta años de conversaciones impresas. Antes de que se inventara el cine, antes de que existiera la luz eléctrica, ya se hacían entrevistas en los diarios. Es una actividad añeja, un pasatiempo veterano. También dice Silvester que, en sus orígenes, las entrevistas eran consideradas algo abominable y de poco postín. En este punto sí le creo; la aparente ligereza de la conversación periodística debía de parecer por entonces una frivolidad. En aquella época no existía el concepto de cultura de masas (el Manifiesto comunista apareció en 1848 y era un texto radical e inaceptable para la burguesía) y lo intelectual era por entonces labor de exquisitos. La ambición de entendimiento, de explicación y de difusión que encierra toda entrevista resultaba una vulgaridad. Pero justamente por eso, porque vulgarizaba, porque acercaba la cultura a la gente, porque ponía en circulación pensamientos e ideas, la entrevista resultó ser un género enormemente popular desde el principio. Gustó, se extendió, se puso de moda. Al poco tiempo ya había importantes escritores que hacían entrevistas, e importantes entrevistadores que alcanzaban el prestigio social de los escritores. La entrevista siempre ha sido un género muy literario, y hay piezas periodísticas que aspiran tanto a la eternidad como un buen cuento. Son esas entrevistas que se pueden leer cincuenta años después de su publicación con el mismo interés e idéntico placer que en el momento en que fueron hechas, porque no responden a nada accidental, no se deben a la fugacidad de una noticia pasajera, sino a la sustancia misma de la vida. Quiero decir que hay entrevistadores que quieren entender a sus entrevistados, que se esfuerzan en atisbar sus interiores, en deducir cuál es la fórmula íntima del interlocutor, el garabato esencial de su comportamiento y su carácter, y en esto, en el afán

de comprender y de saber, el periodista es como el novelista que, al desarrollar sus personajes, está explorando los extremos del ser e intentando desentrañar el secreto del mundo. Esta vertiente literaria es la que a mí más me interesa de las entrevistas, tanto a la hora de leerlas como a la de hacerlas. Por eso detesto al periodista enfant terrible, al reportero fastidioso y narciso cuya única ambición consiste en dejar constancia de que es mucho más listo que el entrevistado cuando en realidad siempre es mucho más tonto, porque no aprende nada. Esto no quiere decir, naturalmente, que el periodista no pueda enfrentarse verbalmente a su oponente. De hecho, el entrevistado es eso, tu oponente, tu enemigo durante el lance de la entrevista, la cual es una batalla incruenta, una obra teatral en la que los actores se atienen a las normas tácitas del juego y a los intereses de sus respectivos personajes. Y así, al entrevistado le interesa, por lo general, quedar bien ante el público, y para ello se esfuerza en soltar los mensajes que más le convienen y en silenciar los temas espinosos, pero lo que le interesa al periodista suele ser lo contrario, esto es, que el entrevistado se calle aquello que está empeñado en decir y diga justamente aquello que no quiere decir. O sea, la ambición del periodista consiste en desmontarle al otro el personaje externo para atisbar al ser que hay más abajo. Para alcanzar este fin hay muchos métodos. En el trayecto verbal y emocional de una entrevista puede haber halago, discusión intelectual, enfrentamiento airado, complicidad, ironía, aburrimento. De hecho, a lo largo del encuentro se suelen suceder diversas etapas: la conversación puede construir un entendimiento o crear un conflicto, puede desembocar en un chispazo de intimidad fugaz o en una situación anómala e inquietante. Este libro recoge, por ejemplo, una de las entrevistas más absurdas y divertidas que he leído en mi vida: la que le hizo en 1992 un periodista norteamericano al ensayista thatcheriano Paul Johnson, el cual observó durante el encuentro un comportamiento tan delirante que bien puede ocupar uno de los primeros puestos en la escala mundial de las rarezas. Todo lo que sucede durante la entrevista forma parte de la definición del entrevistado, de modo que incluso las situaciones más incómodas, desagradables y furibundas pueden ofrecer el resultado de una buena pieza literaria. Personalmente, sin embargo, prefiero el tono íntimo, y esos momentos casi mágicos en los que, por quién sabe qué rara y efímera armonía de las voluntades, te parece haber podido conectar con el interior del otro. Son instantes en los que los entrevistados suelen decir cosas que jamás han dicho, en los que el tiempo parece suspenderse y las palabras construyen mundos. Entre las piezas que se incluyen en el presente libro hay trabajos de este tipo, íntimos y conmovedores, como la conversación con el escritor Scott Fitzgerald, o con el líder Two Moon (Dos Lunas), o con el actor Montgomery Clift, completamente roto por la vida. Hay textos deliciosos y desternillantes, como la hilarante parodia de entrevista del escritor Evelyn Waugh, o el encuentro con una Mae West tan añosa y monumental como las pirámides de Egipto. Hay conversaciones fascinantes, tanto por el personaje como por el buen hacer del periodista, como la mantenida con un frenético Rudyard Kipling, con un insólito Al Capone o con un Hemingway algo cretino. Y hay, en fin, entrevistas reveladoras en sí mismas, que tal vez no sean imponentes obras literarias, pero que como documentos de su época resultan imprescindibles. Como los encuentros con Marx, con Freud, con Hitler, Mussolini o Stalin; con Edison y Mao y Marconi y Gandhi, por citar unos cuantos. Porque la entrevista, además de su valor puramente literario, que implica una recreación de los límites y los modos del ser a través de la palabra, ofrece también un elemento notarial, la riqueza de

una visión próxima y contemporánea al entrevistado. Quiero decir que las entrevistas antiguas nos acercan al pasado como ningún libro de la historia puede hacerlo: nos reconstruyen al personaje contemplado desde su época, con total ignorancia y, por tanto, total inocencia de lo que vendría después. Cómo se veía a Marx en 1871; cómo se escuchaban las palabras de Hitler en 1932, antes del infierno y el horror; en qué mundo se construía el discurso de Freud. En las entrevistas, en las preguntas de los periodistas, en sus comentarios, en sus añadidos, late el contexto histórico y social. Son la voz y la mirada del testigo.

ACERCA DEL EDITOR

Christopher Silvester enseña Historia en Peterhouse, Cambridge. Durante más de diez años, trabajó como periodista para *Private Eye*. Ha sido también colaborador de *GQ* y de *Vanity Fair*. En la actualidad es editor delegado de la sección "Londoner's Diary" en el *Evening Standar*. A mis profesores de Historia Peter Read, Robin Reeve, Ted Maidment y Maurice Cowling

"La entrevista es la peor aportación del nuevo [periodismo]. Resulta degradante para el entrevistados ofensiva para el entrevistado y aburrida para el público".

(Le Figaro, traducción publicada en *The Pall Mall Gazette*, 11 de mayo de 1886).

"Creo que el entrevistador que conoce su trabajo, que consigue introducirse en la mente de la persona a la que entrevista y retratarle ante el público, que no se limita a negociar con la debilidad del prójimo a tanto el folio, pienso que un hombre así contribuye realmente a preservar la historia contemporánea".

(RAYMOND BLATHWAYT, *Great Thoughts*, 11 de junio de 1892).

"Entrevistar, en el sentido periodístico, es el arte de extraer declaraciones personales para su publicación... La entrevista es un mecanismo cuidadosamente elaborado, un medio de transmisión, un espejo".

(EDWARD PRICE BELL, *Major Interviewing: Its Principles and its Functions*, 1927).

"El método interrogatorio tiene algunas ventajas concretas. Aunque no favorece el flujo de información contextual ni una imagen de conjunto, es un detector de mentiras particularmente sensible. No sólo pone al descubierto la falsedad, el embuste y la impostura, sino que también deja traslucir los prejuicios, la incompetencia y la simpleza. Llega a ser tan descarnado que el conocimiento que transmite queda constreñido a la pregunta y la respuesta, a un tipo de comunicación que oscila entre la afirmación y la negación. No obstante, esta crudeza impone a su vez un rigor absoluto que no es capaz de igualar ni siquiera la más sesuda narrativa histórica".

(GEORGE URBAN, entrevistado por MELVIN J. LASKY, "The Art of the Interview", *Encounter*, marzo de 1989).

AGRADECIMIENTOS

Normalmente, se considera la edición de antologías una tarea fácil, pero si alguien se atreviese a manifestar semejante opinión delante de mí tendría que controlarme para no

aplastarle la nariz. La senda que habitualmente sigue el antólogo, la búsqueda de datos en las bibliotecas, sólo sirve de ayuda hasta cierto punto, ya que la mayoría de las entrevistas aparecieron en efímeras publicaciones y nunca fueron reimpresas. La primera pista que me hizo reparar en el interés y la viveza de las viejas entrevistas la hallé en el apéndice de un libro sobre la prensa surafricana. Allí me encontré con las realizadas por Edmund Garrett al presidente del Transvaal, Paul Kruger, y al estadista e imperialista británico Cecil Rhodes. Tuve la sensación de estar en la misma habitación que aquellos hombres, escuchándoles desgranar sus panaceas y reflexiones, como lo percibiría uno hoy si leyese una entrevista con un político actual. Además de esa sensación —que sin duda debió causar un gran impacto en los lectores de entonces— el lector moderno cuenta con la ventaja de conocer lo sucedido al personaje tras conceder la entrevista, o incluso mucho después. Una vez embarcado en el proceso de búsqueda, mi principal guía para llegar hasta las fuentes fueron los índices y las bibliografías incluidos en libros acerca de celebridades y periodistas. He excluido, únicamente por problemas de espacio, material publicado recientemente en otras antologías, como es el caso de algunas entrevistas realizadas por Val Hennessy, John Mortimer, Lynn Barber y Naim Attallah. He tenido ocasión de disfrutar y admirar el trabajo realizado por todos ellos y ése es el motivo por el que les rindo aquí tributo. Es también el caso de otros entrevistadores británicos, aún no incluidos en recopilación alguna, como Maureen Cleave (*Evening Standard*), Valerie Grove (*The Times*), Catherine Bennett (*The Guardian*), Martyn Harris y Megan Tressider (*The Sunday Telegraph*), y Zoé Heller (*The Independent on Sunday* y *VanityFair*), que merecen especial mención. Me gustaría dar las gracias a Philip Kerr (antólogo a su vez) por alentarme en esta tarea y por sugerirme a Caradoc King como agente y a Viking como empresa editora. Vaya mi reconocimiento también para Clare Alexander, directora de publicaciones de Viking y mi editora, y para otros colaboradores del proyecto, como Judith Flanders, Annie Lee y Hilary Frost. Richard Ingrams, editor de *The Oldie*, llamó mi atención sobre la entrevista con G. K. Chesterton y me puso tras la pista de George Sylvester Viereck. Christopher Hawtree me cedió su copia de la obra de Beverley Nichols *Are They the Same at Home?* y aportó sugerencias que me fueron de gran ayuda. Michael Ver Meulen me orientó hacia la publicación izquierdista estadounidense *New Masses*. Rosie Boycott me permitió husmear en su biblioteca sobre periodismo y Valerie Grove puso su colección de recortes a mi disposición junto con un par de libros curiosos. Lynn Barber, Tom Bower, Chris Cárter, Graydon Cárter, Terry Coleman, Jonathan Cooper, Liz Elliot, Janine di Giovanni, el parlamentario George Galloway, Kenneth Harris, Robert Harris, Stephen Hermer, Mark Le Fanu, Christopher Logue, Bruce Palling, Henry Porter, Rex Reed, Paul Spike y Francis Wheen me ofrecieron su apoyo y sus ideas. El trabajo de investigación para esta antología ha resultado agotador, pero he contado con la valiosa colaboración de un diligente y entusiasta equipo que ha buceado en viejos periódicos y revistas y me ha suministrado fotocopias. En Nueva York, tuve la suerte de contar con Maureen Shelly y Sean Griffin, que se ocuparon del material americano. En Londres, Rosanna Greenstreet, Ed Glinert y Victoria Hull pusieron su habilidad a mi disposición. He calculado que mis ayudantes invirtieron más de quinientas horas en este proyecto. A lo largo de su búsqueda eliminaron mucha paja y descartaron caminos equivocados. Una vez puntualizado que el trabajo ha sido duro, quiero, sin embargo, dejar claro lo mucho que he disfrutado como

cartógrafo de este territorio inexplorado. No puedo dejar de mencionar a la London Library, el sueño de cualquier recopilador, que ofrece por sí sola la oportunidad de encontrar pistas decisivas fisgando entre montañas de papeles. Otra fuente de orientación fue el índice informatizado de la New York Public Library. Su eficaz y rápido método de búsqueda bibliográfica representa un gozo para cualquier estudioso. Por supuesto, la British Library me resultó indispensable a la hora de consultar los periodos más oscuros del pasado. En la Marx Memorial Library, la única biblioteca en Gran Bretaña que dispone de una colección semejante, pude examinar ejemplares de *New Masses*. En la National Art Library del Museo Victoria y Alberto pudimos consultar *The Pall Mall Magazine*. Es posible encontrar la mayoría de los periódicos, con excepción de algunas publicaciones locales de Estados Unidos, en la Newspaper Library de Colindale.

CHRISTOPHER SILVESTER Londres, mayo de 1993

La editorial quiere dar las gracias a los citados a continuación por la cesión del material con copyright. A Jean-Pierre Boscq por la entrevista de Georges Belmont con Marilyn Monroe, Marie-Claire, 1960; a Angela Conner Bulmer, albacea de los bienes de Penelope Gilliatt por la entrevista de ésta con Vladimir Nabokov, Vogue, diciembre de 1966; a Charlotte Chandler por su entrevista con Mae West en The Ultimate Seduction, Doubleday, 1984; a Terry Coleman por su entrevista con Margaret Thatcher, "Barrister-at-education", The Guardian, 2 de noviembre de 1971; a Express Newspapers por la entrevista realizada a Montgomery Clift por Roderick Mann, The Sunday Express, 16 de agosto de 1959; a The Guardian News Service Ltd. por la entrevista de Harold Williams a León Nikolaievich Tolstói, Manchester Guardian, 9 de febrero de 1905; a Duncan Fallowell por su entrevista a William Burroughs, Time Out, septiembre de 1982; a Eric Glass Ltd., poseedor de los derechos de autor de sir Edwin Lutyens en Are They the Same at Home? de Beverley Nichols, Jonathan Cape, 1927; a Giles Gordon por su entrevista a Joe Orton, Transatlantic Review, primavera de 1967; a Harper Collins Publishers por parte del material incluido en Talks with Mussolini de Emil Ludwig, Allen & Unwin Ltd., 1933; a Kenneth Harris por su entrevista con Lester Piggott, The Observer, 1970; a David Higham Associates en representación de Tom Driberg por la entrevista de éste con Nikita Jruschov, Reynold's News, 16 de septiembre 1956; a International Creative Management, Inc. por la entrevista de Josh Greenfield con Arthur Miller, The New York Times, 13 de febrero de 1972. Copyright © 1972 Josh Greenfield; a Milton Robert Machlin por la entrevista con Ernest Hemingway, Argosy, septiembre de 1958; a National Magazine Co. Ltd. por la entrevista de Jocelyn Stevens a Harold Macmillan, Queen, mayo de 1963; a New Republic, Inc. por la entrevista de Edgar Snow a Mao Zedong, The New Republic, 27 de febrero

de 1965. Copyright © 1965 The New Republic, Inc.; al New York Post por la entrevista de Michel Mok con F. Scott Fitzgerald, 25 de septiembre de 1936; a The New York Times por la entrevista a Stefan Zweig realizada por Robert van Gelder, 28 de julio de 1940; por la de Harvey Breit con Dylan Thomas, 17 de febrero de 1952; la de Israel Shenker a Samuel Beckett, 6 de mayo de 1956, y la de Mordaunt Hall a Greta Garbo, 24 de marzo de 1929. Copyright © 1940/52/56/29 New York Times Company; a Paris Review por la entrevista de Julián Jebb a Evelyn Waugh, The Paris Review, 1962; a Rex Reed por su entrevista con Bette Davis, 1975, incluida en su libro Valentines and Vitriol, Delacorte Press, 1977; a Jerry Stanecki, por su entrevista con Jimmy Hoffa, Playboy, diciembre 1975; a Richard Stengel por su entrevista a Paul Johnson, SPY, junio 1992; a Straight Arrow Publishers, Inc. por el resumen de la entrevista realizada por Jann S. Wenner a John Lennon, Rolling Stone, 15 de octubre de 1992; a Henry Brandon por sus entrevistas con Frank Lloyd Wright, Sunday Times, noviembre de 1957, y John Kennedy, Sunday Times, junio de 1960; a Virago Press Ltd. por la entrevista realizada a Frank Harris por Djuna Barnes en I Could Never be Lonely without a Husband de Djuna Barnes, 1987. Copyright © 1985 Sun and Moon Press. No se han escatimado esfuerzos para localizar a los propietarios de los derechos de autor. Si se ha omitido inadvertidamente a alguno, los editores agradecerían la información pertinente.

INTRODUCCIÓN

I

Desde que se inventó, hace algo más de ciento treinta años, la entrevista se ha convertido en un ingrediente indispensable del periodismo. En la actualidad, prácticamente cualquier persona no analfabeta habrá leído alguna entrevista en su vida. Desde otro punto de vista, miles de famosos han sido entrevistados a lo largo de los años, algunos en repetidas ocasiones. Por eso no resulta extraño descubrir que las opiniones acerca de la función, los métodos y los méritos de este género periodístico varían considerablemente. Hay quienes formulan extravagantes postulados, tales como el de que, en su forma más elevada, la entrevista es fuente de verdad, y en su práctica, un arte. Otros, normalmente las celebridades entrevistadas que se consideran a sí mismas víctimas, la menosprecian como una intromisión en su intimidad, o incluso tienen la impresión de que las entrevistas les degradan. Es algo similar a la creencia, existente en algunas culturas primitivas, de que al hacerle una fotografía a alguien se le roba el alma. V. S. Naipaul opina que "las entrevistas hieren a alguna gente, que siente que pierde una parte de sí misma"¹ Se cuenta que Lewis Carroll, el creador de Alicia en el país de las Maravillas, les tenía un "legítimo horror" por lo que nunca consintió en ser entrevistado:

Era su miedo a ser devorado lo que le hacía rehuir a posibles conocidos, entrevistadores y a los persistentes peticionarios de autógrafos. Posteriormente relataba con enorme satisfacción y regocijo sus éxitos a la hora de silenciar a aquella gente. No hace mucho, el Sr. Dodgson entabló correspondencia sobre ciertas delicadas cuestiones de índole religiosa con un hombre al que nunca había visto. Finalmente, le invitó a visitarle para mantener una charla sobre el tema. Cuando una mañana le anunciaron la llegada de un tal Sr. X, salió a su encuentro para darle la bienvenida con una sonrisa y un apretón de manos. "Pase usted, Sr. X. Le estaba esperando". El visitante pareció encantado con tan prometedor recibimiento y de inmediato extrajo un lápiz y un cuaderno de notas y se lanzó a formular las "preguntas de rigor". El Sr. Dodgson se sintió enormemente contrariado. ¡En lugar de a un amigo, tenía delante a un individuo con el mismo apellido, sentado de hecho nada menos que en su sillón, y para colmo era uno de esos temibles entrevistadores! El error fue aclarado de inmediato y el representante de la prensa fue despachado tan rápidamente como había sido admitido².

Rudyard Kipling era aún más radical en su actitud condenatoria hacia los entrevistadores. El 14 de octubre de 1892, su esposa, Caroline, escribió en su diario que su jornada se había "echado a perder a causa de dos periodistas de Boston". Según ella, su marido les había dicho a los periodistas: "¿Que por qué me niego a ser entrevistado? ¡Porque es una inmoralidad! Es un delito, en la misma medida que una ofensa a mi persona y una agresión, y como tal merece el mismo castigo. Es una vileza y una cobardía. Ningún hombre respetable pediría una cosa así; y menos aún la concedería"³. No obstante, Kipling había cometido la misma "agresión"

contra Mark Twain unos años antes. En una entrevista de 1894, H. G. Wells se refiere a la "penosa ordalía de las entrevistas"⁴, aunque se prestaba a ellas con harta frecuencia, y cuarenta años más tarde le haría una a Iósif Stalin. Saúl Bellow, a pesar de que consintió ser entrevistado en varias ocasiones, decía que las entrevistas eran como marcas de huellas dactilares en su garganta. La desconfianza entre entrevistado y entrevistador ha sido una constante desde los albores del género. El general Boulanger, el líder político francés de la década de 1880, le contó a un periodista de The Pall Mall Gazette su primer encontronazo con un entrevistador inglés:

¿Le he contado mi primera "entrevista" en suelo inglés? ¿No? Pues verá, me alojaba en el Hotel Bristol. Era la primera mañana tras mi llegada procedente de Bélgica. Mientras estaba sentado tomando mi desayuno, apareció un tipo en la habitación. Su cara me resultaba tan desconocida como su nombre. Sin darme siquiera los buenos días se acercó hasta mi mesa: "¿Es usted el general Boulanger?". Le contesté que sí, un tanto anonadado. "Entonces, tenga la amabilidad de contestar a unas preguntas". Para mi asombro, extrajo un cuadernito del bolsillo del pecho y comenzó a proferir todo tipo de preguntas impertinentes. Asumí el control de la situación y me levanté. "Ahí tiene la puerta. Tenga la amabilidad de salir por ella, señor". Tras mascullar alguna imprecación desapareció muy para mi alivio. Llamé al gerente del hotel y le dije que en lo sucesivo no admitiera a nadie sin hacerme llegar antes su tarjeta de visita. Puede imaginarse mi sorpresa cuando al día siguiente apareció en el periódico un largo artículo a dos columnas titulado "Entrevista con el general Boulanger"⁵.

Varias décadas más tarde, el actor Dustin Hoffman relataba (también en otra entrevista) su propia e igualmente decepcionante primera experiencia como entrevistado. "Ya tenían decidido lo que yo era...", explicaba. "Acababan de encerrarme el suelo cuando llegó la periodista. Husmeó el aire y concluyó: '¿Ha estado fumando yerba?'. Le respondí que el olor era de la cera y me contestó: Vamos... sé cómo se lo monta la gente como usted"⁶. W. L. Alden escribió en 1895 un corrosivo análisis del proceso de la entrevista, sobre la base de que tenía un efecto corruptor sobre las partes implicadas:

Él [el entrevistador] es la fuerza más poderosa que jamás haya existido a la hora de fabricar mentirosos e hipócritas. El hombre que se presta a una entrevista sabe que cualquier cosa que diga será publicada. Así pues, expresa toda clase de hermosos y falsos sentimientos que piensa serán del agrado del público. Por otra parte, se abstiene de formular sus convicciones reales porque el público podría no aprobarlas. En otras palabras, miente de manera persistente, y es el entrevistador quien le incita a hacerlo. Por lo que se refiere al entrevistador, su oficio es mentir. Tiene que escribir un artículo interesante a partir de su entrevista con éste o aquel personaje, y si el sujeto es gris y carente de interés, como casi invariablemente ocurre, el entrevistador se siente obligado a poner en labios de su víctima palabras que hagan atractiva la entrevista. Esto equivale a decir que el resultado que se plasma finalmente es siempre más o menos falso y que el entrevistador depende de sus ingeniosas mentiras para obtener el éxito entre sus lectores... El lector de entrevistas queda convencido de que el entrevistado mintió al realizar una determinada afirmación. Y, lo que es más, que el entrevistador miente al decir que el entrevistado hizo la declaración en cuestión⁷.

Sin embargo, tanto para quien se gana la vida haciendo entrevistas como para aquellos que las consideran un trámite desdichado, es fundamental mantener el sentido de la proporción. La entrevista es una forma de discurso imperfecto, y necesariamente parcial. En última instancia, el entrevistador controla lo que se publica, aunque un periodista del XIX escribió que "si lo desea... [el entrevistado] puede manejar en gran medida la situación"⁸. Otro sostenía que "el entrevistado tiene siempre la facultad de decidir el tono de la entrevista"⁹. El resultado puede ser profundo o intrascendente, ramplón o sugerente. Puede facilitarnos el acceso a los pensamientos del entrevistado o permitir que éste nos tome el pelo con su tendencia a la automitificación. Sea como sea, existe inevitablemente cierto toma y daca. Lynn Barber lo ha expuesto de la siguiente manera:

... la entrevista me parece una transacción perfectamente sencilla, aunque tal vez un tanto cínica. Como en cualquier intercambio comercial, ambas partes esperan conseguir más de lo que dan, por lo que una de ellas se sentirá inevitablemente defraudada. Aunque bien es verdad que si el defraudado es el periodista, él o ella puede limitarse a tirar la entrevista a la papelera, hecho del que son conscientes los entrevistados más sofisticados e inteligentes, por lo que intentan que la cosa salga bien. Buscan parecer interesantes, pero sin dejar al descubierto demasiado de sí mismos¹⁰.

A pesar de sus inconvenientes, la entrevista es un medio de comunicación extraordinariamente útil. "En la actualidad, más que en ningún otro momento de la historia, obtenemos gracias a las entrevistas las más vividas impresiones acerca de nuestros contemporáneos", escribió Denis Brian. "En el interrogatorio de un hombre a otro percibimos prácticamente todo lo que tiene alguna relevancia. A causa de esto, el entrevistador disfruta de una posición de poder e influencia sin precedentes"¹¹.

II

La entrevista puede definirse como "un encuentro cara a cara con el fin de entablar una conversación formal entre un representante de la prensa y alguien de quien éste espera obtener declaraciones para su publicación"¹². Se la ha llamado "el arte de extraer declaraciones personales para su publicación"¹³. Su invención ha sido atribuida a Horace Greeley, editor del New-York Tribune, y a James Gordon Bennett Sr., propietario de The New York Herald. La famosa entrevista de Greeley en Salt Lake City con Brigham Young, líder de la Iglesia mormona, fue publicada en agosto de 1859, pero se concede a Bennett el crédito por la primera entrevista, realizada veinte años antes al presidente de los Estados Unidos Martin van Buren en Washington. Esta última no puede ser denominada con propiedad una "entrevista", ya que consiste simplemente en una serie de párrafos en los que Bennett describe el encuentro y la conversación a grandes rasgos y hace algunos comentarios cáusticos sobre el aspecto del sujeto. Virtualmente, no incluye la transcripción de ningún diálogo, ya sea directa o indirectamente¹⁴. Por contra, el artículo de Greeley sobre Brigham Young puede presumir sin lugar a dudas de ser la primera entrevista auténtica con un personaje célebre. Se atiene en gran medida al formato de preguntas y respuestas familiar para los lectores de nuestros días. Aunque el Herald había publicado durante la década de 1850

trabajos que contenían pequeños fragmentos de declaraciones realizadas en el transcurso de una conversación, difícilmente podría denominárseles entrevistas en el sentido moderno del término. Por ejemplo, la transcripción de la conversación mantenida en 1836 por Bennett con Rosina Townsend (testigo en el caso del asesinato de Ellen Jewett) ha sido considerada en ocasiones como la primera entrevista, aunque un historiador ha señalado que "con su formato de interrogatorio, habitualmente usado por aquel entonces en los informes sobre juicios, suena más bien a una declaración extraoficial (durante el encuentro estuvo presente un funcionario)...". De hecho, los historiadores han sugerido que la técnica de la entrevista surgió de la familiaridad de los periodistas y el público con las transcripciones literales de los procesos judiciales y con el elemento de "interés humano" que despiertan tales informes¹⁵. No obstante, la implantación de la entrevista coincide con varios acontecimientos. La generalización de la educación o del mercado de los medios escritos de masas, por ejemplo, supusieron la existencia de un público receptivo para muchas y variadas opiniones. Dada la naturaleza de la moderna sociedad burguesa, había un creciente número de personas, muchas de las cuales no eran escritores, que encontraban hueco entre las celebridades. La difusión del realismo en la literatura supuso que los lectores se acostumbraran a los diálogos naturalistas, aunque algunos entrevistadores sucumbieran a "la tentación de contemplar a los hombres y a sus logros a través de los ojos de un dramaturgo costumbrista de cuarta fila"¹⁶. Pero ante todo, la ascensión de la entrevista fue parte de una revolución en el modo de ver a los personajes públicos. Como señalaba el historiador J. A. Froude en una carta al periodista Raymond Blathwayt, "le había interesado profundamente" una entrevista que este último había realizado a uno de sus viejos amigos, el eminente biólogo sir Richard Owen: "Ha conseguido usted acercárnosle. Casi podía imaginar que estaba sentado en la habitación hablando con él"¹⁷. Ésa era, y sigue siendo, la razón fundamental por la que la entrevista enganchó de tal modo al lector: transmite la ilusión de intimidad con las personas famosas y los testigos de acontecimientos de trascendencia. Pocos meses después de la conversación Greeley/Young, el New York Herald envió a un periodista a entrevistar al cuáquero Gerrit Smith sobre su papel en el incidente de Harper's Ferry, en el que una banda descontrolada de agitadores abolicionistas, al frente de la cual estaba John Brown, asaltó un arsenal. Edwin L. Shuman en su *Practical Journalism* (1903) cita a un editor norteamericano (al que discretamente llama "Brown") como autor de la primera entrevista en el New York Herald en 1859: "Cuando se produjo el asalto de John Brown en Harper's Ferry, el Herald mandó a un reportero para hablar con Gerrit Smith en su casa de Peterborough. Smith habló libremente del asunto, y el resultado de la conversación constituye una entrevista en el sentido moderno del término. Durante la guerra civil fueron muchos los hombres entrevistados y el nuevo formato periodístico se convirtió en un elemento más de la profesión"¹⁸. Otros comentarios la describen como "la primera entrevista propiamente dicha"¹⁹. Sin embargo, se sostiene que fue J. B. McCullagh, que más tarde se convertiría en editor del *Globe-Democrat* de San Luis, quien popularizó la entrevista diaria en los años posteriores a la guerra civil. Su ejemplo fue seguido por escritores como Murat Halstead, Henry Watterson, Joe Howard y George Alfred Townsend. De hecho, McCullagh se convirtió en el primer periodista en entrevistar a un

presidente de Estados Unidos (a Andrew Johnson, poco antes de su recusación)²⁰. En septiembre de 1890 el periodista norteamericano Frank A. Burr escribió un artículo en Lippincott's Magazine titulado "El arte de la entrevista", en el que echaba un vistazo al pasado para contemplar con orgullo profesional los veinticinco años transcurridos desde la invención de la entrevista: "Como ocurre con todos los cambios en una gran industria, se ha abusado del método tanto por parte del entrevistador como del entrevistado, y con la misma frecuencia por parte de ambos. Pero de no ser por la entrevista, muchos asuntos de vital importancia relacionados con la historia de este país desde 1860 habrían pasado inadvertidos, y no sólo para la nación sino para sus anales". Aun así, durante la década de 1860 el Chicago Tribune, por ejemplo, no valoraba esa virtud y sus críticas fueron reproducidas en el Daily News de Londres: "Parte de la prensa diaria de Nueva York está haciendo todo lo posible para conseguir que el periodismo se convierta en una profesión despreciable gracias a una especie de servilismo adulator que llaman entrevista"²¹. Y el periódico liberal de Nueva York, The Nation, publicaba en 1869 que la entrevista "tal y como se entiende ahora mismo es, en general, un producto fruto de la unión de cierto tipo de farsantes y oportunistas políticos y un reportero embaucador"²². Dos años después, este enfoque sólo había variado ligeramente y The Nation acusaba a la entrevista de "dejar en ridículo a grandes hombres"²³. Richard Grant White, editor de la revista Galaxy, dejó escrito que la entrevista era "la más perfecta maquinación jamás ideada para convertir al periodismo en una ofensa, algo cuyo hedor constituía un atentado contra cualquier nariz decente"²⁴. Henry W. Grady, editor del Atlanta Constitution, adoptó la posición contraria, al señalar que la entrevista contaba con prestigiosos antecedentes, ya que "Sócrates, una persona profundamente respetable, introdujo la costumbre en las calles de Atenas"²⁵. Pocas de las primeras entrevistas realizadas podían compararse con diálogos socráticos o con doctas lucubraciones, pero una vez inventada, la entrevista demostró ser un medio sin igual para la investigación periodística y su nivel pronto llegó a ser aceptable, al menos por lo que se refiere a los reporteros norteamericanos. Lo que sigue es un resumen de las declaraciones realizadas por el emperador de Brasil al ser entrevistado por un representante de The New York Herald durante una visita a El Cairo, en 1871:

Corresponsal: He visto una copia de Galignani que incluye una entrevista con el Sr. Seward, del New York Herald, encima de su mesa. ¿Lo ha leído ya su majestad? Don Pedro: Sí, y con mucho interés. El Sr. Seward ha sido un gran viajero [sic] y parece haber fomentado grandemente sus dotes de observación. Yo no sería capaz de ir tan lejos como él. Por cierto, supongo que en este momento estoy siendo "entrevistado". Creo que es ése el término correcto. Corresponsal: Así es, majestad, pero estaré encantado de someter a la consideración de su secretario el manuscrito por si hubiera algo en él que prefiera suprimir. Don Pedro: Gracias, pero creo que no será necesario. Toda mi vida ha sido una perpetua entrevista, y consiguientemente nunca digo nada que no desee que se haga público. Diría, no obstante, que resulta bastante novedoso encontrar a un enviado del New York Herald a la sombra de las pirámides. Corresponsal: Los corresponsales del Herald son hombres emprendedores y

acuden a cualquier lugar. Don Pedro: Sí, son emprendedores y merecen la prosperidad de la que disfrutaban... pero ahora tengo que pedirle que me disculpe porque tengo un compromiso con el príncipe heredero. Le deseo que tenga un buen día²⁶.

El Oxford English Dictionary otorga al término "entrevista" un origen periodístico y sitúa su nacimiento en 1869. Ese mismo año, *The Nation* recuerda a sus lectores que la entrevista "es una peculiaridad del periodismo americano"²⁷. Sin embargo, Henri de Blowitz, el corresponsal en Europa de *The Times*, se permitió entrevistar también a figuras públicas, como el rey Alfonso XII de España, Maurice Gambetta (arquitecto de la III República francesa), el príncipe Bismarck, el Sha de Persia, el papa León XIII y el sultán Abdul Hamid II de Turquía (aunque Bismarck denunció al periodista ante el Reichstag por dar publicidad a lo que él había considerado una conversación privada). En una curiosa muestra de la utilización de dobles raseros, *The Times* no estaba dispuesto a tolerar la publicación de entrevistas realizadas a celebridades nacionales. La primera entrevista realizada a una figura pública en Inglaterra fue la del político liberal W. E. Forster a su vuelta de un viaje a Bulgaria. El entrevistador fue W. T. Stead. Forster accedió a la entrevista con Stead, pero fijó dos condiciones (la segunda era en cierta medida absurda):

No pongo objeción a ser entrevistado porque considero que la entrevista ofrece al hombre de estado una valiosa plataforma para difundir sus ideas sin contraer responsabilidades, y le capacita para percibir la reacción pública antes de asumir formalmente el asunto. No obstante, hay dos salvedades. La primera condición es que ninguna entrevista debiera publicarse antes de haber sido sometida al entrevistado para su corrección. Y, en segundo lugar, nunca debería revelarse al mundo que el contenido de la misma ha sido facilitado al entrevistado antes de su publicación. De otro modo, una entrevista revisada por la persona entrevistada resultaría casi tan comprometedoras como si se tratase de un artículo escrito y firmado o de un discurso público²⁸.

Stead fue el encargado de popularizar la entrevista en Gran Bretaña durante la década de 1880. En los primeros seis meses de 1884, por ejemplo, *The Pall Mall Gazette*, un periódico vespertino editado por Stead, incluyó nada menos que setenta y nueve entrevistas²⁹. En sus Memorias, sir Wemyss Reid sostenía que las entrevistas de Stead "con los hombres más destacados de nuestro tiempo" marcaron el comienzo de lo que pronto se conoció como "el nuevo periodismo"³⁰. La entrevista era contemplada con recelo por muchos de los miembros tradicionalistas de la prensa británica, en parte debido a su novedad y en parte porque era un formato importado de Estados Unidos. Un escritor comentó despectivamente en 1887 que la entrevista, evidentemente un producto procedente de corresponsalías extranjeras "adoptado cautelosamente entre nosotros en series como 'Celebrities at Home', era en ese momento "algo a lo que recurren ampliamente políticos, fariseos, reformistas sociales, hombres de ciencia, artistas, comerciantes, locos o cualquier otro que quiera ganar notoriedad para sí mismo o sus proyectos y pretensiones, en los que esperan interesar al público"³¹. El editor y propietario de *The Pall Mall Gazette* era el que salía peor librado, según el autor de este comentario, por ser el responsable de la introducción de dicho formato en la prensa diaria de Inglaterra y por

"adornar sus entrevistas con detalles dramáticos, e incluso melodramáticos, minuciosamente precisos o juiciosamente inventados". Estas burlas no afectaron a Stead. Encontró la justificación definitiva para lo que estaba haciendo cuando su entrevista con "Chinese Gordon" sobre el tema de la política imperial en Sudán sirvió, de hecho, para persuadir al gobierno Gladstone de que enviase a Gordon a Jartum. Esto dio alas a Stead, que se vanagloriaba de gobernar el imperio desde Northumberland Street (el domicilio de las oficinas de The Pall Mall Gazette). Como es lógico, Stead se convirtió en ferviente proselitista de las entrevistas. El 5 de abril de 1884 escribió una sección en el periódico titulada "Occasional Note": "Una de las supersticiones de la prensa inglesa, que afortunadamente va cayendo en desuso, es la de que en este país la entrevista constituye una monstruosa ruptura con la dignidad y el sentido de la propiedad del periodismo. Ninguno de nuestros dignos contemporáneos duda en entrevistar a cualquiera fuera de las islas Británicas, pero esta práctica no debe cruzar el Canal". Pocos meses más tarde, en agosto de 1884, Stead redactó un titular que rezaba: "La entrevista frente al libro". En su artículo comentaba la decisión del presidente del Tribunal de Justicia, Coleridge, de escribir un libro acerca de su reciente estancia de diez semanas en Estados Unidos. Stead apuntaba que la expectación existente ante la publicación de las reflexiones de lord Coleridge "no era realmente una demanda de literatura sino de conversación... Sería absurdo escuchar a lord Coleridge filosofando acerca de América, aunque es muy natural el deseo de oírle hablar de ella. Y para entablar una conversación, un libro no es la fórmula apropiada". Ese mismo mes de agosto, Stead volvió a alabar las cualidades esencialmente democráticas de la entrevista y su pertinencia en el caso de aquellos que no eran capaces de escribir bien pero cuyas opiniones eran de interés. Describía la entrevista como "... el medio más apasionante ideado por el hombre para extraer ideas de unos pocos para la instrucción y entretenimiento de muchos... Muchos hombres notables son poco hábiles a la hora de expresarse con la pluma y, para ellos, la intercesión del entrevistador es casi tan necesaria como la de un intérprete en China"³². A finales de 1884, Stead consiguió apuntarse un tanto: "Entre los logros trascendentes del año hay que mencionar la 'aclimatación' de la entrevista al periodismo inglés. Que esta forma de influir sobre el público satisface una demanda real lo prueba el hecho de que sólo fuera preciso un ejemplo para que la mayoría de los periódicos lo siguiesen... Confiamos en que el próximo año veremos a la entrevista tomar carta de naturaleza en las páginas del 'principal' periódico. El desdén de los eruditos por la entrevista quedó expresado en un comentario sin firma publicado en The Saturday Review del 6 de septiembre de 1890. Era la respuesta a un artículo de Frank A. Burr publicado en la edición mensual de Lippincott's Magazine. Como ya hemos visto, en este trabajo se repasaban los primeros veinticinco años de la práctica de la entrevista en la prensa americana. Su conclusión era que la entrevista constituía una valiosa aportación al conocimiento de la historia contemporánea. Stead se lanzó a la defensa de Burr en la edición de ese mismo día de The Pall Mall Gazette. La única ofensa de Burr, sostenía Stead, "ha sido que durante cierto número de años se ha ganado la vida como intermediario entre hombres que tenían algo que decir y el público, que deseaba oírles...":

Vista sin más complicaciones, una entrevista es el resumen de una conversación: un medio

de plasmar los puntos de vista o de trazar la personalidad de un hombre al que la historia siempre deja a deber al menos la mitad de su realidad y color... En la medida en que el entrevistador actúa simplemente como un bien hallado secretario privado que ofrece al mundo un artículo firmado sobre el hombre del momento ahorrando a éste la fatiga de la composición literaria y al público el gasto de media corona a cambio de un tedioso informe posterior que muchos no podrían permitirse comprar o no se molestarían en leer, la entrevista pervivirá o se hundirá con el periodismo como un todo... Si se compara al entrevistador con el crítico, el primero tiene una ventaja de partida: sirve como vehículo del discurso de hombres que tienen el derecho a expresarse, mientras que el Saturday Review reproduce las palabras de personas que, en general, son sin duda eruditos y con frecuencia caballeros, pero cuyas credenciales en otros aspectos permanecen ocultas tras el velo del anonimato.

Stead admitía que los entrevistadores, en especial los de la variedad "Celebrity at Home", pecaban en ocasiones de falta de buen gusto, pero "en comparación con el valor de un inmenso mecanismo de iluminación democrática, un fallo aquí o allá no debe impedir que el mundo siga dando vueltas". Al mismo tiempo que Stead hacia tragar entrevistas a los lectores ingleses de diarios, en Estados Unidos un hombre hizo más que ningún otro por popularizarlas en la prensa cotidiana. Se llamaba Joseph Pulitzer, y es quizá la figura más famosa de la historia del periodismo americano merced a los premios que llevan su nombre. Su periódico, el World de Nueva York, publicó varias entrevistas que abrieron el camino, incluyendo una con la reina Victoria. Aunque esta última consistía fundamentalmente en una pormenorizada descripción del progresivo acercamiento del periodista a la soberana en el patio de una iglesia escocesa, incluye una frase memorable de la reina, que exclama, dirigiéndose a su ayuda de cámara, que el reportero "muestra tanta audacia como el resto de su nación"³³. Otra de las entrevistas, la realizada con el anterior presidente de Estados Unidos, el general Ulysses S. Grant, en 1884, resultó significativa porque Grant aprovechó la ocasión para anunciar su respaldo a John Logan en la nominación republicana a la presidencia. La entrevista colocó a The World a la cabeza de la jauría por una información que tuvo carácter histórico³⁴. Pulitzer sabía con certeza cuáles eran los elementos que constituían una buena entrevista. A causa tal vez de su ceguera, Pulitzer concedía gran importancia en su periódico a la incorporación de detalladas descripciones físicas de los entrevistados. "Por favor, no deje de insistir a los hombres que redactan nuestras entrevistas con destacadas personalidades", escribió en un informe a uno de los miembros más veteranos de su equipo, "que es extremadamente importante ofrecer un retrato llamativo y vivido del sujeto, así como de su entorno doméstico, de su esposa, sus hijos, mascotas, etcétera. Ésas son las cosas que más claramente crearán una imagen de él ante el lector medio, mucho más que sus más imponentes pensamientos, objetivos o declaraciones"³⁵. Este aspecto del arte de la entrevista constituyó también un motivo de preocupación para Henri de Blowitz, aunque, como señalaba su biógrafo, "es difícil decidir en qué medida era resultado de la observación real y en qué medida lo era de las convenciones literarias y teatrales de un periodo en el que hombres y mujeres no hacían más que suspirar, ruborizarse y contraer sus músculos faciales o sugerir con la intensidad de sus miradas alguna poderosa emoción oculta"³⁶. George

Newnes impuso convenciones similares a las estipuladas por Pulitzer cuando empezó a publicar en Londres una serie de "Entrevistas ilustradas" en su revista mensual The Strand Magazine durante los primeros años de la década de 1890. Además de las descripciones coloristas, los artículos aparecían invariablemente acompañados de varios retratos o fotografías del sujeto en diferentes etapas de su vida, junto con otras de su lugar de residencia y otras ilustraciones (por ejemplo, muestras de la caligrafía del entrevistado). Otra publicación ilustrada de periodicidad mensual, The Idler, editada por Jerome K. Jerome, incluía una sección parecida con el título "Leones en su guarida". Pero el anónimo autor de un manual de bolsillo publicado en 1900 para los aspirantes a periodistas, How to Write for the Magazines (Cómo escribir para las revistas) aireaba su disgusto ante tanta nota colorista:

Así pues, no insistamos tanto en que "el cuarto de miss Jennyson parece un decorado de cuento de hadas". No dediquemos párrafos enteros a sus hermosas vitrinas repletas de bronce antiguos, a su delicado mobiliario de estilo Chippendale, a su encantador cabecero dorado. A menos que exista un motivo muy especial por el cual el cabecero de miss Jennyson deba ser traído a colación (por ejemplo, si se trata de un regalo de algún personaje de la realeza o alguien famoso), es de suponer que los lectores estarán suficientemente interesados en ella al margen de cómo sea su cabecero. Al público no le gustaría que miss Jennyson irrumpiese en sus estancias más privadas, por tanto, no permitan que irrumpa él en las de miss Jennyson³⁷.

Aunque hacia 1895 la entrevista se había impuesto ya como técnica periodística, todavía debía hacer frente a los críticos más arrogantes. En un ensayo publicado en New Review bajo el título "El nuevo periodismo"³⁸, Evelyn March Phillips se lamentaba del culto a la banalidad que la práctica de la entrevista había desencadenado:

Durante un viaje que realicé la semana pasada, un amigo me ofreció dos publicaciones ilustradas baratas. Entre las dos contenían ocho entrevistas. Hubo un tiempo en que la justificación para semejante práctica era que gratificaba la curiosidad inteligente, que ofrecía una visión muy cercana de personalidades conspicuas y que permitía a éstas ampliar la información que ya era de dominio público con explicaciones de carácter informal. También se argumentó que la entrevista ponía ante nosotros con toda claridad interesantes descubrimientos o creaciones, pero todos los protagonistas importantes han sido ya exprimidos hace tiempo. Las personalidades relevantes no se multiplican en la proporción necesaria para cubrir la demanda existente, por lo que se ha ido elaborando una lista que empieza a incluir a grises mediocridades que apenas se diferencian en nada de sus conciudadanos. A lo largo de una tarde en un vagón de ferrocarril tuve tiempo para estudiar a fondo esas revelaciones que se ofrecen al público semanalmente. La mayoría estaban dedicadas a actores y actrices cuyos nombres me decían bien poca cosa. También había una entrevista con cierta señorita que montaba un caballo pinto en un circo y se habían incluido dos retratos que ofrecían detalles íntimos de una parisina cuyo principal mérito consiste en ser atractiva y famosa. Todo aquel que esté interesado en la descripción de un piso repleto de palmeras y con tapicerías estilo Liberty, o en el escaso gusto y las poco originales opiniones de una actriz de vodevil de segunda fila, se habrá entretenido y habrá sentido su curiosidad satisfecha. Ninguna idea interesante, ninguna palabra inteligente. Las primeras frases de una

de las entrevistas sí que despertaron en mí ciertas efímeras expectativas. "No resulta sencillo entrevistar a alguien", decía, "cuando te estás desternillando de risa. Fulano de tal no dejó ni por un momento de hacer ingeniosos comentarios con su propio e inimitable estilo". Esperanzada, eché un vistazo más adelante, pero todos los ingeniosos comentarios habían sido dejados a la imaginación del lector.

No todas las entrevistas eran fuentes de trivialidad. Algunas publicaciones vieron en la entrevista una oportunidad para la erudición y la altura de miras. *Great Thoughts*, fundada en Londres en 1884, tenía como propietario al diácono congregacionista Thomas Smith y como editor al ministro wesleyano Robert P. Downes. Era una revista de periodicidad semanal que incluía ensayos, críticas de libros, reseñas, novelas de carácter ético publicadas por entregas y entrevistas. Se entrevistaba a clérigos, por supuesto, pero también a escritores, políticos, filántropos, exploradores, misioneros y partidarios de la reforma social. Smith y Downes creían en la entrevista como instrumento para la edificación moral y acicate para la superación intelectual. Tal y como lo expresó Downes, "debería aportar al pensamiento abstracto el encanto de la vida y el ejemplo personales". Años más tarde añadiría: "Me sedujo la idea de que no sería mala cosa hacer llegar hasta mis conciudadanos fragmentos de la literatura más pura y ennoblecedora a un precio asequible... También deseaba aportar un antídoto contra la basura, la frivolidad y la degeneración que se ofrece al público"³⁹. La estrella de la publicación era Raymond Blathwayt (que probablemente disfrutó de más encargos como entrevistador a lo largo de un periodo de veinticinco años que ningún otro de sus contemporáneos). Era hijo de un sacerdote anglicano y él mismo había sido cura. *Great Thoughts*, con una tirada de 50.000 ejemplares, era "ampliamente leído por el clero y los ministros de todos los cultos". Entrevistado por Blathwayt en 1892, Thomas Smith explicaba que un buen semanario debía contener todo aquello "que resultase enaltecedor" y "seguir una orientación moral, social y científica, ya que la ciencia, en mi opinión, forma parte de la religión..."⁴⁰. A principios de la década de 1890 la implantación de la entrevista había alcanzado proporciones epidémicas. Además de lo accesible de su forma, las entrevistas resultaban rentables. Era el mejor modo de asociar a una publicación con nombres distinguidos procedentes de todos los campos de la actividad humana sin que ésta se viera obligada a pagar a los personajes en cuestión las cuantiosas sumas que, dada su celebridad, habrían tenido que abonarles como colaboradores. Cuando Harry Cust se convirtió en editor de *The Pall Mall Gazette*, uno de sus periodistas, Lincoln Springfield, "descubrió que la línea de menor resistencia, la que vendía más ejemplares con una menor inversión", era la entrevista. Fue de gran ayuda el hecho de que Cust, como presunto heredero de un conde, estuviese relacionado con muchas de las personalidades seleccionadas por la revista⁴¹. En el número de diciembre de 1895, *The Idler* publicó el resultado de una reunión de "entrevistados" que debatieron la cuestión: "¿Son los entrevistadores una bendición o una maldición?". Los participantes fueron la señora Lynn Linton, Barry Pain, W. T. Stead, John Strange Winter y W. L. Alden. La señora Linton describió a los entrevistadores como "el mayor incordio y el más fútil de los fracasos que han traído consigo estos tiempos de locura". Opinaba que las entrevistas eran "una pura farsa", "superficiales" y de cuestionable valor como guía para entender la personalidad de los sujetos entrevistados, porque dos

entrevistadores distintos podían ofrecer una impresión diferente de la misma persona. Como ya hemos visto, otro enemigo de las entrevistas, W. L. Alden, argumentaba que el individuo entrevistado ofrecía deliberadamente una imagen falsa de sí mismo para agradar al público, mientras que si el entrevistador creía que el sujeto era "gris y poco interesante" no tenía empacho en poner en boca del mismo palabras que no había pronunciado con tal de hacer más atractivo el artículo. Como para confirmar esta aseveración, aunque no en tono de desaprobación, W. T. Stead escribió: "He tenido una considerable experiencia como entrevistador y como entrevistado, y como consecuencia de la misma puedo afirmar que aquellos a los que uno entrevista se muestran muy impresionados con la maravillosa exactitud de la memoria del periodista cuando se les hace hablar mucho mejor de lo que lo han hecho." T. P. O'Connor, miembro del Parlamento Nacionalista Irlandés además de periodista y propietario de un diario, recordaba la ocasión en que había sido entrevistado por Stead en otra entrevista realizada por un periodista del Sketch:

Siempre recelo de un entrevistador ocasional como usted, porque plasma mis pensamientos con su brillante y vigoroso lenguaje, y el tono resultante es a veces sorprendentemente ególatra. Fui entrevistado por el señor Stead mientras se encontraba en prisión y pasé todo el día siguiente oculto. Me descubrí dirigiéndome al mundo en un tono de tal infalibilidad, seguridad y altivez que me espantó mi propia imagen. Aunque admiro al señor Stead, prefiero hablar con arreglo a mi propio carácter. Le ruego que no me haga usted también tan flaco favor.

La reacción de Stead a esta crítica fue cruel:

¡Un flaco favor! "Que se nos conceda la gracia de vernos a nosotros mismos como nos ven los demás". Difícilmente puede culpárseme de que al señor O'Connor no le agradase el reflejo de su rubicundo semblante en el espejo de mi entrevista. Si el señor O'Connor no tuvo oportunidad de revisar las galeradas de su entrevista antes de que viese la luz, la omisión sólo puede ser explicada por el hecho de que yo me encontraba en vil cautividad y no podía ocuparme personalmente de esas cosas. The Pall Mall Gazette siempre ha tenido por norma inexorable no publicar ninguna entrevista hasta que el interesado no ha dado su visto bueno a la misma⁴².

Aunque Stead compara su técnica con un espejo que refleja al sujeto, a menudo era él quien quedaba reflejado. Un entrevistador creía que era ésta una particularidad que diferenciaba el estilo inglés del americano:

El lector avisado apreciará que he incluido cinco veces la palabra "yo" en las primeras líneas de este artículo. Ahí tienen el secreto de la entrevista tal y como se practica en Inglaterra en 1894. El entrevistador de éxito exhibe tanto como le es posible su propia personalidad, empleando a su víctima como un perchero en el que cuelga sus propias opiniones. Si fuera posible convencer al entrevistador de que lo más idóneo sería que se colgara él también, el mundo sería más luminoso y mejor... .. En América se nos muestra la realidad, y hasta un jovenzuelo sabe cómo hay que hacerlo. Un entrevistador debería ser como la lámina de cristal del escaparate de una buena tienda, a través de la cual pueden verse claramente los artículos sin que, aparentemente, nada se interponga entre uno y la interesante colección en él expuesta⁴³.

Otro motivo por el que la entrevista se vio sometida al fuego de los comentaristas sociales fue que se trataba de un campo periodístico en el que las mujeres competían en igualdad de condiciones con los hombres. Como señalaba el profesor John Carey en su obra *The Intellectuals and the Masses* (Los intelectuales y las masas): "Para algunos intelectuales, un aspecto negativo de la popularidad de los diarios radicaba en el hecho de que alentaban a las mujeres... En cierta medida, el periodismo populista se convirtió en una vía, por imperfecta que fuera, de concienciación, independencia y autoestima para las mujeres"⁴⁴. Un libro de Henry James de 1880, *The Portrait of a Lady* (Retrato de una dama) presenta un personaje femenino, Henrietta Stackpole, una despierta periodista que escribe para un periódico imaginario de Nueva York llamado *The Interviewer*, lo que pone de relieve que las entrevistas realizadas por mujeres habían arraigado ya por aquel entonces en Estados Unidos. Elizabeth L. Banks, una periodista norteamericana que trabajó en Londres durante la década de 1890 y provocó un gran revuelo al ponerse a trabajar como criada durante unos meses para narrar posteriormente sus experiencias, pensaba que la entrevista era "la más gratificante, apasionante y edificante rama del periodismo que pueda desempeñar una mujer", ya que "la pone en contacto con la gente importante, extraordinaria e interesante del mundo"⁴⁵. Ofrecía a la mujer la rara oportunidad de relacionarse sin mediación de carabina alguna con hombres públicos, motivo por el cual algunos de ellos se negaban a ser entrevistados por mujeres, o accedían sólo en caso de que hubiese una tercera persona presente. Esta última práctica tardó más tiempo en imponerse en el continente europeo, donde, según la periodista de *The Pall Mall Gazette* Huida Friederichs, las personalidades extranjeras a las que visitaba "olvidaban mostrarse sorprendidas y revelaban cierta curiosidad por la entrevistadora"⁴⁶. Elizabeth Banks creía que las mujeres eran "mucho mejores entrevistadoras que los hombres" porque "normalmente tienen más tacto" y "entre sus características naturales se cuenta una mayor mano izquierda". Además, eran "más observadoras y capaces de tomar nota de las cosas pequeñas de la vida", y mostraban una "mayor habilidad para el 'mucho ruido y pocas nueces' al regresar a su despacho tras una conversación con una personalidad prominente"⁴⁷. Un editor alabó a las mujeres entrevistadoras porque "en más de una ocasión... un personaje que se había mostrado remiso a hablar había cedido ante su habilidad y dotes de persuasión"⁴⁸.

III

Como resultado del creciente culto a las celebridades surgió entre los lectores de periódicos y revistas el deseo de estar al corriente de hasta los menores detalles de las vidas de los personajes públicos. No es de extrañar que algunos de ellos considerasen tediosas las entrevistas y su propia contribución a ellas repetitiva. "La gente decidirá que soy el mayor charlatán de Europa si acepto ser entrevistado una vez más. No sé si hace la número cincuenta o la cien desde que he vuelto a París", explicaba el novelista francés Alphonse Daudet a R. H. Sherard en una entrevista para la edición del mes de julio de 1895 de *The Humanitarian*. "Además, mon fils, ¿qué puedo contar que no haya contado ya? El saco está vacío. De hecho, y para mi disgusto, me han hecho decir muchas cosas que nunca he dicho. ¿No se ha afirmado acaso que yo había hablado con desprecio y burla de la hermosa mujer inglesa, cosa

que jamás hice? Por no hablar de otras cosas". Otro personaje entrevistado en múltiples ocasiones fue el escritor americano Mark Twain. En "Mark Twain, fragmentos de entrevistas realizadas en persona por Luke Sharp", publicado en la edición de febrero de 1892 de *The Idler*, se cita la siguiente declaración de Twain: "Si alguien vuelve a entrevistarme, le enviaré una factura por cinco veces lo que cobraría por un artículo de la misma longitud". Y cuando en 1900 Twain cumplió setenta años, afirmó: "Me niego a prestarme a más entrevistas" y anunció públicamente que "nunca volvería a pronunciarse respecto a ningún asunto que se le plantease a menos que hubiese reflexionado previamente acerca del mismo". Unos años más tarde visitó Inglaterra y un periódico le solicitó una entrevista que sería "marconografiada" a América a través del Atlántico. "Pero eso es trabajo", repuso Twain, "y hace tiempo que me he retirado de la vida activa"⁴⁹. En cierto sentido, y a pesar de su valor educativo y recreativo, la entrevista ha sido siempre una forma profundamente parasitaria del periodismo. "¡Dios mío!", exclamó Wilson Mizner delante de la entrevistadora Djuna Barnes en 1916, "¿es que voy a ser expoliado intelectualmente todo el camino hasta mi despacho? Con las joyas extraídas de mi discurso podría usted hacerse un par de ligas". Diferenciando sus entrevistas de la variedad habitual o "de jardín", Oriana Fallaci admitía que "resulta más fácil que escribir... uno toma las 'flores' ajenas y las vende como propias"⁵⁰. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, los jugadores de críquet británicos se mostraron reacios a las entrevistas. El motivo fue que "cuando algunos de ellos se comprometieron a escribir acerca de los partidos más importantes de la temporada, se dieron cuenta de que sus conocimientos tenían un valor especial y se mostraron menos dispuestos a que sus comentarios fuesen publicados"⁵¹. En 1895 se puso en marcha una curiosa demanda por libelo como resultado de una entrevista que nunca había tenido lugar. W. S. Gilbert, el famoso libretista de operetas del Savoy, fue demandado por una periodista, la condesa de Bremont. Como colaboradora de la revista *St. Paul's* escribió a Gilbert para solicitarle una entrevista. Él contestó pidiéndole a cambio veinte guineas (posteriormente aclaró que había pedido una compensación económica porque la condesa tenía fama de indiscreta). La respuesta de ella fue que esperaba tener ocasión de hacer su necrológica gratis. Gilbert envió copias de esta correspondencia junto con una nota aclaratoria a varios periódicos para poner al corriente a sus editores de la animadversión que la dama sentía por él. El resultado fue que ella le demandó por libelo sobre la base de que en su nota a la prensa Gilbert había insinuado que Bremont se había atribuido fraudulentamente el título de condesa y que era una mujer de mala reputación. Gilbert tuvo éxito en su defensa, pero lo interesante en toda esta historia es que el personaje famoso temía ser entrevistado por una periodista en particular y que valoraba en una suma muy modesta sus propias opiniones⁵². Cuando al final de una entrevista particularmente larga para *The Strand Magazine*, Edward John Hart le preguntó a la actriz Sarah Bernhardt si no había nada más que quisiera decirle, ella expresó la frustración que sentía ante su difícil situación como entrevistada.

¡No me es posible, amigo mío! Ya se conoce y se ha publicado al menos una versión de todo lo que hago o he hecho. Todo el que me entrevista me hace la misma pregunta. Repito una y otra vez lo mismo y lo que no digo se lo inventan. En cuanto pretendo producir una nueva

obra, toda la prensa francesa quiere saberlo todo acerca de ella. He de guardar algunos secretos para las memorias que espero escribir pronto. En ellas me limitaré a contar la historia de mi vida, aclarando los puntos oscuros y rectificando mucho de lo que se ha dicho y escrito sobre mí. Cosas contradictorias o que en su momento no tuve ocasión de desmentir. Así pues, se ha convertido ya en una tradición que no dispongo de tiempo para rectificar ahora⁵³.

George R. Sims, comediógrafo y autor de columnas humorísticas para los periódicos, explicaba los peligros de la fama a Arthur H. Lawrence, un entrevistador de *The Idler*. El principal problema era la gran cantidad de cartas que recibía:

"¿Ve ahora hasta qué punto son dañinas las entrevistas? Cada una desata una nueva avalancha de correspondencia. Si no fuera porque dispongo de un pequeño capital, este asunto de la fama me habría llevado ya a un asilo de caridad. La gente opina que es algo estupendo eso de que se publiquen cosas acerca de uno. Estoy pensando muy seriamente en retirarme al campo y cambiar de nombre. Mejor me iría... Puede creerme si le digo que como mencione usted los inconvenientes de tener un saco lleno de correspondencia, la gente pensará que habla en broma. ¡No tiene más que mirar esto!", y el señor Sims me tendió una carta en la que una mujer le decía que sospechaba que su cuñado estaba loco. "Se pasa la vida matando gente", decía textualmente. "Es médico y tiene la costumbre de enviar veneno por correo. Estoy segura de que no le importará ir a visitarle como invitado a su casa para vigilarle", continuaba la mujer. "Si él no le reconoce, pronto descubrirá usted la verdad". 'Ya ha visto usted con sus propios ojos cómo es la carta', me dijo el señor Sims cuando concluí la lectura. "Supongo que ha captado la idea: he de desplazarme a Londonderry, pagándome yo mismo el viaje. ¡Y además disfrazado!".

Más adelante, en la misma entrevista, Sims es interrogado acerca de su opinión sobre los entrevistadores:

"Lo único que me gusta de las entrevistas es que me ofrecen la oportunidad de intercambiar puntos de vista con un extraño que acude a mi casa antes de volver a mi pesada y tediosa tarea", respondió. "Puedo contarle una anécdota al respecto que no me agradó. El periodista no sabía nada de mí y me dijo que no había tenido tiempo de leer mi historia. La conversación se desarrolló más o menos así: '¿A qué se dedica?', me preguntó. 'Bueno, soy periodista y dramaturgo', le repliqué. '¿Trabaja en *The Referee*'? ¿Escribe usted sobre deportes o algo así?'. 'Escribo *Mostaza y Berros*'. '¡Vaya título tan curioso!'. Más tarde descubrí lo que había escrito: 'Puede que no todo el mundo sepa que George R. Sims es el autor de *Lights of London & cia*. E insistía, más o menos en el mismo estilo: '¿Libros? ¿Le importaría decirme uno o dos títulos?'. Señalé hacia la estantería. Se puso a observar el estante equivocado y, como pude ver posteriormente en las pruebas, había incluido erróneamente varios de Charles Reade y Mayne Reid"⁵⁴.

El creador de Sherlock Holmes, Arthur Conan Doyle, era otro entrevistado remiso a esas alturas de su carrera cuando, en octubre de 1894, concedió una entrevista a un anónimo periodista de *The Idler*:

—¿Qué tiene que ver el público con la personalidad de un autor? —preguntó—. Juré hace más de dos años que no vería nunca más a un entrevistador. —Pero usted va a viajar a

Estados Unidos y... —Ah, pero eso es distinto. Uno debe adaptarse a las costumbres de los diferentes países.

Los propios norteamericanos reconocían las diferencias. "El inglés medio no es capaz de comprender el interés que manifiesta el público norteamericano por las entrevistas realizadas a personajes célebres", escribió la periodista Gertrude Lynch. "Para el primero, las entrevistas son algo personal, y además una intromisión en sus usos y tradiciones que levanta una cerca espinosa de reticencia a su alrededor. Para nosotros, por el contrario, las entrevistas constituyen desde hace tiempo parte importante de nuestra omnívora ración de lectura. La mayoría de los americanos recibe su educación a través de la prensa". No se trataba sólo de la ventaja de veinte años que los norteamericanos sacaban a los ingleses en el campo de las entrevistas. Su sentimiento de inferioridad cultural les impelía a buscar apoyo para todos y cada uno de los aspectos de su propia cultura en los visitantes europeos. Durante la gira que Oscar Wilde realizó como conferenciante a principios de la década de 1880, además de sus opiniones en lo relativo a cuestiones estéticas, los reporteros americanos quisieron, por ejemplo, conocer sus opiniones sobre el paisaje americano, la arquitectura, las costumbres, etcétera. Este hábito tenía algunas consecuencias cómicas. No era inusual que algunos famosos, por supuesto sin tener el menor conocimiento de ello y sin haber otorgado ni remotamente su consentimiento, se viesan implicados en disputas locales. El académico Goldwin Smith se quejaba en una carta al presidente del Club de Prensa de Toronto de que "mientras se encontraba en Nueva York, un distinguido amigo mío pudo leer con sorpresa algunos duros comentarios que supuestamente había realizado en su visita al servicio de bomberos de la ciudad, cosa que ni se le había pasado por la imaginación"⁵⁵. El activista político George Holyoake ofrece en sus memorias una ingeniosa descripción de su experiencia con los periodistas americanos: "Durante mi viaje a Estados Unidos en 1879, conocí en ciertos lugares una clase de 'reporteros reversibles'. Al día siguiente de una entrevista, descubría que se me atribuían en la prensa declaraciones diametralmente opuestas a las que había expresado. En una ocasión hice un experimento: dije exactamente lo contrario de lo que pensaba. Al día siguiente se publicó lo que en realidad opinaba"⁵⁶. El humorista Barry Pain escribió una vez una fantasía cómica acerca de un sanatorio dedicado a la curación de los mentirosos habituales. Entre el personal de mentirosos profesionales que se encargaba de administrar la terapia aversiva se encontraba un entrevistador americano. Sin embargo, la periodista (y entrevistadora) estadounidense Joyce Kilmer escribió un artículo en defensa de los profesionales que se dedicaban a realizar entrevistas en el que rechazaba la caricatura que de ellos se hacía llamándola un "mito solar". Sostenía que el entrevistador norteamericano se parecía en muchos aspectos a un universitario bien formado y pagado: "Ha de estar al día acerca de la literatura contemporánea y saber tanto como el que más acerca del vorticismo y Artzibasheff". Los autores británicos podían ser tan deshonestos como los entrevistadores norteamericanos. Aunque invariablemente recibían las pruebas de la entrevista para su corrección, al aparecer publicada ésta no tenían empacho alguno en argumentar que sus observaciones había sido mal seleccionadas. Por ejemplo, tras formular la opinión de que Washington Irving era un inmoral, un entrevistado podía descubrir que el público norteamericano adoraba a Irving y, como consecuencia, desmentir sus declaraciones en la

entrevista.

Puede proclamar desde su tarima de conferenciante: "Voy aprendiendo las costumbres del entrevistador norteamericano. No hace mucho, le mencioné a uno de los miembros de esa tribu que Washington Irving era un auténtico maestro de la novela y el periodista sostiene que yo dije que ese gran autor, al que he venerado toda mi vida, era un ser inmoral". Puede enviar su desmentido al periódico que publicó la entrevista, puede hacer que su editor lo difunda en la radio. Puede, y a menudo lo hace, limpiar su reputación a expensas de su honor⁵⁷.

En su libro de viajes de 1923, *What I Saw in America*, G. K. Chesterton describía la experiencia que tenía que atravesar a su llegada al puerto de Nueva York cualquier celebridad procedente de Europa. Los reporteros, muchos de los cuales eran americanos de origen irlandés, "abordaban el barco como piratas". Se mostraba impresionado por la curiosidad que demostraban estos entrevistadores por las cuestiones más banales:

... mi presencia en Estados Unidos para pronunciar una serie de conferencias era evidentemente incluida en la misma categoría que un asesinato o un gran incendio, o cualquier otra terrible y mortal catástrofe: constituía un asunto de interés para todos los hombres de la prensa que se ocupaban de los sucesos y otras noticias. Una de las primeras preguntas que me hicieron fue que cómo explicaría la ola de crímenes que padecía Nueva York. Respondí, naturalmente, que posiblemente se debiera a la cantidad de conferenciantes ingleses que habían desembarcado allí en los últimos tiempos. Dado el ambiente que se vivía en aquel momento parecía razonable pensar que si les habían entrevistado a todos pudieran haberse producido lamentables incidentes.

No obstante, Chesterton no sólo no se mostraba hostil ante los métodos de los inoportunos periodistas, sino que reconocía en ellos la distancia transatlántica entre culturas. "La técnica estadounidense de la entrevista es, en general, muy razonable, y siempre muy rápida... tiene muchas de las cualidades de la odontología americana". Aun así, en la práctica, podía dar lugar a confusiones. Chesterton cita como ejemplo lo que le sucedió al llegar a una determinada ciudad donde "se habían producido conflictos laborales". Había ofrecido algunas reflexiones acerca del capitalismo y el trabajo:

Todas esas generalizaciones morales e incluso metafísicas fueron reproducidas prácticamente al pie de la letra por el entrevistador, que las había oído expresar de manera casual y ociosa. Pero sobre aquella columna de filosofía política figuraba un extraordinario encabezamiento en enormes letras: "Chesterton toma partido en la huelga de tranvías". Aquello era inexacto. Cuando hice aquellos comentarios no sabía que había una huelga. De hecho ni siquiera sabía de qué huelga estaban hablando [El término norteamericano para tranvía es trolley tram en inglés]. Debía de tener la vaga idea de que un gran número de ciudadanos se ganaban la vida transportando cosas de un lado para otro en carretillas y habían abandonado tan beneficiosas actividades. Cualquiera que no fuera periodista, norteamericano o inglés, o conociera algo de ese oficio, habría dado por supuesto que el hombre que había escrito el artículo debía haberse vuelto loco de repente para ponerle semejante título.

Los entrevistadores estadounidenses tendían también a traducir las palabras de los visitantes extranjeros a su idioma, tal y como descubrió Chesterton cuando le preguntaron a quién consideraba el mejor escritor americano:

He olvidado cuál fue exactamente mi respuesta, pero después de mencionar varios nombres, dije que el mayor genio natural y la mayor energía artística probablemente fueran los de Walt Whitman. La entrevista publicada era concisa, y a los estudiosos de mi estilo literario y oratorio les interesará saber que lo que dije fue: "Mire, amigo, Walt Whitman fue un verdadero hombre de pelo en pecho con sangre en las venas".

Chesterton concluye sus observaciones señalando que los entrevistadores norteamericanos tienen tendencia a dramatizar en exceso los encuentros antes de entregar su artículo a la prensa:

Las transcripciones son muchos más vulgares e insolentes de lo que lo fueron las conversaciones. Posiblemente forme parte del hecho de que se ambiciona e idealiza cierta vivacidad, que para unos es vitalidad y para otros vulgaridad. Hay que comprender que esta vulgaridad es un ideal que está por encima de la realidad. Un joven muy callado e inteligente, con sombrero negro y unas gafas de concha, solicitará la entrevista con una cortesía impecable, aguardará a que aparezca el entrevistado con exquisita paciencia, se dirigirá a él educadamente durante veinte minutos y se despedirá con toda tranquilidad. En el periódico de la mañana, impreso en grandes letras, uno leerá cómo tuvo que golpear la puerta de la habitación y perseguir a su víctima hasta el tejado o sacarla a rastras de debajo de la cama; cómo sonsacó al sujeto respuestas a toda clase de preguntas directas y despiadadas. A mí me entrevistaban frecuentemente por la noche, y nunca me daba cuenta de los atroces insultos que me dirigían hasta que al día siguiente leía el periódico. No tenía ni idea de haber estado en el potro de tortura de un inquisidor hasta que me enteraba por el periódico. Y entonces, por supuesto, lo creía con una fe y docilidad desconocidas en cualquier etapa previa de la historia⁵⁸.

En otro libro de viajes, *My Discovery of England*, el humorista canadiense Stephen Leacock describía el proceso de ser entrevistado tras su llegada a Londres y cómo "las preguntas que tenía derecho a esperar tras años de entrevistas en la prensa estadounidense y canadiense no aparecían por ningún lado". También estaba el hecho de que Canadá y Estados Unidos, sociedades más jóvenes que la inglesa, tendían a pedir al visitante su opinión acerca de ellas mismas:

Pienso especialmente en el tipo de entrevistas que he concedido en Youngstown, Ohio, Richmond, Indiana, y en Peterborough, Ontario. En todos esos lugares, por ejemplo en Ohio, la primera pregunta del reportero fue: "¿Cuál es su impresión acerca de Youngstown?". En Londres no ocurrió lo mismo. Parecía no importarles el destino de su ciudad. Puede que se trate sólo de orgullo inglés. Por lo que yo sé podían estar locos por saberlo, lo mismo que lo estaba la gente de Youngstown, pero eran demasiado orgullosos para preguntarlo. En cualquier caso, incluiré aquí la respuesta que había escrito en mi cuaderno de notas (una copia para cada periódico, como hacemos en Youngstown), que dice así: "Londres me parece, sin lugar a dudas, una urbe con futuro. Situada en el corazón de un rico distrito agrícola con conexiones ferroviarias en todas direcciones y asentada sobre un lecho de carbón y petróleo, auguro que se convertirá en una gran ciudad". La ventaja de esto es que permite al periodista elegir el titular exacto: PRONOSTICA UN GRAN FUTURO PARA LONDRES. De haber hecho algo así, mi nombre estaría hoy en un lugar más destacado de lo que está (a menos que

los habitantes de Londres sean muy diferentes de los de Youngstown, cosa que dudo). De este modo, ahora no saben si su futuro es resplandeciente o, por el contrario, oscuro como el cieno. Aunque no es culpa mía. Los periodistas no me lo preguntaron.

De igual modo, Leacock sugiere que ninguna entrevista norteamericana o canadiense estaría completa sin alguna alusión al tema de "nuestras mujeres". En Londres "también tuve que guardarme en el bolsillo mi impresión acerca de las londinenses mientras un joven insistía en preguntarme si, en mi opinión, la literatura moderna debía más a la observación y menos a la inspiración que algún otro tipo de literatura"⁵⁹. El escritor de perfiles biográficos del New Yorker, A. J. Liebling, declaraba que "no hay prácticamente ninguna circunstancia en la que a un norteamericano no le guste ser entrevistado. Tuve ocasión de verificar esto entre las anfractuosidades de los montes tunecinos, sometidos a fuego de mortero. Somos gente habladora, nos encanta que nos presten atención, estamos ansiosos de que se nos distinga individualmente"⁶⁰. Truman Capote coincidía con él en esta apreciación: "Es posible entrevistar a cualquiera si uno lo hace del modo adecuado. Si se considera atentamente el problema, no hay una sola persona en el mundo, desde un prisionero violento a la más parlanchina actriz de variedades, que no esté dispuesta, planteando la situación cuidadosamente, a hablar de sí misma". Otro comentarista describía Estados Unidos como "el paraíso de los entrevistadores. ¿En qué otro lugar podría entrevistar a un asesino su mejor amigo?"⁶¹. Estados Unidos también es el hogar natural del entrevistado. Cuando éste es un profesional, puede ser tan diestro en su arte como el entrevistador. El prototipo fue Mark Twain, y más recientemente ha habido resueltos partidarios de ser entrevistados como James Thurber, Truman Capote y Norman Mailer. En su biografía de Thurber, Charles Holmes escribía que el famoso humorista raramente se negaba a una solicitud [de entrevista], en parte porque había sido periodista y simpatizaba con los reporteros, y en parte porque era uno de los mayores charlatanes de su tiempo. Tenía opiniones acerca de todo y le gustaba exponerlas. Era un gran contador de historias y un imitador soberbio, al que le encantaba disponer de público. A lo largo de los años, convirtió la entrevista-monólogo en un arte, en el equivalente oral del ensayo autobiográfico que tan a la perfección desarrolló en su prosa. Era quizá la forma que más le atraía según fue envejeciendo. La clave estaba en el equilibrio entre su estilo, convencional y desenfadado (una cualidad espontánea en él), y la estructura básica de los tópicos, anécdotas y rutinas que le daban sustancia y coherencia al todo. Según marchase la entrevista en cuestión, Thurber optaba por atenerse a sus anécdotas habituales o introducía nuevo material sobre el que improvisaba en función de lo que le pidiera el cuerpo⁶². Algunas celebridades casi merecerían una medalla a la tolerancia. Cuando en una conferencia de prensa le preguntaron a Charlie Chaplin si había alguna pregunta que no le hubiesen hecho, se vio obligado a contestar: "No lo creo"⁶³.

IV

Isaac F. Marcossou, el entrevistador estrella de The Saturday Evening Post durante las décadas de 1910 y 1920, comparaba una buena entrevista con el comercio: "Entrevistar a destacadas personalidades es, en última instancia, sólo una muestra de habilidad comercial... Los elementos a tomar en cuenta en una transacción comercial, ya se trate de maquinillas de

afeitar, jabón o zapatos, son, en gran medida, los mismos que permiten salir airoso a la hora de tratar con personajes difíciles o inaccesibles y convencerles de que hagan declaraciones para su publicación"⁶⁴. Marcossou no sólo entrevistó a los protagonistas de la I Guerra Mundial como Lloyd George, sir Douglas Haig, Foch y Clemenceau, sino que también consiguió lo que él mismo consideraba un mayor desafío: "hacer hablar a las esfinges de Wall Street", a legendarios financieros como E. H. Harriman y Thomas F. Ryan. "Con el flujo de información, que yo contribuí a acelerar, comenzó a producirse una nueva actitud del público hacia ellos. La publicidad siempre compensa"⁶⁵. Otro artista de las entrevistas fue Edward Price Bell del Chicago Daily News, que entrevistó a Benito Mussolini, a Ramsay MacDonald, al doctor H. W. Evans (el brujo imperial del Ku Klux Klan), Raymond Poincaré y Mackenzie King, entre otros. En su trabajo *Major Interviewing: Its Principles and its Functions* (1929) aseguraba que la entrevista con una destacada figura política puede convertirse en una fuerza moral e intelectual de primer orden, que refuerza sólidos principios e ideales, recopila hechos y argumentos vitales, incita a los hombres a la acción y deja su impronta en la historia. Una gran entrevista es evangelizadora y educativa, transforma la apatía moral en orden moral, la ignorancia en conocimiento, hace de puente entre el genio y la comprensión... El objetivo que subyace a la tarea de un gran entrevistador es el de abrir los labios de la sabiduría, hacer hablar a la esfinge"⁶⁶. Henri de Blowitz se relacionaba con los monarcas y los grandes políticos a los que entrevistaba prácticamente en términos de igualdad. Gracias a sus amplios conocimientos era capaz "de plantear la pregunta pertinente, orientar la conversación en la dirección deseada, y ante todo producir esa sensación, sin la cual ningún diálogo, ya sea para su publicación o para otros usos, puede prosperar: la de que la persona que está siendo entrevistada se dirige a un hombre informado, interesado e interesante. En otras palabras, que el encuentro es una ocasión para el intercambio a dos bandas de información y puntos de vista"⁶⁷. Otro entrevistador Victoriano, Frank Banfield, percibía una entrevista como "cosa de dos: dos cerebros, dos personalidades, dos puntos de vista que entran en contacto. Y, en la medida en que ambos jueguen correctamente sus bazas, la entrevista resultará brillante y atractiva de leer o mortecina y tediosa". Opinaba también que era "una alianza temporal de dos hombres inteligentes en igualdad de términos para la consecución de un artículo más o menos dialogado"⁶⁸. Idealmente, como sostenía recientemente George Urban, la entrevista debería beneficiar tanto al entrevistador como al entrevistado: "... el entrevistado se encuentra —voluntaria aunque vulnerablemente— en manos del entrevistador, pero éste contrae una responsabilidad hacia el hombre que ha accedido a exponerse a su curiosidad. Ambos deberían sentir (aunque raramente suceda) que están embarcados en una empresa común"⁶⁹. Difícilmente sería ésta una descripción adecuada para el encuentro celebrado en Nueva York entre el entrevistador británico John B. Lañe, que trabajó para la prensa americana durante la década de 1880, y el rey Kalakaua de las islas Sandwich (posteriormente Hawai), que no parecía tener la menor intención de entablar una conversación. Lañe fue introducido a presencia del rey por el chambelán, un barón alemán, pero no tuvo oportunidad de plantear ni una sola pregunta ante la urgencia del

monarca por manifestar sus propias opiniones:

"Sí, me gusta Nueva York," declaró el moreno soberano, "y admiro sus edificios públicos y sus instituciones. Creo que las mujeres son muy hermosas, visten con elegancia y tienen los pies pequeños. ¡Es un gran país! Washington también era un gran hombre, el primero en la guerra, en la paz y en los corazones de sus conciudadanos. Me encantan sus ostras. Encantado de haberle conocido. Tome usted una copa con el barón. Adiós". Me habían despedido. No me pareció apropiado permanecer allí más tiempo, así que estreché la enorme mano morena que el rey me tendió y salí acompañado del barón. "Le he enseñado ese discurso expresamente para los periodistas", explicó el chambelán. "Nunca dice nada más. Es bueno, nicht wahr? Tomemos una copa". Bebimos. Luego el barón me despidió con un beso en la mejilla y me dijo: "Ahora tengo que hacerme cargo del baño de su majestad". Los cometidos de su excelencia parecían ser muy variopintos⁷⁰.

En ocasiones, el entrevistado se mostraba tan renuente que la entrevista se convertía en un ejercicio fútil. El intercambio, involuntariamente cómico, entre un reportero de Nueva York y el presidente Grant en 1874 es una buena muestra.

PERIODISTA: Excelencia, he venido para averiguar, si la pregunta le parece pertinente, cuál es su opinión acerca de la cuestión del tercer mandato. La prensa... PRESIDENTE GRANT: NO tengo nada que decir al respecto. P: Bueno, yo pensaba que dado que se trata de un asunto que despierta gran interés entre la opinión pública... P. G.: No tengo nada que decir al respecto. P.: Me disculparé si le pregunto al menos si en caso de... P. G.: No tengo nada que decir al respecto. P.: Sólo pretendía decir que en caso de que usted tenga buenos motivos para no desear... P. G.: No tengo nada que decir al respecto. P.: Confío, excelencia, en que no considerará esto una intromisión. P. G.: No tengo nada que decir al respecto. P.: Desde luego, nada podría estar más lejos... P. G.: No tengo nada que decir al respecto. P. (despidiéndose): En cualquier caso, excelencia, estoy encantado de haber tenido el placer de... P. G.: No tengo nada que decir al respecto. P. (educada y cortésmente): Buenos días. P. G.: No tengo nada que decir al respecto⁷¹.

La poco acogedora reacción de Rudyard Kipling ante la presencia de una pareja de periodistas de Boston en 1892 es un ejemplo temprano de una entrevista en la que el entrevistador consigue sobreponerse a la falta de colaboración del sujeto. Kipling se negó a concederles una entrevista, pero aquello no representó gran diferencia, ya que la posterior discusión, en la que ellos intentaron hacerle cambiar de opinión y que explicara sus objeciones a ser entrevistado, se convirtió en la materia prima de los artículos de ambos⁷². El presidente de Estados Unidos Rutherford Hayes se negó a hablar con John B. Lañe del tema propuesto para la entrevista, "pero me dio un montón de datos interesantes acerca de varias especies de aves y del mejor modo para criarlas, y me mostró una fotografía de una gallina de Cochinchina de inusual tamaño". Lañe, que era un hombre repleto de recursos, vendió la entrevista a un semanario agrícola⁷³. Kate Carew, del New-York Tribune, intentó entrevistar en 1913 al novelista anglo-irlandés George Moore, pero en lugar de una entrevista "acabó siendo un combate a tres asaltos". Carew le lanzó preguntas acerca de la política norteamericana, la comparación entre la capacidad de la novela y la dramaturgia a la hora de

reflejar la vida real, la política inglesa, Irlanda, sus opiniones sobre la guerra, el espíritu poético en Inglaterra y en Estados Unidos, las obras de teatro influenciadas por el movimiento impresionista, sus métodos de trabajo, sus aficiones, los libros que le gustaban, etcétera. Moore rechazó la mayoría de las preguntas considerándolas desprovistas de interés, triviales, absurdas o chismosas. Al final de su artículo, Carew declaraba que no se trataba en realidad de una entrevista, "... sólo de una descripción real como la vida misma del encendido temperamento artístico de un riguroso hombre de letras"⁷⁴. En 1943, el corresponsal del New York Herald Tribune, Thornton Delehanty, entrevistaba a Tallulah Bankhead sobre el rodaje de la película *Náufragos*. Aunque lo intentó, Delehanty fue incapaz de hacer que su entrevistada se atuviese al tema que él tenía en mente. "Le hice dos entrevistas a Tallulah Bankhead", explicaba. "En la primera me enteré de todo lo que había que saber acerca de su casa en Bedford Village y los muebles antiguos americanos. En la segunda me habló de su cachorro de Sealyham. Sé más acerca de ese perro de lo que Ray Stannard Baker sabe sobre Woodrow Wilson"⁷⁵. En un relato corto de James Thurber de 1927 titulado "The Interview", un periodista visita a un novelista borrachín y cascarrabias. Pasa varias horas en su compañía pero no consigue obtener material que le sirva para su publicación⁷⁶. El novelista "evidentemente, se ha visto obligado a refugiarse de tanto éxito, tantas entrevistas, tantos matrimonios, y ya no se comunica con el mundo del modo habitual"⁷⁷. La historia, en algunos casos la aventura, de la entrevista, se resume en lo que el entrevistador consigue una vez concluido el encargo. Una guía para periodistas publicada en 1913 sugería que "el narrador puede lograr una buena historia si cuenta sus tentativas inútiles o enumera las preguntas que el gran hombre se negó a contestar"⁷⁸. Puede que el mejor ejemplo de este subgénero, denominado a veces de la "entrevista frustrada", sea una pieza de Jack Richardson para *Esquire* (publicada en diciembre de 1963) titulada "Mr. Fisher is Open". Narra los desesperados esfuerzos de Richardson por obtener una entrevista con Eddie Fisher, el popular cantante norteamericano que, tras su regreso a los escenarios, disfrutaba en ese momento de una nueva etapa de éxitos. En un principio, el editor de Richardson le comentó que "Eddie se muestra ahora muy abierto". La ominosa frase se repite en labios de la representante de Fisher, que asegura que "creo que ahora está bastante abierto". Seguidamente, Fisher "entrevista" a Richardson para saber qué tipo de historia piensa escribir el periodista. Más tarde se sabe que Fisher ha oído que el *Esquire* está planeando realizar una serie de artículos sobre personajes públicos bajo el título genérico de "Los perdedores" y que sospecha que le buscan para incluirle en la ignominiosa serie. Richardson se reúne con el agente de prensa de Fisher, Bob Abrahms, y tiene lugar la siguiente conversación:

—Verás —comenzó Abrahms en un tono un tanto contrito—, Eddie se muestra ahora muy... Bueno, está muy... —¿Abierto? —sugerí yo. —Exacto. Si pudieses darnos una idea acerca de lo que piensas escribir.

Richardson tiene aún otro encuentro con Fisher durante el cual el cantante le explica que "hay un terreno del pasado en el cual no quiero entrar" (se refiere a su fallido matrimonio con Elizabeth Taylor). Fisher intenta aplacar la curiosidad del periodista comentando que hay cientos de Eddies Fisher. Richardson le responde que él sólo busca entrevistar a uno, pero ya

se ha dado cuenta de que sus esfuerzos carecen de sentido. Aun así, la aventura resulta productiva: su fruto son unos pocos miles de palabras llenas de agudas observaciones, sátira amable y la revelación de que a pesar de la insistencia de sus colaboradores en que "ahora se muestra muy abierto", Fisher es de hecho poco comunicativo y profundamente inseguro. ¿Cómo consigue entonces el entrevistador "despegar los labios de la sabiduría" y "hacer hablar a la esfinge"? Se cuenta que Henri de Blowitz, que solía entrevistar a reyes y políticos retirados, "obtenía toda la información en conversaciones á deux"⁷⁹. Su biógrafo ha escrito que "con alguien complicado como Abdul Hamid podía ser necesario un enfoque así con el fin de desbloquear la locuacidad del sujeto pero que, en conjunto, todo periodista que abusa de este recurso se convierte en un personaje al que rehuyen con razón los hombres ocupados"⁸⁰. Al ser entrevistado en 1904 por la señora Maud Churton Braby, W. T. Stead alabó su locuacidad: "Ahí radica el secreto de toda buena entrevista, en que el entrevistador no deje de hablar ni un momento"⁸¹. Pete Martin, de *The Saturday Evening Post*, al ser entrevistado por Bing Crosby unas décadas más tarde disentía de tal juicio. Él prefería recurrir al silencio en lugar de a la cháchara para obtener información: "Lo de entrevistar a alguien tiene su truco. Si uno se sienta y no abre la boca, el entrevistado se pone nervioso y comienza a hablar. El sonido del silencio horroriza a la gente"⁸². A. J. Liebling se mostraba de acuerdo con Martín: "Lo peor que puede hacer el entrevistador es hablar demasiado. Si uno escucha las conversaciones de un grupo de periodistas en un bar, puede decir cuáles son los que consiguen imponer su fuerte personalidad sobre el sujeto del artículo. Luego regresan a la redacción y transcriben lo que ellos creen que el entrevistado habría dicho de haber tenido ocasión de decir algo"⁸³. Stead mismo cayó en ocasiones en este error. Sus entrevistas con el zar Nicolás II de Rusia y el sultán Mehmed V de Turquía consisten en gran medida en una enumeración de los largos y razonados juicios del periodista, planteados apenas como preguntas, entre los que van intercaladas las respuestas educadas, reservadas, casi humildes de los absortos monarcas. Tal y como lo expresó un escritor, la entrevista con el zar Nicolás II "representa una de las proezas memorísticas de Stead, ya que toda la conversación transcurre en primera persona. Stead ocupa, por supuesto, más espacio que el zar"⁸⁴. Esto resulta consistente con la ingenua convicción de Stead de que lo que él llamaba el control del gobierno por el periodismo trastocaría las formas tradicionales del primero. De modo similar, en su introducción a la entrevista con el Sha de Persia en *The Times*, Blowitz explicaba orgulloso que el Sha se había puesto en contacto con él para concertar una entrevista porque deseaba conocer sus "impresiones acerca de los acontecimientos que están teniendo lugar en Europa, dado que es su misión observarlos"⁸⁵. Isaac F. Marcossou opinaba que el enfoque del entrevistador dependía necesariamente tanto de su propia personalidad como de la del personaje a entrevistar. "Algunos hombres callados se verán arrastrados a la conversación con la llegada de la marea alta del intercambio. Uno debe tomar entonces la iniciativa. También está el tipo que comienza a hablar en el momento mismo en que nos ve. Lo único que hay que hacer en este caso es encauzar la corriente de palabras. Y está el que entrevista al entrevistador". Ofrecía ejemplos de cada caso: respectivamente, los financieros de Wall

Street, Theodore Roosevelt y David Lloyd George⁸⁶. Djuna Barnes, en un artículo acerca de un empresario teatral de Nueva York titulado "Entrevistar a Arthur Voegtlin es como sufrir una pesadilla", concluye que "me costó dos largas horas descubrir al final que en realidad había sido él quien me había entrevistado"⁸⁷. Aun así, el criterio de W. T. Stead de que los entrevistadores deberían llevar el peso de la conversación encontró eco años más tarde en el extraordinario retrato que Truman Capote realizó de Marlon Brando, publicado en *The New Yorker*. Como aclaraba más tarde Capote: "El secreto de una entrevista, que sin duda es un arte, es dejar que el otro crea que es él quien te entrevista... Le hablas de ti mismo mientras lentamente vas tejiendo tu red y él va contándotelo todo. Fue así como hice caer a Marlon en la trampa". Brando era claramente consciente de cómo le había pillado: "El pequeño hijo de puta se pasó media noche hablándome de sus problemas. Pensé que lo menos que podía hacer era contarle algunos de los míos"⁸⁸. En otro lugar, Capote dejó escrito:

Si uno está pasando un mal rato con un entrevistado, hay que cambiar los papeles. El entrevistador comienza por hacer pequeñas confidencias más o menos del mismo tipo que las que uno espera sonsacarle al entrevistado. Éste no tardará en decir algo como: "Tiene razón, mi madre también se fugó con cinco fontaneros". ¿Van comprendiendo a lo que me refiero? O acaso algo como: "Sí, también mi padre robó un banco y se pasó diez años en la cárcel. ¿No es extraordinario que nos hayan sucedido cosas tan similares a los dos?", etcétera. A partir de ahí, no hay más que tirar del hilo⁸⁹.

En alguna medida, la técnica de la entrevista refleja el modelo de psicoanálisis en el que el analista induce a su paciente a la autorrevelación. Leonard Probst señaló que los actores de cine a los que entrevistó a finales de los sesenta eran "más sinceros, más concededores de sí mismos de lo que lo habían sido, digamos, en los años cuarenta. Un cierto número de los entrevistados habían sido psicoanalizados, aunque algunos mencionaron este dato al margen de la entrevista". Geoffrey Wheatcroft ha sugerido que el deseo del famoso de someterse al entrevistador es el resultado de una necesidad humana, profundamente arraigada, de confesarse:

La mayoría de nosotros somos al mismo tiempo lo bastante presumidos y lo bastante estúpidos como para creer que al exhibir nuestras miserias nos volvemos más atractivos y creíbles, aunque basta con pensárselo unos minutos para saber que no es probable que sea así. Nos gusta hablar acerca de nosotros mismos, incluso sincerarnos. El descubrimiento de este aspecto de la naturaleza humana era, después de todo, esencial en la práctica del sacerdocio tradicional, y lo es en la actualidad para el nuevo sacerdocio del periodismo⁹⁰.

Pero la gente a menudo olvida que se encuentra ante periodistas. "Soy un periodista, no un confesor", decía Henri de Blowitz⁹¹. Cuando Pete Martin, de *The Saturday Evening Post*, entrevistó a Dean Martin, su editor le dijo: "Esto que tienes aquí es bastante fuerte, tan fuerte que sería mejor enviárselo a nuestro abogado. Puede que este tipo se esté calumniando a sí mismo"⁹². La autodifamación en cuestión era la confesión por parte de Dean Martin de que robaba en las tiendas:

Poco más podía hacer un chaval que dedicarse a cometer pequeñas raterías: corbatas,

tapacubos, cosas así. Pero eso nunca ha hecho daño a nadie. Todos los muchachos lo han hecho en algún momento. Incluso hoy, cuando entro en una camisería y me gasto 500 dólares, robo una corbata o un par de guantes o calcetines. Estoy convencido de que los dueños lo saben, pero soy tan buen cliente que en realidad les da lo mismo. Todo el mundo tiene algo de ladrón, carga con su parte del pecado original; sólo que a veces no es demasiado original⁹³.

Otros profesionales prefieren considerar la entrevista como un acto erótico más que como una confesión. Oriana Fallaci, la periodista italiana cuyas entrevistas con líderes mundiales fueron publicadas en todo el mundo durante los años 1960, 1970 y 1980, describía su innovador enfoque del siguiente modo: "Les provocho porque me siento implicada, porque mis entrevistas no son nunca frías, porque me enamoro de la persona que está delante de mí, aun cuando la odie. Para mí una entrevista es una historia de amor. Es una lucha, un coito"⁹⁴. Marie Brenner, que escribió entrevistas-perfil para la revista New York a finales de los años setenta y durante la década de 1980 antes de pasarse a VanityFair, se ha mostrado de acuerdo con esta opinión: "Sí, se trata de seducción, sin la menor duda. Normalmente, una desea que la persona a la que está entrevistando responda, porque si es así consigues que se vaya relajando poco a poco. Y si logras hacerlo, entonces se soltará realmente el pelo y hablará contigo". Brenner ha dicho que intenta que el sujeto se sienta cómodo mostrándose "tremendamente sociable, como una buena muchacha tejana". En primer lugar se dedica a alabar la casa del entrevistado como si se encontrase invitada en una fiesta en su San Antonio natal⁹⁵. Cuanto más tiempo pasa la entrevistadora con el sujeto, más estrechos son los lazos que se establecen. Con escasas excepciones, ambas partes terminan congeniando. Tal y como lo ha expresado Janet Malcolm: "La metáfora de la relación amorosa se aplica a ambas partes de la ecuación periodista-entrevistado"⁹⁶. En ocasiones, el elemento sensual es tan desbordante que provoca cierto embarazo en el lector. Eleanor "Cissy" Patterson, la editora del Herald de Washington, se sintió desbordada por el carisma de Al Capone cuando le entrevistó. "Le miré a los ojos", escribió. "Ojos grises, gélidos, fríos como el hielo. Es tan imposible traspasar la mirada de esos ojos como la de un tigre..". Seguidamente, pasaba a describir sus manos: "Enormes, lo bastante fuertes como para agarrar... bueno, cualquier cosa, aunque de piel suave, por falta de exposición a los elementos". El broche final lo explicaba todo: "Se ha dicho, no sin razón, que las mujeres sienten una especial atracción hacia los gángsteres. Si no comprenden el motivo, consulten al doctor Freud"⁹⁷. Aunque a menudo la historia de amor se agria. Rex Reed recordaba la suya: "Natalie Wood me trató como si fuese un amigo de la universidad al que no veía hacía mucho tiempo... pero no ha vuelto a dirigirme la palabra desde que escribí una divertida descripción de cómo se había sentado en el suelo en su habitación del hotel de Nueva Orleans, comiendo huevos Benedict, abriendo una botella de Dom Perignon con los dientes y haciendo una imitación del folclore ruso vestida con un camisón". En opinión de Wood, Reed la había hecho pasar por una "golfa"⁹⁸. Algunos comentaristas han señalado que la "entrevista asesina" (Geoffrey Wheatcroft) o el "periodismo yugular" (© Mark Lawson) empieza a imponerse cada vez más

frente a los enfoques más suaves: "En una entrevista, como en una corrida de toros, la entrevistadora-matadora, vestida con su traje de luces, no es el único centro de atención. Se trata de un deporte sangriento. Relampaguean quinientas palabras, una sucesión de pases con la muleta, y luego viene la estocada. Otro cadáver es retirado por la cuadrilla de muías"⁹⁹. Nótese el género empleado: este tipo de encuentro hostil es prácticamente privativo de la mujer. Las principales representantes de esta vertiente en Gran Bretaña son Val Hennessy, Lynn Barber, Catherine Bennett y Barbara Amiel. Algunos se han preguntado por qué las celebridades se ofrecen como chivos expiatorios ante estas arpías. Son tales las demandas de la publicidad que, como ha señalado con agudeza un escritor, los famosos se enfrentan "al dilema de morir de inanición o ser devorados"¹⁰⁰. Una celebridad anónima ha sugerido que la mayoría de las víctimas de Lynn Barber "son hombres de mediana edad y no se me ocurre más explicación que la de que tengan la fantasía de seducirla"¹⁰¹. Sin duda, el enfoque de Barber es esencialmente psicoanalítico y a menudo provoca el resentimiento post facto de sus entrevistados. Ella defendería su actitud como un antídoto contra las entrevistas bombásticas que sólo sirven para fomentar la vanidad de los famosos y dar de ellos la imagen que buscan. No obstante, llevado hasta sus extremos, su planteamiento puede resultar forzado y repugnante. "Otra cosa que aborrezco", declaraba Orson Welles en una entrevista para *Sight & Sound* en 1960, "son esas entrevistas en profundidad, como las llaman, en las que se pone en ridículo a una determinada personalidad pública. Es horroroso coger, por ejemplo, a una muchacha atractiva y bonita, que en ningún momento ha fingido ser otra cosa, y hacerla parecer estúpida"¹⁰². Un aspecto clave de la técnica de las entrevistas que puede tener incómodas implicaciones éticas es el problema de preservar las palabras pronunciadas por el sujeto de la entrevista. Durante la primera época, los entrevistadores tendían a confiar en su memoria. Antes de la invención de las grabadoras, hasta el mero hecho de tomar notas era considerado por algunos un recurso vulgar y reprobable. En su entrevista con el presidente Johnson, J. B. McCullagh se contuvo a la hora de tomar notas porque "eso habría congelado la irascible corriente de su espíritu [el de Johnson]"¹⁰³. "Emplear un cuaderno equivale a destruir la libertad de expresión de la persona atacada", escribía Frank A. Burr. "Si este sistema de recogida de información ha de cumplir hasta el fin su propósito, destruirá la interesante personalidad que debería impregnar cada entrevista"¹⁰⁴. De acuerdo, pero ¿qué hacer para recordar? Henri de Blowitz fue nombrado corresponsal en Europa de *The Times* tras demostrar su capacidad para reproducir de memoria, palabra por palabra y sin un solo error, un largo discurso del político francés Louis Thiers, antes de que fuera entregada a los periodistas la versión oficial escrita del mismo. De niño, Blowitz había demostrado ya su poderosa retentiva tras prometerle su padre como regalo un bastón con empuñadura de oro si era capaz de recitar al día siguiente la leyenda de "Kosros el Sabio". Consiguió el bastón, que no conservó, aunque sí su prodigiosa memoria¹⁰⁵. W. T. Stead nunca tomaba notas, pero inmediatamente después de una entrevista transcribía la conversación a mano o a máquina. Como garantía, le ofrecía posteriormente al entrevistado la oportunidad de leer y corregir las pruebas del artículo. A finales del siglo XIX, cuando la gente no era bombardeada con tanta

información como ahora y disponía de menos distracciones (como la música popular, el cine o la TV), debía ser más sencillo entrenar la memoria para un trabajo así. Un entrevistado le preguntó a Djuna Barnes si había tomado notas. "No tengo necesidad de tomarlas", contestó ella. "A partir de una palabra mi memoria reconstruye automáticamente el párrafo"¹⁰⁶. En una etapa más reciente, Kenneth Harris, del Observer londinense, ha ejercitado el arte de reproducir entrevistas enteras de memoria. A menudo, las circunstancias en las que se desarrolla una entrevista imponen la necesidad de una gran capacidad de memorización. El editor del Cassell's Saturday Journal durante la década de 1890, Ernest Foster, recordaba que algunos entrevistados "preferían los encuentros al aire libre. Así, John Burns expuso sus ideas para hacer de Londres una ciudad ideal mientras atravesábamos Clapham Common temprano por la mañana a tal ritmo que a duras penas podía el periodista mantener el paso... A un aeronauta había que acompañarle en el ascenso en globo; si se trataba de un funcionario municipal uno tenía que recorrer Londres en autobús"¹⁰⁷. En 1914, el editor de The Young Man, Walter Wynn, siguió al líder del Ejército de Salvación, el general Bramwell Booth, hasta unos baños turcos del Strand y procedió a entrevistarle allí mismo. El resultado tuvo tal éxito que Wynn decidió que a partir de entonces entrevistaría a los grandes hombres en el baño porque "de ahí no pueden salir corriendo y se ven obligados a aguantar hasta el final"¹⁰⁸. Es de suponer, sin embargo, que la humedad ambiental descartaba cualquier tipo de anotaciones. Cuando Isaac Marcossou entrevistó a Woodrow Wilson en 1912, vio dificultado su trabajo por el hecho de que la entrevista hubiese de realizarse en un coche con la capota abierta:

He entrevistado a gente en trenes y barcos, en el aire y bajo tierra. Y aun así dudo que se haya realizado ninguna tarea similar bajo las duras condiciones que caracterizaron mi primera conversación con el señor Wilson. El vehículo saltaba y sus partidarios le dirigían saludos desde ambos lados de la carretera. Me vi obligado a mantener una incesante rueda de preguntas y a recordar lo que él me respondía. Abordamos todos los temas imaginables, desde los impuestos y el buen gobierno a la culpabilidad personal de las corporaciones. Era imposible tomar demasiadas notas. Tuve que recordar todo lo que había oído¹⁰⁹.

Cuando Earl Wilson obtuvo su primera entrevista en 1947 con el mafioso Frank Costello, no le fue permitido tomar notas de ningún tipo porque Costello "desconfiaba de esa práctica". Así que hubo de pasarse el tiempo "entrando y saliendo de las cabinas de teléfonos y los servicios para tomar notas apresuradas de sus respuestas"¹¹⁰. Rex Reed tuvo que ir aún un paso más allá cuando se encontró entrevistando a la cantante y actriz Bette Midler mientras ésta permanecía sentada en el retrete de una casa de baños para gays. Isaac F. Marcossou estaba convencido de que los hombres "siempre charlan mejor mientras comen", mientras que, para Oriana Fallaci, su entrevista con el director de cine Federico Fellini en un restaurante se vio frustrada por demasiadas interrupciones y distracciones, lo que la obligó a realizarla de nuevo¹¹¹. Groucho Marx se negaba a permitir el empleo de grabadoras en las entrevistas. "Ni siquiera por diez mil dólares permitiría que la revista Life usase una", le dijo a un entrevistador. "Tendrá que escribirlo todo en tarjetas". Eric Lax, el entrevistador de Life,

comentó: "Me sentía más nervioso de lo que jamás había estado a la hora de entrevistar a nadie. Quería preservar hasta la última palabra, pero él me dijo que no podría utilizar una grabadora. Prestaba toda la atención que podía, me retiraba un poco y transcribía frenéticamente lo que se había dicho"¹¹². Uno de los pioneros de las entrevistas grabadas fue Henry Brandon, que más tarde recordaría su experiencia con Edmund Wilson, el crítico e historiador: "Tenía auténtico pavor al micrófono, pero veinticuatro horas más tarde se acostumbró a la presencia de un magnetófono y a la técnica de la entrevista... Al final, después de dos días de charla en su casa familiar de Talcottville, Nueva York, me quedé sin cinta y fue Wilson, que empezaba a disfrutar de la experiencia, quien se dedicó a telefonar sin descanso a las tiendas de los pueblos vecinos hasta encontrar más cintas"¹¹³. Como explica Charles Higham, un entrevistador armado con un magnetófono puede producir una extraordinaria diversidad de reacciones:

Mae West era una de las que se negaban a tolerar la presencia de un magnetófono. Tras descubrir que estábamos grabando la entrevista, nos hizo desmontar el aparato y colocarlo en el salón de entrada de su vivienda hasta que concluyó la conversación. Sus gritos "¡No, no y no! ¡Nunca me prestaré a ello!" aún permanecen grabados en los dos primeros minutos de la cinta, como si fueran los aullidos de la víctima de una violación. Lucille Ball y Ralph Bakshi miraban la máquina como si se sintiesen en el punto de mira de una escopeta. Paul Anka la estrechaba contra su pecho como si fuera un niño. Román Polanski insistió en grabar la entrevista por su cuenta y por separado para asegurarse de que no hubiera imprecisiones¹¹⁴.

Rex Reed entrevistó en una ocasión a un ansioso Warren Beatty, ejercicio que comparó con "pedirle a un hemofílico medio litro de sangre", y también Beatty pidió una copia de seguridad de la grabación para conservarla él:

Un requisito impuesto para la entrevista fue que hubiese dos magnetófonos. Uno era un pequeño Norelco de cartuchos y teníamos además un Wollensak de mayor tamaño que me había prestado una amiga. Warren dio vueltas alrededor de ellos unos minutos, hurgando dentro, agitándolos y llevándoselos a la oreja. Acabaron los dos estropeados. "Olvídese del magnetófono. Confiaré en usted".

Truman Capote ha dicho que el empleo de un magnetófono "es un gran error: en el momento en que se introduce un dispositivo mecánico en la técnica de la entrevista se produce una atmósfera en la que el entrevistado no se siente realmente relajado porque está pendiente de sí mismo"¹¹⁵. Por otro lado, Lynn Barber ha mencionado que ella depende tanto del magnetófono "que no podría haberme dedicado a las entrevistas si no hubiese sido inventado". Admite que algunos entrevistadores emplean la taquigrafía, pero para ella "es vital mantener el contacto visual"¹¹⁶. El uso de los magnetófonos portátiles a partir de mediados de la década de 1950 dio un nuevo empuje a las entrevistas de declaraciones. Henry Brandon las hacía para *The Sunday Times* de Londres y *Playboy* las publicaba mensualmente (la primera fue la mantenida con el músico Miles Davis en septiembre de 1962). La confrontación televisiva, inaugurada por Mike Wallace en los años 1950 y 1960, también tuvo repercusiones en el enfoque que los periodistas mantenían respecto a la entrevista. El

entrevistador de televisión tenía las manos más libres porque, aunque tenía menos oportunidades de estructurarla después, una entrevista en televisión podía resultar devastadora (especialmente si se desarrollaba en un programa en directo). En tales circunstancias, la única opción que le queda al entrevistado es negarse a responder a las preguntas, lo que naturalmente da una imagen evasiva, o levantarse y abandonar el estudio (como hizo en una sonada ocasión sir James Goldsmith). Otro factor impulsor de cambios en el enfoque de las entrevistas fue la creciente difusión del psicoanálisis, o al menos de la percepción popular del mismo. El encargado de los perfiles biográficos del Saturday Evening Post, Maurice Zolotov, ha dicho que antes de la II Guerra Mundial el entrevistador "permanecía en el nivel aceptable del consciente. Nunca intentaba penetrar en el inconsciente ni desvelar aspectos indeseables de la vida o la personalidad del sujeto al que entrevistaba"¹¹⁷. Por contra, en nuestros días, la mayoría de los entrevistadores son psicoanalistas aficionados.

V

Desde los albores mismos de su historia, el entrevistador ha sido considerado como un traductor en potencia de sus entrevistados. En su libro *The Journalist and the Murderer* (El periodista y el asesino), Janet Malcolm ha apuntado que, inevitablemente, el periodista se presenta a sí mismo como un falso amigo en lo que denomina "el encuentro periodista-sujeto". La autora argumenta que la posibilidad de que este último intente manipular al periodista no cambia el hecho de que el entrevistador terminará traicionándole casi inevitablemente. No se trata de un acto inmoral sino más bien de una verdad fenomenológica. Ésta es la descripción que un periodista del San Francisco Examiner hace de su encuentro con Robert Louis Stevenson cuando llegó a la casa del autor en Vailima, Polinesia, en diciembre de 1893:

"Bueno, no. No siento particular aprecio por los reporteros, en especial por la variedad norteamericana; pero entre y le atenderé de todos modos". Con estas palabras recibió Robert Louis Stevenson el anuncio de mi nombre y mis propósitos cuando nos encontramos en el espacioso porche de su casa en las colinas de Upolu, la tierra de la cruz del sur y la gallina sagrada... Comencé explicándole que no era mi propósito tergiversar o malinterpretar las declaraciones del más grande de los escritores vivos. "No pasa nada," replicó riendo. "Pase y vea lo que hay que ver, y haga todas las preguntas que quiera. Luego déle rienda suelta a su pluma y cuando se publique el artículo lo leeré, maldeciré hasta quedarme afónico y aquí paz y después gloria"¹¹⁸.

Cuando a Raymond Blathwayt le encargaron escribir una breve semblanza de lord Northcliffe solicitó una entrevista con el propietario del periódico, que le respondió lo siguiente:

Querido Mr Blathwayt: Lamento tener que pedirle que me disculpe por no acceder a su solicitud. Soy como aquel niño al que se acerca durante una fiesta escolar la mujer del terrateniente. Ella le pregunta si quiere un poco de mermelada de fresas y él contesta sin dudarle: ¡No, gracias, señora, yo trabajo en el lugar donde la hacen!¹¹⁹.

Hoy en día raramente se sigue la norma de W. T. Stead de someter el artículo a la aprobación final del entrevistado antes de su publicación. Las famosas entrevistas con escritores del Paris

Review (publicadas a partir de 1950) se han adherido a esta práctica, pero por otra parte, la revista se ha erigido en el hogar de la "entrevista reelaborada" cuyo propósito es transmitir la expresión más clara posible de los propósitos del autor. Una entrevista con Irish Murdoch, por ejemplo, fue casi completamente reescrita por ella. En la mayoría de los casos, sin embargo, las publicaciones no exigen tan sofisticados requisitos. Dado que la entrevista puede llegar a ser una experiencia tan seductora, a veces sus protagonistas lamentan observaciones expresadas a la ligera. Probablemente, las cambiarían si tuviesen oportunidad de hacerlo, y de hecho, a veces, avergonzados o incómodos, desmienten sus propias palabras. Un comentarista lamentaba en 1890 la tendencia de la prensa norteamericana a asignar las entrevistas más importantes a reporteros sin experiencia, porque la práctica hacía que se deslizaran errores y malentendidos en el trabajo publicado que daban "a los hombres públicos una magnífica ocasión de renegar de sus propias palabras si éstas, una vez impresas, no causan en el público el efecto que esperaban al pronunciarlas"¹²⁰. Un manual para periodistas publicado en 1917 recomendaba muy a las claras no mostrar a los entrevistados el borrador del artículo:

... únicamente en circunstancias extraordinarias debería un periodista acceder a mostrar un trabajo para su censura antes de haberlo publicado. Más de una buena historia ha perdido su mordiente al disponer el entrevistado de la oportunidad de cambiar de opinión tras ver impreso lo que acaba de decir, hecho que explica el gran número de entrevistas repudiadas. En nueve de cada diez casos el periodista ha reproducido con exactitud las palabras del distinguido entrevistado, pero su resultado por escrito es diferente de lo que éste esperaba. Consiguientemente, niega toda la historia y el reportero se convierte en el chivo expiatorio, porque el hombre citado es un personaje público y el periodista no¹²¹.

Tras haber tenido problemas con Bismarck de resultados de una entrevista, Henri de Blowitz pasó a causarle problemas al conde Münster, embajador alemán en París. En una entrevista, éste le habló a Blowitz de las circunstancias que habían rodeado la renuncia de Bismarck a todos sus cargos. Cuando fue publicada, Münster tuvo que dar marcha atrás para rehuir la censura en su país. Informó a Blowitz que, aunque sus palabras habían sido reproducidas "con mucha exactitud", había autorizado a la agencia Wolff Telegraph a publicar que "había cierto grado de fabulación en la historia publicada". Blowitz no puso objeciones ni siquiera cuando el conde decidió más adelante no dar su visto bueno a la entrevista¹²². La revisión de las pruebas de imprenta nunca ha sido garantía de que no se desautorizase una entrevista después de su publicación. Tras repudiar Stanley Baldwin una entrevista, un periódico inglés escribió que "es bien sabido que los políticos rechazan toda responsabilidad por las entrevistas que conceden aun cuando las pruebas finales de ésta hayan sido revisadas por el político en cuestión, y el periódico que la publica tenga en su poder las correcciones por él realizadas"¹²³. A sugerencia de Eduardo VII, que deseaba que su primo Guillermo II conociese mejor a los ingleses, el coronel Edward Montagu Stuart-Wortley puso su casa, Highcliffe Castle, a disposición del káiser durante varias semanas en el verano de 1907. A lo largo de este periodo, el coronel y el káiser mantuvieron muchas discusiones sobre las relaciones anglo-germanas. Un amigo de W. T. Stead escribió a Stuart-Wortley para saber si

el káiser le concedería una entrevista a Stead. Ésta fue denegada. Cuando al año siguiente Stuart-Wortley asistió como invitado de Guillermo II a unas maniobras, le propuso a éste escribir un relato de sus conversaciones para su publicación en la prensa. El káiser accedió con la condición de que el trabajo fuera sometido a su aprobación y a la de un miembro del Gobierno alemán. Las notas de Stuart-Wortley adoptaron la forma de una única entrevista realizada por J. B. Firth, de The Daily Telegraph, y fueron publicadas en octubre de 1908. Desafortunadamente, fueron objeto de una gran controversia en Inglaterra y causa de gran embarazo en Alemania, donde se descubrió que los responsables del Gobierno no se habían molestado en leer el artículo antes de su publicación. Otra entrevista concedida por el káiser en julio de 1908 a W. B. Hale, de la revista americana Century Magazine, fue suprimida ante la insistencia del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán porque el tono hostil que reflejaba hacia Inglaterra estaba muy alejado de la actitud condescendiente que el káiser dejaba traslucir en su entrevista del Daily Telegraph.¹²⁴ A comienzos de 1931, Eugene Lyons, de la agencia United Press, se convirtió en el primer corresponsal occidental en conseguir una entrevista con Iósif Stalin. Al final de la misma, Stalin decía que aunque no deseaba entrometerse en el trabajo de Lyons, "estaría interesado en ver lo que hacía con la entrevista". Lyons le preguntó a Stalin si le podría conseguir una máquina de escribir con alfabeto latino y se lanzó a mecanografiar el artículo en un despacho cercano. Un intérprete se lo leyó a Stalin, que escribió al pie de la copia mecanografiada: "Más o menos correcto, I. Stalin"¹²⁵. En los primeros días de las entrevistas en Playboy, durante la década de 1960, "se ofrecía a los entrevistados la versión editada de sus entrevistas y virtualmente disponían del derecho a vetarlas". Pero Playboy "empezó a ser consciente de algunos intentos ocasionales de sanear los artículos; de hecho, de censurarlos", y a partir de 1974 cambió de política. Aunque no eran sólo los entrevistados los que intentaban alterar sus palabras al verlas en letra impresa. Bob Dylan se puso furioso al leer las pruebas de su entrevista con Nat Hentoff para Playboy, porque al editar el artículo se habían puesto en su boca términos poco familiares que él no había pronunciado. Más tarde le hablaría a su biógrafo del incidente:

Vi las pruebas y le dije: "¿De dónde coño has sacado estas palabras?". Hentoff me contestó que el tipo de Playboy le había añadido algunas cosas para que sonase un poco mejor... Se trataba de frases total y absolutamente estúpidas, grotescas. Eran expresiones pretenciosas, de pavo real, nada más que mierda, necesidades que cualquiera que me conozca y me haya oído hablar sabe que nunca diría. Le dije: "Tío, tú este artículo no lo sacas", y llamé de inmediato a los abogados... los abogados enviaron una carta a Playboy y éstos se asustaron. Me llamaron de nuevo y yo dije: "¿Se puede reescribir el artículo?". Contesté a las preguntas. Lo hice fatal, tío. Debería haberlo hecho mejor¹²⁶.

En 1956 William Faulkner fue entrevistado por Russell Warren Howe, el corresponsal en Nueva York del Sunday Times de Londres. La versión más extensa de la entrevista, aparecida en la revista americana The Reporter, desató la controversia en la prensa estadounidense debido a los comentarios de Faulkner sobre que el Sur estaba "armado para la revuelta" y listo para luchar de nuevo por la secesión. Faulkner repudió esta segunda versión tachándola de inexacta y minimizó el daño que pudiera haber hecho a Howe sugiriendo que él, Faulkner, estaba borracho en el momento de la entrevista. Escribió a The Reporter para

decir que su versión "contenía declaraciones que no pronunciaría ningún hombre sobrio ni, en mi opinión, podría creer ningún hombre en su sano juicio". Howe respondió diciendo que "todas las manifestaciones atribuidas a Mr. Faulkner han sido directamente transcritas por mí a partir de mis notas taquigráficas..."¹²⁷. Los entrevistados siempre se han quejado, bien de que se habían citado mal sus palabras o de que habían sido malinterpretadas: la versión publicada de la entrevista ofrece una impresión muy diferente a la que ellos recuerdan. Truman Capote explicó esto como sigue: "A nadie le gusta descubrirse como es, ni le agrada ver exactamente lo que ha dicho o hecho por escrito. Yo mismo no me gusto cuando soy el modelo y no el pintor. Cuanto más precisas son las pinceladas, mayor es el resentimiento"¹²⁸. Pocas entrevistas son una transcripción literal de la conversación mantenida entre el entrevistado y el periodista. Con frecuencia, las limitaciones de espacio obligan a recortar esas conversaciones, y el proceso mismo de edición implica que quedarán recalcados determinados aspectos de las mismas. Harvey Breit, que entrevistó a muchos autores para The New York Times Book Review en los años cuarenta y cincuenta, podía concentrar una conversación, mantenida normalmente a lo largo de un almuerzo de una hora o más, en 850 palabras. El esquema de preguntas y respuestas no es garantía de autenticidad. Las entrevistas de Playboy, por ejemplo, se ajustaban invariablemente a este método. Alcanzaban una extensión de varios miles de palabras, pero virtualmente ninguna de ellas había sido grabada en un único encuentro. El entrevistador se reunía con el sujeto en distintas ocasiones y grababa varias horas de conversación. Dado que la entrevista es una forma periodística o literaria —así es como la leemos y no como un mero testimonio oral— siempre se ha considerado admisible que la vida imite al arte en vez de lo contrario. Harvey Breit lo ha comparado con el "proceso creativo":

A menudo hay que encontrar las palabras adecuadas (y la búsqueda alcanza a los sonidos silábicos y al peso de las palabras). Ha de ser un término tan ajustado como el que requeriría un poema o un relato. A veces hay que dar incluso con la forma, "percibirla": hay que saber cómo empezar y dónde acabar. Rara vez, por no decir ninguna, esta forma se ajusta a la secuencia oral. Es algo creado, para mal o para bien. Se yuxtaponen fragmentos dispersos. Una frase pronunciada en un momento de descuido en plena conversación puede constituir un gran final... La manipulación no sólo es congruente, sino esencial si uno quiere ser escrupuloso. Hay que condensar y sopesar, intentar descubrir el dibujo en la alfombra, sacrificar los detalles para ganar impacto. En resumen, buena parte del trabajo es simbólico. Intentar ajustarse al naturalismo en un marco tan limitado supondría, estoy convencido de ello, una injusticia. Obviamente, uno se mantiene dentro del círculo trazado por la conversación y saca a relucir precisamente las ideas expresadas. Pero, invariablemente, hay que buscar un acento, crear una atmósfera, encontrar una salida (recapitular). No pretendo exagerar las dificultades, pero estas conversaciones no se escribieron solas. En pequeña, pero exigente medida, planteaban problemas "creativos" y había que enfrentarse a ellos¹²⁹.

Tampoco el problema de que la entrevista publicada sea tan sólo una versión parcial del encuentro ha quedado solventado por el empleo hoy casi universal del magnetófono. Actualmente, la mayor parte de los periódicos y revistas insisten en que el periodista, le guste o no, grabe la entrevista por razones legales, para el caso de que se produzca una demanda

por difamación. Kenneth Harris opinaba que las grabaciones producían cierta inhibición en sus entrevistados, pero finalmente también él sucumbió ante sus ventajas. Como consecuencia, su prodigiosa retentiva declinó. ("La memoria es como un músculo", le comentó a este autor). Janet Malcolm ha recordado que, antes de "la invención del magnetófono, ninguna cita podía ser reproducida al pie de la letra. Obviamente, lo que Boswell escribe que dijo el doctor Johnson no fue exactamente lo mismo que dijo y nunca sabremos qué fue lo que dijo realmente. Muchos periodistas continúan trabajando sin la ayuda de este arma tecnológica de doble filo. Se limitan a editar o parafrasear sobre la marcha mientras garabatean en sus cuadernos de notas"¹³⁰. Del mismo modo que W. T. Stead hacía "hablar a sus entrevistados mucho mejor de lo que en realidad hablaban"¹³¹, Janet Malcolm cree que es deber del periodista ser caritativo:

Cuando un periodista tiene que citar al sujeto al que ha entrevistado tiene la obligación, no sólo para con el entrevistado sino también para con el lector, de convertir en prosa su discurso. Sólo el más despiadado (o inepto) de los periodistas reproducirá literalmente sus manifestaciones sin reescribir lo que en la vida real nuestro oído transforma de manera automática e instantánea... La fidelidad al modo de pensar del entrevistado y a su modo particular de expresarse es el sine qua non de las citas periodísticas, en el que quedan subsumidas todas las consideraciones estilísticas. Afortunadamente para el lector y el entrevistado, la empresa relativamente menor de traducir el lenguaje grabado a escrito y la más seria responsabilidad de citar fidedignamente lo dicho no están enfrentadas en modo alguno. De hecho, como he propuesto (y descubierto una y otra vez por mí misma), son fundamental y concluyentemente complementarias¹³².

Malcolm ha demostrado cómo comprimía pasajes enteros de transcripción para evitar reiteraciones y divagaciones. Penelope Gilliatt ha descrito sus entrevistas-perfiles, publicadas esencialmente en *The New Yorker*, como "apuntes de la vida real que son, en esencia, como fragmentos de un diálogo de ficción, porque son resumidos para su reproducción"¹³³. De modo similar, la técnica entrevistadora de *Playboy*¹³⁴, tal y como la definía el responsable de sus comienzos, Murray Fisher, era:

...cribar y refinar la verborrea desnuda de una transcripción magnetofónica para obtener una conversación lineal, continua... Esto quiere decir que siempre existía un proceso de destilación y condensación, de reorganización y predisposición, pero con la suficiente fidelidad al original como para que el material transmitiese con verosimilitud una conversación natural. Nunca se trataba de "mejorar" el lenguaje de una persona, sino de eliminar las repeticiones y los circunloquios, las pausas y los comienzos en falso, que son mentalmente suprimidos por los oyentes pero no por los lectores. La prueba de que resulta una técnica eficaz la suministra el hecho de que muchos de los entrevistados han declarado públicamente que las entrevistas reproducían exactamente lo que habían dicho, aun cuando jamás se haya publicado una transcripción literal de ninguna.

Con todo, una cosa es fusionar un material transcrito de manera responsable y otra hacerlo de tal forma que quede alterado el sentido de las declaraciones del entrevistado. Con motivo de una entrevista que Maureen Orth realizó a Margaret Thatcher para *Vanity Fair* en mayo de

1991, la antigua primera ministra hizo su propia copia de la conversación para sus archivos. Lo publicado, que retrataba a Thatcher como una persona perdida y confusa tras abandonar el cargo, incluía una cita en la que parecía denigrar el valor de la vida doméstica: "El hogar es el lugar al que uno se dirige cuando no tiene nada mejor que hacer". Días después se produjo una encendida protesta por parte de la oficina de la señora Thatcher, que entregó a The Times para su publicación una transcripción literal de la entrevista. Ésta mostraba que sus palabras originales habían sido condensadas y que la observación reproducida por Vanity Fair había sido realizada en el contexto de una referencia a sus hijos ya crecidos. "El hogar es el lugar al que se va cuando no hay nada mejor que hacer. Siempre estaremos allí". Era una cita dentro de una cita, algo que ella se había imaginado diciéndole a Mark o Carol Thatcher y no una descripción de su propia actitud hacia la vida doméstica. Bajo esta lectura, la señora Thatcher pasaba de ser una mujer de carrera sin corazón a convertirse en una madre cariñosa, resignada ante la evidencia de que sus polluelos habían abandonado hacía ya tiempo el nido. La editora de Vanity Fair, Tina Brown, salió en defensa de la periodista Maureen Orth, sosteniendo que ella era la única persona autorizada para interpretar los comentarios de Thatcher, ya que no había habido ninguna otra persona presente. "Desde que llegó a la redacción, hemos escuchado la cinta varias veces", escribía en una carta a The Times, "y resulta evidente que la cosa no está nada clara. La señora Thatcher podría ser un personaje que se dirige a sus hijos o podría estar hablando por ella misma. Sin estar allí, sin haber podido observarla y detectar ese matiz, es imposible afirmar nada en un sentido u otro". La condensación que Orth había hecho de las palabras de su entrevistada tuvo el efecto, sin duda inintencionado, de que un comentario inofensivo resultase un tanto siniestro¹³⁵. Otra constante del género es el debate acerca de los méritos relativos de la entrevista-formulario con preguntas y respuestas y el texto redactado a posteriori. El esquema de declaraciones puede resultar demasiado rígido, de ahí este consejo aparecido en un manual de periodismo de 1917:

El artículo puede ganar en vivacidad si se le añaden fragmentos descriptivos para retratar al que habla y su entorno, en especial si éste armoniza o contrasta con el carácter del personaje y las ideas expresadas. Un excelente recurso para presentar el ambiente de una entrevista, para darle atmósfera, es introducir a intervalos en la historia pequeñas excentricidades o manierismos en el lenguaje del entrevistado. Mencionar las muletillas, los gestos característicos, un repentino despliegue de contrariedad, la reticencia inexplicable a responder a ciertas preguntas, etcétera, será a veces más eficaz que dedicar columnas enteras a exponer las declaraciones del sujeto. De hecho, a menudo es más importante prestar atención a los pequeños detalles incidentales que a las palabras pronunciadas por la persona que habla¹³⁶.

Digby Diehl, cuyas entrevistas aparecieron durante la década de 1970 en Los Angeles Times, defiende un enfoque distinto. Él prefiere la fórmula de las preguntas y respuestas: Un formulario bien escrito puede ser tan fácilmente estructurado y artificialmente manipulado como una entrevista-perfil. Sin embargo existe, desde el principio, una metodología diferente en el proceso de escritura. Para empezar, el escritor no se lanza en busca de un determinado "gancho", cierto "sesgo" o "un punto de vista personal". Sólo busca obtener de su sujeto las opiniones más coherentes y valiosas que le sea posible sonsacar. El periodista escucha y

responde al sujeto, en lugar de fijarse en el papel de las paredes, comentar la consistencia de los sándwiches o prestar atención a los tics nerviosos de su presa. Pero es aún más significativo constatar que durante el proceso de redacción, el periodista que recurre a las preguntas y respuestas experimenta una peculiar falta de implicación personal que sólo puede obedecer al deseo de que la responsabilidad por las declaraciones vertidas en el artículo sea del entrevistado, y no del escritor¹³⁷.

En sus mejores manifestaciones, el entrevistador de este estilo es algo parecido a un prestidigitador. Si bien es verdad que algunos han conseguido permanecer en un segundo plano hasta casi desaparecer con esta fórmula, una de las mejores representantes de este campo, Oriana Fallaci, ha hecho que la entrevista basada en las preguntas y respuestas parezca una manifestación más ególatra que cualquier entrevista redactada. No obstante, otro glosador sopesa los pros y los contras de las dos tradiciones:

Un gran número de entrevistas emplean el formato de la entrevista-ensayo. Este tipo de reportaje puede suministrar un entorno discursivo más cálido y familiar para una ocasión que, de otro modo, resultaría envarada. Por supuesto, el inconveniente es que escuchamos con menos frecuencia la voz del sujeto y que sus palabras pueden quedar subordinadas a la "ficción" del entrevistador¹³⁸.

Cuando de entrevistas se trata, las alegaciones de falsedad nunca andan lejos, pero la decepción alcanza a las dos partes. La primera entrevista de la que se tiene noticia, entre Brigham Young y Horace Greeley, fue un ejemplo de cómo el entrevistado miente a su entrevistador. Young niega ciertas acusaciones sobre los mormones (como que mataban y robaban a los emigrantes que atravesaban el territorio de Utah) que han sido probadas por los historiadores (junto con la evidencia de que Young tenía conocimiento de dichos actos). Proclamaba igualmente que sólo tenía quince mujeres cuando tuvo al menos setenta. Frank Sinatra era aparentemente demasiado inquieto e impaciente para permitir que nadie le entrevistase durante el considerable tiempo que Playboy requiere de sus entrevistados, así que Mike Shore, el responsable de publicidad de la compañía discográfica de Sinatra, Reprise Records, se hizo cargo de redactar una entrevista completa, incluyendo las preguntas y las respuestas, a la que el artista dio su aprobación y que apareció en la edición de febrero de 1963 de la revista. En ella, "Sinatra" hacía una serie de pronunciamientos adecuadamente liberales sobre la religión, la civilización y la necesidad de un desarme global, pero Shore tuvo buen cuidado de asegurarse de que dichas opiniones fueran emitidas con el estilo de un hombre de hablar rudo, bebedor y jugador:

Creo en usted y en mí. Como Albert Schweitzer y Bertrand Russell y Albert Einstein respeto la vida en todas sus formas. Creo en la naturaleza, en los pájaros, en el mar, en el cielo, en todo lo que puedo ver o de lo que hay pruebas reales. Si cuando habla de Dios se refiere a esas cosas, entonces creo en Dios, pero no en un Dios concreto al que recurra para mi tranquilidad personal o para obtener una buena tirada de dados. Estoy a favor de cualquier cosa que le sostenga a uno en medio de la noche, ya sea una plegaria, los tranquilizantes o una botella de Jack Daniels. Para mí la religión es una experiencia profundamente personal en la que el hombre y Dios están a solas, sin ningún brujo como intermediario¹³⁹.

Según Wilfrid Sheed, la "autocreación" y el "autoencubrimiento" son los motivos gemelos

de aquellos escritores que se adhieren al enfoque de la "entrevista reelaborada" de Paris Review. "Habiendo tenido la oportunidad de revisar sus declaraciones y de eliminar las banalidades propias de la espontaneidad", explicaba Sheed, "son libres no sólo de inventarse a sí mismos sino incluso el modo de representarse"¹⁴⁰. El responsable de la selección de un libro de entrevistas de Capote ha afirmado que Truman Capote "exageraba los hechos y creaba historias falsas sobre sí mismo. El alcance de la exageración era en ocasiones reflejo del modo en que respondía a los entrevistadores y a la credulidad de éstos"¹⁴¹. Francine du Plessix Gray declaraba que la gira de promoción de un libro "consiste fundamentalmente en mentir a lo largo y ancho de todo Estados Unidos para proteger nuestra intimidad y nuestras posibilidades"¹⁴². Cuando Young Boswell le preguntó a Dorothy Parker si jugaba al golf, ella respondió: "Sólo en las entrevistas. Verá usted, sólo vivo para mi público"¹⁴³. El "ente entrevistable" del poeta W. H. Auden ha sido descrito como una "persona extra, como el Espíritu Santo, generado merced a la autocontemplación"¹⁴⁴. Thomas Morgan, autor de entrevistas y perfiles biográficos para la prensa norteamericana durante las décadas de 1950 y 1960, acuñó su propio término para el fenómeno del "ente entrevistable" que tantas celebridades tienden a adoptar:

Con el paso del tiempo, de manera deliberada, crean un yo público para que la gente como yo lo entreviste, lo observe y lo ponga a prueba. Ese yo es un accesorio de probada valía, una sofisticada invención refinada, pulida, destilada y certificada en cientos, tal vez miles de encuentros con periodistas, miembros del público, amigos, familia y amantes. No es realmente ellos, pero curiosamente tampoco deja de serlo. Es la fusión de una imagen y una personalidad; o lo que yo he decidido llamar una Impersonalidad¹⁴⁵.

El escritor William Faulkner se mostraba inclinado a jugar con la curiosidad de los entrevistadores acerca de su personalidad en privado, como queda demostrado en una entrevista concedida en 1931 a Marshall Smith, de Memphis Scimitar: "Nací varón y soltero a temprana edad en Misisipi. Aún sigo vivo, pero no soltero. Nací de una esclava negra y un caimán, ambos dos llamados Gladys Rock. Tengo dos hermanos. Uno es el doctor Walter E. Traprock y el otro Eagle Rock, un avión"¹⁴⁶. La entrevista es un ingrediente incómodo y ambiguo en el proceso de automitificación en el que en un momento u otro se embarcan todas las personalidades públicas. Por supuesto, hay ocasiones en las que el entrevistador mete estruendosamente la pata. En uno de sus trabajos más divertidos, Evelyn Waugh describe la penosa experiencia de ser entrevistado por una gigantesca mujer escandinava que, evidentemente, tenía la errónea impresión de que él era un escritor satírico proletario. Waugh disfrutó demasiado con la situación como para sacarla de su error¹⁴⁷. El director de cine francés Jean-Luc Godard había sido anteriormente crítico cinematográfico y había realizado entrevistas para Cahiers du Cinema. En 1975 le dijo ajames Conaway, un entrevistador de The New York Times Magazine, "que me inventase este artículo. Aseguraba haberse inventado entrevistas enteras con Jean Renoir y Roberto Rossellini que 'contenían no menos verdades que mentiras'..."¹⁴⁸. Con todo, existe un problema aún más fundamental, que afecta

a la entrevista como forma, y es la noción de que el entrevistador se alía con el personaje para perpetrar una inmensa falacia. (No se trata tanto de que el entrevistador engañe a sus lectores, como de que él mismo está condenado a ser engañado, a ser un tonto útil en la agenda del famoso). Minette Marrin ha escrito que mientras el periodista intenta derribar las barreras que alza el entrevistado con la doble arma de la adulación y el encanto, "cualquier entrevistado experimentado estará haciendo todo lo posible por halagar o encandilar" al periodista.

Los miembros del negocio del espectáculo norteamericano parecen haber recibido clases sobre cómo alabar extasiados tu vestuario y preguntar dónde pueden conseguir algo igual. Quizá alguien les conteste que una prenda en concreto la ha conseguido en Londres... Si picas el anzuelo, si aceptas el cumplido, si te lo crees o simpatizas con el sujeto, descubres que se ha establecido una especie de complicidad, que, en cierta medida, te has comprometido... Sospecho que prácticamente en cada entrevista que se publica existe una sombra de lo que realmente le habría gustado escribir al periodista..., Creo que la mayoría de los periodistas padecen una debilidad humana muy extendida: desean ser amados. El riesgo es que escribir perfiles se convierta tan sólo en una extensión de nuestra vida social¹⁴⁹.

Naturalmente, esta tendencia es menos marcada cuando el encuentro es más informal, aunque las personas poderosas a menudo intimidan a sus entrevistadores con su sola presencia. Sólo con acceder a encontrar esos instantes preciosos en sus apretadísimas agendas, dichas personas ya están halagando a sus entrevistadores. Stalin concedió más de tres horas y media a Cornelius Vanderbilt Jr. Tom Driberg se entrevistó con Jruschov durante cuatro horas y media (sin interrupciones). Tras pasar con ella dos horas y media, Deng Xiao-ping quiso saber si Oriana Fallaci le haría el honor de hacerle una segunda entrevista. "En ese momento," ha dicho ella, "perdí la cabeza. Salté, me eché encima de él, le besé"¹⁵⁰. Tras su primera entrevista con Stalin, Eugene Lyons recordaría: "No cambié de opinión en lo esencial acerca de la personalidad de Stalin. Incluso cuando su régimen actuaba de forma especialmente odiosa, conservé el aprecio por Stalin como ser humano... En su sencillez, que me impresionó más que ningún otro de sus rasgos, no había nada de fingido, ni un atisbo de falsedad o afectación"¹⁵¹. En épocas recientes, hay pocos ejemplos de entrevistas tan adulatoras como la que una Andrea Reynolds manifiestamente embelesada realizó a Sadam Hussein: "Sus uñas estaban muy bien manicuradas y sus manos eran fuertes y agradablemente expresivas. Sus gestos eran lentos, aunque sus ojos estaban en constante movimiento... Su despedida fue encantadora. Era como si se tratase de una estrella de cine que deseara convertirme en su admiradora. Tomó mi mano, la cubrió con las suyas y la estrechó calurosamente"¹⁵². Durante el presente siglo, la entrevista ha avanzado a empellones. A lo largo de la década de 1930 fueron las revistas para aficionados al cine de Hollywood como Motion Picture las que

sacaron adelante el concepto de la entrevista al famoso que husmea en sus matrimonios y relaciones sentimentales (algunas de ellas inventadas por los publicistas). Ya en los cincuenta fueron profesionales como Pete Martin de The Saturday Evening Post y periodistas especializados en entrevistas-perfil de Esquire, como Helen Lawrenson y Thomas B. Morgan, los encargados de perpetuar la tradición. En los años sesenta tomaron el relevo publicaciones como Mademoiselle y Playboy (que igual publicaba entrevistas en profundidad con políticos e intelectuales que con personalidades del mundo del espectáculo). En la década de 1970 le tocó el turno a Rolling Stone y al Interview de Andy Warhol en Estados Unidos y al New Musical Express en Gran Bretaña. A lo largo de las tres últimas décadas se ha impuesto un nuevo tipo de entrevistado, tan ubicuo y presa de la curiosidad de los lectores como los hombres de la Iglesia lo fueron a finales del siglo XIX. Pocos fenómenos en la historia de la entrevista pueden compararse con el gran interés mostrado desde los años sesenta por el público hacia las celebridades de la música. Las figuras del rock han despertado más interés que las estrellas cinematográficas porque su actividad artística ha ejercido un efecto más poderoso sobre la cultura popular. Según un comentarista, el punto de inflexión llegó en 1959, cuando Gloria Stavers, editora de 16 Magaline, le hizo una entrevista a Paul Anka. Fue la primera dentro de una serie basada en una selección hecha por ella misma y titulada "Cuarenta preguntas muy íntimas", que, en su opinión, a los lectores les gustaría ver respondidas. "Parece extraño hoy en día que la encantadora e inane entrevista de declaraciones fuera alguna vez una importante innovación dentro del periodismo", comenta el entrevistador de Rolling Stone Jonathan Cott. "Eliminó de un plumazo la barrera del agente de prensa/compañía de discos entre el lector y la estrella". El estilo de entrevista publicada en Rolling Stone pretendía llegar hasta el fondo del pensamiento de aquellos artistas cuyo trabajo estaba "transformando la cultura popular y el arte de la nación" y, al mismo tiempo, proclamarse "la comunicación no musical más autorizada entre un intérprete y su público". La entrevista que Jann Wenner realizó en 1971 a John Lennon constaba de 30.000 palabras y apareció en dos entregas consecutivas de Rolling Stone. El mensaje transmitido por ésta y otras entrevistas similares publicadas en la revista respondía al concepto romántico del artista: "Comprometerse a toda una vida entregada al rock & roll... es ser extraordinario" ¹⁵³. También los actores de cine son conscientes de que se salen de lo corriente. Según Leonard Probst, experimentan "una intensa fascinación por sí mismos, por sus orígenes, experiencias, ansiedades, por todo aquello que les sucede. No se trata de

*narcisismo o egolatría, sino de pragmatismo. Cuanto mejor se conocen, mejor funcionan. Su entrega al trabajo es total". Señalaba que dichos actores no competían con sus rivales, sino con su ideal de sí mismos. De ahí la importancia de la entrevista como medio para definir sus roles¹⁵⁴. Los escritores consideran la autoexpresión un imperativo: "El ser entrevistado", le dijo en una ocasión Tennessee Williams a Charlotte Chandler, "lleva aparejada la ventaja de la autorrevelación. Me veo obligado a articular mis sentimientos y puede que aprenda algo sobre mí mismo. Me hace conocerme mejor, ser más consciente de mi propia desdicha"¹⁵⁵. Sin embargo, en los últimos años se ha producido un preocupante fenómeno en lo que se refiere a las entrevistas con actores de cine. Como escribía Emma Soanes: "El star system, encabezado por Hollywood, ha secuestrado la entrevista, la ha amordazado, le ha hecho de todo excepto matarla. Sus latidos son ya tan débiles que resultan casi imperceptibles, aun cuando el espacio que ocupa siga creciendo... Los entrevistados, si bien es cierto que sólo en el caso de que sean ricos y famosos, controlan la entrevista"¹⁵⁶. La primera entrevista asignada a Lynn Barber para Vanity Fair se frustró porque al actor Nick Nolte le disgustó su actitud y dio instrucciones a su agente de prensa para que denegase fotos en exclusiva a la revista si seguían adelante con su intención de publicarla. Los agentes de prensa de Hollywood, entre los que únicamente hay media docena de cierta relevancia, operan como un cártel. A menos que el tratamiento que da el periodista a su representado disfrute de su aprobación, tienden a denegar a éste no sólo todo futuro contacto con el artista en cuestión sino también con el resto de sus clientes. No obstante, la entrevista ha demostrado su ductilidad como género y sin duda logrará sobrevivir a las actuales prohibiciones. Como demuestran las ricas y variadas opiniones tanto de los ejecutores como de las víctimas de la entrevista y el amplio espectro reflejado en este volumen, no existen reglas fijas acerca de cómo conducir una entrevista o cómo editarla para su posterior publicación. El único requisito por el que me he guiado en esta antología ha sido, a grandes rasgos, que cada entrevista reflejase un encuentro entre dos personas, una de las cuales preguntaba y la otra respondía, y dónde ambas partes eran conscientes de que el objetivo último de su conversación era ser publicada. Esto es lo que distingue la entrevista de las conversaciones recopiladas que han aparecido en innumerables memorias, biografías y autobiografías desde la obra *Life of Johnson* de Boswell. Aparte de esto, he partido de tres criterios para la selección. Algunas entrevistas han sido escogidas por su mérito como obras periodísticas; otras por la trascendencia histórica de los*

entrevistados o de los asuntos tratados; y otras por ser especialmente encantadoras o entretenidas. Desde mi punto de vista no hay mejor descripción de los enfoques de la entrevista que la ofrecida por Frank Banfield en 1895. "Algunas veces", escribía, "puede adoptar la forma de un artículo salpicado de diálogos; otras la de un monólogo hábilmente dirigido. No pueden plantearse reglas fijas. Cada entrevista debe tener su propio color, que será tan variado como los estados de ánimo, los distintos temperamentos o los diferentes entrevistados, aunque el tono del entrevistador pueda, y en mi opinión deba, afectar a todo ello"¹⁵⁷.

BRIGHAM YOUNG

Entrevistado por Horace Greeley (New-York Tribune, 20 de agosto de 1859)

Brigham Young (1801-1877), el líder mormón, nació en Vermonty se convirtió al mormonismo cumplidos los treinta años de edad. En 1844 sucedió como presidente de la secta al fundador de la misma, Joseph Smith, y en 1847 guió a sus miembros en una larga marcha desde Illinois, de donde habían sido expulsados por los ciudadanos locales, hasta Utah. Allí, él y sus seguidores fundaron Salt Lake City y declararon un estado libre e independiente, pero el Congreso de Estados Unidos creó el Territorio de Utah y nombró a Young gobernador. Se erigió en soberano absoluto y fue necesario recurrir al envío de 3.000 soldados para permitir el acceso al gobierno de funcionarios federales ajenos a la secta. Se reclamó igualmente sucesor profético de Joseph Smith y, a pesar de que éste siempre se había mostrado opuesto a la poligamia, Young convenció a sus seguidores de que había tenido una revelación en la que Smith daba al fin su beneplácito a dicha práctica. En septiembre de 1857, Young pronunció encendidos discursos que alentaron a algunos de sus seguidores a disfrazarse de indios y atacar un tren cargado de ricos emigrantes procedente de Misuri y Arkansas en route hacia California. Cuando los emigrantes les plantaron cara, los mormones se desprendieron de sus disfraces y, fingiendo que habían acudido a salvar a los inmigrantes, les persuadieron de que abandonasen las armas y se dirigiesen a pie hasta Salt Lake City bajo su escolta. Acto seguido, los mormones mataron a 120 emigrantes, perdonándole la vida sólo a siete niños. Los intentos del gobierno federal de investigar la que pasó a llamarse la masacre de Mountain Meadows y llevar ante la justicia a sus responsables se vieron obstaculizados por la falta de cooperación de la comunidad mormona. El Gobierno de Estados Unidos impuso un nuevo gobernador, respaldado con tropas, para sustituir a Young con la intención de restringir la práctica de la poligamia. No obstante, Young continuó siendo una personalidad influyente en Utah y llegó a amasar una fortuna de alrededor de 2.500.000 dólares, que legaría a sus diecisiete mujeres y cincuenta y seis hijas. El Santo que había liderado la masacre, John D. Lee, fue recompensado por Young con el nombramiento de magistrado y más esposas por "haber guardado el silencio de una tumba" sobre el acontecimiento. Sin embargo, Lee fue juzgado, condenado y ejecutado por los asesinatos en 1875 y maldijo a

Young, llamándole el "más traidor y desagradecido villano sobre la faz de la tierra" por haberle retirado finalmente su protección. Horace Greeley (1811-1872) fue uno de los periodistas norteamericanos más influyentes del siglo XIX, además de político. Comenzó su carrera como impresor y en 1841 lanzó un periódico, el New-York Tribune, del que sería editor prácticamente hasta su muerte. Las simpatías políticas del diario experimentaron vaivenes a lo largo de su etapa como director, que cubrió los grandes debates de mediados del siglo acerca de la esclavitud, los derechos de los estados y la Guerra Civil, que finalmente desencadenaron. Después de haber propugnado la secesión para los estados del Sur, se convirtió en uno de los mayores defensores de Lincoln. Tras la guerra alentó la reconciliación entre el Norte y el Sur, una propuesta por aquel entonces impopular, y en 1872 se presentó sin éxito como candidato a la presidencia. Esta entrevista, que constituye el primer ejemplo de su género (véase Introducción), se celebró en Salt Lake City, Utah, en el transcurso de un viaje de Greeley en el que atravesó el país de Este a Oeste. Fue publicada en todo el mundo. Es interesante señalar que el entrevistado miente en varias ocasiones. Ofrece una cifra inferior a la real tanto en lo relativo al número de sus esposas como en lo referente a su fortuna personal (había obtenido tierra, derechos de pastoreo, monopolios agrícolas y madereros, el control del suministro de agua y el derecho a otorgar licencias para la venta de alcohol). Niega igualmente la existencia de los Danitas, su orden secreta de ángeles destructores o Shenpips, que hacían presa de los gentiles y practicaban la "expiación por la sangre". Tras previa cita, mi amigo y miembro del Congreso, el doctor Berhisel, me llevó esta mañana a conocer a Brigham Young, presidente de la Iglesia mormona, que había expresado su disponibilidad para recibirme a las dos de la tarde. Fuimos objeto de una cordial bienvenida en la puerta por el presidente en persona, que nos condujo al recibidor de la segunda planta de la más grande de sus casas (tiene tres), donde me presentó a Heber C. Himball, a los generales Wells y Ferguson, a Albert Carrington, Elias Smith y algunos otros líderes de la Iglesia, además de a dos de sus hijos mayores. Tras algunos comentarios intrascendentes sobre tópicos generales, expliqué que había acudido en busca de un mayor conocimiento de las doctrinas y la organización de la Iglesia mormona. Le planteé que me gustaría hacerle algunas preguntas al respecto, si no tenía nada que oponer. El presidente Young manifestó su intención de responder a toda pregunta que fuera pertinente y la conversación se desarrolló sustancialmente como sigue: — ¿Debo considerar el llamado mormonismo como una nueva religión o simplemente como una nueva rama del cristianismo? —Nosotros

sostenemos que no puede existir una iglesia auténticamente cristiana sin un sacerdocio directamente emanado de y en comunicación inmediata con el Hijo de Dios y Salvador de la humanidad. Una iglesia así es la de los Santos del Último Día, llamados mormones por sus enemigos. No conocemos ninguna otra que en la actualidad pretenda siquiera tener revelaciones directas de la voluntad divina. —¿He de entender entonces que considera usted, como la Iglesia de Roma, cismáticas, heréticas y alejadas del camino de la salvación a las demás Iglesias que se declaran cristianas y no están en comunión con la suya? —Sustancialmente, sí. —Aparte de eso, ¿en qué aspectos difiere su doctrina de la de nuestras Iglesias protestantes ortodoxas, como la baptista o la metodista, por ejemplo? —Nos adherimos a la doctrina del cristianismo tal y como fue revelada en el Viejo y el Nuevo Testamento, y también en el Libro de Mormón que enseña las mismas verdades cardinales, y sólo éstas. —¿Creen ustedes en la Santísima Trinidad? —Sí, pero no de la misma manera que otras Iglesias. Creemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son iguales, pero no idénticos... no son una única persona [ser]. Creemos en lo que la Biblia nos enseña al respecto. —¿Creen en un demonio, en un ser independiente, consciente y espiritual cuya naturaleza y actos son esencialmente malignos y diabólicos? —Así es. —¿Defienden ustedes la doctrina del castigo eterno? —También, aunque quizá no exactamente como lo hacen otras Iglesias. Creemos lo que nos enseña la Biblia. —Tengo entendido que ustedes consideran esencial el bautismo por inmersión. —En efecto. —¿Practican ustedes el bautismo infantil? —No. —¿Es obligatorio para sus conversos instalarse en estos valles? —Más bien se sentirían seriamente agraviados si no fueran invitados a hacerlo. Defendemos el agrupamiento del Pueblo de Dios que predice la Biblia y sostenemos que éste es el lugar y el momento de su consumación. —Las predicciones a las que usted se refiere sugerían, según tengo entendido, que Jerusalén (o Judea) era el lugar asignado para dicha reunión. —Y así es para los judíos, no para los otros. —¿Cuál es la posición de su Iglesia en relación con la esclavitud? —La consideramos una institución divina y creemos que no debe ser abolida hasta que la maldición que cayó sobre Ham le sea perdonada a sus descendientes. —¿Existen ahora mismo esclavos en este territorio? —Así es. —¿Respaldan la esclavitud sus leyes territoriales? —Dichas leyes han sido publicadas..., puede leerlas usted mismo. Si los esclavos son traídos aquí por aquellos que eran sus amos en otros estados, nosotros no estamos a favor de que abandonen el servicio de sus propietarios. —¿He de inferir que, de ser admitida Utah como miembro de la Unión Federal, será un estado esclavista? —No, será un estado libre. Aquí la esclavitud sería inútil y poco

rentable. La considero una maldición para los amos. Yo mismo contrato a muchos trabajadores y les pago un jornal justo; no podría permitirme ser su dueño. Salgo mejor librado que si me viese obligado a alimentar y vestir a sus familias, a proveer por ellos y a cuidarles en la salud y en la enfermedad. Utah no está adaptada al trabajo esclavo. —Me gustaría que me ilustrase ahora respecto a la organización y gobierno de su Iglesia. Tengo entendido que usted le exige a cada miembro que entregue a la Iglesia un diez por ciento de todo lo que produzca o gane. —Se trata de una exigencia de nuestra fe. No hay compulsión alguna respecto al cobro. Cada miembro actúa según su deseo bajo el dictado de su propia conciencia. —¿Qué es lo que se hace con el dinero obtenido mediante ese diezmo? —Una parte se dedica a la construcción de templos y otros lugares de reunión; otra sirve para ayudar a los conversos pobres y necesitados en su viaje hasta aquí; y el porcentaje mayor va destinado a socorrer a los Santos pobres. —¿No se paga nada a los obispos u otros dignatarios de la Iglesia? —Ni un penique. Ni obispos, ni ancianos, ni diáconos, ni ningún otro cargo eclesiástico reciben compensación alguna por sus servicios. Es frecuente que se le pida a un obispo que se rasque su propio bolsillo para atender a los pobres que tiene a su cargo; pero él jamás recibe nada por su servicio. —¿De qué viven entonces sus ministros? —De sus manos, del sudor de su frente, como los primeros apóstoles. Todos los días es posible ver a cada obispo y cada anciano trabajando en el campo o en la tienda, como el resto de sus vecinos. Cada uno de los ministros tiene su propio oficio, con el que gana el pan de su familia. No se acepta al servicio de la Iglesia a quien no esté dispuesto a realizar su tarea a cambio de nada. Ni siquiera nuestros hombres de leyes (señalando al general Ferguson y a otro de los presentes, abogados habituales de la Iglesia) reciben nada por su trabajo. Yo soy la única persona que no tiene una ocupación regular, aparte del servicio eclesiástico, y nunca ha recibido un céntimo de su tesorería. Si saco algo del almacén de la casa de recaudación se me carga y lo pago, como haría cualquier otro. Los empleados del almacén perciben un sueldo, como otros empleados, pero nadie ha recibido nunca retribución alguna por sus servicios como ministro. Consideramos que un hombre que no es capaz de ganarse la vida al margen del ministerio de Cristo no es adecuado para el cargo. Se dice que soy rico y que poseo 250.000 dólares, pero ni uno solo procede de la Iglesia o de ningún servicio que haya prestado como ministro del Evangelio de Dios. Perdí casi todo lo que tenía cuando nos echaron de Misuri y prácticamente me despojaron otra vez cuando Joseph Smith fue asesinado y nos expulsaron de Illinois, pero ni la Iglesia ni nadie me ha compensado por ello. Diría que sé cómo adquirir

propiedades y ocuparme de ellas. —¿Podría darme una explicación racional de la aversión y el odio que generalmente siente hacia ustedes la gente con la que han convivido? —La misma que podría darse a la crucifixión de Cristo y al trato similar que han padecido los ministros, profetas y santos del Señor en todos los tiempos. —Sé que las nuevas sectas siempre son denostadas y despreciadas, que difícilmente se juzga respetable pertenecer a una, que los baptistas, cuáqueros, metodistas, universalistas, etcétera, han sido considerados sucesivamente en sus comienzos como la hez de la tierra. Aun así, no recuerdo que ninguna de las que he mencionado antes fuera considerada y retratada tan unánimemente por otras sectas más antiguas como una banda de ladrones, salteadores y asesinos. —Si consulta las crónicas de los tiempos de los judíos sobre la vida y obra de Jesucristo descubrirá que él y sus discípulos fueron acusados de todos y cada uno de los actos y propósitos más abominables, incluidos el robo y el asesinato. Ese trabajo aún existe y puede ser hallado por todo aquel que lo busque. —¿Qué tiene que decir de los llamados Danitas o ángeles destructores, pertenecientes a su Iglesia? —¿Qué tiene que decir usted? No conozco a esas personas ni a esa organización. Sólo he oído hablar de ellos en las calumnias de nuestros enemigos. —Refirámonos entonces a una grave cuestión que enfrenta abiertamente a su doctrina y sus prácticas con las del mundo cristiano: la pluralidad de esposas. ¿Resulta aceptable dicho sistema para la mayoría de sus mujeres? —No pueden sentir más aversión que la que sentí yo cuando nos fue revelada por vez primera como mandato divino. Creo que ellas lo aceptan en general, como yo mismo, como la voluntad de Dios. —¿En qué medida está generalizada entre ustedes la poligamia? —No sabría decirle. Algunos de los presentes [los jefes de la Iglesia] no tienen más que una esposa; otros tienen más. Cada uno decide individualmente cuál es su deber. —¿Cuál es el mayor número de mujeres pertenecientes a un hombre? —Yo tengo quince. No conozco a nadie que tenga más, pero algunas de las mujeres atadas a mí son mujeres de edad a las que considero más como madres que como esposas, a las que he recogido en casa para cuidarlas y ocuparme de ellas. —¿No afirma el apóstol Pablo que un obispo debería ser "esposo de una esposa"? —Lo mismo opinamos nosotros. Sólo consideramos apropiados para el cargo de obispo a los hombres casados, pero el apóstol no prohíbe al obispo tener más de una esposa. —¿No dijo Cristo que el que repudia a su mujer o se casa con una que otro haya repudiado comete adulterio? —Sí, y yo sostengo que ningún hombre debiera repudiar a una esposa, excepto en caso de adulterio, y aun así, ni siquiera en todos los casos. No digo que no se hayan repudiado esposas en nuestra Iglesia, pero

no es una práctica que apruebe. —¿Qué opina de lo que normalmente se denomina el Sabbath cristiano? —Creo que es una jornada de descanso otorgada por Dios. Encarecemos a todos a que dejen a un lado el trabajo durante ese día. La celebración no obliga a nadie, nadie es esclavo del Sabbath, pero invitamos a todos a respetarlo y disfrutar de él. Tal es, tan fielmente como me es posible recordarla, la esencia de una conversación de casi dos horas. Buena parte de los comentarios fueron incidentales y resultaría ocioso reproducirlos, aunque fuese capaz de recordarlos; además, participaron otras personas. Dado que el presidente Young es el primer ministro de la Iglesia mormona y llevó la mayor parte de la conversación, sólo he registrado sus declaraciones a mis preguntas y observaciones. Los demás mostraban una uniforme deferencia hacia sus opiniones y parecían coincidir totalmente con sus respuestas y aclaraciones. Contestó con presteza, no siempre con exactitud gramatical, pero sin deseo aparente de rehuir ningún tema. Tampoco rechazó ninguna de mis cuestiones por impertinente. Iba sencillamente vestido con un traje de verano y no traslucía ningún aire de gazmoñería o fanatismo. En apariencia, es un hombre solemne, franco, bondadoso y más bien grueso de cincuenta y cinco años, que parece disfrutar de la vida y no tener particular urgencia por llegar al cielo. Sus compañeros son hombres sencillos, evidentemente nacidos y educados para una vida de trabajo, que parecían los menos santurronamente hipócritas y estafadores que haya conocido. Si bien había una marcada y general ausencia de afectación y estiramiento en sus modales, creo que puedo afirmar que su mormonismo no les ha empobrecido, que eran hombres pobres cuando abrazaron su fe y ahora sus circunstancias son muy favorables, como necesariamente han de serlo las de unos hombres con tres o cuatro mujeres de promedio. Reservo para otro artículo cualquier crítica que pudiese aventurar respecto al mormonismo en general, ya que he decidido servirme de éste para realizar una exposición justa y completa de su doctrina y gobierno, en palabras de su propio profeta, y en la medida en la que soy capaz de reproducirlas. No creo que el mismo presidente Young pudiese haberlas presentado en términos mejor calculados para hacerlas lo menos ofensivas posible para los gentiles de lo que yo lo he hecho. Creo que tengo derecho a añadir aquí, porque así se lo manifesté a los reunidos a puerta cerrada durante el coloquio, que la degradación (o si así lo prefieren, la reducción) de la mujer a la simple tarea de criar hijos y a los inevitables trabajos accesorios es una consecuencia inevitable del sistema que aquí impera. No he podido detectar ningún signo en las calles, ni anuncios en los periódicos de esta metrópoli mormona en los que una mujer se ofrezca para hacer nada de ningún tipo.

Ningún mormón ha mencionado en mi presencia la opinión de su esposa ni de ninguna otra mujer respecto a tema alguno. No me ha sido presentada una sola mujer mormona, ni he podido hablar con ninguna. Aunque me han ofrecido visitar hogares mormones, nadie ha afirmado que su mujer (o mujeres) desearan verme ni relacionarse conmigo, ni ha mencionado voluntariamente la existencia de tales seres. No pretendo reproducir nuestra charla al respecto porque, a diferencia de otros temas mencionados, en éste existía cierto grado de enfrentamiento y difícilmente podría ser imparcial. No obstante, puedo referirme a una observación del propio presidente Young que servirá como muestra de lo dicho sobre el asunto. Creo que las palabras exactas fueron: "Si no me considerase competente para llevar a cabo una determinada transacción sin tener que pedir consejo a mi esposa o a otra mujer, pienso que debería olvidarme del negocio en cuestión". El criterio de los mormones respecto a la mujer, como el de todos los sistemas poligámicos, queda manifiestamente claro en esta confesión. Si un sistema así se establece y llega a hacerse dominante, las mujeres se verán pronto confinadas en harenes y su presencia en la calle sin velo será interpretada como una falta de modestia. Confío, esperanzadamente, en que el espíritu del siglo XIX tienda a una solución de los problemas relacionados con la esfera y el destino de las mujeres radical y felizmente distinta de ésta.

KARL MARX

Entrevistado por R. Landor (The World, 18 de julio de 1871)

Karl Marx (1818-1883), filósofo político y social, comenzó su carrera como editor de prensa en Colonia a principios de la década de 1840. Cuando su periódico fue cerrado por motivos políticos, marchó a París, donde editó otro hasta que también fue clausurado por la misma razón. A pesar de todo, encontró un hogar en Londres, donde escribió sus más importantes trabajos sobre filosofía y economía política. También ejerció el periodismo y fue corresponsal en el extranjero del New-York Tribune desde 1851 a 1862. Su obra maestra, El capital (Das Kapital), fue publicada en 1867. R. Landor, corresponsal del World de Nueva York, entrevistó a Marx en Londres, y entregó su trabajo el 3 de julio de 1871. Se cree que el otro caballero alemán presente a todo lo largo de la entrevista debía de ser Engels. Sólo un par de meses antes, la Comuna de París, en la que Marx se había visto envuelto, había sido ahogada en un baño de sangre. Me han pedido ustedes que averigüe algo acerca de la Asociación Internacional y eso es lo que he intentado hacer. En este momento, la empresa resulta difícil. Londres es, sin lugar a dudas, el cuartel general de la Asociación, pero los ingleses están atemorizados y huelen a Internacional por todas partes, del mismo modo que el rey James olía pólvora tras la famosa conjura. La conciencia de la Asociación ha crecido naturalmente junto con las sospechas de la opinión pública; y si quienes la lideran tienen algún secreto que guardar, son el tipo de hombres que saben guardarlo bien. Me he puesto en contacto con dos de sus miembros más destacados, he hablado libremente con uno de ellos y aquí les ofrezco lo sustancial de nuestra conversación. En un aspecto, he satisfecho mis dudas: se trata de una auténtica asociación de trabajadores, aunque esos trabajadores estén dirigidos por teóricos sociales y políticos pertenecientes a otra clase. Un hombre con el que me reuní, uno de los líderes del Consejo, estuvo sentado en su banco de trabajo durante toda nuestra entrevista, e interrumpía de cuando en cuando su conversación conmigo para recibir quejas — formuladas en un tono no precisamente amable— de cualquiera de los muchos maestrillos para los que trabajaba, que rondaban por allí. Había visto a ese mismo hombre pronunciar en público elocuentes discursos, inspirados, pasaje a pasaje, por la energía del odio hacia aquellas clases que se llaman a sí mismas dirigentes. Comprendí sus soflamas tras echar

un vistazo a la vida cotidiana del orador. No podía menos que tener la sensación de que disponía de cerebro más que suficiente para organizar un gobierno funcional y, aun así, se veía obligado a dedicar su vida al repugnante desempeño de una tarea meramente mecánica. Era un hombre orgulloso y sensible, pero cada tres por cuatro se veía obligado a responder con una respetuosa inclinación a un gruñido y con una sonrisa a una orden que reflejaba aproximadamente el mismo nivel de cortesía que el que muestra un cazador hacia su perro. Ese hombre me permitió entrever una faceta de la naturaleza de la Internacional, la del enfrentamiento entre trabajo y capital, entre el obrero que produce y el intermediario que disfruta. Allí estaba la mano que se abatiría implacable cuando llegara el momento y, por lo que se refiere al cerebro planificador, creo que tuve ocasión de conocerlo en mi entrevista con el doctor Karl Marx. Karl Marx es un doctor alemán en Filosofía dotado de esa extensa erudición germánica producto tanto de los libros como de la observación del mundo. Debo señalar que nunca ha sido un trabajador en el sentido habitual del término. Su entorno y apariencia son los de un hombre de clase media al uso. El salón en el que fui recibido la noche de la entrevista habría podido ser el agradable refugio de un próspero corredor de bolsa que hubiese demostrado ya su competencia y estuviera ahora enfrascado en la tarea de amasar su fortuna. Era la confortabilidad personificada, el apartamento de un hombre de buen gusto y situación desahogada, pero sin nada que reflejara particularmente la personalidad de su propietario. Con todo, un hermoso álbum de vistas del Rin que había sobre la mesa daba una pista sobre su nacionalidad. Escudriñé cautelosamente el interior de un jarrón que había en una mesita auxiliar en busca de una bomba. Agucé el olfato por si percibía algún olor a petróleo, pero sólo olía a rosas. Retrocedí casi a hurtadillas hasta mi asiento y me senté, taciturno, a esperar lo peor. Ha entrado, me ha saludado cordialmente y estamos sentados frente a frente. Sí, estoy tete-á-tete con la encarnación de la revolución, con el auténtico fundador y guía espiritual de la Asociación Internacional, con el autor de un discurso que le dice al capital que si le declara la guerra a los trabajadores no puede menos que esperar que la casa arda hasta los cimientos. En pocas palabras, me encuentro frente a frente con el apologeta de la Comuna de París. ¿Recuerdan el busto de Sócrates, aquel hombre que prefirió morir antes que creer en los dioses de su tiempo, aquel hombre de frente despejada y hermoso perfil mezquinamente rematado por una especie de gancho hendido que hacía las veces de nariz? Imaginen ese busto, pónganle una barba oscura salpicada aquí y allá por pinceladas de gris. Seguidamente, unan esa cabeza a un tronco corpulento propio de un

hombre de estatura media y tendrán ante ustedes al doctor Marx. Si cubren con un velo la parte superior de su rostro podrían estar en presencia de un miembro nato de la junta parroquial protestante. Si dejan al descubierto su rasgo más esencial, su inmenso ceño, sabrán de inmediato que se encuentran frente a la más formidable conjunción de fuerzas: un soñador que piensa, un pensador que sueña. Otro caballero acompañaba al doctor Marx, y casi me atrevería a decir que también era alemán, aunque dado su dominio de nuestro idioma no podría asegurarlo. ¿Había acudido como testigo del bando del doctor? Así lo creo. El "Consejo" podría solicitar al doctor que le informase sobre el contenido de la entrevista, ya que, por encima de todo, la Revolución sospecha de sus propios agentes. Así pues, el otro hombre estaba allí para corroborar a posteriori la exactitud de su testimonio. Fui directamente al asunto que me interesaba. El mundo, dije, parecía estar a oscuras respecto a la Internacional, odiarla a muerte; pero al mismo tiempo se mostraba incapaz de explicar qué era exactamente lo que odiaba. Había gente que afirmaba haber atisbado más allá que los demás en la oscuridad y aseguraba haber descubierto una especie de figura de Jano con una honrada y sincera sonrisa de obrero en una de sus caras y en la otra la agresiva mueca de un conspirador homicida. ¿Podría arrojar alguna luz sobre el misterio en el que se desenvolvía la teoría? El profesor rió, se diría que con cierto regocijo, ante la idea de que le tuviéramos tanto miedo. —No hay ningún misterio que aclarar, estimado señor —comenzó, con una versión muy pulida del dialecto de Hans Breitmann—, excepto quizá el misterio de la estupidez humana en aquellos que perpetuamente pasan por alto el hecho de que nuestra asociación es pública y que edita informes exhaustivos de sus sesiones para todo aquel que desee leerlos. Puede comprar nuestros estatutos al precio de un penique, y si invierte un chelín en panfletos sabrá casi tanto acerca de nosotros como nosotros mismos. —Casi tanto... Sí, tal vez sea así. ¿Pero no será aquello que quede fuera de mi alcance la reserva crucial? Para serle totalmente franco, y para exponer el caso tal y como lo ve un observador externo, ese clamor generalizado de desprecio hacia ustedes debe responder a algo más que a la ignorante mala voluntad de la gente. ¿Cree que aún es pertinente preguntarle, incluso después de lo que me ha dicho, qué es la Asociación Internacional? —Sólo tiene que fijarse en quienes la componen: trabajadores. —Sí, pero el soldado no tiene por qué ser un exponente del estado que le moviliza. Conozco a algunos de los miembros de su grupo, y creo que no tienen madera de conspiradores. Además, un secreto compartido por un millón de hombres no sería en absoluto un secreto. Sin embargo, ¿qué pasaría si no fueran más que peones en manos de un

poderoso y, discúlpeme si añado, no demasiado escrupuloso cónclave? — No hay pruebas que avalen tal idea. —¿La pasada insurrección en París? —En primer lugar, exijo pruebas de que existiera una confabulación, de que ocurriese algo que no fuese el legítimo resultado de las circunstancias del momento. O, incluso aceptando el supuesto de que existiera tal complot, exijo pruebas de que en él participara la Asociación Internacional. —La presencia en la Comuna de numerosos miembros de la Asociación. —En ese caso, fue también una conspiración de los francmasones, ya que participaron en ella en idéntica proporción. De hecho, no me sorprendería en absoluto que el Papa les atribuyese toda la responsabilidad por la insurrección. Pruebe usted con otra explicación. La insurrección fue obra de los trabajadores de París. Los más capaces entre ellos debieron ser necesariamente sus líderes y dirigentes, y se da la circunstancia de que los trabajadores más capaces son miembros de la Internacional. Aun así, la Asociación como tal no es en forma alguna responsable de su acción. —El mundo seguirá viéndolo de otra manera. La gente habla de instrucciones secretas procedentes de Londres e incluso de grandes sumas de dinero. ¿Puede afirmarse que la pretendida transparencia de las sesiones de la Asociación descarta toda posibilidad de secretismo en las comunicaciones? —¿Ha existido alguna vez una asociación que realizara su trabajo sin la mediación de agencias tanto públicas como privadas? Hablar de instrucciones secretas provenientes de Londres, como si se tratara de decretos sobre la fe y la moral procedentes de algún centro de dominación e intriga papales, es una concepción enteramente errónea sobre la naturaleza de la Internacional. Eso implicaría un mecanismo centralizado de gobierno en el seno de la misma, mientras que su verdadera forma es, deliberadamente, la que mayor juego otorga a la energía y la independencia locales. De hecho, la Internacional no es propiamente un gobierno para la clase obrera en absoluto. Es un vínculo de unión más que un mecanismo de control. —¿De unión con qué fin? —La emancipación económica de la clase obrera por medio de la conquista del poder político. La utilización de ese poder político para alcanzar fines sociales. Así pues, es necesario que nuestros objetivos sean amplios para dar cabida a todas las formas de actividad de la clase obrera. El haberles atribuido algún carácter especial habría sido equivalente a adaptarlos a las necesidades de una sección, a una nación compuesta exclusivamente por trabajadores. Pero, ¿cómo iba a ser posible pedirle a todos los hombres que se unieran en beneficio de unos pocos? Para hacer algo así, la Asociación habría tenido que renunciar al nombre de Internacional. La Asociación no dicta la forma de los movimientos políticos; sólo requiere un compromiso en lo que se

refiere a sus fines. Es una red de sociedades afiliadas que se extiende por todo el mundo del trabajo. En cada parte se pone de relieve algún aspecto especial del problema y los trabajadores implicados lo estudian a su modo y manera. Las interacciones entre los trabajadores no pueden ser absolutamente idénticas hasta el último detalle en Newcastle y en Barcelona, en Londres y en Berlín. En Inglaterra, por poner un ejemplo, está abierto a la clase obrera el camino para poner de manifiesto su poder político. Una insurrección sería una locura allá donde la agitación pacífica pueda lograr los mismos objetivos más rápida y seguramente. En Francia, cientos de leyes represivas y el antagonismo entre las clases parece hacer necesaria la solución violenta de una guerra social. Optar o no por dicha solución es competencia de las clases trabajadoras de ese país. La Internacional no tiene la presunción de emitir dictámenes al respecto; prácticamente no da ni consejos, aunque sí ofrece a cada movimiento su simpatía y apoyo dentro de los límites que dictan sus propias leyes. —¿Y cuál es la naturaleza de esa ayuda? —Por poner un ejemplo, una de las formas más comunes del movimiento de emancipación son las huelgas. Antaño, cuando se producía una huelga en un país, ésta era derrotada por la importación de trabajadores de otro país. La Internacional casi ha puesto fin a eso. Recibe información sobre la huelga propuesta y distribuye esa información entre todos sus miembros, que ven inmediatamente que para ellos el territorio de la lucha debe ser terreno prohibido. Así, se deja que los amos se enfrenten solos a las demandas de sus hombres. En la mayoría de los casos los trabajadores no requieren más ayuda que ésta. Sus propias cuotas, o las de las sociedades a las que están más directamente afiliados, les abastecen de fondos, pero caso de que la presión a la que se ven sometidos llegue a ser excesiva, y si la huelga goza de la aprobación de la Asociación, se cubren sus necesidades con la bolsa común. Merced a esto, la huelga de los cigarreros de Barcelona concluyó victoriosamente el otro día. Sin embargo, la sociedad no tiene ningún interés en las huelgas, aunque las apoya en determinadas condiciones. Es imposible que saque nada en claro de ellas desde el punto de vista pecuniario, y es muy probable que salga perdiendo. Resumamos todo esto en pocas palabras. Las clases trabajadoras siguen sumidas en la pobreza mientras a su alrededor crece la riqueza; son miserables entre tanto lujo. Su depravación material reduce su estatura, tanto física como moral. No pueden confiar en otros para encontrar el remedio. Así pues, en su caso, hacerse cargo de su propio destino se ha convertido en una necesidad imperativa. Deben revisar las relaciones entre ellos y los capitalistas y propietarios, y eso significa que deben transformar la sociedad. Este es, en general, el fin de todas las

organizaciones de trabajadores conocidas. Las ligas de campesinos y obreros, las sociedades comerciales y de amistad, las tiendas y centros de producción en régimen de cooperativa no son más que medios encaminados a ese fin. Implantar una perfecta solidaridad entre estas organizaciones es el objetivo de la Asociación Internacional. Su influencia empieza a percibirse en todas partes. En España hay dos periódicos que difunden su ideario, en Alemania tres, el mismo número en Austria y Holanda, seis en Bélgica y seis en Suiza. Y ahora que le he explicado qué es la Internacional, probablemente esté ya en situación de formarse su propia opinión acerca de supuestas confabulaciones. —No acabo de comprenderle. —¿Acaso no ve que la vieja sociedad, en su búsqueda de las fuerzas necesarias para hacerle frente con sus propias armas, se ve obligada a recurrir al fraude de imputarle todo tipo de conspiraciones? —Pero la policía francesa afirma que está en condiciones de demostrar su complicidad en los últimos acontecimientos, por no mencionar otros anteriores. —No comentaremos nada sobre esos acontecimientos, si no le importa, porque son la mejor prueba de la gravedad de todos los cargos de conspiración que se han dirigido contra la Internacional. Recordará usted la penúltima "confabulación". Había anunciado un plebiscito y se sabía que muchos de los electores empezaban a mostrarse indecisos. Ya no creían tan intensamente en el valor del gobierno imperial, dado que empezaban a dudar de la realidad de los peligros sociales de los que supuestamente éste les había salvado. Hacía falta dar con otro fantasma terrorífico y la policía se ocupó de encontrarlo. Lógicamente, dado que para ellos todos los trabajadores son igualmente detestables, le debían a la Internacional una mala pasada. Se les ocurrió una feliz idea: ¿Y si convertían a la Asociación Internacional en su anhelado fantasma, logrando así el doble objetivo de desacreditarla y ganar el favor de la sociedad hacia la causa imperial? De ahí surgió el ridículo "complot" contra la vida del emperador, como si tuviéramos algún interés en matar a ese pobre anciano. Detuvieron a los principales miembros de la Internacional, se inventaron pruebas, prepararon el caso para llevarlo a juicio y, en el ínterin, celebraron su plebiscito. Pero aquella comedia no era más que una farsa grosera. La Europa inteligente, que fue testigo del espectáculo, no cayó en el engaño ni un solo instante y sólo los electores del campesinado francés se creyeron la farsa. La prensa inglesa, que informó sobre el inicio de ese miserable caso, ha olvidado dar cuenta de su final. Los jueces franceses, que dieron por buena la existencia de la conspiración por cortesía entre funcionarios, se vieron obligados a concluir que no había nada que demostrara la complicidad de la Internacional. Créame, la segunda conspiración es igual

a la primera. El funcionariado francés ha vuelto a poner manos a la obra: se le pide que explique el mayor movimiento civil jamás visto sobre el planeta. Hay cientos de signos de nuestra época que deberían indicar cuál es la explicación correcta: la inteligencia creciente entre los trabajadores; el incremento del lujo y la incompetencia entre sus gobernantes; el proceso histórico en marcha, que concluirá con la transferencia final del poder de una clase al pueblo; la aparente adecuación del momento, el lugar y las circunstancias de cara al gran movimiento de emancipación. Pero para percibir esto, el funcionario tendría que ser un filósofo y no es más que un mouchard. Por la propia naturaleza de su ser, pues, ha recurrido a la explicación del mouchard: una "conspiración". Su viejo portafolios repleto de documentos falsificados le suministrará las pruebas. Esta vez, Europa, arrastrada por el miedo, creará su cuento. —Europa difícilmente podría hacer otra cosa, a la vista de que todos los periódicos franceses difunden el informe. —¿Todos los periódicos franceses! Mire, aquí tiene uno de ellos [cogiendo La Situation], y juzgue por sí mismo el valor de sus pruebas en lo que se refiere a su fidelidad a los hechos. [Lee] "El Dr. Karl Marx, de la Internacional, ha sido detenido en Bélgica mientras intentaba llegar a Francia. La policía londinense tiene vigilada hace tiempo la sociedad a la que pertenece, y está adoptando medidas activas para proceder a su supresión". Dos frases y dos embustes. Ponga a prueba la evidencia percibida por sus propios sentidos. Como puede ver, en vez de estar en una cárcel belga estoy en mi casa en Inglaterra. También sabrá, sin duda, que la policía inglesa es tan impotente para interferir con la Asociación Internacional como ésta lo es respecto a la policía. Y aun así, cabe esperar que ese informe sea difundido por toda la prensa de la Europa continental sin que nadie lo contradiga. Seguirían haciéndolo aunque me dedicara a enviar desmentidos a todos y cada uno de los periódicos europeos desde este lugar. —¿Ha intentado desmentir muchos de estos falsos informes? —Lo he hecho hasta quedar exhausto por el trabajo. Para que pueda apreciar el grosero descuido con el que son pergeñados, podría mencionar que en uno de ellos se citaba a Félix Pyat como miembro de la Internacional. —¿Y no lo es? —La Asociación difícilmente podría haberle hecho hueco a un hombre tan insensato. En una ocasión tuvo el atrevimiento de publicar una encendida proclama en nuestro nombre, pero fue inmediatamente desautorizado aunque, a fuer de ser justos, hay que decir que la prensa, por supuesto, ignoró la desautorización. —¿Y Mazzini? ¿Es miembro de su grupo? —(Riéndose). Desde luego que no. Poco habríamos avanzado si no hubiéramos superado el alcance de sus ideas. —Me sorprende usted. Yo habría asegurado sin dudarle un instante que representa las posiciones más

avanzadas. —No representa nada más avanzado que el viejo concepto de una república de la clase media. Nosotros no queremos saber nada de la clase media. Él se ha quedado tan rezagado dentro del movimiento moderno como los profesores alemanes que, no obstante, siguen siendo considerados en Europa los apóstoles de la democracia cultivada del futuro. Y lo fueron en su día, probablemente antes del 48, cuando la clase media alemana, en el sentido inglés del término, no había alcanzado un grado de desarrollo apropiado. Ahora se han pasado de hoz y coz a la reacción y el proletariado ya no sabe nada de ellos. —Hay quien cree haber visto signos de un componente positivista en su organización. —No hay nada de eso. Hay positivistas entre nosotros y otros, que no pertenecen a nuestro grupo, colaboran también, pero no es sólo en virtud de su filosofía, que no tiene nada que ver con un gobierno popular, tal y como nosotros lo entendemos, y que sólo busca colocar una nueva jerarquía en el lugar de la vieja. —Se diría entonces que los líderes del nuevo movimiento internacional han tenido que crear una filosofía además de una asociación en la que agruparse. —Exactamente. Es poco probable, por ejemplo, que pudiéramos tener la menor esperanza de prosperar en nuestra lucha contra el capital si deriváramos nuestras tácticas de la política económica de Mili, por citar a alguien. Él ha seguido la pista a un tipo de relación entre capital y trabajo. Nosotros esperamos demostrar que es posible establecer otra. —¿Y la religión? —A ese respecto no puedo hablar en nombre de la sociedad. Personalmente, soy ateo. Sin duda resulta sorprendente escuchar una declaración así en Inglaterra, pero hasta cierto punto es reconfortante saber que no es necesario hacerla en voz baja en Francia ni en Alemania. —¿Y aun así ha convertido este país en su cuartel general? —Por razones obvias; el derecho de asociación es aquí un derecho establecido. Existe, efectivamente, en Alemania, pero está asediado por innumerables dificultades. En Francia, durante muchos años no ha existido en absoluto. —¿Y en Estados Unidos? —Nuestros principales centros de actividad están por el momento entre las viejas sociedades europeas. Son muchas las circunstancias que han tendido a impedir hasta hoy que el problema del trabajo asuma una importancia dominante en Estados Unidos, pero dichas circunstancias están ya en proceso de desaparición. Al igual que en Europa, el trabajo empieza a ganar importancia a grandes pasos gracias al crecimiento de una clase trabajadora distinta del resto de la comunidad y disociada del capital. —Parece que en este país la solución esperada, sea la que sea, se alcanzará al margen de métodos revolucionarios violentos. El sistema inglés de recurrir a la agitación por medio de las plataformas y la prensa hasta que las minorías se convierten en mayorías constituye un

signo esperanzador. —Yo no soy tan optimista como usted. La clase media inglesa siempre se ha mostrado dispuesta a aceptar el veredicto de la mayoría en la medida en que ha ostentado el monopolio del derecho al sufragio. Pero recuerde lo que le digo, en cuanto pierda una votación referente a algo que considere vital seremos testigos de una nueva guerra de esclavistas. He expuesto aquí, en la medida en que mi memoria me lo ha permitido, los momentos más destacados de mi conversación con este hombre notable. Dejaré que saquen ustedes sus propias conclusiones. Por mucho que pueda decirse en favor o en contra de la posibilidad de su participación en el movimiento de la Comuna, podemos tener la seguridad de que la Asociación Internacional es un nuevo poder en el seno del mundo civilizado con el que éste tendrá que echar cuentas, para bien o para mal, más pronto que tarde.

THEODORE ROOSEVELT

(The Pall Mall Gazette, 9 de diciembre de 1886)

El político norteamericano Theodore Roosevelt (1858-1919) fue el vigésimo séptimo presidente de Estados Unidos (1901-1909). Nacido en el seno de una próspera familia de ascendencia holandesa y escocesa, se vio afectado por una salud delicada a la que se sobrepuso mediante sus viajes al Oeste. Después de graduarse en Harvard en 1880, se convirtió en líder del cuerpo legislativo del estado de Nueva York en 1884. Más adelante prestó servicio como responsable del Departamento de Policía de esa misma ciudad (1895-1897) y como subsecretario de Marina de Estados Unidos (1897-1898). Tras combatir en Cuba durante la guerra con España, fue elegido vicepresidente republicano con William McKinley, al que sucedió en la presidencia al año siguiente cuando éste fue asesinado. Su administración se hizo famosa por la política de regulación de los monopolios y los trusts y por su interés en el conservacionismo. Fue reelegido en 1904 y emprendió una campaña intervencionista en América Latina además de ulteriores reformas progresistas. Más tarde abandonó a los republicanos y fundó su propio partido, el Progressive Party, pero no consiguió ser reelegido en 1912. Esta entrevista tuvo lugar poco después de que Roosevelt derrotara a Henry George, el economista que defendía la instauración de un impuesto simple sobre el valor del suelo, en la pugna por la alcaldía de Nueva York. Hace dos meses el señor Roosevelt se encontraba cazando osos grises en las Rocosas. Hace menos de un mes era el candidato nominado a la alcaldía de Nueva York por el Partido Republicano, y luchaba noche y día para llevar adelante los deseos de éste. Hace pocos días estaba en Londres disfrutando enormemente con la abrumadora hospitalidad de sus amigos ingleses. Desde entonces se ha casado y ahora se encuentra en el continente. Después de todo lo dicho, sería superfluo añadir que el señor Roosevelt es un estadounidense típico. Esta observación no es, con todo, la perogrullada que parece, dado que Roosevelt es el representante típico de la clase de norteamericano menos conocida por la sociedad británica. Encarna a ese grupo de jóvenes educados y acomodados que, en lugar de entregarse inmediatamente a ocupaciones prácticas, como generalmente han venido haciendo hasta el momento, se muestran satisfechos con la situación económica que sus padres les han legado y buscan hacer carrera en los caminos no

especialmente limpios del mundo de la política. El señor Roosevelt es joven; de hecho, aparenta menos de treinta pero, como dijimos durante las recientes elecciones, ha conseguido ya una serie de sorprendentes triunfos en la política y es, sin duda, uno de los hombres más destacados de su partido. Además, se le atribuye la introducción de la caza del zorro, o la caza del saco de anís que hace las veces de señuelo, en América y probablemente sea el Nemrod más celebrado fuera de las filas de los cazadores profesionales. Su característica física más llamativa, como cabría esperar, es el extraordinario vigor que evidencian cada uno de sus gestos y palabras. Es uno de esos americanos inteligentes cuya conversación actúa como un tónico físico e intelectual sobre nosotros los europeos, más fríos y aburridos. La tercera cualidad que adorna la reputación de Roosevelt es la de ser un contador de historias nato, y es típico de él no mostrarse nunca tan serio como cuando se encuentra en plena narración de alguna desternillante historia acerca de la política del Este o de sus aventuras en el Oeste. Cuando se aproxima al punto culminante, su rostro macizo asume una solemnidad poco menos que religiosa. Nuestro representante dio con él en el Hotel Brown, en Dover Street y nos ha enviado el siguiente relato de su encuentro: —Ante todo —dijo el señor Roosevelt cuando le expuse el objeto de mi visita—, debe saber que dos días antes de ser nominado tenía las mismas esperanzas de ser elegido a la alcaldía de Nueva York que de ocupar el trono de Bulgaria. Durante ocho meses había permanecido totalmente al margen del mundo en mi rancho del Oeste en plenas montañas Rocosas cazando osos, ciervos, cabras monteses y cosas así. No obstante, mis amigos no me concedieron tiempo para reflexionar y apenas había llegado a casa cuando me vi envuelto en el fragor de la lucha política. —¿Esperaba ganar o resultó una sorpresa para usted? —Verá, debo admitir que cuando comenzó la batalla estaba convencido de que tenía una probabilidad entre cien, pero mis perspectivas fueron mejorando rápidamente día a día, y creo que puedo decir honradamente que antes de la fecha de la votación las apuestas habían bajado a tres o cuatro contra uno. No hace falta que le diga que las viejas ideas del partido se habían venido abajo en todos los frentes y que las novedosas consideraciones introducidas por la candidatura de Mr. George hacían extraordinariamente difícil realizar un pronóstico medianamente fiable. —La contienda electoral, Mr. Roosevelt, ha sido seguida desde Inglaterra con una atención sin precedentes; en especial, por supuesto, debido a Mr. George, aunque todos dudábamos en mayor o menor medida haber comprendido correctamente las condiciones del enfrentamiento. Tomemos a los candidatos de uno en uno: ¿cómo analizaría a sus propios partidarios? —

Mis seguidores —replicó Mr. Roosevelt— eran, en primer lugar, todos los viejos dirigentes del Partido Republicano, que bajo ningún concepto habrían estado dispuestos a votar por los demócratas. En el otro extremo estaban los jóvenes de mi edad e ideas, casi todos ellos republicanos, que en su mayoría me votaron. Por supuesto, perdí muchos votos republicanos que debían haber venido a parar a mí porque todo el mundo pensaba que era imposible que tuviera éxito y que el único modo de dejar fuera a George era metiendo a Hewitt. Pero el número de personas que tenía pensado votar en ese sentido fue disminuyendo día a día, y a poco que la campaña hubiese durado una semana más, creo honradamente que habría perdido muy pocos votos por ese motivo. —¿Y Mr. Hewitt? —No le sorprenderá saber que la actitud de Mr. Hewitt contrasta enormemente con la de su partido. Desde luego, no se puede hablar de él sino con gran respeto, pero por otro lado, tampoco nadie que esté al corriente de los hechos puede dudar que, a excepción de los votos republicanos disidentes, que ya he mencionado, el apoyo a Mr. Hewitt procedía de los peores estratos de la política norteamericana, y constituían por sí mismos las cuatro quintas partes de las influencias políticas que los hombres honrados de Estados Unidos se están aliando para destruir. Iré más lejos y diré que si sale elegido, Mr. Hewitt vivirá una conflictividad constante y grave con los hombres que le habrán aupado al poder, a menos que decida cerrar los ojos ante muchos de los poco escrupulosos manejos de la maquinaria política norteamericana. Aunque es, sin duda, un hombre admirable y un caballero en todos los aspectos, esas fuerzas le desbordarán casi inevitablemente. Hemos visto cómo ocurría lo mismo en el caso de Mr. Cleveland, y difícilmente podrá escapar el alcalde de Nueva York a algo que no ha podido resistir ni el presidente. —¿Y Mr. George? Como bien sabe, nuestro interés estaba centrado en su candidatura. —Lo comprendo perfectamente, y es absolutamente natural. Intentaré explicarle, en la medida de mis posibilidades, cuál era realmente, y no sentimentalmente, la posición de Mr. George. Pretendía montar demasiados caballos. En primer lugar, los socialistas. —¿Por qué no empieza usted por los anarquistas? —Para nosotros los norteamericanos, los anarquistas y los socialistas son prácticamente la misma cosa. Por supuesto que, individualmente, existen socialistas decentes, pero tomados en su conjunto, y especialmente por lo que se refiere a su actividad social, en Estados Unidos, socialistas y anarquistas son sinónimos. Siempre se han llevado a la perfección excepto en un caso, y fue toda una batalla, pero sus diferencias de opinión quedaron rápidamente resueltas a la vista de que la policía estaba sacando partido de ellas para repartir palos entre ambos bandos con edificante

imparcialidad. Al hablar del elemento anarquista me refiero al partido de los desórdenes públicos, pura y simplemente, y también de personas que ostentan vagas ideas acerca de lo deseable que sería un reparto general de la propiedad en interés de muchos frente a la preservación de los privilegios de unos pocos. La segunda sección de votantes de Mr. George eran honrados e ignorantes trabajadores que creían, de un modo un tanto obtuso, que George "haría algo" por ellos. En tercer lugar venían los trabajadores honrados e inteligentes (el tipo de personas que dedican pensamientos superficiales a temas profundos) que se habían convencido a sí mismos, un proceso no especialmente complicado, de que George era portador de auténticos principios. En cuarto y último lugar estaban los filántropos sentimentales, los hombres que le dicen a A que B debería apoderarse de las propiedades de C y a los que les encanta hablar del tema. Todo va bien siempre y cuando B se limite a apoderarse de las propiedades de C, pero cuando empieza a apoderarse también de las de A, nadie les gana en ardor a la hora de denunciar al pobre B. Los miembros más conspicuos de esta clase son los antimonopolistas que hablan, digamos, de la confiscación de los ferrocarriles. En cuanto los confiscadores van un paso más allá y empiezan a hablar de la confiscación de las fruterías, por ejemplo, estos antimonopolistas defienden sus derechos como ciudadanos norteamericanos con la mayor de las indignaciones. —¿Pero no existe siempre una división etnológica de los votos en las elecciones estadounidenses? —Desde luego, y nunca ha sido más evidente que en las últimas. Para empezar, todos los irlandeses de la Land League votaron por George; todos los sacerdotes y la gente que éstos controlan apoyaron a Hewitt; todos los jóvenes irlandeses-norteamericanos votaron por mí. Los alemanes, como norma general, votan la mitad a los demócratas y la otra mitad a los republicanos. De entre estos últimos, la mayoría votó por George y con ellos todos los zafios teorizadores de temas sociales que, por norma, se interesan poco por la lucha política. El resto de la población extranjera, los polacos, los judíos, los bohemios y los italianos votaron por George. Por otra parte, obtuvo una proporción mínima de votos de norteamericanos nativos. De hecho, dudo que éstos superaran los 7.000. — Pero nosotros creíamos que existía un claro entusiasmo moral en el apoyo otorgado a George. —Por supuesto que lo había, aunque probablemente no fuera demasiado lógico. Recibió lo que podríamos llamar el voto de casta de la clase baja. Creyeron que al fin había llegado el momento en que podrían elegir a un hombre honrado dispuesto a proteger los intereses de los pobres. Sus sufrimientos son perfectamente reales y creían que George podría aliviarlos. Lo que alcanzaron a ver es que esos sufrimientos son, en primer

lugar, irremediables por medio de ley alguna y, en segundo lugar, por cualquiera de las leyes que les gustaría ver puestas en práctica. Sus votos fueron honrados, y otorgados con entusiasmo moral, pero sus motivaciones eran tan inteligentes como la de un hombre que desea abolir la ley de la gravedad porque ha patinado sobre una piel de plátano. El "voto angélico", es decir, el de la gente que es realmente demasiado buena para vivir, fue a parar a Hewitt. —¿Qué resultado habría tenido la elección de George? —Eso puedo decírselo sin el menor titubeo. Habría significado la destrucción total del partido de George. Habría ocurrido inevitablemente una de dos cosas. O bien se habría hecho con el control la facción dura y desordenada, en cuyo caso los trabajadores honrados y decentes le habrían retirado su apoyo, o George habría manifestado públicamente sus simpatías por la facción honrada de sus seguidores, en cuyo caso los elementos desordenados le habrían defenestrado con unánime repugnancia. —Pero los partidarios de nacionalizar la tierra, es decir, el partido Progress and Poverty como tal, habría apoyado a George hasta el final, ¿no es así? —He oído hablar mucho de que George ha establecido el partido del que usted habla en Inglaterra y Escocia, pero en Estados Unidos simple y llanamente no existe. No hay ningún grupo organizado de hombres cuya misión sea la nacionalización de la tierra. Entre nosotros, quien quiere empezar a nacionalizar cosas no se detiene en la tierra... Somos demasiado emprendedores para aceptar tales restricciones. —He olvidado preguntarle sobre las actividades de los irlandeses dinamiteros. —El mejor modo de responder a esa pregunta es contarle a usted una historia. Mr. Roosevelt adoptó una expresión extremadamente seria. Una mañana, inmediatamente después de su nominación, estaba muy ocupado en su habitación privada organizando los preliminares de la batalla cuando anunció su presencia nada menos —aunque tal vez deberíamos decir que nada más— que el temible Mr. O'Donovan Rossa. El objetivo de Rossa, como podrán figurarse todos aquellos que estén familiarizados con los métodos de la gente como él, era vender su apoyo al señor Roosevelt al precio más alto posible. Su propuesta era como sigue: afirmaba controlar una buena parte del voto irlandés y estaba dispuesto a ofrecérselo a Roosevelt a cambio de dos cheques, uno pequeño "para la causa de Irlanda", pagadero al fondo y fechado el día después de las elecciones, con lo que podría ser cancelado si Mr. Roosevelt no salía elegido, y uno grande a su nombre y pagadero de inmediato. Como ya hemos dicho anteriormente, el vigor es, en términos generales, la virtud más característica de Mr. Roosevelt, y aquélla era una magnífica oportunidad para hacer alarde de ella. "Señor Rossa", dijo, "hay muy pocas personas en esta lucha con las que pueda mostrarme

intransigente si lo deseo, pero usted es una de ellas. ¡Salga inmediatamente de esta habitación!", y abrió la puerta. El caballero que tanto terror despertó entre la mayoría de los ingleses, desde el ministro del Interior hasta el policía de a pie, desapareció con toda humildad. —Una pregunta más, Mr. Roosevelt. Como sabe, a los ingleses les interesa mucho el deporte norteamericano, del que usted es, en cierto modo, una encarnación. ¿Cuál es su situación y sus perspectivas? —No soy, ni por asomo, la encarnación del deporte norteamericano, pero estoy profundamente interesado en él. Aún queda mucha caza mayor disponible en el Oeste, aunque está desapareciendo a gran velocidad. En los estados del Este el deporte es, necesariamente, artificial, como lo es en Inglaterra; y aquí, afortunadamente, el interés en el atletismo, etcétera, durante la última década ha crecido notablemente. Por ejemplo, la caza a caballo se ha implantado firmemente entre nosotros, y estamos produciendo ya caballos de primera. Probablemente, nuestros caballos no podrían recorrer ciertos tramos de este territorio, ya que no comprenderían nada sobre los obstáculos, pero como saltadores no tienen parangón. En la Feria de Nueva York, que se celebró hace un mes, dos de los caballos de mi propio club batieron el récord mundial de salto de altura. Uno de ellos, Hempstead, que es propiedad de Mr. Keener, saltó 2 metros 34 centímetros; el otro, llamado Majestic, que pertenece a Mr. Collier, saltó 2 metros 6 centímetros. Ambos saltos fueron medidos con un nivel de alta precisión por una docena de jueces competentes, en presencia de varios miles de espectadores.

HENRY STANLEY

(The Pall Mall Gazette, 17 de enero de 1887)

Sir Henry Moreton Stanley (1841-1904), explorador y periodista galés, fue hijo natural y originalmente se llamaba John Rowlands. A los dieciocho años llegó a Nueva Orleans como grumete y fue adoptado por un comerciante llamado Stanley. Tras servir en el ejército confederado y posteriormente en la marina de Estados Unidos se dedicó al periodismo. En 1867 entró a formar parte de la plantilla del New York Herald y se convirtió en su corresponsal especial, viajando a Abisinia y España. En 1869, el editor del Herald, James Gordon Bennet, le envió un telegrama en que le decía: "Encuentre a Livingstone". Pero Stanley se lo tomó con calma. Tras una relajada gira por Oriente Medio, embarcó hacia Tanganica en marzo de 1871 y dio con Livingstone en Ujiji en noviembre. Juntos, demostraron que el lago Tanganica no era la fuente del Nilo, como muchos creían. Stanley regresó de al año siguiente y publicó How I Found Livingstone (Cómo encontré a Livingstone, 1872). Hizo una ulterior expedición a Uganda y Tanganica, y posteriormente publicó un segundo libro, Through the Dark Continent (A través del Continente negro, 1878). En 1879 encabezó una expedición para fundar el Estado Libre del Congo, respaldado por el rey de Bélgica, y en 1886 dirigió otra para prestar ayuda a Emin Pasció en la desembocadura del río Congo. Dentro de uno o dos días, el fundador del Estado del Congo desplegará de nuevo las velas hacia ese continente oscuro y misterioso en el que ha realizado los mejores trabajos de su vida. Como todo el mundo sabe, parte al rescate de Emin Bey que, en las gráficas palabras de Stanley, está "rodeado por inabarcables territorios poblados por tribus de salvajes". El cuartel general de Emin Bey se encuentra en Wadelai, junto al Nilo, a unas cincuenta millas al noreste del lago Alberto, donde se supone que tiene un pequeño ejército de 5.000 hombres, equipados con Remington y otras armas de fuego menos eficaces. En julio del pasado año, el doctor Junker tuvo noticia de que le escaseaban las municiones y que sus tropas estaban insatisfechas. Está sitiado por los esclavistas árabes, cuyas caravanas ha acosado durante años, y en cualquier momento sus hordas vengativas pueden borrarles a él y a su asentamiento de la faz de la tierra, con lo que la extensa superficie del país sobre la que ha establecido su gobierno quedará de nuevo en manos de los árabes. El señor Stanley, que parte hacia Zanzíbar dentro de uno o dos

días, tuvo la amabilidad de recibir a uno de nuestros representantes ayer por la tarde. El cuartel general de Stanley se encuentra en Bond Street, en una suite que ha convertido en su hogar durante los últimos dos años. Las paredes del vestíbulo están cubiertas de trofeos y cuadros de África, pero no hay ni rastro de recuerdos bárbaros en el lujo moderno de su espacioso cuarto de estar, en cuyas paredes cuelgan acuarelas, fotografías y bocetos. Explorador, nómada, Ulises como es, no desprecia las habilidades del tapicero, como demuestran los hermosos muebles, los suntuosos canapés, las suaves alfombras extendidas sobre el suelo. Al cabo de un minuto entró en la habitación, erguido como siempre, fumándose un cigarro y comentando: "No he dormido desde hace dos noches y acabo de llegar de Bruselas a las cinco de la madrugada, pero puedo concederle quince minutos. Tengo poco tiempo". —Naturalmente hemos estudiado muy cuidadosamente la cuestión de las rutas. Le explicaré cómo están las cosas. Es posible llegar hasta Emin desde el Congo o desde Zanzíbar. Elijamos la ruta de Zanzíbar. Mi expedición estará compuesta por 1.000 hombres cuando salgamos de allí. ¿Cuántos quedarán cuando lleguemos al círculo de salvajes que asedian a Emin? Habremos recorrido unos 1.600 kilómetros bajo un sol tórrido, cada hombre con una carga de unos 30 kilos. En un viaje así nuestro número irá decreciendo gradualmente. Algunos desertarán, otros se fatigan, otros mueren, algunos son asesinados, algunos quedan debilitados por el bhang (hachís). Se corre el rumor de que el verdadero peligro no empieza hasta que se llega al margen del círculo. Los hombres pueden verse atacados por el pánico y entonces... En fin, pueden desertar en masa. Vienen de Zanzíbar y el camino a casa está abierto para ellos. Cojamos la ruta del Congo. El rey de los belgas nos ha autorizado a emplear un vapor en la parte superior del río. El viaje es comparativamente fácil, la comida abundante y los hombres desembarcan junto al margen de la zona de peligro frescos, activos, con la moral alta y en buen estado. Pero, lo que es especialmente importante, no pueden desertar. Si huyen, no tienen Zanzíbar a sus espaldas, sino sólo el agua del Congo. Las ventajas de una ruta sobre la otra son evidentes. La dificultad ahora es el transporte desde Zanzíbar hasta el Congo. Espero encontrar un vapor dispuesto cuando lleguemos a Zanzíbar. Entonces Stanley extendió un manoseado mapa del ecuatorial sobre la mesa, en el que el Congo y sus afluentes, extendiéndose como soberano del bosque con su miríada de extremidades, venían marcados en fuertes colores azules. Los lagos ecuatoriales estaban realzados a gran escala: Tanganica, Victoria, Nyanza, Alberto y el Nilo, que recorría su camino pasando junto a Wadelai y Jartum. Stanley describió entonces un círculo con un lápiz de plomo que señalaba la zona

que debía atravesar la expedición para llegar hasta el asediado Emin. Por medio de un esquema telegráfico y un oxidado compás, midió las rutas posibles, explicándome cómo se había extendido el temible poderío de M'Wanga, hijo de su viejo amigo M'Tesa, en Uganda. —Aquí —dijo indicando la zona entre los grandes lagos— se encuentran algunos de los mejores guerreros de toda . Hay 200.000 de ellos o más. Tome el camino que tome la expedición, ése es el peligro, porque el poder de Uganda se extiende hasta el mismo lago Alberto. —¿No pueden cruzar el Victoria en barco? —Utilizaremos un barco para los ríos —replicó el explorador—. No puedo decirle nada más. Mi secreto no debe ser divulgado. Los emisarios de N'Wanga están en todas partes. Vayamos por donde vayamos, mandaré correos con despachos hasta que llegemos al perímetro del terrible cerco que asfixia a Emin. Desde la circunferencia de este círculo hasta su centro hay, estimo, unos 500 o 600 kilómetros. Enviaré mis últimos correos desde allí, y espero haber llegado hasta Emin Bey antes de que lleguen a la costa. Deberían tener ustedes noticias nuestras alrededor de julio. "Por supuesto, Tipoo Tip es un viejo amigo mío. En una ocasión venció a mis hombres en una carrera pedestre y se llevó a casa una copa de plata. Cuento su historia en uno de mis libros, pero su poder e influencia han crecido enormemente desde entonces. Su cuartel general está en Kasonge. M'Wanga debía de ser un niño cuando estuve con M'Tesa, su padre. Fue educado por un cura católico, pero cuando sucedió a su padre, los sacerdotes fueron los primeros en sufrir las consecuencias. Uno de mis problemas es que si le molesto, los misioneros que tiene en su poder (el obispo Hannington fue una de sus víctimas) sufrirán las consecuencias. Yo diría que debe de andar ahora por los veinte años. —¿Cuál es la fuerza de su expedición? —Alrededor de un millar de hombres en total. Aparte de mí, vendrán ocho ingleses; el resto procede de Zanzíbar. De hecho, la caravana supera ya con mucho mis planes iniciales. Su coste estimado es de 20.000 libras. Los preparativos han sido encargados por cable a Zanzíbar, y cuando llegemos allí debería estar todo listo. Cada porteador llevará consigo cerca de 30 kilos de peso y he autorizado 70 kilos de equipaje para cada europeo. Dependemos para alimentarnos de lo que podamos conseguir en las aldeas y de nuestras armas. Sólo llevaremos con nosotros cosas como té, café, azúcar, tabaco y productos que no es posible obtener en . El equipamiento de una expedición como la nuestra no es especialmente difícil, aunque su cálculo es interesante, una auténtica regla de tres. Si veinte hombres requieren tanto, ¿cuánto necesitarán veinte mil? Hay que estimar el valor del cambio de una tribu a otra. ¿Cuántos días tardaremos en recorrer el territorio A? Tantos. La moneda son abalorios: así pues, tantos abalorios. ¿Cuántas

jornadas nos llevará el tramo B? Tantas. La moneda es tela: así pues, tantos miles de metros de tela. ¿Y el tramo C? Tanto. La moneda es el alambre: así pues, tanto alambre. Como ve, no es difícil, si se dispone de la experiencia y el conocimiento necesarios. —Suponiendo que escoja la ruta del Congo, ¿llegará usted hasta el campamento de Stanley Falls? —Ése es un detalle que no puedo discutir. Puede que sigamos uno de los grandes ríos que desembocan en la ribera derecha del Congo o puede que sigamos la corriente principal del propio río. ¿Por qué temo ir hasta las cascadas si mantengo relaciones de amistad con Tipoo? La estación se perdió sin duda por mala gestión y falta de tacto. Una esclava escapó de los árabes y buscó refugio en el campamento. Ellos se negaron a devolverla. Las consecuencias fueron el fuego y la devastación. Se preguntará usted qué habría hecho yo. Entregarla. Estará en contra de mis principios, y en contra de los de todos los británicos, negarme a proteger a un esclavo refugiado, pero ¿acaso no tenemos que sacrificarlos día tras día? Podría haberle dicho a la mujer: "Lo siento mucho, pero debe usted regresar. No obstante, hablaré en su favor y veré qué se puede hacer". Incluso podría haberla comprado. Con un poco de tacto, la estación podría haber sido salvada. Tal y como están las cosas, a cambio de una mujer el número de esclavos ha crecido en millares. El país estaba empezando a sanar; hoy es una herida abierta. Como ya he dicho, la esclavitud va en contra de mis principios, pero salvar a una esclava ha convertido a muchos en esclavos. El jefe debiera de haberse dado cuenta de que su trabajo era conservar el emplazamiento. Y podría haberlo hecho. Imagínese que un día va caminando junto al río y se le acerca un ladrón y le dice: "Quiero su dinero". Probablemente, usted le respondería: "Con el debido respeto, preferiría conservarlo". "¿Aun a costa de su vida?", podría responderle el ladrón. Ahí se enfrenta usted a una alternativa. Comparo a la esclava que nos costó la estación con su dinero. Es mejor sacrificar una parte y salvar el todo. "Es muy sencillo. Yo ocupo mi lugar en la cabeza de la caravana. ¿Cuál es mi arma? Un bastón. Por supuesto, tengo a mis escoltas. ¿Un revólver? El arma más segura es un buen ojo, la previsión. Hay exploradores delante de nosotros, a la izquierda y a la derecha. ¿Que si no temo a las emboscadas? Todavía no me han cogido dormido. Eso sí, esto es una avanzadilla de combate, no un equipo de exploración. La corneta suena a las 4.30. Empieza a amanecer a las 5 y a las 5.15 empieza a clarear por el horizonte. A las 5.30 se ve ya lo suficiente para distinguir el camino. A las 6 el sol aparece en el horizonte y a las 9.30 hace ya calor. Hemos estado virando, digamos, a un ritmo de unos cuatro kilómetros por hora. La columna se mantiene prieta y los hombres están aún frescos y

animados. A las 11, el sol te machaca. Hay claros en la columna, que empieza a alargarse de los quinientos metros que medía al principio hasta casi dos kilómetros. Ha llegado el momento de hacer un alto. Temprano por la mañana se toma una taza de café y tal vez un trozo de pan nativo, o puede que sólo un puñado de nueces molidas. A las seis de la tarde acampamos para pasar la noche y discutimos planes para el día siguiente; después, a la cama, siete horas de sueño. Nadie quiere más. Veinte kilómetros al día es un buen ritmo. Depende de la naturaleza del terreno, de si es bosque denso o se trata de extensas llanuras. "Si muero", escribió Emin Bey, "¿quién se hará cargo de mi trabajo? No pienso en otra cosa. Soy demasiado necesario aquí para pensar siquiera en abandonar mi puesto. Hace falta tiempo, pero de la semilla que he intentado sembrar brotarán sin duda buenos frutos". —¿Cree usted que regresará, señor Stanley? —No sabría decirle —replicó el explorador, mirando hacia el fuego y siguiendo con la vista el humo de su cigarro—. No sé que contestar. Livingstone se negó a hacerlo. Es posible que Emin haga lo mismo, pero el objetivo de la expedición es aliviar su situación abasteciéndole de munición. Una vez cumplida esa parte de nuestra empresa, tendremos que sacar de allí a las cincuenta mujeres y los niños de los árabes de El Cairo que están con él. No puedo decir nada del marfil que pueda haber acumulado. No, no he tenido ocasión de conocerle personalmente. "¿Que si soy de temperamento esperanzado? Bueno, me atrevería a decir que todos tenemos nuestros malos momentos en los que todo parece ir mal. ¿A quién no le ha ocurrido algo así, cuando ve el fracaso ante sus ojos por culpa de la locura o el descuido de algún miembro de la expedición, en la que se ponen a prueba las mejores cualidades de un hombre? Me sentiría abatido, por ejemplo, si en un momento crucial de mi viaje mis hombres se dejaran llevar por el pánico y me quedara solo con un puñado de hombres blancos. Éstos podrían quedarse o regresar. Quedarse significaría la muerte; regresar, el fracaso. La expedición está repleta de peligros y dificultades imposibles de prever. No quiero verme enzarzado en combates. Combatir es una locura si es posible no hacerlo. Prefiero la diplomacia. "Sí, mi salud es excelente. Jamás permito que los lujos de la civilización minen mi moral y nunca fui un gourmand. Me sentiré feliz cuando ponga pie de nuevo sobre suelo africano. No me cuesta nada recuperar mis viejos hábitos nómadas: té, café, leche, tabaco, pero rara vez estimulantes. Sí, aquí fumo seis cigarros al día. En África tengo mi pipa y tabaco suave. No empecé a fumar hasta los veinticinco años y no pude enfrentarme a una pipa hasta los treinta. Desde entonces, el tabaco para mí ha sido un modo de solazarme y una ayuda para concentrarme. Recuerdo

una ocasión en que estábamos a punto de entrar en un territorio tremendamente peligroso. Sabía que era inevitable establecer combate, así que les dije a mis hombres que se prepararan. Examiné el terreno, encendí mi pipa y fumé durante cinco minutos para disponerme a la acción. Minutos más tarde luchábamos por nuestras vidas; la batalla duró horas. Livingstone no fumaba nunca. Entonces me despedí del explorador y le deseé la mejor de las suertes.

ROBERT LOUIS STEVENSON

(The New York Herald, 8 de septiembre de 1887)

Robert Louis Balfour Stevenson, el escritor escocés, nació en Edimburgo. Nieto del famoso ingeniero Robert Stevenson e hijo de otro ingeniero especializado en la construcción de faros, se educó en la Edinburgh Academy. Era un niño enfermizo y su familia viajó con él al extranjero para alejarle del clima escocés. Durante una breve temporada estudió Ingeniería en la Universidad de Edimburgo antes de decidirse por el Derecho. Escribió unas cuantas obras teatrales, pero su primer éxito llegó con dos libros de viajes por Bélgica y Francia. Fue en este país donde Stevenson conocería en 1876 a una divorciada norteamericana; Fanny Osbourne, a la que seguiría a Estados Unidos. Tras contraer matrimonio en 1880, ambos regresaron a Europa en compañía del hijo de ella, Lloyd Osbourne. Stevenson comenzó a escribir relatos y ensayos cortos para las revistas. A continuación vino una popular serie de novelas de aventuras: La isla del tesoro (1883), Raptado (1886), El señor de Ballantrae (1889); y una historia de terror, El extraño caso del Jekyll y Mr. Hyde (1886). En 1889, enfermo aún de tuberculosis, partió con su familia hacia Samoa para pasar allí los últimos años de su vida. Stevenson y sus acompañantes habían partido de Londres en el vapor SS Ludgate Hill a finales de agosto de 1887. Cuando el barco se aproximaba al puerto de Nueva York fue abordado por dos pilotos llamados señor Hyde y señor Jekyll, igual que los personajes de la versión teatral de la famosa novela de Stevenson que había de estrenarse en breve en Nueva York. El periodista del Herald describiría a Stevenson, que iba vestido con una chaqueta corta de terciopelo y un sombrero bajo de corte peculiar. Añadía que “su pelo oscuro y abundante le llegaba hasta los hombros. Su figura y rasgos refinados recordaban a un Van Dyke”. En respuesta a la pregunta del periodista sobre el objeto de su visita a América, el señor Stevenson respondió: —Sencillamente expresado, he venido a causa de mi salud, que es lamentable. Padezco tisis, pero confío en que la estancia aquí contribuya a mi total recuperación, he viajado a bordo del Ludgate Hill principalmente porque me gusta el mar, y porque pensé que el largo viaje me haría bien. Pero ciertamente no creí que tuviera que hacer el viaje acompañado de un centenar de caballos. Los subieron a bordo en El Havre. El agente de la compañía en esa ciudad fue de lo más impertinente con nosotros, pero los caballos se han portado extremadamente bien. Es

para mí una satisfacción añadir que los oficiales del barco nos han D atado con exquisita amabilidad en todo momento y que, una vez que nos acostumbramos a los establos, todo ha resultado francamente agradable. — ¿Dónde tiene pensado ir? —Bueno, sólo Dios lo sabe, no yo. Es mi intención abandonar Nueva York tan pronto como me sea posible, aunque me atrae enormemente esta ciudad. Para mí es una mezcla de Chelsea, Liverpool y París. No obstante, estoy ansioso por perderme en el campo. — Hay grandes diferencias de opinión respecto a la fuente de inspiración de sus obras, en particular por lo que se refiere a El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde y Deacon Brodie. —Bueno, se trata de algo que nunca ha sido adecuadamente explicado. En cierta ocasión andaba muy necesitado de dinero, y decidí que tenía que hacer algo. Le di vueltas y más vueltas, intentando encontrar un tema sobre el que escribir. Durante la noche, la historia se me presentó en forma de un sueño. No exactamente como la escribí con posterioridad, ya que en los sueños siempre aparecen cosas estúpidas, pero a todos los efectos vino a mí como un regalo. Y lo más curioso de todo es que tengo por costumbre soñar historias. Así, no hace mucho tiempo soñé el argumento de "Olalla", que apareció en mi libro de cuentos The Merry Men. En este momento dispongo de dos historias aún no escritas e igualmente soñadas. Se diría que tengo el hábito de idearlas tanto mientras duermo como cuando estoy despierto. En ocasiones se me aparecen en forma de pesadillas, que llegan incluso a hacerme gritar, pero nunca me he dejado engañar por ellas. Aun cuando esté profundamente dormido sé que soy yo quien las está inventando, y si grito es por la gratificación que me produce saber que una historia es buena. Tan pronto como despierto, y siempre lo hago cuando estoy detrás de algo que vale la pena, me pongo a trabajar y lo estructuro. "Por ejemplo, todo lo que soñé acerca del Dr. Jekyll fue que alguien intentaba introducir a un hombre a la fuerza en el interior de un armario. Entonces éste bebía una droga y se convertía en un ser diferente. En ese momento me desperté diciendo que había encontrado el eslabón perdido que tanto tiempo llevaba buscando. Antes de volver a dormirme tenía ya claro casi hasta el último detalle del relato, tal y como después lo narré. Por supuesto, escribirlo fue otra historia. "¡Deacon Brodie! Desde luego eso no lo soñé, pero en la habitación en la que dormía de niño en Edimburgo había un armario, un hermoso trabajo salido de las manos del diácono Brodie original. Cuando tenía alrededor de diecinueve años escribí una especie de melodrama de misterio que permaneció guardado en mi arcón hasta que lo repescó mi amigo W. E. Henley, que creyó ver algo en él. Así pues, empezamos a trabajar juntos y, tras denodados esfuerzos, vio la luz la versión original de

Deacon Brodie, que fue estrenada en Londres, y más recientemente, según tengo entendido, en esta ciudad, con bastante éxito. Ambos éramos jóvenes cuando la escribimos y compartíamos la idea de que la maldad de corazón era prueba de fortaleza. Ahora la pieza ha sido revisada y, aunque no tengo modo de saber si complacerá o no al público, me atrevería a decir que ni el señor Henley ni yo nos avergonzamos de ella. En la actualidad, la consideramos un melodrama honrado que no está demasiado mal escrito.

MARK TWAIN

Entrevistado por Rudyard Kipling (From Sea to Sea, 1889)

Mark Twain era el seudónimo literario de Samuel Langhorn Clemens (1835-1910), escritor norteamericano nacido en Misuri. Trabajó como impresor, piloto fluvial en el Misisipi (mark twain era el grito del hombre encargado de sondear la profundidad del agua y significaba "la marca de dos brazos") y buscador de oro, antes de editar un libro en Nevada. Se trasladó a San Francisco, donde empezó a publicar colecciones de sus bocetos cómicos. Tras viajar a Europa y Palestina, publicó un libro de viajes en clave de humor, Innocents Abroad (1869), y editó un periódico en Búfalo, donde encontró una esposa acaudalada. Finalmente se instaló en Hartford, Connecticut, y tras un breve y fallido intento de abrirse camino como editor, dedicó sus energías a las conferencias y la escritura. Escribió dos novelas ya clásicas, Tom Sawyer (Las aventuras de Tom Sawyer, 1876) y Huckleberry Finn (Las aventuras de Huckleberry Finn, 1884), ambientadas ambas en la cuenca del Misisipi, y varias obras menores. Fue uno de los primeros en convertirse profesionalmente en entrevistado. El escritor inglés Rudyard Kipling (1865-1936) nació en Bombay, India. Su padre era director de la Escuela de Arte de Lahore, y fue allí donde Kipling, que había sido educado en Inglaterra, comenzó su carrera profesional de escritor en 1880, como periodista de la Civil and Military Gazette. Su primer libro de poesías, Departmental Ditties, fue publicado en 1886, y su primera colección de cuentos cortos, Plain Tales from the Hills, en 1888. From Sea to Sea era una recopilación de artículos que había escrito acerca de un viaje a través de Estados Unidos para la Civil and Military Gazette y otro periódico, el Pioneer. En el año 1889 Kipling se convirtió en una celebridad literaria en Londres. Este encuentro entre dos grandes figuras de la literatura es interesante en parte porque Kipling desarrolló más tarde una verdadera fobia hacia los entrevistadores (véase la entrevista para el Sunday Herald de Boston en 1892, que aparece más adelante en esta antología). Sois una panda de impresentables, los de allá. Unos sois miembros de la junta municipal y otros vicegobernadores; algunos tenéis la Cruz Victoria y otros el privilegio de caminar por el Mali del brazo del virrey. Pero yo he visto a Mark Twain esta dorada mañana, le he estrechado la mano y me he fumado un cigarro —no, dos cigarros— con él. ¡Hemos conversado durante más de dos horas! Comprended bien que no os desprecio; es la

pura verdad. Sólo me dais mucha lástima, desde el virrey para abajo. Para paliar vuestra envidia y demostraros que aún os considero mis iguales, os lo contaré todo. Decían en Búfalo que estaba en Hartford, Connecticut, y también dijeron: "Acaso haya ido de viaje a Portland". Un viajante grande y obeso juraba una y otra vez que conocía íntimamente al hombre y que Mark estaba pasando el verano en Europa. Esta información me alteró hasta tal punto que embarqué en el tren equivocado y fui echado del mismo con cajas destempladas por el revisor a más de un kilómetro de la estación, en medio de un descarnado paisaje de vías de ferrocarril. ¿Habéis intentado alguna vez, cargados con un abrigo y una maleta, sortear locomotoras con ideas propias mientras el sol cegaba vuestros ojos? ¡Pero olvido que vosotros, gente insignificante, no habéis visto a Mark Twain! Salvado de las fauces del rastrillo de las locomotoras, en mi vagar di con un extraño. —Elmira es el sitio que busca. Elmira, en el estado de Nueva York, este estado, no a trescientos kilómetros de distancia —y añadió, de modo totalmente innecesario—: Tira millas, Kelley, tira millas. Tiré millas a lo largo de la línea West Shore, dré millas hasta medianoche, y fui depositado sin grandes miramientos en la puerta de un desvencijado hotel en Elmira. Sí, todos conocían "al hombre ese, Clemens", pero suponían que no estaba en la ciudad; había ido al Este, a alguna parte. Más me valdría hacer acopio de paciencia hasta la mañana siguiente y después ir a localizar al cuñado de "ese Clemens", que se dedicaba al carbón. La idea de perseguir a media docena de parientes, además de a Mark Twain, por una ciudad de treinta mil habitantes me impidió dormir. La mañana me reveló a Elmira, cuyas calles desoladas atravesaban las vías del ferrocarril y en cuyos suburbios se dedicaban a la fabricación de persianas y marcos de ventana. Estaba rodeada por pequeñas colinas redondeadas y agradables, bordeadas de bosques y rematadas con cultivos. El río Chenung, que recorría la ciudad de arriba abajo, acababa de inundar algunas de sus arterias principales. El encargado del hotel y el telefonista me aseguraron que el tan deseado hermano político no se encontraba en la ciudad, y nadie parecía saber dónde podría estar "el hombre ese, Clemens". Más adelante descubrí que sólo llevaba diecinueve estaciones pasando el verano en aquella ciudad, por lo que era, comparativamente, un recién llegado. Un amable policía me dio la noticia de que había visto a Twain o "a alguien muy parecido" conduciendo un buggy el día antes. Esto me dio una maravillosa sensación de proximidad. ¡Imaginaos lo que debe de ser vivir en una ciudad en la que puede uno ver al autor de Tom Sawyer o "a alguien muy parecido" dando tumbos sobre el pavimento en un buggy! —Vive allá, en East Hill —dijo el policía—, a unos cinco kilómetros de aquí.

Ahí empezó la persecución, en un coche de alquiler que ascendía por una impresionante colina en la que los girasoles crecían junto a la carretera, las cosechas ondeaban al viento y vacas salidas de Harper's Magazine me miraban cubiertas de trébol hasta las rodillas, listas para ser transferidas a un fotograbado. El gran hombre debía haber sido perseguido por extraños anteriormente, así que había huido colina arriba en busca de refugio. Finalmente, el conductor detuvo el vehículo ante una miserable y diminuta cabaña de madera, diciendo: "El señor Clemens". —Sé que es un pez gordo y demás —me explicó—, pero nunca se sabe qué extrañas ideas se le meten en la cabeza a ese tipo de gente a la hora de elegir un sitio donde vivir. De repente apareció una joven, que estaba dibujando cardos y varas de oro en medio de una gran abundancia de ambos, y encaminó nuestro peregrinaje en la dirección correcta. —Es una bonita casa gótica que hay a la izquierda un poco más adelante. —Casa góti... —dijo el conductor—. Muy pocos coches cogen este camino, especialmente si saben que van a venir aquí —y me miró con inusitada ferocidad. Era una casa muy bonita, cualquier cosa menos gótica, revestida de hiedra, con mucho terreno y un mirador en la parte delantera lleno de sillas y hamacas. El techo de la terraza estaba formado por un entretejido de plantas trepadoras y el sol que se asomaba entre ellas se reflejaba en los resplandecientes maderos del suelo. Decididamente, aquel lugar tan remoto era ideal para trabajar, si uno era capaz de hacerlo entre la suave brisa y el murmullo de las exuberantes cosechas. Apareció repentinamente una mujer habituada a encargarse de los intrusos y desconocidos. —El señor Clemens acaba de marchar a pie hacia la ciudad. Está en casa de su cuñado. En tal caso, estaba a un tiro de piedra. La persecución no había sido en vano. Salí de allí a toda velocidad y el conductor, batallando con el volante y jurando en varios idiomas, consiguió llegar a la base de la colina sin mayor percance. Fue en la pausa que se produjo entre el momento en que pulsé el timbre del cuñado y la respuesta a la llamada cuando se me ocurrió pensar por primera vez que cabía la posibilidad de que Mark Twain tuviera cosas más importantes que hacer que entretener a lunáticos escapados de la India, por pletóricos de admiración que se mostraran. Y además en la casa de otra persona... En fin, ¿qué había venido yo a decirle? Supongamos que el cuarto de estar estuviera lleno de gente, supongamos que hubiera un bebé enfermo, ¿cómo iba a explicarle que lo único que quería era estrecharle la mano? Entonces los acontecimientos se sucedieron más o menos en el siguiente orden. Un cuarto de estar grande y en penumbra; un sillón gigantesco; un hombre con ojos, una melena leonina de pelo ensortijado, un bigote marrón que cubría una boca delicada como la de una mujer, una

mano fuerte y cuadrada que estrechaba la mía, y la voz más lenta, más equilibrada, más calmosa del mundo que decía: —Así que cree que me debe algo y ha venido a decírmelo. A eso le llamo yo ajustar cuentas como Dios manda. ¡Puff! hizo una pipa (siempre he dicho que una pipa de espuma de mar de Misuri es lo mejor del mundo para fumar), y ¡oh, asombro! Mark Twain se había arrellanado en el enorme sillón y yo fumaba reverentemente, como ha de hacer uno en presencia de su superior. Lo primero que me llamó la atención fue que era un hombre mayor; y aun así, tras meditarlo un minuto, percibí todo lo contrario. En cinco minutos, mientras sus ojos me observaban, comprendí que el pelo gris era el más trivial de los accidentes. Era joven. Yo le había estrechado la mano. Estaba fumándome uno de sus cigarros y le estaba oyendo hablar... Aquél era el hombre al que había aprendido a amar y admirar desde decenas de miles de kilómetros de distancia. Al leer sus libros había intentado hacerme una idea de su personalidad: todas mis ideas preconcebidas estaban equivocadas y quedaban muy por debajo de la realidad. Bendito el hombre que no sufre una desilusión cuando se encuentra cara a cara con su escritor más reverenciado. Era un momento para atesorarlo; ni pescar un salmón de seis kilos podía comparársele. Había conseguido hincarle el anzuelo a Mark Twain, y él me estaba tratando como si, bajo ciertas circunstancias, pudiera ser su igual. En ese momento, más o menos, me di cuenta de que estaba discutiendo el tema de los derechos de autor. Prestad atención a las palabras del oráculo, transmitidas a través de tan indigno mediador. Jamás podréis imaginar el largo y lento fluir de su acento, la insondable gravedad de su rostro, el fascinante desenfado de su cuerpo, con una pierna pasada sobre uno de los brazos del sillón, la pipa amarilla colgada de la comisura de la boca y la mano derecha acariciando casualmente su cuadrada barbilla. —¿Los derechos? Algunos hombres tienen criterio moral y otros tienen... otras cosas. Presumo que un editor es un hombre. No nace así. Es creado... por las circunstancias. Algunos editores tienen moral. Los míos la tienen. Me pagan por las ediciones inglesas de mis libros. Cuando oiga a alguien decir que los trabajos de Bret Harte y los de otros, y también mis libros, están siendo pirateados, pídale que se asegure de su información. Me atrevería a decir que descubrirá que los derechos han sido pagados. Siempre ha sido así. "Recuerdo a un editor sin principios y muy poderoso. Quizá esté ya muerto. Solía coger mis cuentos cortos, no puedo decir que los robara o los pirateara. La cosa iba más allá. Cogía mis cuentos uno por uno y los convertía en libros. Si escribía un ensayo sobre odontología o teología o cualquier cosa insignificante por el estilo, algo así de largo — indicó un grosor de media pulgada en uno de sus dedos—, cualquier tipo

de ensayo, el editor en cuestión lo corregía y mejoraba. Buscaba a alguien para alargar o recortar mi artículo con arreglo a sus necesidades. Luego publicaba un libro llamado Odontología por Mark Twain, compuesto por ese pequeño trabajo y otras cosas añadidas que no había escrito yo. La teología se convertía en otro libro, y así sucesivamente. No me parece que eso sea justo. Es un insulto. Pero creo que ahora está muerto. Yo no le maté. "Se dicen muchas tonterías acerca de los derechos internacionales. La forma correcta de abordar el tema de los derechos es tratarlos como a la propiedad inmobiliaria en todos los sentidos. 'Todo se arreglaría en las siguientes condiciones. Si el Congreso aprobara una ley que estipulara que la vida de un hombre no puede superar los ciento sesenta años, alguien se echaría a reír. Esa ley no afectaría a nadie. El hombre estaría fuera de la jurisdicción de los tribunales. La duración en términos de derechos viene a resultar lo mismo. No hay ley capaz de hacer que un libro viva o que le haga morir antes de su momento. Tottletown, en California, era una ciudad nueva con una población de tres mil habitantes, bancos, cuartel de bomberos, edificios de ladrillo y todas las mejoras modernas. Vivió, floreció y desapareció. Hoy no hay hombre que pueda poner el pie sobre un resto de Tottletown. Está muerta. Londres sigue existiendo. Bill Smith, autor de un libro que será leído durante el año que viene o poco más, es como la propiedad inmobiliaria en Tottletown. William Shakespeare, cuyos libros son leídos a todo lo ancho y lo largo del mundo, es como la propiedad inmobiliaria en Londres. Que Bill Smith, al igual que Shakespeare, que en paz descansa, tenga el mismo control sobre sus derechos de autor que el que tendría sobre sus propiedades. Que los pierda en el juego, que se los beba o que se los regale a la iglesia. Que sus herederos y beneficiarios los traten del mismo modo. "De cuando en cuando me acerco por Washington para trabajar en un comité que intenta imponer ese punto de vista en el Congreso. El Congreso se encuentra con argumentaciones en contra de los derechos internacionales hechas de antemano, y... bueno, el Congreso no es demasiado poderoso. Le planteé la visión de la propiedad inmobiliaria a uno de los senadores. "Yo dije: '¿Y si un hombre ha escrito un libro que vivirá para siempre?'. "Él respondió: 'Ni usted ni yo viviremos para ver a los herederos y beneficiarios de ese hombre, con arreglo a su teoría'. "Yo repliqué: 'Cree que el mundo carece de sentido comercial. Un libro que vivirá para siempre no puede ser mantenido artificialmente con precios inflados. Siempre habrá ediciones muy caras y muy baratas del mismo'. "Tomemos el caso de las novelas de sir Walter Scott —continuó Mark Twain, volviéndose hacia mí—. Cuando las normas del copyright las protegían, yo compraba las ediciones más caras que podía permitirme,

porque me gustaban. Al mismo tiempo, la editorial vendía ediciones tan baratas que podía comprarlas hasta el gato. Tenían su propiedad inmobiliaria, y dado que no eran idiotas, comprendían que una parte del terreno podía explotarse como una mina de oro, otra como una huerta y otra como una cantera de mármol. ¿Comprende lo que le digo? Lo que veía con preclara transparencia era que Mark Twain se estaba viendo obligado a defender la simple proposición de que un hombre tiene los mismos derechos sobre el producto de su cerebro (¡pensadlo, tamaña herejía!) que sobre el de sus propias manos. Cuando el viejo león ruge, los cachorros gruñen. Yo gruñí mi asentimiento y la conversación pasó de los libros en general a los suyos en particular. Crecido en audacia, y sintiéndome respaldado por unos cuantos miles de personas, le pregunté si Tom Sawyer se casaba con la hija del juez Thatcher y si alguna vez tendríamos ocasión de tener noticias suyas como hombre crecido. —Aún no lo he decidido —repuso Mark Twain, levantándose, relleno su pipa y recorriendo la habitación arriba y abajo con sus pantuflas—. Tengo la idea de escribir la continuación de Tom Sawyer en dos versiones. En una de ellas le haría alcanzar los mayores honores y llegar al Congreso; en la otra le haría ahorcar. Así tanto los amigos como los enemigos del libro tendrían dónde elegir. En ese punto perdí totalmente la reverencia y protesté fogosamente contra semejante teoría ya que, al menos para mí, Tom Sawyer era una persona real. —Por supuesto que es real —dijo Mark Twain—. Él es todos los muchachos que he conocido o recuerdo, pero ésa sería una buena forma de terminar el libro. —Después, dándose la vuelta, añadió—: Porque cuando se para uno a pensarlo, ni la religión, ni la formación, ni la educación son garantía de nada ante la fuerza de las circunstancias que mueven al hombre. Supongamos que cogemos los próximos veinticuatro años de la vida de Tom Sawyer y le damos una pequeña sacudida a las circunstancias que le afectan. Lógicamente, y en función de esa sacudida, resultaría ser un cabrón o un ángel. —¿Lo cree realmente? —Eso es lo que creo, ¿no es eso lo que llaman destino? —Sí, pero no le dé dos sacudidas para mostrarnos el resultado, porque ya no es de su propiedad. Nos pertenece a nosotros. Se echó a reír. La suya es una risa abierta, poderosa, sana. Comenzó a disertar sobre el derecho de un hombre a hacer lo que le venga en gana con sus propias creaciones, lo que, al ser un asunto de interés puramente profesional, omitiré misericordiosamente en beneficio de los lectores. Regresó al enorme sillón y hablando de la verdad y cosas semejantes en la literatura comentó que una autobiografía era el único trabajo en el que un hombre, en contra de su voluntad y a pesar de intentar denodadamente hacer exactamente lo contrario, se revelaba ante el mundo como realmente

era. —Buena parte de la vida en el Misisipi es autobiográfica, ¿no es así? —pregunté. —Tanto como es posible que lo sea cuando un hombre escribe un libro acerca de sí mismo. Pero en una autobiografía genuina creo que es imposible que un hombre cuente la verdad sobre sí mismo, como imposible es que consiga impedir que el lector perciba esa verdad. En una ocasión realicé un experimento. Cogí a un amigo mío, un hombre dolorosamente propenso a decir la verdad en todas las circunstancias, incapaz de decir una mentira, y le hice escribir su autobiografía, tanto para su propia diversión como para la mía. Lo hizo. El manuscrito habría dado para un libro en octavo, pero aun siendo un hombre bueno y honrado en todos y cada uno de los detalles sobre su vida que yo conocía, sobre el papel resultó ser un embustero formidable. No podía evitarlo. "No forma parte de la naturaleza humana escribir la verdad sobre sí misma. Con todo, quien la lee obtiene de una autobiografía una impresión general sobre si el autor es un farsante o una buena persona. El lector no puede ofrecer sus razones, igual que es incapaz de explicar por qué una mujer le ha parecido adorable aun cuando no consigue recordar su pelo, sus ojos, sus dientes, su figura. Y la impresión que obtiene el lector es la correcta. —¿Tiene usted la intención de escribir su autobiografía? —Si lo hago, como todos los demás, intentaré, con el más apasionado interés, demostrar lo bueno que era en todo aquello que haya redundado en mi descrédito; y, como los demás, no conseguiré convencer al lector para que se crea nada que no sea la verdad. Naturalmente, esto nos condujo a una discusión sobre la conciencia. Las poderosas palabras que Mark Twain pronunció entonces son dignas de ser rememoradas: —La conciencia es una lata. La conciencia es como un niño. Si uno la mimas, juega con ella y le da todo lo que pide, se malcria y se entromete en todas las diversiones y en la mayoría de los contratiempos y tristezas. Hay que tratar a la conciencia como a cualquier otra cosa. Si se pone rebelde, unos azotes. Hay que mostrarse severo, discutir con ella, impedir que se ponga a jugar con uno a cualquier hora, y así se obtendrá una conciencia en condiciones. Una conciencia malcriada sólo sirve para destruir todos los placeres de la vida. Yo diría que he conseguido mantener a la mía a raya. Al menos, no he tenido noticias suyas desde hace algún tiempo. Quizá la haya aniquilado por puro exceso de severidad. No está bien matar a un niño, pero a pesar de todo lo que he dicho, la conciencia difiere de un niño en muchos aspectos. Puede que la mejor conciencia sea la conciencia muerta. Aquí me habló un poco —cosas que uno puede contarle a un desconocido— del comienzo de su vida y de su crianza, del modo en que el ejemplo de sus padres había ejercido sobre él una influencia benéfica. Siempre hablaba por los ojos, una luz bajo sus

pobladas cejas. Ocasionalmente, cruzaba la habitación con pasos ligeros como los de una muchacha para enseñarme un libro u otro. Seguidamente continuaba su deambular por la habitación dando bocanadas a su pipa. Habría dado mucho por tener la entereza de pedirle aquella pipa, que nueva podría haberme costado cinco centavos. Comprendí por qué algunas tribus salvajes ansían ardientemente el hígado de los hombres valientes muertos en combate. Aquella pipa me habría dado, acaso, un ápice de su penetrante visión de las almas de los hombres. Pero jamás la dejó a un lado al alcance de mi latrocinio. En una ocasión, de hecho, me puso la mano en el hombro. Fue como ser investido con la Estrella de la India: seda azul, trompetas y diamantes todo en uno. Si a partir de este momento, por los azares de la vida mortal, me atrapa alguna ruina irremediable, le diré al superintendente del asilo que Mark Twain me puso una vez la mano en el hombro y él me asignará una habitación para mí solo y una ración doble del tabaco destinado a los pobres. —Personalmente, nunca leo novelas —dijo—, excepto cuando la persecución popular me obliga a hacerlo, cuando la gente me agobia preguntándome qué opino del último libro que todo el mundo está leyendo. —¿Y cómo le afectó la última persecución? —¿Robert? —replicó en tono interrogativo. Asentí. —La leí, por supuesto, por el oficio. Me hizo pensar que había tenido demasiado abandonadas las novelas, que quizá hubiera muchos libros de tan delicado estilo en las estanterías; así que empecé un curso de lectura de novelas. Lo he dejado ya; no me divertía. Pero por lo que se refiere a Robert, el efecto que produjo sobre mí fue como si un cantante callejero de baladas escuchara una música excelente interpretada en el órgano de una iglesia. No me detuve a pensar si era legítimo o necesario. Hablo de la elegancia y la belleza del estilo. "Verá —continuó—, todo hombre tiene su propia opinión acerca de un libro, pero ésa es mi impresión privada. Si hubiera vivido al comienzo de las cosas, habría indagado entre los ciudadanos para saber cómo veía la opinión pública el asesinato de Abel antes de condenar abiertamente a Caín. Le he ofrecido mi opinión personal sobre ese libro. No sabría decirle exactamente cuál es mi opinión pública, pero no haría temblar la tierra. Volvió a arrellanarse en su sillón y pasó a hablar de otras cosas. —Paso nueve meses al año en Hartford. Hace ya tiempo que me he convencido de que no hay grandes esperanzas de trabajar demasiado durante esos meses. La gente viene de visita. Viene a todas las horas con las razones más intempestivas. Un día pensé hacer una lista de interrupciones. Comenzaba así: "Llegó un hombre que se negaba a ver a nadie que no fuera el señor Clemens. Era un agente de una empresa de reproducciones en fotograbado de fotos de salón. Rara vez uso fotos de salón en mis libros.

Seguidamente vino otro hombre, que se negaba a ver a nadie que no fuera el señor Clemens. Había venido para pedirme que escribiera a Washington sobre no sé qué. Le recibí. También recibí a un tercer hombre, y a un cuarto. A esas alturas ya era mediodía. Estaba harto de hacer la lista. Quería descansar. Pero el quinto hombre era el único de la multitud que tenía tarjeta de visita propia. Me la hizo llegar. "Ben Koontz, Hannibal, Misuri". Yo me crié en Hannibal. Ben era un antiguo compañero de colegio. Consiguientemente, le abrí las puertas de par en par. Salí apresuradamente con los brazos abiertos y me di de manos a boca con un hombre grande, obeso y pesado que no era para nada el Ben que yo había conocido, ni siquiera se le parecía. "¿Eres tú, Ben?", dije. 'Has cambiado mucho en los últimos mil años'. "El hombre gordo dijo: 'Bueno, no soy exactamente Koontz, pero le conocí en Misuri y me dijo que viniera a visitarle. Me dio esta tarjeta y... —aquí interpretó una pequeña escena para mí—. Si puede esperar un minuto mientras saco las circulares... No soy exactamente Koontz, pero viajo con la colección de pararrayos más completa que imaginarse pueda'. —¿Y qué pasó?— pregunté conteniendo el aliento. —Le cerré la puerta en las narices. No era exactamente Ben Koontz. No era mi antiguo compañero de colegio, pero yo le había estrechado las manos con todo cariño y... me había tomado el pelo un vendedor de pararrayos en mi propia casa. "Como iba diciendo, trabajo muy poco en Hartford. Vengo aquí tres meses al año y trabajo cuatro o cinco horas al día en un estudio que tengo en el jardín de esa pequeña casa de la colina. Por supuesto, no tengo nada que objetar a dos o tres interrupciones. Cuando uno está metido de lleno en su trabajo, estas pequeñeces no le importunan. Ocho o veinte interrupciones retrasan el trabajo creativo. Ardía por hacerle toda clase de preguntas impertinentes, como cuál de sus obras prefería, y así sucesivamente, pero sobrecoigido por sus ojos, no osé pronunciarlas. Siguió hablando y yo me quedé escuchándole, babeante. Surgió a colación una cuestión sobre la capacidad mental, y aún me pregunto si quiso decir lo que dijo. —Personalmente, nunca me han gustado los libros de ficción o de historias. Lo que me gusta leer son informaciones y estadísticas de cualquier tipo. Aunque sólo sean datos sobre el cultivo del rábano, me interesan. Ahora mismo, por ejemplo, antes de que llegara usted —señaló hacia una enciclopedia que había en la estantería—, estaba leyendo un artículo sobre matemática pura. Mis conocimientos sobre las matemáticas acaban en "doce veces doce", pero he disfrutado enormemente con ese artículo. No he entendido ni una palabra, pero los hechos, o lo que uno entiende como hechos, son siempre una delicia. Ese matemático creía en sus hechos. También yo. Primero hazte

con los hechos, y luego —su voz se redujo a un murmullo casi inaudible— puedes distorsionarlos tanto como quieras. Con tan precioso consejo guardado en mi corazón, partí. El gran hombre me aseguró con amable bondad que no le había interrumpido en absoluto. Una vez al otro lado de la puerta, ansié regresar y hacerle algunas preguntas. Ahora me resultaba fácil pensar en ellas, pero su tiempo era suyo, aunque sus libros me pertenecían a mí. Supongo que tendré tiempo de sobra para repasar mentalmente nuestro encuentro sobre los sepulcros de los días, pero me entristeció pensar en las cosas de las que no había hablado. En San Francisco, la gente de The Call me contó multitud de leyendas sobre el periodo de aprendizaje de Mark en su periódico veinticinco años atrás. Era un reportero absoluta y deliciosamente incapaz de hacer reportajes acordes con las necesidades del día a día. Prefería, según ellos, enroscarse sobre sí mismo y meditar hasta el último minuto. Seguidamente, escribía textos totalmente ajenos a su trabajo, textos que hacían que el editor blasfemara terriblemente y que los lectores de The Call pidieran más. Me hubiera gustado conocer la versión de Mark sobre esto, junto con algunas historias de su regocijante y variado pasado. Ha sido oficial de tipógrafo (en los días en que vagaba desde las riberas del Misuri hasta nada menos que Filadelfia), aprendiz de piloto y piloto, soldado del Sur (aunque sólo durante tres semanas), secretario privado del vicegobernador de Nevada (lo que le desagradó), minero, editor, corresponsal en las islas Sandwich, y sabe Dios cuántas cosas más. Si fuera posible emborrachar de algún modo a un hombre de su experiencia, sería glorioso atiborrarle de licores varios y, en la lengua de su propio país, "dejarle retrospectar". ¡Pero estos ojos jamás serán testigos de esa orgía digna de dioses!

THOMAS EDISON

Entrevistado por R. H. Sherard (The Pall Mall Gazette, 19 de agosto de 1889)

Thomas Alva Edison (1847-1931), prolífico inventor americano, nació en Ohio. Fue expulsado de la escuela por retrasado cuando sólo llevaba en ella tres meses. Se convirtió entonces en vendedor de periódicos en el Grand Trunk Railway. Después de trabajar como telegrafista durante la Guerra Civil, comenzó a inventar cosas. Con el importe de la venta de uno de sus primeros inventos, un teletipo de bobina de papel capaz de transmitir las cotizaciones de la bolsa, financió la construcción de un laboratorio de investigación en New Jersey que sería el primero de su género. Entre sus más de mil patentes se encuentran el micrófono de carbono (1877), el gramófono (1878), la lámpara de luz incandescente (1879), la válvula eléctrica (1883) y el kinetoscopio (1891). También diseñó la primera instalación de distribución de electricidad y la primera central de energía eléctrica en la ciudad de Nueva York a comienzos de la década de 1880. En una posterior entrevista concedida a Theodore Dreiser, Edison confesaba que una vez que concluía un invento renegaba de él: "Cuando lo he terminado y probado con éxito, no puedo ni verlo. Hace diez años que no utilizo un teléfono y soy capaz de tomarme grandes molestias con tal de no ver siquiera una luz incandescente".

Robert Harborough Sherard (1861-1943) era hijo de un sacerdote de la Iglesia anglicana y bisnieto de William Wordsworth. Estudió en las Universidades de Oxford y Bonn y se hizo periodista profesional en 1884. Trabajó para diversas publicaciones inglesas, americanas y australianas. Buen amigo de Oscar Wilde, fue autor de la primera biografía importante del famoso esteta en 1906. Escribió también dos series de artículos para revistas acerca de las condiciones sociales de la época, que posteriormente fueron publicados en forma de libro: *The White Slaves of England* (1897) y *The Child-Slaves of Britain* (1905). Se especializó, además de en reportajes sociales, en realizar entrevistas a personajes célebres. Entre las que he descubierto se encuentran las de Nellie Melba, Gustave Eiffel y Thomas Edison para *The Pall Mall Gazette*; las de Henrik Ibsen, Hall Caine y Alphonse Daudet para *The Humanitañan*; las de Jules Verne, Gastón Tissandier (el piloto de globos aerostáticos), Camille Flammarion (el astrónomo), Alphonse Daudet (de nuevo) y Émile Zola para *McClure's Magazine* y la de Stanley Weyman (el historiador) para *The Strand Magazine*. Sus entrevistas con Zola y Daudet constituyeron la base de posteriores estudios biográficos sobre ambos novelistas. Escribió también una biografía de Guy de Maupassant así como su propia autobiografía, *Memoirs of a Mug* (1941). En 1931 fundó en Calvi la editorial Vindex y fue nombrado caballero de la Legión de Honor. Cuando le pedí que me concediese cinco minutos para charlar con él, Edison me contestó lo siguiente por escrito: "De acuerdo. El viernes sobre las once de la mañana. Estaré cuerdo a esa hora. Mi intelecto está ahora a 275 revoluciones por minuto". Me presenté en el Hotel du Rhin esta mañana a las once y fui conducido a un elegante salón del primer piso. Edison estaba en pie junto a la chimenea. Sentados a un secretaire junto a la ventana estaban el coronel Gouraud, el señor Durer y otros. En el

extremo más alejado se encontraba su dulce y joven esposa, la señora Edison, rodeada de varias personas. Para quien ha llegado a molestar, siempre resulta difícil romper el hielo, pero fui inmediatamente al grano. —Por lo que se refiere a la máquina extractora de menas —dijo Edison—, va a ser algo grandioso. Tenemos ya ochenta funcionando en las minas de hierro. En efecto, sólo está adaptada a la extracción de hierro por el momento. Estoy estudiando la construcción de una máquina para el tratamiento de minerales refractarios de oro y plata, y la sacaremos adelante con el tiempo. Entonces ganaremos más dinero. Le estaba pidiendo detalles sobre la máquina en cuestión cuando se acercó un personaje entusiasta que "hablaba en nombre de la humanidad" al "rey de la ciencia". Era un hombre lenguaraz y gesticulante. Creo que todo aquel que haya visto a Edison enfrentarse con un pelmazo le adorará el resto de sus días. Tiene la más dulce de las sonrisas y, aparentemente, presta atención a lo que le dicen: la expresión misma de la cortesía en una conversación. Quienes le conocen bien dicen que, en momentos así, y con la ayuda de cierta sordera, sus pensamientos se encuentran en otro lugar, y más vale que sea así. —¿Qué hay de la máquina de visión a distancia? —Me han llegado noticias —comentó— de que algunos inventores europeos dicen haberse anticipado, pero no he oído nada acerca de sus invenciones. Mi máquina va saliendo adelante sin dificultades. No creo que jamás sirva para distancias demasiado largas. Es absurdo suponer que nos permitirá vernos los unos a los otros a diez mil millas de distancia. No obstante, sí que tendrá aplicaciones prácticas en las ciudades. No estoy buscando nada que vaya más allá, al menos por ahora. Entonces el coronel Gouraud dijo: —Puedo decirle algo que el señor Edison jamás le contaría. Ese caballero que está hablando con él es el cavaliere Copello. Acaba de llegar a París con una misión encomendada por el rey de Italia: entregarle la condecoración de Gran Oficial de la Corona de Italia. Esta distinción va acompañada de una carta de la que puedo facilitarle una copia, si lo desea. —Esta es la carta:

La presentación por parte del cavaliere Copello a su majestad el rey, mi augusto soberano, del fonógrafo inventado por su ilustre signoria produjo la más profunda impresión en su alteza, que ha registrado en la propia máquina su admiración sin límites. En consecuencia, es su deseo otorgarle el merecido reconocimiento que los descubrimientos asociados a su nombre merecen. El rey ha tenido a bien, por propia voluntad, conferirle a usted el rango de Gran Oficial de la Corona de Italia. Me congratulo en ofrecerle aquí, en nombre de su majestad, la insignia que representa tan gran honor, y me comprometo a enviarle tan pronto como sea posible el diploma real. Entretanto, dígnese aceptar, etcétera... RATTAZZI

Esta distinción otorga a Edison el título de conde y a la señora Edison el de condesa. No pude evitar el deseo de que algunos de los representantes de la cohorte de aduladores europeos hubieran podido ver a Edison cuando, medio en broma, uno de ellos le llamó "conde". La risotada que esto le produjo valió por todas las revoluciones jamás propiciadas por la democracia contra los mencionados lacayos. —Que no se enteren de esto en Nueva York —dijo—. Mi ilustrísima se convertiría en el hazmerreír de todo el mundo. —¿Y el fonógrafo? —Ya lo hemos desarrollado a nivel práctico. En este momento hay 1.800 máquinas en locales comerciales y nuestras fábricas producen ya cuarenta de ellas al día. Además, he conseguido por

fin hacer un cilindro perfectamente sólido que puede ser enviado por correo y sobrevivir a la manipulación del servicio postal sin sufrir el menor daño. Todo esto ha supuesto mucho trabajo. Sólo en las herramientas necesarias para fabricar el fonógrafo grande hemos invertido 5.000 dólares. También he creado un modelo pequeño, un fonógrafo portátil, si quiere llamarlo así, cuyo cilindro puede contener hasta 300 palabras, la extensión de una carta normal, que resultará muy práctico para la correspondencia ordinaria. Tengo aquí el prototipo, y puede verlo el día que quiera. Con todo, este modelo aún no está listo para ponerlo a la venta. —¿Qué utilidad puede tener para los periodistas? —Mucha. Ya lo está utilizando la gente del World. La máquina está abajo. Los reporteros entran y registran lo que tengan que decir. Luego llevan el cilindro arriba, a la sala de composición, y los cajistas cogen el texto al dictado. Así todo es más rápido, realizan más trabajo por hora que con el sistema antiguo y ganan más dinero. —¿Es usted un gran amigo de los periódicos y de la gente que trabaja en ellos? —Ya lo creo que sí. Los periodistas de Nueva York son la gente más lista de la creación y les tengo mucho aprecio. Casi todos los domingos recibo a un grupo de ellos en casa, y algunos pasan todo el día conmigo. En Estados Unidos tenemos algunos periódicos estupendos. Yo compro el Times y el World y los leo de pe a pa. Allí manejamos los asuntos públicos guiándonos por los periódicos. Sí, el World es el principal diario, del mismo modo que el señor Pulitzer es nuestro más destacado periodista. Es listo y se ha rodeado de buenos colaboradores, como el coronel Cockrell y los otros. Son la gente más inteligente del momento. —¿Qué impresión le ha producido París? —Estoy abrumado. Tengo la cabeza hecha un lío y supongo que me llevará al menos un año recuperar el sentido. Ahora desearía haber venido con mi bata de laboratorio y haber podido ir de acá para allá sin ser reconocido. Así podría haber visto algo. La Exposición es impresionante, mayor que la nuestra de Filadelfia. Con todo, hasta el momento sólo he podido visitar una pequeña parte de ella. Eso sí, esta mañana he visto una máquina que va a ahorrarme alrededor de 6.000 dólares limpios al año. Es un cortafrío accionado por presión hidráulica. Lo vi de pasada; sólo tuve tiempo de echarle un vistazo. Pienso encargar unos cuantos y enviarlos de vuelta a casa. Nos permitirán reducir nuestra mano de obra en dieciséis puestos de trabajo. —Ha sido una mañana provechosa —afirmó el coronel Gouraud. —Así es —respondió Edison, y siguió hablando—: Hasta el momento, lo que más me ha llamado la atención es la absoluta indolencia que reina entre la gente de por aquí. ¿Cuándo trabaja esta gente? ¿En qué se ocupa? No he visto un camión de mercancías desde que llegué a París. Parece haberse instituido un elaborado sistema de holganza. Algunos de los

ingenieros que han venido a verme iban vestidos a la última y llevaban sus bastones de paseo. ¿Cuándo trabajan? No lo entiendo en absoluto. —En estas tierras hemos oído fabulosas historias sobre su capacidad de trabajo. Se dice que es usted capaz de trabajar veintitrés horas al día durante tiempo indefinido. —¿Ah, sí? A menudo he trabajado más que eso, ¿no es verdad, Gouraud? Por norma, no obstante, trabajo veinte horas diarias. Para mí cuatro horas de sueño son más que suficientes a todos los efectos. Edison pronuncia las palabras "trabajo" y "trabajar" como algunos pronuncian "rezar" o "religión". No cabe duda de que también es una religión. —Veo que fuma usted, ¿no le hace daño? —En absoluto. Fumo unos veinte cigarros diarios, y cuanto más trabajo, más fumo. Alguno de los presentes comentó: —El señor Edison tiene una constitución de hierro. Se salta a la torera todas las normas concernientes a la salud. Aun así, jamás le he visto enfermo. —Además de la máquina para ver a distancia y todo lo demás, ¿tiene usted algún otro proyecto? —pregunté. —Un buen número de ellos —respondió Edison—. Para cuando inauguraremos nuestra gran exposición en Estados Unidos, he de tener preparadas varias cosas nuevas. Es perfectamente inútil pedirle información a Edison acerca de sus ideas. En él predomina de tal modo el enfoque práctico que parece incapaz de hablar de lo que considera solamente un fantasma. Para él sólo cuenta "lo que existe", no lo que "está a punto de existir". La señora Edison le pidió entonces al cavaliere que le hiciera el honor de comer con ella chez Brebant, en la torre Eiffel. El coronel Gouraud me invitó a unirme al grupo y salimos juntos a encargarnos del almuerzo. En route, el coronel me pidió que desmintiera el rumor de que le había entregado a Edison un mensaje fonográfico de la reina. —El señor Edison ha recibido mensajes de la reina de Italia, del rey y del príncipe de Nápoles. Supongo que de ahí es de donde debe haber partido la historia. —Mientras estuvimos a bordo del barco —dijo Edison cuando nos sentamos para el déjeuner en el première étage de la torre Eiffel— nos servían bollos y café para desayunar. En mi opinión se trataba de un desayuno bien pobre para un hombre que después tiene que trabajar, pero supongo que uno se acostumbra a todo. Me gustaría una comida a la americana por variar, con abundante pastel. —Dicho esto, aplastó el pan de un puñetazo. Estábamos presentes seis personas: el señor y la señora Edison, el coronel Gouraud, el cavaliere y el señor Durer, autor de un notable ensayo sobre Edison. Teníamos el mundo a nuestros pies. Entre los entremeses había quisquillas. Edison jamás las había visto. —¿No crecen más? —preguntó—. Dan mucho trabajo a cambio de pobres resultados. —¿Qué opina de la torre Eiffel? —dije. —Es el trabajo de un constructor de puentes —dijo uno de los presentes. —En

absoluto —replicó Edison con firmeza—. En absoluto, es una gran idea. La gloria de Eiffel está en la magnitud de la concepción y la audacia de su ejecución. Una vez admitido esto, y conseguido el dinero, el resto es, si quieren, igual que construir un puente. Me gustan los franceses —añadió—. Piensan a lo grande. Los ingleses deberían de tomar nota. ¿Qué inglés habría tenido esta idea? ¿Qué inglés podría haber concebido la Estatua de la Libertad? —¿Superará la torre en Nueva York? —Construiremos una de 670 metros de altura. Superaremos a Eiffel en un ciento por ciento, sin descuentos. Mientras retiraban los entremeses, pregunté: —¿Qué le parece el sistema de ejecuciones por medio de la electricidad? —Es un sistema ideado por Westinghouse y lo están utilizando muy en contra de su voluntad. Le indigna que sus estudios sobre la ciencia de la electricidad hayan sido utilizados de semejante forma. Por mi parte, también soy contrario a las ejecuciones, se realicen por el medio que se realicen. Que les pongan a trabajar, pero que no les maten. Mientras comíamos los soles frites comenté: —He leído algo en los periódicos sobre que estaba experimentando con la fotografía en color. —Edison sonrió. —No, eso no es cierto. Ese tipo de cosas son puro romanticismo. No estoy a favor de ese modo de pensar. —Seguidamente dijo—: El pobre Carnegie se ha vuelto un sentimental, un sentimental redomado. La última vez que le vi intenté hablar con él sobre sus siderurgias. Eso es lo que a mí me interesa: fábricas inmensas que funcionan día y noche, con el fragor de los hornos y el estruendo de los martillos, acres y más acres de actividad, la lucha del hombre contra el metal. Pero él no estaba dispuesto a hablar de ello. Se limitó a decir: 'Todo eso es brutal'. Últimamente sólo está interesado en el arte francés y la fotografía amateur. Es una verdadera pena. —¿No podría fabricarse una máquina que se adaptara a la cabeza y registrara los pensamientos, ahorrándonos la tarea de hablar y escribir? —pregunté. Edison reflexionó. —Una máquina así es posible —dijo—, pero piense lo que ocurriría si alguien la inventara. Todo ser humano huiría de su prójimo, saldría corriendo en busca de algún refugio. Cuando nos trajeron los filets á la Brébant, dije, pensando en el pequeño Dombey: —¿Qué es la electricidad, al fin y al cabo? —Es una modalidad de movimiento, un sistema de vibraciones. Una determinada velocidad produce calor; una menor, luz; una aún más reducida, algo diferente —respondió él. —¿Hay algo en la electricidad que sea aplicable a la medicina? —Hay mucho papanatismo en torno a eso —dijo. Entonces apareció el untuoso maître d'hotel con el Clos Vougeot cuidadosamente dispuesto en una cesta y lo sirvió con grandes aspavientos y ceremonia. Edison añadió: También hay mucho papanatismo con el vino. Y con los cigarros. Los hombres se guían

por el coste. Hay pocos connoisseurs verdaderos. Allá en casa, por divertirme, tengo un montón de cigarros abominables hechos ex profeso con envoltorios elegantes, algunos con pelos dentro, otros con algodón. Se los ofrezco a los fumadores que presumen de conocedores y les digo que cuestan 35 centavos la unidad. Tendría que oír las alabanzas que les dedican. Hablamos de cocina y de los chefs famosos. También de cierta persona que recientemente había contratado los servicios de un cocinero francés a cambio de un salario digno de un obispo. —La enfermedad renal de Bright será el único dividendo que ese individuo sacará de semejante transacción —dijo Edison. Parece encantarle emplear frases propias de anuncios. Resulta reconfortante oírle pronunciar las palabras "ganar dinero". En su caso la comercialidad adopta un carácter digno e impresionante, por vulgar que resulte en otros. El almuerzo fue extremadamente recherché, pero Edison prácticamente no probó la comida —. Una libra de comida al día es todo lo que necesito cuando estoy trabajando, y ahora no estoy haciéndolo. —No podía uno evitar que se le vinieran a la cabeza Chatterton y su mendrugo de pan. Tras los postres, tomamos champán y propusimos algunos brindis. Empezó el cavaliere. Edison dijo: —El cavaliere es de verbo profuso, pero no tanto como otro caballero italiano que en una ocasión brindó a mi salud, quien llegó a comentar que en su país hasta las gallinas conocían mi nombre. "Esto parece un sanatorio —comentó más adelante—, a juzgar por la cantidad de "salud" que se reparte. —Posteriormente añadió—: Todo esto es nuevo para mí —aludiendo al ceremonial de nuestras festividades—. Si me quedo algún tiempo no tardaré en ser capaz de ponerme en pie, hacer discursos y agitar los brazos. Cuando llegaron el café y los cigarros, se le iluminó el rostro. —El señor Edison empieza ahora su comida— dijo el coronel. —Sí —respondió Edison, cogiendo un habano—, mi desayuno comienza con esto. Mientras tanto, el cavaliere le instaba a que viajara a Italia para ser presentado al rey, que estaba impaciente por conocerle. Los representantes de la ciencia, del arte y del gobierno se unirían para rendirle honores. Edison negó con la cabeza; una negativa más tajante que todos los círculos del artista griego. —No —dijo—, mis nervios no lo soportarían. Volveré a Estados Unidos desde París sin alharaca. Ni siquiera pienso ir a Londres, ese lugar tan alegre. Tengo ya la cabeza como un bombo. A pesar de todo, el cavaliere siguió porfiando y se alejó en compañía del señor Edison insistiendo aún en su propuesta. Pocos minutos más tarde, al pasar por delante de la torre, vi a sus pies al hombre, con su rostro casi juvenil gracias a su expresión abierta y su cabello gris cayéndole sobre la frente. Observé el monumento y después al hombre. El monumento parecía, por

contraste, infinitesimalmente pequeño.

PRÍNCIPE BISMARCK

Entrevistado por William Beatty-Kingston (The Daily Telegraph, 10 y 11 de junio de 1890)

Otto Edward Leopold von Bismarck (1815-1898), el estadista prusiano que creó una Alemania unida, procedía de una familia de junkers (aristócratas alemanes) y estudió leyes y agricultura antes de incorporarse al Parlamento prusiano en 1847. Era un monárquico reaccionario que se opuso a la Constitución liberal y, posteriormente, a las iniciativas socialistas. Durante la década de 1860 presidió la expansión territorial de Prusia frente a Dinamarca y Austria y, desde 1870-1871, frente a Francia. Fue nombrado príncipe y canciller del imperio germano, que gobernó durante los siguientes diecinueve años, periodo en el que Alemania se convirtió en una potencia industrial moderna y estableció alianzas militares estratégicas en contra de Rusia y Francia. Dimitió como canciller en marzo de 1890, junto con su hijo Herbert, que era su ministro de Asuntos Exteriores, tras un desacuerdo político con el emperador Guillermo II. William Beatty-Kingston (1837-1900) ingresó como subalterno en una oficina del Gobierno británico a los quince años y estuvo empleado al servicio de una potencia extranjera amiga antes de dedicarse al periodismo a los veintiocho años de edad. Se convirtió en corresponsal especial acreditado en Prusia del Daily Telegraph. Tenía su cuartel general en Berlín, aunque visitaba frecuentemente Viena y era también el corresponsal errante del periódico en Centroeuropa. Bismarck le respetaba, pero no le tenía tanto aprecio como podría sugerir el texto que viene a continuación, ya que le molestaba la abundante información de la que disponía. Beatty-Kingston medía casi dos metros y su confianza en sí mismo era pareja a su estatura. Era un periodista de mentalidad extraordinariamente independiente (por cierto, creía que los periodistas se "hacen en la tierra" no que "vienen del cielo"). Gracias a su enorme dominio del alemán, mantuvo muchas entrevistas con Bismarck a lo largo de los años, pero normalmente off the record. En una ocasión, Bismarck intentó hacerle expulsar del país, pero el canciller cedió ante las presiones del Gobierno británico. En la introducción a esta entrevista (que he condensado ligeramente), Beatty-Kingston hace referencia a su primera entrevista con Bismarck, allá en 1867, cuando el estadista le había recibido en su residencia oficial de la Wilhelmstrasse ataviado con "la oscura sencillez del uniforme de un regimiento de

*coraceros prusianos". Esta vez, al recibir a Beatty-Kingston en su propiedad campestre de Friedrichsruh, Bismarck iba "vestido en burgeois, con la estudiada simplicidad que caracteriza el atavío de los terratenientes alemanes mientras se encuentran en sus propiedades, 'lejos de la enloquecedora multitud'". La conversación de Bismarck con Beatty-Kingston se desarrolló "fundamentalmente en idioma inglés, que habla con extraordinaria fuerza y pureza, y al que revertía inevitablemente tras breves y episódicos lapsos en alemán y en francés". Las obras publicadas de Beatty-Kingston incluyen *Wilhelm I, Germán Emperor and King of Prussia: A Biographical Sketch* (1883), *Our Chancellor* (1884), *Monarchs I Have Met* (1887), *Men and Manners: Personal Reminiscences and Sketches of Character* (1887) y *Men, Cities and Events* (1895), en el que apareció reeditada esta entrevista. También tradujo *Tosca* (1900) y algunos otros libretos de ópera. Tras atravesar una espaciosa antecámara revestida de estanterías de roble, entré en un salón largo y estrecho en cuyo interior estaba su alteza hablando con la princesa y otra dama. El cuarto y el quinto integrantes del grupo eran dos magníficos perros daneses, uno de ellos un animal negro singularmente hermoso llamado Tyras. Tyras I se había reunido con sus antecesoras a edad muy avanzada hacía unos tres años; había muerto sin dolor en el dormitorio de su amo, consciente de la presencia de éste hasta el último minuto. En palabras del propio príncipe: "Pocos minutos antes de que aquel viejo y fiel perro muriera, le hablé. No le quedaban fuerzas ni para agitar el rabo, pero abrió los ojos y me miró con una expresión que decía tan claramente como si hubiera hablado que me reconocía y que me deseaba lo mejor". Tyras II era un regalo del actual emperador y "tiene un temperamento más equilibrado pero una personalidad menos marcada" que su predecesor. El otro majestuoso animal, una hembra de pelo brillante y color pizarra, de gran fortaleza y belleza, es nieta del famoso Realm-Dog con el que guarda un sorprendente parecido. Ambos perros, nada más verme, avanzaron apresuradamente para emprender una investigación que, me alegra decirlo, resultó tan satisfactoria para mí como para ellos. El príncipe también se acercó para saludarme. Me estrechó la mano calurosamente y me dio la bienvenida a Friedrichsruh diciéndome: "Me alegra mucho verle de nuevo; si no recuerdo mal, no nos veíamos desde 1872". Las felicitaciones que me apresuré a ofrecerle por el estado manifiestamente excelente de su salud estaban plenamente justificadas por la magnífica robustez de su apariencia. A los setenta y cinco años de edad, el príncipe Bismarck se mantiene erguido como una espingarda, y camina con la seguridad de un hombre cuarenta años más joven. Su complexión, que solía ser cetrina cuando le*

conocí por primera vez, es clara y rubicunda; sus ojos chispean con su viejo fuego y brillo; su voz resulta suave y sonora; su espeso mostacho y sus pobladas cejas no han encanecido ni un ápice en los últimos veinte años. Parece, como mínimo, diez años más joven de lo que es. Mientras caminaba a su lado recorriendo una larga serie de habitaciones en la primera de las cuales me había recibido, no pude menos que decirle que parecía haberle beneficiado considerablemente el descanso reciente de las fatigas del cargo público. —¡Descanso! —exclamó—. Sí, se trata de un descanso definitivo. La vida pública, por lo que a mí se refiere, se ha acabado. Ahora dispondré de tiempo para algunos de los recreos a los que he tenido que renunciar durante treinta años. El reposo es bueno; y aún mejor la certidumbre de que no tendré que mudarme de casa nunca más. Ustedes los ingleses tienen un refrán que dice que tres mudanzas son tan malas como un incendio, y es muy cierto. Un viejo amigo suyo de Hamburgo, que había recibido recientemente su visita, me había comentado que el príncipe le había anunciado su intención de aceptar invitaciones a cenas y de asistir a representaciones teatrales en la gran ciudad hanseática durante el siguiente invierno. Conocedor de la vida recluida que había llevado cuando estaba en el cénit de su poder, le pregunté si se trataba de una chanza o había hablado en serio. — Totalmente en serio —replicó—. ¿No cree que ya va siendo hora de que me divierta y disfrute de algunos placeres sociales? No eran más que las once de la mañana, y debo mencionar que hacía el tiempo más agradable que imaginarse pueda, cuando, al pasar frente al reloj del comedor, le dirigió una mirada y se detuvo en seco, diciendo: —¿Desea acompañarme? Voy a dar un paseo por el bosque que hay junto a la casa, a hacer mi ronda diaria. Un minuto después habíamos abandonado el Schloss y caminábamos a buen paso por una suave pendiente que conducía a una zona verde, mitad prado, mitad vega, flanqueada a la derecha por una corriente lenta de agua, ni estanque ni río, pero ancha y clara que constituía evidentemente un hogar para las carpas. Permítanme que intente describir la apariencia externa de mi ilustre anfitrión, mientras caminaba con firmeza cuesta abajo. Llevaba un sombrero blando de ala ancha, un pañuelo de cuello grueso y blanco anudado al frente, un abrigo oscuro, largo y suelto abotonado hasta el cuello, pantalones grises y fuertes botas de doble suela. En la mano derecha, sin guante, llevaba un bastón negro con mango ligeramente curvo, que rara vez utilizaba cuando, caminaba sobre tramos horizontales. Su bigote ya no le cubre, como antaño, toda la boca, sino que se lo ha recortado considerablemente, dejando al descubierto el labio inferior. Se conduce con un aire marcial, con la cabeza erguida y

los hombros hacia atrás. La incipiente corpulencia que le hacía parecer ligeramente grueso hace unos diez años ha desaparecido. Mientras recorriamos un ancho sendero que atravesaba la parte inferior del vasto parque, nos encontramos con más de un grupo de personas que habían salido de excursión y se hacían a un lado descubriéndose respetuosamente ante su alteza. El príncipe, a su vez, intercambiaba invariablemente algunas palabras amables con ellos. Tras la tercera rencontre de este tipo le pregunté si existía algún derecho de paso a través de sus bosques. —No, en absoluto —respondió él—. De hecho, para mantener mi propio derecho de paso me veo obligado a poner numerosos carteles de advertencia para los intrusos. Pero mis amenazas de multas y medidas legales rara vez se llevan a cabo y esta buena gente no parece prestarles mucha atención. Mis guardabosques se quejan mucho de la presencia de estos excursionistas que, según dicen, molestan a los ciervos. No, no tengo faisanes, mis bosques son demasiado grandes. El faisán es un ave estúpida, propensa a perderse cuando la cubierta es tan extensa. Verá usted, dispongo aquí de 8.000 hectáreas, de las cuales sólo cuatro mil se usan para explotación agrícola y el resto son de bosque. La propiedad me cuesta más de lo que produce, pero aun así le tengo un gran cariño. Aquí no tengo jardín, ni siquiera cerca de la casa, tan sólo madera y agua. Mis jardines están en Varzin, donde mi esposa cultiva rosas. Esto no es más que un lugar sencillo y anticuado; en tiempos fue un hostel y he tenido que hacer muchas alteraciones. De hecho, aún no he terminado con los cambios. El despacho es demasiado pequeño para mí, así que voy a hacer que derriben una de sus paredes para ampliarlo. Ya le mostraré lo que tengo pensado hacer. En ese momento giramos a la izquierda desde la orilla del agua hacia un estrecho sendero lateral que subía tortuosamente por la ladera (en zigzag, ofreciendo en cada curva bancos rústicos a modo de solaz para el "penoso ascenso") hasta la cima de una herbosa loma rematada por monte bajo. Tras llegar allí, descansamos unos minutos en uno de aquellos oportunos asientos y, entretanto, comenzamos a hablar sobre el nihilismo y las dificultades de establecer algún tipo de gobierno en Rusia. Le pregunté al príncipe si, en su opinión, no sería posible derrotar al nihilismo por medio de concesiones generosas a tiempo. —No —replicó un tanto severamente—. No se pueden hacer concesiones a los nihilistas, que no son más que asesinos en potencia todos ellos; asesinos por premeditación, si no de hecho. El único modo de hacerles frente es fortalecer la ley y aplicársela con mayor severidad. No se puede ceder ante esos miserables: no se puede ser amable o conciliatorio con una gente que ni siquiera sabe lo que quiere, pero está dispuesta en todo momento a cometer todo tipo de crímenes horribles en el número que

sea. No me cabe duda de que existen numerosos rusos sensatos, razonables e inteligentes que desean reformas moderadas, pero no parecen salir al frente o ejercer influencia real alguna sobre las autoridades que detentan el poder. Tampoco cuentan nada entre las masas. El exceso de educación en Alemania produce grandes decepciones e insatisfacción; en Rusia conduce a la desafección y las conspiraciones. Allí son educados para los más altos cometidos de la vida diez veces más jóvenes que puestos hay para acogerlos u oportunidades de ejercer profesiones liberales o ganarse la vida decentemente, por no hablar de lograr riquezas y distinciones. Hay demasiadas becas y menudean las presentaciones gracias a las cuales los hijos de los pobres aprenden a ser infelices e inútiles. Por ejemplo, la mayoría de los hijos de los sacerdotes obtienen gratis su formación superior. ¿De qué les sirve? Cuando la concluyen, en nueve de cada diez casos no hay nada que puedan hacer con ella. Su educación es peor que superflua, ya que les hace sentirse descontentos, más aún, miserables. Han sido dolorosamente preparados para competir por algo más que lo que la vida realmente ofrece, salvo a muy pocos de ellos que, además, rara vez proceden de su clase. He conocido vigilantes callejeros en Rusia que habían estudiado en la Universidad y se habían graduado. ¿Puede haber algo más cruel, además de absurdo? Esa gente, ahíta de odio y envidia por todo lo que sea próspero y distinguido, se entrega con facilidad a la conspiración y el crimen. No son aptos para construir, pero saben justo lo suficiente para destruir. Es mucho más fácil hacer daño que redimir; así que hacen el mal y lo llaman redención. Su formación, impartida con pedantería, es escolástica; no es política, ni siquiera práctica. De ahí la dificultad para darles acceso a cualquier nivel de la gestión de los asuntos públicos. "Un gobierno parlamentario constitucional es un régimen de un nivel muy elevado, basado en conocimientos extensos y especiales, así como en multitud de compromisos juiciosos; lo que ustedes, los ingleses, apropiada y concisamente llaman 'toma y daca'. Ponerlo en manos de hombres ignorantes, teóricos, visionarios, entusiastas no versados en la historia y la realidad cotidiana de la política es simplemente una insensatez o, mejor dicho, una locura peligrosa. Lo único que vale con esa gente es una autoridad poderosa que, por supuesto, debe ser justa, con altas miras y, a ser posible, benevolente. Por otra parte, la autoridad sin límites y su ejercicio endurece a los funcionarios que, al fin y al cabo, son sólo humanos. El exceso de burocracia es nocivo, pero tampoco es sabio imponer límites demasiado estrechos al poder y la dignidad del Estado. En su caso, opino que el Parlamento tiene demasiadas facultades para interferir con la autoridad del Estado y acosar a los gobiernos. Rusia, si

quiere, se encuentra en el extremo opuesto. Pero ustedes son un pueblo con tradición parlamentaria, acostumbrado al partidismo y familiarizado con la necesidad de hacer concesiones en el momento apropiado. Los rusos, como dije antes, no saben lo que quieren, ni cuándo dar un paso al frente, ni cuándo ceder. Adoptan una actitud extremista frente a políticas que no comprenden y son presa de dogmas o de ideas, según sea el caso. Por el momento no hay más alternativa que gobernarles con mano de hierro. Mientras descendíamos colina abajo a paso tranquilo a través de otro tortuoso sendero, salió a colación el problema de los trabajadores, al hilo del reciente Congreso de los Mineros, celebrado en Bélgica. Tras alabar y reconocer sin ambages la moderación del discurso de Mr. Burt a los delegados allí reunidos, el príncipe Bismarck explotó de repente: —Dígame, ¿conoce a algún banquero que se contente con un millón? O a algún científico, político, artista, abogado que esté satisfecho con sus ingresos y su posición? Iré más lejos y le preguntaré, ¿ha conocido alguna vez a un hombre satisfecho? Quiero decir entre los ricos, la gente de éxito, de alta cuna o elevada posición. ¿Como iba a estar entonces satisfecho un trabajador, cuya vida es necesariamente parca en placeres y generosa en contratiempos, con frecuentes privaciones y escasos momentos de desahogo? Cuanto más obtienen los obreros, más quieren. No digo que no sea lo natural, que sean diferentes a los demás hombres en este aspecto; pero el hecho está ahí. Las quejas reales que aún tienen han de ir resolviéndose por procesos naturales, como sucederá gradualmente y en su momento. Por encima de todo, deben seguir mejorando su posición sin interferencia del Estado, que les perjudicaría en vez de beneficiarles, además de infligir daños irremediables a otras muchas personas tan dignas de consideración como ellos, como es el caso de los artesanos. Me parece una intromisión y una impertinencia dictarle al trabajador cuántas horas debe trabajar o dejar de trabajar, usurpando así su autoridad sobre sus hijos en lo que se refiere a las ocupaciones que llevan el pan a casa. Se dice que fui yo quien sentó el primer ejemplo de intromisión en los asuntos laborales en Alemania y que tomé la iniciativa al introducir una especie de socialismo de Estado. Eso es totalmente incorrecto. Lo que hice fue un acto de benevolencia, no de interferencia. Defendí la creación de algún tipo de mecanismo en defensa de los trabajadores debilitados por la edad o incapacitados para el trabajo por enfermedades o accidentes. En mi opinión, si un mecánico quedaba discapacitado por una máquina o un minero mutilado en una explosión, o si un hombre se venía abajo por exceso de trabajo o por una enfermedad física, había que hacer algo para salvarle de morir de hambre o incluso de encontrarse en una situación de

necesidad extrema. "En genuino interés de las clases trabajadoras, también me pareció deseable que la gestión y el control de los fondos recabados a tal fin fuera transferido de los funcionarios a corporaciones autónomas, como las sociedades de beneficencia de ustedes, con el objeto de promover el desarrollo de un espíritu corporativo y emprendedor entre los trabajadores. Quería emanciparles de las restricciones y el control burocrático, alimentar en ellos la pasión por la autosuficiencia, el amor hacia una valerosa independencia, inspirarles un sentimiento de seguridad frente a las peores calamidades que pueden caer sobre ellos: la enfermedad, las mutilaciones, la vejez, que vuelven aún más amargas la abyecta pobreza. Cuando le planteé mi proyecto por vez primera a Guillermo I no captó al principio todas sus implicaciones, pero cuando éstas empezaron a quedarle claras, lo adoptó con el mayor entusiasmo. Durante los últimos años de su vida fue su proyecto favorito. Nadie estaba más profundamente interesado que él, ni más fervientemente ansioso porque fuera un éxito. Pero conseguir que los trabajadores se sientan satisfechos por medio de regulaciones legales no es más que un sueño de la imaginación, un fantasma que nos elude en cuanto nos aproximamos a él. Si fuera posible alcanzar la satisfacción humana, sería una desgracia. ¿Qué podría ser más desastroso que llegar a un punto muerto de bienestar, a un milenio de satisfacción universal destructora de la ambición, paralizadora del progreso, que sólo podría conducir al estancamiento moral? Queda mucho trabajo útil que hacer, no obstante, en ese terreno. Hay que impartir instrucción técnica a los obreros, librarles de las garras de la burocracia y estimularles para que aborden una gestión sensata de sus propios asuntos, para que salvaguarden sus intereses por medios legales respetuosos con el orden establecido, en vez de declararles la guerra a sus empleadores. El capital y el trabajo deberían ser grandes amigos, y lo serían, sin duda, si no fuera porque ambos intentan obtener ciertas ventajas sobre el otro. Eso, por supuesto, es una característica puramente humana, y no podemos aspirar a cambiar la naturaleza de la humanidad. Los derechos del capital son tan reales y respetables como los del trabajo. ¡Que no se nos olvide! Según nos acercábamos al Schloss, el príncipe Bismarck me habló en términos muy elogiosos de su sucesor en la cancillería, el general Caprivi. —Es un gran soldado, un hombre de notable inteligencia y muy informado. Por encima de todo, es un caballero metódico. Estoy convencido —continuó su alteza— de que el nombramiento de Caprivi como reichskanzler fue una sorpresa para él, que aceptó el cargo por su elevado y leal sentido del deber y porque es un hombre del que no se puede decir que esté guiado por ambiciones personales. Tiene las ideas claras, un buen corazón, una naturaleza

generosa y una gran capacidad de trabajo. Es, sin duda, un hombre de primera clase. Era casi la una cuando finalizó nuestro paseo por el parque de Schloss Friedrichsruh y el ex canciller me precedió por unas empinadas escaleras de piedra por las que ascendimos al compás de un organillo que tocaba un robusto napolitano, que se había instalado en el camino para carruajes que daba a la entrada principal. Desde una ancha terraza enlosada, de longitud correspondiente a la del comedor, pasamos a través de una alta puerta acristalada a éste, donde se nos sirvió la comida. La princesa, acompañada de tres amigas, nos esperaba en un saloncito adyacente. Sin más preámbulos nos sentamos a la mesa, donde poco después se nos unió el conde Herbert. Estaba bronceado por el sol y era la encarnación misma de la salud, la fuerza y el buen humor. En la pared de la derecha de la speisesaal de Friedrichsruh, exactamente detrás del asiento ocupado por el schlossherin, había un retrato de cuerpo entero a tamaño natural del káiser Guillermo II, copiado del original por el profesor Angeli, que representaba al joven emperador con uniforme completo y la mano derecha apoyada en una mesa sobre la que están su yelmo y la diadema imperial. Es un lienzo enorme, de unos tres por dos metros y hasta cierto punto eclipsaba los demás cuadros que adornaban la elegante habitación. Durante la comida, a la que asistieron los dos nobles perros con patente pero decorosamente contenido interés, la conversación fue genérica. Se tocaron de pasada muchos temas de interés, lo que le ofreció al príncipe abundantes oportunidades de exhibir su incomparable facilidad para las anécdotas y su inagotable ingenio natural. Al ir avanzando la comida me di cuenta de que no bebía nada con los alimentos y le pregunté si "comer a palo seco" era un hábito personal o una norma del código dietético que había redactado para él su famoso leibarzt, el doctor Schweninger. —Lo segundo —replicó—. Sólo me está permitido beber tres veces al día, un cuarto de hora después de cada comida, y no más de media botella de tinto espumoso de Mosela, muy seco y ligero. Tanto el burdeos como la cerveza, que son muy de mi gusto, los tengo estrictamente prohibidos; al igual que los fuertes vinos renanos y españoles, ¡incluso el clarete! Desde hace algunos años me he abstenido por completo de probar todos esos generosos licores por el bien de mi salud y mi "forma física", en el sentido deportivo de la palabra. Anteriormente pesaba más de cien kilos. Siguiendo este régimen he bajado a menos de noventa, y sin perder fuerza en absoluto, de hecho la he ganado. Mi peso normal es ahora de unos 84 kilos. Por orden del doctor me peso una vez al día, y si supero ese peso, inmediatamente pongo manos a la obra para volver a él, tanto con ayuda del ejercicio como mediante un régimen especial. Cabalgo mucho, y también camino. He

dejado de fumar cigarros totalmente; por prescripción facultativa, por supuesto. Debilita y es malo para los nervios. Un fumador inveterado, como yo solía ser, probablemente llegue a fumarse cien mil cigarros en toda su vida, suponiendo que viva una vida moderadamente larga. Pero viviría más tiempo, y mejor, si prescindiera de ellos. Hoy me limito a fumar una larga pipa, afortunadamente con una cazoleta profunda, después de cada comida, y no fumo otra cosa que tabaco Dutch Knaster, que es ligero, suave y relajante. Ya lo verá luego; la pipa acompaña al vino rojo de Mosela. Hoy será una botella entera y tendrá usted que ayudarme con ella. El agua me engorda, de modo que no debo beberla. Con todo, la situación actual es perfectamente satisfactoria para mí. En cuanto apareció el tabaco, las damas nos abandonaron y yo me cambié de asiento para ocupar uno cercano a la cabecera de la mesa, próximo al de su alteza. Tras breves divagaciones, referentes al pasado y a personas que ambos habíamos conocido hacía más de una docena de años, a propósito de lo cual el príncipe comentó "mi memoria es bastante tenaz, pero conozco personalmente a más de treinta mil hombres cuyos nombres se me escapan, aunque son personas en general notables", señalé casualmente que su retiro había producido gran sorpresa entre el público británico. —Supongo que entre ustedes debió parecer bastante repentino —respondió él—. Incluso mis buenos amigos de aquí, de Alemania, no lo esperaban. Esos entrañables amigos que tanto se regocijaron con mi renuncia a todos los cargos, que tan ansiosamente esperaban sucederme políticamente y que ahora desean verme convertido en un muerto viviente, que esperan que me pudra en mi retiro, mudo, tembloroso, inmóvil. Tras cuarenta años de trabajar y estudiar incesantemente en el campo de la política, después de un periodo de actividad y responsabilidad tan tremendos, sería bastante difícil para mí aceptar las dos condiciones inviolables del mutismo y la inmovilidad, ¿no le parece? Eso es lo que quieren que haga esos amables amigos que asiduamente pasan por alto hacer alusión alguna a los servicios que he prestado a Alemania y referirse siquiera a los que he hecho en el mundo, no vaya a ser que, por comparación, mermen sus propias pretensiones de reconocimiento, distinción y promoción. Pero no es tan fácil silenciarme ni paralizarme. Puedo, desde mi retiro, seguir sirviendo a mi país, y pienso hacerlo mientras me queden fuerzas. En algunos aspectos dispongo de mayor libertad de movimientos que cuando estaba en el poder. En el exterior, por ejemplo en Francia y en Rusia, los únicos países que posiblemente nos guarden algún rencor, puedo promover de muchas maneras la propaganda en favor de la paz, mi principal objetivo desde hace veinte años, y hacerlo sin cortapisas oficiales de ningún tipo. "Me pregunta

usted cuál es el estado actual de las relaciones entre Alemania y Francia. Excelente; es todo lo que ambos países podrían desear. La actitud del Gobierno francés es ejemplar; el pueblo francés es sinceramente pacífico, tanto en sus ideas como en sus aspiraciones. No necesito decirle lo predispuesto a la paz que es el pueblo alemán. Y nadie la desea más ardientemente que su majestad el emperador, cuya atención está centrada en nuestros asuntos internos: la consolidación nacional, las mejoras en el país y el establecimiento de un entendimiento cordial entre las clases. Nosotros los alemanes no queremos otra cosa de nuestros vecinos que una relación justa y un trato educado. Combatimos en dos terribles guerras para lograr nuestra unidad. La hemos alcanzado y queremos conservarla; no pedimos más. Todo nuestro armamento es meramente defensivo y disuasorio; no tenemos la menor intención de usarlo agresivamente. La idea de una ulterior extensión de las fronteras o de una agresión no cabe en la cabeza de ningún alemán inteligente. Le pregunté si, en su opinión, no habría la posibilidad de extinguir definitivamente el rencor de Francia contra Alemania por medio de alguna concesión espontánea y voluntaria por parte de ésta, alguna rectificación fronteriza que implicara la devolución a Francia de las poblaciones francófonas, que ahora estaban sometidas en contra de su voluntad al poder de Alemania. En pocas palabras, algún acuerdo que pudiera satisfacer a Francia sin poner en peligro la seguridad de Alemania. —Ninguna —respondió con decisión—. No podemos cederles territorio alguno, excepto después de perder una batalla. Fuera grande o pequeña la cesión, sólo estimularía su apetito de más. Han tenido en su poder provincias habitadas por poblaciones de habla germana durante siglos, provincias que nos robaron por la fuerza. Ahora nos ha llegado a nosotros el turno de controlar territorios poblados por una raza de habla francesa. Alemania jamás ha entrado en Francia de motu proprio o sin que mediara alguna provocación. Francia ha invadido Alemania por las armas entre veinte y treinta veces. En 1870 los franceses prácticamente habían olvidado sus "derechos" sobre Colonia y Maguncia, pero la reivindicación de la frontera en el Rin fue entonces revivida ferozmente. Y volvería a ocurrir lo mismo si mostráramos la menor disposición a devolverles cualquier parte de Lorena. Por lo que se refiere a la disminución de su rencor hacia nosotros, sólo podemos confiar en el paso del tiempo, como hicieron ustedes los ingleses en el caso de Waterloo. Ese rencor desapareció hace treinta años. Víctor Hugo hizo todo lo posible por resucitarlo, pero el pálido fantasma que generó no tardó en desvanecerse. Es muy difícil contentar a los franceses, porque su aprecio por sí mismos no conoce límites razonables. "Recuerdo que cuando era

enviado diplomático en París, uno de mis mejores amigos franceses era el viejo mariscal Vaillant, por aquel entonces gobernador de las Tullerías. Era un caballero encantador y realmente me tenía en gran aprecio. Un día, en 1867, me dijo: 'Verá amigo mío, le aprecio. Me gustan los alemanes, en particular los prusianos, pero sé que volveremos a cruzar nuestras bayonetas cualquier día de éstos. Nosotros los franceses somos como el gallo del corral: gobernamos el gallinero, y no podemos soportar que ningún gallo que no seamos nosotros cacaree audiblemente en Europa'. Fue a través suyo como me enteré de que las tropas de la guarnición de París me habían echado el ojo. Había asistido a una revista en París por invitación del emperador y había observado atentamente el paso de las tropas, aunque no más atentamente, al parecer, de lo que los soldados me habían observado a mí. Al día siguiente vino a verme el viejo Vaillant y me repitió con regocijo algunos de los comentarios de los que había sido objeto. Uno era: 'En voilà un qui n'a pas froid aux yeux! Voyez-vous, mon cher, añadió el mariscal, j'aurais bien volontiers donné mon bâton et ma plaque pour qu'ils l'eussent dit de moi!'. Fue muy amable por su parte, y demostró que, a pesar de ser francés, no se sobrevaloraba a sí mismo ni a su reputación como militar. "¿Que cuáles son nuestras perspectivas en relación con Rusia? Bastante satisfactorias; tan buenas, en todos los aspectos, como lo son con Francia. Nosotros le deseamos todo lo mejor a Rusia y desde luego ella no nos atacará. El pueblo ruso es tan pacífico como nosotros. Los males que cayeron sobre ellos después de la última guerra, y como consecuencia de ella, fueron tanto más crueles y terribles que los que hubieran tenido que experimentar jamás en tiempo de paz. Como resultado, han desarrollado horror hacia todas las aventuras militares en el extranjero y esa antipatía pervive, sin perder ni un ápice de su fuerza e intensidad, hasta el día de hoy. Rusia no tiene en realidad ninguna querrela con nosotros y no le daremos motivo alguno para que nos ataque. He sido honrado con la confianza y el respeto del actual zar. Mientras estuve en el poder confié implícitamente en mis garantías personales y me alegra poder decir que las relaciones oficiales ruso-alemanas fueron de lo más amistosas. El zar Alejandro III es, en verdad, un soberano amable, bondadoso y bienintencionado, enamorado de su país, profundamente vinculado a su esposa e hijos, bien dispuesto para con Alemania y sinceramente contrario a las conquistas. También le desagrada enormemente el esfuerzo físico, hecho muy significativo para la paz en Europa. Por lo que se refiere a Bulgaria, realmente no puedo ofrecerle una opinión. Carece de interés directo para nosotros, los alemanes, y le prestaremos muy poca atención mientras permanezca tolerablemente tranquila. La Triple Alianza es lo

suficientemente poderosa como para asegurarse de que la tranquilidad europea no se vea seriamente afectada por causa suya. "¿La situación actual de la Alianza? Firme como nunca. Está sólidamente asentada sobre una amplia base de confianza mutua e intereses comunes. Es tan firme en su cohesión como inamovible en su voluntad de mantener la paz. Perdurará porque va en beneficio de todos y es el resultado natural a la vez de saludables aspiraciones y de sentido común. Hay abundantes motivos para que la razón de su existencia sea el principio 'Todos para uno y uno para todos'. Una Austria fuerte no sólo es necesaria para la preservación del equilibrio del poder en Europa, sino también especialmente necesaria para Alemania. De no existir, habría que crearla en nuestro propio beneficio. Los dos elementos del Reich dual, el alemán y el húngaro, están bien dispuestos hacia nosotros. El primero por razones obvias; el segundo porque, sabiendo que no es lo suficientemente fuerte para sobrevivir sólo siente la necesidad de un amigo extranjero poderoso que se ponga de su parte en caso necesario, y no cree que ese amigo pueda ser Rusia, una potencia absorbente muy temida por todos sus vecinos débiles. La amistad que une a Italia y Alemania es perfectamente natural, ya que no son Estados limítrofes y ninguno de ellos quiere arrebatarle nada al otro. La amistad entre Austria e Italia es igualmente necesaria para ambos países, a la vista de que sus fronteras se tocan, una circunstancia que siempre conlleva el riesgo de agresiones mutuas y las consiguientes querellas. Jamás se ha creado una Liga más sensata y útil que la Triple Alianza, uno de cuyos fundamentos es, afortunadamente, la sincera, calurosa y leal amistad que se profesan los soberanos de Alemania, Austria e Italia, que se tienen mutuamente en la más alta consideración y son todos ellos extremadamente populares entre sus respectivos súbditos. En tan supremos acuerdos, los ministros son mucho menos importantes que los monarcas, incluso en países gobernados por una Constitución y bendecidos con instituciones parlamentarias. Gracias a la Triple Alianza puedo creer, y declararlo así públicamente, que la paz de Europa está sólidamente afianzada, y que perdurará muchos años a menos que el Todopoderoso decidiera ordenar uno de esos tremendos accidentes que desafían toda posible previsión y cálculo razonable. "Por lo que se refiere a Inglaterra y Alemania, considero imposible que los dos países entren jamás en guerra, y altamente improbable que lleguen a tener enfrentamientos serios. Caso de que ocurriera, no obstante, podría llevar a una guerra continental, incluso aunque Inglaterra se abstuviera de participar activamente en contra nuestra por tierra o por mar. Pero semejante contingencia es tan increíble, tan inverosímil, como que nosotros alzáramos nuestras espadas contra

Inglaterra. Por supuesto, pueden surgir diferencias, como en el asunto colonial Africano que aún está pendiente de una solución equitativa. Una disensión así sólo puede gozar de un predicamento insignificante comparado con las consecuencias que tendría el recurso a las armas. Puede que nos gruñamos un poco los unos a los otros, pero no hay razón para alarmarse por ello. Si bien se mira, ¿a qué se reduce el asunto Africano? En su Compañía Británica, según tengo entendido, hay embarcado alrededor de medio millón de libras esterlinas; en la nuestra algo menos. Si sumamos ambas cifras el total en juego no llega al gasto de un solo día de preparativos para una gran guerra. Por cada hombre que entra en filas por el proceso de movilización debemos calcular, por término medio, una pérdida de dos chelines diarios, su salario y una inversión de tres chelines al día en comida, ropa, soldada y transporte. Una guerra europea generalizada representa la movilización de al menos cuatro millones de soldados de la reserva, así que ahí tiene usted un gasto diario de un millón durante tal vez dos o tres semanas, antes de que se dispare un solo tiro. Una vez comenzadas las hostilidades, podemos calcular que ese desperdicio se multiplicará por dos. Todo esto sin contar con el coste del parón comercial, el pánico, la depreciación de las bolsas, que es aún más ruinoso que los gastos bélicos. En el caso de la rivalidad colonial entre Inglaterra y Alemania, el objetivo a alcanzar por una o ambas partes, si pudiera evaluarse su doble éxito, jamás podría, por elevada que fuera la estimación, acercarse siquiera a la calamidad que se produciría en caso de un enfrentamiento serio entre Alemania e Inglaterra a sangre y fuego por la partición de unas regiones cuyo valor es, como mínimo, problemático. Hay pocos europeos dignos de confianza que sepan algo de esos misteriosos territorios, ni siquiera sus nombres. No hay peligro de que Inglaterra y Alemania la emprendan a golpes por su culpa. Por lo que a mí respecta, estoy convencido de que los pronunciamientos serenos, propios de un hombre de Estado, de lord Salisbury son más del gusto de los ingleses que las ardientes soflamas y amargas denuncias del señor Stanley. Entre ingleses y alemanes siempre es fácil llegar a un acuerdo equitativo y amistoso. Ambos somos pueblos justos; nos conocemos bien y nos respetamos sinceramente. Se han dicho y escrito tales tonterías sobre este asunto que unas pocas palabras, dictadas por el sentido común, no pueden hacer daño alguno. Algo después, nuestra conversación nos llevó al difunto emperador Federico, de quien el príncipe Bismarck habló en términos de profunda reverencia y cálida admiración. —Era sin duda un hombre notable y estimable, absolutamente bondadoso, exquisitamente amable y aun así, dotado de aguda inteligencia, gran erudición y resolución. Sabía

perfectamente lo que pensaba y sus decisiones, una vez adoptadas, eran inamovibles. Como emperador de Alemania, si hubiera vivido, habría asombrado al mundo por el vigor y la personalidad de su mandato. Su visión de sus deberes para con sus súbditos, y de los de sus súbditos para con su soberano, estaba perfectamente definida y era inalterable. Era un verdadero Hohenzollern, de la mejor calidad y la más brillante capacidad. Por lo que se refiere a su valor, era heroico. Respecto a la amable cortesía y la delicada consideración que mostraba hacia sus sirvientes, era digno hijo de su noble padre. "Déjeme que le ofrezca una muestra patética de este excelente y elegante rasgo de su carácter. En los días finales de su enfermedad, cuando aún podía recibirme sentado y vestido, jamás dejó de acompañarme hasta la puerta de su habitación cuando yo la abandonaba, ni de abrirla con sus propias manos para franquearme el paso. Un día, mientras caminaba junto a mí con este fin, le vi tambalearse de dolor y debilidad. Yo estaba a punto de levantar los brazos para cogerle, pensando que iba a caer al suelo, cuando consiguió asirse al picaporte y, apoyándose en él, mantenerse en pie. Tras abrir la puerta se inclinó tanto hacia atrás en su dolor que las colas de su levita colgaban al menos a seis pulgadas de su cuerpo, pero ni se quejó ni gimió. Soportó su sufrimiento en silencio, con tanto valor que resultaba doloroso verle. Sí, hasta el final mismo exhibió un alto sentido de la dignidad, la autoridad y la fortaleza imperiales. Nada conseguía alterar su control sobre sí mismo ni su ecuanimidad. Era un káiser de los pies a la cabeza, lo fue hasta la hora de su muerte. Para mí, durante todo ese tiempo terrible, fue en todo momento un hombre admirable; no consigo encontrar otra palabra mejor. Nos entendíamos perfectamente y fui su leal y devoto servidor como lo había sido de su padre durante tantos años. Desde su terrible desgracia, dicho sea de paso, la actitud de la emperatriz Victoria hacia Alemania ha sido, y sigue siendo, absolutamente irreprochable, la materialización total de un elevado ideal. Antes de permitir que abandonara Friedrichsruh, el príncipe Bismarck me hizo recorrer las habitaciones de abajo, acompañado por el conde Herbert que, al igual que su ilustre padre, se tomó grandes molestias en señalarme incontables objetos de interés histórico y familiar. En un corredor que salía del salón cuelga una reja metálica a la que están fijadas las armas de las cinco ramas de la Casa Bismarck, así como las de las familias nobles emparentadas con la del príncipe, todas ellas correctamente blasonadas. En las habitaciones de la zona de recepción, llamaron mi atención hacia dos retratos de su alteza, relativamente recientes, realizados por el profesor Lembach; dos magníficos bustos del primer emperador alemán y del conde Wilhelm von Bismarck, el segundo hijo del príncipe; y

una emocionante composición de tema bélico que representaba la memorable carga de la Primera de Dragones en Mars-la-Tour. "Fue una escaramuza", observó el príncipe, "en la que Herbert resultó gravemente herido y derribaron al caballo de Bill. Puede ver a Herbert en el cuadro, a la carga inmediatamente detrás de su capitán". Había también magníficos retratos del padre, abuelo y bisabuelo del ex canciller y unos antepasados de los tiempos de la Armada Invencible y la guerra de los Treinta años, así como una imagen suya, de notable parecido, realizada en 1850; además de "falsos retratos" de nuestra reina, de Federico Guillermo IV, del rey de Sajonia, de lord Beaconsfield, del cardenal Hohenlohe y otros muchos personajes destacados del pasado y el presente. Después, tras agradecerle encarecidamente al schlossherr su amabilidad y hospitalidad, le estreché la mano una, dos, tres veces y partí, llevando conmigo los más interesantes y agradables recuerdos de Friedrichsruh. El padre y el hijo me acompañaron hasta la entrada principal y agitaron la mano a modo de despedida final cuando pasé a través de la cancela hasta la gris carretera que seguía la vía del tren y conducía hasta la estación.

RUDYARD KIPLING

(The Sunday Herald, 23 de octubre de 1892)

Kipling fue coautor de una novela, The Nauhlahka, escrita en colaboración con su agente, Wolcott Balestier, un norteamericano al que había conocido en Londres. Tras la muerte de Wolcott en Alemania, Kipling se casó con su hermana, Caroline Balestier. En 1892 la pareja se mudó a Brattleboro, Vermont, donde el padre de Caroline poseía una lujosa mansión de verano. Los Kipling levantaron una casa con magníficas vistas al valle de Connecticut a la que llamaron "Nauhlahka". Se dice que otro hermano de Caroline, Beatty, que vivía en la misma zona, suministró a Kipling el material para una historia publicada en la prensa acerca de los habitantes de Vermont. Se publicó poco después de que Kipling se instalara y motivó la indignación de sus vecinos, que llegaron a considerar a Kipling un excéntrico y un chiflado, mientras su cuñado, Beatty Balestier, se enzarzaba en litigios de tierras con él. Kipling se querelló contra Beatty por haberle amenazado de muerte y, con el objeto de avergonzarle, éste se negó una y otra vez a pedir la libertad bajo fianza, obligando al propio Kipling a hacerlo en su lugar. Finalmente, el acoso al que se veían sometidos obligó a los Kipling a abandonar Vermont e instalarse en Inglaterra. Esta entrevista fue publicada en The Sunday Herald, un periódico de Boston. — Sí, soy un patán grosero, y a mucha honra. No me importa. Quiero que la gente lo sepa. Así es Rudyard Kipling. Él mismo lo afirma. Ésas fueron sus últimas palabras mientras se despedía el otro día de este periodista, que acababa de entrevistar a la que probablemente sea una de las personas más peculiares del mundo. El señor Kipling no se encontraba en casa. Había salido a pasear por el campo. Dejé atrás su soleada casa en las afueras de Bratdeboro hasta que finalmente divisé desde el coche una figura que bajaba a grandes zancadas por una escarpada ladera que daba a la carretera. Era, sin la menor duda, Kipling, cuya descripción había tenido ocasión de escuchar multitud de veces. Un cuerpo pequeño y rechoncho se detuvo junto a una cerca de alambre de espino. Las piernas que sostenían aquel cuerpo no eran particularmente robustas. Estaban cubiertas por un viejo pantalón ajustado de color vagamente marrón. Vestía una deslucida chaqueta verde sin entallar con una hilera de botones. Por debajo del cuello asomaban una camisa desabrochada y un pañuelo de seda negra. Kipling tiene la tez morena, y luce un bigote crespo de color castaño

oscuro. Sus labios reflejan determinación y su penetrante mirada es un tanto retraída. Lleva unas gafas bifocales con montura de oro coronadas por unas cejas espesas y tiene una frente despejada, cubierta apenas por unos pocos cabellos castaños. Luce invariablemente un gran sombrero de ala flexible de color gris claro que es, como quien dice, su seña de identidad. El sombrero le hace parecer excesivamente pesado. En la mano derecha blandía un largo bastón que siempre le acompaña. Su curiosa apariencia parece indicar que se trata de un hombre extraño. En efecto, su temperamento coincide con lo que cabría esperar a juzgar por su aspecto. Se detuvo junto a la verja ante mi llamada. —¿El señor Kipling? — Servidor. —¿Podría hablar con usted un instante? Soy periodista y... ¡Palabra fatal! Tan pronto como la escuchó profirió una exclamación que contravenía claramente el tercer mandamiento y se abrió paso a través del alambre de púas sin el menor miramiento hacia sus ropas, sus brazos o sus piernas. —Tenga cuidado con ese alambre, señor Kipling. —El maldito alambre es mucho mejor que la gente como usted. En un santiamén atravesó la cerca, se plantó en el camino y empezó a alejarse. Aquella no era forma de mantener una entrevista. El paciente jamelgo permaneció parpadeando bajo el sol mientras yo bajaba del carruaje y echaba a andar tras el aguerrido Kipling. —Señor Kipling, me he dirigido a usted como cualquier caballero abordaría a otro en plena calle. No he venido fingiendo ser un visitante fortuito, como me aconsejaron que hiciera. Le expliqué mi misión mientras él permanecía con las manos en el bastón atravesándome con su penetrante mirada. —Me niego a ser entrevistado —fue su alentadora respuesta—. Es un delito. Nunca lo he permitido y nunca lo permitiré. No tiene usted más derecho a interrumpir mi paseo que el que pudiera tener un salteador de caminos. Es una afrenta asaltar así a un hombre en plena vía pública. De hecho, esto es incluso peor. Si tiene algo que preguntarme, diríjase a mí por escrito. Dicho esto echó a andar de nuevo. Sus palabras me parecieron una invitación, así que redacté la siguiente nota y poco después se la entregué en mano a la sirvienta de Kipling cuando respondió a mi llamada en la puerta: "Sr. Kipling, Dado que ha declinado usted mi petición de entrevistarle, le agradecería que, en beneficio del periodismo, me explicase cuáles son sus objeciones. Quiero manifestarle, con todo respeto, que su trato para conmigo ha sido impropio y grosero, especialmente considerando que me he dirigido a usted con la cortesía propia de un caballero. ¿Tendría la amabilidad de dedicarme cinco minutos para que podamos hablar de hombre a hombre? No reproduciré ni una palabra de lo que guste decirme durante ese tiempo a menos que usted me autorice a ello". Firmé este mensaje breve y conciso. Siguió una espera

de unos diez minutos. Mientras esperaba, me fijé en la casa y sus aledaños. Los Kipling viven en una casita de campo sita en el interior de la granja Bliss, propiedad de los Balestier, la familia de la señora Kipling. Una cuerda de tender llena de ropa que se agitaba en la esquina de su estructura en forma de L contribuía a dar a la escena cierta apariencia de vulgaridad, pero tiene una vista del valle de Connecticut que es sencillamente magnífica. El salón, a juzgar por lo que se vislumbra desde la puerta abierta, es una habitación pequeña, sencillamente amueblada con unos sillones, un sofá, una mesa, una alfombra Kensington sobre el suelo pintado y algunas vitrinas y curiosidades procedentes de la India. Al fin, Kipling en persona se dignó levantarse de la mesa del comedor, donde me había dicho la doncella que estaba. Le oí preguntar por su "palo". No parecía exactamente una buena señal. Sin embargo, se presentó sin él. — Bien, ¿qué es lo que quiere? ¿Por qué invade la intimidad de mi casa? ¿Acaso no le he dicho que no quiero ser entrevistado? —me espetó con voz rápida y tensa. —He hecho lo que usted me dijo, señor Kipling. He sometido a su atención y por escrito el motivo de mi visita, y deseo una respuesta. La obtuve. —¿Que por qué me niego a ser entrevistado? ¿Porque es una inmoralidad! Es un delito, en la misma medida que una ofensa a mi persona, una agresión, y merece el mismo castigo. Es una vileza y una cobardía. Ningún hombre respetable pediría una cosa así; y menos aún la concedería. —Bueno, señor Kipling, otros hombres tan respetables como usted, si no más, ya que son auténticos caballeros, parecen no compartir su punto de vista. Es usted la primera persona a la que he oído manifestar semejante opinión. Nunca antes había escuchado que una entrevista sea inmoral y delictiva. —En tal caso, los hombres de los que habla son unos imbéciles. Y yo estoy en lo cierto. Lo que he dicho es verdad. No, 110 pienso darle ninguna explicación. Usted y sus colegas, con la característica falta de discernimiento y comprensión de lo que es el periodismo que caracteriza a los americanos, serían incapaces de entenderla. Los ingleses detestamos las entrevistas. Y, en cualquier caso, ¿qué tienen de bueno los reporteros? ¿En qué pretende convertirse o qué pretende conseguir? La prensa norteamericana es algo sucio y podrido. Lo sé todo sobre ella. En cierta ocasión viajé con un grupo de periodistas de Filadelfia hasta una pequeña ciudad donde se había cometido un asesinato. Consiguieron convertir la ciudad en la antesala del infierno. Permítame que le diga una cosa. No buscan ustedes más que sensacionalismo, y eso es algo que jamás conseguirán de mí. Al llegar a este punto, tomé nota mentalmente de que estaba haciéndolo. Pero él siguió hablando. —En este país no hay ni un solo periódico respetable. El Neiv-York Tribune es tolerable, pero de vez en

cuando publica auténticas barbaridades que lo condenan como a los demás. Supongo que querrá usted redactar un artículo sobre mi persona para publicarlo en algún recóndito apartado de su periódico, del que ni siquiera sé el nombre. —No, señor —le interrumpí—. Usted es merecedor de un encabezamiento de columna, de una portada, junto a la sección de libros. Este tratado sobre la prensa estadounidense resulta tan novedoso y gratuito que será imposible relegarlo a un lugar oculto. Usted es un ciudadano del mundo, señor Kipling —proseguí—. Le debe algo al mundo, del mismo modo que el mundo le debe algo a usted. —Sí, y esa pequeña deuda tendrá que serme satisfecha —me respondió con voz cortante—. Desde luego, yo no pienso pagar la mía. —Es usted un pensador avanzado, un hombre respetado. Todo lo que pudiera usted decir sobre cualquier tema resultaría valioso e interesante. —Valioso, sí —continuó él—. Ésa es otra de las razones por las que me niego a permitir que me entrevisten. Puedo sacar más escribiéndolo yo mismo y vendiéndoselo a alguna revista inglesa. Supongo que luego los editores norteamericanos lo robarían, como han hecho con la mayor parte de mis libros. En ellos está todo lo que quiero decir y han sido comprados, o robados, como usted prefiera. La ley de propiedad intelectual americana es una condenada basura. Intenté cambiar de tema y le hice el siguiente comentario: —Usted ha pertenecido a la prensa, y a la profesión le interesa saber qué es lo que tiene que decir. Le debe usted algo. —Condenadamente poco —replicó él, y lo hizo de un modo que prácticamente hurtaba todo sentido blasfemo a la expresión. Es casi placentero oír blasfemar a Kipling. Su ligero acento inglés, con evocaciones del aroma de la India, confiere a la "inmensa C" de Condenación, su maldición más frecuente, un sonido realmente fascinante. —Puede estar usted seguro de que la prensa le debe aún menos a usted, señor Kipling —le replicó este periodista—, porque dudo mucho que jamás un entrevistador haya sido tratado con menos cortesía y consideración que la que usted ha mostrado para conmigo. Me he dirigido a usted pensando que era un caballero, pero tanto su acogida como sus comentarios me obligan a expresarle sin ambages lo que opino de usted, ya que ha manifestado su opinión con tanta franqueza. —Admiro su sinceridad —replicó él. A juzgar por todo lo que se comenta de Kipling, se diría que nadie le ha dado jamás la réplica a sus groserías. Permaneció un momento en silencio y después dijo: —Conservaré su nota como una adición de inestimable valor a mi colección de curiosidades literarias, señor. Yo le aseguré que el placer era sólo mío y que me alegraba de haberla escrito, ya que así sabría lo que pensaba de él un caballero. —Me importa un bledo lo que usted piense. Ha violado mi derecho como ciudadano a la intimidad y

si pudiera querellarme contra usted lo haría. Nunca había oído nada igual. ¿Y ahora qué piensa decir de mí? Espero que nada. No me gusta que me citen. —No esperará usted que la cortesía que ha mostrado hacia un hermano de profesión no reciba el reconocimiento que merece, ¿verdad? Repitió de nuevo que preferiría que no mencionara nada de lo que había dicho. No alcanzaba a comprender que una vez recibido un encargo, era menester satisfacerlo tan diligentemente como fuera posible. —Dígale a su editor —continuó— que si decide encargar entrevistas es que no sabe cómo llevar un periódico y, en este caso concreto, sabiendo cómo aborrezco las entrevistas, debería usted haberle dicho que se negaba a venir. —Vamos, señor Kipling, no me habría perdido esta entrevista, por usar su palabra favorita, por nada del mundo. Su única respuesta fue un relampagueo en los ojos y una mueca de desagrado. Luego dijo: —Sea como sea, no ha conseguido usted nada. —Ya lo creo que sí. Lo suficiente como para decirle a la gente que se mantenga alejada de usted. —Eso es exactamente lo que deseo. El señor Kipling hizo una afirmación extravagante en respuesta a una pregunta. Se quedó mirándome de hito en hito con sus penetrantes ojos. —Supongo que está usted tomando nota de mí y de mis características para utilizarme en uno de sus libros. Yo estaba haciendo lo mismo. —¿En qué está pensando? —No creo que le gustara oírlo. No es exactamente halagador. No insistió, pero negó haber incluido nunca en sus libros las características que observaba. —Sería descortés y cobarde, mezquino y cruel, ¿comprende? —explicó. El señor Kipling desmintió el rumor de que un periodista de Nueva York le hubiera dicho que si se avenía a firmar una entrevista sería publicada, fuera lo que fuera, y también que le hubiera indicado al periodista en cuestión que escribiera cualquier condenada estupidez y él la firmaría. Tampoco estaba dispuesto a hacerlo ahora, ni siquiera para rubricar sus revelaciones al periodismo estadounidense sobre la naturaleza inmoral y delictiva de las entrevistas. El señor Kipling dijo que si un caballero, "incluso usted", le hubiera abordado como había hecho yo con el fin de charlar con él unos minutos, se habría sentido encantado de complacerle. No había nada de malo en ello. Pero yo era una especie de salteador de caminos porque era un entrevistador. No estaba dispuesto a darme el menor crédito. No se había dejado engañar por el modo en que le había abordado. —El periodismo inglés —dijo el señor Kipling— es digno y respetable. No hay en él trapos sucios. Lo que ustedes los norteamericanos llaman espíritu emprendedor no es más que sensacionalismo de la más baja estofa. Un editor inglés jamás insultaría a un hombre respetable preguntándole por sus ideas. Son privadas, lo mismo que su casa, y nadie tiene derecho a invadirlas. "Los

periodistas estadounidenses son una mancha en la hoja de servicios de la profesión, y cuando uno de ellos perpetra un crimen, como usted ha hecho, deberían encerrarle allá donde no pueda hacer más daño. No hay nada que admirar en el periodismo norteamericano, y menos aún que respetar. El periodista inglés es un caballero y deja en paz a la gente. Finalmente, llegó la criada para recordarle que su cena seguía en la mesa. Tenía que irse. Se alegraba de haberme recibido, ya que a cambio había obtenido gran cantidad de información. Lo mismo podía decir yo. Quiso saber qué palabras pensaba poner en su boca. —En fin, escriba lo que quiera. Déle alas a su imaginación. Publique su cansina palabrería en las columnas traseras del dominical de su periódico y la gente se la tragará con el café del desayuno, igual que hace con la demás basura. Hoy en día no se publica otra cosa. Diga que soy un grosero, al fin y al cabo es la verdad, a ver si la gente se entera y me deja en paz. Dicho esto, cerró la puerta de un portazo y se marchó. El señor Kipling acababa de ser entrevistado.

ÉMILE ZOLA

Entrevistado por V. R. Mooney (The Idler, junio de 1893)

El novelista francés Émile Zola (1840-1902) nació en París. Su padre, un ingeniero italiano, murió cuando Émile tenía sólo siete años. Se crió en Aix-en-Provence en un marco de relativa pobreza. Después de suspender el baccalaureat en 1859 trabajó como empleado de una editorial antes de dedicarse al periodismo y la redacción de cuentos cortos. Fue el principal impulsor de la técnica naturalista en la novela, y su primera obra importante fue Thérèse Roquín (1867). Entre 1871 y 1893 publicó una serie en veinte entregas, Les Rougon-Macquart, en la que narraba la saga de una gran familia durante el II Imperio y analizaba las consecuencias de la herencia y las circunstancias históricas sobre sus personalidades. Sus novelas fueron criticadas con frecuencia por su descripción realista de los vicios humanos y las condiciones sociales. Como ocurría en las grandes novelas de Balzac, en las de Zola impresionaba el modo en que el escritor ofrecía información técnica acerca de las diversas ocupaciones y actividades de sus personajes. El desastre (La débâcle), uno de los libros del ciclo narrativo sobre los Rougon-Macquart que se comenta en esta entrevista, aborda un tema delicado a nivel político: la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Zola era anticlerical y abanderó la causa de Dreyfus, el oficial judío del ejército acusado injustamente de entregar secretos militares a un gobierno extranjero. Dreyfus fue sometido al veredicto de un tribunal militar y encarcelado en la colonia penal de la isla del Diablo. En un artículo, Yo acuso (J'accuse, 1898), Zola atacó al Gobierno y a las autoridades militares por amparar este error judicial. Fue acusado de libelo y se vio obligado a huir a Inglaterra, aunque regresó un año después tras la concesión de una amnistía. Dreyfus fue liberado en 1906, pero su defensor había muerto con anterioridad como resultado de la inhalación accidental de monóxido de carbono. —¿El señor Zola? —No, señor. Éste no es el 21 bis. Es el número 21. Para justificar el áspero tono de su respuesta, la portera del n° 21 pasó a informarme de que todo el mundo cometía el mismo error. —Es una procesión perpetua —continuó—. Siempre lo mismo: "¿El señor Zola? ¿El señor Zola? ¿El señor Zola?", una y otra vez. Me gustaría que la gente se dirigiese a la dirección correcta. Es bien cierto que yo al menos sí debería haberme fijado, ya que había visitado al señor Zola con anterioridad. Abochornado, me retiré apresuradamente y me

dirigí al n° 21 bis. A diferencia de la mayoría de los parisinos, Zola dispone de una casa para él solo y además, como se percibe a primera vista nada más entrar, está ricamente decorada. Los tapices, bronce, bajorrelieves, esculturas en piedra y mármol, están meticulosamente dispuestos en torno al vestíbulo y la soberbia escalera, de tal modo que el efecto general, bzyo la luz tamizada que atraviesa las ventanas emplomadas, resulta muy artístico. En el primer rellano, armaduras, lanzas y espadas de diferentes tipos refulgen tras las plantas tropicales. En este piso tiene Zola su estudio, repleto de muestras de su amor por las antigüedades. No se trata, sin embargo, de una pasión llevada al extremo. En este caso los incómodos asientos de respaldo alto de nuestros antepasados en los que muchos coleccionistas consideran necesario sentarse (o acomodar a sus visitas) han sido reemplazados por cómodos y espaciosos sillones modernos. No tuve que aguardar demasiado. —Vaya, me alegro de que el día sea lluvioso, o probablemente habría lamentado usted perderse la oportunidad de ir al Bois. Tales fueron las primeras palabras del maître tras un caluroso apretón de manos. —Así que desea saberlo todo acerca de mí. Veamos qué puedo contarle sin repetirme. Con estas palabras Zola se zambulló en un pequeño pero cómodo sillón con una mesa de fumador turca taraceada repleta de libros a un lado y al otro un antiguo guardafuegos de hierro forjado situado delante de una inmensa chimenea. Inició plácidamente el siguiente monólogo, que he intentado reproducir tan fielmente como me ha sido posible. —El padre de mi madre era un Corfióte. Procedía de Venecia, pero mi madre era parisina. Conoció a mi padre durante una de las numerosas visitas de éste a París relacionadas con un acueducto que deseaba construir en Aix-en-Provence. Poco después de su primer encuentro se casaron. Fue un matrimonio por amor. Yo nací en París en 1840, así que ahora tengo cincuenta y tres años. "Mi padre murió en 1847 y dejó poca cosa, aparte de una serie de pleitos que mi madre y mi abuela consiguieron perder, más debido a la inexperiencia que a ninguna otra causa. "Fue entonces cuando comenzó mi formación, ya que hasta los doce años, cuando finalmente empecé a asistir al colegio, había estado librado a mis propios medios. Eso significaba que trabajaba poco y pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre, vagando por nuestra maravillosa campiña del Sur, aprendiendo a amar y admirar la naturaleza. "Mi rendimiento en la escuela fue desigual. Lo que más me gustaba eran las matemáticas y las ciencias. Odiaba el griego y el latín. Durante el último año de mi etapa de estudiante hice amistad con dos jóvenes compañeros que contribuyeron a hacer de mí lo que soy ahora. Dado que teníamos las mismas inclinaciones, siempre que podíamos nos apasionaba salir al campo, recorrer las orillas de

un arroyo y leer durante horas toda la literatura de ficción que caía en nuestras manos a la sombra de un árbol. Después de leer cada libro discutíamos sus méritos capítulo a capítulo, analizábamos los personajes y la trama. Todo ello más desde un punto de vista metafísico que literario. "Abandoné la escuela en 1848 y fui a París a buscar trabajo para ayudar a mi madre. Me di de manos a boca con una situación a la que tuve que resignarme y hasta 1861 padecí todos los contratiempos que un joven necesitado podía sufrir en París. Con frecuencia pasaba en mi ático la mayor parte del día, metido en la cama para intentar mantenerme caliente. "Aunque, como puede ver, mi situación ha variado para mejor, a menudo recuerdo aquella época y lamento que no me sea posible regresar a ella. "Voyez vous, las privaciones y el sufrimiento eran mi día a día, pero contaba con el fuego de la juventud. Tenía salud, esperanza, confianza ilimitada en mí mismo y ambición. "Ah, oui! Fue una época gloriosa. Recuerdo que solía escribir durante horas y horas en la cama; cómo todo entonces me parecía fresco; cómo mi falta de experiencia me permitía mirar hacia el futuro con esperanza. En fin, la vida me parecía luminosa, hermosa y alegre, "Al fin y a la postre, creo en verdad que la esperanza es una satisfacción más elevada que la posesión. "Pero me alejo del tema. "Veamos, me había quedado en la cama intentando mantenerme caliente y aguardando a que alguien me ofreciese unas monedas para la cena. "En 1861 hallé al fin un empleo adecuadamente remunerado en la editorial Hachette. "Comencé ganando 200 francos al mes. Trabajaba tan concienzudamente que pronto me ascendieron. Pasado un tiempo, fui trasladado al departamento de publicidad, y allí entré en contacto con los escritores y periodistas que me echaron una mano en mis primeros balbuceos literarios. "Mientras trabajé en aquella oficina no dejé de escribir en ningún momento. Debe usted saber que toda mi vida he sido un trabajador tenaz y concienzudo. "Tras mi jornada laboral, solía leer y escribir durante horas en casa a la luz de una vela. "De hecho, la costumbre de escribir de noche se volvió tan inveterada que mucho después, cuando disponía de tiempo para trabajar durante el día, bajaba las persianas de mi habitación y encendía la lámpara para trabajar. "Por aquel entonces me reencontré con mis dos compañeros de la escuela. Uno había conseguido cierta notoriedad como pintor y el otro estudiaba en la politécnica. Volvimos a nuestros vagabundeos por los bosques y a nuestras charlas. Estoy convencido de que aquello fue de gran utilidad para mí. Nuestros diferentes puntos de vista me fueron de gran ayuda a la hora de aprender a juzgar distintos caracteres y a apreciar las diferencias de opinión. "Antes de abandonar el colegio, es decir a los diecisiete años de

edad, había escrito Cuentos para Ninon (Contes á Ninon). Los retoqué un poco y decidí probar suerte como escritor con ellos pero, como suele suceder con los escritores jóvenes y desconocidos, los editores me recibían primero y luego me devolvían cortésmente el manuscrito. "Lo intenté con mi jefe, quien, aunque me animó y me mostró su aprecio concediéndome un puesto de mayor responsabilidad, se negó a publicar mi libro. Por último se la presenté al señor Hetzel y, para mi indescriptible gozo, lo aceptó. "El libro recibió críticas favorables, pero se vendió muy mal. Poco después empecé a publicar colaboraciones en Vie Parisienne y en Petit Journal. "Como no me era posible hacer todo el trabajo por las noches, abandoné mi empleo en 1867 y me lancé así al periodismo. "Esto no mejoró precisamente mi situación, y me vi obligado, durante cierto tiempo, a sufrir nuevas privaciones y contratiempos. Sería ocioso seguir mi carrera paso a paso. Ya sabe usted lo que soy ahora... Como puede ver, he triunfado. —Desde luego, mon cher maître, no hay muchos hombres que puedan presumir de haber logrado un éxito como el suyo. De hecho, en esta habitación hay pruebas suficientes de ello. —Eso implica, por supuesto, que usted cree que dispongo de una enorme cuenta en el banco. Se equivoca. Hasta el último céntimo que gano procede de las ventas de mis libros, los derechos de traducción, etcétera. Mis derechos ascienden a 60 céntimos por ejemplar. Eso representa unos ingresos de unos 300.000 francos al año y no soy un hombre ahorrador. Todos estos muebles y objetos que ve a su alrededor los he ido acumulando lentamente. Comencé a adquirirlos con mis primeras ganancias. Esta pasión, que me obliga a cambiar de residencia frecuentemente para hacer sitio al creciente número de objetos, la adquirí de niño leyendo a Víctor Hugo. Lamento decir que ya no es tan ardiente. Cuando se levantó para mostrármelos, la luz cayó de lleno en su rostro. Me pareció apreciar en él una expresión de melancolía e hice una observación a tal efecto. —¿En qué medida es usted dependiente ahora? —Más de lo que usted piensa. Antes yo era mi propio lector y único crítico. Vivía a través de mis escritos y los consideraba perfectos. Ahora pertenezco al público, de cuya opinión dependen mi éxito y mis recompensas. No crea que no sufro profundamente con frecuencia, que no me siento herido, que no me siento mortificado y que no me desalienta que se malinterpreten mis motivos. Son nubes pasajeras, pero puedo asegurarle que no resultan agradables. Mientras se lamentaba, recorrimos su casa. Sería imposible describirla en el breve espacio de un artículo, dada la cantidad y variedad de objetos en ella acumulados. El buen gusto lo preside todo, desde la elección a la colocación, la agrupación y el colorido. La procedencia del Sur de su propietario se revela en el amor por los colores brillantes; su

educación y refinamiento en los tonos suaves y la armonía del conjunto. No dudó en mostrármelo todo. Desgraciadamente, si hubiese visto menos podría recordar más cosas. De regreso al estudio volví sobre el tema anterior y le pregunté si, como se suele dar por supuesto, escribe rápidamente sus libros tras un metódico trabajo preliminar. Negó que fuera así. —Se trata de un error. Yo trabajo mucho. ¿Cuál es entonces su método, cher maître? Verá usted, nunca preparo una trama. No puedo hacerlo. A menudo he dedicado horas a meditar sobre el tema. Entierro la cabeza en las manos, cierro los ojos y pienso en ella hasta volverme loco, pero no hay modo. Finalmente, me doy por vencido. Lo que hago son tres tipos de apuntes para cada novela. Al primero lo denomino esbozo. A saber, fijo la idea principal del libro y los elementos necesarios para desarrollar la idea en cuestión. Establezco también ciertas conexiones lógicas entre una serie de hechos y otra. El siguiente dossier contiene un estudio del carácter de cada personaje. En el caso del protagonista voy incluso más allá. Investigo el carácter del padre y la madre, su vida, la influencia de sus relaciones en el temperamento del hijo. Sigo con el modo en que ha sido educado, su etapa escolar, su entorno y amistades hasta el momento en que le introduzco en mi obra. Me mantengo en la medida de lo posible próximo a la naturaleza, e incluso tomo en consideración su aspecto, su estado de salud y su herencia biológica. Mi tercera preocupación es el estudio del entorno en el que pretendo situar a mis personajes, la localidad y el lugar exacto donde puede transcurrir cierta parte de la acción. Investigo las costumbres, los modales, el carácter, el lenguaje, aprendo incluso la jerga de los habitantes de esos sitios. "Con frecuencia hago bocetos a lápiz y calculo las dimensiones de las habitaciones. Sé exactamente donde están colocados los muebles. Por último, me familiarizo con el aspecto de tales alojamientos de día y de noche. Tras recopilar laboriosamente todo ese material me pongo a trabajar con regularidad todas las mañanas y nunca escribo más de tres páginas diarias. —¿Cuánto tiempo le lleva eso? —Bueno, no mucho. El tema está tan vivido que el trabajo avanza despacio pero ininterrumpidamente. De hecho, rara vez hago alguna tachadura o corrección. Una vez escritas las páginas, las dejo a un lado y no vuelvo a mirarlas. A la mañana siguiente retomo el hilo y la historia avanza hacia su desenlace mediante una progresión lógica. "Trabajo como lo haría un matemático. Antes de empezar sé de cuántos capítulos constará la novela. Las partes descriptivas cuentan con un espacio determinado y si resultan demasiado largas para un único capítulo las concluyo en otro. Intento también ofrecer algún descanso a la mente del lector, o más bien disipar la tensión causada por un pasaje demasiado largo y tenso, intercalando algo

que distraiga su atención durante un tiempo. Repito que no empleo una trama preconcebida. Cuando empiezo un capítulo no sé cómo terminará. Las situaciones se suceden unas a otras de manera lógica, eso es todo. Después de esto, por supuesto, la conversación derivó hacia algunas de sus principales obras, en especial La tierra (La ierre). En respuesta a los reparos despertados por el libro, uno de sus argumentos es que el progreso y la ciencia han hecho del hombre un ser distinto al del siglo pasado. Insistió en que hoy en día debíamos prescindir del estudio del hombre metafísico de antaño y transformarlo en una investigación en torno a la criatura fisiológica que impera en nuestros días. —Ésa es mi opinión y llevo años trabajando en defensa de esa convicción. El siguiente tema que creí debía plantearle fue el de El desastre. —¿Que cómo preparé El desastre? Bueno, del mismo modo que mis otros libros. Viajé a la mayoría de los campos de batalla que describo. Además recibí numerosas cartas sobre el tema. Las más interesantes procedían de profesores de las escuelas parisinas que, al quedarse sin empleo, se habían alistado. Esas cartas de hombres educados contenían sin excepción las mismas quejas e incluían relatos similares acerca de sus privaciones y sufrimientos. Todos decían que habían pasado días sin comer y cubiertos de andrajos, y comentaban la rapidez con la que su número había ido disminuyendo. ¡Cada uno de ellos guardaba recuerdos que ilustraban la desatinada ignorancia de los oficiales! Cuando el libro apareció fui violentamente atacado. Como es habitual, fue criticado en su integridad y se afirmó que muchos detalles eran inexactos. ¿Cree que es posible ser siempre tan absolutamente exacto en los pequeños detalles de una novela como en una historia? "Algunos datos se han traspapelado y ciertos detalles relacionados con el color del cuello del uniforme de las tropas no son correctos, pero criticar esos absurdos detalles no afecta ni al tratamiento y desarrollo del tema ni a las conclusiones. Me han dicho que el mariscal MacMahon está furioso conmigo, y que está preparando una réplica a mi libro. Siempre he procurado evitar enfrentamientos personales. Nunca he acusado a MacMahon, ni una sola vez, pero los hechos demuestran que actuó como un ignorante. La historia le recordará con mayor severidad y cuando aquellos que la escriben consulten los documentos, como yo lo hice, no le tratarán con la misma deferencia que yo. También el general Gallifet se ha convertido en mi enemigo. ¿Sabe usted por qué? Porque no le he mencionado. —¿Qué tal se vende ahora El desastre, cher maître? —No tan bien como al principio, y la razón es el escándalo de Panamá. Cuando quedó al descubierto la falta de escrúpulos de cierta clase de hombres, los promotores de la investigación fueron acusados de falta de patriotismo por una parte de la nación. Curiosamente,

mi libro fue objeto de la misma acusación. Consiguientemente, en lugar de recibir agradecimiento por haber tenido el valor de desvelar el mal, he sido castigado por hacerlo. Esas mismas influencias actuaron en contra mía en la última elección a la Academia. Antes del asunto de Panamá, daba por seguro que obtendría un sillón. —¿Seguirá presentándose? —Por supuesto, hasta que lo consiga. No hay motivo para que se me excluya de ese organismo, y si me abstengo de presentar mi candidatura podría interpretarse que considero justificada la actitud hostil de los académicos contra mi persona. —¿Cuándo aparecerá su novela sobre Lourdes? —Más tarde de lo que piensa. Ahora estoy trabajando en Dr. Pascal, que cierra la serie de novelas sobre los Rougon-Macquart. —¿Sería indiscreto preguntarle qué tema pretende tratar en esta ocasión? —No. Será una defensa filosófica y científica de la principal obra de mi vida, los veinte volúmenes de los Rougon-Macquart. Verá, le concedo la mayor importancia a esto y, por tanto, presto especial atención a mi trabajo, que pretende ser una justificación de mis teorías y hardiesses. Una vez hecho esto, empezaré Lourdes. A Lourdes le seguirá Roma y luego París. Constituirán un tríptico. —¿En qué sentido? —Bueno, en el primero intentaré probar que el gran desarrollo científico de nuestro tiempo ha inspirado esperanzas en todas las clases, esperanzas que no se han cumplido a satisfacción de los más impresionables, de las mentalidades más exigentes e irrazonables. Y cómo esas mentes se han entregado con mayor convicción a la creencia de que existe algo más poderoso que la ciencia, algo capaz de aliviar las penalidades que sufren, o creen sufrir. Entre ellos hay incluso filántropos sociales que probablemente piensen que la intercesión divina es más eficaz para paliar el sufrimiento de los pueblos que las teorías anarquistas. En Roma trataré el neocatolicismo, con sus ambiciones, sus luchas, etcétera, como algo distinto del sentimiento religiosamente puro de los peregrinos de Lourdes. Finalmente, en París me propongo denunciar la corrupción y el vicio que devora a esa ciudad; vicio y corrupción al que todo el mundo civilizado aporta su parte. Ocioso es decir que todo esto adoptará la forma de novelas. 'Ya tengo recogido todo el material para Lourdes. Como sabe, acudí allí en peregrinación y conté con la amable colaboración del clero, que me permitió consultar todos los documentos que obraban en su poder. Como de costumbre, cada día recibo cartas de legos y sacerdotes que me ofrecen información de manera espontánea. Zola se puso en pie, abrió un cajón y me mostró montones de esas cartas. Entre ellas leí una enviada por un cura que parecía estar convencido de que Zola se convertiría en breve. Le pregunté qué era lo que había visto en Lourdes. —Nada que no esperase, si consideramos que antes de ir allí mantuve

largas conversaciones con eminentes especialistas en enfermedades nerviosas. Presencí curas que podrían ser definidas como extraordinarias por aquellos que ignoran el poder curativo de la fe en las dolencias histéricas y otras relacionadas con ellas. Pero no vi piernas que se enderezasen o creciesen de nuevo, ni ningún sacerdote o monje me mostró o aludió siquiera a semejantes curaciones. Lo que me sorprendió fue que, al contrario de lo que cabría esperar, no existe entre el clero una actitud proselitista agresiva y ostentosa. Todo transcurre de una manera digna, tranquila y discreta. Continué ojeando las cartas y elegí una de una señora inglesa que expresaba su sincero deseo de que El desastre diese sus frutos, de que la lección que contenía fuese una advertencia para Francia y salvase a la nación de los errores en los que había caído durante el Imperio. Cuando la hube leído, Zola me aseguró que desde la publicación de El desastre podía afirmar satisfecho que recibía muchas cartas similares procedentes de Inglaterra. Eso demostraba que el sentimiento de hostilidad contra su persona tendía a desaparecer. Antes de retirarme le pregunté si había tenido noticias del ladrón que, haciéndose pasar por periodista, le había robado algunos de sus bronces. Zola rió y contestó con una negativa. Me explicó que tenía que agradecerle el robo a Lourdes. —Desde que se sabe que estoy preparando el libro, los periódicos clericales me envían a sus reporteros. Les recibo a todos sin excepción. En esa ocasión, me encontraba hablando con un amigo cuando me entregaron una tarjeta de presentación con el nombre de una pequeña publicación de éstas. Le pedí al criado que llevase al portador a la salita. Cinco minutos después me reuní con él. Me hizo un par de preguntas, pero en lugar de esperar a que le facilitase toda la información que estaba dispuesto a darle se retiró muy educadamente. Sólo al día siguiente descubrí que se había llevado objetos por valor de unos 700 francos. No sé cuánto tiempo habría podido permanecer conversando con el grande y amable novelista, pero en ese instante, tras pasar más de una hora y media con él, me levanté para marcharme. ¿Debería, ahora que la puerta maciza se ha cerrado a mis espaldas, trazar un retrato de Zola en su cuarto, con su abrigada chaqueta tirolesa de múltiples bolsillos rematada con una trencilla verde y abotonada hasta el cuello? Probablemente no sea necesario, ya que a estas alturas sus rasgos son familiares para casi todo el mundo. Como toda la gente procedente del Sur, Zola acompaña su charla con frecuentes gestos, aunque carece de la exuberante elocuencia de su raza. Cuando está en compañía permanece hasta cierto punto inmóvil; siempre será víctima de su timidez. Su único intento de pronunciar un discurso en público fue un completo fracaso. No hay nada en él del hombre de mundo y sólo se siente feliz cuando está

trabajando. El ocio obligado sería una desgracia para él.

OSCAR WILDE

Entrevistado por Oscar Wilde y Robert Ross (St. James's Gazette, 18 de enero de 1895)

El poeta y dramaturgo irlandés Oscar Fingall O'Flahertie Wills Wilde (1854-1900) nació en Dublín. Sus padres eran sir William y lady Jane Francesca Wilde. Estudió en el Trinity College de Dublín y en el Magdalen College de Oxford, donde empezó a desarrollar sus actitudes de esteta. Su primer libro de poemas fue publicado en 1881, y al año siguiente se embarcó en una ambiciosa y agotadora gira como conferenciante por Estados Unidos, a lo largo de la cual fue entrevistado con frecuencia. Escribió varios influyentes ensayos y artículos. Su única novela, El retrato de Dorian Gray (The Picture of Dorian Gray), fue publicada en 1890. A este libro le seguirían varios éxitos teatrales: El abanico de Lady Windermere (Lady Windermere's Fan, 1892), Una mujer sin importancia (A Woman of No Importance, 1893), Un marido ideal (An Ideal Husband, 1895) y La importancia de llamarse Ernesto (The Importance of Being Earnest, 1895). Esta entrevista se realizó poco después del estreno de Un marido ideal, tras el cual el crítico escocés William Archer sugirió que el culto de "Oscar" amenazaba con acabar con lo mejor de Wilde como artista. Escribió en francés otra de sus obras, Salomé, que sería estrenada en París tras ser prohibida en los escenarios de Gran Bretaña, acusada de indecencia. El año 1895 sería también el de la caída de Wilde. El marqués de Queensberry, padre del amigo y amante de Wilde, lord Alfred Douglas, acusó a Wilde de "comportarse como un sodomita". Wilde le demandó por calumnias y perdió el pleito, siendo a continuación perseguido y encarcelado por ofensas homosexuales. Tras su excarcelación, se marchó a vivir a Francia, donde escribió un poema basado en sus experiencias en la prisión, La balada de la cárcel de Reading (The Ballad of Reading Gaol, 1898). Se sospechaba que el propio Wilde había sido el autor de esta entrevista, que fue publicada anónimamente bajo el encabezamiento de "Mr Oscar Wilde on Mr Oscar Wilde; An Interview", pero el editor de las cartas de Wilde, Rupert Hart-Davis, cree que se trata de una colaboración entre Wilde y Robert Ross, su secretario. Es el ejemplo más temprano que he encontrado de "autoentrevista", un subgénero que ocasionalmente ha tentado a los escritores predispuestos al ingenio y el giro epigramático cuya imagen pública es compleja. Las autoentrevistas de Truman Capote, Gore Vidal y Norman Mailer constituyen los ejemplos modernos más famosos. Encontré al señor Oscar Wilde (escribe nuestro representante) preparándose para emprender una breve visita a Argelia y entregado a la lectura, por supuesto, no de algo tan obvio como un horario de viajes, sino de un periódico francés que contenía una reseña de la primera representación de Un marido ideal y de la aparición de su autor una vez finalizada la obra. —Cómo saben apreciar los franceses esos momentos intencionadamente brillantes de la vida de un artista —comentó Mr. Wilde tendiéndome el artículo como si considerase que la entrevista había concluido ya. —¿Le complace aparecer ante el telón tras la representación de sus obras? —le pregunté. —En absoluto. Ningún artista siente el menor interés por ver al público. Es el público el que está

interesado en ver al artista. Personalmente, prefiero la costumbre francesa, de acuerdo con la cual es el actor de más edad de los participantes en la obra el que anuncia el nombre del dramaturgo. —¿Propugnaría usted tal costumbre en Inglaterra? —quise saber. —Por supuesto. Cuanto más interesado se muestra el público por los artistas, menos se interesa en el arte. La personalidad del artista no es algo sobre lo que el público deba saber nada. Es excesivamente accidental. —Tras una pausa continuó—: Podría ser más interesante que el nombre del dramaturgo fuese anunciado por el actor más joven de la compañía. —¿Es sólo debido al imperioso mandato del público por lo que usted ha aparecido ante el telón? —Sí, siempre he sido extremadamente tolerante en este aspecto. El público ha apreciado siempre hasta tal punto mi trabajo que pensé que sería una lástima estropearle la velada. —He tenido ocasión de comprobar que algunas personas censuran el carácter de sus discursos. —Así es. Antiguamente, la idea era que el autor debía hacer acto de presencia y limitarse a dar las gracias a sus encantadores amigos por su patrocinio y asistencia. Me alegra decir que he conseguido cambiar todo eso. El artista no debe verse degradado al papel de siervo del público. Aunque siempre he reconocido el culto y respetuoso aprecio que los actores y los espectadores han mostrado por mi trabajo, del mismo modo reconozco que la humildad es para los hipócritas y la modestia para los incompetentes. La autoafirmación es a la vez obligación y privilegio del artista. —¿A qué atribuye el hecho de que aparte de usted sean tan pocos los hombres de letras que han escrito obras para su presentación en público? —En primer lugar, a la existencia de una censura irresponsable. Que mi *Salomé* no pueda ser representada es prueba suficiente de la insensatez de semejante institución. Si obligaran a los pintores a mostrar sus cuadros a los funcionarios de Somerset House, los que piensan en términos de forma y color se verían obligados a adoptar algún otro medio de expresión. Si toda novela hubiese de ser sometida al juicio de un magistrado de la policía, aquellos cuya pasión es la literatura de ficción buscarían algún nuevo modo de realizarse. Jamás ningún arte ha sobrevivido a la censura; ningún arte podrá hacerlo. —¿Y el segundo motivo? —En segundo lugar, al rumor persistentemente difundido fuera del país por los periodistas durante los últimos treinta años en el sentido de que el deber del autor teatral es agradar al público. El arte tiene como objetivo tanto procurar placer como dolor. El objeto del arte es ser arte. Como he dicho anteriormente en alguna ocasión, la obra de arte debe dominar al espectador, no el espectador al arte. —¿No admite usted excepción alguna? —Sí. Los circos, donde al parecer los deseos del público pueden quedar razonablemente satisfechos. —¿Cree usted —pregunté — que la crítica teatral francesa es superior a la nuestra? —No sería justo confundir a la crítica francesa con la crítica teatral inglesa. El crítico francés es siempre un hombre culto, y generalmente un hombre de letras. En Francia, han sido críticos de teatro poetas como Gautier. En Inglaterra proceden de una clase menos distinguida. No disponen ni de la misma capacidad ni de las mismas oportunidades. Tienen todas las pertinentes cualidades morales, pero ninguna cualificación artística. Para la crítica de una modalidad de arte tan compleja como el teatro es necesario contar con un elevadísimo nivel cultural. Nadie que no sea capaz de sentirse impresionado por otras artes puede ser crítico teatral. —¿Reconoce usted la sinceridad de los críticos? —Sí, pero su sinceridad es estupidez estereotipada y poco más. El crítico debería ser tan versátil como el actor. Tendría que ser capaz de cambiar su estado de ánimo a voluntad y de captar el color de cada momento. —¿Son al menos honestos? —

Totalmente. No creo que haya un solo crítico teatral en Londres que deliberadamente menosprecie el trabajo de ningún autor... A menos, por supuesto, que le desagrade personalmente el escritor, o que el crítico en cuestión haya escrito alguna obra propia que hubiera deseado representar en el mismo teatro, o que cuente con un viejo amigo entre los actores, o alguna otra razón natural de esa naturaleza. Hablo, no obstante, de los críticos teatrales londinenses. En provincias tanto los espectadores como los críticos son gente cultivada. En Londres los cultivados son sólo los espectadores. —Por lo que veo, no tiene usted en muy alta estima a nuestros críticos de teatro, señor Wilde. Pero al menos, ¿no está de acuerdo en que son incorruptibles? —En un mercado en el que no hay demanda. —Aun así sus memorias les dejan en buen lugar —intercedí. —El viejo cuento de "yo vi a Macready". Debe de ser un recuerdo muy doloroso. Los de mediana edad se jactan de recordar Diplomacy. Difícilmente puede considerarse una reminiscencia agradable. —¿Les niega, pues, un pasado honroso? —Carecen de pasado y de futuro, y son incapaces incluso de percibir el color del momento que más les impresiona en una obra. —¿Qué cree que debería hacerse? —Jubilarles, y sólo permitirles escribir sobre política, o teología, o bimetalismo, o algún otro tema que les resulte más accesible que el arte. —De hecho —dije, dejándome llevar por los aforismos de Mr. Wilde—, se les debería ver pero no oír. —Los más viejos no deberían ser vistos ni oídos —dijo Mr. Wilde con cierto énfasis. —El otro día dijo usted que sólo había dos críticos teatrales en Londres. ¿Puedo preguntarle...? —Debieron de sentirse enormemente gratificados por semejante admisión por mi parte; pero me veo obligado a decir que desde la pasada semana he eliminado a uno de ellos de la lista. —¿Quién queda entonces en ella? —Creo que será mejor no mencionar su nombre. Podría subírsele a la cabeza. La soberbia es privilegio de los creativos. —¿Cuál sería para usted la crítica teatral ideal? —Por lo que a mi trabajo se refiere, la aclamación incondicional. —¿Y a quién ha omitido usted? —A Mr. William Archer, de World. —¿Cuál es la principal objeción que pone usted a su artículo? —No tengo nada que objetar a su artículo, pero lamento todo lo que contiene. Es de mal gusto por su parte escribir sobre mí usando mi nombre de pila, y no veo la necesidad de que robara los vulgarismos del National Observer en uno de sus días más groseros e impotentes. —Mr. Archer se preguntaba si le resultaba agradable ser aclamado por su nombre de pila cuando los espectadores entusiasmados reclamaron su presencia ante el telón. —Que un público entusiasta se dirija a uno de tal modo es un halago tan grande como de mala educación es que un periodista escriba sobre uno empleando su nombre de pila. La mala educación es lo que hace a un periodista. —¿Cree usted que los actores franceses, como la crítica francesa, son superiores a los nuestros? —Los actores ingleses actúan equiparablemente bien; pero tienen sus mejores momentos entre líneas. Carecen de la soberbia locución de los franceses, tan clara, tan cadenciosa, tan musical. Un discurso largo y sostenido parece agotarles. Al *Théâtre Français* se asiste a escuchar, a un teatro inglés se asiste para mirar. Existen, por supuesto, honrosas excepciones. Mr. George Alexander, Mr. Lewis Waller, Mr. Forbes-Robertson y otros que podría mencionar, tienen voces soberbias y saben cómo usarlas. Ojalá pudiera decir lo mismo de los críticos; pero en el caso del teatro literario en Inglaterra hay un exceso de lo que cabría llamar "negocio". Con todo, entre nuestros actores hay más de uno capaz de producir un maravilloso efecto dramático con ayuda de un monosílabo y dos cigarrillos. Durante un momento, Mr. Wilde permaneció en

silencio y después añadió: —Tal vez, después de todo, eso sea actuar. —¿Pero está usted satisfecho con los intérpretes de *Un marido ideal*? —Estoy encantado con todos ellos. Quizá resulten fascinantes en exceso. El escenario es el refugio de lo excesivamente fascinante. —¿Ha oído decir que todos los personajes de sus obras hablan como usted? —Sí, de cuando en cuando han llegado hasta mí rumores en ese sentido —respondió Mr. Wilde, encendiendo un cigarrillo—, y me atrevería a decir que sin duda debe de haberse formulado esa crítica. La realidad es que sólo en los últimos años ha tenido el crítico dramático oportunidad de presenciar obras escritas por autores dotados de maestría estilística. En el caso del dramaturgo que es además un artista es imposible no sentir que la obra de arte, para ser una obra de arte, debe estar dominada por el artista. Todas las obras de Shakespeare están dominadas por Shakespeare. Ibsen y Dumas dominan en sus obras. Mis obras están dominadas por mí mismo. —¿Alguna vez se ha sentido influido por alguno de sus predecesores? —Baste con que afirme taxativamente, y espero que de una vez por todas, que ni un solo dramaturgo de este siglo ha ejercido la menor influencia sobre mí. Sólo dos me han interesado. —¿Y son? —Victor Hugo y Maeterlinck. —Pero sin duda algunos autores habrán tenido influencia sobre sus otros trabajos. —Dejando a un lado la poesía de autores griegos y romanos, los únicos escritores que me han influido son Keats, Flaubert y Walter Pater; y antes de que diera con ellos ya había recorrido más de la mitad del camino sin descubrirles. Uno debe llevar el estilo en el alma para ser capaz de reconocerlo en otros. —¿Considera *Un marido ideal* la mejor de sus obras teatrales? Una sonrisa encantadora cruzó el rostro de Mr. Wilde. —¿Ha olvidado usted mi clásica expresión, que sólo la mediocridad puede mejorar? Como un maravilloso poeta joven lo ha expresado bellísimamente, mis tres obras teatrales son -como una rosa blanca sobre su tallo verde, respecto a otra.

Forman un ciclo perfecto y en su delicada esfera comprenden tanto la vida como el arte. —¿Cree que los críticos comprenderán su nueva obra, encargada por Mr. George Alexander? —Espero que no. —Casi no me atrevo a preguntar si cree que le gustará al público. —Cuando una obra teatral, que es una obra de arte, se representa sobre un escenario, lo que se está poniendo a prueba no es la obra, sino el escenario; cuando una obra que no es una obra de arte se lleva al escenario, lo que está siendo puesto a prueba no es la obra, sino el público. —¿Qué clase de obra teatral podemos esperar? —Es exquisitamente trivial, una delicada burbuja de fantasía, y tiene su filosofía. —¿Su filosofía? —Que deberíamos tratar con toda seriedad las cosas triviales de la vida; y las cosas serias de la vida con sincera y estudiada trivialidad. —¿No siente inclinación alguna hacia el realismo? —Ni la más mínima. El realismo no es más que un telón de fondo; no puede constituir un motivo artístico para una obra teatral que pretenda ser una obra de arte. —Aun así en más de una ocasión le han felicitado por sus retratos de la sociedad londinense. —Si Robert Chiltern, el "marido ideal", fuera un funcionario de a pie, la vertiente humana de

su tragedia no sería menos hiriente. Le he situado en los escalones más enaltecidos de la existencia porque es ese lado de la vida social con el que más familiarizado estoy. En una obra que aborda determinadas condiciones, para escribir con soltura debe uno hacerlo con conocimiento de causa. —¿Así pues, no ve usted nada sugerente para su tratamiento en las tragedias de la existencia cotidiana? —Si un periodista es arrollado por un vehículo en pleno Strand, incidente que lamento decir jamás he presenciado, no me sugiere nada desde un punto de vista dramático. Puede que esté equivocado, pero todo artista tiene sus limitaciones. —En fin — dije, levantándome para partir—, he disfrutado enormemente. —Estaba seguro de que así sería —replicó Mr. Wilde—. Pero dígame cómo firma usted sus entrevistas. —Oh, Pitman —dije descuidadamente. —¿Es ése su nombre? No es un nombre demasiado bonito. Entonces me marché.

HENRIK IBSEN

Entrevistado por R. H. Sherard (The Humanitarian, enero de 1897)

Henrik Ibsen, dramaturgo noruego, alcanzó la fama en su país natal en la década de 1860 con sus obras Brandy Peer Gynt. No obstante, no fue hasta 1880 cuando sus obras empezaron a representarse en Inglaterra, en traducciones realizadas por el crítico teatral londinense William Archer. Otro crítico, George Bernard Shaw, era un defensor entusiasta del autor, pero los estrenos en Inglaterra de Ghosts (Espectros), Hedda Gabler y The Master Builder (El constructor Solness) a comienzos de la década de 1890 habían desencadenado una controversia. Cuando se celebró esta entrevista, Ibsen empezaba a ser aceptado como un importante dramaturgo de talla internacional. Dado su interés en problemas sociales y morales, no es sorprendente que la entrevista en cuestión apareciera en The Humanitarian, la revista mensual de la Humanitarian Society, que tendía más bien a entrevistar a eclesiásticos, misioneros, filántropos y trabajadores sociales. Ésta fue una de una serie de entrevistas realizadas para la revista por R. H. Sherard con escritores cuya obra reflejaba preocupaciones sociales. Los otros fueron Hall Caine y Alphonse Daudet. Fue el resultado de varias conversaciones. Durante las recientes festividades en Christiania en honor del doctor Nansen, muchos observaron que Henrik Ibsen había abandonado los lugares donde suele vérselo a diario, lo que extrañó a todos los que están al corriente de la invariable regularidad de sus hábitos. De hecho, en la representación de gala celebrada en el teatro de la ciudad, donde se le había reservado un palco, su ausencia provocó muchos comentarios. Aunque todo el mundo sabía, o debería haber sabido, que desde que el prudente y conservador gerente del teatro municipal se negara a representar Espectros en este escenario, el doctor Ibsen no ha vuelto a pisar el recinto que, salvando esta excepción, tan hospitalario se ha mostrado con él. Se confiaba, no obstante, en que en tan especial ocasión hubiera hecho una excepción, tanto más cuanto que su rival Bjórnsen iba a estar presente como su vis-á-vis. Cabía esperar que Ibsen hubiera hecho acto de presencia para compartir un triunfo que, tal y como se desarrollaron los acontecimientos, fue disfrutado exclusivamente por Bjórnsen. Aun así, no acudió, del mismo modo que no había asistido a todas las demás funciones de aquel periodo de entusiasta regocijo, a excepción de la cena en Palacio. Es posible especular acerca de la

naturaleza de los comentarios que debieron circular al respecto, ya que la malevolencia campa tanto por sus respetos en Christiania como en cualquier otra pequeña ciudad. Ahora bien, la malevolencia es invariablemente estúpida, y nadie de los que hicieron semejante comentario pareció darse cuenta del absurdo de atribuirle a Ibsen, el filósofo, celos de Nansen, el atleta. La verdadera razón era, por supuesto, que el doctor Ibsen, un hombre de edad y de hábitos metódicos, tenía miedo de enfrentarse al bullicio de la Karljohann's Gade, que recorre todos los días, y a la multitud del Grand Hotel, donde consume sus estimulantes favoritos dos veces al día. Es posible que hubiera cierta reticencia por su parte a ser testigo de escenas y manifestaciones que, tanto en sus efectos como en sus causas, parecen demoler la teoría sobre la vida y el carácter humanos que tan laboriosamente ha luchado por implantar. Porque aquí el optimismo era rampante, aquí era vindicada la fe, aquí se palpaba la exultación de las masas ante el triunfo de esas admirables cualidades del hombre que, en opinión de Ibsen, han desaparecido ya de la faz de la tierra. Nansen, su equipo y sus logros, así como el entusiasmo que éstos provocaron en miles y decenas de miles de personas, parecían asestar el coup de grâce al pesimismo que durante tanto tiempo ha venido predicando Ibsen con tan impresionante convicción. Por otra parte, Ibsen es un hombre infeliz, y es posible que se sintiera fuera de lugar entre gente embargada por tan exuberante felicidad. Si asistió a la cena del rey, por expresa invitación de éste, fue sin duda porque la mise-en-scene había seducido a su espíritu de dramaturgo, del mismo modo que la excelente cuisine del rey Oscar había seducido al más exquisito epicuro de Escandinavia. Y cabe señalar a este respecto que el amor a la buena mesa suele ir de la mano del pesimismo. No hay más que recordar a Schopenhauer en su tabled'hôte y el "il n'y a que ga" de Émile Zola. Este amor a la comida parece ser el único consuelo para aquellos que han perdido la fe en todas aquellas cosas que hacen la vida digna de ser vivida. Desde luego parece ser la única alegría que la vida ofrece a Henrik Ibsen, cuya arraigada tristeza produce un inolvidable impacto en todos quienes se le aproximan. A lo largo de seis semanas le vi casi a diario, ya que visita dos veces al día a horas fijas el hotel en el que me hospedaba, y ni una sola vez tuve ocasión de verle acompañado. Estaba siempre solo, ya fuera sentado tras su vaso en el pequeño cuarto trasero del Grand Hotel, leyendo periódicos noruegos, o deambulando por Karljohann's Gade con las manos a la espalda. Y de igual modo que se comporta cuando sale al mundo exterior, lo hace en su propia casa de Victoria Terrasse. Es un hombre solitario que manifiesta un profundo desagrado por la vida familiar. Jamás visita a su único hijo, el doctor

Sigurd Ibsen, que es un recluso casi tan impenitente como su padre. Tanto es así, qué, cuando su hijo contrajo matrimonio con una de las hijas de Bjórnstjerne Bjórnsen, el doctor Ibsen no asistió a la boda. Esta tristeza, esta carencia de sociabilidad por su parte, me pareció tan anormal por parte de un noruego —porque los noruegos son esencialmente joviales y amantes de la compañía— que no pude reprimir mi sorpresa al respecto cuando hablé con Bjórnsen, que fue mi compañero de mesa en una cena ofrecida por el señor Thommessen, editor y uno de los propietarios del Verden's Gang. —Verá, Ibsen —protestó Bjórnsen— no es en realidad noruego. Procede de una familia escocesa, y eso explica su calvinismo, su visión desesperanzada de la vida y los hombres. Es desde luego una deshonra para los noruegos que su negocio de exportación de pesimismo en Chrisdania haya sido fundado por un extranjero. Sea como fuere, lo que sin duda es cierto es que el pesimismo de Ibsen es sincero, y que su resultado es que se trata de un hombre profundamente infeliz. Mantuve muchas conversaciones con él, pero sólo le oí reír en una ocasión, y eso ocurrió un día que le pregunté si había visto un artículo publicado en Le Fígaro de París titulado "La influencia de Ibsen en la pintura moderna", de reciente aparición. Pareció muy divertido, y no hacía más que repetir: "¿Qué demonios tengo yo que ver con eso? ¿Qué no serán capaces de inventar los periodistas?". Por lo demás, prefiere con mucho el silencio a la conversación, y se muestra particularmente hostil a cualquier tipo de entrevista. El día que le vi por primera vez estaba enormemente irritado por un artículo aparecido con formato de entrevista en un periódico de Berlín. Con todo, no estaba dispuesto a emitir desmentido alguno, y se contentó con describir a su autor como un schweinehund, lo que transmitía a la vez su opinión sobre el periodista y sobre la precisión del artículo. Esa misma noche, no obstante, me autorizó a desmentir todo lo aparecido hasta el momento en los periódicos acerca del tema de la nueva obra teatral que estaba finalizando por aquel entonces. En la prensa alemana se habían publicado multitud de detalles y se había anunciado que el título de la obra sería Leichengeruch (El olor de los cadáveres). —Jamás hablo de mis nuevas obras —dijo—. Nadie sabe nada acerca de ellas, ni el menor detalle, hasta que se han convertido en propiedad pública. Su cautela al respecto se remonta, sin duda, a la fecha en la que un agente de una emprendedora editorial americana había obtenido, sobornando a un cajista de una imprenta de Copenhague, las pruebas de imprenta de una de sus obras teatrales, echando a perder en gran medida el efecto de ésta al publicarla por adelantado. Por añadidura, para qué andarnos con paños calientes, el doctor Ibsen muestra escasa inclinación a ser amable con los

*extraños. Yo le describiría como un misántropo prototípico, tanto por tendencia natural como por las circunstancias de su vida. Ésta no ha sido feliz. Y aunque finalmente se ha visto coronada por un gran éxito, éste ha llegado demasiado tarde. Hasta alcanzar la mediana edad, era considerado en su país nativo un hombre insignificante, su trabajo era objeto de burla y tuvo que soportar todas las humillaciones y tensiones de la pobreza. No hace mucho, un editor de Bergen le devolvió los derechos sobre una de sus primeras obras que, antes de salir de Noruega para buscar fortuna en el extranjero, le había vendido por la suma de doce libras. Su vida doméstica tampoco ha sido feliz y la mujer ha tejido pocas rosas celestiales en su vida. En su obra *El constructor Solness* expresó las que habían sido sus ambiciones cuando era joven, ambiciones que le ha sido prácticamente imposible materializar. Hoy en día es, dentro de lo que son las circunstancias en Noruega, un hombre rico, y se le atribuye una fortuna de entre doscientas mil y trescientas mil coronas, pero ese dinero ha llegado demasiado tarde para compensarle las privaciones de su juventud y su madurez. Así pues, hay poco regocijo en su vida, excepto el que pueda obtener de los placeres materiales y un estudio constante. Es un asiduo lector de los filósofos alemanes y me comentó que le agradaba especialmente Kant. —Al principio le leí como un deber —dijo—, y después empecé a hacerlo por placer. Su único método de relajación parece ser pasar una hora dos veces al día en el Grand Hotel y leer los periódicos, con un vaso de aqua vitae en la mano derecha y otro de cerveza en la izquierda, de los que, mientras lee, bebe alternativamente pequeños sorbos. Dedicaba una hora al día a deambular por las calles, vestido de negro, con su alto sombrero inclinado hacia atrás. Pasa el resto del día recluso en su casa de Victoria Terrace, donde rara vez, o nunca, se franquea el paso a los visitantes. Jamás se le ve en el teatro, ni en reuniones sociales, ni en ningún lugar de esparcimiento. Es extraño verle en compañía de otro hombre. Es una vida desoladora y deprimente en una ciudad que, incluso en el mejor de los casos, no es especialmente alegre. Nunca olvidaré el asombro con que una mañana, cuando llevaba ya un mes en Christiania, me preguntó: —¿Aún sigue aquí? ¿Qué encuentra para hacer en este lugar? —Es todo tan nuevo para mí —dije, aferrándome a la ocasión— Christiania es una ciudad muy interesante para un observador. —En efecto, eso mismo opino yo —replicó el doctor Ibsen—. Es la ciudad más inmoral de Europa y no existe otra ciudad europea en la que un estudioso de la vida social pueda encontrar mejores sujetos de estudio. El matrimonio, por ejemplo, prácticamente no existe en este lugar, y eso obedece en primer lugar a la abolición por parte de la policía de toda*

prostitución controlada por el Gobierno, como la que solía florecer aquí hasta hace poco, abolición que ha llevado a nuestros jóvenes a las alcobas de sus vecinos, como única alternativa a la peor de las enfermedades; y en segundo lugar, a la facilidad con la que, merced a la legislación reciente, es posible obtener el divorcio en Noruega. —¿Tan sencillo es conseguirlo aquí? —Desde luego, hoy en día un hombre o una mujer pueden obtener el divorcio en pocas semanas simplemente solicitándolo ante un magistrado, que decide sobre la cuestión en términos administrativos, es decir, sin proceso civil alguno, y que jamás se niega a conceder la separación a una pareja que pueda haberse cansado de hacerse compañía. Así pues, al ser tan fácil para un hombre o una mujer divorciarse, el matrimonio pierde la mitad de sus terrores a los ojos de nuestro pueblo, y existen pocas razones para la unión libre, que florece en algunas partes de Alemania y Francia, donde no es tan fácil obtener el divorcio. —¿Es usted partidario de la unión libre? —¿Yo? —exclamó el doctor Ibsen—. Yo no soy partidario de nada. No sugiero remedio alguno. Mis obras no son doctrinarias. Describen la vida tal y como yo la veo. —¿Aquí en Noruega? —le interrumpí. —Desde luego. Soy un dramaturgo noruego, y mis obras describen la vida tal y como yo la veo en Noruega. No pretenden indicar cómo podría introducirse un estado de cosas más feliz. No soy un maestro. Soy un pintor, un retratista. —Pero a menudo es posible hacer que un retrato, que un cuadro, transmita una lección con mayor eficacia que cualquier otro medio. El doctor Ibsen se encogió levemente de hombros. —No soy un maestro —repitió. Pasaron algunos días antes de que surgiera la oportunidad de abordarle otra vez, es decir, antes de que se encontrara de nuevo de humor para hablar. Le planteé entonces las preguntas sociológicas que me habían pedido que le hiciera. —¿Cree que la cuestión de la mujer es la cuestión del futuro? Sonrió. —¿Por qué del futuro? —dijo—. Suponiendo que no hubiera sido siempre la cuestión, no sería la cuestión ahora. No hay razón alguna para que jamás deje de ser la cuestión. No obstante, si lo que desea preguntar es si el futuro inmediato será testigo de la emancipación de la mujer, esto es, de la equiparación de su posición con la del hombre, la respuesta es no. Habrán de pasar muchos años, siglos, antes de que tal emancipación tenga lugar. Será el resultado de un processus natural, el incremento gradual de la fuerza física de la mujer, combinado con un aumento de su poder civil, su riqueza, y así sucesivamente. No será el resultado de la acción aislada de unos pocos individuos descarriados. —¿Entonces cree usted que la mujer debería tener acceso al poder político? —No he dicho nada semejante. Gott bewakre! He dicho que irá incrementando su poder civil inevitablemente, pensemos lo

que pensemos usted o yo al respecto. Alcanzará la igualdad de poderes respecto al hombre. ¿Acaso no lo han hecho ya en algunas partes de América? Pero allí, sin duda, las mujeres luchan por anticiparse al tiempo. Estas cosas aún no pueden ser. Das muss sich so Alies entwickeln. Poco a poco, irán desapareciendo las restricciones en cuanto a la posesión de riqueza y propiedades por parte de la mujer y, lógicamente, se le irán concediendo simultáneamente poderes para proteger sus propiedades. Que a todas las mujeres les interese después ejercer el poder político, votar y todo eso, es otra cuestión. —¿Entonces cree usted que su situación social mejorará? —Con toda seguridad, pero tan gradualmente como ha ido mejorando desde... pongamos que desde los días del Concilio de Tréveris. Es una certidumbre; se puede ver su desarrollo gradual: la condición social de la mujer está mejorando, cada vez son menos sirvientas y reproductoras y más compañeras, camaradas del hombre. —Se diría que sus preferencias se inclinan por la mujer, parece tener mejor opinión de ese sexo... —No pienso tolerar que diga usted que definiendo tales o cuales opiniones en general por haber descrito tales o cuales cosas. Nunca generalizo en mis obras. —¿Cree que mejorará la situación económica de la mujer? —En proporción con la mejoría general de las condiciones económicas, en el supuesto de que se produzca en Europa, cosa que dudo. A juzgar por lo que leo en los periódicos, pronto se producirá una terrible competencia con el Este. A las mujeres se les permitirá competir libremente con los hombres en todas las ramas del trabajo, pero mientras persista la diferencia entre sus respectivas fuerzas físicas, siempre competirán en desventaja. Una mujer no puede renunciar a su sexo y los impedimentos que éste les impone. Durante los periodos de menstruación, por ejemplo, se encuentra en gran desventaja; y además está la maternidad. Pero creo que la legislación, cuando se instaure finalmente un salario mínimo, concederá a la mujer un salario similar por una cantidad de trabajo similar. Actualmente, en las fábricas, las minas y otros lugares, se espera de la mujer que desempeñe la tarea de un hombre a cambio de la mitad del salario de éste. Esa injusticia será remediada por el propio hombre, es decir, antes de que la mujer esté en condiciones de remediarlo por sí misma. —¿Qué posición ocupa la mujer en Escandinavia? —En algunos aspectos, avanzada. Debe usted haber visto a nuestras studentessen recorriendo las calles con sus ropajes académicos. Muchas de esas muchachas han llegado del campo y viven solas en alojamientos y, como tal vez haya notado, son perfectamente capaces de cuidar de sí mismas. Una vez más, allá donde la vida es tan profundamente inmoral como lo es en las ciudades de Noruega, y aquí en particular, la mujer disfruta de mayor poder que el que tiene en lugares donde se

practican las virtudes. Considere, por ejemplo, la posición de la mujer en París, donde la cortesana del momento tiene más poder que todos los ministros juntos. No se trata de una situación halagüeña para las mujeres idealistas, pero es lo que hay. —¿Es en serio Christiania una ciudad tan inmoral? Desde luego no hay nada que lo indique. Las calles son singularmente... —Es precisamente debido a que las calles están tan inmaculadamente limpias por lo que los domicilios privados, los círculos familiares, son tan singularmente impuros. El ménage á trois florece aquí como en ningún otro lugar y, a modo de ilustración de la equiparación de los sexos, la tercera persona es, tan a menudo, cómo no, una mujer. La gente se casa, se divorcia, vuelve a casarse y, tras hacerlo, vuelve a una especie de unión libre con sus esposas divorciadas. Desde la instauración de las nuevas leyes del divorcio en Noruega la situación es cómica, mucho más hilarante que nada que jamás haya imaginado ningún vaudevilliste francés. —Supongo que desde la abolición del control sanitario de las mujeres por parte del Gobierno la enfermedad se habrá extendido mucho aquí. —Sí, detrás de Estocolmo, probablemente haya más sífilis en Christiania en relación con su población que en ninguna otra ciudad de Europa. —¿No fue Espectros... —No me lo pregunte —replicó Ibsen—. No quiero volver a remover esa vieja historia. El director del teatro hizo lo que tenía derecho a hacer. —En su día, se creyó que usted pretendía que Espectros fuera una protesta contra una legislación que podía favorecer la expansión de la sífilis. El doctor Ibsen no respondió. —¿Qué medidas propondría usted para impedir la propagación de tan terrible enfermedad? —¿Yo? ¿Yo? ¿Por qué iba a proponer yo medida alguna? No tengo nada que ver con eso. ¿Qué utilidad tendría proponer medidas? Se ha sugerido que debería prohibirse a los hombres sífilíticos que se casasen. ¿Cómo distinguir al sífilítico una vez desaparecidos los signos externos de la enfermedad? No hay nada que pueda hacerse, excepto urgir a los doctores para que busquen una forma de remediar la enfermedad, cosa que por el momento no pueden hacer. Por cierto, fue un pobre muchacho de esta Universidad quien se ofreció a participar en un experimento sobre el valor de la inoculación de sífilis atenuada como prevención de la enfermedad, y murió como consecuencia. Pasteur podría haber descubierto algún remedio pero, según me han contado, siempre se negó a abordar el problema dado que no tenía, en sus propias palabras, simpatía alguna por las víctimas de la enfermedad. —Podría haberla sentido por las víctimas inocentes, por los hijos de padres sífilíticos, como el muchacho de Espectros. —La traducción difícilmente transmite el sentido de gjengangere, que significa les revenants, los que regresan. —¿Eso le permite a usted predicar sus

doctrinas sobre la herencia? —¿Doctrinas! Yo no tengo doctrinas. ¿Cuántas veces tengo que decirle que mis obras no son doctrinarias? Describo lo que he visto. He visto la inmensa importancia de la cuestión de la herencia y he descrito sus efectos en ciertos casos. —¿Cree en la transmisión hereditaria de tendencias mentales y morales además de en la herencia física? —Absolutamente. Pero las dos cosas son prácticamente lo mismo. —¿No puede verse influenciada la herencia por el entorno y la educación? —Eso lo sabe usted tan bien como yo —respondió el doctor Ibsen, con cierta impaciencia—. Las condiciones en las que se forma un niño y la naturaleza de su educación deben de tener una inmensa influencia en sus inclinaciones morales, aunque menor en sus tendencias mentales y menor aún en las físicas. Toda la formación y educación imaginables no hará menos víctima a la víctima de la sífilis hereditaria, aunque podrían salvar del manicomio a un niño predispuesto a la locura o el alcoholismo. —¿Hay mucho alcoholismo en Noruega? —Mucho, y en todas las clases sociales. Pero se están haciendo grandes esfuerzos por frenar su expansión por medio de la legislación. Aquí hay un poderoso partido de la templanza, aunque no creo que logren gran cosa. De hecho, desde que se aprobaron las últimas leyes al respecto, se ven más borrachos por las calles que antes. —¿Considera usted que el alcoholismo es a la vez la causa de la pobreza y su resultado? —Hablamos de un círculo vicioso. Un hombre bebe para consolarse por lo miserable de su situación, por la escasez de su salario. Permanece en una situación de miseria y a la vez no consigue mejorar su situación económica porque bebe. En conjunto, no obstante, diría que es más la causa que el resultado.

DOS LUNAS

Entrevistado por Hamlin Garland (McClure's Magazine, septiembre de 1898)

El jefe cheyene Two Moon (Dos Lunas) participó en la famosa batalla de Little Big Horn, Montana, en 1876. El teniente coronel del Séptimo de Caballería, George A. Custer, nombrado general de división para esta campaña, dirigió a sus tropas en una expedición militar destinada a cercar y combatir a los indios hostiles agrupados bajo el liderazgo del jefe sioux Toro Sentado. El 25 de junio parte de las fuerzas de Custer bajo el mando del comandante Reno cruzaron el Little Big Horn y atacaron a los indios acampados en el valle, aunque se vieron obligados a retroceder y cruzar de nuevo el río. Custer, que a la cabeza de su propia columna había intentado alcanzar el campamento por otra ruta, fue atacado, rodeado y derrotado por una abrumadora superioridad numérica. Todos los componentes de la columna fueron abatidos mientras avanzaban a campo abierto hacia una colina en busca de una posición defensiva. Existe cierta controversia sobre el final de Custer. Sufrió una herida mortal en el cuerpo, aunque también presentaba una herida en la cabeza producida por un disparo casi a quemarropa. Hay quien sugiere que se guardó la última bala para sí mismo. Hamlin Garland (1860-1940), un escritor "realista" del Oeste, era hijo de un colono que se había asentado sin éxito en los territorios de Iowa y Dakota. Garland decidió hacerse maestro, y con ese objeto se convirtió en un ávido autodidacto. En 1884 viajó a Boston, donde no tardó en conseguir trabajo como profesor en la Boston School of Oratory. Herbert Spencer, Hippolyte Taine, Walt Whitman y Henry George fueron algunos de los pensadores que más influencia ejercieron sobre él, junto con el decano de la novela "realista" norteamericana, William Dean Howells. Garland regresó a Iowa y Dakota antes de instalarse de nuevo en Boston, donde escribió una serie de relatos cortos, algunos de los cuales fueron publicados en el Harper's Weekly. Su libro más famoso, Las grandes rutas (Main-Travelled Roads, 1891), era una recopilación de esos relatos y otras historias que trazaban un retrato sombrío y desmitificador de la vida rural en el Medio Oeste. Howells alabó esta obra por su realismo, pero los posteriores intentos de Garland de trasladar temas políticos y económicos al campo de la ficción desvelaron sus limitaciones en lo referente al desarrollo de la trama y los personajes. En la década de 1890 abandonó el realismo y a lo largo de los siguientes veinte años escribió una serie de novelas

ambientadas en las montañas del Oeste, en las que reflejaba sus simpatías por los indios. En 1917 publicó una aclamada autobiografía, Un hijo de los grandes llanos (A Son of the Middle Border), en la que retrataba de nuevo el heroísmo humano a la hora de hacer frente a las dificultades de la vida en la frontera. Escribió tres secuelas del libro y en 1929 se trasladó con su hija a California, donde trabajó en dos obras sobre espiritismo. Por aquel entonces había sido elegido ya miembro de la Academia Americana de las Artes y las Letras y había recibido varios títulos honoríficos por la Universidad de Wisconsin (su estado nativo) y la Northwestern University. Cuando coronamos la baja loma tachonada de pinos y observamos el seco y ardiente valle, Voz de Lobo, mi intérprete cheyene, señaló hacia una pequeña cabaña de madera junto a la verde línea de alisos por donde fluye el Rosebud y dijo: —Su casa. Dos Lunas. Al irnos acercando, llegamos a una desconcertante bifurcación en el camino. El ramal de la izquierda rodeaba el extremo de una cerca de alambre, mientras que el de la derecha conducía a un prado. Tomamos el de la izquierda, pero el ondear de una manta a manos de un hombre que había en la puerta de la cabaña nos hizo dirigirnos hacia la derecha. Cuando estuvimos más cerca, descubrimos a Dos Lunas extendiendo mantas en la magra sombra de su cabaña. Unos jóvenes cheyenes afilaban una hoz. Un par de niños correteaban en torno a los pequeños establos de troncos. En aquel suelo nuevo y árido, el patio y los edificios recordaban a los de cualquier colono blanco. Era todo yermo y poco atractivo, el hogar de la pobreza. Mientras desmontábamos a la puerta de la cabaña, Dos Lunas salió a recibirnos con los brazos abiertos. "How?", dijo con una cálida y sostenida nota de bienvenida en la voz. Hizo gestos hacia las mantas que había extendido al vernos llegar para que nos sentáramos. Nada hubiera podido superar la dignidad y sinceridad de su recibimiento. Cuando hubimos tomado asiento, sacó tabaco y una pipa. Era un anciano alto, de rasgos delicados y tez morena clara. Su pecho era poderoso, su porte erguido y su aspecto marcial. Su rostro sonriente mostraba una gran benevolencia y sus maneras eran corteses y viriles. Mientras cortaba tabaco, Voz de Lobo le explicó mis propósitos. Dije: — Dos Lunas, he venido para escuchar su versión de la batalla de Custer, ya que me han dicho que usted fue uno de los jefes que participaron en ella. Cuando me haya contado su historia, me gustaría hacerle algunas fotos. Quiero que haga señales con una manta como solían hacerlo los grandes jefes durante el combate. Voz de Lobo tradujo mis palabras, y también un mensaje de los agentes literarios. A cada pausa, la voz profunda de Dos Lunas emitía murmullos de comprensión: "Ai", "Ah", "Oh", esos sonidos que normalmente llamamos "gruñidos", aunque en esta ocasión se trataba

de graves y prolongadas expulsiones de aire que resultaban muy expresivas. Luego hubo un largo silencio. El anciano estaba abstraído. Llevaba tiempo volver desde el silencio del valle caliente, la sombra de su pequeña cabaña y el seto de alambre del prado hasta los días de su juventud. Cuando empezó a hablar lo hizo con gran determinación. Su rostro se ensombrecía por momentos y su mirada se iba haciendo cada vez más introspectiva. —A Dos Lunas no le gusta hablar de los días de lucha, pero ya que va a escribir un libro y el agente dice que es amigo de Grinnell, hablaré. Le diré la verdad. Ha pasado mucho tiempo y las palabras no acuden a mí con rapidez. "Aquella primavera (1876) yo había acampado junto al río Powder con cincuenta tiendas de mi pueblo, los cheyenes. El lugar está cerca de lo que hoy es Fort McKenney. Una mañana los soldados atacaron mi campamento. Al frente de ellos iba Tres Dedos (el coronel McKenzie). Fuimos sorprendidos y nos dispersamos, dejando atrás nuestros caballos. Los soldados se los llevaron a todos. Esa noche, los soldados se fueron a dormir dejando nuestros caballos agrupados a un lado. Así que reptamos hasta ellos, los recuperamos y nos marchamos. 'Viajamos muy lejos, y un día encontramos un gran campamento sioux en Charcoal Butte. Acampamos con los sioux y lo pasamos muy bien. Había hierba alta, caza abundante y agua buena. Caballo Loco era el jefe supremo del campamento. Toro Sentado había acampado a poca distancia, junto al río Little Missouri. "Caballo Loco me dijo: 'Me siento feliz de que hayáis venido. Vamos a luchar de nuevo contra el hombre blanco'. "El campamento estaba lleno de heridos, hombres, mujeres y niños. "Yo le respondí: 'Muy bien. Estoy dispuesto a luchar. Ya lo he hecho. Han asesinado a mi gente, han robado mis caballos; me satisface la idea de combatir'. Llegado a este punto, el anciano hizo una breve pausa y su cara adoptó una expresión distante y sombría. —Por aquel entonces yo creía que los Grandes Espíritus habían creado a los sioux y los habían puesto aquí... —dijo, trazando un círculo a la derecha—. Que a los hombres blancos y los cheyenes los habían puesto aquí... —ahora señalaba dos posiciones a la izquierda—, esperando que se enfrentasen entre sí. Pensaba que a los Grandes Espíritus les gustaba verles luchar, que el combate era como un juego para ellos. Así que empecé a meditar sobre la lucha. Mientras contaba esto, me hizo sentir por un instante el poder de una deidad sardónica cuyo espectáculo favorito fueran las guerras de los hombres. — Sobre el mes de mayo, cuando la hierba está alta y los caballos fuertes, levantamos el campamento y emprendimos camino hacia la desembocadura del río Tongue. Toro Sentado, Caballo Loco y los demás ascendieron por el Rosebud. Allí nos enfrentamos al general Crook y le derrotamos. Murieron

muchos soldados. Murieron pocos indios. Fue una gran batalla, con mucho humo y mucho polvo. "Desde allí atravesamos toda la divisoria y acampamos en el valle de Little Horn. Todos pensamos: 'Ahora estamos fuera del territorio del hombre blanco. Dejémosle que viva allí, nosotros lo haremos aquí'. Días más tarde, una mañana que estaba en el campamento norte de Toro Sentado, llegó cabalgando un mensajero sioux y dijo: 'Que todo el mundo se pinte, cocine y se prepare para un gran baile'. "Los cheyenes se pusieron a trabajar, cocinando, cortando tabaco y preparándolo todo. Pensábamos bailar todo el día. Nos hacía muy felices pensar que nos encontrábamos lejos del hombre blanco. "Me dirigí a dar de beber a mis caballos y los lavé con agua fría. Luego, yo mismo tomé un baño. Regresé a pie al campamento, y cuando me acercaba a mi tienda, miré hacia Little Horn, en la dirección donde estaba acampado Toro Sentado. Vi cómo se levantaba una gran polvareda. Parecía un tornado. Poco después llegaron a galope al campamento los jinetes sioux gritando: '¡Han llegado los soldados! ¡Han venido muchos soldados blancos!'. "Corrí a mi tienda e informé a mi cuñado: 'Coge los caballos. Viene el hombre blanco. Que todo el mundo corra a por su caballo'. "A lo lejos, en lo más alto del valle, escuché un grito de lucha '¡Hay-ay, hay-ay!'. También se oían disparos, algo así como (dio unas palmadas muy rápidas). No pude ver ningún indio. Todo el mundo estaba ocupado con los caballos y las sillas de montar. Cuando hube recogido mi caballo apareció de nuevo un guerrero sioux y dijo: 'Vienen muchos soldados'. Luego se dirigió a las mujeres: 'Alejaos de aquí. Va a haber una gran pelea'. 'Yo dije: 'Muy bien, estoy preparado'. Monté a caballo y recorrí el campamento, reuniendo a la gente que se dispersaba: 'Soy Dos Lunas, vuestro jefe. No huyáis. Permaneced aquí y luchad. Debéis quedaros y combatir al hombre blanco. Yo me quedaré aquí aunque me maten'. "Cabalgué rápidamente hacia el campamento de Toro Sentado. Allí vi a los soldados blancos en formación de combate (los hombres de Reno). Los indios ocupaban el llano. Comenzaron a enfrentarse a los soldados, todos mezclados: sioux, soldados, más sioux, y todos ellos disparando. El aire estaba lleno de humo y polvo. Vi retroceder a los soldados, que se hundían en el río como búfalos en plena estampida. No tuvieron tiempo de buscar un vado por donde cruzar. Los sioux les persiguieron colina arriba, donde se encontraron con más soldados en carretas. Entonces llegaron mensajeros diciendo que otros soldados iban a matar a las mujeres, y los sioux dieron media vuelta. Allí combato el jefe Osadía y también Caballo Loco. "Volví a galope a mi campamento y detuve a las mujeres que intentaban desmontar las tiendas. Sentado en mi caballo vi aparecer banderas en la divisoria de la colina que había hacia el Este, así

(levantó las puntas de sus dedos). Luego aparecieron los soldados, todos al mismo tiempo, todos a caballo, así (puso sus dedos uno detrás de otro para indicar que Custer apareció marchando en columnas de a cuatro). Formaron en tres grupos (escuadrones) con un pequeño espacio de separación entre ellos. Entonces sonó una corneta, todos desmontaron, y algunos soldados guiaron a los caballos de vuelta al otro lado de la colina. "Entonces aparecieron sioux por todos lados, galopando colina arriba a toda velocidad. Los cheyenes subieron por la ladera izquierda. Se produjeron disparos muy rápidos. Pop-pop-pop, muy rápidos. Algunos soldados estaban rodilla en tierra, otros permanecían en pie. Los oficiales estaban todos en primera línea. El humo era como una gran nube, y por dondequiera que cabalgaban los indios, el polvo volaba como humo. Les rodeamos, girando como un remolino de agua en torno a una roca. Disparábamos, galopábamos sin cesar, volvíamos a disparar. Los soldados caían y los caballos caían sobre ellos, pero un hombre galopaba arriba y abajo, gritando todo el tiempo. Montaba un alazán con la cara y las patas delanteras blancas. No sé quién era. Era un valiente. "Los indios no dejábamos de dar vueltas y los soldados únicamente consiguieron abatir a unos pocos. Cayeron muchos soldados. Sólo quedaban cinco caballos vivos. De cuando en cuando algún hombre intentaba romper el cerco y correr hacia el río, pero no llegaba muy lejos. Al final, quedaron apelotonados en la colina cerca de un centenar de hombres y cinco jinetes. Durante todo ese tiempo, el corneta siguió tocando las órdenes. También era muy valiente. Entonces murió un jefe. Oí decir que era Cabellos Largos (Custer). No lo sé. Luego, los cinco jinetes y un puñado de hombres, puede que fuesen unos cuarenta, emprendieron el camino del río. Al frente iba el hombre montado en el alazán, que gritaba continuamente. Iba vestido con una camisa de ante, su cabello era negro y largo y lucía bigote. Luchó vigorosamente con un gran cuchillo. Todos sus hombres estaban cubiertos de polvo blanco. No había forma de distinguir si eran oficiales o no. Un hombre solo echó a correr hacia el río y luego remontó la colina. Pensé que lograría escapar, pero un sioux le disparó y le dio en la cabeza. Fue el último. Llevaba cintas doradas en los brazos (un sargento). "Los soldados estaban ya todos muertos, y sus cuerpos habían sido despojados. En esas condiciones no había forma de saber quiénes eran los oficiales. Los cadáveres quedaron abandonados donde habían caído. No hubo bailes esa noche. Nos sentíamos entristecidos. "Al día siguiente cuatro jefes sioux y dos cheyenes, además de mí, Dos Lunas, regresamos al campo de batalla para contar a los caídos. Un bravo llevaba un puñado de palitos. Cuando pasábamos junto a un cadáver, cogíamos un palito y se lo dábamos a otro,

y así hicimos el recuento. Había 388 muertos. Treinta y nueve de ellos eran sioux y siete cheyenes. Tuvimos cerca de un centenar de heridos. "Algunos soldados blancos habían sido pasados a cuchillo para asegurarse de que estaban muertos, y las mujeres habían mutilado a otros. La mayoría quedaron donde habían caído. Llegamos hasta el hombre del gran bigote. Yacía en las colinas en dirección al río. Los indios no le quitaron su chaqueta de ante. Los sioux decían: 'Es un gran jefe. Es Cabellos Largos'. Yo no lo sé, porque nunca le había visto. El hombre más valiente había sido el que montaba el alazán. "Aquel día, cuando se ponía el sol, nuestros jóvenes guerreros aparecieron galopando Little Horn arriba. Llegaban muchos soldados blancos en un gran barco, y cuando miramos pudimos ver el humo que éste despedía. Reuní a mi gente y atravesamos a toda prisa Little Horn hasta llegar al valle de Rotten Grass. Acampamos allí durante tres días antes de cabalgar rápidamente de vuelta al Este. Toro Sentado volvió al Rosebud, siguió Yellowstone abajo, y se encaminó hacia el Norte. No volví a verle. El anciano se interrumpió y llenó su pipa. Su historia había concluido. Sus pensamientos volvieron a su pobre pueblo, atrapado en campos yermos donde rara vez se ve la lluvia. —Eso fue hace mucho tiempo. Ahora soy viejo y mi mente ha cambiado. Preferiría ver a mi gente viviendo en casas, cantando y bailando. Usted me ha preguntado por la guerra y yo le he hablado de un tiempo que quedó atrás. Todo eso pertenece al pasado. En este momento pienso en otras cosas. Primero, en que se debería cercar la reserva para mantener fuera a los colonos blancos y dentro a nuestros jóvenes. Así no habría problemas. Segundo, quiero ver a mi gente criando ganado y haciendo mantequilla. Por último, deseo que mi gente vaya a la escuela a aprender el camino del hombre blanco. Eso es todo. Había algo de plácido y poderoso en las arrugas de la amplia frente del jefe, y sus gestos poseían un profundo dramatismo y nobleza. Su brazo extendido, su mirada pensativa, su voz profunda, se combinaban para expresar una solemnidad meditativa impresionante. No había ira en su voz, ni reminiscencia alguna de la ferocidad del pasado. Todo lo que es poderoso, delicado y característico del carácter cheyene fluía en la voz del anciano. Parecía lo que realmente es: un líder y un hombre sabio, paciente frente a la injusticia, cortés incluso con sus enemigos.

LEON NIKOLAIEVICH TOLSTOI

Entrevistado por Harold Williams (The Manchester Guardian, 9 de febrero de 1905)

El conde León Nikoláievich Tolstoi (1828-1910), novelista ruso, pensador religioso y moralista, nació en las propiedades de su familia en Yasnaia Poliana, en el Volga, donde tuvo lugar esta entrevista. Tolstoi estudió leyes y lenguas orientales en la Universidad de Kazan, pero no consiguió graduarse. Llevó una vida decadente y se unió a un regimiento de artillería en el Cáucaso. Fue mientras servía en el ejército cuando empezó a escribir, dando a luz una trilogía autobiográfica. Sirvió como oficial en la guerra de Crimea y escribió breves crónicas sobre el conflicto antes de viajar a San Petersburgo y Europa. En 1862 contrajo matrimonio con Sofía Andreievna Behrs, de la cual tuvo trece hijos. A partir de entonces vivió en Yasnaia Poliana, donde escribió sus famosas novelas Guerra y paz (1863-1869) y Ana Karenina (1874-1876). Aparte de ellas escribió numerosos tratados religiosos y morales, aunque tras ser excomulgado por sus teorías heréticas en 1901 atacó a la cristiandad. Repudió sus propias novelas, entregó todo su dinero a su esposa y vivió la frugal vida de un siervo en su propiedad, a la que acudían peregrinos en busca de su sabiduría. Tras una disputa mantenida con su esposa una noche, abandonó la casa, cogió un resfriado y murió en el apartadero de una estación de ferrocarril. Harold Williams nació en Nueva Zelanda. Era hijo de un ministro metodista. A la edad de once años sabía latín, griego, hebreo, francés, alemán, maorí e italiano. Cuando tenía treinta años se había incorporado a The Times y se encargaba de la cobertura de los exiliados liberales rusos en su peripatética gira por las capitales europeas. En 1904, tras haber pasado poco más de un año en The Times, fue reclutado por The Manchester Guardian como enviado en San Petersburgo, convirtiéndose en el primer corresponsal de plantilla del periódico residente en una capital extranjera. A lo largo de los años siguientes fue testigo de las diversas intentonas liberales por introducir reformas políticas. Era en cierto modo discípulo de Tolstoi y se sintió decepcionado al ver al novelista y pensador tan distanciado de los acontecimientos políticos. En medio de las luchas y la agitación que conmueven a Rusia hoy en día, Tolstoi a menudo parece pertenecer a un pasado remoto y silente. Uno recuerda que está vivo y que trabaja. Nota la reverencia con la que todo el mundo menciona su nombre. Por todas partes ve su retrato o su busto. En el seno de cientos de familias, Guerra y paz está

siendo releída con renovado e intenso interés. Tolstoi permanece intocable por encima de los vientos que hacen tambalearse a las reputaciones del momento, y esa misma seguridad parece haberle ensalzado hasta una especie de olímpico distanciamiento de las esperanzas y miedos de aquellos que luchan por la libertad política. Lo que es más, Rusia ha llegado a una etapa en la que ya no escucha a Tolstoi. Hubo un tiempo en que sus enseñanzas eran populares aquí, un tiempo en el que las medidas represivas instauradas tras la muerte de Alejandro II habían paralizado toda actividad política y social obligando a los rusos de altas miras a buscar solaz en doctrinas de abstinencia y no resistencia. Pero ahora que la esperanza de la libertad ha despertado la energía política de todo hombre pensante en el país, Tolstoi se ha convertido en una voz que clama en el desierto. El esplendor de su arte no está en duda, pero a ningún dirigente liberal se le pasa por la cabeza pedirle consejo sobre cómo conducir un proceso de agitación política. Los extranjeros mantenemos un punto de vista diferente. Para nosotros sigue siendo importante saber qué piensa Tolstoi de los grandes acontecimientos del momento, y cuando la violencia hace su aparición, como ocurrió recientemente en San Petersburgo, parece natural apelar al más grande de los rusos vivos para que nos ofrezca su interpretación de la tragedia. Tras viajar desde Moscú y Tula, llegué a Yasnaia Poliana el jueves por la mañana. Acababa de finalizar una tormenta de nieve y el sol brillaba en un cielo barrido por el viento sobre el terreno ascendente en el que se encuentra la plantación que rodea la tan conocida propiedad. Tras la agitación de San Petersburgo y los sombríos presentimientos de Moscú, Yasnaia Poliana parecía un auténtico remanso de paz. Y por lo que se refiere a la personalidad de Tolstoi, una atmósfera de paz parecía mantenerse ininterrumpidamente a su alrededor. Era un hombre de gran calma, esa calma de aquel cuyo periodo de lucha ha finalizado, y aunque hablaba sin ambages acerca de los acontecimientos en curso y se mostraba amable y cortés con las elegantes maneras de los nobles rusos de la vieja escuela, uno no podía menos que sentir que su vida real estaba oculta en algún mundo remoto de tranquila contemplación. No creo necesario describir de nuevo su rostro familiar. La edad y las enfermedades habían hecho su trabajo; su cara y su cuerpo son enjutos y su pelo ralea, aunque no está tan encanecido como cabría esperar. Tolstoi anda con paso rápido, pero ligeramente inclinado. No ha abandonado su hábito de ejercitarse vigorosamente. Pasa casi todas las tardes cabalgando o caminando y en los momentos libres en que permanece en la casa juega con su hija a juegos de pala o de raqueta o se entretiene sólo con la pelota. Su salud es excelente, aunque un doctor que vive en la casa me aseguró

que era muy propenso a los resfriados. Está tan convencido como siempre del valor de seguir una dieta vegetariana y comentó con gran aprobación los trabajos del doctor Haig y los éxitos de los deportistas vegetarianos en Inglaterra. Por lo que se refiere a su trabajo, me resultó bastante decepcionante enterarme de que la novela de la que tanto se había oído hablar recientemente ha sido abandonada de momento y puede que nunca vea la luz. Durante el otoño y comienzos de invierno, Tolstoi estuvo ocupado en la preparación de un breviario de pensamientos de grandes hombres, una parte para cada día del año. Sus ojos resplandecían cuando comentaba el placer que le había proporcionado aquella tarea. Espera completarlo escribiendo una serie de historias cortas, una para cada primer día del mes, pero la parte principal del trabajo está ya en manos de un impresor de Moscú. Recientemente, en respuesta a repetidas solicitudes procedentes de Inglaterra y otros países, ha venido registrando sus puntos de vista sobre el movimiento liberal ruso. En la mañana de mi llegada completó un artículo sobre el tema que pronto será publicado por la prensa inglesa. Actualmente trabaja sobre un panfleto en el que expondrá de nuevo sus opiniones sobre el Estado y la actividad política en general. Naturalmente, nuestra conversación se inició con el movimiento constitucional. La opinión de Tolstoi sobre el mismo era muy concisa. —Es peligroso —declaró—, e inútil, ya que aleja las actividades de los hombres del verdadero camino. Una constitución no puede mejorar las cosas, no puede traernos la libertad. Todos los gobiernos se mantienen en el poder por medio de la violencia o con la amenaza de la violencia, y la violencia es contraria a la libertad. Un hombre sólo es libre cuando nadie puede forzarle a hacer aquello que cree que está mal. El camino correcto a seguir por los hombres es abstenerse de toda participación en los actos del Gobierno, negarse a servir en el ejército, negarse a aceptar cargos dependientes de la administración y hacer el bien día a día y siempre. La agitación en pro de una constitución sólo puede conducir a falsos resultados. Le interesó mucho tener noticias de los recientes acontecimientos de San Petersburgo y se mostró especialmente impaciente por saber más acerca del padre Gapon. Existía un vínculo entre él y el líder de los trabajadores, dado el hecho de que Fainermann, uno de los maestros de Gapon en el seminario, era amigo y discípulo de Tolstoi, y tan sólo unos días antes, éste había recibido una carta de Fainermann en la que describía sus relaciones con Gapon. Deploró la masacre y se mostró horrorizado al conocer los detalles, pero declaró que no se podía esperar otra cosa del Gobierno, que sólo podía mantenerse por medio de la violencia. — ¿Entonces cree usted —pregunté— que fue la agitación entre los

trabajadores la responsable de este resultado? —No, no —exclamó él—. Yo no iría tan lejos. Sólo digo que todo el movimiento en favor de una constitución es un movimiento en la dirección errónea. El pueblo no quiere una constitución y aquellos que recurren a la agitación en favor de ella no conocen al pueblo. Por mucho que profesen amar al pueblo, en realidad el pueblo no les preocupa; simplemente le desprecian. El pueblo sólo quiere una cosa, es decir, tierras. ¿Ha leído los trabajos de Henry George? Y es que Tolstoi, a pesar de su aborrecimiento hacia los métodos políticos, es un gran admirador de Henry George. Me interrogó a fondo acerca de la medida en que las teorías de éste habían sido puestas en práctica en Nueva Zelanda. No fue más que un ejemplo de la inconsistencia aparentemente irreconciliable entre las vertientes teórica y práctica de su naturaleza. Volviendo al tema de la agitación constitucionalista, observó: —Creo que la mejor salida sería una Zemsky Sobor (Asamblea de Representantes de los zemtsvos). —¿Pero cómo —pregunté— reconcilia usted eso con lo que dice sobre lo erróneo de todos los sistemas políticos? —Oh —respondió— sólo quiero decir que el emperador actúa estúpidamente, desde el punto de vista de sus propios intereses, al no convocar el Zemsky Sobor. —Añadió que su hijo mayor había escrito al emperador solicitándole y que un amigo suyo de Nijni Novgorod había redactado un proyecto en este sentido del que habló en términos muy laudatorios. No estaba dispuesto a admitir que la forma de gobierno prevaleciente en un país pudiera introducir ninguna diferencia esencial en la vida de sus ciudadanos. —¿No cree —pregunté— que es mejor vivir, digamos, bajo el sistema político inglés que bajo el ruso? Fíjese en el sistema de pasaportes que impera aquí, por ejemplo; en la censura, y en el destierro de los condenados políticos. —La situación no es ni un ápice mejor en Inglaterra —declaró con firmeza—. Allá donde haya violencia el pueblo se ve privado de libertad. Sin ir más lejos, mi amigo Tchertkoff, que vive en las afueras de la ciudad de Christchurch, se ve obligado a pagar un impuesto empleado para el mantenimiento de una banda que toca en el interior de la ciudad y que, personalmente, preferiría no tener que escuchar jamás. Por lo que se refiere al destierro, eso es algo que afecta al hombre muy poco. Yo llevo veinte años esperando el destierro, y si llegara, no me alteraría en absoluto. El destierro no puede impedir a un hombre vivir una vida auténtica. ¿Y la libertad de la prensa! ¿Necesita el pueblo de la libertad de prensa? Estos caballeros pueden tener libertad de prensa, si así lo desean, para airear sus propios puntos de vista, pero eso es una cuestión menor. Habría que decir aquí que el propio Tolstoi sufre intensamente los efectos de la censura. Incluso un escritor tan distinguido como él no se ve libre de la indignidad de que muchos pasajes de los libros

y periódicos que le envían del extranjero aparezcan tachados. Y la existencia de la censura le impide recibir copias de muchos de sus propios libros publicados en Inglaterra o Alemania. Habló de las huelgas y dijo que la más eficaz sería la de aquellos que abastecen al país de pan. Mencioné un informe que había oído en Moscú en el sentido de que los médicos de los distritos rurales tenían la intención de declararse en huelga. —Tanto mejor —dijo Tolstoi con una sonrisa. —Pero en ese caso —respondí—, todos los campesinos se quedarán sin atención médica. —Mejor que mejor —declaró él—. Hace cuarenta o cincuenta años, cuando yo era joven, no había médicos entre los campesinos, y ellos se apañaban muy bien sin ellos. No, la enfermedad no es un mal; la muerte no es un mal. El mal es que los hombres actúan equivocadamente. Esa noche, tras la cena, pasamos por alto el espinoso terreno de la política y Tolstoi empezó a hablar de temas que le afectan más de cerca. Charlando acerca de la elección de una profesión, dijo que su modo de vida es el resultado de dos fuerzas opuestas: su propio esfuerzo por alcanzar el ideal y la inercia de su pasado. —Hay un terrible dicho de Kant —comentó—, un dicho que durante mucho tiempo no osaba aceptar, pero que ahora reconozco como cierto, en el sentido de que un hombre que hace el bien por puro hábito no es un hombre bueno. Pero es así. Una vez alcanzado un determinado nivel de bondad, no debemos osar mantenerlo, sino luchar por alcanzar uno superior. Me recordaba usted —añadió, volviéndose al médico familiar, que estaba sentado cerca de nosotros— una observación de Sutaieff. No fue Sutaieff, sino otro campesino quien, cuando le dijeron que el divorcio iba contra el cristianismo, dijo que seguir viviendo con su mujer debía de ser un trabajo agradable para Dios, dado lo duro que resultaba. —Ahora soy un hombre viejo —repitió—, y no tardaré en morir. Para mí es más importante pensar en la vida eterna que en las formas del mundo. Lo que es más, dado que otros hombres no saben cuánto tardarán en morir, me parece importante que también ellos se preocupen por la vida eterna. Cuando se me pregunta acerca de la vida futura, dónde estaré después de la muerte, sólo puedo remitirme de nuevo a mi querido Kant, que señaló que los conceptos de tiempo y espacio no son más que principios creados por el intelecto humano. La pregunta "dónde" implica una consideración espacial; "estaré", una temporal. Y en la vida eterna no existen el tiempo ni el espacio. Cada uno de nosotros formamos parte de la vida universal que está por encima del tiempo y el espacio. Tolstoi declara que no tiene un sistema metafísico propio claramente elaborado, pero profesa una gran admiración por Kant y desearía que fuera más leído de lo que es. —No existe filosofía en nuestro tiempo digna de tal nombre —dijo—. Es posible respetar a Kant

y a Hegel se esté o no de acuerdo con ellos. Pero por lo que se refiere a Nietzsche, no es más que un simple folletinista. Con todo, se mostró muy interesado al enterarse de que uno de sus propios discípulos, el doctor Eugen Schmitt, había descubierto puntos de gran valor en Nietzsche. Habló despreciativamente de la filosofía rusa contemporánea. Lamentaba profundamente que miembros de la nueva escuela idealista intentaran encontrar una justificación filosófica a los dogmas de la Iglesia ortodoxa. Sobre Vladimir Solovioff, el más distinguido de los filósofos rusos, dijo que había adquirido el hábito, intelectualmente fatal, de juguetear con grandes ideas. Las críticas literarias de Tolstoi son siempre interesantes. Tiene una pobre opinión de la literatura rusa, y de hecho, de la mayoría de las literaturas de nuestros días. —Antaño —dice—, el arte era como la música de cámara, y atraía a los menos; hoy es del gusto de las grandes clases comerciales e industriales. Jamás llegará a su plenitud hasta que atraiga al pueblo en su conjunto. Empleó la literatura inglesa contemporánea para exponer ejemplos de sus tesis. —Tomemos a Rider Haggard —dijo—. Escribe las fábulas más extraordinarias —y procedió a explicarle a un artista que nos acompañaba el contenido de She. Su valoración de miss Marie Corelli y de Mr. Hall, especialmente de este último, era extremadamente desfavorable. Hacia Dickens siente una admiración sin límites, y recientemente ha releído con gran placer su Child's History of England. Ibsen no le gusta y criticó ferozmente When We Dead Awake, estrenada recientemente en un teatro de Moscú. Entre los escritores alemanes admira a Von Polens, cuyo Büttner-bauernie traducido al ruso a instancias suyas. Rosegger, el escritor austríaco cuyas descripciones de la vida campesina se diría que debían haber agradado a Tolstoi, no goza de las simpatías del escritor, pero habló con entusiasmo de un cuento corto escrito por otro austríaco, Anzengruber. También Crainquebille, de Anatole France, parece haber evocado especial simpatía en él. Expresó su admiración por el nivel alcanzado en la técnica novelística. —Las damas rusas —dijo— escriben magníficamente hoy en día, mucho mejor que Turguenev o cualquiera de nosotros; lástima que no tengan nada que decir. —El periodismo —me aseguró— es un mal asunto. Un periódico se ve obligado a respaldar a un determinado partido, mientras que la esencia del pensamiento es que sea independiente. Además, el periodismo es malo porque obliga al hombre a trabajar apresuradamente y le hace ansiar la exclusión de los demás. Tiene sus cosas buenas, eso es cierto, y una de ellas es que otorga a los hombres un medio de comunicación. El conocimiento más cristiano —añadió— es el conocimiento de las lenguas, porque une a los hombres. Dijo muchas más cosas a lo largo del día, mucho más de lo

que puedo reproducir aquí. Y en el esfuerzo por transmitir sus palabras he sido incapaz de indicar el cambio incesante de su personalidad. La conversación se vio interrumpida frecuentemente. Parte de ella transcurrió durante la comida; una parte en el estudio, otra durante la cena y al tomar el té por la noche. Hubo múltiples interludios. El ánimo de Tolstoi cambiaba frecuentemente de la seriedad a la travesura, y pasaba en un abrir y cerrar de ojos de temas generales a cuestiones de interés puramente personal. Hablaba sencilla y amablemente, sin el menor atisbo de dogmatismo, y se mostraba siempre dispuesto a escuchar opiniones contrarias a las suyas. Y jamás dejaba de transmitir una impresión de profunda calma interior, la calma de un hombre que se había enfrentado a los más profundos problemas y en su resolución había encontrado la paz. Le dejé a eso de la medianoche y a la mañana siguiente estaba de vuelta en Moscú, oyendo hablar de la agitación en la Asamblea de los Nobles, de las resoluciones radicales de una reunión de abogados y de excitadas discusiones acerca de la posibilidad de que se desencadenara un conflicto entre el terror procedente de arriba y el terror procedente de abajo. Involuntariamente, me vinieron a la cabeza las palabras de Tolstoi: "El movimiento constitucional es un movimiento ruidoso y eso no dice nada en su favor. El trabajo de Dios se realiza en silencio. Dios no habló a Elías el profeta mediante un terremoto, ni mediante el viento, sino mediante una voz suave y tranquila". Aun así, es en medio de la tormentosa vida de las ciudades donde se está librando la batalla por la libertad de Rusia y no, aunque uno pudiera desear que así fuera, en el feliz y pacífico refugio de Yasnaia Poliana.

CHRISTABEL PANKHURST

Entrevistada por E. M. Evors (Hearth and Home, 10 de noviembre de 1910)

Christabel Harriette Pankhurst (1880-1958), la sufragista inglesa, era hija de Emmeline Pankhurst, fundadora de la Liga a favor del Sufragio Femenino, y de Richard Marsden Pankhurst, un abogado radical de Manchester responsable de la redacción del borrador de la primera ley del sufragio femenino y de la legislación sobre la propiedad de las mujeres casadas. En 1903, Christabel fundó, en compañía de su madre, la Women's Social and Political Union, una versión más militante de la Liga fundada por su madre. La hermana de Christabel, Sylvia, fue también una destacada sufragista. Una combinación excelentemente equilibrada de cerebro, entusiasmo y confianza caracteriza al movimiento en favor del voto para la mujer. Su organización bordea la perfección y su vitalidad es tan indiscutible como indestructible. Cuando acudí el otro día a visitar a miss Christabel Pankhurst en el cuartel general de la Women's Social and Political Union, en Clement's Inn, junto al Strand, fue con la idea no sólo de ver a través de sus ojos cuál era la situación actual de los acontecimientos, sino de intentar sonsacarle acerca de las futuras "sorpresas" que aguardaban a los ministros del Gabinete si se mostraban recalcitrantes durante la sesión parlamentaria que se celebraría en breve. Me habían asaltado sueños sobre el asedio al Parlamento, con mensajes transmitidos vía megáfono, dirigibles sufragistas y todo lo demás. Pero en este último aspecto, miss Christabel, como buena estratega, se mostró recelosa y reticente. —¡Planes! Sí, a montones. Pero no soy libre para exponérselos antes de tiempo. Como sabe, todas las semanas se publican crónicas de nuestras actividades y proyectos en Votes for Women. Miss Pankhurst tenía un aspecto singularmente juvenil allí sentada en su habitación propia, rodeada por los símbolos e instrumentos de su trabajo. Parecía también la encarnación de la salud, con su rostro franco y animado, su complexión pálida, sus ojos de un gris azulado y el cabello suave y marrón. Iba vestida sencilla y artísticamente de verde. Para un extraño habrían sido una sorpresa su dignidad y su serenidad. Y muchos hombres habrían envidiado la facilidad con que era capaz de desconectar de la conversación en curso para dar respuesta a las múltiples preguntas que le llegaban intermitentemente de todas partes a través del teléfono que tenía al lado. Es una mujer equilibrada, llena de confianza, bien informada y va pero que muy en serio. No es posible provocarla con tonterías. Aplasta el menor signo de levedad con reproche. —Este es un movimiento serio. Somos una organización estrictamente política. Nuestro objetivo ahora es conseguir que se apruebe la Ley de Conciliación —dijo—; y un acontecimiento de la mayor importancia es el gran mitin que se celebrará en el Albert Hall el 10 de noviembre. Todos los discursos que se pronuncien esa noche apoyarán dicha ley. Entre los oradores estarán Mr. Israel Zangwill y Mr. Gerald Arbuthnot, parlamentario y miembro del Comité por la Conciliación. Mrs. Pankhurst ocupará la presidencia. —¿Y después? — Tras esa reunión, una delegación de dirigentes femeninas presentará a Mr. Asquith las diversas resoluciones pidiendo facilidades para la aprobación de la ley. Si su respuesta es

negativa, una delegación mucho mayor se presentará en Westminster el 22 de noviembre. A juzgar por el tono de voz de miss Pankhurst, cabe prever algo parecido a una revolución de las sufragistas si se impide que esta ley, que hay que recordar, fue aprobada por una mayoría de 110 en su segunda lectura, vaya más allá. —Mientras tanto —añadió miss Pankhurst—, estamos enviando circulares a todos los miembros del Parlamento para que presionen al gobierno en favor de un trato justo para la Ley. —La insistencia es uno de sus lemas, ¿no es así? —Sí. La concesión del voto es una medida justa; las mujeres queremos el derecho al voto, y seguiremos importunando al Parlamento hasta que lo obtengamos. Si los parlamentarios lucharan por nosotras no tendríamos por qué molestarles tanto. Pero no lo hacen, ni siquiera los que se han adherido a nuestra causa. Se limitan a agachar la cabeza ante los ministros del Gabinete, en vez de ejercer sobre ellos la necesaria presión. —Los hombres parecen muy asustados de hacer algo tan "revolucionario" como otorgar a las mujeres el voto parlamentario —dije—. Creen que desencadenaría una guerra entre los sexos. —No veo cómo podría ocurrir tal cosa —respondió miss Pankhurst—. Esto es una batalla entre las mujeres y el Gobierno. Una guerra política, no sexual. —Aun así, algunos de ellos creen que conduciría a una guerra entre los sexos. —Lo dudo mucho. Los hombres muestran cada vez menos antagonismo hacia nuestro movimiento. De hecho, algunos de nuestros mejores amigos son hombres —añadió miss Pankhurst—. La cuestión es que a los hombres les asustan los cambios, aunque de cuando en cuando los aceptan sin el menor problema. Mire los cambios que han experimentado las mujeres en los últimos cien años. Ya pesar de todo, a los hombres seguimos gustándoles. No desearían que fuéramos esas criaturas frágiles, lloronas, débiles mentales que no hacían más que desmayarse que fuimos tiempo atrás. Les gustamos como somos ahora. Si se para a pensarlo, los cambios introducidos en contra de la voluntad de los hombres siempre gozan de la aprobación de estos a posteriori. Las nuevas esperanzas para las sufragistas descansan en los cambios en la Constitución promovidos por el movimiento "All Round Home Rule" —la federación imperial empieza en casa— que tanta atención está atrayendo últimamente y tan apasionadamente se está discutiendo. Estos cambios pueden producirse en el terreno de la práctica política antes de lo que pensamos. Comentando esta situación, miss Pankhurst escribió el otro día un interesantísimo editorial encabezado "Will the Women Get Home Rule?". Decía así:

"Si es necesario reelaborar la Constitución, el clamor de las mujeres exigiendo su admisión se alzaría con mayor insistencia que nunca. Si debe existir un autogobierno para Inglaterra, para Irlanda, para Escocia, para Gales, debe haber también autogobierno para las mujeres. Si ha de haber Parlamentos locales en las diversas partes del Reino Unido, las mujeres exigirán tomar parte en su elección. Si, bajo una nueva Constitución los poderes y funciones del Parlamento imperial han de ser definidos de nuevo, las mujeres no consentirán que se las deje al margen de la consulta. Si todos los dominios británicos con autogobierno han de tener voz en el Gobierno imperial, entonces las mujeres de la madre patria deben disfrutar del derecho al voto, ya que no se las podrá mantener en una situación de servidumbre política mientras las mujeres de Australia y Nueva Zelanda gozan de la libertad de participar en los consejos. Estas consideraciones pueden o no haber pasado por la mente de los políticos de nuestros partidos, pero no podrán permanecer ciegos a ellas durante mucho tiempo. Hoy en día las mujeres son libres de expresar su punto de vista de un modo que resulta imposible pasar por alto y, lo que

es más, hay hombres empeñados en que se haga justicia entre los sexos".

—¿Cuándo empezó a interesarse en el sufragio femenino? —pregunté. — Me crié en el seno del movimiento. Mi padre, que era a la vez abogado y político, elaboró el borrador de la primera ley en favor del sufragio femenino, así como la ley de la propiedad de las mujeres casadas. Eso explica muchas cosas, por supuesto. Aun así, creo que una necesita también una especie de "conversión personal", y yo la experimenté cuando estaba organizando a las mujeres en sindicatos. —¿Y cómo aprendió a hablar en público? —Hablando en público. Hice mi primer discurso en la facultad, en la Victoria University de Manchester, hace unos diez años. No tenía la menor intención de hablar, pero hubo un debate y tenía opiniones firmes sobre el tema a discusión, así que me limité a levantarme y empecé a hablar. Así rompí el hielo. Otros compromisos de miss Pankhurst pusieron fin a nuestra entrevista. Partí a regañadientes, pensando en los cientos de preguntas que la entrevista me había sugerido y no había tenido ocasión de plantear.

GUGLIELMO MARCONI

Entrevistado por Kate Carew (New York Tribune, 14 de abril de 1912)

Guglielmo Marconi (1874-1937), físico italiano e inventor de la telegrafía sin hilos, nació en Bolonia, Empezó a experimentar con las ondas electromagnéticas a partir de los veinte años. En 1898 transmitió señales de un lado a otro del canal de la Mancha y pocos años más tarde consiguió transmitir las al otro lado del Atlántico. Creó la Marconi Telegraph Co. en Londres, en 1898. Marconi y su colega, el físico alemán Karl Braun, fueron galardonados con el Nobel de Física en 1909. Más tarde inventó dispositivos para transmitir y recibir radiofrecuencias de onda corta. Al igual que Thomas Edison, fue nombrado Gran Oficial de la Corona de Italia (OC). Kate Carew era el seudónimo literario de la caricaturista Mary Williams Reed, que realizó numerosas entrevistas, inicialmente para el World de Nueva York y posteriormente para el New York Tribune, invariablemente ilustradas por sus propias caricaturas de los entrevistados. Entre éstos se cuentan el novelista Jerome K Jerome, el productor teatral de Broadway Charles Frohman, Mrs. George Cornwallis-West (madre de Winston Churchill), G. K Chesterton, Granville Barker, sir Arthur Wing Pinero, Ben Tillet (el líder del sindicato de estibadores de Londres), Elie Metchnikoff (el microbiólogo), Abdul Bahay el padre Vaughan. Si el genio no es más que paciencia sin límites debo asegurarles, queridos míos, que Guglielmo Marconi no es el único con derecho a escribir OC detrás de su nombre y a que se hable de él llamándole amigo de reyes. Durante tres días, tres largos, muy largos y agotadores días, estuve sentada en el Waiting Garden de Holland House, alimentándome y durmiendo a intervalos fijados. Transcurrido tan largo periodo apareció el secretario del señor Marconi y dijo: —Creo que podré disponer la entrevista en breve, pero debe prometerme que no se quedará más de quince minutos. Se lo prometí sin dudarle ni un instante. Poco después regresó: —Temo que tendré que pedirle que sean diez minutos. Se lo prometí, dubitativamente. Más tarde: —Lo siento, miss Carew, pero sólo puedo concederle cinco minutos con el señor Marconi. Está muy ocupado. Prométame que no se quedará más tiempo. —Qué no daría por verle sólo un instante —repliqué agónica. Por el camino el secretario me habló de lo divertidos que le resultaban los faroles de los americanos acerca del enorme exceso de trabajo al que se veían sometidos. —Cielos, no hacen más que quejarse y parecen tener

tiempo para todo. Entretanto, yo me preguntaba "¿Qué puedo decir en cinco minutos?". En ese momento recordé el trino de una jovencita al ser presentada al señor Caruso: "¡Oh, señor Caruso, creo que canta usted adorablemente!". Pensé que podría decir algo similar para romper el hielo. "¡Oh, señor Marconi, qué interesante resulta su telegrafía sin hilos! Él asentiría cortésmente con una inclinación, como había hecho Caruso. A continuación, yo podría añadir: "¡Ha supuesto un cambio tan grande en nuestra vida cotidiana!". Para aquel entonces el secretario estaría ya haciendo frenéticos puntos y rayas en el aire para indicarme que mi tiempo había acabado. Lo que dije finalmente, en respuesta a sus educadas lamentaciones fue: —Ha sido una larga espera, pero supongo que mi profesión se asemeja a la suya, señor Marconi, en un aspecto: requiere mucha paciencia. El famoso inventor no reflejaba en absoluto el apresuramiento que su secretario, que tanto odiaba los faroles, había sugerido. Esperé cómodamente a que me instalara y pusiera mi equipo de entrevistadora en posición y seguidamente dijo con una sonrisa indulgente y cierta camaradería: —Tiene toda la razón. Una de las primeras cosas que tiene que tener un científico es paciencia. Conectamos nuestros cables en serie a los postes de preguntas y respuestas y empezamos inmediatamente a enviar y recibir mensajes. —¿Cree usted, señor Marconi, que se llegará alguna vez a transmitir sin hilos energía para usos comerciales, por ejemplo la de las cataratas del Niágara? Inmediatamente empezó a hacer pequeñas líneas en zigzag, como ondas Marcel... no, quiero decir hertzianas, sobre la mesa mientras hablaba. Fue una ocupación que no abandonó en lo que duró nuestro té-te-á-té. —Ya se ha hecho a nivel experimental. Puede que no se logre antes de nuestra... —trazó una onda a modo de excusa entre las otras— de mi muerte, pero sin duda se logrará. En este momento el señor Tesla está trabajando sobre ese problema. —Es una idea abrumadora, ¿no le parece? —sugerí. —Lo es. Permanecimos un minuto en silencio, nuestras vibraciones sintonizadas en las frecuencias del asombro y el entusiasmo. Yo fui la primera en volver en mí y entretuve el interludio tomando apuntes sobre la apariencia del señor Marconi. Aún queda algo de la antigua colegiala en vuestra vieja tía Kate y me había limitado a dar por supuesto que un hombre tan famoso, entregado a actividades tan inusuales como uncir las fuerzas de la naturaleza al carruaje del hombre o dar a la nada aérea existencia y nombre, tendría una apariencia correspondiente: ojos oscuros y lustrosos que emitieran continuamente chispas; cabello prematuramente encanecido, testigo de innumerables viglias de medianoche; el cuerpo, poco más que un motor humano, desbordante de fuerza psíquica, ascético, atenuado. El hombre ante el que me encontraba

es de estatura media, con una respetable anchura de hombros y más bien rechoncho. A pesar de sus "antepasados" italianos, cualquiera le definiría como un inglés, si le pidieran que le clasificara sin previo aviso. Tiene una coloración más anglosajona que meridional; es rubio, con ojos tristes color avellana, no muy grandes, pero penetrantes. Sus músculos lucen el aspecto tenso que indica una vida al aire libre. Tiene una barbilla firme, un boca generosa, una frente ancha y despejada. Apostaría algo a que fue un joven voluntarioso, me dije a mí misma. Su aspecto dista mucho de ser la de un místico y no tiene nada de la dureza y agresividad de un hombre de negocios, con sus sobretonos metálicos. Su rostro, si se considera que la emoción es sinónimo de movimiento, es poco emotivo, pero transmite pensamiento, franqueza, propósitos. Desde su pelo engominado, peinado uniformemente hacia atrás, hasta sus lustrosos zapatos de color bermejo, es, externamente, un modelo de discreción. Aparentemente, no se toma excesivamente en serio, ya que está demasiado ocupado con las grandes cosas para dedicarle tiempo a las pequeñas. Sus palabras, perfectamente articuladas, reflejan un levísimo atisbo de influencia extranjera, demasiado vago como para catalogarlo, no más evidente que el de un muchacho inglés o americano educado en un colegio del continente. Resumiendo, el señor Marconi da mucho más enfáticamente la imagen de hacedor que de soñador. Hasta tal punto es así que le pregunté, recordando los tres días que me había llevado seguirle la pista hasta su madriguera y rendirle tras un largo asedio: —¿Cuántas horas al día trabaja usted? —En realidad, no considero el pleito con la United States Wireless Telegraph Company, el motivo por el que me encuentro aquí, una forma de trabajo, pero cuando estoy enfrascado en un experimento trabajo a veces siete, ocho, diez, catorce e incluso dieciséis horas seguidas. —Citó la última cifra con un entusiasmo que sugería que estaría encantado de regresar a la rutina de las dieciséis horas de trabajo—. Cuando estaba en Terranova, intentando ponerme en contacto con Poldhu, a dos mil millas de distancia en Cornwall, trabajé muchos días seguidos prácticamente sin descanso. Las manos del señor Marconi no armonizan en absoluto con el resto de su ruda apariencia. Son manos bellísimas, de artista. Yo las miraba, fascinada, mientras tamborileaban ocasionalmente una S en morse y continuaban sus zigzags hertzianos sobre la mesa. Son el único rasgo en él que descubre al mago, al ser sobrenatural que proyecta sus palabras a través de enormes extensiones de mar embravecido, junto a oscilantes mástiles y vergas, sobre aguas batidas por la tormenta, en medio de escandalosas bandadas de aves marinas, desde dunas de arena hasta centros de civilización. Sugerían varias preguntas. Una de ellas era: —¿Se relaja usted de algún modo? —

Sí, me encanta conducir y escuchar música. Tuve una buena educación musical. Tocar el piano, desarrollar mi percepción de sonidos delicados y armoniosos, me ha sido, científicamente, de gran ayuda. —¿Cuál es su rutina diaria? —A las ocho me levanto. A las ocho treinta desayuno. A las nueve trabajo. Ese último trisílabo, que abarcaba la mayor parte de su vida, me sugirió la siguiente pregunta. —¿No se cansa nunca de su trabajo? — dije con un suspiro. —Me canso físicamente, pero nunca me he sentido saciado por lo que se refiere a mis experimentos. En esto, Marconi se asemeja a Edison, que en una ocasión me dijo que jamás se cansaba de trabajar. A nosotras, las mujeres, nos parece un tanto extraño. En ese eléctrico instante, mis nervios auditivos detectaron una especie de Br-r-r y chispas sulfurosas, como de una batería mental muy agitada, procedentes del escondrijo del secretario. Me instalé aún más cómodamente. Se supone que el sistema de Marconi presta ayuda a quienes se encuentran mar adentro en medio de una niebla espesa. Así fue. El inventor, lanzando una mirada aplacadora por encima del hombro, me hizo una seña inaudible para que continuase. —¿Cómo era usted de pequeño? —le pregunté—. ¿Le interesaba la ciencia? —Enormemente. Empecé a hacer experimentos cuando tenía siete años. Hice mi primer experimento de telegrafía sin hilos a la edad de diecinueve. Soy una fiel creyente en el influjo de la vida doméstica. La historia nos ofrece pocos ejemplos de niños solitarios que lleguen a ser eminentes, así que le pregunté: —¿Le sirvió de inspiración algún hermano mayor? —Tengo un hermano mayor —su tono y expresión rejuvenecida podrían haberse traducido como "¡Mi querido camarada!"—. No sé si me sirvió de inspiración, pero desde luego fue una influencia, aunque a él le tiraban más la agricultura y los negocios. Con todo, siempre me prestó todo su apoyo moral. —¿Qué hay de su familia? ¿Era tolerante? —Al principio, sólo eso. Me consideraban fantasioso. La idea que tuve de joven de enviar mensajes a través de las colinas de nuestro hogar en Italia no les quitaba el sueño de admiración, pero tampoco me pusieron obstáculos. Eso ya me parece mucho. Y en cuanto mis experimentos empezaron a ser tomados en serio se mostraron muy orgullosos y felices. Me agradaban estas reminiscencias, así que me quedé inmóvil, ya que me habían dicho que si se mueve el reflector lo más mínimo, el mensaje se interrumpe. —Sé que pensará usted que soy tremendamente ególatra, pero voy a confesarle que siempre he creído en mí mismo, que siempre soñé que llegaría a ser alguien, que daría que hablar al mundo. Supongo que todos los muchachos piensan eso de sí mismos, pero yo lo creía con más convicción que la mayoría de ellos. Los zigzags se desplazaban hacia mí de modo confidencial, trémulo, —¿Ha descubierto ahora, desde la perspectiva

*de su madurez, que es así como debe sentirse un muchacho? —triné. —
Creo que es la cualidad que salva al temperamento imaginativo y soñador.
—¿Le inspiró cuando niño la vida de algún científico en particular? El
señor Marconi se sumió en un abismo de pensamiento, del que no tardó en
emerger. —No recuerdo que hubiera ninguna influencia en especial; pero,
al contrario que muchos científicos, siempre me he sentido enormemente
interesado por los experimentos y descubrimientos de otros. El secretario
pasó de una puerta a otra. Me dirigió una mirada en la que leí que me
consideraba un auténtico cohesor Bramley. No me importó. No tenía la
menor intención de descohesionarme mientras el señor Marconi estuviera
dispuesto a seguir hablando. Fingí no haber percibido su dolida expresión
de confianza traicionada. ¡Oh, cielos, cómo son esos secretarios que saben
que soy una mujer falsa y perjura! Si se juntaran todos y sumaran las veces
que he empeñado mi palabra, el resultado cabría en la uña de un dedo.
Pregunté, perfectamente indiferente al sufrimiento que emanaba de mis
inmediaciones: —¿Soñó en el telégrafo sin hilos desde el principio? —No,
no creo que fuera así. Siempre tuve en mente la idea de poner a todos los
países en contacto, de unir lugares distantes entre sí, pero era todo muy
vagoroso. En la medida en que puedo expresar con palabras aquella remota
ambición, diría que quería dedicarme a algún tipo de trabajo científico que
me hiciera viajar mucho. —¿De modo que era un romántico? —pregunté
encantada en un tono que decía a las claras 'Ya lo sabía yo'. Habíamos
vuelto al punto de partida de la colegiala. —¿Romántico! Supongo que sí.
—El rostro de Marconi se iluminó como por un fuego interior. Ahora no
reflejaba carencia de emociones. Sus dedos trazaron agitadas ondas como
las que pudiera haber hecho una gigantesca araña de mar—. Cuando me
marche de aquí, viajaré durante cinco días hasta el corazón de los bosques
de Canadá. Resulta estimulante ver Nueva York, pero transcurrido cierto
tiempo, empiezo a sentir añoranza por mi trabajo. "Añoranza por mi
trabajo". Si duda es una traducción tan adecuada como la que más del casi
intraducible "instinto viajero". —¿Adora usted el Gran Más Allá? —dije,
casi susurrando, llevada por el temor de que Marconi el poeta se convirtiera
de nuevo en Marconi el inventor. —Ya lo creo que sí. Esas grandes
extensiones de mar y tierra; esos horizontes desdibujados. Es entre ellos
donde uno pasa los momentos más maravillosos de su vida. La imaginación
se enfrenta al infinito y uno puede leer inmensas posibilidades. Como dijo
Tennyson: "Experimentas la visión de todos los mundos y maravillas que
haber pudieran". Bajo aquel exterior sereno, tranquilo, creí percibir la
fuerza de su imaginación y la voluntad de materializar sus sueños en
hechos. —El lado humano es también interesante, ¿no es así? —pregunté*

deslizándome de las alturas. —Mucho. Gentes extrañas, tipos nuevos. Algunos inteligentes, otros no tanto. Muchos sólo te hacen perder el tiempo. —¿Le toman en serio los nativos? —Tienen que hacerlo. En algunas de las estaciones más remotas, pequeños reductos sobre la tierra, tengo que depender de la ayuda de los nativos. He de instruir a la gente, confiar en ella cuando me marchó, inspirarle confianza. No es la parte menos interesante de mi trabajo, puede creerme. Pensé en aquellos lugares casi ignotos con los que el nombre de Marconi está indisolublemente ligado. Salisbury Plains y Penarth, las bahías de Alum y Glace, Wimereux y otros. Las paredes del salón se desvanecieron y me pareció verle allí, en un marco más apropiado. Había pensado preguntarle alguna nadería acerca de la transmisión sin hilos en el teatro, pero el contraste entre el escenario de Broadway y aquel que acababa de mencionar, en el que se interpretan los grandes dramas de la naturaleza, en los que se usan grandes fuerzas primigenias en vez de mezquina mecánica teatral, hizo imposible la pregunta. En su lugar inquirí: —¿Le han robado las máquinas voladoras su... —titubeé un instante entre impacto y trascendencia y, malinterpretándome, el señor Marconi me respondió rápidamente: —He volado en una con algunos aparatos, pero nos sentimos todos tan interesados por el aeroplano que nos olvidamos del transmisor. —Cuando los aires estén poblados de aparatos voladores, como se ha predicho, ¿interferirá la presencia de tanta fuerza mecánica con las vibraciones de los emisores? —Ni lo más mínimo. —¿Qué nación le ha prestado más apoyo, financiero y moral? —Italia, en ambos aspectos. —¿Cree en el espiritismo? —Sí, pero no lo he estudiado muy a fondo. —¿Cree que se aproxima el día en que prescindiremos de los métodos ordinarios de comunicación como el teléfono y la correspondencia? Desde luego el señor Marconi tiene poderes de penetración. Me traspasó de parte a parte. —¡Ya lo creo que sí! Podremos sintonizar nuestras mentes. Estoy seguro de ello. Hasta cierto punto ya lo hacemos, pero algún día, al entrar en un restaurante, cuando el camarero le pregunte "¿Viene sola?", le contestará, "Oh, no, estoy esperando a alguien", emitirá una o dos ondas y ese alguien aparecerá. Se echó a reír ante la expresión extática de mi rostro. Aproveché para sacarle partido a mi deleite: —¿Y si alguna otra persona me está pidiendo lo mismo a la vez? —Oh, no, no se puede recibir y emitir al mismo tiempo, ¿comprende? —dijo con mayor regocijo aún. Seguimos trasteando con la idea de aquella hipotética comida. Entonces pregunté: —Supongamos que no recuerdo lo que me ha contado en esta entrevista. Si emito una onda, ¿la recibirá usted y me responderá? —No puedo prometérselo. —Ahora el bromista era el inventor—. Aún no hemos llegado tan lejos. La telepatía es

más una promesa que una realidad. —¿Se abolirán finalmente los cables telefónicos? —Los experimentos iniciales han tenido éxito. Cuando uno piensa que antes de 1898 no se había conseguido efectuar una transmisión sin hilos a una distancia de más de dos millas, ¿qué no cabe esperar? —¿Se interesó personalmente en el primer rescate en el mar merced a la telegrafía sin hilos? La ondas hertzianas son ahora muy calmosas y relajadas, la superficie de la mesa recibe un merecido descanso. La serenidad de mi bis-á-bis es más marcada que nunca. No hay duda de que el señor Marconi es un verdadero león. Tampoco hay duda que no es de los que roen los barrotes de su jaula. —Voy a decepcionarla. No sentí ninguna emoción, ninguna excitación, ninguna sensación de éxtasis, no más que las que siento ahora. —No me pareció muy halagador—. Había ocurrido ya mil veces en mi imaginación, así que cuando se produjo en realidad no significó nada excepto la gratificación de haber salvado vidas. —¿Trabaja usted en nuevos inventos? —En varios. Tengo presentados en la oficina de patentes los papeles para un radiogoniómetro que en mi opinión resolverá todos los peligros que plantea la niebla. Ya ha sido descrito en detalle en los periódicos. —¿Cuando cree que las ondas de radio darán la vuelta al mundo? —No sabría decirle. —¿Presenta dificultades la curvatura del planeta? —Hasta el momento, ninguna. —¿Cuál es la mayor distancia a la que se han transmitido mensajes hasta el momento? —Desde Gran Bretaña hasta la República Argentina. —¿Llegan más rápidamente que por cable? —De transmisor a receptor diría que la transmisión sin hilos es ligeramente más rápida, pero las dificultades comerciales de enviar los mensajes hace que ambos métodos resulten comparativamente iguales. —¿Cuáles son los precios respectivos? —De Nueva York a Londres los mensajes cuestan 15 centavos por palabra en el caso de la telegrafía sin hilos y 25 para la telegrafía por cable. —¿Y el tiempo exacto de transmisión? —Una fracción de segundo. Ante mi desafortunada utilización de la palabra "tiempo" el secretario, como un genio saliendo de su lámpara, se materializó repentinamente. Era fácil percibir que yo me encontraba fuera de su radio amistoso. Emitía señales de peligro al éter y el señor Marconi captó un impulso oscilante que hacía referencia a los cinco minutos que yo había prometido no superar. Mi mente, perfectamente sintonizada, captó el mensaje de despedida. Me levanté apresuradamente, y mientras nos estrechábamos la mano tuve la misma impresión que al principio, pero multiplicada por mil, de que todas las cosas agradables que mis amigos decían del señor Marconi eran verdad. Es poseedor de la infinita paciencia, la agudeza de observación, la habilidad práctica y la imaginación despierta que se le atribuyen. Es el hacedor y el soñador: un hombre de acción y un

poeta. Y, al percibir el socarrón chispear de sus ojos, añadí a tan larga y merecida lista de cualidades la que hacía del hombre, incluso del inventor célebre, del OC y el amigo de reyes un buen "tipo".

G. K. CHESTERTON

Entrevistado por Hugh Lunn (Hearth and Home, 17 de octubre de 1912)

El escritor inglés Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) se educó en la St. Paul's School en Londres y cursó estudios de arte en la Slade School. Escribió poesía y ensayo y fue autor de polémicas críticas, de una serie de historias de detectives en las que el protagonista era un sacerdote (el padre Brown), y de las biografías de Browning, Dickens y Robert Louis Stevenson. Se convirtió al catolicismo en 1922 y posteriormente escribió las populares biografías de san Francisco de Asís y santo Tomás de Aquino. Hugh Kingsmill Lunn (1889-1949) era también biógrafo. Publicó las biografías de Matthew Arnold, Shakespeare y Frank Harris, además de ensayos, antologías y libros de viaje bajo el nombre de Hugh Kingsmill. Trabajó en Hearth and Home durante el breve y controvertido periodo en que el director de esta publicación fue Frank Harris. Todo el mundo conoce la apariencia de Mr. Chesterton, "un hombre rotundo, ¡vive Dios!, y corpulento", como Falstaff. También resultan familiares sus escritos, que le han ganado multitud de discípulos, especialmente entre los jóvenes. En Oxford, los tipos chestertoniano y shawiano son bien conocidos: el shawiano, entronizado por encima de las emociones humanas, es inteligente, pero engreído; el chestertoniano, menos brillante, es más agradable. No le interesan las ideas avanzadas, pero aspira a combinar el ingenio con la probidad. Así pues, da la bienvenida a un escritor que defiende con humor viejos modos de pensamiento y ataca a los pensadores modernos sobre la base de que son pelmazos anticuados ocultos tras un disfraz. No obstante, a la jovialidad de Chesterton subyace auténtica amargura, a veces la impaciente intolerancia del hombre que defiende una posición difícil. Me interesaba ver si esta intolerancia resultaría más o menos manifiesta en persona. En términos generales, me pareció que menos. Mr. Chesterton abrió fuego en sus términos característicos: — Siempre estoy dispuesto a que me entrevisten, ya que mantengo la teoría, hoy totalmente olvidada, tanto como esta caja de cerillas hasta este mismo instante (sacó una caja de un cuenco que había sobre la chimenea), de que la prensa es un ágora pública. No le negaría una entrevista ni siquiera a un periódico propiedad de uno de esos millonarios capitalistas a los que detesto. Hoy en día la prensa sólo se hace eco de los poderosos; su verdadero objetivo debería ser ofrecer al público la oportunidad de exponer

sus puntos de vista. "¿Y bien? ¿De qué quiere que le hable ahora? Estoy dispuesto a ofrecerle mi opinión sobre cualquier tema, sepa o no algo sobre el mismo. No, no soy un imperialista en el sentido moderno del término; la única teoría del imperialismo que me parece sólida es la de Dante. Él defendía al Imperio romano como el mejor gobierno humano sobre la base indiscutible de que el mejor gobierno humano probablemente crucificaría a Dios. César tenía que respetar las leyes, porque Cristo tenía que morir a manos de la ley. "No, tampoco creo en el cosmopolitismo. En nuestros días, o bien está en manos de los financieros que pretenden obtener beneficios de él o es producto del socialismo ateo, como ocurre en Alemania. Cristo no vino al mundo para traer la paz entre las naciones. Me gusta pensar que cuando dijo que había que poner la otra mejilla, quería decir que un hombre, al ser atacado, debía humillar a su agresor tratándole con repentino e inesperado desprecio. Hizo una pausa, sonriendo, y me preguntó qué era lo que realmente deseaba preguntarle. Yo quería saber qué pensaba de escritores vivos y muertos, ya que había tenido ocasión de comprobar que nunca hablaba de la literatura por la literatura, sino sólo en el contexto de lo que cabría llamar temas de mayor alcance. Aunque empezaba a comprender que, cualquiera que fuera el tema a discutir, él siempre acabaría sintiéndose arrastrado a expresar ciertas teorías sobre la vida, le planteé una pregunta directa. —Se muestra usted muy hostil hacia los movimientos literarios de los años ochenta y noventa, ¿me equivoco? — Está usted en lo cierto. ¿Cómo podría explicarle lo que siento? Tengo la sensación de que en aquella época los dos grandes ideales de la vida habían muerto. La Revolución Francesa, o eso creía la gente, había destruido el cristianismo, y los decadentes ni siquiera creían en la Revolución Francesa. No les importaban nada ni los derechos del hombre ni los de Dios. — ¿Entonces no le gusta Un muchacho de Shropshire de Housman? —Es maravilloso —respondió él—, de una extraordinaria belleza lírica. Pero fue escrito por el demonio. El sufrimiento presente en Housman o Hardy es perverso, totalmente opuesto al digno dolor de Milton. Los campesinos no perciben así las cosas. Por supuesto, todos nos sentimos melancólicos de vez en cuando: usted y yo probablemente nos sintamos así hoy mismo, antes de irnos a la cama. Pero a juzgar por el modo en que escriben, se diría que a Hardy y a Housman les han sacado a patadas hasta de la última aldea y les han arrojado a todos y cada uno de los pilones del reino. En una sociedad sana se escriben los heroicos romances campesinos de Francia, España e Italia, pero una aristocracia terrateniente como la nuestra da lugar a cosas como Un muchacho de Shropshire y esas historias de Wessex. Las palabras "aristocracia terrateniente" hicieron sonar una nota de alarma y le

pregunté apresuradamente qué pensaba de Wells. —Es poco convincente: su limitación es una mente ilimitada. ¿Conoce ese tipo de navaja que todos los muchachos adoran, y yo también, que lleva toda clase de accesorios? Wells es como ese cortaplumas, sólo que no tiene tenacillas. Nunca se aferra realmente a nada; no sabe lo que es un punto ortográfico. Esas líneas de puntos que pone al final de las frases son, en mi opinión, su mejor representación. Es como un sombrero que flota en el mar del pensamiento moderno; se diría que las olas acabarían llevándole hasta la playa, pero ahí sigue, subiendo y bajando. Carece de tentáculos, no puede agarrarse a nada. Por supuesto que Wells tiene una mente maravillosa: Tono-Bungay es una gran novela. La gente dice que sus libros son inmorales, aunque eso no son más que estupideces. "Shaw es mejor luchador que Wells, pero pierde mucho por el miedo que le tiene a sus emociones. El modo en que habla del amor me parece sencillamente demencial. —¿Qué opina de Arnold Bennet? —Más o menos lo mismo que de Hardy y Housman; alguien debe haberle roto la espalda. —¿Pero no cree que su humor es genial, verdadero? —protesté. —Desde luego. Como ese glorioso héroe suyo en The Card, ha contribuido a la mejor de las causas: "la gran causa de alegrarnos la vida a todos". Aun así, sospecho que está en contra del auténtico regocijo. Pero resulta difícil hablar de él. Sus libros son obras de arte acabadas, y no es posible discutir las simplemente por ese motivo. —¿Está de acuerdo con lo que Frank Harris dice de Shakespeare? —Bueno, creo que su libro es todo un mazazo para los baconianos, pero hace demasiado hincapié en la diferencia entre Shakespeare y el resto de nosotros. Todos somos igual de poéticos que Shakespeare, lo que ocurre es que no somos tan buenos poetas como él. Nuestros temperamentos son los mismos, pero ni usted ni yo tenemos el cerebro para escribir líneas como "Y todos nuestros ayeres han alumbrado bufones...". —Usted no cree que el artista esté tan próximo a las cosas como el hombre de a pie, ¿verdad? —No, no lo creo. Muchas personas consideran la dicha y el dolor del obrero caóticos y cómicos; piensan que sólo encajan en un número de music-hall. A mí, sus emociones me parecen más duraderas, menos sofisticadas que las del artista. Si Eduardo I volviera a la vida comprendería a los trabajadores, pero sólo Dios sabe qué opinaría de nuestros artistas modernos. "Para mí el artista y el hombre de acción están al mismo nivel. Byron trabajaba con las palabras; Napoleón con las bayonetas. No veo que haya mucho donde escoger entre ambos, aunque reconozco una ligera preferencia por los recursos de Napoleón. —En tal caso, ¿quién es para usted el tipo más elevado de hombre? —El santo: san Francisco de Asís podría ser juez tanto de Byron como de Napoleón. Por

cierto, un diálogo entre los tres sería muy entretenido. —Tomemos un artista más grande que Byron. ¿Cree que Shakespeare podría ser juzgado por san Francisco? —Sí. Shakespeare compartía algunos de los vicios de los literatos. Hablaba demasiado de la fama; al santo no le preocupa si sobrevivirá al mármol o los monumentos de los príncipes. El razonamiento me pareció poco realista: san Francisco también tenía sus vicios. La autoflagelación es un vicio, tanto como el desenfreno, aunque sin duda menos frecuente. Continué: —¿No cree que el artista está infravalorado hoy en día en comparación con el hombre práctico? —Sí, no creo que el equilibrio sea ajustado. Por supuesto, las simpatías de uno no están siempre del mismo lado. Si un grupo de poetas trovadores, individuos nobles y valerosos, fuera pasado a cuchillo por un regimiento de soldados prusianos, naturalmente simpatizaría con los poetas. Pero si Nerón, ese eminente esteta, se rodeara de un grupo de atractivos jóvenes romanos y se dedicara a vivir el momento por el momento, me encantaría ver cómo una tropa de legionarios dacios alteraba la armonía artística con sus modales toscos y antiestéticos. Ambas ilustraciones me resultaron interesantes, aunque la segunda era mucho más vivida y realista que la primera. Se diría que a Mr. Chesterton le resulta imposible simpatizar con el artista sin retratarle como un personaje viril, un verdadero hombre, cualidades características del hombre de acción. Con todo, insistí: —¿No cree que los poetas menores son injustamente vituperados hoy en día? —Sí, y como poeta menor lo siento profundamente. Los periodistas no pueden emprenderla a golpes contra los poderosos. Por eso lo hacen con el poeta menor. Es como el hombre que no se atreve a pisar un territorio de caza mayor, mientras continúa jactándose de que caza escarabajos. La conversación, que abordó multitud de temas, se desarrolló a lo largo de dos horas. Su bondad y simpatía, que no desaparecen del todo ni siquiera en sus momentos de mayor intolerancia, ponían una nota de encanto a todo lo que decía. El peculiar flujo de imaginación traslucía una mente rápida y receptiva; el amor por las viejas e inalterables certidumbres, una tendencia a rehuir el futuro desconocido. Las almas grandes escudriñan la oscuridad que se abre ante ellas dando la espalda a los gratificantes paisajes del pasado. El rústico mesón en el que se reúnen los hombres de campo se encuentra alejado de la carretera principal. No conviene rezagarse en él; su encanto es tan fatal como el cenador en el que se instalan los decadentes.

FRANK HARRIS

Entrevistado por Djuna Barnes (The New York Morning Telegraph Sunday Magazine, 4 de febrero de 1917)

El periodista y escritor Frank Harris (1856-1931) nació en Irlanda. Obtuvo una beca para la Universidad de Cambridge, pero en vez de asistir a ésta, empleó las 10 libras para viajar a Estados Unidos, donde desempeñó multitud de trabajos en diferentes estados. Después de estudiar leyes en una universidad de Kansas, viajó a Europa para informar acerca de la guerra ruso-turca. Más tarde seguiría sus estudios en universidades alemanas. De vuelta en Inglaterra, abrazó de nuevo el periodismo, siendo editor, sucesivamente, de Evening News, The Fortnightly Review y Saturday Review. Fue amigo de Oscar Wilde, H. G. Wells y George Bernard Shaw. Vendió Saturday Review en 1898 y pasó a publicar Vanity Fair. Posteriormente se convirtió en director de Hearth and Home, de donde fue despedido por ser demasiado controvertido; y Modern Society, que abandonaría para cumplir una sentencia de cárcel por libelo. Harris era un rebelde y un bribón. A su regreso a Estados Unidos desde Inglaterra compró Pearson's Magazine. No obstante, sus simpatías hacia la causa alemana le crearon problemas con el Servicio de Correos de Estados Unidos y la publicación de Pearson's acabó siendo suspendida. Posteriormente, Harris se trasladó a vivir al sur de Francia con su segunda esposa. Allí escribió su libro más notorio, My Lives and Loves (1923-1927), que, en opinión de algunos sólo sirvió para confirmar su imagen de personaje fantasioso. Debido a la explícita descripción de sus relaciones sexuales, el libro estuvo prohibido en Estados Unidos hasta 1964. Djuna Barnes (1892-1982), poetisa, novelista y caricaturista estadounidense, nació en Cornwall-on-Hudson, Nueva York. Trabajó como reportera y caricaturista para varios periódicos y revistas, como New York Press, The New York Telegraph Sunday Magazine, New York Sun Magazine, Vanity Fair, Charm, McCalls, Theatre Guild Magazine, Physical Culture y Unmuzzled Ox. También escribió reportajes de opinión pública. Entre las entrevistas que realizó a lo largo de los años se incluyen las de James Joyce, Jack Dempsey, D. W. Griffith, Raymond Hitchcock, David Belasco, Florenz Ziegfeld, Billy Sunday (el popular predicador) y Alfred y Lynn Lunt (el matrimonio que formaba pareja teatral). Además de su trabajo como periodista, Barnes escribió obras teatrales en un acto, cuentos cortos y una novela, Nightwood

(1936). *Estaba cenando en casa de una amiga hace unos dieciocho meses cuando la doncella anunció a Mr. Harris. —Es Frank, ¿sabes? —dijo mi anfitriona levantándose para recibirle. Entró en la habitación un hombre bajo, un hombre con pelo oscuro y espeso y un bigote como un mural, un ornamento en la morada de Harris. Un hombre que parecía ese pasillo protegido por el que a la vida le había encantado pasear. Uno se sorprende cuando le oye hablar: su voz tenía el tono rico y profundo de un hombre grande; permítanme que la llame el eco de aquellos que pasaron. Sus ojos eran penetrantes y a la vez bondadosos; no con demasiada frecuencia, pero de cuando en cuando, era posible ver que aquel hombre no había lanzado el arpón él solo. No puedo decir nada más expresivo para describirle: la vida le ha utilizado. Me gusta más que la frase de que él ha utilizado la vida. Fue la única vez que me encontré con él sin conocerle, ya que se convierte inmediatamente en un amigo o en nada. Tiene también la terrible cualidad que acompaña a esta actitud: su amistad puede desaparecer casi tan brusca y definitivamente como surgió. Es terrible que los recuerdos de los grandes hombres mueran con sus contemporáneos. Sólo durante tan breve tiempo puede un hombre decir sobre otro: "Le conocí bien. Solía tener la divertida costumbre...". Pronto, trágicamente pronto, el comentario se convierte en: "Conocí a un hombre que conocía a...". Es el caso de Harris. Con él muere virtualmente lo más antiguo y mejor del último siglo de literatura inglesa. Un elocuente popurrí de pétalos caídos de las flores de Europa, un fragante montón al que él ha añadido su propia y espléndida lluvia de hojas, que pronto pasará a lo ilimitado, lo infinito, donde todo lo limitado encuentra lecho y sueño eternos. Recuerdo haber caminado con él por la Quinta avenida una noche de otoño y mi sobrecogido asombro ante sus cambios de ánimo. Un momento echaba a correr y saltaba un charco en medio de la calle y al siguiente denunciaba la contumaz exigencia americana de "finales felices". Algún editor le había convencido de que cambiara uno de sus libros y empezaba a lamentarlo. Por las venas de Harris corre sangre de pirata. Como Benvenuto Cellini, es incapaz de no apreciar la belleza de la fuerza. ¡Ah, cómo le brillaban los ojos al mencionar las minas de diamantes de Kimberley! —Eso sí que es vida — repetía una y otra vez. Y hasta Nellie, su esposa, disfruta a lo grande observándole. Le jura que cumplirá su parte a la hora de asaltar el tren, si él desempeña la suya. Es un pasatiempo para ambos, pero hay algo en la ardiente y fugaz luz que emiten los ojos de Harris que va más allá de la diversión. Yo dije: —Aún le veré colgado en Kimberley. Le veré colgar del cuello en Kimberley. Aquello tenía un extraño ritmo poético. Harris levantó la vista y asintió con la cabeza. —Así es como hay que morir —dijo—.*

*Como un valiente y no como un gusano. Para mí personalmente, el lado social de Harris es el más atractivo. Es tan humano, a menudo tan brillante, tan cáustico, tan amargo en ocasiones. Está lleno de odio imperecedero hacia sus enemigos y hacia quienes le han causado problemas; de exaltada ira, desencadenada siempre por el dolor que a su alma de artista ha causado la vulgar burguesía; de un activo desprecio por aquellos que entorpecen y malogran todo. Y aun así es siempre un perfecto caballero. Ése es mi modo de quererle. Así es como mi mente acepta como cierto lo que en él hay de siniestro. Pero tiene una vertiente de hombre de negocios y también debía indagar en ella, porque cuando está siendo entrevistado es otra persona. No es el escritor, ni el orador, ni el anfitrión, es el hombre que convirtió la *Fortnightly Review* en lo que llegó a ser en Londres y que está haciendo de *Pearson's* lo que es aquí. Y no puedo menos que apartarme ante el bisturí que saja la verdad de la cabeza a los pies y la exhibe en canal como un tembloroso espécimen anatómico delante de mis ojos. Le pregunté si había alcanzado la "seguridad" con *Pearson's*. —Así lo creo —dijo—. El responsable de distribución me ha comentado que las ventas se han cuadruplicado en Nueva York en los últimos cuatro meses y se están recibiendo pedidos de reposición de todas partes del país. Tres días después de la publicación del número de febrero, desde Filadelfia y Chicago nos llegaron solicitudes de un veinticinco por ciento más en el envío. Ahora hemos recibido otro de Filadelfia solicitando otro veinte por ciento. —¿El éxito llega a la carrera aquí, mientras avanza de puntillas en Londres? —inquirí. —Sólo puedo hablar de mi propia experiencia —replicó—. Desde mi punto de vista, es más fácil de obtener aquí, en Estados Unidos. Permítame que me explique. En Inglaterra a las clases sociales les desagrada la política radical. Por supuesto, si consigues reunir a cuatro o cinco hombres de genio, como los que tenía a mi disposición en el *Saturday Review*, el aumento en la circulación queda prácticamente garantizado. Shaw, Wells, Max Beerbohm, Cunningham-Grahame y Arthur Symons le dan a un semanario distinción e influencia, pero incluso en un caso así el anunciante no sigue los pasos del lector. Aunque casi dupliqué la circulación del *Saturday Review* durante el primer año, perdí más de la mitad de mis anunciantes. A las clases acaudaladas les disgusta la originalidad. Además, detestan todas las teorías radicales. El tendero de clase media inglés es el enemigo del progreso más obstinado del mundo. Es tan presuntuoso como un aristócrata y profesa un demencial amor al dinero y el correspondiente odio hacia aquellos que le dificultan de algún modo el obtenerlo. "En Estados Unidos, por otra parte, es posible alcanzar el éxito por medio de una política radical. Es decir, un editor puede mejorar*

sus ventas gracias a ella y la publicidad sigue a las ventas. El próximo éxito del periodismo americano será un diario auténticamente radical en Nueva York. "Ésa es la diferencia entre Europa y América. En Europa se es radical hasta que se consigue poder; luego uno se vende a las clases privilegiadas y obtiene todo lo que quiere para sí mismo. Como Lloyd George y Briand, que empezaron como reformistas sociales o socialistas y son hoy defensores de las clases acomodadas y el capital. Siendo presidente Wilson introdujo una reforma radical, la ley de la jornada de ocho horas. Algo así sería totalmente impensable en Europa. "Estados Unidos es radical en el fondo de su corazón. Si alguna vez surge aquí un Moisés, le seguirán hasta la Tierra Prometida. En Europa, la única oportunidad que tendría Moisés de alcanzar el liderazgo sería convertirse en un lacayo de las clases privilegiadas. Todo el mundo se asusta cuando le oye decir que el mar Rojo es un mar de sangre. "Actualmente mi mensaje es mejor que el papel en que está impreso —añadió sonriendo. Entonces le pregunté si creía que Lloyd George sería incapaz de llevar a los ingleses a la victoria. Si no era de la opinión de que, como líder popular, Lloyd George era ya un caso perdido. —Totalmente, me temo —asintió—. No se apoya en los liberales, sino en los conservadores; constituye la última esperanza de la oligarquía. Cree que la energía, el valor y el trabajo marcarán la diferencia entre el éxito y el fracaso en esta guerra. Tanto los comandantes ingleses como los franceses respaldan su confianza. Piensa que, si disponen de suficiente munición, los aliados pueden abrirse paso en el Oeste y hacer retroceder a los alemanes hasta sus fronteras. Prácticamente se ha comprometido a hacer realidad este objetivo de aquí a agosto. En mi opinión, fracasará; pero aunque tuviera éxito, no obtendrá mejores condiciones de los alemanes que ahora. "Al rechazar la propuesta de paz y plantear exigencias exorbitantes, se ha convertido en el principal responsable de la prolongación de la guerra al menos durante un año. Y el próximo año de guerra costará más en sangre y dinero que lo que pueda ganar cualquiera de los combatientes o todos ellos juntos. Infravalora a sus adversarios, o más bien no comprende a Alemania en absoluto, ni los objetivos alemanes. —¿Y el resultado será? —Un empate —respondió Mr. Harris— en el que los alemanes ganarán por puntos. —¿Cree que el presidente Wilson podría poner fin a la guerra? —Sí, pudo hacerlo hace año y medio, cuando Inglaterra dependía de Estados Unidos para obtener munición. En ese momento el presidente podría haber obligado a Inglaterra a proponer unos términos razonables amenazándola con un embargo a la exportación de municiones; pero ahora los suministros americanos no son esenciales para Gran Bretaña. Por tanto, el presidente Wilson difícilmente podría imponer

la paz en estos momentos. Si se pusiese a trabajar en ello sin descanso podría lograrlo de aquí a septiembre u octubre; especialmente si los aliados no consiguen expulsar a los alemanes de Francia o romper sus líneas. Creo que el presidente Wilson hará todo lo que esté en su mano para poner fin a esto, pero no veo esperanza alguna de que lo consiga hasta que Lloyd George haya concluido su intento y haya fracasado. —¿Entonces usted cree que si los aliados ganan y hacen retroceder a los alemanes hasta sus fronteras la guerra continuará? —Probablemente. Los alemanes jamás aceptarán los términos planteados por los aliados hasta que estén totalmente derrotados, y me parece imposible que eso ocurra. —¿Qué cree que pasará en Estados Unidos una vez alcanzada la paz? —Estados Unidos tendrá que socializar sus principales industrias para hacer frente a la nueva competencia de la Europa socializada. O bien tendrá que erigir enormes barreras arancelarias para mantener fuera a la competencia, lo que tendrá como efecto un enorme incremento de la desigualdad social en Estados Unidos. Me alegró mucho ver que el secretario Daniels pretende socializar la fabricación de municiones. Ésa es la mejor línea a adoptar. Parece estar haciendo muy bien las cosas. "Me gustaría que los teléfonos y los telégrafos pasaran a manos del Estado y también las vías férreas, pero es difícil que algo así ocurra el año que viene; y no ocurrirá jamás si se presta atención a los que opinan como Frank Trumbull. Pero yo estaba pensando en Shaw y en Moore y en Wilde y esas otras mentes brillantes con las que Frank había hecho saltar chispas. Así que le solté la pregunta de repente, interrumpiendo un momento de ensoñación en el que se había sumido, con la mano metida entre los botones primero y segundo de su abrigo, como se le ve en fotografías antiguas. —Hábleme —dije— de esos hombres que contribuían al genio del Saturday Review. —Pues verá —respondió—, Shaw y Bertrand Russell probablemente sean los dos únicos hombres de Inglaterra que han mantenido las ideas claras en medio de la catástrofe general. Es asombroso lo contagioso que resulta el espíritu gregario en Inglaterra. También en América hay gente que considera que el patriotismo es el alma de la nación. —Y Shaw —inquirí—, ¿qué clase de cartas escribe? —Las cartas de Shaw son tan divertidas como sus obras teatrales. Pudo usted verlo el otro día cuando respondió a la invitación para venir a América a dar conferencias. Respondió que le daba miedo venir, porque le gustaba viajar en vagones de tren con las esposas de otros hombres. Un puyazo por el modo en que tratamos a Gorki. —¿Y George Moore? —Ahí tiene un hombre que escribe cartas tan bien como escribe libros. La mayor parte de la gente que da un paso al frente es sincera, en especial los hombres con talento. —¿Y cuál es su opinión de Estados Unidos por lo que

se refiere a la literatura y el arte? —En ese campo aquí está todo por hacer. Prácticamente no se ha emprendido aún el camino. A la larga, el carácter variopinto de Estados Unidos puede ser de gran ayuda. Todos los Estados deberían disponer de una galería de arte, un teatro y un conservatorio de música estatales y, por supuesto, dotaciones económicas para la investigación científica. También todas las grandes ciudades deberían tener su teatro municipal, su galería de arte municipal, escuelas de música municipales, escuelas municipales de física y química. El arte, la literatura y la ciencia han de ser financiadas e incentivadas. Esa es la principal necesidad de América hoy en día; ésa es la lección que Alemania y Francia le han dado al mundo. Los hombres de Estado deberían considerarse jardineros y no sentirse satisfechos hasta que puedan mostrar especímenes de todas las flores del genio en sus jardines. —¿Cree usted que la subvención del arte produce artistas y la de la literatura escritores geniales? —Los hombres de genio están siempre ahí —replicó Harris—, pero si no se les ayuda, no podrán producir sus grandes obras. Shakespeare jamás habría podido escribir sus mejores trabajos, jamás habría escrito Hamlet, Otelo o Antonio y Cleopatra si lord Southampton no le hubiera entregado las mil libras que hicieron posibles tan elevados logros. Los gustos populares eran por aquel entonces peores que los nuestros. Su peor obra, Titas Andronicus, era de corte popular y se representó cientos de veces durante su vida, mientras que Hamlet sólo se representó en una docena de ocasiones y Lear una o dos veces. "Sólo cuando Nueva York disponga de un teatro municipal y un teatro estatal podremos equipararnos con París, que tiene el Odeón y la Comédie Franoaise, y eso que nosotros tenemos una población un cincuenta por ciento mayor. En Estados Unidos financiamos la educación común básica, pero no la flor de la educación. Debemos financiar el talento y todas sus manifestaciones. Se volvió bruscamente hacia la chimenea y, dejando caer su labio inferior, dijo "Ah" como sólo él sabe hacerlo. La exclamación de un hombre que se niega a sollozar cuando su corazón se desborda, la desolada expresión de un hombre que no se permite la desilusión; un sonido a medio camino entre la tregua y el desafío. —¡Es terrible, terrible! —dijo, sujetándose las manos a la espalda y dirigiéndose hacia la ventana, desde donde podía ver el parque. Le pregunté suavemente: —¿Qué? —El modo en que tratan a la gente; el modo en que tratan a los hombres de talento y valor en América. No entiendo cómo pueden ustedes soportarlo. Sabía que se refería a aquellos que hemos nacido con un mínimo de reverencia por todo lo que es bello y un mínimo de amor por las cosas que son terribles; y asentí con la cabeza.

EUGENE O'NEILL

Entrevistado por Young Boswell (New-York Tribune, 24 de mayo de 1923)

Eugene Gladstone O'Neill (1888-1953), dramaturgo estadounidense, nació en Nueva York. Hijo de un actor, su educación fue irregular y sólo incluyó un año en Princeton. Tras realizar algunos trabajos como periodista se hizo marino y viajó a Sur y Australia. Cayó enfermo de tuberculosis y fue confinado en un sanatorio donde decidió empezar a escribir obras de teatro. En 1915 pasó a formar parte de los Provincetown Players y escribió una obra para ellos, Más allá del horizonte (Beyond the Horizon, 1920), que fue galardonada con el premio Pulitzer. Ganó varios Pulitzer más por Ana Christie (Anna Christie, 1922), Extraño interludio (Strange Interlude, 1928) y Largo viaje a la noche (A Long Day's Journey into Night, 1957). Sus obras teatrales tienden a ser de larga duración, tono trágico y audazmente experimentales en su puesta en escena. Se convirtió en el primer dramaturgo americano en obtener, en 1936, el premio Nobel de Literatura. Young Boswell fue el seudónimo adoptado por Harold Stark con el propósito de llevar a cabo una serie de entrevistas cortas. En 1923 Stark, que acababa de salir de la facultad de Princebridge, decidió entrevistar a Joseph Hergesheimer, el novelista americano, como ejercicio especulativo. Transcribió la conversación y propuso al editor del New-York Tribune, Julián Masón, la idea de escribir una columna diaria con una entrevista. El precio fijado por Stark eran treinta y cinco centavos, pero Masón le entregó "un billete verde de cierta denominación... el primer dinero que jamás había ganado". Entre las diversas celebridades entrevistadas por Young Boswell para el Tribune se cuentan Hugh Walpole, Serguéi Rajmáninov, Theodore Dreiser, William Allen White, H. L. Mencken, Hilaire Belloc, Ethel Barrymore, Leopold Stokowski, Isadora Duncan, Alia Nazimova, Dorothy Parker, Will Rogers, Chaplin y Joseph Conrad. Estas entrevistas fueron publicadas al año siguiente en un volumen titulado People you Know. Eugene O'Neill es el más ilustre dramaturgo de la América actual. En dos años consecutivos, sus obras Más allá del horizonte y Ana Christie se han hecho acreedoras cada una de ellas al premio Pulitzer. Sus piezas teatrales están siendo representadas en Inglaterra, Francia y Alemania, y han sido acogidas con tremendo entusiasmo. El emperador Jones (Emperor Jones) fue un experimento pionero de hipnosis de la audiencia. El mono peludo (The Hairy Ape) demostró que las

*tragedias pueden ser un éxito de público. O'Neill es hijo de un actor. Ha sido, en rápida sucesión, alumno de Princeton, minero del oro, marino, actor, poeta y dramaturgo, y sólo tiene treinta y tres años. Ningún otro escritor actual tiene el penetrante sentido de la tragedia que se pone de manifiesto en las obras de Eugene O'Neill. Alguien ha dicho que de niño era excesivamente sensible y delicado y otro, un crítico académico sin duda, que escribía con tal vena trágica porque era joven. Sea quien sea el que se equivoque, Young Boswell tenía curiosidad por desvelar la fuente de esa calidad incisiva e inevitablemente trágica, pero descubrió que, al mencionar el tema, el joven autor se mostraba reticente a responder. —Siento una innata exultación frente a la tragedia, que procede de una gran reverencia hacia el sentimiento trágico de los griegos. Probablemente, el elemento trágico del hombre sea lo único significativo de su existencia. Es un hombre de fisonomía desgarbada, que produce la ilusión de estatura. Su rostro es largo y delgado, juvenil y sensible. Sus ojos son serios y muy oscuros, como si a su través las cosas se vieran bajo una luz sombría. Su pelo castaño está encanecido en las sienes. Habla titubeante pero sinceramente, al verse obligado a hablar de cosas que para él son privadas; de teorías que, según confesó, no se ha formulado. No es el típico artista consciente de sí mismo, sino más bien un hombre de carácter que no puede evitar el escribir. Con todo, no es propenso a desnudar su alma. —Quiero escribir una obra que sea auténticamente realista. Ese término se usa de modo un tanto impreciso en el teatro, donde la mayoría de las llamadas obras realistas abordan tan sólo la apariencia de las cosas, mientras que una obra auténticamente realista intenta ahondar en lo que podríamos llamar el alma de los personajes. Profundiza en aquello que convierte al personaje en esa persona y no en otra. La danza de la muerte de Strindberg, es un ejemplo de ese verdadero realismo. En mis últimas dos obras, *The Fountain* y la que estoy escribiendo ahora, siento que estoy regresando, en la medida en que es posible hacerlo en los tiempos que corren, a lo religioso en el teatro. El único modo en que podemos traer la religión de vuelta es a través de la exaltación de la verdad, a través de una exultante aceptación de la vida. Titubeé como si no deseara revelar nada más y miró a través de la ventana. Luego continuó. —Si existe algo significativo en la modernidad es que nos enfrentamos a la vida como realmente es. Ese hecho diferencia esta época de cualquier otra. No tenemos religión con la que evadirnos de la vida. Como todos los demás medios de evasión, la religión se está descomponiendo. Miramos a la vida directamente a los ojos. Y vemos que nuestras vidas no contienen ninguna de las cualidades que siempre hemos empleado para describir las cosas*

buenas de la existencia. Así que tenemos que enfrentarnos a la vida tal y como es, dentro de nosotros mismos, y hacerlo con gozo extrayendo de ello el necesario entusiasmo. Y es difícil obtener motivos de gozo de la vida moderna. Una vez más quedó en silencio. Se inclinó para ajustarse el cordón de un zapato y Young Boswell temió que hubiera terminado de hablar. Entonces se refirió al teatro. —Lo que persigo es que el público salga del teatro con un sentimiento exultante al ver a alguien enfrentarse a la vida, luchar contra las eternas dificultades, no conquistando sino, quizá inevitablemente, siendo conquistado, sobre el escenario. La vida del individuo se vuelve significativa exclusivamente por la lucha, la aceptación y reafirmación de ese individuo, que le convierten en lo que no es, como siempre ha ocurrido, que le convierten en alguien distinto a quien es en realidad. En la medida en que existe un ejemplo de esto en El mono peludo, éste es su último gesto, matarse. Se convierte en sí mismo y en ninguna otra persona. —¡La realización total del ego individual! —La lucha del hombre por dominar a la vida, por reafirmarse e insistir en que la vida carece de sentido fuera de él. Una lucha en la que entra en conflicto con la vida, cosa que ocurre continuamente; su intento, fallido, de adaptar la vida a sus propias necesidades. Es a eso a lo que me refiero cuando digo que el hombre es el héroe. "Si uno de cada diez mil es capaz de captar lo que quiere decir el autor, si ese alguien puede identificarse en su interior con el personaje y al mismo tiempo experimentar la excitación emocional de ser esa persona en la obra, entonces el teatro se reencontrará con el significado fundamental del drama, que contiene algo del espíritu religioso que tenía el teatro griego. Y también algo de la exultación de la que la vida moderna está absolutamente desprovista.

STANLEY BALDWIN

Entrevistado por F. W. Wilson (The People, 18 y 25 de mayo de 1924)

El político inglés Stanley Baldwin (1867-1947) era hijo de un fabricante de hierro y acero. Estudió en Harrow y en el Trinity College de Cambridge, y fue elegido por primera vez como parlamentario conservador en 1906. Su elección como líder del partido y primer ministro en 1923 fue una sorpresa, pero el partido le prefirió a él antes que al aristócrata Curzon. Fue primer ministro en tres ocasiones: en primer lugar de 1923 a 1924; después, tras el efímero Gobierno laborista de Ramsay MacDonald, de 1924 a 1929; y finalmente, de 1935 a 1937, encabezó el Gobierno nacional. Tras su retiro en 1937 fue nombrado primer conde Baldwin de Bewdley. Durante la etapa en que ostentó el cargo de primer ministro se produjo la huelga general de 1926, en la que su Gobierno plantó cara a los sindicatos, y tuvo lugar la abdicación de Eduardo VIII. Su último periodo como primer ministro (1935-1937) fue criticado por Churchill por no haber rearmado al país con la necesaria diligencia en respuesta a la agresión de Alemania. Era un político astuto que se enorgullecía de su reputación de honradez y consideraba que una de sus principales tareas era mantener al peligroso y poco digno de confianza Lloyd George alejado del centro de la política. Mientras estaba en la oposición, en 1924, Baldwin concedió una entrevista al corresponsal político de The People, que por aquel entonces era un periódico dominical de derechas, en la que hizo unos cuantos comentarios incautos acerca de sus colegas políticos conservadores Winston Churchill y lord Birkenhead (la referencia a su salud es una velada alusión a su afición al alcohol), así como a lord Beaverbrook, el magnate de la prensa. La entrevista fue una sensación. En cuestión de horas, la sede central del Partido Conservador emitió un comunicado de prensa manifestando que la entrevista contenía ciertas imprecisiones. Al día siguiente se hizo público otro comunicado, que en esta ocasión especificaba que los hirientes comentarios acerca de ciertas figuras públicas no "representaban opiniones que hubiera expresado o mantenido" Mr. Baldwin. La prensa se mostró extremadamente escéptica acerca del desmentido. "Lo más desafortunado desde el punto de vista de Mr. Baldwin", comentaba el Glasgow Weekly Herald, "es que los pasajes personales que desmiente son precisamente los que más difícilmente podría haberse imaginado o inventado el reportero". Se presionó al propietario de The People, un financiero canadiense

llamado Grant Mordern, para que repudiara la entrevista e hiciera pública una nota pidiendo excusas. En lugar de ello, publicó otro artículo que contenía ulteriores revelaciones comprometidas. Todo el episodio iba en contra de la imagen de Baldwin como político honrado. El anterior primer ministro, Lloyd George, al que Baldwin llevaba largo tiempo acusando de ser deshonesto, pudo mostrarse ácidamente irónico en un discurso pronunciado ante la National Liberal Federation: "El señor Baldwin es un hombre honrado. Dice la verdad, incluso en las entrevistas". La entrevista había sido concertada a través del principal agente de prensa de los conservadores, H. E. Blain. En la siguiente edición del periódico, una semana más tarde, F. W. Wilson ofrecía una versión más extensa de su entrevista con Baldwin. Mr. Stanley Baldwin, líder del Partido Conservador y ex primer ministro, me ha puesto al corriente de una dramática situación con consecuencias de largo alcance para un importante partido político y para el país. Le pregunté a Mr. Baldwin cuál era el auténtico significado de su nuevo programa, expuesto en sus tres últimos discursos públicos. —He intentado —respondió— explicarle al país aquello en lo que honradamente creo. Todo futuro gobierno ha de ser socialista, en el sentido en el que nuestros abuelos empleaban la palabra. Personalmente, no sé que significa socialismo, pero sí sé que si el Partido Conservador pretende sobrevivir, debemos tener un credo vital y democrático. Debemos estar listos para hacer frente a los males, sociales y económicos, de nuestro superpoblado y excesivamente industrializado país. "Hay que reducir el coste de la vida, el productor debe obtener mayores recompensas por su producto y éste debe costarle menos al comprador y al consumidor. "Creo que el Partido Conservador es el único capaz de enfrentarse satisfactoriamente a tales problemas. En el pasado se nos ha acusado, a menudo con razón, de estar excesivamente identificados con intereses creados y ocultos. En el futuro deberemos poner en orden nuestra casa y eliminar muchos de los abusos, cuya existencia sólo sirve para alimentar los argumentos de los socialistas. Si deseamos sobrevivir como partido, tendremos que vivir para el pueblo en el más amplio sentido de la palabra. "Otra razón por la que debemos hacer esto es que en nuestro partido están los mejores y más experimentados cerebros en el campo de los negocios, y podemos recurrir a ellos para romper círculos de poder y trusts. Porque bajo una política de libre comercio existen ese tipo de consorcios, igual que podrían existir bajo el proteccionismo. Contamos con hombres formados en el servicio a la nación en tiempo de guerra, que podrían ayudarnos. Quizá sería necesario movilizarles para lanzar una gran campaña para abaratar los alimentos. "Sólo nosotros podemos hacer frente a estos problemas sociales. Los

socialistas se enfangan en los conflictos de la guerra de clases y los liberales son excesivamente idealistas. "En primer lugar, y esto es especialmente importante, debo decir que considero una prioridad el poner coto inmediatamente a la acaparación de alimentos. Algunos datos que han llegado recientemente a mis manos resultan altamente significativos. "A una mujer que tenía arrendado un terreno para su explotación agrícola le resultó imposible obtener más de un penique por cada una de las coliflores que cultivaba. Posteriormente, fue testigo de cómo esas mismas coliflores se vendían en el mercado local a seis peniques la unidad. Un granjero de Worcestershire me ha contado que vendía carne de cerdo a Birmingham a seis peniques la libra; allí era revendida a un chelín y ocho peniques la libra. Una empresa de Nottingham producía una falda por veinticinco chelines; posteriormente, la misma falda era vendida en Regent Street por cuatro libras cuatro chelines. Tales márgenes de beneficio y semejantes diferencias de precio son, sin duda alguna, excesivos. "Queremos que una Comisión Real con poder investigue todos los hechos antes de formular soluciones legislativas. Estoy seguro de que el índice del coste de la vida podría reducirse en 25 puntos como resultado de la adopción de las medidas oportunas. "Pero esto no es más que parte del programa que propongo. Forma parte del nuevo espíritu que impera en nuestra industria. Debemos educar a los trabajadores en los temas industriales. Deberían conocer los detalles de la gestión, estar informados de la relación entre los salarios y los problemas de la financiación y la depreciación, etcétera, y saberlo todo acerca de la competencia a la que se enfrenta su empresa. Si los sindicatos hubieran gastado su dinero en formar a sus miembros en vez de dedicarse a financiar huelgas, hoy los trabajadores controlarían las industrias en todas partes. "El Partido Conservador no puede seguir las viejas directrices. Estoy convencido de que si no hubiéramos apelado al país y no hubiéramos sido derrotados el año pasado —aunque no fue por eso, dicho sea de paso, por lo que me presenté, sino porque creía en algo que deseaba que el país asumiera— nos habríamos desintegrado en el plazo de dos años y los laboristas se habrían hecho con el poder con una mayoría abrumadora. Debemos reconocer los hechos. Por eso el nuevo programa que defiendo es un intento de poner al partido al día. "El papel de un líder en la oposición es un papel difícil. Lean ustedes la vida de C. B. [Campbell-Bannerman] y vean cómo lo pasó de mal. Sé que soy objeto de insultos, burlas e intrigas. Pero, ¿por qué? "Cuando hablé ante los reunidos en el Carlton Club no esperaba que fuéramos a ganar. Me jugué mi carrera política y estaba perfectamente dispuesto a retirarme de la política. No sabía que Bonar Law se convertiría en nuestro líder. De hecho, la noche anterior había pasado

dos horas con él y había enviado una carta sellada al presidente de su Asociación de Glasgow expresándole su intención de no presentarse al Parlamento de nuevo. Fue en ese estado de ánimo como le dejé. "Y entonces ganamos. Yo hablé porque estaba decidido a que jamás pudiera volver a producirse la siniestra y cínica combinación de los tres dirigentes de la coalición: Mr. Lloyd George, Mr. Churchill y lord Birkenhead. Hoy puede verse el signo de los tiempos. "No esperaba que los ex ministros conservadores desterrados se tomaran las cosas así de mal. Antes de las elecciones del año pasado recibí con los brazos abiertos a Mr. Austen Chamberlain y acepté a sus amigos, aunque poco me habría costado impedir su regreso a nuestros consejos. "Con él vino lord Birkenhead, que muy inteligentemente se había pegado a los talones de Austen el año anterior. Austen es uno de esos hombres leales, incapaz de ver deslealtad o intriga a su alrededor aunque la tenga delante. No me hago ilusiones respecto a lord Birkenhead. Si su salud no le traiciona, constituirá un problema para el partido. Pero, ¿puede un líder de la oposición cerrarle las puertas a un ex ministro? 'Y al mismo tiempo, me veo atacado por el consorcio de la prensa, por lord Beaverbrook y lord Rothmere. A mí no me afecta. No me importa lo que digan o piensen. Ambos son hombres a los que no franquearía el paso a mi casa. No les respeto. ¿Quiénes son? Según me dicen, fui atacado en el Evening Standard por mi disposición acerca de los portavoces en el tema de los presupuestos. No lo leí. ¿Por qué iba a hacerlo? "El trust de la prensa empieza a descomponerse. El Daily Mail está muerto; carece de alma. A pesar de todos sus defectos, Northcliffe era un gran periodista, con una chispa de genio. ¡Pero este hombre! Recibo mucha correspondencia acerca de él. El otro día me llegó una postal que decía: 'Si lord Rothmere busca lograr un halo en el paraíso o una diadema en tierra, ¿por qué no se lo ofrece usted?'. "La última vez que hablé con lord Beaverbrook fue en el funeral de Bonar. Había establecido una extraña amistad con Bonar y había conseguido llevarse su porción de la tarta, cosa que no tenía derecho a hacer. Obtuvo gran cantidad de información, que no usó como debiera haberlo hecho. "Cuando llegué yo, eso se acabó. Sé que podría obtener su apoyo si le hiciera llamar para discutir con él el tema, pero prefiero no hacerlo. Esa clase de cosas no me agradan. "Como ya he dicho, no me importan los ataques personales. A veces me pregunto si mi callado desprecio no les irrita más que si decidiera responderles. Supongo que es mi sino sufrir la deslealtad, pero todo tiene sus límites. 'Tomemos, por ejemplo, el artículo publicado en el reciente número de English Life. Es un trabajo bastante sucio. Lo firma un 'ex ministro conservador', y apostaría a que si no lo ha escrito el hombre que

sospecho, desde luego fue él el que lo inspiró. Es una puñalada por la espalda. Ahora bien, ataca a mis hombres, a los responsables de la oficina central, y eso sí que no pienso tolerarlo. Si alguien hubiera atacado a un funcionario del Tesoro cuando yo estaba allí, habría acudido al Parlamento y habría hecho un discurso furibundo. Y eso es lo que pienso hacer ahora. "Además, todas estas intrigas, esos complots de Churchill, son malos para el partido y para todos los jóvenes que consideran a los conservadores la salvación del país. ¿Qué buscan estos intrigantes? ¡Simplemente volver al viejo y sucio estilo en política! No lo harán mientras yo sea el líder del partido. Y Mr. Baldwin bostezó con repugnancia y cansancio tras discutir tan extensamente un tema tan desagradable. Cuando entré en la gran habitación del primer piso de Eaton Square, Mr. Baldwin estaba sentado a una mesa en la esquina más alejada. Se levantó para darme la bienvenida y mis primeras palabras fueron: —Me temo que soy un hombre muy persistente, Mr. Baldwin. Llevo semanas intentando ponerme en contacto con usted. —En absoluto, Mr. Wilson —respondió él—. He aceptado verle porque Mr. Blain me pidió que lo hiciera. ¿Quiere sentarse y fumar algo? He estado hoy en Wembley y me han dado algo de tabaco Boer. La primera vez que lo fumé fue cuando De Wet me regaló un poco. Me gusta bastante, —Es muy seco y difícil de fumar en pipa —dijo—. Solía fumarlo ocasionalmente durante la guerra, cuando me lo suministraban los oficiales surafricanos del regimiento. Por cierto —añadí—, conozco a su hijo, Oliver, ya que estuvo en Bushey haciendo la instrucción conmigo durante la guerra. Mr. Baldwin, llegados a este punto, se había sentado en un confortable sofá, armado con dos pipas de madera de cerezo. —Aquéllos sí que fueron buenos tiempos —observó mientras llenaba una de las pipas. Entonces le pregunté qué pensaba de Wembley y me dijo que le parecía la exposición más maravillosa que jamás había visto, que deberían hacerla permanente o al menos mantenerla durante cuatro años. —Como hombres cultos —dijo—, la exposición no nos impresiona del mismo modo en que impresionaría a un miembro ordinario del público. Fíjese, por ejemplo, en esas maravillosas imágenes del pabellón australiano. Dan una idea muy precisa de lo que es la ganadería de ovejas. Por supuesto, el recorrido resulta bastante fatigoso. A mí me lo pareció, ya que la recorrí a gran velocidad. Cuando volví me puse esto —dijo mostrándome los faldones de su levita— y asistí a un té en casa del duque de Devonshire. —Verá usted, Mr. Baldwin —dijo—. Debo dejar bien claro qué es lo que deseo. Tras un sensato periodo de silencio desde el discurso del rey y después de su derrota en las últimas elecciones, ha pronunciado usted sólo tres discursos que, en mi opinión, contienen su respuesta a los

laboristas y ofrecen al partido una nueva política sobre la que comenzar su reconstrucción. A mi modo de ver, ha formulado usted una nueva economía, que pueden oponer a la economía socialista, y al fin ha ofrecido al país una dirección que pueda seguir con entusiasmo. A nivel personal estoy especialmente interesado en sus sugerencias sobre la necesidad de hacer frente al problema de la acaparación. Mr. Baldwin me interrumpió y empezó a explicar que en sus discursos siempre había intentado decirle al país aquello en lo que honradamente creía. —Verá usted —comentó—, cualquier futuro gobierno, sea del color que sea, tendrá que ser socialista en el sentido en que nuestros abuelos usaban la palabra. No me sorprendieron sus palabras, ya que Harcourt dijo en una ocasión que "hoy en día somos todos socialistas". A partir de ahí continuó exponiendo su nueva política en las palabras que reproduje fielmente el domingo pasado. La única parte que omití fue un pasaje en el que hablaba en términos un tanto oscuros acerca de una disparidad entre las exportaciones y las importaciones en la actualidad y las importaciones y las exportaciones antes de la guerra. Me dio la impresión, al oírle hablar del tema, de que se sentía un tanto perdido y que no acababa de verlo claro. Daba la sensación de que estaba pensando en voz alta más que expresando un juicio meditado. De hecho, durante todo el tiempo que Mr. Baldwin estuvo hablando me pareció un hombre que piensa las cosas detenidamente, muy honrado, serio y amable, con un gran sentido del deber y de sus obligaciones para con su país, un tanto abrumado por su posición, que intentaba hacer frente a un problema muy difícil con conocimientos escasamente correlacionados y unos pocos principios económicos fundamentales, aunque asistido por un deseo realmente profundo de mejorar la suerte de sus conciudadanos más desfavorecidos. Todo lo que había pensado anteriormente acerca de Mr. Baldwin —que era el típico inglés honesto al que no había maleado la lucha política— iba confirmándose cada vez más. Viéndole ahí sentado, rodeado de humo, llenando una pipa tras otra, meditando con su atractiva voz grave y convincente, me fue fácil comprender por qué Bewdley le apreciaba tanto y por qué sus amigos íntimos hablan de él con tanta devoción. No tenía la deslumbradora brillantez de Mr. Lloyd George, no poseía la rapidez de reflejos, el pragmatismo y la sutileza de ese estadista, ni intentaba, como a menudo sentía uno en presencia de Mr. Lloyd George, entrar en sintonía con su público. Carecía de la astuta, cautelosa e implacable lógica de Mr. Bonar Law, del pensamiento pontificante y cuidadosamente estructurado de Asquith. Sólo traslucía la devoción política de un hombre sencillo al desnudo. Mientras hablábamos del nuevo y el viejo conservadurismo, le cité a Mr. Baldwin un comentario escrito por

Lowes Dickinson en A Modern Symposium. —¿Recuerda la opinión del viejo tory en ese libro, Mr Baldwin? "Me gusta que mi jardinero se quite el sombrero en mi presencia, del mismo modo que yo me lo quito en presencia de la reina". —Sí, lo recuerdo —dijo Mr. Baldwin—, lo recuerdo. Ése es el mejor libro que Lowes Dickinson ha escrito jamás. Le felicité por su discurso sobre los aranceles de McKenna. —No fue tanto el contenido lo que admiré, Mr. Baldwin, sino el tono del discurso. La causa conservadora queda tan a menudo encenagada por la exageración que me satisfizo mucho leer su discurso, por su tono calmado y sus admirables observaciones. —Me alegro de que le gustara —dijo—. Lo preparé así a propósito. Quería que los laboristas me escucharan. Y lo hicieron. Permanecieron sentados con la lengua fuera. Los laboristas me escuchan, ¿sabe usted? Creo que me respetan. Me sentí muy defraudado por el discurso de Mr. Snowden. Fue innecesario y supuso una marcha atrás respecto a su actitud anterior. Como sabrá, esa misma noche Mr. MacDonald cometió una grave metedura de pata en el Albert Hall. Poco después observé: —Se diga lo que se diga acerca del Partido Laborista, reconocerá que la fuerza que hay detrás del socialismo es casi religiosa en su fervor e intensidad. —Sí —dijo—, pero es extraordinario que cuando los fanáticos caen, caigan casi invariablemente en un montón de estiércol. Cuando Mr. Baldwin hubo agotado todo lo que tenía que decir sobre política, dije: —Verá, señor Baldwin, al parecer, usted tiene un credo político, que podemos seguir con entusiasmo y predicar con convicción. Pero ¿qué sentido tiene intentar difundirlo cuando es ignorado por la prensa hostil, ridiculizado, atacado e insultado a diario? Con franqueza, muchos miembros de su partido se dedican a susurrarse los unos a los otros que no sirve usted para nada. Si uno hiciera caso a muchos parlamentarios conservadores sacaría la impresión de que es usted una especie de anciano decadente. Mr. Baldwin sonrió y replicó: —Por supuesto, la vida de un líder de la oposición es siempre difícil. Todos se enfrentan a intrigas. Recuerde cómo trataron a "C. B.". Lea su vida y verá cómo lo pasó de mal. La cosa continuó incluso cuando llegó a ser primer ministro. Sé que soy objeto de insultos, burlas e intrigas y que eso viene ocurriendo hace mucho tiempo. Pero, ¿por qué? Mr. Baldwin me relató entonces la historia de la reunión en el Carlton Club con las mismas palabras que empleé el domingo pasado. Debo señalar, no obstante, que la frase publicada "Y Austen es uno de esos hombres leales, incapaz de ver deslealtad o intriga a su alrededor aunque las tenga delante" no fue expresada exactamente en esos términos. Mr. Baldwin fue mucho más concreto. Utilizó una palabra que podría haber sido interpretada como una referencia a una persona en

concreto y en interés de Mr. Baldwin mi editor usó una perífrasis. Mr. Baldwin dijo también que sabía que la mayoría de las intrigas tenían su origen en lord Birkenhead y preguntó cómo podía negarse a tener a un ex ministro en los consejos del partido estando en la oposición. —¿Recuerda usted —preguntó— cualquier precedente de semejante actitud por parte de algún líder? Yo no recordaba ninguna, pero le mencioné que Parnell había sido excluido de la ejecutiva del partido en Irlanda tras el caso del divorcio. Mr. Baldwin replicó que aquello no era comparable a sus problemas en ese momento. Seguidamente empezó a hablar de los ataques a los que se veía sometido por parte de los periódicos. El vínculo de conexión fue una referencia a las últimas elecciones generales, cuando yo señalé que los discursos de lord Birkenhead en Lancashire difícilmente podían considerarse una forma de prestarle ayuda. —Por supuesto que no —respondió—. Desafortunadamente, hicieron mucho daño. Creo que Birkenhead pensaba que debíamos volver al gobierno con una pequeña mayoría de entre treinta y cuarenta escaños, y que así él y su coalición serían los que establecerían el equilibrio. —Sí —dije—, aparentemente ése fue el origen de la estimación de lord Beaverbrook. Publicó la misma cifra. —Eso sí —dijo Mr. Baldwin—, si hubiéramos vuelto el año pasado con una mayoría habríamos tenido el programa Chamberlain completo en el plazo de cuatro años. Naturalmente, estos hombres se sintieron decepcionados con los resultados. Fui atacado durante todo el periodo electoral, y desde entonces no han cesado los ataques por parte del trust de prensa. Llegado a este punto, Mr. Baldwin se levantó. Vació su pipa golpeándola contra la rejilla de la chimenea y, mientras se enderezaba de nuevo, hizo el comentario de que no franquearía el paso a su casa a lord Beaverbrook ni a lord Rothermere. Cuando habló acerca del artículo publicado en *English Life*, dijo exactamente: —Estoy perfectamente convencido de que si no fue escrito por lord Birkenhead, sin duda fue inspirado por él. También hizo comentarios sobre otro parlamentario, el comandante Oliver Locker-Lampson. La entrevista, tal y como fue transcrita, no contenía todo lo que Mr. Baldwin había dicho acerca de Mr. Churchill. —No creo que Mr. Churchill comprenda la mentalidad de posguerra —dijo—. Creo que si llegara al Parlamento sólo irritaría a los laboristas y habría escenas. No sirve de nada limitarse a denunciar el socialismo como hace él. Hay que ofrecer alternativas. Sí —concluyó meditabundo—, ¡Churchill es un problema! Cuando Mr. Baldwin hubo terminado, le agradecí la franqueza con la que había hablado y se produjo el siguiente intercambio. —¿Cree usted —dijo— que Lloyd George sacó algo en claro de sus ataques a Northcliffe? —Sí, —respondí—, le irritó

enormemente. Northcliffe no ha vuelto a ser el mismo después de esa terrible andanada. —Y bien, Mr. Wilson —me preguntó Mr. Baldwin—, ¿qué me recomendaría usted que hiciera? —Aparte de esto —repliqué (refiriéndome a la entrevista)—, si yo fuera usted, haría dos o tres discursos pidiendo pureza en la vida política y denunciando estas intrigas. Al mismo tiempo, aprovecharía hasta la última ocasión para hablar de temas no partidistas con el fin de que la gente pueda ver cuál es su verdadera personalidad. —Creo que lo haré —dijo Mr. Baldwin—. Cuando atacan a mis subordinados y cuando, como usted ha hecho, me hacen ver el efecto que esto tiene sobre el partido, me hieren en lo más hondo. Creo que lo haré. Estábamos bajando por las escaleras. —Espero, señor Baldwin —dije —, que me permita venir a visitarle de nuevo. —Espero que venga siempre que tenga algo que decirle —me respondió Mr. Baldwin—, o en cualquier momento que usted tenga algo que decirme a mí. —¿Sabe usted una cosa? —le comenté—. Es muy valioso para quien escribe sobre la política reunirse con la gente que la hace. Está muy bien estudiar un espécimen en libros de anatomía, pero es muy importante complementar esos estudios con un poco de disección. Mr. Baldwin rió, estrechó mi mano, me agradeció que le hubiera visitado y me deseó buenas noches. Así concluyó la entrevista. Regresé inmediatamente a la oficina y escribí un resumen ajustado y preciso de las declaraciones de Mr. Baldwin. Las diferencias verbales entre mi manuscrito y la entrevista fueron, al parecer, obra de mi editor. Deseo atraer la atención sobre el hecho de que estaba y estoy perfectamente convencido de que Mr. Baldwin era consciente de los términos en los que se había concertado la entrevista entre él y yo, y que mientras habló conmigo lo hizo con total franqueza y honradez, sabiendo perfectamente que estaba ante un miembro de la plantilla de un periódico que iba a dar cuenta de lo que dijera.

GEORGES CLEMENCEAU

Entrevistado por George Sylvester Viereck (Liberty, 7 de julio de 1928)

Georges Clemenceau (1841-1929), el político francés conocido con el apodo de "el Tigre", procedía de La Vendée e inició su vida adulta ejerciendo como médico en París. Vivió en Estados Unidos desde 1867 hasta 1869 y después regresó para emprender su carrera política. Se incorporó a la Asamblea Nacional francesa en 1871. Cinco años más tarde consiguió un escaño en la Cámara de Diputados y asumió el liderazgo. Fue también periodista y en su condición de tal fundó L 'Aurore y defendió a Dreyfus. Fue primer ministro de Francia desde 1906 hasta 1909 y, como líder de un gabinete de coalición, lo sería de nuevo entre 1917 y 1920. Reagrupó al pueblo francés y espoleó al ejército hasta la victoria. En la Conferencia de Paz de París de 1919 fue el responsable de las duras condiciones impuestas a Alemania bajo el Tratado de Versalles. Irónicamente, perdió las elecciones presidenciales de 1920 porque se consideró que había mostrado excesiva clemencia hacia los alemanes.

George Sylvester Viereck (1884-1962) era un americano de origen judío alemán. Su padre era un académico y miembro socialista del Parlamento en el Reichstag alemán. La familia emigró a Estados Unidos en la década de 1890. Durante la I Guerra Mundial, George Sylvester Viereck apoyó a Alemania hasta que los Estados Unidos se vieron arrastrados al conflicto. Saltó a la luz pública por vez primera como poeta y un crítico cantó sus alabanzas como sigue: "De 1908 a 1914 fue el Puck de las letras americanas, un muchacho impertinente, irreverente, irreprimible, que le buscaba las cosquillas al asno pomposo de los ideales puritanos y escandalizaba a la gente de bien enseñándole a la musa a cantar desvergonzadamente sobre cosas que la gente decente ni siquiera mencionaría... La poesía americana tiene más que agradecer a George Sylvester Viereck que a ninguna otra persona, con la posible excepción de Ezra Pound, por su liberación de las preocupaciones éticas y su asunción de la libertad estética". Escribió una novela de gran éxito comercial, My First Two Thousand Years: The Autobiography of the Wandering few. Se describió a sí mismo como un "entrevistador de lujo" para las publicaciones de Hearst, revistas como The Saturday Evening Post y Liberty, de la que fue asesor editorial durante diez años. Algunas de sus entrevistas con celebridades de talla internacional fueron recopiladas en un

volumen llamado Glimpses of the Great, que fue publicado en Nueva York, Londres y Berlín en 1930. Contenía entrevistas con treinta y dos figuras de relieve mundial, incluyendo a George Bernard Shaw, Israel Zangwill, Frank Harris, Henry Ford, Ramsay MacDonald, el káiser Guillermo II, Sigmund Freud, Benito Mussolini y Albert Einstein, así como con figuras clave de la I Guerra Mundial: el general Von Ludendorff, Clemenceau y los mariscales Joffre y Foch. En la introducción a Glimpses of the Great, Viereck ofreció esta evaluación ligeramente esotérica de su papel: "Para mí, los hombres con los que he hablado y cuyos pensamientos he reproducido constituyen destellos del Gran Cerebro Global. Algunos son de una intensidad incandescente; en otros la llama divina arde más apagadamente. Sus colores son más variados que el propio espectro. Yo soy el espectroscopio que desvela el material del que están hechos o, traduciendo el color a sonido, soy la trompeta a través de la cual difunden su mensaje". —¿Una conferencia de paz no cambia nada —exclamó Clemenceau con furia contenida—. Las alianzas internacionales no suprimen las rivalidades internacionales. El hombre que dictó el Tratado de Paz de Versalles, pasando por encima tanto de Lloyd George como de Woodrow Wilson, llevaba sobre la cabeza, con cierta coquetería, el famoso gorro griego clásico con el que siempre se le representa. Es de escasa estatura. A pesar de la energía casi feroz que aún se intuye en su fisonomía, a primera vista no parecía un tigre. En sus momentos más relajados recordaba a Puck a los cien años; en sus momentos de mayor seriedad, con el gorro torcido, exhibía rasgos y toques del Rey Lear. —Hace más de diez años que Estados Unidos se incorporó a la guerra —comenté—. ¿Cuál es su opinión sobre el estado actual del mundo en general y el de Francia en particular? —Las condiciones serán satisfactorias mientras perviva en Europa continental el actual equilibrio de fuerzas. Si ese equilibrio se ve alterado por un renacimiento del imperialismo alemán, Europa se verá sumida en otra contienda generalizada. —¿Sería posible abolir la guerra mediante la diplomacia o la filosofía? —No. —¿Cuál es la lección suprema de la guerra para usted, para Francia, para el mundo? —La historia se repite. Los hombres deberían impedir que eso suceda. ¡La paz se consigue con los mayores batallones! ¡La paz es creación de la potencia más fuerte! Nuestros "estadistas" han logrado, con gran derroche de palabrería, la admisión de Alemania en la llamada Liga de las Naciones. Dentro de ella sus compromisos tendrán el mismo valor que aquellos por los que garantizaba la neutralidad de Bélgica, para al final violarlos abiertamente sin molestarse siquiera en recurrir al trámite habitual de los falsos pretextos. —Pero —señalé— usted desarmó a Alemania en Versalles.

La República alemana está indefensa, es una isla rodeada por un mar de armamento. —Si se hubieran seguido mis consejos —rugió— habría una paz permanente. Igual que se decía de Gladstone que era el gran anciano, de Clemenceau podría decirse que es el patriarca sardónico. El carácter singular y áspero de su actitud recordaba a Swift, el satírico diácono que dio a las guarderías y universidades sus Viajes de Gulliver. Nuestra entrevista no comenzaba con buenos auspicios. Cuando me presenté en su sencilla casa de París a las 9.30, la hora acordada, su sirviente me condujo a la biblioteca. "El Tigre" hizo su aparición casi a hurtadillas, caminando como un gato. —¿Qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre? —fueron sus primeras palabras. Fueron más un gruñido que un saludo. Le expliqué mi misión. —Me alegro mucho de verle, pero me niego a ser entrevistado. —M. Clemenceau— le interrumpí—, usted mismo impuso la condición de que yo debería obtener el consentimiento de sus editores. "Si ellos están dispuestos", ése fue el mensaje que recibí de usted, "hablaré extensamente con usted acerca de mi filosofía de la vida". Obtuve la autorización por cable. Estoy aquí por invitación suya... —Debe usted perdonarme —respondió "el Tigre" con tono un tanto petulante—, pero no puedo renunciar a mis principios. Posteriormente, tuve ocasión de enterarme de que el truco favorito de Clamenceau era avergonzar a sus entrevistadores. Hacía declaraciones sorprendentes, que posteriormente desmentía. La facilidad con la que "el Tigre" olvidaba lo que le convenía olvidar probablemente fuera una de las razones de la tensión imperante en Versalles y de la crisis nerviosa del presidente Wilson. —M. Clemenceau —repliqué—, esta entrevista ha sido concertada por un amigo mutuo. —Mencioné el nombre del amigo. —¿Cómo es que no está aquí? —replicó con aspereza—. El otro día me trajo a uno de sus conciudadanos, que posteriormente reprodujo erróneamente hasta la última de mis palabras. —Ser citado erróneamente —comenté— es el destino de los grandes hombres. Les ocurre continuamente. No es ninguna desgracia. Probablemente, algunas de las mejores cosas atribuidas a los grandes hombres jamás fueran dichas, al menos no por ellos. La imaginación del mundo inventa la palabra si al héroe le falla la imaginación. "El Tigre" no pareció impresionado, pero consideró necesario explicar su distanciamiento de todo contacto humano. —No odio a nadie. No amo a nadie. No albergo ninguna mala voluntad hacia el mundo. Puede que —rió entre dientes al pronunciar estas palabras— tampoco ninguna buena voluntad. Me he retirado por completo. A mi edad uno tiene derecho a hacer exclusivamente las cosas que le divierten. Mi estancia en París está a punto de tocar a su fin. Pronto regresaré a La Vendée, donde soy feliz. —¿Escribirá sus

memorias? —¡No! —aulló. —¿Se siente usted feliz cuando no trabaja? —
¡Feliz! ¿Y qué es la felicidad? Obtengo placer de las cosas sencillas. Me
deleita estar dentro de la vida y fuera de ella al mismo tiempo. Estábamos
encajando maravillosamente. Saqué un cuestionario que había preparado
para mi coqueteo intelectual con "el Tigre". Echó un vistazo a mis
preguntas. —Me encantaría responder a ellas, no sólo por usted, sino por
mí. Sería un ejercicio intelectual placentero, pero los principios son los
principios. Uno debe atenerse a ellos. No existe otra cosa en la vida más
que los principios. No, no puedo responder. Hice un nuevo intento por
hacerle cambiar de opinión. —No busco una entrevista ordinaria. No me
interesa el periodismo convencional. No soy un periodista, soy un poeta.
Clemenceau se levantó. —Le felicito. Hizo una profunda inclinación, con
la sombría dignidad de un cuervo. —Por mi parte —añadió—, soy un
positivista, no un poeta. Una vez más se había roto el hielo. —¿Tendría la
bondad —le pregunté— de firmarme usted su libro? —Los dos enormes
volúmenes de *Au soir de la pensée* (En el atardecer de mi pensamiento)
abultaban en mi maletín. —Será un placer —dijo, un tanto apaciguado, y
empezó a escribir con un pulso firme, que no revelaba el menor temblor
propio de su edad. Diría que empleó una antigua pluma de ganso. Miré a
mi alrededor. La habitación era evidentemente su estudio. Había
reproducciones de escenas griegas, una o dos estatuas y libros en todos los
idiomas. La dicción en inglés de Clemenceau era perfecta, pero su
inflexión dejaba traslucir el latín. —Leí parte de su libro antes de escribirle
—comenté—, pero es un hueso duro de roer. —Al menos —respondió
Clemenceau— no uso las interminables palabras que emplean los filósofos
alemanes. Siguió escribiendo. —¿Es usted alemán? —me preguntó.
"¡Ajá!", me dije a mí mismo. "El Tigre se prepara para su acometida".
Clemenceau levantó la vista. —Los alemanes son un gran pueblo —dijo—.
Admiro sus logros en el arte, la literatura, la organización. ¿Quién no lo
haría? Sí, son grandiosos; pero no puedo olvidar Bélgica. Cogí el toro por
los cuernos, explicando la actitud alemana. Tal vez nadie había tenido la
osadía de hablar con tal franqueza a "el Tigre" en los últimos años. —
Alemania mantiene que Bélgica había renunciado a su neutralidad antes
de la guerra. Estaban convencidos de que Francia e Inglaterra atravesarían
el territorio de Bélgica si no lo hacían ellos primero. —¿Pero por qué —
insistió él— firmó un tratado? El propio Bethmann-Holhveg admitió que
Alemania había incurrido en una transgresión. Aludí a las necesidades
militares. Clemenceau me escuchó pacientemente. —Cuando lo que está en
juego es la existencia de una nación —añadí—, la seguridad es más
importante que los tratados. —Ajá —replicó Clemenceau, volviéndose de

repente—, tampoco yo creo en los tratados. Pero entonces, ¿por qué firmarlos? —El káiser —me aventuré a interrumpirle— me dijo que el discurso de Bethmann-Hollweg pidiendo excusas por la invasión de Bélgica fue pronunciado sin su autorización. El canciller se dejó llevar por un mal encauzado deseo de congraciarse con los sentimientos liberales. Bethmann-Hollweg debía haber insistido en que Bélgica había convertido la invasión en inevitable al sumarse al cerco de hierro forjado por el rey Eduardo para asfixiar a los alemanes. —¿El káiser? —preguntó Clemenceau—. ¿Le conoce? —Sí —repliqué—. He sido su huésped en varias ocasiones. —No puedo perdonarle —afirmó Clemenceau. —¿Quiere decir que le considera responsable de la guerra? —No me refería a eso. Quiero decir que jamás le perdoné por marcharse. No debería haberse marchado. —El káiser —dije— me explicó en persona su trascendental decisión del 11 de noviembre de 1918. Se había dicho a sí mismo: "Si me quedo, la guerra continuará en el frente y habrá luchas intestinas en el país. Si me marchó, habrá una paz honorable basada en los Catorce Puntos y paz en el país". Decidió sacrificarse para salvar a su pueblo. —Eso suena plausible. No obstante, no lo creo, viniendo de Guillermo II. Es demasiado pomposo. Todo el mundo le odiaba. No tenía amigos en Europa. —Parte de la culpa de eso la tiene el rey Eduardo. —¿Por qué —dijo repentinamente Clemenceau, disparando su pregunta como una ametralladora— sobrevivió a su imperio? ¿Por qué sigue vivo? —Napoleón no se suicidó —repliqué—. El suicidio hubiera sido considerado una confesión de culpabilidad. Vive para luchar contra la leyenda de la culpabilidad de Alemania. —Por lo que se refiere a la cuestión de la culpabilidad —bufó Clemenceau—, ¿no cree que ya está zanjada? Yo sé quién empezó la guerra tan bien como el que más. Se quedó en silencio. —M. Clemenceau —pregunté—, ¿afirmó usted durante el Tratado de Paz de Versalles: "Hay veinte millones de alemanes de más"? —Nunca he dicho semejante cosa. Soy lo suficientemente viejo para decir la verdad. Es uno de los privilegios de la edad. Nada de lo que pueda decir puede ya hacerme daño. —Me alegra —comenté— que no hiciera esa afirmación. Me parecía cruel y desalmado decir algo así en un momento en que los niños morían como moscas como resultado del inhumano bloqueo de alimentos, que continuó durante un año después del armisticio. Clemenceau sonrió sombríamente. Una vez más era "el Tigre" en vez de Puck. —¿Qué es más peligroso, el vaporoso idealismo de gente como Woodrow Wilson o el oportunismo de gente como Lloyd George? —Todo depende del hombre. Un idealismo nebuloso favorecido por un verdadero genio es mejor que un oportunismo positivo al modo hamletiano. Deberíamos estudiar las circunstancias en las que cada uno de ellos se

encontraba antes de emitir juicios. La historia está llena de personajes que intentaron jugar un papel que su temperamento les impedía desempeñar. Consiguientemente, puede existir un momento para ser un idealista al igual que otro para ser un oportunista. —¿Es cierto que afirmó usted que tuvo grandes dificultades para lograr la paz, sentado entre un hombre que se creía Napoleón Bonaparte y otro que creía ser el Mesías? —Sí que lo dije —respondió Clemenceau, sonriendo divertido para sí. —¿Y es cierto que dijo que Wilson era demasiado para usted porque había redactado catorce mandamientos mientras que nuestro Señor se había contentado con sólo diez? Una vez más, la sonrisa satisfecha. A Clemenceau le encantaban sus bons mots. Una vez más, "el Tigre" quedaba subsumido en Puck. De repente la mente de Clemenceau regresó a Alemania. —Es cierto que no hice el comentario sobre los alemanes —reiteró—. La literatura fue una gran influencia formativa en mi vida. —¿Sabía usted —le interrumpí— que Mussolini no sólo lee a Nietzsche, sino que escribió un ensayo sobre Klopstock, un poeta tan aburrido que ni uno entre un millón de alemanes ha tenido la paciencia de abrirse paso entre sus trabajos? —¿Klopstock? —repitió Clemenceau—. No he leído a Klopstock. Pero he traducido hasta la última línea del Fausto de Goethe. —¿En verso? —Como lo oye. —¿Publicó usted su traducción? —No. Yo —puso especial y sombrío énfasis en el pronombre personal— no pretendo ser poeta. Soy un materialista. —¿Cuándo tradujo usted Fausto? —Cuando era joven, en América, con mi maestra, una anciana señora que me enseñó el alemán. Hoy no podría hacerlo. Se me ha olvidado el idioma. —¿Lo olvidó en Versalles? No contestó. Lo dejé correr. —¿Cree usted —le pregunté— que Fausto de Goethe es el más grande de los poemas? —Es uno de los más grandes. —¿Quién es el más grande de los poetas? —El más grande de los poetas es Shakespeare. Me abruma. Es sobrecogedor, pero desde luego concedo los más altos honores a Johann Wolfgang. Acentuó la última sílaba de Wolfgang con la peculiar cantinela de los franceses. —Shakespeare —continuó Clemenceau— no sólo fue un gran poeta, sino una gran personalidad. Abarcaba el mundo. —Lástima —comenté— que sepamos tan poco sobre su vida. —¿Qué quiere decir? —Todo parece cubierto por el velo del misterio. Desconocemos la identidad de la Dama Oscura (Dark Lady) y el Muchacho Hermoso (Fair Lad) de sus Sonetos. No sabemos nada de la vida amorosa de Shakespeare. —¿Y por qué íbamos a saberlo? —replicó Clemenceau, con una encantadora sonrisa gala—. Ya estamos demasiado ocupados con la nuestra. —Después, con mayor seriedad, añadió—: Lo importante es la obra, no el hombre. Para Clemenceau, a los ochenta y siete años de edad, el logro humano supremo no estaba ni en el

estado ni en la literatura, sino en la filosofía. Clemenceau había pensado mucho en el problema de la vida y la muerte. —¿Podría usted resumir en un frase —pregunté— cuál es la felicidad suprema? —La felicidad suprema —dijo Clemenceau riendo entre dientes— es no ser molestado. —¿Y cuál —pregunté— es el logro humano supremo? —Ser un filósofo. Clemenceau se sitúa entre los filósofos. Siendo uno de los maestros de la política francesa, es también uno de los maestros del pensamiento francés. Clemenceau es la encarnación de la filosofía en su vertiente escéptica. ¡Y da perfectamente el papel! Cójase el busto de Sócrates, elimínese la barba, póngase una gorra en lugar del ondeante cabello y el resultado es Clemenceau. La ilustración es apropiada porque la filosofía de Clemenceau, como la de Sócrates, es la aceptación de que no sabe nada. O más bien, de que sabe que no sabe nada. Sus manos se aferran habitualmente entre sí sobre su regazo o sobre la mesa cuando se inclina hacia adelante. Hay escrutinio y recelo en ese rostro arrugado. Su cuello tiene los tendones marcados pero es firme. Sus orejas son prominentes pero hermosas. Sus cejas son pobladas pero bien arqueadas. Sus labios describen continuamente ángulos, abriéndose, desplegándose, cerrándose, como si hubiera pretendido crear una sensación con una frase pero se lo hubiera pensado mejor. La nariz es apropiada para tan severo rostro. Puedo verle como si estuviera aquí. Su mandíbula es fuerte, bien perfilada, proclive a desplazarse hacia arriba cuando está emitiendo una opinión con voz decidida, incluso resonante. Es la misma voz con la que puso patas arriba ministerios en la Cámara de Diputados, la voz que aplastaba toda oposición con sus epigramas. De tanto en tanto realza una palabra con una floritura de una mano, una mano larga, delgada, huesuda, que se abre y cierra desvelando sus dedos largos y delgados. Sus movimientos son tan rápidos, su irónica cortesía tan encantadora, su vitalidad tan abrumadora que no pude resistirme al deseo de preguntarle: —¿Cómo hace para mantenerse tan joven? ¿Le interesan los intentos de Steinach y Voronoff por prolongar la vida humana? Clemenceau gruñó algo que lo mismo pudo significar aprobación que rechazo. Quizá mi pregunta fuera inapropiada, ya que se rumoreaba que la explicación de su asombrosa vitalidad era una operación realizada muchos años atrás, que inintencionadamente había producido el efecto Steinach. "El Tigre" conoce el valor del silencio. En este caso prevaleció el silencio. —¿No es la vida demasiado corta como para que merezca la pena vivirla? —pregunté. —Depende de cómo defina la vida —gruñó Clemenceau—. A la luz de mi propia experiencia no opino que la vida sea demasiado corta como para que merezca la pena vivirla. Es fácil que resulte demasiado larga como para que merezca la pena vivirla. La vida

deja de merecer la pena cuando uno ha agotado sus posibilidades. —¿Cree que la ciencia moderna conseguirá prolongar la vida de modo apreciable? —Sí. —¿A qué achaca usted su extraordinaria juventud? —Escribo, leo, hago ejercicio, como con frugalidad. Ése es el secreto de la juventud —respondió—. La moderación, el ejercicio y el trabajo son mis compañeros cotidianos. —¿Cree usted, como Bernard Shaw, que el hombre acabará viviendo trescientos años? —Eso —respondió Clemenceau, sacudiendo la cabeza con impaciencia— implica una predicción acerca del futuro de la humanidad y todas las predicciones sobre el futuro de la humanidad son falsificables por la introducción de lo imprevisto. Partiendo del supuesto de que lo imprevisto no altere la inferencia, podría decirse que es posible imaginar un tiempo en que la vida del hombre se prolongará mucho más allá de lo que hoy consideramos posible. —¿Cree que la vida puede enseñarnos más en trescientos años que en ochenta? —Eso dependerá de la inteligencia del individuo. La vida podría no enseñarle nada a algunos ni en mil años. —¿Cree en la evolución del superhombre o cree que la humanidad acabará siendo suplantada por otra especie: hormigas, animales marinos, etcétera? —El hombre jamás será suplantado por nada que sea inferior a él. Y no hay nada sobre la tierra que sea superior al ser humano. Asumiendo que la más alta manifestación de la vida en nuestro planeta será siempre el ser humano, y dado que los humanos parecen ser seres progresivos, se deduce que nuestra raza continuará indefinidamente a menos que una catástrofe de dimensiones cósmicas la borre del planeta. El hombre superará su nivel evolutivo actual. ¿Acaso no es el hombre de hoy sobrehumano en comparación con el hombre primitivo? —Como psicólogo y filósofo —aventuré—, ¿cuál es su actitud hacia el psicoanálisis? Clemenceau se me quedó mirando con gesto de incompreensión. —¿Qué piensa de Freud? Repitió el nombre, que no parecía significar nada para él. —¿De quién habla? —rugió "el Tigre"—. ¿Ha escrito algún libro? Reconduje mi interrogatorio hacia campos más familiares. —¿Quién es el más grande de los filósofos? —Platón. Su respuesta fue instantánea. —¿Y el más grande de los estadistas? —César. —¿El más grande de los soldados? —Napoleón. —¿Quién es su autor favorito? —Mi autor favorito de hoy puede no ser el mismo de mañana. A Clemenceau le agrada que le diviertan. La autoría es una de sus diversiones. Hombre de libros por temperamento, el destino le convirtió en un hombre de acción. Añoraba la soledad de su estudio en un tiempo en que tuvo que guiar el destino de una nación. Su actitud era la de un hombre que se enfrenta a personas intelectualmente inferiores. Siempre le respaldaba el valor que le daban sus opiniones. Jamás temió echárselas a la cara a un mundo poco virtuoso. Es

uno de los hombres, tal vez el único, a los que señaló Briand cuando proclamó en su inmortal discurso: "¡Habéis apagado las luces del cielo!". Porque Clemenceau le dijo al mundo que esas luces no brillan. —¿Es posible atravesar el velo tras el que se oculta el espíritu global? —pregunté. —Por sordo, por mudo que parezca, el mundo —replicó Clemenceau— permite que se desvelen sus secretos. Eso es lo que intento explicar en mi libro. Miré hacia los dos volúmenes. —Es desde luego una inspiración saber que es posible escribir un libro así a los ochenta y siete años. ¿Querría usted —añadí— señalarme algunos pasajes que le parezcan especialmente reveladores? —¿Por qué no lee el libro usted mismo? Dirigiéndome una feroz mirada, Clemenceau aferró un abrecartas y señaló varios pasajes del libro. Revelan cómo Clemenceau, negando tanto a Dios como al demonio, el optimismo y el pesimismo, se reconciliaba con el universo. Me quedé sentado sin palabras ante aquel Clemenceau insospechado, aquel nuevo Clemenceau que surgía fresco y rosado del viejo Clemenceau. Sonó el timbre anunciando la llegada de otro invitado. Había pasado una hora con Clemenceau. ¿Era consciente de que me había concedido algo más que una entrevista? ¿Me había desnudado su corazón deliberadamente? ¿O había estado jugando conmigo como un tigre-gato con un ratón?

GRETA GARBO

Entrevistada por Mordaunt Hall (The New York Times, 24 de marzo de 1929)

La actriz de cine norteamericano Greta Garbo (1905-1990) se llamaba en realidad Greta Lovisa Gustafsson. Nació y creció en Estocolmo, Suecia, donde trabajó brevemente como dependienta. Ganó una prueba de natación femenina antes de graduarse en la Escuela de Arte Dramático de Estocolmo. Cuando viajó a Estados Unidos en 1925 sólo había participado en una película sueca, cuyo director, Mauritz Stiller, le puso su nombre profesional. Esta entrevista tuvo lugar un año antes de que su carrera despegase con Arma Christie. A lo largo de la década de los años treinta protagonizó varios clásicos de Hollywood: La reina Cristina de Suecia, Ana Karenina, La dama de las camelias y Ninotchka. En 1941 se retiraría para siempre de la pantalla. Nacionalizada estadounidense en 1951, vivió el resto de su vida como una reclusa, fundamentalmente en la ciudad de Nueva York. Mordaunt Hall se muestra involuntariamente clarividente cuando describe a la actriz como una "ermitaña en potencia". La frase más reiterada de la estrella —"Quiero estar sola"— no es sino el eco de algunos de los comentarios que hace en esta entrevista sobre su inclinación a cenar sola y mirar los rascacielos. Greta Garbo, esa lánguida seductora de las pantallas, se encontraba el pasado miércoles en el Hotel Marguery de Park Avenue. Acababa de llegar de Suecia la víspera. Su mera presencia parecía haber ejercido gran influjo en el camarero encargado del servicio de habitaciones, ya que buena parte de nuestra conversación se desarrolló por medio de susurros y gestos. Los representantes de Metro-Goldwyn-Mayer no podrían haber mostrado mayor deferencia si el objeto de sus atenciones hubiese sido un potentado. Miss Garbo, como Charlie Chaplin o sir James M. Barrie, es retraída como una violeta cuando se enfrenta a una entrevista. El timbre del teléfono rompió el silencio y el empleado del hotel alzó un dedo para indicar al ascensorista que miss Garbo recibiría al enviado de The New York Times. Poco después se abrió de par en par la puerta de los aposentos de la estrella y, como surgida de un rayo de sol, hizo su entrada la sinuosa figura de la fascinante actriz. Saludó al recién llegado con una voz grave que se correspondía muy bien con su porte mientras los ojos del entrevistador se apartaban huidizos del rostro de ella y descendían hasta un búcaro con flores que había sobre una mesa y, a continuación, hasta la alfombra. —¿No quiere sentarse? —preguntó ella.

Una vez más, la mirada del visitante corrió el riesgo de ser tildada de impertinente. Alcé los ojos y tomé conciencia de que miss Garbo llevaba un tocado negro. Era muy ajustado, como un casquete, y a ambos lados surgían primorosos dos mechones de pelo. En cuanto hubo respondido a unas pocas preguntas, quedó de relieve que su magnetismo era tan poderoso en la pantalla como fuera de ella. Como Pola Negri, a la que admiraba enormemente, es una mujer natural y se muestra más divertida que incómoda por su precario conocimiento del inglés. Lucía un suéter de seda de color rosa y una falda corta de terciopelo negro. Del cigarrillo que sostenía entre sus largos dedos ascendían hacia el techo volutas de humo. Cuando vino aquí por primera vez, hace tres años y medio, miss Garbo apenas sabía hablar inglés, pero ha mejorado bastante y es capaz de expresarse con cierta soltura. A pesar de sus ocasionales errores, siempre cautivadores, me comentó que estaba perfectamente dispuesta a probar suerte con el cine sonoro en una película con diálogos. Le pregunté qué tipo de historia le gustaría interpretar. Dio unas caladas al cigarrillo, echó hacia atrás la cabeza, bajó las pestañas y respondió condescendiente: — Juana de Arco. Aunque probablemente no resultaría demasiado bien. Me gustaría algo inusual, algo que no se haya hecho antes. Algo diferente. No me interesan esas tontas historias de amor. Quiero hacer algo que no hagan las demás. ¿Si pudiese trabajar con Von Stroheim! ¿No es extraordinario? La interpretación favorita de miss Garbo es la que hizo del personaje de Arlen en la traducción a la pantalla de Green Hat, estrenada bajo el título de La mujer ligera. Su primera película, una de las dos que rodó en su Suecia natal, fue una versión cinematográfica de La leyenda de Gosta Berling, proyectada en Estados Unidos en 1928. Entonces tenía diecisiete años y, según su propia descripción "pesaba casi diez kilos más. ¿O eran cinco?". Había tenido un recibimiento multitudinario en su anterior regreso a Suecia. No parecía darle excesiva importancia a la recepción, pero reconoció que al tomar tierra en Goteborg la esperaba un auténtico gentío. No sabía, ahora que estaba de vuelta en América, si sentía o no nostalgia. Comentó que en Estocolmo le encantaba callejear mirando los escaparates de pequeños comercios y luego salir a cenar sin cambiarse de ropa. Sus ojos, de color gris azulado, se iluminaron mientras hablaba. Al preguntarle si la reconocía mucha gente en la ciudad, respondió como tiene por hábito hacer ante otras preguntas: —No lo sé. —¿Qué hizo su primera noche en Nueva York? Había cenado sola. —¿Completamente sola? —Sí, totalmente sola. Y me encanta mirar los... ¿cómo se dice...? ¿Mascacielos? No, ¿cómo era...? Eso es, rascacielos. Resultan tan hermosos desde esta ventana. Es cierto que me invitaron a cenar en algún lugar en el

campo donde estaba alojado como huésped de honor el capitán Lundborg. Ya sabe, el hombre que rescató a Nobile y le trajo de vuelta. Pero, como ya le he dicho, cené sola mientras observaba los maravillosos e irreales rascacielos. ¿Lo he dicho bien? Esta ermitaña vocacional admite que conoce a muy poca gente en Hollywood. De vez en cuando juega al tenis, y tiene un único coche, aunque conduce otros que pertenecen a sus amigos. La conversación nos llevó de nuevo a Suecia cuando le pregunté por su primera aparición en un escenario. Me contestó que nunca había hecho teatro, aunque un amigo suyo le había pedido que actuase en Resurrección cuando estaba aún en Estocolmo. Ella, en un momento de irreflexión, había consentido en hacerlo. Llegó incluso a memorizar el papel y estudiar el personaje. Tenía confianza en sí misma, pero la noche anterior al ensayo general con vestuario había empezado a ponerse nerviosa y no había logrado pegar ojo. Llamó a su amigo para pedirle que fuese a verla y le dijo que no le iba a ser posible actuar. No había conseguido dormir. Ni los ruegos ni las protestas consiguieron hacerle cambiar de opinión. Sencillamente, se sentía incapaz de ponerse delante de unas candilejas. Uno no puede rehuir la tentación de pensar que, vaya donde vaya, miss Garbo se aburre. Pero, bien visto, parece imposible que sea así. Hacer una de sus películas le ocupa unas seis semanas, y hasta ahora ha intervenido en ocho producciones de Hollywood. Estudia sus papeles antes de ponerse ante la cámara. —¿Cuándo regresa usted a Hollywood? —No lo sé. Puede que mañana. Pasamos a hablar de cine y miss Garbo afirma: —Si quieren que hable, hablaré. Me encantaría actuar en una película sonora cuando sean mejores, porque las que he visto hasta ahora son horribles. No veo qué tiene de divertido mirar una sombra mientras llega una voz desde otra parte de la sala. Cuando le pregunté si conocía a Charlie Chaplin respondió que le conocía "muy poco". La colonia sueca de Hollywood ha desaparecido. Víctor Seastrom se ha marchado y Lars Hanson ha regresado a su país, al que también han vuelto otras luminarias de menor predicamento. Miss Garbo siente una profunda admiración por Pola Negri. Confiesa que adora el modo en que miss Negri recrea el ambiente del Viejo Mundo. —No hay prácticamente nadie que esté a la altura de Pola Negri —prosigue Miss Garbo—. Es tan entretenida. Siempre es entretenido verla actuar. Para miss Garbo, entretenido significa algo interesante e inspirado. —Encantada de haberle conocido —repitió a modo de despedida antes de volver la cabeza hacia sus amados rascacielos.

SIGMUND FREUD

Entrevistado por George Sylvester Viereck (*Glimpses of the Great*, 1930)

Sigmund Freud (1856-1939), el judío austríaco fundador del psicoanálisis, estudió Medicina en Viena. Continuó su formación en París junto a Jean-Marie Charcot, que empleaba la hipnosis como tratamiento para la histeria. Más adelante, Freud desarrollaría su propia técnica terapéutica, "la asociación libre en la conversación", además de la teoría psicoanalítica de los mecanismos de defensa y represión, en la que sostenía que la neurosis era producto de la sexualidad infantil (lo que llamó "teoría de la seducción"). En 1890 publicó *La interpretación de los sueños* y en 1902 se le otorgó una cátedra especial de Neuropatología en la Universidad de Viena. A partir de entonces se concentró en el estudio del comportamiento psicológico y psicopatológico y en el papel que desempeña la sexualidad en el inconsciente. En 1938, tras anexionarse Austria los nazis (que ya habían prohibido el psicoanálisis en Alemania), emigró a Inglaterra con su hija Anna, que acabaría convirtiéndose en una reputada psicóloga infantil. Murió a causa de un cáncer de mandíbula. —Mis setenta años me han enseñado a aceptar la vida con jubilosa humildad. Quien así habla es el profesor Sigmund Freud, el gran explorador austríaco de las profundidades del alma. Como el héroe de la tragedia griega, cuyo nombre está tan íntimamente vinculado a un principio fundamental del psicoanálisis, Freud se ha enfrentado temerariamente a la Esfinge. Al igual que Edipo, resolvió el acertijo que aquélla le planteaba. Al menos no existe otro mortal que, como Freud, haya estado tan cerca de dar con una explicación para el insondable misterio del comportamiento humano. Freud representa para la psicología lo que Galileo representó para la astronomía. Es el Cristóbal Colón del subconsciente. Abrió nuevas perspectivas y sondeó nuevas profundidades. Transformó la relación entre todas las cosas de la vida al descifrar el significado oculto de los mensajes inscritos en las páginas del inconsciente. Nuestra conversación tuvo lugar en la residencia de verano de Freud en Semmering, en los Alpes austríacos, donde adora reunirse la crema de la sociedad vienesa. La vez anterior había visitado al padre del psicoanálisis en su sencilla casa de la capital austríaca. Los pocos años transcurridos desde mi última entrevista habían multiplicado las arrugas de su frente y habían intensificado su académica palidez. Tenía el rostro contraído, como si estuviera sufriendo. Su mente permanecía alerta y su espíritu intacto, su cortesía seguía siendo tan impecable como siempre, pero me alarmó una pequeña dificultad que mostraba al hablar. Al parecer, había tenido que someterse a una intervención quirúrgica a causa de una afección maligna de la mandíbula superior. Desde la operación, Freud lleva implantado un artilugio mecánico para facilitar la articulación. En sí mismo, no se trata de un inconveniente mayor que llevar unas gafas. El artefacto metálico azora más a Freud que a sus visitantes. En cuanto transcurre un rato de conversación se olvida uno de él. Cuando tiene un buen día, no se nota su presencia en absoluto, pero para Freud es un motivo de irritación constante. —Detesto esta mandíbula mecánica. La lucha con el mecanismo me hace malgastar una energía preciosa. Con todo,

prefiero una mandíbula mecánica a no tener ninguna. Aún sigo prefiriendo la supervivencia a la extinción. Puede que, al ir haciéndonos la vida imposible según envejecemos, los dioses estén mostrándose compasivos con nosotros. Al final, la muerte parece menos intolerable que las múltiples cargas que soportamos. Freud se niega a admitir que el destino le trate con especial encono. —¿Por qué habría de esperar un trato especial? —dice pausadamente—. La vejez, con sus evidentes incomodidades, nos llega a todos. Golpea a un hombre aquí y a otro allá. El golpe cae ineludiblemente sobre un punto vital. La victoria final pertenece siempre al Gusano Triunfador.

¡Fuera —fuera luces— fuera todos! Sobre cada forma temblorosa el telón, un manto fúnebre, cae con la presteza de una tormenta. Y los ángeles, pálidos y pesarosos, alzándose, desvelándose, afirman que la obra es la tragedia "El Hombre", y su héroe el Gusano Triunfador.

—No me rebelo contra el orden universal. Después de todo, he vivido setenta años. Siempre he tenido suficiente para comer. He disfrutado de muchas cosas: de la camaradería de mi esposa, de mis hijos, de las puestas de sol —continúa el magistral explorador del cerebro humano—. Veo cómo crecen las plantas en primavera. De vez en cuando tengo la satisfacción de estrechar una mano amiga. En un par de ocasiones he dado con un ser humano que casi llegaba a comprenderme. ¿Qué más se puede pedir? —Ha alcanzado la fama —le respondí—. Su trabajo ha influido en la literatura de todos los países. El hombre se ve a sí mismo y contempla la vida con otros ojos gracias a usted. Y con motivo de su setenta cumpleaños, el mundo se ha unido para tributarle un homenaje, ¡a excepción de su propia universidad! —Si la Universidad de Viena me hubiese ofrecido su reconocimiento, sólo habría conseguido avergonzarme. No existe razón alguna por la que deban otorgárnoslo a mí o a mi doctrina sólo porque cumpla setenta años. No doy una importancia desmedida a los números. La fama nos llega tras la muerte y, francamente, lo que ocurra después de la mía no me preocupa. No aspiro a la gloria póstuma. Mi modestia no es ninguna virtud. —¿No significa nada para usted que su nombre le sobreviva? —Nada en absoluto, aun en el caso de que así ocurriese, algo de lo que yo no estoy tan seguro. Me interesa más el futuro de mis hijos. Espero que su vida no sea tan dura. Yo no puedo hacérsela más llevadera. La guerra prácticamente acabó con mi modesta fortuna, los ahorros de toda una vida. Por suerte, la vejez no es una carga demasiado pesada. ¡Puedo seguir adelante! Aún me proporciona placer mi trabajo. Paseábamos arriba y abajo por un pequeño sendero del empinado jardín de su casa. Freud acarició con ternura un arbusto en floración con sus delicadas manos. —Me interesa mucho más esta planta que nada de lo que pueda suceder cuando yo esté muerto. —Así que, después de todo, es usted un profundo pesimista. —En absoluto. No permito que ninguna reflexión filosófica eche a perder el placer que me procuran las cosas sencillas de la vida. —¿Cree usted en algún tipo de persistencia de la personalidad después de la muerte? —No pienso en ello en absoluto. Todo lo que vive, muere. ¿Por qué iba a sobrevivir yo? —¿Le gustaría regresar bajo alguna forma, renacer del polvo? En otras palabras, ¿no aspira a la inmortalidad? —Sinceramente, no. Cuando uno percibe el egoísmo que subyace a toda conducta humana no siente el menor deseo de renacer. La vida, aun moviéndose en círculo, seguiría siendo la misma. Lo que es más, incluso suponiendo que la eterna recurrencia de las

cosas, como diría Nietzsche, nos revistiera de nuevo con nuestro envoltorio mortal, ¿de qué nos serviría sin el recuerdo? No existiría vínculo alguno entre el pasado y el futuro. "Por lo que a mí respecta, me satisface saber que la eterna molestia de vivir llega finalmente a término. Nuestra vida se compone, necesariamente, de una serie de compromisos. Es una lucha sin fin entre el ego y su entorno. El deseo de prolongar la vida más allá de lo natural me parece tremendamente absurdo. —¿No aprueba entonces los intentos de su colega Steinach de prolongar el ciclo de la existencia humana? —Steinach no pretende alargar la vida. Se limita a combatir la vejez. Recurre a las reservas de nuestro propio organismo para ayudar a los tejidos a resistir frente a la enfermedad. El tratamiento de Steinach consigue a veces poner freno a los accidentes biológicos adversos, como el cáncer, en sus estadios iniciales. Hace que la vida sea más soportable, no que sea digna de vivirse. "No hay razón para que deseemos vivir más tiempo, pero son muchos los motivos para que queramos hacerlo con la menor cantidad posible de incomodidades. Yo soy razonablemente feliz, porque agradezco la ausencia de dolor, y disfruto de los pequeños placeres de la vida, de la presencia de mis hijos y de mis flores. —Bernard Shaw mantiene que la vida es demasiado breve. Piensa que el hombre puede prolongar su existencia, si así lo desea, orientando el poder de su voluntad hacia las fuerzas de la evolución. Cree que la humanidad puede recuperar la longevidad de los patriarcas. —Es posible —replicó Freud— que la propia muerte no sea una necesidad biológica. Tal vez muramos porque deseamos hacerlo. Del mismo modo que en nuestro interior conviven simultáneamente el odio y el amor por una persona, toda vida combina el deseo de supervivencia con un ambivalente deseo de aniquilación. "Igual que una goma elástica tiene tendencia a recuperar su forma original, la materia viva, consciente o inconscientemente, anhela conseguir de nuevo la inercia total y absoluta de la existencia inorgánica. El deseo de muerte y el de vida moran uno junto al otro en nuestro interior. "La muerte es la pareja natural del amor. Juntos gobiernan el mundo. Ese es el mensaje que transmite mi libro Más allá del principio de placer. En sus orígenes el psicoanálisis asumía que el Amor era lo más importante. En la actualidad sabemos que la Muerte es igualmente importante. "A nivel biológico, cada ser vivo, por intensamente que arda en él el fuego de la vida, tiende al nirvana, anhela que la fiebre llamada vida llegue a su fin, volver al seno de Abraham. ¡Tal deseo puede disfrazarse mediante circunloquios pero, finalmente, el destino último de la vida es su propia extinción! —Ésa es una filosofía autodestructiva —exclamé yo—. Justifica la autoinmolación. Por lógica, llevaría al suicidio global visualizado por Eduard von Hartmann. —La humanidad no se decide por el suicidio porque su propia naturaleza aborrece el camino directo hacia su objetivo. La vida debe completar su ciclo existencial. En todo ser normal, el deseo de vivir es lo suficientemente intenso como para contrarrestar el deseo de morir, aunque, en última instancia, este último acaba siendo el más poderoso. Podemos jugar con la sugerente idea de que la muerte nos alcanza porque la deseamos. Tal vez pudiésemos vencer a la muerte de no ser por el aliado con el que cuenta dentro de nosotros mismos. En ese sentido —añadió Freud con una sonrisa— podríamos decir justificadamente que toda muerte es un suicidio encubierto. Empezó a refrescar en el jardín, así que continuamos nuestra conversación en el estudio. Sobre el escritorio había una pila de manuscritos con la pulcra caligrafía de Freud. —¿En qué está usted trabajando? —le pregunté. —Escribo una defensa del psicoanálisis lego, el psicoanálisis tal y como lo

practican los profanos. Se pretende ilegalizar la práctica de cualquier tipo de análisis por parte de personas que no sean médicos en ejercicio. La historia, esa vieja plagiaria, se repite a sí misma siempre que hay un descubrimiento. Inicialmente, los doctores se oponen denodadamente a toda verdad nueva; inmediatamente después intentan monopolizarla. —¿Ha recibido mucho apoyo por parte de los legos en esta materia? —Algunos de mis mejores discípulos no son profesionales de la medicina. —¿Sigue usted ejerciendo? —Por supuesto. Ahora tengo entre manos un caso complejo. Intento desentrañar los conflictos psíquicos de un nuevo paciente muy interesante. En ese momento apareció Anna Freud acompañada por su paciente, un muchacho de once años con rasgos inconfundiblemente anglosajones. El niño parecía perfectamente feliz, ajeno por completo a que existiera algún conflicto o confusión en su personalidad. —Mi hija también es psicoanalista. —¿Se ha analizado usted alguna vez? —le pregunté al profesor Freud. —Desde luego. El psicoanalista debe analizarse constantemente. Analizándonos a nosotros mismos aumentamos nuestra capacidad para analizar a otros. El psicoanalista es como el chivo expiatorio de los hebreos. Los demás depositan en él sus pecados. Ha de ejercitar su arte a fondo para desembarazarse de las cargas que se le imponen. —Siempre he creído —señalé— que el psicoanálisis necesariamente induce en quienes lo practican el espíritu de la caridad cristiana. No hay nada en la experiencia humana que el psicoanálisis no nos ayude a comprender. "Tout comprendre c'est tout pardonner" ("Comprenderlo todo es perdonarlo todo"). —En absoluto —exclamó Freud, y sus rasgos adquirieron la expresión de feroz severidad de un profeta hebreo—. Comprenderlo todo no es perdonarlo todo. El psicoanálisis no sólo nos enseña qué podemos tolerar, sino también qué debemos rehuir. Nos dice qué es necesario exterminar. Tolerar el mal no es en absoluto un corolario del conocimiento. De repente entendí por qué Freud había tenido tan amargos enfrentamientos con aquellos de sus seguidores que le habían dado de lado, los que no podían perdonarle que hubiera abandonado la recta senda de la ortodoxia psicoanalítica. Su noción de la rectitud es la herencia de sus antecesores. Es una herencia de la que se siente orgulloso, al igual que se siente orgulloso de su raza. —Mi idioma es el alemán —me explicó—. Mi cultura, mis logros, son alemanes. Intelectualmente, me consideré alemán hasta que percibí que los prejuicios antisemitas iban en aumento en Alemania y Austria. A partir de entonces dejé de considerarme alemán. Prefiero definirme como judío. De alguna manera, me sentí defraudado por su observación. A mi modo de ver, el espíritu de Freud debía volar más alto, por encima de cualquier prejuicio racial, y debía permanecer al margen de todo rencor personal. No obstante, su indignación, su justa cólera, le hacían humanamente mucho más atractivo. ¡Aquiles habría sido insoportable de no ser por su talón! —Me agrada descubrir, herr professor, que también usted tiene sus complejos; que también a usted le traiciona su mortalidad. —Nuestros complejos —replicó Freud— son la causa de nuestra debilidad; pero a menudo también lo son de nuestra fortaleza. —Me pregunto cuáles serán mis complejos —comenté yo. —Un análisis serio lleva al menos un año. Puede requerir incluso dos o tres. Usted está dedicando gran parte de su vida a la caza del león. Año tras año ha seguido la pista a las figuras más destacadas de su generación, hombres invariablemente más viejos que usted: Roosevelt, el káiser, Hindenburg, Briand, Foch, Joffre, George Brandes, Gerhart Hauptmann y George Bernard Shaw. —Es parte de mi trabajo —repliqué. —Pero también representa una elección. El gran hombre es un símbolo. Su búsqueda es la

búsqueda de su corazón. Escoge a grandes hombres para ocupar el lugar del padre. Es parte de su complejo paterno. Negué con vehemencia el dictamen de Freud. A pesar de ello, tras reflexionar al respecto, llegué a la conclusión de que podía haber algo de verdad en su sugerencia, lo cual yo ni siquiera había sospechado hasta entonces. Tal vez fuera precisamente ese impulso lo que me había llevado hasta él. —En el Judío errante —continuó — extiende usted su búsqueda al pasado. Siempre será un Buscador de Hombres. —Ojalá pudiera quedarme aquí el tiempo suficiente para atisbar el interior de mi corazón a través de sus ojos —dije tras una pausa—. Quizá, como la Medusa, moriría de terror al ver mi propia imagen. Sin embargo, temo estar demasiado versado en el campo del psicoanálisis. Me anticiparía continuamente, o intentaría anticiparme, a sus intenciones. —La inteligencia en un paciente no es inconveniente —replicó Freud—. Por el contrario, hay ocasiones en que le facilita a uno la tarea. En ese aspecto, el maestro del psicoanálisis difiere de muchos de sus seguidores, que se quejan de cualquier intento de reafirmación por parte del paciente cuando está siendo analizado. Son muchos los psicoanalistas que emplean el método de "libre asociación" de Freud. Animán a sus pacientes a decir cualquier cosa que se les pase por la cabeza, por estúpida, obscena, inoportuna o irrelevante que pueda parecerles. Guiándose por claves en apariencia nimias, siguen la pista a los dragones psíquicos que se ocultan en sus madrigueras. No les agrada que el paciente intente cooperar activamente. Temen que una vez quede clara la dirección de sus pesquisas, los deseos y la resistencia inconscientes de éste por preservar sus secretos pueden hacer perder la pista al cazador psíquico. Freud reconoce también la existencia de ese peligro. —En ocasiones me pregunto si no seríamos más dichosos sabiendo menos de los procesos que dan forma a nuestros pensamientos y emociones —le planteé—. El psicoanálisis despoja a la vida de sus últimos encantos al vincular cada sentimiento al racimo de complejos que lo originan. Descubrir que todos alojamos en el corazón a un salvaje, un criminal, una bestia, no nos hace más felices. —¿Qué tiene en contra de las bestias? —inquirió Freud—. Yo prefiero con mucho la compañía de los animales a la de las personas. —¿Por qué? —Porque resultan mucho más sencillos. No tienen una personalidad dividida, no sufren la desintegración del ego que surge del intento del hombre de adaptarse a unos cánones de civilización demasiado enaltecidos para sus mecanismos intelectuales y psíquicos. "El salvaje, como la bestia, es cruel, pero está exento de la mezquindad propia del ser civilizado. La mezquindad es el modo que tiene el hombre de vengarse de la sociedad por las restricciones que ésta le impone. Es el sentimiento vengativo que anima al reformista y al chismoso. Un salvaje puede cortarnos la cabeza, devorarnos, torturarnos, pero nos ahorrará los pequeños y continuos aguijonazos que a veces hacen que la vida en una comunidad civilizada resulte casi intolerable. "Los hábitos e idiosincrasias más desagradables del hombre, su falsedad, su cobardía, su falta de respeto, son engendros de una adaptación incompleta a una civilización compleja. Son el resultado del conflicto entre nuestros instintos y nuestra cultura. "¡Cuánto más satisfactorias resultan las sencillas e intensas emociones de un perro que agita el rabo cuando está contento o ladra para manifestar su irritación! Las emociones del perro —añadió Freud, reflexivo— recuerdan a las de los héroes de la antigüedad. Quizá sea ése el motivo por el que inconscientemente bautizamos a nuestros perros con nombres de antiguos héroes como Aquiles o Héctor. —Mi perro se llama Ajax —interrumpí. Freud sonrió. —Me alegro de que no pueda leer —añadí—. Si

pudiese ladrar su opinión sobre los traumas psíquicos y el complejo de Edipo perdería sin duda muchos de sus atractivos como miembro de la familia. "Incluso usted, profesor, considera que la existencia es demasiado compleja. Pero a mi modo de ver es usted responsable, al menos en parte, de las complicaciones de la civilización moderna. Antes de la invención del psicoanálisis no sabíamos que nuestra personalidad está bajo el dominio de una beligerante hueste de complejos francamente objetables. El psicoanálisis ha convertido la vida en un complicado rompecabezas. —En absoluto —contestó Freud—. El psicoanálisis simplifica la vida. Tras analizarnos logramos una nueva síntesis. El psicoanálisis reorganiza el laberinto de impulsos dispersos e intenta bobinarlos en la madeja a la que pertenecen. O, por cambiar de metáfora, proporciona el hilo que permite al hombre salir del laberinto de su propio inconsciente. —Aun así, superficialmente al menos, la vida nunca había sido tan complicada. Día tras día, nuevas ideas lanzadas por usted o sus discípulos hacen más desconcertante y contradictorio el problema de la conducta humana. —El psicoanálisis, al menos, no ha cerrado nunca sus puertas a ninguna verdad nueva —añadió—. Algunos de sus alumnos, más ortodoxos que usted, se aferran a todo pronunciamiento emanado de usted. —La vida cambia, y el psicoanálisis también —observó Freud—. Estamos en los albores de una nueva ciencia. —Tengo la impresión de que la estructura científica que usted ha erigido es altamente elaborada. Sus elementos fijos (la teoría de la "sustitución", de la "sexualidad infantil", la "simbología de los sueños", etcétera) parecen inamovibles. —Con todo, repito, esto es sólo el comienzo. No soy más que un principiante. He tenido éxito en lo que se refiere a desenterrar monumentos hundidos en el sustrato de la mente, pero donde yo he encontrado unos pocos templos otros pueden descubrir un continente. —¿Sigue poniendo el máximo énfasis en el sexo? —Le responderé con las palabras del gran poeta Walt Whitman: "Todo nos faltaría si nos faltara el sexo". No obstante, ya le he explicado que en la actualidad concedo prácticamente la misma importancia a lo que reside "más allá" del placer: la muerte, la negación de la vida. El deseo explica por qué algunos hombres aman el dolor: ¡es un paso hacia la aniquilación! Explica por qué el ser humano busca el sosiego, por qué los poetas se muestran agradecidos de que

Sean quienes sean los dioses,
que la vida no sea para siempre
que los muertos no vuelvan a levantarse jamás,
que incluso el río más exhausto
llegue a verterse en algún lugar en el mar.

—Como a usted —señalé—, a Shaw no le gustaría vivir eternamente, pero a diferencia de usted opina que el sexo carece de interés. —Shaw no entiende el sexo —respondió Freud sonriendo—. No tiene ni la más remota idea de lo que es el amor. En ninguna de sus obras hay una genuina relación amorosa. Convierte la historia de amor de César, puede que la pasión más grande de la historia, en una chanza. Deliberadamente, por no decir maliciosamente, despoja a Cleopatra de toda grandeza y la degrada hasta convertirla en una descocada insignificante. "La razón que explica la extraña actitud de Shaw hacia el amor, su negación del principal motor de todo lo humano, que resta alcance universal a sus obras a pesar de su enorme carga intelectual, es inherente a su psicología. En uno de sus prefacios, el

mismo Shaw hace hincapié en la veta ascética de su temperamento. "Puedo haber cometido muchos errores, pero estoy completamente seguro de que no me equivoco al considerar predominante el instinto sexual. Dado que se trata de un instinto tan poderoso, choca con especial frecuencia con las convenciones y salvaguardias de la civilización. Como mecanismo de autodefensa, la humanidad intenta negar su suprema importancia. "Hay un proverbio ruso que reza: 'Si rascas la superficie de un ruso, debajo aparece el tártaro'. Analice cualquier emoción humana, no importa lo alejada que parezca estar de la esfera del sexo, y con seguridad descubrirá en algún lado el impulso primario, al que la vida misma debe su perpetuación. —Sin duda, ha conseguido usted imponer su punto de vista a todos los escritores modernos. El psicoanálisis ha aportado una nueva intensidad a la literatura. — También ha recibido mucho de la literatura y la filosofía. Nietzsche fue uno de los primeros psicoanalistas. Es sorprendente hasta qué punto su intuición se anticipó a nuestros descubrimientos. Nadie más ha sido tan profundamente consciente de la dualidad de las motivaciones de la conducta humana y de la prevalencia del principio de placer a pesar de constantes vaivenes. Su Zaratustra dice:

La Aflicción
proclama: ¡Muerte!
Pero el Placer anhela la eternidad,
ansia la implacable, profunda eternidad.

—Puede que se discuta más ampliamente el psicoanálisis en Estados Unidos que en Austria y Alemania, pero su influencia en la literatura es inmensa. —Thomas Mann y Hugo von Hofmansthal nos deben mucho. El desarrollo de Schnitzler es, en gran medida, paralelo al mío. Expresa poéticamente más de lo que yo intento definir científicamente. Aunque claro, el señor Schnitzler no sólo es un poeta sino también un científico. — Usted también es poeta, además de científico —le respondí—. La literatura americana —continué— se basa en el psicoanálisis. Rupert Hughes, Harvey O'Higgins y otros se han convertido en sus intérpretes. Es difícil abrir una nueva novela sin encontrar alguna referencia al psicoanálisis. Eugene O'Neill y Sydney Howard, entre los autores de teatro, están en deuda con usted. The Silver Cord, sin ir más lejos, es ni más ni menos que una dramatización del complejo de Edipo. —Lo sé —replicó Freud—. Le agradezco el cumplido, pero me asusta mi popularidad en Estados Unidos. El interés norteamericano en el psicoanálisis no profundiza lo bastante. La popularización conduce a una aceptación superficial sin mediar una investigación seria. La gente no hace más que repetir frases que aprende en el teatro o la prensa. ¡Creen comprender el psicoanálisis porque pueden hacerse eco de su jerga como si fueran loros! Prefiero el estudio, más intenso, que se hace del psicoanálisis en los centros europeos. "Estados Unidos fue el primer país en reconocerme oficialmente. La Clark University

me concedió un título honorífico cuando aún sufría el ostracismo en Europa. Sin embargo, los estadounidenses han hecho pocas aportaciones originales al estudio del psicoanálisis. Son agudos generalizadores, pero rara vez son pensadores creadivos. Lo que es más, la profesión médica estadounidense, al igual que la austríaca, intenta apropiarse de este campo. Puede resultar fatal para el desarrollo del psicoanálisis dejarlo exclusivamente en manos de los médicos. La formación médica es con igual frecuencia un obstáculo y una ventaja en el ejercicio del psicoanálisis. Desde luego es un obstáculo cuando ciertas convenciones científicas, comúnmente aceptadas, arraigan demasiado profundamente en la mente de los estudiantes. ¡Freud tiene que decir la verdad, al precio que sea! Es incapaz de adular a los estadounidenses, aunque entre ellos es donde cuenta con más admiradores. Ni siquiera a estas alturas es capaz de hacer una propuesta de paz a la profesión médica, que aún ahora le acepta de mala gana. A pesar de que no se aviene a ningún compromiso que ponga en tela de juicio su integridad, Freud es el espíritu mismo de la urbanidad. Escucha pacientemente cada comentario, sin intentar nunca intimidar a su interlocutor. ¡Es raro el invitado que se marcha sin algún presente, sin alguna muestra de su hospitalidad! Se había hecho de noche. Ya era hora de que tomara el tren de vuelta a la ciudad que antaño albergó el esplendor imperial de los Habsburgo. Freud, acompañado de su esposa y su hija, bajó los escalones que llevaban de su refugio de montaña a la calle para despedirme. Su figura tenía un aspecto gris y apagado. —No me haga parecer un pesimista —me pidió, tras estrecharme la mano por última vez—. No desprecio al mundo. Mostrar desprecio por el mundo es sólo una forma más de adularlo para obtener reconocimiento y fama. No, no soy un pesimista, no mientras tenga a mis hijos, mi esposa y mis flores. Afortunadamente —añadió sonriente—, las plantas carecen de temperamento y no tienen complejidades. Adoro mis flores. Y no me siento desdichado. Al menos, no más que otros. El silbato del tren hendió la noche. Rápidamente, el coche me condujo hasta la estación. La figura algo caída de hombros de Sigmund Freud y su cabeza gris se desvanecieron lentamente en la distancia. Como Edipo, Freud ha penetrado demasiado a fondo en las profundidades de los ojos de la Esfinge. El monstruo propone su acertijo a todos los viajeros. Aquellos que no conocen la respuesta son despedazados y arrojados contra las rocas. Con todo, tal vez sea más benevolente con aquellos a los que destruye que con quienes adivinan su secreto.

GEORGE BERNARD SHAW

Entrevistado por Hayden Church (Liberty, 7 de febrero de 1931)

George Bernard Shaw (1856-1950), autor dramático, crítico y polemista irlandés, nació en Dublín en el seno de una familia protestante. Su madre, maestra de canto, ejerció una poderosa influencia sobre él, que hizo que la siguiese a ella y a su hermana a Londres tras abandonar su trabajo como empleado de una firma de agentes inmobiliarios. Una vez allí empezó a escribir novelas, antes de dedicarse a la crítica musical y teatral y a la escritura de obras de teatro en la década de 1890. Entre 1892 y mediados de los años treinta escribió más de veinte obras, tanto tragedias como comedias, todas ellas de contenido social, moral y filosófico. Famoso por su ingenio, Shaw concedió numerosas entrevistas a lo largo de su vida y disfrutó mandando cartas a los periódicos y escribiendo controvertidos panfletos sobre temas candentes. Socialista, fue una de las figuras claves de la Sociedad Fabiana y editó una obra de gran influencia, Fabian Essays (1889). Hayden Church perteneció a la plantilla de The New York Times durante las décadas de 1930 y 1940. A lo largo de los años entrevistó en varias ocasiones a Shaw. —Si fuera usted dictador de Inglaterra —le pregunté a George Bernard Shaw—, ¿qué haría? —Probablemente volverme loco, como Nerón —replicó—. ¿A qué viene una pregunta tan estúpida? Mr. Shaw me espetó esta réplica característica en una reciente entrevista, realizada en parte durante un agotador paseo con él por las Malvern Hills, que quizá sea la más notable jamás concedida por el más grande e ingenioso dramaturgo del mundo. En el transcurso de la misma, en respuesta a una pregunta originalmente planteada por Edison, reveló que preferiría morir y negó que él, probablemente uno de los más ricos y renombrados de los escritores vivos, haya conseguido hacer de su vida un éxito. Abordando una gran variedad de tópicos, expresó puntos de vista típicamente shawianos sobre los recientes triunfos de la mujer, sobre el hombre y, durante una discusión sobre el futuro del cine sonoro, ofreció su opinión, indirectamente, sobre un tema muy debatido: ¿Debía Charlie Chaplin hacer películas sonoras? Pero a Shaw le interesaban los temas de alcance, al menos al principio. Yuna de mis primeras preguntas, mientras hablábamos acerca de la depresión mundial, tuvo la fortuna de sonsacarle un pronunciamiento tan poderoso, incisivo e incidentalmente tan controvertido como el que más entre los que había pronunciado en los

últimos años. —¿Cómo ve usted el futuro económico de Inglaterra? —fue la pregunta—. ¿Empeorarán irremediabilmente las cosas o conseguirá el viejo país "salir del paso", como de costumbre? —Se ha hecho ya un poco tarde —replicó— para hablar sobre si Inglaterra o cualquier otra nacionalidad de tres al cuarto conseguirá salir del paso. Hoy la pregunta es "¿Saldrá del paso la civilización?". Si el gran barco se hunde, Inglaterra se hundirá con él. Y no olvide que los grandes barcos siempre se han hundido, hasta el momento. Mesopotamia fue antaño más civilizada que la vieja y la nueva Inglaterra, pero se hundió tan completamente que tenía yo más de sesenta años de edad antes de oír hablar siquiera de Sumeria. Observo por su expresión que usted aún no ha oído hablar de ella. Y la civilización sumeria es sólo una entre media docena. La lista de civilizaciones extintas no hace más que aumentar, tanto como la lista de oscuras estrellas descubiertas por los astrónomos. 'Todo estudioso serio del tema sabe que la estabilidad de una civilización depende en última instancia de la sabiduría con la que distribuye su riqueza y asigna la carga de trabajo, así como de la veracidad de la educación que suministra a sus niños. Nosotros no distribuimos nuestra riqueza en absoluto: la tiramos a la calle para que se peleen por ella los más fuertes y codiciosos entre los que estén dispuestos a humillarse haciéndolo, después de entregarle la parte del león a los ladrones profesionales cortésmente llamados propietarios. Atiborramos de mentiras a nuestros niños y castigamos a todo aquel que intenta iluminarles. Los remedios que aplicamos para remediar las consecuencias de nuestra demencia son impuestos, inflación, guerras, vivisecciones e inoculaciones, venganzas, violencia, magia negra. En cuanto a la reforma, ni siquiera tenemos suficiente sentido común para reformar nuestra ortografía. ¡Hábleme de otra cosa! Obedecí planteándole dos preguntas que, junto con otras, les había planteado Thomas A. Edison a los candidatos a la beca creada por el famoso inventor americano. Al plantear estas preguntas, sin duda a Edison no se le pasó siquiera por la cabeza que obtendrían respuesta por parte de George Bernard Shaw, pero le pedí a Mr. Shaw que contestara a las más importantes, señalando que sus respuestas serían de enorme interés. E incuestionablemente así lo fueron, especialmente la correspondiente a la primera de ellas. La pregunta formulada por Edison fue: "Cuando examine su vida desde su lecho de muerte, ¿qué hechos empleará para determinar si ha tenido éxito o ha fracasado?". Al plantearla a mi vez, comenté que hasta el más tonto sabía que Shaw había tenido más éxito que la mayoría de los mortales, pero en su respuesta, como se verá, pasó totalmente por alto este comentario. —No me encuentro en mi lecho de muerte —dijo—, salvo en la medida en que

todos estamos en él. Personalmente, preferiría morir en una cuneta razonablemente seca bajo las estrellas. Yo no he tenido éxito. La gente ha acordado clasificarme como un éxito. Eso es todo. ¿Acaso no tengo escrito en alguna parte que la vida enrasa a todos los hombres? La muerte es quien desvela al eminente. Pues bien, aún no estoy del todo muerto. Sólo en siete octavas partes. La segunda pregunta de Edison era: "Si pudiera prescribir y llevar a la práctica un sistema educativo para toda la población del mundo, ¿en qué elementos esenciales haría usted especial hincapié?". Mr. Shaw dictó su respuesta a esto como sigue: —Lectura (incluida la musical), escritura, aritmética y modales, principal y obligatoriamente. Derecho elemental, economía y física (incluyendo la astrofísica), como cualificaciones para empleos distintos a los trabajos manuales amparados; y en cuanto al resto, con arreglo a las capacidades del discente. Mr. Shaw es perfectamente consciente de las posibilidades del cine sonoro. Hizo una película sonora sobre sí mismo no hace demasiado tiempo y ha aceptado, por vez primera, que dos de sus obras teatrales se conviertan en películas. —¿Existe algún aspecto en particular del cine sonoro que sea de especial interés para usted actualmente? —le pregunté—. ¿Cuál es para usted la mejor película realizada hasta el momento? —Las mejores películas que he visto son rusas —replicó—. Aquí en Inglaterra estamos haciendo todo lo posible para impedir que se proyecten porque son demasiado morales para nosotros. No me interesa ningún aspecto en especial del cine sonoro. Sí me interesa el hecho abrumador de que se haya descubierto un método de proyectar obras y representaciones que reduce nuestros viejos, costosos, astrosos, casi invisibles y casi inaudibles métodos teatrales al absurdo. Y la gente de nuestros teatros sigue parpadeando ante él y diciendo que no puede durar porque al público lo que le gusta es la realidad. "¿Como si Charlie Chaplin no fuera diez veces más real para todos nosotros que ningún actor de teatro del mundo! Si esto es cierto para el Charlie silencioso, ¿qué no ocurrirá con un Charlie hablador? Es patético escuchar a nuestros viejos empresarios teatrales profetizando estupideces mientras se encaminan hacia el olvido a través del tribunal de bancarrotas! Como estas respuestas evidencian por sí mismas, Mr. Shaw se mantiene tan dinámico como siempre, a pesar de sus setenta y cuatro años. Si está muerto en "siete octavas partes", como él mismo asevera, desde luego consigue que tal hecho pase inadvertido. Su cabello y su barba (en la película sonora que hizo recientemente expresó jocosamente su intención de teñírselos) y sus famosas cejas mefistofélicas se han vuelto, cierto es, blancas como la nieve, pero se mantiene enhiesto como un pino y su energía es desbordante. Un famoso científico europeo le describió recientemente diciendo que es "el

único hombre viejo que vive con el cerebro de un hombre joven". De modo bastante habitual, cuando está en Londres, camina desde su piso de Whitehall Court, en el Thames Embankment, hasta el Real Automóvil Club, en Pall Mall, ¡y se da un baño en la piscina antes del desayuno! Mi entrevista con él se celebró en Malvern, Worcestershire, donde, tras el reciente festival de sus obras celebrado allí, se tomó unas vacaciones. Hasta ese momento había hablado mientras recorría a grandes zancadas su cuarto de trabajo en la suite que él y Mrs. Shaw ocupan en un hotel pequeño pero bien llevado. Pero entonces, diciendo que necesitaba algo de ejercicio físico, me llevó a dar lo que llamó un "paseo" Worcestershire Beacon arriba, la más elevada de las cumbres cercanas conocidas con el equívoco nombre de Malvern Hills (colinas Malvern). En varias ocasiones, muy para el asombro de los locales que en su mayoría prefieren realizar el ascenso a lomos de reticentes burros, GBS ha subido a pie hasta la cima misma del pico, a cerca de 500 metros por encima del nivel del mar. En esta ocasión, afortunadamente, no disponía de tiempo para tamaña proeza y se contentó con un recorrido menor, aunque no menos agotador para su acompañante. Ascendimos por la cara norte de la gran "colina", trepando por rocosas pendientes y tomando peligrosas curvas sobre la marcha en el tortuoso y a menudo inexistente sendero. Al cabo de una hora nos encontrábamos a varios cientos de pies de altura, y disfrutábamos de una gloriosa vista de las otras colinas de Malvern, de la pintoresca ciudad, con su antiguo priorato, y del río Avon, que se alejaba describiendo meandros en dirección a Stratford. Durante este paseo de padre y muy señor mío, la conversación derivó desde la primera película sonora de Emil Jannings, que al parecer no había sido demasiado del agrado de Mr. Shaw hasta la obra teatral Final de viaje (Journey 's End) (sobre la que al parecer había sido consultado GBS cuando estaba haciendo la ronda de los productores teatrales), y de ahí al boxeo profesional en el que, como todo el mundo sabe, está muy interesado el autor de La profesión de Cashel Byron (Cashel Byron 's Profession). Le pregunté por qué creía él que Inglaterra parecía incapaz de dar un campeón de los pesos pesados. —Hay docenas de hombres en cada parroquia de Inglaterra —replicó— que harían picadillo a todos los campeones del ring con la misma facilidad con la que Tunney hizo picadillo al aparentemente imbatible Carpentier y a su vencedor, Dempsey, si se pusiesen a ello, como él hizo. Prefieren otras carreras, eso es todo. Inevitablemente, la conversación se orientó hacia las obras teatrales de Shaw y mencioné que se decía que él había respondido a la pregunta de si personalmente tenía alguna favorita, que le gustaba bastante La casa de la angustia (Heartbreak House), "un retrato", por emplear las palabras del

prefacio de la obra, "sobre la Europa ociosa y culta" antes y durante la guerra. —Es posible que dijera algo semejante —admitió GBS—. Pero las obras así salen caras. Le miré inquisitivamente, suponiendo que se refería a que requieren un elenco de elevado coste. —Sí —añadió—, hicieron falta un siglo de decadencia internacional y una guerra para dar a luz a la obra. Un momento después comentó: —Siempre hay un buen número de temas pidiendo a voces ser empleados en una obra, si los dramaturgos son capaces de ver las posibilidades que encierran. Las condiciones de vida en los barrios bajos de Londres llevaban un siglo siendo un escándalo nacional antes de que yo los dramatizara en Casas de viudos (Widower's Houses). Hablamos de Macbeth, a propósito de la producción que Sybil Thorndike había realizado de la obra, que Mr. Shaw había dirigido en gran medida, y comentó que siempre había deseado ver una versión realizada íntegramente en el dialecto escocés. —Estoy convencido de que sería tremendamente poderosa —declaró. Regresando al tema de las películas, le pregunté a Shaw si verse a sí mismo tal y como los demás le ven, a través de su reciente película y la que había hecho algunos meses antes, le había permitido descubrir algo nuevo sobre sí mismo. —Sólo que me estoy haciendo viejo —replicó—, y que se me está torciendo la boca. Pero hice un pequeño descubrimiento sobre mí mismo cuando me vi por primera vez en la pantalla en una película que ayudé a hacer hace casi veinte años. Me había fijado muchas veces en que mi padre se parecía bastante a sir Horace Plunkett, el agrónomo irlandés, y cuando me vi en la pantalla me di cuenta por primera vez de que también yo me parezco a Plunkett. Aquella película fue un asunto extraordinario que puso en marcha Barrie en los años de antes de la guerra —continuó Shaw—Su propósito era recaudar fondos para algún fin caritativo, creo recordar, y participaron en ella un buen número de celebridades de uno u otro tipo. Empezaba, lo recuerdo bien, con una cena en el Savoy y uno de los presentes era Mr. Asquith. "Después nos llevaron, a Granville Barker, a mí y a dos o tres escritores más a Elstree y nos vistieron de vaqueros. Así ataviados hicimos toda clase de chifladuras, como perseguir caballos y montar en motocicleta. En un determinado momento llevaba a cinco personas detrás de mí en la motocicleta y atravesé varios precipicios. Bien es verdad que los precipicios sólo medían dos metros de altura, pero no me resulta especialmente divertida una caída, ni siquiera de dos metros, a mi edad. Al público, no obstante, le fue negado el placer de presenciar estas payasadas, ya que Barrie finalmente decidió tirar la película a la basura. Tengo entendido que al final utilizó parte de ella en una pieza que escribió para Gaby Deslys. Ojalá pudiera reproducir el delicioso acento irlandés con el que Shaw me había contado todo esto.

Escucharlo es uno de los gozos de hablar con él. Ninguna entrevista con GBS, el más ardoroso de los feministas, quedaría completa sin algún comentario sobre las mujeres, Así pues, como cuestión final le pregunté: — ¿A qué se debe, en su opinión, que últimamente las mujeres estén derrotando a los hombres en todos los frentes? Por ejemplo, Amy Johnson, y las otras inglesas que ganaron la carrera aérea de la Copa del Rey y el Trofeo del Rey en el campeonato de tiro de Bisley. —¿Qué tiene eso de sorprendente? —inquirió Shaw—. Miss Johnson no voló hasta Australia: lo hizo una máquina, ella se limitó a ir en ella y dirigirla. El Trofeo del Rey lo ganó un rifle: ¿existe alguna razón en el mundo por la que los ojos de una mujer no puedan alinear el punto de mira de un rifle, por la que la inteligencia de una mujer no pueda calcular el efecto del viento o por la que el dedo de una mujer no pueda tirar del gatillo tan bien como los de un hombre? Si consulta usted los periódicos de ayer, comprobará que varias mujeres tuvieron hijos ayer sin ayuda de máquina alguna. Demuéstreme usted que algún hombre ha logrado tan asombrosa y ardua proeza, y me sentaré a discutir muy seriamente con usted el significado de tamaño triunfo.

AL CAPONE

Entrevistado por Cornelius Vanderbilt Jr. (Liberty, 17 de octubre de 1931)

Al (Alphonse) Capone (1899-1947), el gángster americano, nació en Brooklyn, Nueva York. Estudió en la Escuela Pública 7 de Nueva York, donde compartió clase y pandilla con Salvatore Luciana (alias Lucky Luciano). Durante su paso por las aulas intimó con John Torrio, jefe de una banda. Se casó con una irlandesa y trabajó un tiempo como gorila en un restaurante. Más tarde, se trasladó a Chicago a instancias de Torrio y, en 1924, cuando éste decidió retirarse tras un intento de asesinato fallido, Capone se apoderó de su organización y se dedicó a exterminar sin misericordia a las bandas rivales irlandesas, polacas y judías. Durante la Prohibición hizo una gran fortuna con el contrabando de alcohol. Fue siempre muy cuidadoso con su imagen pública y solía organizar reuniones con periodistas, a los que recibía en el Hotel Lexington (conocido como el Fuerte), donde tenía sus oficinas. En 1929, después del asesinato de Jake Lingle, un periodista corrupto del Chicago Tribune con el que Capone había tenido un agarrón, un colega irlandés, Claud Cockburn, recibió de The Times (Londres) el encargo de entrevistar a Capone. Muy para su sorpresa le tocó en suerte escuchar una conferencia sobre las virtudes del "sistema americano". Capone "se deshizo en elogios a la libertad, el espíritu emprendedor y los pioneros", y "mencionó con desdeñosa aversión el socialismo y el anarquismo". Insistió mucho en que sus negocios "seguían un modelo estrictamente americano" y concluyó proclamando: "Este sistema nuestro, el americano, llámesele americanismo, capitalismo o como quiera, nos da a todos y cada uno de nosotros una oportunidad, si es que somos capaces de aferrarnos a ella con las dos manos y aprovecharla al máximo". Al final, Cockburn decidió no transcribir la entrevista para el periódico, "porque me di cuenta de que la mayoría de las cosas que Capone había dicho eran esencialmente idénticas a las que publicaba el propio The Times en sus editoriales, y dudaba mucho que al periódico le hiciera gracia verse encuadrado en la misma línea política que el gángster más famoso de Chicago". Capone era popular entre mucha gente normal de Chicago, ya que abastecía de alcohol a los bares clandestinos de la ciudad. Era también un benefactor, un hombre caritativo que corría con los gastos de un comedor gratuito para los desempleados y celebraba fiestas para los pobres en Little Italy. A modo de introducción, el editor de Liberty escribió lo

siguiente: "Cuando Al Capone concedió esta entrevista al señor Vanderbilt se enfrentaba a un juicio por evasión de impuestos y a la perspectiva de varios años en la cárcel, caso de ser condenado. ¿Qué se le pasaba por la cabeza a este autoproclamado rey del hampa? ¿Se sentía afectado, abatido, como le habría ocurrido a cualquier otro en sus circunstancias? Todo lo contrario. Como pone de manifiesto el señor Vanderbilt, se dedicó a pontificar fríamente sobre asuntos de interés nacional, a dictarle al presidente de Estados Unidos qué debía hacer y a apuntar el nombre de su posible sucesor, y —como guinda de tanta desvergüenza— a denunciar la corrupción y la estafa. Publicamos esta entrevista como ilustración sorprendente y advertencia útil sobre la mentalidad en el mundo de la delincuencia, exaltada por la riqueza generada por la Prohibición, la publicidad sensacionalista y la arrogancia de un gángster ensoberbecido por el poder". En octubre de 1931 Capone fue sentenciado a once años de cárcel, por aquel entonces la pena más alta jamás impuesta por evasión fiscal. Fue consumiéndose en diversas prisiones federales —incluida la tristemente famosa de Alcatraz— en las que fue humillado y atacado por otros presos, hasta 1940, año en que obtuvo la libertad tras serle diagnosticada una neurosífilis. Convertido en un personaje patético, aunque todavía acaudalado, decidió vivir con su esposa y su familia en su mansión de Miami, donde murió a los cuarenta y ocho años de edad de resultas de la fase terciaria de la enfermedad. En 1990, la American Bar Association (Asociación de Abogados Americanos) escenificó de nuevo, a modo de simulacro, el juicio contra Capone por evasión de impuestos. Se llegó a la conclusión de que sus abogados le habían hecho un flaco servicio y de que las pruebas esgrimidas contra él jamás habrían sido aceptables frente a un jurado actual. Lo que es más, el equipo de defensores de Capone no se había enterado de que algunos de los testigos federales que habían declarado contra su cliente lo habían hecho bajo coacción. Cornelius Vanderbilt Jr. (1898-1974) era descendiente de la acaudalada dinastía financiera neoyorquina, aunque su padre había sido dado de lado y había perdido el acceso al grueso de su fortuna al casarse con una mujer mayor que su familia desaprobaba. Con todo, sus padres eran ricos, ya que el abuelo materno de Vanderbilt Jr. era también un próspero hombre de negocios. Vanderbilt Jr. se crió en Newport, Connecticut, y durante su infancia visitó frecuentemente Europa. A pesar de la censura expresa de su padre, se incorporó al periodismo una vez licenciado del ejército tras la I Guerra Mundial. Fue corresponsal del New York Herald, para el que entrevistó al poeta irlandés lord Dunsany, al dramaturgo belga Maurice Maeterlinck y a Eduardo, príncipe de Gales. Fue colaborador en Albany del

New York Times y, seguidamente, de *United Press* y *Universal Service* en *Washington*. Más tarde trabajaría como independiente. En 1923 fundó y se convirtió en presidente de *Vanderbilt Newspapers*, que publicaba prensa sensacionalista en *Los Angeles*, *San Francisco* y *Miami*, pero se pilló los dedos con el proyecto, ya que sus periódicos tuvieron que cerrar a los pocos años. Fue también editor asociado del *New York Mirror* desde 1925 hasta 1929. Durante la década de 1930 se convirtió en colaborador de la revista *Liberty*, especializándose en entrevistas. Entre sus entrevistados figuran el general *Pershing*, *Pío XI*, *Mussolini*, el general *Pilsudsky* (el líder polaco), *Stalin* y el presidente *Hoover*. También entrevistó a *Hitler* en varias ocasiones. La primera de ellas, tras la detención de *Hitler* por su participación en la fracasada revuelta de la cervecería en *Múnich*. *Vanderbilt* rompió una ventana de un ladrillazo para conseguir que le detuvieran, y seguidamente, a base de sobornos, logró que le asignaran la celda contigua a la de *Hitler*. Todo por una entrevista. Años más tarde rechazó la oferta de volverle a entrevistar porque no estaba dispuesto a cumplir la condición de donar 5.000 dólares a un fondo destinado a las familias de los nazis muertos durante el ascenso de *Hitler* al poder. También entrevistó a *Stalin* (que, "aun pareciéndole un ogro a algunos, a mí me recordaba más a un maestro de escuela") varias veces. En la primera ocasión *Stalin* estaba leyendo un libro cuando llegó *Vanderbilt Jr.* Más adelante supo que el libro en cuestión era la *Biblia*, y que *Stalin* la había leído en cuatro idiomas. "Me habló más como un empresario americano que como el líder de la *Rusia roja*", declaró *Vanderbilt*. La última vez que le entrevistó, interpretó —correctamente—, a la vista de los comentarios de *Stalin*, que *Rusia* estaba a punto de firmar un acuerdo de no agresión con *Alemania*, y tuvo ocasión de advertírselo anticipadamente a *Roosevelt*. Durante la década de 1930, *Vanderbilt Jr.* trabajó incansablemente en las campañas presidenciales de *Roosevelt*. Rechazó la oferta de un puesto en la *Administración*, pero aceptó el título de asesor presidencial, sin salario ni dietas, y despachaba directamente con *FDR* multitud de cuestiones. Fue galardonado con la *Cruz de Servicios Distinguidos del FBI* en 1942 por su contribución a la detención de un operador de radio japonés en la costa del *Pacífico*. Escribió una serie de libros de viaje —*Reno* (1929), *Park Avenue* (1930), *Palm Beach* (1931)— y, en la década de 1940 trabajó como columnista de viajes para el *New York Post* y la *Affiliated News Features*. Asimismo, publicó varios libros de memorias: *Personal Experiences of a Cub Reporter* (1922), *Experiences of a Washington Correspondent* (1929), *Farewell to Fifth Avenue* (1935) y *Man of the World: My Life on Five Continents* (1959). *Vanderbilt Jr.* se casó nada menos que seis veces. Antes

de visitar a Capone, Vanderbilt Jr. le había dejado una nota al encargado del hotel dándole instrucciones para que fuera abierta una vez transcurrido un tiempo determinado. En ella había escrito la dirección en la que se encontraba. Luego, la entrevista se alargó, y fue todo tan bien que Capone y Vanderbilt estaban comentando la posibilidad de una "cena íntima" a la semana siguiente cuando sonó el teléfono. Contestó Capone y, pasándole el receptor a Vanderbilt Jr., le dijo: "Es la policía, dicen que le he secuestrado". —Tenemos que mantenernos unidos. Estábamos sentados, Al Capone y yo, en un espacioso despacho de la esquina sureste del cuarto piso del Hotel Lexington, en el cruce entre la Veintidós y Michigan, en Chicago. Eran más de las cuatro de la tarde del jueves 27 de agosto. Y aquél era el año. A nuestros pies, las aceras estaban atestadas de policías de paisano y de uniforme, con su artillería ligera bien a la vista. Los locales habituales del hampa habían sido allanados una y otra vez en las últimas veinticuatro horas. Se habían efectuado redadas en hoteles y apartamentos. Pat Roche quería coger al rey. Lo deseaba con verdadera ansia, y Pat era el fiscal del Estado. Alguien había sido secuestrado. Su nombre era Lynch y publicaba una guía de apuestas hípcas. Según los rumores, sus captores exigían "250 de los grandes" a cambio de su liberación. Convencida de que Capone debía saber algo sobre el asunto, la policía de Chicago había pedido la colaboración del rey. Su majestad había asentido graciosamente y Lynch no tardó en aparecer. No hubo que pagar ningún rescate. Al Capone no tolera ciertos negocios sucios, y el secuestro es uno de ellos. Se recostó un poco más en su cómodo sillón de despacho y encendió, por decimoséptima vez, su masticado puro Tampa. Llevábamos hablando más de una hora. —Va a ser un invierno terrible —continuó—. La gente como nosotros tiene que rascarse el bolsillo, y bien rascado, si queremos que sobreviva alguien. No podemos esperar a que actúe el Congreso ni el señor Hoover, ni nadie. Tenemos que contribuir a llenar las barrigas y a mantener los cuerpos calientes. Si no lo hacemos, se acabó nuestra forma de vida. ¿Sabe usted, señor, que América está al borde de una revolución social? El bolchevismo llama a nuestras puertas. No podemos permitirle que entre. Tenemos que organizarnos en su contra, ponernos hombro con hombro y resistir. Necesitamos fondos para combatir el hambre. ¿Sería cierto lo que estaba oyendo? ¿Acaso me había vuelto loco? Allí, delante de mí, enmarcado por una ventana, tras una mesa de teca grande y larga, estaba sentado el más temido de todos los delincuentes. Era mucho más alto de lo que yo había imaginado, y mucho más robusto; un individuo con un apretón de manos digno de un oso, una panza de banquero, y la seductora sonrisa de todas las razas latinas. Y a pesar de todo, en lugar de la

cháchara habitual que suele brotar de la gente de su calaña, me había endosado un discurso que nunca había tenido la fortuna de escuchar antes. Continuó: —Debemos mantener América íntegra, a salvo, y libre de corrupción. Si las máquinas arrebatan puestos de trabajo al obrero, habrá que encontrar otra cosa en la que pueda ocuparse. Quizá vuelva a cultivar la tierra, pero deberemos cuidar de él durante el periodo de cambio. Hemos de mantenerle alejado de la literatura y las triquiñuelas de los rojos, asegurarnos de que su mente permanezca sana. Porque, sin importar dónde haya nacido, ahora es un americano. Los muchachos voceaban las noticias en las calles. Al "Brown", como le gusta hacerse llamar, se levantó de su asiento y caminó hacia el extremo sur de la habitación. Sacó de un mueble unos gemelos, se los llevó a los ojos y leyó pausadamente el encabezamiento de un periódico de la tarde: "Pat Roche confía en detener a Capone en breve". Me dirigió una ancha sonrisa. —Pat es un tipo estupendo —dijo—, pero le gusta demasiado ver su nombre en la prensa. Y, pensé yo, si Pat realmente estuviera interesado en arrestarle, podría hacerlo en un abrir y cerrar de ojos. Prácticamente respondió a mi pensamiento. —En realidad nos parecemos, señor Vanderbilt. Siempre recibo más reproches por lo que no hago que alabanzas por lo bueno que hago. Siempre tengo encima a los chicos de la prensa. Es como si fuera responsable de todos los crímenes que se cometen en el país. Cualquiera diría que tengo un poder ilimitado y una billetera inagotable. Bueno, poder sí que tengo, supongo; pero mi cuenta corriente sufre en estos tiempos duros tanto como la de cualquier otro. Mis asalariados son los mismos de siempre, pero los beneficios han disminuido lo suyo. Le sorprendería conocer a algunas de las personas de las que tengo que hacerme cargo. Podría haberle contestado que nada podía sorprenderme, pero permanecí en silencio. Al Capone no es el tipo habitual de gángster que ha llegado a lo más alto. Es un organizador y político capaz. A los treinta y dos años era la máquina mejor engrasada que este país haya visto. Es más poderoso en Chicago de lo que jamás lo fuera ningún dirigente del Tammany¹⁵⁸ en Nueva York. Para hacerse cargo de sus múltiples tareas cotidianas dispone de un batallón en nómina que representa un gasto de 200.000 dólares a la semana. Mientras escribo esto, Capone aún no ha tenido que enfrentarse a la derrota. ¿Cómo puede un hombre tan joven mantener unido el tipo de organización que ha construido? Le pregunté al respecto y me respondió sin la menor vacilación: —Hoy en día la gente no respeta nada. Antes, poníamos en un pedestal la virtud, el honor, la verdad y la ley. ¡Hemos tenido casi doce años para enderezarnos, y mire el caos en que hemos convertido la vida! Durante la guerra, los legisladores aprobaron la decimoctava enmienda.

Hoy en día hay más gente bebiendo alcohol en los garitos clandestinos que la que antes de 1917 atravesaba las puertas de todos los locales del país en cinco años. Eso es lo que opinan sobre el respeto a la ley. Y aun así, la mayor parte de esas personas no son malas. No puede llamárseles criminales, aunque técnicamente lo sean. Entre el pueblo va en aumento la sensación de que la Prohibición es responsable de muchos de nuestros males, pero también crece el número de gente que actúa contra la ley. Hace dieciséis años llegué a Chicago con cuarenta dólares en el bolsillo. Tres años después estaba casado. Mi hijo tiene ya doce años. Sigo casado y quiero profundamente a mi mujer. Teníamos que ganarnos la vida. Entonces era más joven de lo que soy ahora, y creía que necesitaba más. No me parecía justo prohibir a nadie que intentara obtener lo que deseaba. La Prohibición me parecía, y me sigue pareciendo, una ley injusta. De algún modo, derivé naturalmente hacia la ilegalidad, y supongo que ahí permaneceré hasta que la ley sea derogada. —¿Entonces cree que será derogada? —Desde luego —respondió él con presteza—. Y cuando así ocurra, muy mal me tendría que haber organizado para no haberme buscado negocios en otros lugares. Verá, señor Vanderbilt, la Prohibición representa menos de un treinta y cinco por ciento de mis ingresos. Su siguiente frase restalló como un trueno. —Creo que el señor Hoover podría sugerir en su informe de diciembre al Congreso que los legisladores de la nación eleven el porcentaje alcohólico de los licores. Será su as en la manga para ser nominado de nuevo. Además, ya sabe que siempre ha definido la Ley Volstead como "un noble experimento". Pero la gente no tolerará ni siquiera eso. Exigirán una vuelta a la normalidad y, si ejercen la presión suficiente, derrotarán a la liga antialcohólica y a los industriales que han engordado y se han enriquecido a costa de la sed de los demás. La ley será derogada. Ya no habrá que actuar en secreto y me ahorraré muchísimo dinero en sueldos. Pero mientras la ley siga en vigor y quede alguien dispuesto a violarla, habrá un lugar para la gente como yo, que descubre que depende de ella mantener la espita abierta. A los que no respetan nada les aterroriza el miedo. Por eso he basado en él mi organización. Quienes trabajan conmigo no tienen nada que temer. Los que trabajan para mí me son fieles, no tanto por el dinero que ganan sino porque saben lo que podría pasarles si me traicionan. El Gobierno de Estados Unidos blande una estaca muy frágil contra los que violan la ley, limitándose a amenazarles con la cárcel. Los transgresores se parten de risa y contratan buenos abogados. Algunos de los que tienen menos dinero palman y van a prisión. Pero la gente en general no tiene más miedo a que la condenen que el que yo le tengo a Pat Roche. Las cosas conocidas

divierten al personal. Le encanta reírse de ellas y hacer chistes. En caso de redada en un local clandestino, hay quien se asusta mucho, pero la mayoría se lo toma a broma. En cambio, ¿conoce a alguien a quien haga feliz la idea de que puedan llevarse a dar un paseo? ¿Que si conocía a alguien? A eso sí que podía responderle, y al momento. Colgado de la pared, a espaldas del rey, había un retrato de Lincoln en un marco barato. Parecía sonreírle benevolentemente. Sobre la mesa real había un pisapapeles en bronce que reproducía la estatua erigida en el Lincoln Memorial al Gran Emancipador. Una copia de la Declaración de Gettysburgh ornaba otra parte de la pared. Era fácil ver que Capone admiraba a Lincoln más que a cualquier otra persona. Le pregunté qué opinaba de las elecciones de 1932. —Los demócratas serán arrollados en una votación sin precedentes— declaró—. Las masas piensan que así se paliará la depresión. Sé muy poco de finanzas internacionales, pero no creo que sea así. Creo que llevará más tiempo. Si no permitimos que los rojos se metan por medio, la recuperación se producirá por una serie de circunstancias. Owen Young es el que más posibilidades tiene, en mi humilde opinión. Es un tipo estupendo y deberían dejarle ocupar el cargo. Si no, ganará Roosevelt, y creo que tiene el sentido común suficiente para nombrar a Young secretario del Tesoro. Roosevelt es buena gente, pero me temo que su salud es un tanto frágil, y un líder necesita estar sano. El candor de Capone era fascinante. No hacía nada de cara a la galería y estoy convencido de que no intentaba marcarse faroles para deslumbrarme. Cuatro días antes yo me encontraba en mi rancho de Nevada. Mi secretario siciliano, Peter Marisca, me acababa de traer un telegrama que se había trasapelado. Rezaba así: "Reunión convocada en Chicago miércoles mañana a las 11. Llame a mi oficina cuando llegue". Estaba firmado por un conocido abogado del Medio Oeste. Sólo tuve tiempo de hacer malamente el equipaje antes de coger un tren de madrugada hacia el Este. Al llegar a Chicago el miércoles me enteré por la prensa del secuestro del editor Lynch y de la petición de ayuda a Capone por parte de la policía. No obstante, llamé al abogado que me había enviado el mensaje. Capone estaba reunido con sus consejeros legales y no recibía a nadie. A última hora de la tarde compré una edición temprana de un periódico de la mañana. El titular hablaba del regreso de Lynch a casa y de la orden de detención contra Capone emitida por Pat Roche. Se sugería que el rey sabía demasiado acerca de la causa del repentino secuestro de Lynch. Toda esperanza de ver a Capone se desvaneció al instante. Yo había cogido un terrible catarro, así que me metí en la cama. A primera hora de la mañana del jueves recibí un mensaje telefónico: "El secretario del señor Capone

comunica al señor Vanderbilt que puede pasarse por su despacho esta tarde a las tres". Peter Marisca no me lo había transmitido en su momento porque creía que se trataba de una broma pesada, pero me lo comentó en un aparte ese mismo día mientras comíamos en el Drake. Estuve a punto de abrasarme la garganta con la sopa de tortuga. Y allí estaba yo, tras atravesar cordones policiales y de agentes del Gobierno. En el vestíbulo del hotel habíamos cogido un ascensor en el que un ascensorista negro, adusto como la muerte, nos había subido hasta el cuarto piso. En el corredor me esperaba un joven bien vestido. Diría que el verde de su traje era el más claro que jamás había visto hasta entonces. No perdió el tiempo a la hora de preguntarme a quién quería ver. —Tengo una cita con el "Señor Brown" —le respondí. —¿Viene ese tipo con usted? —Hizo un gesto hacia Pete. Contesté que sí. Echamos a andar pasillo adelante y entramos en una suite privada. Pete se quedó fuera hablando su idioma nativo con quién sabe cuántos sicilianos más. Durante la entrevista, Capone me planteó una pregunta que me hizo abandonar mis conjeturas. —Usted mantiene conversaciones con hombres importantes de todo el mundo —me comentó —; ¿qué ofrecen ellos para solucionar la depresión? —Francamente —repuse—, he escuchado tantas propuestas que me da la impresión de que ninguno de ellos sabe realmente lo que pasa. Creo que están aturdidos y atascados. —De aturdidos, nada —respondió Al—. No son capaces de unirse y adherirse en torno a una idea. Carecen de concentración. ¿No es extraño que teniendo uno de los mejores organizadores del mundo como jefe del ejecutivo estemos más desorganizados ahora que en ningún otro momento de la historia? Y continuó explayándose. —El mundo se ha capitalizado a base de papel. Cada vez que alguien tenía una idea nueva, ampliaba el capital, asignando para sí cierta cantidad de pasta y a sus accionistas cierta cantidad de papeles. Los ricos se hacían más ricos; los accionistas especulaban con el papel. Alguien descubrió que era rentable disponer de una fábrica de rumores. Otro consiguió interesar a las mujeres para que apostasen en la gran mesa de juego. El mundo se había vuelto loco. Se produjeron fusiones. Cuanta mayor facilidad mostraba alguien para transformar el papel en dinero, mayores iban haciéndose sus opciones a la vicepresidencia. Muchos jóvenes que deberían estar entre rejas por robar papel accedieron al mundo de la prosperidad de la noche a la mañana. Todas nuestras perspectivas vitales estaban trastocadas. Los banqueros corruptos que aceptan el dinero de sus clientes, ganado con el sudor de su frente, a cambio de acciones que saben que no tienen valor serían inquilinos más adecuados de las instituciones penitenciarias que el pobre hombre que roba para dar de comer a su mujer y a sus hijos. Durante

el año que viví en Florida conocí a un individuo poco de fiar, amigo de un editor, que estaba a cargo de un banco. Había vendido un montón de papeles sin valor a personas que no sospechaban nada. Un día su banco se vino abajo. Estaba agradeciéndole al cielo que hubiera recibido su merecido cuando me enteré de otro de sus negocios, al lado del cual volar cajas fuertes parece tan inofensivo como el minigolf. El editor corrupto y el banquero animaban a los impositores en bancarrota, que recibían treinta centavos por dólar, a que depositaran su dinero en el banco de otro amigo. Muchos siguieron su consejo y, unos sesenta días más tarde, el banco en cuestión también se hundió como un castillo de naipes. ¿Cree que los banqueros fueron a la cárcel? Nada de eso. Se encuentran entre los ciudadanos más relevantes de Florida. ¡Son tan aborrecibles como los políticos corruptos! ¡Si lo sabré yo! Llevo mucho alimentándoles y vistiéndoles. Hasta que me metí en este negocio nunca imaginé cuántos sinvergüenzas vestidos con trajes caros y hablando con acento amanerado iba a encontrarme. Verá, cuando me retuvieron el otro día por evasión de impuestos federales estuve a punto de meterme en un buen lío. Algunos funcionarios querían llegar a un acuerdo conmigo. Si me declaraba culpable e iba dos años a la cárcel, ellos retirarían todos los cargos contra mí. Era un precio elevado, pero pensé que sería mejor que soportar un juicio largo y pesado. Sin embargo, un día antes de aceptar el trato me enteré de que alguien iba a recurrir al Tribunal de Apelación, que se producirían ciertas maniobras y que acabarían encerrándome diez años y medio en Leavenworth. Así pues, decidí ser igual de astuto y me declaré no culpable. Hace poco, uno de los periódicos de Chicago reveló que a un fabricante local millonario le habían descubierto una ocultación de impuestos de alrededor de cincuenta y cinco mil dólares. Al día siguiente se publicó que se trataba de un error, y que la situación había quedado satisfactoriamente aclarada. Si el Gobierno del señor Hoover quiere que dé explicaciones acerca de mis impuestos federales, lo haré encantado. Creo que puedo aclararles a él y a otros funcionarios unas cuantas cosas, y cada vez que necesiten temas sensacionales de los que hablar los tendré listos para su difusión. A continuación señalé: —La corrupción campa por sus respetos en la vida americana de nuestros días. Es la ley allá donde no se obedece otra ley. Está minando este país. Los legisladores honrados de cualquier ciudad pueden contarse con los dedos. ¡Podría contar los de Chicago con los dedos de una sola mano! La virtud, el honor y la ley se han esfumado de nuestras vidas. Somos todos muy listos. Nos gusta "salir bien librados" de lo que hacemos. Y si no podemos ganarnos la vida con una profesión respetable, nos la ganamos a pesar de todo. Empezaba a

hacerse tarde. La luz rojiza del ocaso realzaba las recargadas escayolas rojas y doradas de su oficina. Intensificaba el rojo oscuro de las persianas. La gran cabeza de alce de la pared, los peces y animales disecados, el rifle del ejército, parecían esplendorosos en el glorioso estallido final de la tarde. Sólo faltó que la tapa del fonógrafo se abriese por sí misma para ofrecernos alguna marcha triunfal. —El hogar es nuestro principal aliado —observó Capone—. Cuando la locura que azota al mundo se disipe, lo comprenderemos como nación. Cuanto más fuerte sea nuestra vida familiar, más fuerte será nuestra nación. Cuando el enemigo se aproxima a nuestras costas, las defendemos. Cuando en nuestra casa entran extraños, los expulsamos de ella. Los violadores de domicilios deberían ser desnudados y cubiertos de brea y plumas como ejemplo para el resto de su calaña. Poca necesidad habría, señor Vanderbilt, de un lugar como su ciudad natal, Reno, si los hombres protegieran más sus hogares. Cuando la ley de Prohibición sea derogada habrá menos interés por el control de la natalidad. Sin control de la natalidad América puede llegar a ser tan fuerte como Italia. En las manos de un Mussolini americano este país podría conquistar el mundo. La puerta se abrió silenciosamente a mis espaldas. Peter y el secretario del "Señor Brown" seguían conversando. Al saludó a Peter y ambos intercambiaron unas palabras en siciliano. —Recuerde, señor Vanderbilt, las personas como nosotros tenemos que mantenernos unidas este invierno —repitió—. El invierno pasado di de comer a trescientas cincuenta mil personas por día aquí en Chicago. Este invierno va a ser peor. Creo que los dos hablamos el mismo idioma; y creo que los dos somos patriotas. No queremos ver cómo se resquebrajan los cimientos de este gran país. Tenemos que luchar para ser libres. Buena suerte. Me alegro de haberle conocido. La puerta de hierro del despacho se cerró. Mi entrevista más sorprendente había terminado.

ADOLF HITLER

Entrevistado por George Sylvester Viereck (Liberty, 9 de julio de 1932)

Adolf Hitler (1889-1945), el dictador alemán, nació en Austria, Era hijo de un oficial de aduanas que cambió su apellido de Schicklgrüber a Hitler. Desde muy joven, su ambición fue convertirse en artista y arquitecto, pero sus deseos se vieron frustrados por el fracaso académico. Vivió varios años en Viena, donde desempeñó diferentes trabajos incidentales y germinó su rechazo hacia los judíos y los sindicalistas. Se trasladó a Múnich en 1913 para librarse del servicio militar, pero al año siguiente, cuando fue declarada la guerra, se alistó en el ejército bávaro. Habiendo alcanzado el grado de cabo, fue galardonado con la Cruz de Hierro (primera clase) por su valor como correo, pero cuando llegó el final de la guerra era un inválido. Había sido herido y, como consecuencia de un ataque con gases perdió temporalmente la vista. Su amargura por la derrota, de la que culpaba a los judíos y a los socialistas, le indujo a infiltrarse como espía del ejército en partidos políticos minoritarios. Finalmente, se unió a uno de ellos, haciéndose rápidamente con el control y rebautizándolo con el nombre de Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores. En 1923 tomó parte en el "putsch de la cervecería" en Múnich, un conato de golpe de Estado contra el Gobierno republicano de Baviera. La policía barrió con sus ametralladoras la marcha de las tropas de asalto nazis y Hitler pasó nueve meses en la cárcel, durante los cuales dictó a Rudolf Hess Mein Kampf (Mi lucha), su credo político autobiográfico. Tras su liberación empezó a atraer el respaldo de las masas hacia el Partido Nazi. En plena depresión económica, Hitler recurrió a su comprensión intuitiva de la psicología de las masas, a la manipulación de la paranoia antisemita (que él mismo compartía) y a su forma de entender la propaganda y la "gran mentira", para crear una coalición de obreros, industriales del Ruhr y financieros descontentos. Se presentó, sin éxito, a las elecciones presidenciales de 1932, pero su contrincante en las mismas, Paul von Hindenburg, le nombró canciller en enero de 1933. En pocas semanas había organizado la quema del Reichstag, culpando de ella a los comunistas y, en los subsiguientes comicios generales, los nazis se dedicaron a intimidar a otros partidos, asegurándose la victoria por una estrecha mayoría. A partir de ese momento, Hitler fue asumiendo progresivamente el poder absoluto y recurrió a su cuerpo de seguridad, las

SS, para purgar a los nazis rivales en 1954. Puso en marcha el rearme de Alemania y adoptó una política exterior agresiva y expansionista, recobrando las tierras del Rin, anexionándose Austria e invadiendo Checoslovaquia. Su ataque contra Polonia desencadenó la II Guerra Mundial. Se suicidó en compañía de su amante, Eva Braun (con la que se casó en el último minuto), en 1945, cuando los rusos estaban a punto de penetrar en su búnker subterráneo. Como entrevistado, Hitler distaba mucho de ser un personaje ideal, dado que era profundamente egocéntrico. Cuando recibió a H. R. Knickerbocker, del Chicago Tribune, éste sólo tuvo ocasión de hacerle un par de preguntas antes de que Hitler se embarcase en un monólogo de noventa minutos como si estuviera dirigiéndose a una multitud. La tendencia al monólogo está también presente en esta entrevista, realizada por George Sylvester Viereck. El periodista le había visitado por vez primera en 1925 "cuando aún era prácticamente un desconocido...". Entonces escribió: "Si es que vive, este hombre hará historia, para bien o para mal". Hizo ambas cosas. Le definió como "el mecanismo de sobrecompensación del complejo de inferioridad alemán". Viereck estuvo más acertado en sus predicciones que la periodista norteamericana Dorothy Thompson, que también entrevistó a Hitler en abril de 1932 para Cosmopolitan. La tuvo esperando una hora y no consiguió impresionarla lo más mínimo: "Cuando finalmente tuve acceso al salón de Adolf Hitler en el Hotel Kaiserhof, estaba segura de que iba a entrevistar al futuro dirigente de Alemania. En menos de un minuto me convencí de lo contrario. No me llevó más tiempo darme cuenta de la pasmosa insignificancia de un hombre que ha despertado la curiosidad del mundo. Era un ser amorfo, carente de identidad, un individuo cuyo semblante es una caricatura, cuyo esqueleto es cartilaginoso, sin estructura ósea. Es irrelevante y voluble, desequilibrado, inseguro. Es el paradigma en persona del Hombrecillo". La entrevista fue posteriormente publicada en forma de un libro titulado I Saw Hitler. Furioso, Hitler responsabilizó a Putzi Hanfstaengl, que había estudiado en Harvard y era el encargado de las relaciones con la prensa extranjera. Este declaró que Thompson había acudido borracha a realizar la entrevista. Por lo que a Viereck se refiere, expresó sus dudas acerca de las historias de atrocidades cometidas por los alemanes a finales de la década de 1930 e intentó mantener a Estados Unidos al margen de la II Guerra Mundial. Posteriormente, fue hecho prisionero y padeció psicosis de guerra. Su carrera como entrevistador se vio truncada antes de la posguerra. —Cuando me haga cargo de Alemania terminaré con el vasallaje ante el extranjero y con el bolchevismo en nuestro país. Adolf Hitler apuró su taza como si en lugar de té contuviese la

esencia vital del bolchevismo. —El bolchevismo es nuestra mayor amenaza— prosiguió el jefe de los camisas pardas, los fascistas alemanes, mientras me dirigía una mirada ominosa—. Acabar con el bolchevismo es devolver el poder a setenta millones de personas. Francia no debe su potencia al ejército, sino a las fuerzas del bolchevismo y la disensión que actúan en el seno de nuestro país. El bolchevismo alemán mantiene vigentes los tratados de Versalles y Saint-Germain. El Tratado de Paz y el bolchevismo son dos cabezas de un mismo monstruo. Debemos segar ambas. Cuando Adolf Hitler anunció su programa, el advenimiento del Tercer Imperio que proclamaba parecía encontrarse aún al final del arco iris. Elección tras elección, el poder de Hitler fue creciendo. Aun siendo incapaz de desalojar a Hindenburg de la presidencia, Hitler lidera hoy el mayor partido de Alemania. A menos que Hindenburg asuma poderes dictatoriales o que un giro inesperado dé al traste con todas las previsiones, el partido de Hitler se encargará de organizar el Reichstag y controlará al Gobierno. La lucha de Hitler no va dirigida contra Hindenburg, sino contra el canciller Bruening. No es probable que el sucesor de éste pueda mantenerse en el poder sin el apoyo del nacionalsocialismo. En su fuero interno, muchos de los que votaron por Hindenburg estaban con Hitler, pero un sentido profundamente arraigado de la lealtad les había impulsado a conceder su voto al viejo mariscal de campo. A menos que de la noche a la mañana surja un nuevo líder, no hay nadie en Alemania que pueda enfrentarse a Hitler a excepción de Hindenburg, ¡y Hindenburg tiene ochenta y cinco años! El tiempo y la recalcitrante oposición de Francia juegan a favor de Hitler, de no ser que un movimiento en falso por su parte o la disensión en el seno del partido le nieguen la oportunidad de asumir el papel de un Mussolini alemán. El primer imperio alemán tocó a su fin cuando Napoleón obligó al emperador austríaco a rendir la corona imperial. El segundo lo hizo cuando Guillermo II, siguiendo los consejos de Hindenburg, buscó refugio en Holanda. De manera lenta, pero imparable, empieza a emerger el III Reich, aunque puede que prescinda de cetros y coronas. No entrevisté a Hitler en su cuartel general de Munich, sino en la residencia privada de un antiguo almirante de la Marina alemana. Discutimos el futuro de Alemania en torno a unas tazas de té. —¿Por qué se define usted como nacionalsocialista, cuando su programa de partido es la antítesis misma de todo aquello que normalmente se vincula con el socialismo? Como respuesta, Hitler puso su taza de té sobre la mesa y se dirigió a mí con tono beligerante. —El socialismo es la ciencia que se ocupa del bien común. El socialismo 110 es lo mismo que el comunismo. El marxismo no es el socialismo. Los marxistas se han apropiado del

término y han cambiado su significado. Yo arrebataré el socialismo a los socialistas. "El socialismo es una antigua institución aria y germánica. Nuestros antepasados compartían ciertas tierras y cultivaban la idea del bien común. El marxismo no tiene derecho a disfrazarse de socialismo. Al contrario que el marxismo, el socialismo no rechaza la propiedad privada. Al contrario que el marxismo, no implica renegar de la propia personalidad. Al contrario que el marxismo, el socialismo es patriótico. "Podríamos haber escogido el nombre de Partido Liberal, pero decidimos llamarnos a nosotros mismos nacionalsocialistas. No somos internacionalistas; nuestro socialismo es nacional. Exigimos que el Estado satisfaga las justas reclamaciones de las clases productoras sobre la base de la solidaridad racial. Para nosotros estado y raza son la misma cosa. Hitler no responde al prototipo germánico puro. Su pelo oscuro denuncia la existencia de algún antecesor alpino. Durante años se negó a ser fotografiado. Formaba parte de su estrategia. Deseaba ser conocido tan sólo por sus amigos, de modo que en los momentos de crisis pudiese aparecer en cualquier lugar sin ser detectado. Hoy ya no es un desconocido, ni siquiera en las más remotas aldeas alemanas. Su apariencia contrasta de un modo extraño con la agresividad de sus opiniones. Nunca hubo reformista de tan amables maneras capaz de echar a pique el barco del Estado o de segar tantas gargantas políticas. Continué con mi interrogatorio. —¿Cuáles son los pilares básicos de su plataforma? —Creemos en una mente sana en un cuerpo sano. El cuerpo político debe estar sano para que el espíritu pueda ser saludable. La salud moral y la física son la misma cosa. —Mussolini — le interrumpí— me hizo la misma observación. Hitler sonrió de oreja a oreja. —El ambiente de los barrios bajos es el responsable de las nueve décimas partes de toda depravación humana, y el alcohol de la restante. Ningún hombre saludable puede ser marxista. Los hombres sanos reconocen el valor del individuo. Nos enfrentamos a las fuerzas del desastre y la degeneración. Baviera es un lugar relativamente saludable porque no está totalmente industrializado. Sin embargo, toda Alemania, incluida Baviera, está condenada a una industrialización intensiva debido a lo limitado de su territorio. Si deseamos salvara Alemania debemos asegurarnos de que nuestros agricultores permanezcan fieles a la tierra. Para conseguirlo habrán de disponer de espacio para respirar y para trabajar. —¿De dónde saldrá ese espacio? —Debemos conservar las colonias y expandirnos hacia el Este. Hubo un tiempo en que podríamos haber compartido el dominio del mundo con Inglaterra. Ahora sólo podemos estirar nuestras acalambradas piernas hacia el Este. El Báltico es esencialmente un lago alemán. —¿No sería posible para Alemania

reconquistar económicamente el mundo sin ampliar su territorio? — pregunté. Hitler negó enfáticamente con la cabeza. —El imperialismo económico, como el militar, depende del poder. No puede existir un comercio global a gran escala sin un poder a nivel mundial. Nuestro pueblo no ha aprendido a pensar en términos de poder y comercio globales. En cualquier caso, Alemania no puede crecer comercial o territorialmente hasta que recupere lo que ha perdido y se encuentre a sí misma. "Estamos en una situación similar a la de un hombre cuya casa ha ardiendo. Antes de embarcarse en planes más ambiciosos, necesita un tejado bajo el que guarecerse. Hemos conseguido levantar un refugio de emergencia que nos protege de la lluvia, pero no habíamos contado con el granizo. Sobre nosotros han caído auténticas tormentas de calamidades. Alemania ha vivido un temporal de catástrofes nacionales, morales y económicas. "Nuestro desmoralizado sistema de partidos es un síntoma del desastre. Las mayorías parlamentarias fluctúan con arreglo a la moda del momento. El Gobierno parlamentario abre las puertas al bolchevismo. —¿No es partidario, como lo son algunos militaristas alemanes, de una alianza con la Rusia soviética? Hitler elude una contestación directa a esta pregunta. Ya lo había hecho antes, cuando Liberty le pidió que respondiese a la afirmación de Trotski de que su toma del poder en Alemania supondría una lucha a muerte entre las naciones europeas, encabezadas por Alemania, y la Unión Soviética: "Probablemente a Hitler no le convenga atacar al bolchevismo en Rusia. Incluso es posible que, si corre peligro de perder el juego, considere una posible alianza con el bolchevismo como su última baza. Si, como sugirió en una ocasión, el capitalismo se niega a reconocer que los nacionalsocialistas son el último baluarte de la propiedad privada, si el capital dificulta su lucha, Alemania podría verse empujada a ceder al seductor canto de la sirena soviética. Pero él parece decidido a impedir como sea que el bolchevismo arraigue en Alemania". — Hasta el momento, Hitler ha respondido con recelo a las propuestas del canciller Bruening y otros políticos, que deseaban formar un frente político unido. No cabe duda de que ahora, a la vista del constante aumento de los votos favorables al nacionalsocialismo, Hitler estará más predispuesto a llegar a acuerdos sobre asuntos esenciales con otros partidos. —Las combinaciones políticas de las que depende un frente unido —me señaló Hitler— son demasiado inestables. Hacen prácticamente imposible una política claramente definida. En todas partes observo un permanente vaivén de compromisos y concesiones. Nuestras fuerzas constructivas se enfrentan a la tiranía de los números. Cometimos el error de aplicar la aritmética y los mecanismos del mundo económico a la vida. Estamos amenazados por un

crecimiento constante de las cifras y una progresiva disminución de los ideales. Los números como tal carecen de importancia. —Pero suponga que Francia tomase represalias invadiendo suelo alemán. Ya lo hizo antes en el Ruhr; puede hacerlo de nuevo. —No importa cuantos kilómetros cuadrados ocupe el enemigo —respondió Hitler enormemente soliviantado — si despierta el espíritu nacional. Diez millones de alemanes libres, dispuestos a morir a cambio de que su país pueda vivir, son más poderosos que cincuenta millones cuya voluntad está paralizada y cuya conciencia racial está infectada por extranjeros. "Queremos una gran Alemania que unifique todas las tribus germánicas. Pero nuestra salvación puede tener su origen en el más pequeño de los rincones. Aunque sólo dispusiéramos de cuatro hectáreas de terreno, si estuviéramos empeñados en defenderlas con nuestras vidas, esas cuatro hectáreas se convertirían en el foco de la regeneración. Nuestros trabajadores tienen dos almas: una es alemana, la otra es marxiana. Hemos de hacer que despierte el espíritu alemán. Debemos extirpar el cáncer del marxismo. El marxismo y el germanismo son antitéticos. "En mi visión del Estado alemán no habrá lugar para el extraño, para el derrochador, el usurero o el especulador, ni para nadie que sea incapaz de realizar un trabajo productivo. Las venas de la frente de Hitler se hincharon amenazadoramente. Su voz llenaba la habitación. Hubo un ruido en la puerta. Sus seguidores, que permanecen siempre cerca de él, como una guardia personal, recordaron al líder que debía asistir a un mitin para arengar a los reunidos. Hitler se bebió el té de un trago y se levantó.

TALLULAH BANKHEAD

Entrevistada por Gladys Hall (Motion Picture, septiembre de 1932)

*La actriz estadounidense Tallulah Bankhead (1903-1968) nació en Huntsville, Alabama, y fue educada en Nueva York y Washington. Tras su primera aparición sobre un escenario en 1918, emprendió una larga carrera que la llevaría a Broadway y Hollywood. Recibió el premio de la crítica por sus interpretaciones en *The Little Foxes* (1939) y *The Skin of our Teeth* (1942). En el cine, su papel más recordado es el que interpretó en la película de Alfred Hitchcock *Lifeboat* (Náufragos, 1944). La publicación de esta entrevista causó un gran escándalo. Las opiniones de Bankhead acerca de la sexualidad desbordaban con creces lo que Paramount Pictures estaba dispuesto a tolerar. Su estudio la obligó a desmentir las polémicas declaraciones que se le atribuían. A partir de ese momento se convirtió en norma que las entrevistas de todas las estrellas de la pantalla para las revistas de cinéfilos se realizaran en presencia de un responsable de publicidad del estudio. ¿Le ha vuelto Hollywood la espalda a Tallulah Bankhead? Quienes están al tanto de estas cosas aseguran que su reacción ha sido fría e incluso gélida. Según las mujeres del mundillo, las anfitrionas más selectas de Hollywood han tachado de sus listas el nombre de Bankhead. Confiesan, al parecer, que le tienen miedo a Tallulah. De acuerdo con la versión de los chismosos, entre quienes prefieren no estar en casa para Tallulah se encuentran Marión Davies, Connie Bennett y Bebe Daniels Lyon. Se rumorea que en las cenas de gala, en las que la urbanidad y la elegancia son reinas indiscutibles, Tallulah tiende a emplear un lenguaje que nuestras abuelas hubieran considerado propio de camioneros y estibadores. Me confirman que Tallulah nunca es conscientemente hipócrita. De hecho no se comporta de manera hipócrita en absoluto. No oculta nada. Lo revela todo y más. No disimula. En Hollywood, donde la basura se manipula con guante blanco, ella llama al pan, pan y al vino, vino. Adjudica a todas las funciones de la vida y del amor, del cuerpo y del alma, su exacto, rabelesiano y biológico nombre. Los rostros ruborizados, los bustos jadeantes y las risotadas masculinas le son totalmente indiferentes a la sensual Bankhead. No venera a las personas ni a las personalidades. Se dice que habla de sus relaciones amorosas con idéntica franqueza. Tras vivir una aventura sentimental, la describe con prolijos detalles y absoluta falta de reserva. No parece*

preocuparle que el último receptor de sus favores se encuentre o no entre los invitados. Se trate de quien se trate, se explaya acerca de su conducta, sus ardidés de seductor, sus virtudes y defectos, y su capacidad o incapacidad amatoria con tan consumada dedicación, que si el infortunado varón está presente, no le queda más recurso que suicidarse de inmediato. Cuentan que ninguna anfitriona como Dios manda osaría exponer a sus invitados a semejantes procacidades. Al parecer, la mordacidad de Tallulah es proverbial. Sus dardos y flechas hienden sin piedad el aire de Hollywood, clavándose, como quien no quiere la cosa, donde menos se espera. Es como una bomba dorada que ha venido a reposar entre los lirios del campo. Eso es lo que me han dicho. Pero ella lo niega. Niega todo con vehemencia, entre divertida, desdeñosa y —¿será posible?— un tanto entristecida. Niega todo lo que se ha dicho, rumoreado y publicado acerca de ella. Del mismo modo que un mimo se pone a veces una máscara, ella "luce" una fachada exterior. Lo hace para protegerse, para salvar la cara, el cuello y sus sentimientos. Se la quitó para mí. Para comenzar me explicó (¡y cielos, qué cosas dijo sin pensarlas siquiera... pura dinamita!): —Hollywood me trata divinamente. No sé a qué se refiere. Si es verdad que me desprecian, no lo he notado. Es la primera noticia que tengo. Podría ser sospechosa de dar la espalda a Hollywood porque acepto pocas invitaciones, porque nunca organizo fiestas, porque no devuelvo la hospitalidad de la que soy objeto. La situación ha llegado a tal punto que si decidiera dar una fiesta tendría que invitar a unas quinientas personas. 'Todo esto es absurdo. La mayor parte de las cosas que se han dicho o publicado sobre mí son absurdas y falsas. No es que me preocupe lo que diga la gente. Forma parte del juego. Se habla, por ejemplo, de los tremendos celos que nos tenemos Marlene Dietrich y yo. Dicen que nos pasamos la vida riñendo como verduleras por los repartos de las películas. Pues da la casualidad de que vengo precisamente del camerino de Marlene, donde hemos compartido una botella de champán. (Puedo dar fe de que lo que dice Tallulah es verdad. El camerino de Marlene está junto al suyo y, antes de que viniese a reunirse conmigo, he oído cómo daba las gracias a Marlene por el champán). — Dicen que soy poco seria, que no soy formal en absoluto, que nada me afecta, que nada puede herirme. Por supuesto, no son más que mentiras. Aquí y ahora, por vez primera, niego esas acusaciones. Soy una persona seria, tan seria como la que más. Me tomo en serio mi trabajo, me tomo en serio el amor, el matrimonio, los hijos, la amistad y la vida en general. Sólo finjo no hacerlo. "Padezco un complejo de inferioridad que pone en marcha ese mecanismo de defensa. Así, si fallo en algo, si fracaso en esto o aquello, si el cine o un hombre me ponen en la calle, la gente se lo tomará

a broma y diré: '¡Bueno, a Tallulah no le afecta!'. Pero claro que me afecta, y mucho, aunque no tanto como lo haría si los demás supiesen que me importa. No soporto la piedad ni la compasión. Las palmaditas compasivas en la espalda me sacan de quicio. "Me tomo tremendamente en serio mi trabajo. Todo el que aspire a un éxito duradero tiene que hacerlo. Nadie puede pretender mantenerse en candelero indefinidamente sin ser una persona formal. No existen las 'oportunidades milagrosas'. O al menos no duran gran cosa. En mi vida no ha habido ningún 'ángel de la guarda', nadie me ha echado nunca una mano. Tampoco la hubiera aceptado. Lo que tengo lo he conseguido por mí misma, y no se lo debo precisamente a mi falta de seriedad. "Cuando comencé a hacer cine empezaron a circular historias absurdas sobre mí. Se decía que intentaba imitar a la Garbo. No se puede decir una cosa así de nadie. Era un infundio perfectamente calculado que pretendía despertar la ira y la enemistad de sus miles de seguidores. ¿Cree acaso que no me importaba? No se engañe. Hicieron correr la voz de que había expulsado a Adolph Zukor de un rodaje sin saber quién era. ¿Cree que estoy loca? Sabía perfectamente quién era y qué estaba haciendo allí. Le pedí que se fuera porque estaba trabajando en un medio nuevo, porque me sentía tremendamente nerviosa y tensa, y porque de todos los presentes, él era el que más acentuaba esa sensación. "Cuando asistí al preestreno de mi primera película en el Este tuve que ingeniármelas para salir de la sala, porque no paraba de llorar. Hice jurar a mis amigos por mis ojos (soy supersticiosa al respecto, algo así como una adoradora de los ojos) que nunca irían a verla. Aún no había aprendido a maquillarme, no sabía estar delante de la cámara. Era un mar de inhibiciones y dudas. "También me tomo en serio el dinero. Me he fijado como objetivo una suma determinada. Puede que nunca lo alcance, porque soy terriblemente extravagante. A pesar de todo el dinero que gané en Londres, tuve que pedir un préstamo para poder abandonar la ciudad con las manos limpias, sin deudas. Nunca me voy de ningún sitio sin dejar pagadas mis facturas. Me tomo mi crédito muy en serio. "Me tomo en serio mi ambición. ¿Sabe cuál es? Yo se lo diré: no tener ambiciones. Carecer por completo de ellas es algo así como el paraíso, el nirvana, el estado de los bienaventurados. He vivido atormentada por la ambición. La ambición te abrasa, te abruma. Te chupa la sangre y hace que tus huesos se desmoronen. Quiero vivir sin ella. 'Y me tomo en serio el amor. Precisamente ahora me lo tomo más en serio que nunca. No he tenido ningún affaire en los últimos seis meses. Seis meses nada menos... demasiado tiempo. No soy una persona promiscua. La promiscuidad implica que no es necesario sentir atracción por nadie. Puedo fijarme en un hombre y tener un affaire con él una hora más tarde, pero

sería una relación seria. Tendría que sentirme realmente atraída por él. "Me tomo muy en serio el matrimonio, demasiado en serio como para permitírmelo. Me conozco muy bien. Nunca me engaño a mí misma, aunque engañe a los demás. Sé que en cuanto consigo una cosa —o un hombre— deja de interesarme. Soy de ese tipo de personas que se crecen con el amor no correspondido, con lo inalcanzable, con lo que no pueden conseguir. En cuanto un hombre empieza a languidecer por mí, me hace sentir incómoda y se acaba todo. "Me tomo muy en serio mi deseo de tener hijos, niños maravillosos. No me interesa la otra variedad. Adoro todo lo que es hermoso. Quizá no sea ésa la palabra adecuada. Más bien debería decir que adoro la personalidad. "Por supuesto, soy una extremista. Un día estoy locamente enamorada de la vida y al siguiente me aburre abrumadoramente, sin paliativos. Cuando me encuentro en la gloria, me siento capaz de arrancar del cielo las estrellas y la luna. Si se apodera de mí el hastío todo es sombrío y sucio. "Diga lo que diga Hollywood, me tomo muy en serio el tema del buen gusto. Me causaría un gran disgusto pensar que había herido a alguien. No soy una persona religiosa, pero antes que hacer un comentario poco respetuoso sobre un pastor, un sacerdote o un rabino soy capaz de dar grandes rodeos y tomarme muchas molestias. Soy respetuosa con las cosas que otras personas consideran sagradas. Puedo ofender la moral, pero nunca el buen gusto, que de los dos valores es el más importante. "Mi secretaria dice que estoy chiflada, e intenta evitar que diga cosas así, y que las demuestre, a la prensa. Ahora mismo me está haciendo señas desde la otra habitación. Tal vez esté loca. ¿Cómo iba yo a saberlo? Pero creo que soy normal. Las cosas que hago me parecen normales. Repito que, en mi opinión, la gente superficial, los locos y quienes no se toman la vida en serio nunca llegan muy lejos. "No hay más que decir al respecto, excepto que nunca he tenido la sensación de que Hollywood me haya vuelto la espalda. Y por supuesto, tampoco yo le he vuelto la espalda a Hollywood. Hollywood me gusta. La gente me resulta interesante y, con frecuencia, especialmente encantadora. No salgo mucho porque me aburriría. He frecuentado fiestas y clubs nocturnos en Londres y en París hasta la saciedad. Ya no me interesan ese tipo de cosas. He tenido como invitados en casa a amigos ínfimos de Londres. No necesito buscar entretenimiento en el exterior. Aunque mal, juego un poco al bridge, voy al cine... Por cierto, la Garbo es verdaderamente genial. A mí me chifla. Y conste que, por lo general, no me enloquecen las mujeres. Me vuelven loca Gary Cooper, Jackie Cooper, Jack Oakie y Leslie Howard. Mi único problema en este momento, si puede llamarse así, no tiene nada que ver con la opinión que tenga o deje de tener Hollywood sobre mí. Mi problema

es que ¡¡necesito un hombre!! Como ya le he dicho, no he tenido ninguno en los últimos seis meses. Si no estoy enamorada, me aburro tanto que me entran ganas de suicidarme; si lo estoy, quiero morirme. Siempre deseo morir cuando estoy en la gloria. Cuando desciendo de nuevo, me apetece devolver golpe por golpe. Ojalá pudiera enamorarme otra vez, encontrar a alguien a quien amar. Seis meses es mucho, mucho tiempo. ¡Necesito un hombre! Cuando salí del camerino de Tallulah, lo hice con la impresión de haber estado encerrada con una tigresa enfebrecida, sofisticada y exhausta. Vestía una especie de pijama escarlata, pantalones y chaqueta hechos a la medida. Su melena de color castaño ondeaba. Iba sin maquillar. Su mirada revelaba tensión y fatiga. No dejó de pasear de un lado a otro ni un solo momento. Me trajo a la memoria la excelente y maniaca Mad Hopes, la obsesiva Royal Family of Broadway. Me recordó a los ardorosos desesperados, hombres y mujeres del teatro, de la historia, de la vida. Tal vez esté loca, pero si es así se toma su locura en serio. Quizá carezca de alma, pero no de corazón. Puede mofarse de sus amantes de antaño, tan muertos para ella como el pasado, pero no del amor. Ni de la vida. Y si el amor o la vida se ensañan con ella, su respuesta será una carcajada irónica y una frase subida de tono... aunque las lágrimas aneguen su corazón.

BENITO MUSSOLINI

Entrevistado por Emil Ludwig (Tafo With Mussolini, 1933)

Benito Mussolini (1883-1945), el dictador italiano, era hijo de un herrero y nació en la provincia de Romagna. Se convirtió en periodista y editó un periódico socialista, Avanti, pero tras servir como soldado en la I Guerra Mundial, fundó otro de tendencias derechistas, Popolo d'Italia, y se puso al frente de los fascisti, un grupo de nacionalistas extremistas. En 1921 fue elegido parlamentario y fundó el Partido Nacional Fascista. Al año siguiente encabezó a sus partidarios, los camisas negras, en la Marcha sobre Roma, a consecuencia de la cual el rey Víctor Manuel III le invitó a formar gobierno. En 1928 "Il Duce", como era ya conocido, abolió el Parlamento italiano y en 1929 firmó el Pacto de Letrán por el que reconocía al Vaticano como un Estado independiente. Su política exterior era agresiva y expansionista. Formó un Eje con la Alemania de Hitler y apoyó a Franco en España. Sus ejércitos anexionaron Abisinia y Albania a la corona italiana. En 1940 se incorporó a la II Guerra Mundial del lado de Alemania y a partir de ese momento le abandonó la fortuna. Sus tropas fueron derrotadas en Grecia y el norte de y tras estos fracasos militares su popularidad empezó a decaer. El rey le depuso y le hizo encarcelar, pero fue liberado por paracaidistas alemanes e instalado como gobernante títere en el norte de Italia. En 1945, tras la retirada de los alemanes, los partisanos italianos capturaron a Mussolini y sus colaboradores junto al lago Como. Fue juzgado y fusilado, y su cuerpo fue públicamente profanado y humillado en Como y Milán. En una interesante valoración de Mussolini, el diplomático británico sir Charles Petrie se hace eco de la opinión de Ludwig: "La impresión que solía producirme cuando cruzaba aquel vasto salón del Palazzo Venezia no era la de un dictador de gesto ominoso y cejas prominentes sino más bien la de un cultivado hombre de mundo perfectamente predispuesto al toma y daca de una conversación normal y corriente. Tenía, en particular, una sonrisa encantadora que solía iluminar su rostro de un modo que recordaba a Valera y a Neville Chamberlain. Nunca tuve la impresión de que intentara 'establecer las reglas', aunque siempre que hablé con él fui consciente de sus amplios conocimientos... Posiblemente, la característica más marcada de Mussolini, al igual que sus ojos eran la más prominente a nivel físico, era su extraordinaria habilidad para disociar en cualquier tema lo importante de lo trivial. Iba al meollo de

cualquier problema de un modo que tenía el efecto de clarificar los pensamientos de aquellos con quien estaba conversando. Era capaz de reducir dificultades aparentemente insuperables a sus proporciones reales... Si hubiera que decir cuál era el atributo más destacado de Mussolini, la respuesta tendría que ser su conocimiento enciclopédico: conocimiento de los asuntos del mundo, de los libros y, hasta sus últimos años, de sus propios compatriotas. En la cima de su poder, se le atribuye haber dicho que la diferencia entre el fñhrer y él era que mientras que él era el jefe de primera clase de una nación de segunda clase, Hitler era el jefe de segunda clase de una nación de primera clase. Si Mussolini hubiera tenido esto más presente, las cosas podrían haber sido muy diferentes". Emil Ludwig (1881-1948), biógrafo y periodista alemán, era hijo de Hermann Cohn, un catedrático de Oftalmología. Recibió el apellido Ludwig para evitar que fuera discriminado automáticamente por ser judío aunque, si bien abrazó inicialmente el cristianismo y después el racionalismo, jamás renegó de su raza. Obtuvo el título de abogado en la Universidad de Heidelberg y de los veinte a los treinta años escribió obras teatrales y poemas. Después de trabajar brevemente en Londres como corresponsal de un periódico alemán, regresó a Alemania tras el comienzo de la I Guerra Mundial y pasó los siguientes cuatro años como corresponsal en los países aliados de las potencias. Aunque no era socialista, Ludwig estuvo a favor de la República de Weimar. Su obra teatral sobre Bismarck fue inicialmente rechazada, pero tras pleitear y ganar el juicio, alcanzó las mil representaciones en Berlín. Sentó su residencia en Ancona, Suiza, y se convirtió en ciudadano suizo en 1932, después del ascenso de Hitler al poder. Las conversaciones contenidas en este libro "se celebraron en el Palazzo di Venezia en Roma y tuvieron lugar casi a diario durante una hora entre el 23 de marzo y el 4 de abril de 1932, ambos días inclusive". Los dos hombres hablaban en italiano, Ludwig escribía a continuación cada entrevista en alemán y Mussolini revisaba el manuscrito. "No había ningún secretario presente para tomar notas", explicaba Ludwig. "No hubo exigencia alguna en el sentido de revisar el informe manuscrito; fue todo una cuestión de confianza personal". Ludwig recelaba de los dictadores, pero decidió entrevistar a Mussolini por diversas razones: porque la democracia estaba fracasando en distintas partes de Europa, porque los dictadores parecían haber llevado la prosperidad material a la Unión Soviética e Italia y porque suponía, equivocadamente como se pudo constatar más tarde, que "Mussolini estaba muy lejos de acariciar planes de guerra". Ludwig creía que "en una conversación el hombre desvela su espíritu más fácilmente que con papel y pluma...". Consideraba sus entrevistas con Mussolini un

"intento de realizar un retrato indirecto", un esfuerzo "por representar al hombre de acción en general y demostrar, una vez más, cuán similares son el poeta y el estadista". Con este fin registró cada conversación "tan fielmente como me fue posible y sin añadidos. Tendí a resumir, más que a ampliar, y puse especial cuidado en rehuir todo tipo de teatralidad (a la que el fascismo ha sido notablemente propensa)". Para Ludwig, lo primero y principal era poner de relieve "los sentimientos, el conocimiento de sí mismo y los motivos" de Mussolini. Su conclusión fue que "en una conversación, Mussolini es el hombre más natural del mundo". Resulta interesante señalar que el propio Mussolini había sido entrevistador durante su etapa de periodista. Había entrevistado al dirigente francés Aristide Briand, en Cannes: "No mucho después nos volvimos a encontrar como primeros ministros". Mussolini le confirmó a Ludwig que su táctica consistía en estudiar la fisonomía de sus sujetos y prepararse para la escaramuza. Alguien me había regalado la edición de luxe de Maquiavelo que el organismo editor del Estado fascista había dedicado, quizá con cierto mal gusto, al Duce. Sea como fuere, es sin duda preferible que un gobierno dictatorial reconozca su deuda para con este instructor de dictadores a que, aun basándose subrepticamente en sus teorías, utilice "maquiavélico" como término insultante. Cuando Federico el Grande era aún príncipe de la corona escribió su moralizante Anti-Machiavel. Posteriormente se volvió más franco y gobernó abiertamente con arreglo a los principios de Maquiavelo. —¿Conoció tempranamente El Príncipe de Maquiavelo? —le pregunté a Mussolini. —Mi padre solía leer el libro en voz alta por las noches, mientras nos calentábamos ante el fuego de la fragua y bebíamos el vin ordinaire que producíamos en nuestro propio viñedo. Me produjo una honda impresión. Cuando volví a leer a Maquiavelo a los cuarenta años de edad, el efecto se vio reforzado. —Es extraño —dije— cómo la gente como Maquiavelo florece durante un tiempo, luego cae en el olvido y posteriormente vuelve a reaparecer. Es como si hubiera variaciones estacionales. —Lo que dice es sin duda cierto en el caso de las naciones. Tienen una primavera y un verano, más de uno. Finalmente perecen. —Es precisamente porque existen estaciones recurrentes en la vida nacional por lo que nunca me ha alarmado que ahora sea invierno en Alemania —dije yo—. Hace un siglo, y aún más, cuando Alemania atravesaba una época oscura, Goethe se burlaba de quienes hablaban de nuestra "decadencia". ¿Ha estudiado a alguna de las figuras notables de nuestra vida política? —A Bismarck —respondió sin dudar—. Desde la perspectiva de las condiciones políticas, fue el hombre más grande de su siglo. Jamás le he contemplado como una simple figura cómica con tres pelos en la calva y

pesados pasos. El libro de usted me confirmó lo versátil y complejo que era. ¿Sabe mucho la gente en Alemania acerca de Cavour? —Muy poco — respondí—. Saben mucho más sobre Mazzini. Hace poco tuve ocasión de leer una magnífica carta de Mazzini a Carlos Alberto, escrita, creo, en 1831 o 1832. Era la invocación de un poeta a un príncipe. ¿Aprueba usted que Carlos Alberto diera orden de que Mazzini fuera encarcelado si cruzaba la frontera? —La carta —dijo Mussolini— es uno de los documentos más espléndidos jamás escrito. La figura de Carlos Alberto aún no está del todo clara para nosotros los italianos. Hace poco se publicó su diario y éste arroja mucha luz sobre su psicología. Al principio, por supuesto, se inclinaba por el lado de los liberales. Cuando en 1832... no, en 1833, el Gobierno de Cerdeña sentenció a Mazzini a muerte in contumaciam, la situación política era muy peculiar. La respuesta me resultó tan cautelosa que, en mi persistente aunque no declarada determinación de comparar el presente con el pasado, me pareció necesario hablar más claramente. — Aquéllos eran los días en los que La Joven Italia estaba siendo publicada ilegalmente. ¿No cree que ese tipo de publicaciones aparecen siempre bajo la censura? ¿Habría encarcelado usted a Mazzini? —Desde luego que no —replicó—. Si un hombre tiene ideas en la cabeza, que venga a mí y hablaremos. Pero cuando Mazzini escribió esa carta le movían más las emociones que la razón. En aquellos tiempos el Piamonte tenía tan sólo cuatro millones de habitantes y no tenía la menor posibilidad de plantar cara a la poderosa Austria con sus treinta millones. —El caso es que Mazzini fue encarcelado —continué—. Poco después, Garibaldi fue sentenciado a muerte. Dos generaciones más tarde usted fue encarcelado. ¿No deberíamos inferir de ello que todo gobernante debería pensárselo dos veces antes de castigar a sus oponentes políticos? —Supongo que quiere usted decir que aquí en Italia no nos lo pensamos dos veces —inquirió con cierto acaloramiento. —Han reimplantado la pena capital. —La pena capital existe en todos los países civilizados; en Alemania, al igual que en Francia e Inglaterra. —Con todo, fue en Italia —insistí—, en la mente de Beccaria, donde tuvo su origen la idea de abolir la pena capital. ¿Por qué la ha revivido usted? —Porque he leído a Beccaria —replicó Mussolini sencillamente y sin el menor atisbo de ironía. Continuó, muy gravemente —: Lo que Beccaria sostiene es contrario a lo que la mayoría de la gente cree. Además, tras la abolición de la pena de muerte en Italia se produjo un terrible aumento de la criminalidad. En comparación con Inglaterra, la media en Italia era de cinco a uno. En este tema me guío exclusivamente por consideraciones sociales. ¿No fue santo Tomás quien dijo que era mejor cortar un brazo gangrenado si así se salvaba el resto del cuerpo? Sea

como fuere, actúo con la mayor cautela y circunspección. Sólo en casos de asesinatos demostrados y excepcionalmente brutales se aplica la pena capital. No hace mucho, dos sinvergüenzas violaron a un joven y después le asesinaron. Ambos fueron condenados a muerte. Yo había seguido el juicio con la mayor atención. En el último momento la duda empezó a apoderarse de mi mente. Uno de los dos acusados era un delincuente habitual que había reconocido su crimen; el otro era un hombre mucho más joven que se había declarado inocente, y no había cargos previos en su contra. Seis horas antes de la ejecución conmuté la pena al más joven de los dos. — Podría incluir eso en el capítulo "Ventajas de las Dictaduras" —dije. Su respuesta fue rápida y con un toque burlón: —La alternativa es una maquinaria estatal que avanza automáticamente, como una apisonadora, sin que nadie tenga poder para detenerla. —¿Le parece bien que abandonemos este delicado asunto y hablemos de Napoleón? —¡Adelante! —A pesar de nuestras anteriores conversaciones, aún no tengo claro si usted le considera un modelo o una advertencia. Se recostó en su sillón, puso un gesto un tanto sombrío y dijo con voz contenida: —Una advertencia. Jamás he considerado a Napoleón un ejemplo, ya que no es similar a mí en ningún aspecto. Sus actividades eran de un tipo muy diferente a las mías. Él puso término a una revolución; yo he iniciado una. La historia de su vida me ha hecho consciente de errores que no son en absoluto fáciles de evitar. —Mussolini los enumeró con los dedos—. Nepotismo. Un conflicto con el papado. Desconocimiento de las finanzas y la vida económica. Sólo era capaz de ver que tras sus victorias se producía una subida en las acciones. —¿Qué fue lo que le derribó? Los estudiosos dicen que naufragó frente al escollo de Inglaterra. —Eso es una estupidez —respondió Mussolini—. Napoleón cayó, como usted mismo ha demostrado, por las contradicciones de su propio carácter. Al fin y a la postre, es eso lo que siempre lleva a la caída de un hombre. ¡Quería ceñirse la corona imperial! ¡Quería fundar una dinastía! Como primer cónsul estaba en la cima de su grandeza. Su declive comenzó con la creación del imperio. Beethoven tuvo toda la razón en retirarle la dedicatoria de su Heroica. Fue la corona que llevaba lo que no hacía más que enredar al corso en una guerra tras otra. Compárele con Cromwell. El segundo tuvo una espléndida idea: ¡poder supremo para el Estado y nada de guerras! Le había conducido hasta un punto de suprema importancia. —¿Así pues, puede existir imperialismo sin imperio? —Existen media docena de tipos diferentes de imperialismo. En realidad, no existe la menor necesidad de los blasones imperiales. De hecho son peligrosos. Cuanto más ampliamente difundido está un imperio, más renuncia a su energía orgánica. Aun así, la

tendencia al imperialismo es una de las tendencias elementales de la naturaleza humana, una expresión de la voluntad de poder. Hoy en día tenemos el imperialismo del dólar; está también el imperialismo religioso, y también un imperialismo artístico. En cualquier caso, todos ellos son signos de la energía vital humana. Todo hombre vivo es imperialista. Cuando muere, el imperialismo finaliza para él. En ese momento Mussolini tenía una apariencia extraordinariamente napoleónica. Me recordaba al grabado de Lefèvre de 1815. Pero la tensión de sus facciones se fue relajando y, en un tono más sosegado, continuó hablando: —Por supuesto, todo imperio tiene su cénit. Dado que siempre es creación de hombres excepcionales, lleva en su seno las semillas de su propia decadencia. Como todo lo excepcional, contiene elementos efímeros. Puede durar uno o dos siglos, o no más de diez años. La voluntad de poder. —¿Sólo puede mantenerse mediante la guerra? —No solamente —respondió—. De eso no hay duda. —Adoptó un tono ligeramente didáctico—. Los tronos necesitan guerras para su mantenimiento, pero las dictaduras pueden a veces sobrevivir sin ellas. El poder de una nación es el resultado de numerosos elementos y éstos no son exclusivamente militares. Con todo, debo admitir que hasta hoy, en lo que concierne a la opinión general, la posición de una nación ha dependido en gran medida de su poderío militar. Hasta el presente, el pueblo siempre ha considerado la capacidad bélica como una síntesis de todas las energías de la nación. —Hasta ayer —interpelé—. Pero, ¿qué hay del mañana? —¿Mañana? —reiteró escépticamente—. Es cierto que la capacidad para hacer la guerra no es ya un criterio fiable del poder. Para el mañana, por tanto, es necesario algún tipo de autoridad internacional. La unificación, al menos, de un continente. Ahora que se ha logrado la unificación de los Estados, se intentará unificar los continentes. Pero por lo que se refiere a Europa, hacerlo resultará extraordinariamente difícil, ya que cada nación tiene sus propias peculiaridades, su propio idioma, sus propias costumbres, sus propios tipos. Un determinado porcentaje de esas características (digamos un x por ciento) es absolutamente original para cada nación, y esto induce resistencias a todo tipo de fusión. En Estados Unidos, sin duda, las cosas son más fáciles. Allí hay cuarenta y ocho estados, en todos los cuales se habla el mismo idioma; y su historia es tan corta que podrán mantener la unión. —Pero sin duda —interpuse— cada nación posee un y por ciento de características que son puramente europeas. —Eso está fuera del alcance de cada nación. Napoleón quería imponer la unidad en Europa. Ésa era su principal ambición. Hoy en día tal unificación podría ser posible, pero aun así, sólo en un plano ideal, como el que intentaron implantar Carlomagno o Carlos V, desde el océano

Atlántico a los Urales. —¿O tal vez tan sólo hasta el Vístula? —Sí, puede ser, sólo hasta el Vístula. —¿Cree usted que una Europa así debería estar bajo un liderazgo fascista? —¿Qué es el liderazgo? —contraatacó—. Aquí en Italia nuestro fascismo es lo que es. Puede que contenga ciertos elementos que otros países podrían adoptar. —Siempre me ha parecido usted más moderado que la mayoría de los fascistas —dije—. Le asombraría saber las cosas que tiene que escuchar un extranjero en Roma. Tal vez ocurriera lo mismo bajo Napoleón en el climax de su carrera. A propósito, ¿puede usted explicarme por qué el emperador nunca llegó a unirse completamente con su capital, por qué fue siempre le fiancé de Paris? Mussolini sonrió y comenzó su respuesta en francés: —Ses manieres n'étaient tres parisiennes. Tal vez hubiera una vena brutal en él. Lo que es más, tenía muchos oponentes. Los jacobinos estaban en su contra porque había aplastado la revolución; los legitimistas porque era un usurpador; los de mentalidad religiosa, por su querrela con el papado. Sólo le apreciaba el pueblo llano. Bajo su régimen tenía comida más que suficiente y al pueblo le impresiona más la fama que a las clases educadas. Debe recordar que la fama no es una cuestión de lógica, sino de sentimientos. —¿Muestra usted simpatías hacia Napoleón! Se diría que su respeto hacia él no ha disminuido durante su propia estancia en el poder, en la cual ha podido comprender su situación por experiencia propia. —No, al contrario, mi respeto por él ha aumentado. —Cuando era aún un joven general, dijo que un trono vacío siempre le tentaba a sentarse en él. ¿Qué opina de eso? Mussolini abrió los ojos de par en par, como hace cuando se siente irónico, pero al mismo tiempo sonrió. —Desde los días en que Napoleón era emperador —dijo— los tronos resultan mucho menos apetecibles que antes. —Muy cierto —repliqué—. Hoy en día nadie quiere ser rey. Hace poco, cuando le dije al rey Fuad de Egipto "Los reyes deben ser amados, pero los dictadores temidos", él me respondió "¿Me encantaría ser un dictador!". ¿Existe algún precedente en la historia de un usurpador que fuera amado? Mussolini, cuyos cambios de expresión siempre anuncian sus respuestas (a menos que desee ocultar sus pensamientos), puso de nuevo una cara seria. Su expresión de energía contenida se relajó, de modo que parecía más joven de lo normal. Tras una pausa, e incluso entonces titubeantemente, respondió: —Julio César, quizá. El asesinato de César fue una desgracia para la humanidad. —Añadió suavemente—: Adoro a César. Era único porque combinaba la voluntad del guerrero y el genio del sabio. En el fondo era un filósofo que veía todo sub specie eternitatis. Es cierto que tenía pasión por la fama, pero su ambición no le aisló de la humanidad. — ¿Así que después de todo un dictador puede ser amado? —Sí —respondió

Mussolini con renovada decisión—. Siempre y cuando las masas le teman al mismo tiempo. La muchedumbre adora a los hombres fuertes. La muchedumbre es como una mujer. —En mi estudio de las grandes carreras —comencé— he prestado especial atención a un aspecto particular de la conducta de los hombres que han abandonado el círculo en el que se criaron: cómo se han conducido en su relación con sus viejos amigos, por una parte, y cómo han reaccionado frente a la soledad que su nueva posición les ha impuesto por la otra. Ahí queda desvelado el carácter de esas personas, o parte de él. ¿Qué hace un hombre en caso de conflicto entre la bondad humana y la autoridad? ¿No tiende acaso a pasar de los trópicos al Polo Norte? ¿Dígame qué ocurre cuando uno de sus camaradas de antaño entra en este salón! ¿Cómo logra usted la transición sin reabrir alguna de las viejas discusiones o heridas? En una ocasión usted escribió (y es una magnífica frase): "Somos fuertes porque no tenemos amigos". Mussolini no hizo movimiento alguno, ningún gesto, mientras permanecía sentado frente a mí; pero había algo inusual, casi infantil, en su expresión que me hizo comprender que el tópico que había abordado le había conmovido profundamente. Cuando, transcurridos unos instantes, me respondió, estuvo claro para mí que sus palabras reflejaban una frialdad que no sentía, que no estaba desvelando todos sus sentimientos y pensamientos. —No puedo tener ningún amigo. No tengo amigos. En primer lugar, por mi temperamento; en segundo lugar, por mi forma de ver a los seres humanos. Es por eso por lo que rehuyo tanto la intimidad como las conversaciones. Si un viejo amigo viene a visitarme, la entrevista nos resulta dolorosa a ambos, y nunca dura demasiado. Sólo sigo la carrera de mis viejos camaradas desde la distancia. —¿Qué ocurre cuando aquellos que han sido sus amigos se convierten en enemigos, cuando uno de ellos le calumnia? —pregunté, recordando mis experiencias personales—. ¿Cuáles de sus antiguos amigos le han sido más fieles? ¿Le queda algún viejo amigo cuyos ataques aún le perturben? Permaneció inmutable. —Si quienes fueron mis amigos se convierten en mis enemigos, lo que me interesa saber es si son mis enemigos en la vida pública; de ser así, les combato. En caso contrario, no me interesan. Cuando algunos antiguos colaboradores me atacaron en la prensa, declarando que había malversado fondos destinados a Fiume, no hicieron más que aumentar mi misantropía. Los más leales entre mis amigos ocupan desde luego un lugar en mi corazón, pero en general guardan las distancias. ¿Precisamente porque me son leales! Son personas que no buscan beneficios personales ni privilegios. Sólo en contadas ocasiones me visitan aquí, y apenas un momento. — ¿Pondría usted su vida en sus manos, o en las de algún otro? —pregunté

— *Ha nombrado usted a algunos de ellos miembros vitalicios del Gran Consiglio. —A tres y sólo por tres años —respondió secamente. —Dado que ésa es ahora su posición, me veo obligado a preguntarle cuándo se ha sentido más solo. ¿Fue durante su juventud, como en el caso de D'Annunzio? ¿O cuando exteriormente mantenía un estrecho contacto con sus camaradas de partido? ¿O acaso hoy en día? —Hoy en día —contestó sin dudarle un momento—. Pero aun así —continuó tras una pausa— incluso en los viejos tiempos nadie ejercía influencia alguna sobre mí. Fundamentalmente, siempre he estado solo. Además, aunque ahora no estoy en prisión, soy más prisionero que nunca. —¿Cómo puede decir eso? —le pregunté con considerable acaloramiento—, ¡No hay nadie en el mundo con menos justificación para hacer una afirmación semejante! —¿Por qué? —dijo, su atención clavada en mí al percibir mi excitación. — ¡Porque no hay nadie en el mundo con mayor libertad de acción que usted! —repliqué. Hizo un gesto conciliador y contestó: —Por favor, no crea que me siento inclinado a quejarme de mi destino. Con todo, hasta cierto punto, sostengo lo que acabo de decir. El contacto con la vida corriente, una existencia libre entre la gente... para mí, en mi posición, todo eso está prohibido. —¡No tiene más que salir a darse un paseo! —Tendría que ponerme una careta —respondió—. Una vez que salí a caminar, sin máscara, a lo largo de Via Tritone, fui rápidamente rodeado por una muchedumbre de trescientas personas, con lo que me era imposible dar un paso. De todos modos, la soledad no me resulta incómoda. —Si la soledad le agrada —dije yo—, ¿cómo le es posible soportar la multitud de caras que tiene que ver aquí día tras día? —Simplemente, les escucho —replicó—. No les permito entrar en contacto con mi ser interior. No me conmueven más que esta mesa y estos papeles que hay sobre ella. En medio de todos ellos preservo intacta mi soledad. —En tal caso —dije yo—, ¿no teme usted perder su equilibrio mental? ¿No recuerda cómo, al principio, César llevaba un esclavo en su carro mientras disfrutaba de sus triunfos en el Foro para que le recordara continuamente la contingencia de todas las cosas? —Por supuesto que me acuerdo. El joven personaje tenía que recordar al emperador que era un hombre y no un dios. Pero hoy en día ese tipo de cosas son innecesarias. Por lo que a mí respecta, al menos, nunca he tenido la menor inclinación a considerarme un dios, sino que siempre he sido intensamente consciente de que soy un hombre mortal, con todas las debilidades y pasiones que implica serlo. Habló con evidente emoción, después continuó más sosegadamente: —No hace usted más que sugerir continuamente el peligro que representa la falta de oposición. Este riesgo sería real si viviéramos en tiempos tranquilos. Pero hoy en día la oposición*

está encarnada en los problemas que perpetuamente exigen solución. ¡Con eso basta para impedir que cualquier gobernante se duerma en los laureles! ¡Lo que es más, yo creo una oposición dentro de mí mismo! —Me parece estar escuchando a lord Byron —dije. —Leo a Byron tan a menudo como a Leopardi. Luego, cuando ya he tenido suficiente del ser humano, hago un viaje por mar. Si pudiera hacer lo que quisiera, estaría siempre en el mar. Cuando eso es imposible, me solazo con animales. Su vida mental se aproxima a la del hombre y aun así no quieren nada de él: caballos, perros, y mi favorito, el gato. O bien observo a animales salvajes. Encarnan las fuerzas elementales de la naturaleza. Esta declaración me pareció tan misantrópica que le pregunté a Mussolini si creía que un gobernante debía sentir desprecio en lugar de sentimientos bondadosos hacia la humanidad. —Por el contrario —dijo con énfasis—. Son necesarios un noventa y nueve por ciento de bondad y sólo un uno por ciento de desprecio. Semejante afirmación, viniendo de él, me sorprendió, y para asegurarme de que le había entendido bien, le pregunté de nuevo: —¿Cree realmente, pues, que los seres humanos merecen más simpatía que desprecio? Se me quedó mirando con esa expresión inescrutable que tan común es en él y me dijo: —Más simpatía, más compasión; mucha más compasión. Esta afirmación me recordó que al leer los discursos de Mussolini me había llamado la atención lo que parecía una exhibición de altruismo. ¿Por qué se refería tan insistentemente él, el condottiere, a los intereses de la comunidad? Eso me llevó a preguntarle: —Una y otra vez, en frases magníficamente construidas, ha declarado usted que su objetivo en la vida es afianzar su personalidad, diciendo "Quiero hacer de mi existencia una obra maestra", o "Quiero hacer que mi vida sea espectacularmente eficaz". Ocasionalmente, ha citado el lema de Nietzsche: ";Vive peligrosamente!". ¿Cómo es posible que un hombre con una naturaleza tan orgullosa escriba: "Mi principal objetivo es promover el interés público"? ¿No es eso una contradicción? Permaneció imperturbable. —No veo contradicción alguna —replicó—. Es perfectamente lógico. Los intereses de la comunidad son una cuestión de la máxima trascendencia. Así pues, al ponerme a su servicio multiplico mi propia vida. Me quedé boquiabierto e incapaz de encontrar una respuesta adecuada, pero le cité sus propias palabras: "Siempre he tenido una visión altruista de la vida". —Incuestionablemente —dijo él—. Nadie puede cortar amarras con la humanidad. Ahí tiene usted algo concreto, la humanidad de la raza de cuyo vientre soy fruto. —La raza latina —le interrumpí—; eso incluye a los franceses. —;Ya he declarado, en el transcurso de una de estas conversaciones, que no existen razas puras! La creencia de que existe alguna es una ilusión de la mente, un

sentimiento. ¿Pero acaso hace eso que deje de existir? —Si así fuera, cada hombre podría escoger su propia raza —dije yo. —Desde luego. —Pues yo he elegido la mediterránea y ahí tengo un formidable aliado en Nietzsche. El nombre despertó una asociación en su mente y, hablando en alemán, citó una de las más orgullosas declaraciones de Nietzsche: "¿Acaso parezco luchar por la felicidad? ¡Lucho por mi trabajo!". Señalé que esa idea derivaba en realidad de Goethe y le pregunté si compartía la creencia de Goethe de que el carácter es moldeado por los golpes del destino. Asintió con la cabeza: —Lo que soy se lo debo a las crisis que he tenido que superar y a las dificultades a las que he tenido que sobreponerme. Debido a eso, uno debe poner siempre toda la carne en el asador. —Corriendo así el peligro de destruirse a sí mismo y su trabajo al exponerse a riesgos innecesarios. —La vida tiene su precio —respondió con confianza—. No se puede vivir sin riesgo. Hoy mismo he entrado en batalla una vez más. —Si adoptara ese punto de vista de modo consistente no intentaría protegerse a sí mismo —dije. —No lo hago —replicó. —¿Como dice? —exclamé—. ¿No reconoce que una y otra vez algunos de sus enemigos arriesgan sus vidas con la esperanza de privarle a usted de la suya? —Ah, ya comprendo a lo que se refiere. También estoy al corriente de los rumores que circulan. Se dice que más de mil policías me protegen y que paso cada noche en un sitio distinto. Aun así, duermo noche tras noche en la Villa Torlonia, y conduzco o monto a caballo o hago lo que me apetece cuando me apetece. Si me pasara el tiempo preocupado por mi seguridad, me sentiría humillado. —Dígame —dije, a modo de conclusión—, ¿qué papel desempeña en su vida la búsqueda de la fama? ¿No es esa aspiración el más poderoso de los motivos para un gobernante? ¿No es la fama el único modo de burlar a la muerte? ¿No ha sido la fama su objetivo desde que era un niño? ¿No se ha visto todo su trabajo impulsado por el deseo de fama? Mussolini permaneció imperturbable. —La fama no se me ofreció precisamente durante la infancia —dijo—; y no estoy de acuerdo con usted en eso de que el deseo de fama es el más fuerte de los motivos. En un aspecto tiene usted razón: es hasta cierto punto un consuelo sentir que uno no morirá del todo. Mi trabajo nunca se ha visto exclusivamente guiado por el deseo de fama. La inmortalidad es el sello de la fama. —Hizo un amplio gesto hacia un futuro remoto e incontrolable y añadió—: Pero eso vendrá... después.

IÓSIF STALIN

Entrevistado por Emil Ludwig (Leaders of Europe, 1934)

Iósif Vissariónovich Stalin (1879-1953), líder de la URSS desde 1924 hasta su muerte, nació en Georgia y era hijo de un zapatero remendón llamado Dzhugashvili. Fue expulsado del seminario de Teología de Tblisi por haberse unido al Partido Social Democrático (Marxista). Las autoridades le enviaron a Siberia, pero escapó y se convirtió en revolucionario profesional, aliándose con Lenin. En 1912 viajó a San Petersburgo y fue elegido miembro del Comité Central bolchevique. Tras adoptar el nombre de Stalin (que significa "hombre de hierro"), fue detenido por sexta vez y enviado de nuevo a Siberia, donde permaneció hasta 1917. Durante la Revolución de 1917 se sumó al equipo editorial del periódico del partido, Pravda, y cuando los bolcheviques accedieron al poder aquel mismo año fue nombrado comisario popular de las nacionalidades y miembro del Politburó. Durante la Guerra Civil rusa (1918-1920) organizó el "terror rojo" en Tsaritsin (posteriormente Stalingrado). En 1922 ocupó el cargo de secretario general del Comité Central y aunque Lenin, que murió en 1924, había urgido en su testamento que Stalin fuera expulsado por su conducta arbitraria en el aplastamiento de la efímera independencia de su Georgia nativa, Stalin le sucedió en el liderazgo. Posteriormente ganó por la mano a sus rivales Bujarin, Kamenev y Zinoviev y forzó a Trotski a exiliarse (en 1928). Al mismo tiempo, introdujo planes quinquenales de pujante industrialización y colectivizó a la fuerza la agricultura soviética, persiguiendo a los kulaks, de los que 10 millones fueron ejecutados o murieron de inanición. La década de 1930 fue un periodo de represión brutal durante la cual los rivales políticos de Stalin, obligados a confesar crímenes contra el Estado, fueron sometidos a juicios amañados y posteriormente ejecutados. También fueron víctimas de las purgas las cabezas pensantes (la intelligentsia) del Ejército Rojo. La política exterior de Stalin se basaba en la necesidad de contener a Alemania, pero cuando fracasó en su intento de aliarse con las potencias occidentales, decidió firmar un pacto de no agresión con Hitler. A pesar de todo, Alemania invadió la Unión Soviética en 1941 y a lo largo de los siguientes cuatro años murieron alrededor de 20 millones de ciudadanos soviéticos. En las conferencias de Teherán y Yalta, Stalin negoció con las potencias occidentales una esfera de influencia soviética en Europa del Este. La conquista militar reforzó esta solicitud y un "telón de acero" cayó sobre

Europa, convirtiendo a Stalin en un emperador moderno. Cuando el visitante penetra en el patio interior del Kremlin, que es como una fortaleza elevada en medio de la metrópoli bolchevique, Napoleón le da la bienvenida. Miles de cañones con sus culatas orientadas hacia las viejas almenas rojas, junto con las aberturas de los muros y las torres, son como un millar de bocas de hierro que amenazan al extraño. Y cada una de ellas ostenta la N imperial. El guardián que vigila el viejo puente levadizo se limita a preguntar al visitante su nombre y el soldado que hay a su lado comprueba en su libro si es el mismo que se ha transmitido por teléfono. No es necesario pasaporte. Me pareció que cualquiera que planeara asesinar a las principales personalidades del Kremlin tendría pocas dificultades para acceder a su interior. En el portón del edificio en el que se encuentra la sede del Gobierno de la Unión Soviética hay que dar de nuevo el nombre. Es en este mismo edificio donde Stalin tiene su despacho como secretario general del Partido Comunista. Aunque los bolcheviques lo nieguen, muy a menudo es un ejemplo más de la fusión de ambos poderes, como cuando el rey de Prusia, durante los últimos y trágicos momentos de su reinado, intentó establecer la distinción entre este título y el de emperador de Alemania. La verdad es que en esa oficina, nueve miembros del Partido Bolchevique toman todas las decisiones. Es aquí donde los ministros pronuncian sus discursos y donde reciben sus órdenes. Las habitaciones y los corredores por los que atravesamos eran sencillos pero eficientemente habilitados para su cometido. Una alfombra con anchos ribetes rojos conduce al despacho de Stalin. Nos recibió inmediatamente. Mi compañero era un joven periodista que habla a la perfección varios idiomas y los traduce con gran precisión. Stalin y Mustafá Kemal son los únicos hombres con los que he tenido que hablar por mediación de un intérprete. El cuarto en el que entramos era alargado. Un hombre de estatura media con una chaqueta de color marrón claro se levantó de su asiento situado en el extremo más alejado. Iba vestido con esmerada pulcritud y la habitación estaba decorada con la aséptica precisión de la consulta de un médico. En el centro había una gran mesa, como en una sala de reuniones ordinaria, con jarras de agua, vasos y grandes ceniceros. Todo estaba perfectamente ordenado. En las paredes de color verde oscuro colgaban retratos de Lenin, Marx y algunas otras personas desconocidas para mí, pero no eran más que reproducciones fotográficas ampliadas. La mesa de Stalin también estaba perfectamente ordenada y sobre ella había una fotografía de Lenin junto a cuatro o cinco aparatos telefónicos similares a los que suele haber en todas las oficinas gubernamentales. — Buenas noches —dije en mi torpe ruso. Él sonrió y pareció un tanto

azorado, pero se mostró extremadamente cortés y comenzó por ofrecerme un cigarrillo. Me aseguró que tenía plena libertad para decir lo que quisiera, para hacer las preguntas que deseara y que disponía de una hora y media. Pero cuando saqué mi reloj transcurrido ese tiempo hizo un gesto de rechazo y nos retuvo media hora más. Un cierto grado de azoramiento es tan atractivo y elegante en un hombre con poder como lo es en una mujer hermosa. En el caso de Stalin no me sorprendió en lo más mínimo porque rara vez recibe a gente procedente de Occidente. Ninguno de los actuales embajadores o enviados, y muy pocos de los grandes expertos, le han visto alguna vez. El único extranjero que tiene libre acceso a su persona es el viejo Cooper, el ingeniero hidráulico americano que está construyendo la gran presa del Dnieper. Aunque mi intérprete ocupa un puesto importante en las organizaciones de prensa bolcheviques, jamás había visto a Stalin anteriormente. Dado que tenía que hablar continuamente a través del intérprete, Stalin estuvo con la mirada apartada de mí casi todo el tiempo, y durante las dos horas que duró la entrevista estuvo trazando garabatos sobre una hoja de papel. Con un lápiz rojo dibujaba círculos, arabescos y números. En ningún momento le dio la vuelta al lápiz, que era azul en su otro extremo. En el transcurso de nuestra conversación rellenó muchas hojas de papel de dibujos en rojo y de cuando en cuando las doblaba y las rompía en pedazos. Como resultado, sólo podía mirarme directamente a la cara durante breves segundos y fue así como pude ver al "gran traidor a la humanidad". Su mirada era hosca y su expresión velada, pero no eran las de un misántropo. Era más bien la expresión de un hombre que ha llegado a recelar de sus congéneres a través de una larga experiencia y que ha llevado una vida muy solitaria. Aunque probablemente ocurra con poca frecuencia, no me resultaba difícil imaginar a ese hombre levantándose y avanzando lentamente para mirar a su oponente directamente a los ojos. Porque de hecho, este hombre aparentemente estólido es capaz de dar repentinas sorpresas. En 1919 o 1920 obtuvo inesperadamente el divorcio y se casó con una muchacha de diecinueve años hija de un amigo georgiano. Dado que habla muy despacio, tuve excelentes oportunidades para observar sus movimientos en las largas pausas impuestas por la traducción. Tales pausas permiten a un entrevistador introducir cambios en la conversación y de ese modo sondear mejor la mente de su interlocutor. El hábito de Stalin de permanecer absolutamente inmóvil y de rara vez enfatizar una palabra con un gesto hacían que esto resultara aún más fácil. Cuando estoy conversando con alguien tengo la costumbre de levantarme y caminar de un lado para otro. Si hubiera hecho algo así podría haber sido considerado extraño. Lo que completaba la imagen de Stalin, tal y como la he esbozado

ya, era el tono pesado y apagado de su voz. Era el tipo de voz que jamás podría pronunciar con encendida emoción frases del tipo "Mi voluntad es". Sólo podía dejar caer las sílabas como pesados golpes de martillo. La principal impresión que me produjo fue la de que era una persona protectora. Ante el nombre de Stalin muchos hombres y mujeres se han echado a temblar, pero era imposible imaginarse a un niño o un animal haciéndolo. En una era anterior, un hombre así habría sido considerado un padre de la nación. Dado que todo extranjero que llega al Kremlin es automáticamente visto como un enemigo, decidí transmitir precisamente esa actitud en mis preguntas. Stalin me ofreció respuestas exhaustivas a cada una de ellas y no voy a resumirlas en absoluto. Habló con frases cortas y claras, no como un hombre acostumbrado a simplificar las cosas en beneficio de su público sino como un pensador lógico y constructivo cuya mente opera lentamente y desprovista de la menor emoción. Este hombre, que es hoy el exponente de la ideología moscovita, me pareció un típico discípulo de Hegel. Entre paréntesis, me gustaría recalcar aquí el hecho curioso de que tantos dictadores extranjeros hayan sido educados por los alemanes. Marx es un apóstol en Rusia, Nietzsche en Italia y Hegel en ambos países. Stalin va al meollo de los razonamientos inmediatamente, pone el tema sobre la mesa, como quien dice, se extiende sobre el mismo y luego se centra en él y empieza a aplicarle datos históricos y porcentajes estadísticos. Me pareció que era absolutamente opuesto al príncipe Bülow. Prácticamente nunca se limitó a darme la respuesta oficial, experiencia que he tenido con la mayoría de los comunistas. Aunque era imposible que hubiera podido prepararse para la mayoría de mis preguntas y no ha pasado por la experiencia de los ministros de Estado europeos, a los que les hacen las mismas preguntas semana tras semana, y aunque sabía perfectamente que yo publicaría sus respuestas ante el mundo, no se corrigió a sí mismo ni una sola vez. Tenía todos los datos históricos y todos los nombres en la cabeza. No pidió copia alguna de lo que mi intérprete había escrito y no solicitó que se hiciera ninguna corrección. Jamás había tenido ocasión de presenciar tamaña demostración de confianza por parte de una persona. En todas mis conversaciones con otros líderes no he transcrito lo que decían de manera inmediata, sino que lo he hecho posteriormente y después he sometido el texto a su autorización. Pero en este caso tomé el texto taquigrafiado tal y como había sido recogido por otra persona y cuando lo examiné no fui capaz de detectar la menor omisión. Por otra parte, tampoco se había embellecido nada. Aparte de una pregunta de naturaleza meramente privada, no me pidió que rebajara el tono de nada o que omitiera esto o aquello. Cuando pienso en los hábitos

de nuestros pobres ministros a la hora de preparar un discurso parlamentario o cuando hacen que el responsable de su departamento de prensa corrija una entrevista me siento lleno de respeto hacia este hijo de un zapatero del Cáucaso. Jamás ha recibido nada que se aproxime a una educación formal y hoy es el gobernador absoluto de una gran parte de la humanidad. —Ha llevado usted la vida de un conspirador durante mucho tiempo —dije—. ¿Piensa ahora que, bajo su gobierno, la agitación ilegal ya no es posible? —Es posible, al menos hasta cierto punto. —¿Es el miedo a esta posibilidad la razón por la que sigue usted gobernando con tanta severidad, quince años después de la revolución? —No. Ilustraré el principal motivo ofreciéndole unos cuantos ejemplos históricos. Cuando los bolcheviques ascendieron al poder, trataron sin dureza y con benevolencia a sus enemigos. Por aquel entonces, por ejemplo, los mencheviques (socialistas moderados) tenían periódicos legales, al igual que los socialrevolucionarios. Cuando el anciano general Krasnov marchó sobre Leningrado y le arrestamos, con arreglo a la ley militar debería haber sido fusilado, o al menos encarcelado, pero le dejamos en libertad bajo su palabra de honor. Posteriormente, quedó claro que con esta política estábamos minando el propio sistema que intentábamos construir. Habíamos empezado cometiendo un error. Como no tardó en resultar evidente, la lenidad con un poder semejante era un crimen contra las clases trabajadoras. Los socialrevolucionarios de la derecha y los mencheviques, con Bogdanov y otros, organizaron la revuelta de los junkers y lucharon contra los soviets durante dos años. Mamontov se unió a ellos. No tardamos en descubrir que detrás de estos agentes se encontraban las grandes potencias de Occidente y los japoneses. En ese momento comprendimos que el único modo de seguir adelante era adoptar una política de severidad e intransigencia absolutas. Las campañas ilegales que nosotros mismos habíamos desplegado en los viejos tiempos fueron, naturalmente, muy valiosas como experiencia, pero ése no fue el factor decisivo. —Esa política de crueldad —dije— parece haber despertado un terror muy extendido. Tengo la impresión de que en este país todo el mundo tiene miedo y que su gran experimento sólo podría triunfar en esta sufrida nación que durante tanto tiempo ha sido entrenada para obedecer. —Se equivoca usted —dijo Stalin—, pero su error está muy generalizado. ¿Cree que es posible mantener el poder durante catorce años simplemente intimidando al pueblo? Imposible. Los zares sí que eran expertos en gobernar por medio de la intimidación. Se trata de un viejo experimento europeo. La burguesía francesa respaldaba a los zares en su política de intimidación del pueblo. ¿Y para qué sirvió? Para nada. —Mantuvo a los Romanov en el poder

durante trescientos años —repliqué. —Cierto, pero ¿cuántas veces se vio ese poder amenazado por insurrecciones? Pero olvidémonos del pasado. Piense en la revuelta de 1905. El miedo es, en primera instancia, un mecanismo de la administración. Es posible despertarlo durante uno o dos años y gracias a él, o al menos en parte a través suyo, gobernar durante ese tiempo. Pero no se puede gobernar a los campesinos mediante el temor. En segundo lugar, los campesinos y las clases trabajadoras de la Unión Soviética no son en absoluto tan tímidos y sufridos como usted cree. Usted piensa que nuestro pueblo es timorato y perezoso. Es una idea anticuada. Se divulgó en el pasado, porque los terratenientes solían ir a París a gastarse allí su dinero y a no hacer nada. De ahí surgió el sambenito de la llamada pereza rusa. La gente creía que era fácil obtener la obediencia de los campesinos asustándoles. Era un error. Y lo era por partida triple en lo referente a los obreros. Los trabajadores no tolerarán nunca más el gobierno de una sola persona. Hombres que alcanzaron los más altos pináculos de la fama se perdieron en el momento en que perdieron el contacto con las masas. Plejanov tenía una gran autoridad, pero cuando empezó a meterse en política olvidó rápidamente a las masas. Trotski era un hombre de gran autoridad, aunque no tenía la talla de Plejanov, y hoy ha sido ya olvidado. Si se le recuerda a veces, es con un sentimiento de irritación. (En ese momento trazó algo parecido a un barco con su lápiz rojo). No había tenido intención de mencionar a Trotski ante Stalin, pero ya que él mismo lo había hecho, le pregunté: —¿Está generalizado ese sentimiento contra Trotski? —Si consulta a los trabajadores en activo, nueve de cada diez le hablarán con amargura de Trotski. Hubo una breve pausa durante la cual Stalin rió quedamente y después retomó el hilo de la pregunta de nuevo. — Es insostenible afirmar que se puede gobernar al pueblo durante largo tiempo meramente por medio de la intimidación. Comprendo su escepticismo. Existe un pequeño sector del pueblo que está genuinamente asustado. Es una parte insignificante del campesinado, la representada por los kulaks. No temen el reino del terror, ni nada parecido; tienen miedo del otro sector de la población campesina. Esto es un vestigio del anterior sistema de clases. Entre las clases medias, por ejemplo, especialmente entre las clases profesionales, existe en cierto modo un temor parecido, porque bajo el viejo régimen estos últimos disfrutaban de privilegios especiales. Lo que es más, existen comerciantes y cierto sector del campesinado que aún conservan su antiguo afecto por la clase media. "No obstante, si tomamos a los campesinos y a los obreros progresistas, el número de los que se muestran escépticos ante el poder soviético, se mantienen en silencio por miedo o esperan el momento de minar el Estado bolchevique no supera el

quince por ciento. Por otra parte, alrededor de un ochenta y cinco por ciento de la gente más o menos activa querría que fuéramos más lejos de lo que pretendemos. A menudo tenemos que ponerles freno. Desearían aplastar los últimos residuos de la intelectualidad, pero no podemos permitirlo. En toda la historia del mundo jamás ha habido un poder respaldado por las nueve décimas partes de la población, como ocurre en el caso del poder soviético. Ésa es la razón de que hayamos tenido éxito al llevar nuestras ideas a la práctica. Si gobernáramos sólo por el terror, ni un solo hombre habría estado con nosotros. Y las clases trabajadoras habrían destruido cualquier poder que intentara seguir gobernando a través del miedo. Unos trabajadores que han hecho tres revoluciones tienen ya cierta práctica a la hora de derribar gobiernos. No tolerarían la caricatura de uno que estuviera basado meramente en el temor. —Cuando oigo hablar una y otra vez del poder de las masas —dije— me sorprende que el culto al héroe esté más extendido aquí que en ninguna otra parte, ya que éste es el último lugar donde uno esperaría encontrarlo. Su concepción materialista de la historia —que es lo que personalmente me separa de ustedes, ya que yo defiendo que la historia la hacen los hombres— debería impedir que los líderes y los símbolos adquirieran la forma de estatuas y murales en las calles. En buena lógica, deberían ser ustedes los últimos en reverenciar al soldado desconocido o a cualquier otro. ¿Cómo explica usted esa contradicción? —Se equivoca usted. Lea a Marx cuando habla de la pobreza de la filosofía. Sobre la cabeza de Stalin colgaba un retrato de Karl Marx, con su cabello blanco. Cada vez que la conversación derivaba hacia el gran socialista, yo me sentía impelido a levantar la vista hacia el retrato. —Ahí —continuó Stalin— descubrirá usted que los hombres hacen la historia, pero no del modo que sugiere su fantasía. Es la reacción de los hombres ante las circunstancias en las que se encuentran en cada momento lo que escribe la historia. Cada generación tiene que enfrentarse a una nueva serie de circunstancias. En general, cabe decir que los grandes hombres sólo son de valor en la medida en que son capaces de hacer frente a las circunstancias de su entorno. En caso contrario, son únicamente quijotes. Según el propio Marx, nunca se deberían contrastar los hombres y las circunstancias. En mi opinión, es la historia la que hace al hombre. Llevamos treinta años estudiando a Marx. —Nuestros estudiosos le interpretan de diferente manera —sugerí. —Eso obedece a que intentan popularizar el marxismo. Él personalmente jamás negó la importancia del papel del héroe. De hecho es muy grande. —Así pues, puedo deducir que también aquí en Moscú gobierna un hombre y no el consejo. Veo dieciséis sillas en torno a la mesa. Stalin miró hacia las sillas: —El individuo no

decide. En cada consejo hay personas cuyas opiniones hay que tomar en consideración, pero también existen opiniones equivocadas. Hemos tenido la experiencia de tres revoluciones y sabemos que de cada cien decisiones tomadas por individuos, noventa son unilaterales. Nuestro órgano de gobierno es el Comité Central del Partido, que consta de setenta miembros. Entre estos setenta miembros se encuentran algunos de nuestros industriales y cooperativistas más competentes y nuestros mejores comerciantes; también algunas de nuestras autoridades en el campo de la agricultura y de la explotación agrícola, tanto cooperativa como individual; y finalmente, algunos hombres que tienen conocimientos de primera categoría sobre cómo tratar a las diversas nacionalidades que integran la Unión Soviética. Éste es el areópago en el que se centra la sabiduría del partido. Da al individuo la posibilidad de corregir sus parciales prejuicios. Cada uno aporta su propia experiencia individual en beneficio del Comité en general. Sin este método se cometerían muchos errores. Dado que cada persona desempeña su papel en las deliberaciones, nuestras decisiones han de ser más o menos correctas. —Así que niega usted ser un dictador —dije—. Según mi experiencia, esa táctica es empleada por todos los dictadores. En Europa su imagen es la del zar sanguinario o la del aristócrata saqueador de Georgia. Se echó a reír con buen humor y parpadeó en mi dirección mientras yo continuaba: —Dado que circulan historias, o al menos rumores, acerca de los atracos a bancos y otros robos que usted organizó cuando era joven con el fin de ayudar al partido, me gustaría saber qué hay de cierto en todo ello. El instinto campesino de Stalin salió a relucir. Se encaminó a su escritorio y me trajo un panfleto de unas veinte páginas, que contenía sus datos biográficos en ruso pero, naturalmente, nada que respondiera a mi pregunta. —Allí lo encontrará usted todo —dijo, evidentemente satisfecho por su elegante manera de darme una respuesta negativa. Me eché a reír y le pregunté—: Dígame si no se considera usted el heredero de Stenka Rasin, el noble filibustero cuyas legendarias hazañas he oído contar en el Volga. Stalin regresó a su forma lógica y constructiva de hablar. —Al margen de nuestro origen nacional —dijo—, nosotros los bolcheviques siempre hemos sentido interés por personalidades como Bolotnikow, Stenka Rasin y Pugatshev, porque emergieron espontáneamente del primer alzamiento del campesinado frente el opresor. Para nosotros es interesante estudiar los primeros signos de ese despertar. Con todo, las alegorías históricas no hacen al caso; y no hemos idealizado a Stenka Rasin. Los alzamientos individuales, incluso los organizados con la rapacidad que caracterizó a los tres líderes que he mencionado, no conducen a ninguna parte. Una revolución campesina

sólo puede alcanzar sus objetivos cuando va unida a la revolución obrera y está encabezada por los trabajadores. Lo que es más, los tres líderes insurrectos que he citado eran zaristas. Estaban en contra de la aristocracia terrateniente, pero a favor del buen zar. Ése era su grito de batalla. Las manecillas del reloj que había depositado sobre la mesa mostraban que se nos agotaba el tiempo. Planteé otra pregunta de modo inocente, como si no supiera lo que se pensaba de Estados Unidos en Rusia. —He podido comprobar —comenté— que en todo el país existe respeto hacia Estados Unidos. ¿Cómo es posible que un Estado cuyo objetivo es derrocar al capitalismo sienta respeto hacia una nación en la que el capitalismo ha alcanzado su máximo grado de desarrollo? Sin pensárselo un momento, Stalin me ofreció una magnífica respuesta: —Está usted exagerando las cosas. Aquí no existe respeto generalizado hacia todo lo americano. Sólo hay respeto hacia el sentido práctico que tienen en todos los campos, desde la industria a la literatura y los negocios, pero jamás olvidamos que es un país capitalista. Son un pueblo sano o, al menos, cuenta con mucha gente sana de cuerpo y mente, sana en su actitud hacia el trabajo y las realidades cotidianas. El aspecto práctico de la vida americana y su sencillez son merecedores de nuestra admiración. A pesar de su carácter capitalista, las costumbres que están en boga en la vida industrial y económica de Estados Unidos son más democráticas que las de cualquier país europeo, ya que en Europa aún no ha sido anulada la influencia de la aristocracia. —No sabe usted la razón que tiene —dije casi entre dientes. Pero el traductor me oyó y le tradujo mis palabras a Stalin. —Claro que lo sé —respondió Stalin—, a pesar de que la forma feudal de gobierno ha desaparecido en muchos países europeos, el espíritu feudal sigue existiendo, y es poderoso. Muchos técnicos y especialistas procedentes del entorno aristocrático siguen las tradiciones de su clase. Es algo que no se puede decir de Estados Unidos. Es una tierra de colonos desprovista de terratenientes y aristócratas. De ahí procede el sencillo vigor de sus costumbres. Se comportan con sencillez en el campo de la industria y los negocios. Aquellos de nuestros trabajadores que se han convertido aquí en líderes de la industria perciben inmediatamente ese hecho cuando viajan a América. Allí es difícil distinguir al ingeniero del trabajador de a pie cuando están trabajando. Stalin había formulado con sencillez y seguridad el paralelismo entre dos naciones tan marcadamente distintas como Estados Unidos y Rusia. Bruscamente, sin signos aparentes de transición y antes de que pudiera formularle pregunta alguna, dijo: —Pero si bien es cierto que nuestros sentimientos hacia cualquier nación en su conjunto, o hacia una mayoría dentro de cualquier nación, son de amistad, nuestros verdaderos amigos son los alemanes. —¿Y por qué los

alemanes? —Es así. Stalin articuló estas palabras con un énfasis tan concluyente que parecía descartar cualquier otra pregunta al respecto, pero la espontánea manifestación de sus simpatías escondía tanto tras ella que no quise pasar por alto la oportunidad. —Creo que se engaña a sí mismo con sus esperanzas sobre Alemania —dije, sin mencionar la revolución mundial—. Los alemanes aman el orden por encima de la libertad. Es por eso por lo que no hemos experimentado ninguna revolución, o, al menos, ninguna revolución con éxito. —Por lo que se refiere al pasado, tiene usted razón en lo que dice sobre los alemanes —respondió—. Cuando vivía en Berlín en 1907, a menudo me hacía gracia el espíritu sumiso del que hacían gala nuestros amigos alemanes. Me contaron que en una ocasión los líderes del partido anunciaron una manifestación a la que habían de asistir los comunistas de las diversas partes de Berlín a una hora dada. Cuando llegaron a la puerta de salida de la estación donde tenían que entregar el billete, el encargado de recogerlos estaba ausente. Los rusos que les acompañaban les urgieron para que atravesaran la puerta abierta ya que todos ellos tenían sus respectivos billetes. Pero los alemanes se negaron a dar un paso y al parecer se habrían quedado allí durante horas si no hubiera regresado el empleado. Cuando estuve en Dresde y Chemnitz entre 1905 y 1907 comprobé que allí se respetaba la ley tanto como a las heladas, los rayos o cualquier otra fuerza de la naturaleza contra la que la voluntad del hombre no puede hacer nada. En Viena, en 1912, fui con mis amigos rusos al parque de Schoenbrunn. Nos encontramos con carteles de Verboten por todas partes, pero nosotros no estábamos acostumbrados a esas cosas y acabamos pagando una multa de una corona por cabeza por haber violado la ley. Nuestros amigos alemanes se rieron de nosotros por el placer que obtuvimos divirtiéndonos de esa manera. Así eran las cosas por aquel entonces. —¿Pero hoy? ¿Dónde está el sentido alemán del orden hoy en día? ¿Dónde está el respeto a la ley? Los nacionalsocialistas violan la ley allá donde se interpone en su camino. Matan a tiros y apalean a todo el que se encuentran. Hoy en Alemania los trabajadores salen de las ciudades y desentierran las patatas de otra gente. Todo ha cambiado desde los viejos tiempos. —Quedó en silencio. Con esa respuesta había puesto en evidencia que era discípulo de Hegel, y le dije—: Por lo que yo sé, usted sólo pasó unos pocos meses en Europa, mientras que Lenin vivió allí veinte años. ¿Cuál cree usted que es la mejor preparación para un líder revolucionario, la obtenida en casa o en el extranjero? —No contestó nada concreto, sino que me ofreció una explicación general. —En el caso de Lenin —dijo— haría una excepción. Muy pocos de los que permanecemos aquí en Rusia nos mantuvimos tan íntimamente en contacto con lo que estaba ocurriendo

como Lenin, aunque estaba en el extranjero. Yo le visité varias veces, en 1907, 1908 y 1912, y pude comprobar que recibía a diario montones de cartas de políticos rusos y que sabía más de lo que estaba pasando en Rusia que mucha gente que vivía allí. Por lo que se refiere a los demás, los que permanecieron en Rusia, cuyo número era por supuesto mucho mayor, desde luego hicieron una excelente aportación al movimiento. La proporción de gente que ayudó al movimiento desde el exterior era, en comparación con los que llevaron a cabo el trabajo en casa, de uno a doscientos. Y hoy, en el Comité Central, de setenta miembros, sólo tres o cuatro han estado en el extranjero. —¿No apreciaba usted enormemente los conocimientos sobre Europa que tenía Lenin? —¿Qué entiende usted por Europa? Usted conoce a muchos de aquellos que han vivido temporalmente como inmigrantes en Europa. Todo aquel que desee estudiar Europa lo hará sin duda mejor en Europa que fuera de ella. En este sentido, aquellos de nosotros que hemos pasado allí poco tiempo nos hemos perdido algo. Pero esa carencia no es de importancia decisiva cuando se trata de adquirir conocimientos sobre la economía, las técnicas industriales, la educación que se imparte en los centros de poder, la literatura, las belles-lettres y la ciencia europeas. En igualdad de condiciones, por supuesto sería mejor estudiar estos temas en la propia Europa, pero la carencia no es especialmente significativa. Conozco a varios de nuestros camaradas que han pasado veinte años en Europa, en algún lugar de Charlottenburg, pero si les planteara una pregunta concreta sobre Alemania, no sabrían darle respuesta. Algún tiempo más tarde conduje la conversación hacia el sorprendente cambio que había experimentado el comunismo al abandonar la vieja teoría de la igualdad e introducir en su lugar el trabajo a destajo, dando así al trabajador productivo la posibilidad de ganar más que su compañero. —Nos asombró —concluí— que usted mismo caracterizara la igualdad como un remanente de los prejuicios de la clase media. Stalin respondió: —Marx no reconoció un socialismo representado por un estado totalmente socializado en el que todos recibieran la misma cantidad de pan y carne, el mismo tipo de ropas, los mismos productos y exactamente la misma cantidad de éstos. Marx se limita a decir que mientras no hayan sido abolidas las clases y mientras el trabajo no se haya convertido en un objeto de deseo, ya que para la mayoría de la gente es una carga, siempre habrá personas dispuestas a que los demás trabajen más que ellos. Así pues, mientras la distinción de clases no haya sido totalmente abolida, la gente será remunerada en función de su eficacia productiva, cada cual con arreglo a sus capacidades. Ésa es la fórmula marxista para la primera fase del socialismo. Cuando éste alcance su culminación, todo el mundo hará lo

que sea capaz de hacer y su trabajo será retribuido con arreglo a sus necesidades. Debería quedar perfectamente claro que las diferentes personas tienen diferentes necesidades, grandes y pequeñas. El socialismo jamás ha negado las diferencias en gustos y necesidades personales, ni en su naturaleza ni en su extensión. Lea la crítica de Marx a Stirner y el manifiesto de Gotha. Ahí Marx ataca el principio del igualitarismo. El igualitarismo forma parte de una psicología campesina primitiva. No es socialista. En Occidente ven las cosas de un modo tan rudimentario que creen que queremos dividirlo todo a partes iguales. Ésa es la teoría de Babeuf. Nunca supo una palabra sobre el socialismo científico. Hasta Cromwell quería igualarlo todo. Aunque en mi opinión se equivocaba respecto a Cromwell, no era el momento de enfrascarme en una discusión histórica con Stalin. Preferí volver al problema de las historias y la creación de leyendas y, dado que me acababa de preguntar si no me agradaba el cigarrillo que me había dado —yo había dejado de fumar—, dije: —Se supone que está usted en contra de la creación de leyendas, pero sin duda nada le ha hecho más popular que la leyenda de que siempre fuma en pipa. Se echó a reír. —Ya ve usted la poca necesidad que tengo de ella. Esta mañana me la he dejado en casa. —¿Pero está usted de veras en contra de las leyendas? —No cuando son leyendas folclóricas. —Se hace tarde. ¿Tendría la amabilidad de firmarme este panfleto que me ha dado? Asintió, aunque pareció desconcertado por no estar acostumbrado a esta costumbre europea. —Sí, por supuesto, pero ¿qué quiere que escriba? —Su propio nombre, y el de herr Ludwig —dijo el traductor. Su timidez en ese momento me hizo sentir ternura hacia él. Levantó el lápiz rojo con el que había estado dibujando y escribió sobre el panfleto. Conté tres hojas de papel totalmente llenas de garabatos. No me llevé ninguna conmigo porque pensé que algún discípulo de Freud podría haberlas empleado posteriormente para convertirlas en objeto de un ensayo sobre caligrafía. Me levanté y pregunté: —¿Le sorprendería que le hiciera una pregunta? —Nada que ocurra en Rusia podría sorprenderme —dijo. —Esa actitud es internacional. También en Alemania, nada de lo que pudiera ocurrir podría sorprendernos. ¿Cree usted en el destino? Se puso muy serio. Se volvió hacia mí y me miró directamente a los ojos. Después, tras una pausa tensa, dijo: —No, no creo en el destino. No es más que un prejuicio. Es una idea insensata. —Rió a su manera oscura y apagada y dijo en alemán —: Schicksal, Schicksal —Luego volvió a su lenguaje nativo y prosiguió —: Es igual que con los griegos. Tenían sus dioses y diosas que lo dirigían todo desde lo alto. —Ha sobrevivido usted a cientos de peligros cuando fue usted proscrito y exiliado, en revoluciones y guerras —observé—. ¿Cree que

es simplemente un accidente que no muriera y que no haya otra persona en su lugar hoy? Se sintió molesto, pero sólo un momento. Después dijo con voz clara y resonante: —No es un accidente, herr Ludwig, no es un accidente. Probablemente, existieron causas internas y externas que impidieron que muriera. Pero por accidente podría haber ocurrido que otro estuviera sentado ahora en mi lugar. —Y como si deseara librarse de aquella densa e irritante nube y regresar a su claridad hegeliana, concluyó —: El destino es contrario a la ley. En ocasiones es místico. No creo en ese destino místico. Por supuesto existieron motivos por los que superé todos aquellos peligros. No pudo ocurrir por simple accidente. Schicksal! Destino, fatalidad. Los ecos de tan poderosa palabra alemana se repetían aún en mis oídos cuando tomamos asiento en el coche que nos aguardaba. En esta ciudadela vivieron y gobernaron los zares, en ocasiones esgrimiendo un poder al que no habían llegado por medios naturales, y aquí les encontró la muerte. Todo a nuestro alrededor tenía un resplandor siniestro en el crepúsculo; siniestro y fortificado. Y en ese mismo lugar el hijo de un campesino georgiano se había reído desafiantemente cuando había oído la palabra destino. El círculo de cañones del patio delantero reflejaba apagadamente la luz del atardecer, pero en cada embocadura resplandecía la letra N grabada en oro, la inscripción que un pequeño cabo de una isla yerma había osado estampar en la boca de la muerte. —¿Qué tiene usted que ver con el destino? —le preguntó Napoleón a Goethe—. La política es el Destino.

ROYAL SCOTT GULDEN

Entrevistado por John L. Spivak (New Masses, 9 de octubre de 1934)

Royal Scott Gulden, miembro de la acaudalada familia Gulden, fabricantes de mostaza, fue secretario de la Order of '16, una organización antisemita. Según Spivak, "entre sus miembros había funcionarios federales, estatales y municipales" que cooperaban "con agentes pagados por Hitler en la distribución de propaganda antisemita". New Masses fue fundada por un grupo de socialistas de Greenwich Village en 1911 como una revista mensual llamada, simplemente, Masses. Publicación pacifista, además de socialista, estuvo prohibida a todo lo largo de la I Guerra Mundial y sus editores fueron juzgados, sin éxito, por conspiración contra el Gobierno. De la mano de Michael Gold y Joseph Freeman, revivió en 1926 con el nombre de New Masses y se fue vinculando cada vez más a la línea del Partido Comunista. En 1934 adoptó una periodicidad semanal hasta que en 1948, tras un parón pasajero, se fusionó con otra publicación y cambió su título a Masses and Mainstream. Durante la década de 1950 publicó entrevistas con personas implicadas en ambos bandos del debate macartista. John L. Spivak colaboró habitualmente en New Masses con entrevistas y otros artículos durante la década de 1930. Sus personajes favoritos eran los antisemitas y los anticomunistas. Existe un aire de misterio en el séptimo piso del 139 de East 57th Street en la ciudad de Nueva York. Hombres y mujeres bien vestidos entran y salen de la habitación 703. En ocasiones llevan consigo portafolios y muestran una expresión seria y decidida. Para el observador que deambula por este piso, la habitación 703, la entrada de una suite, no es más que otra oficina en un edificio de oficinas, posiblemente una oficina privada dado que en la puerta de cristales no hay ningún nombre, ya sea de empresa o de individuo. Quienes llevan esta oficina no quieren que demasiada gente esté al corriente de que se trata del cuartel general de una sociedad secreta que se dedica a espiar a "judíos y comunistas", la Order of '76. Hay un banco de madera y varias mesas en la habitación 703. A la derecha, según se entra, hay un despacho en el que se guardan los archivos. Allí es donde Royal Scott Gulden, de la familia del rey de la mostaza, actúa como secretario de la sociedad de espionaje y como encargado de difundir el credo del "odio contra los judíos". Esta organización que se encuentra en el séptimo piso del edificio es muy exclusiva. Sólo acepta como miembros a

hombres y mujeres de los "estratos superiores" de los "ámbitos militar, financiero y político" del país. Quieren "impedir que América caiga en manos de los judíos y los comunistas". Gulden es un hombre de mediana edad, pulcramente vestido, con sienes encanecidas, pelo ralo y ojos grises desvaídos. Estaba sentado a una mesa atestada de cartas y recortes cuando entré en la habitación. Los dos hombres con los que estaba hablando se volvieron rápidamente, y todos me miraron con ojos sorprendidos. —Me llamo Spivak, John L. Spivak, de New Masses... Los dos hombres que estaban con Spivak se me acercaron amenazadoramente. —¡New Masses!- exclamó Gulden—. ¡New Masses! ¡Es de New Masses! No se dirigía a nadie en particular, simplemente exteriorizaba su sorpresa. Era un hombre que no paraba de hablar hasta que conseguía recobrar la compostura. — Estamos publicando una serie de artículos sobre el crecimiento del antisemitismo. Al parecer, su organización ha creado un sistema de espionaje entre los judíos y los comunistas y realiza propaganda antisemita... —¿Y bien? —dijo fríamente Gulden. —Me gustaría entrevistarle. Uno de los hombres que se habían puesto a mi lado lanzó una carcajada. —Parece estar usted al corriente de todo —replicó Gulden con voz suave—. No necesita entrevistarme. —Regresó a su mesa. —Aun así me gustaría mucho hacerlo —le aseguré tranquilamente. Levantó la cabeza y me miró fijamente durante un momento. —Está bien —dijo concisamente—. ¿Qué desea? —¿Y estos caballeros? —dije indicando con la cabeza a los dos hombres que aún permanecían a mi lado. —Quiere usted saberlo todo, ¿eh? —Conozco a uno de ellos. Este hombre es Eugene Daniels, el que se supone que tiró la bomba fétida en la Bolsa, ¿no es así? Daniels sonrió azorado. El jefe de la orden secreta de espionaje se inclinó graciosamente. —Perdóneme. Mr. Daniels, Mr. Spivak. Este caballero es Mr. Hemple, Jonas Hemple. Ahora vayamos al grano. Estoy muy ocupado. ¿Qué desea? —Sólo quiero saber por qué cree usted en el antisemitismo. — No creo en el antisemitismo —dijo Gulden sonriendo—. Tampoco creo en el sarampión, pero ahí lo tiene. No creo en el veneno pero existe. Lo mismo ocurre con los judíos. Ahí están. Nuestro trabajo es de índole patriótica y ha estado dirigido fundamentalmente contra el comunismo. Cuando descubrimos que el comunismo y el judaísmo eran uno, entonces combatimos el judaísmo. Los otros dos hombres asintieron. Mr. Daniels se arrancó con una prolongada disertación intentando convencerme de que no tenía nada contra los judíos. Finalmente, tuve que explicar que lo que me interesaba eran los puntos de vista de Mr. Gulden. Mr. Daniels se marchó. —¿Cómo descubrió usted que el judaísmo y el comunismo eran uno? — pregunté. —¡Buf! Tenemos un cerro de recortes... Se levantó para sacar

una carpeta de un archivador. Noté un ligero bulto en su cadera derecha. Me levanté y lo palmeé suavemente. —¿Qué es esto, un revólver? Gulden se volvió hacia mí con aire sobresaltado. El misterioso y robusto Mr. Hemple se puso rápidamente a mi lado. Gulden regresó a su mesa sin la carpeta. — Sí, un revólver. —Sonrió, sus desvaídos ojos grises se clavaron en los míos. —¿De qué calibre? —Del treinta y dos, Smith y Wesson. Sacó el arma de su funda y la puso sobre la mesa. —No tiene nada que temer —dijo sonriéndome tranquilizadoramente—. No le hacemos daño a la gente... a menos que la gente nos haga daño a nosotros—añadió significativamente. —Entonces quizá sea mejor que la tenga yo —dije riéndome. Gulden sonrió sombríamente. —Creo que será mejor que la guardemos en mi mesa. —Abrió un cajón y guardó el revólver en él. —¿Tiene permiso de armas? Se volvió hacia mí irritado. —¿Quién demonios...? —¿Tiene permiso de armas? —repetí. —¿Pero qué demonios...? —¡Enseñeme su permiso! Gulden pareció asombrado. Sin articular palabra, sacó una cartera del bolsillo de su chaqueta y me tendió su permiso de armas: C 23609. No sé por qué el jefe de la sociedad de espionaje decidió responder así a mi tono agresivo, salvo que la gente que se siente culpable intenta siempre evitarse problemas. Tras entregarme su permiso pareció desconcertado y durante un tiempo me miró de hito en hito, como si estuviera decidiendo si debía responder a mi pregunta o echarme a patadas de su oficina. Hemple rompió el silencio. —Antes de seguir con esta entrevista —dijo con voz queda—, me gustaría hacerle algunas preguntas acerca de New Masses. ¿De dónde saca el dinero para funcionar y pagarle a usted? Me incliné con actitud secretista. —¿Esto quedará entre nosotros? Los dos asintieron inmediatamente. —El oro de Moscú —susurré—. Hay una asignación de un millón de dólares al mes para que New Masses pueda pagar a su enorme plantilla. Yo mismo gano cien mil dólares a la semana por mi trabajo... — ¡Basta ya! ¡Déjese de bromas! —me interrumpió Gulden—. No sé por qué debería contestar a sus preguntas, pero he dicho que lo haría, así que acabemos de una vez. Pero quiero que esto quede claro. No tenemos nada contra los judíos en tanto que judíos, pero todo judío es un comunista en potencia, y ambos están violando las leyes de este país. —¿Cómo sabe que los judíos transgreden más la ley que los gentiles? —Los Protocolos de Sión lo demuestran. —Creía que habían sido desacreditados. —Me importa un bledo que hayan sido desacreditados o no. No me importa si son o no auténticos. Todo lo que sé es que exponen un programa de los judíos para apoderarse del mundo y que ese programa está funcionando rápidamente y con toda precisión. Si los protocolos son falsificaciones, ¿cómo pudieron prever lo que está ocurriendo hoy en día? ¡Creo que son genuinos y los

acontecimientos demuestran su validez! —¿Cree que existe una conspiración por parte de los judíos para apoderarse del mundo? —¿Desde luego que sí! —¿Y que los judíos financian a los comunistas? —Con absoluta seguridad. Están financiando a la Tercera Internacional y a los soviets. Y como evidencia de ello, tenemos la declaración de Mr. Schiff... —¿Qué Mr. Schiff? —El financiero —dijo Gulden con vaguedad—. El tal Mr. Schiff prestó entre dos y cuatro millones de dólares a los bolcheviques. Desconozco la cantidad exacta, pero eran millones. Según tengo entendido, se jactaba de ello. —¿Acaso no es cierto que Alemania, que detesta a los judíos y los comunistas con el mismo entusiasmo que ustedes, le ha prestado también millones a los bolcheviques en forma de créditos comerciales? —Sí, pero lo hicieron como una medida bélica... —Los créditos se han ampliado desde que Hitler llegó al poder. Gulden me volvió la espalda, irritado. —¿Me importa un bledo lo que hagan los alemanes! ¡Es asunto suyo! A mí me interesa América. —Ya llegaremos a eso... —empecé a asegurarle, cuando Mr. Hemple me interrumpió. —Los judíos han de ser destruidos. Hasta el Antiguo Testamento dice que los judíos deben ser destruidos. Jeremías: 34: 'Ved, ordenaré, dijo el Señor, y convertiré las ciudades de Judea en una desolación sin un solo habitante'. —Eso parece definitivo —asentí—. ¿Cómo se gana usted la vida? —Fumo cigarrillos y ando por aquí —retrucó con evidente disgusto. Me volví de nuevo hacia Gulden. —Empieza a darme la impresión de que no les agradan los judíos. No obstante, los hay a millones. ¿Qué cree su organización que habría que hacer con ellos? —Habría que obligarles a que dejaran de pasarnos su semitismo por las narices. Se trata tan sólo de saber cuánto tiempo durará nuestra paciencia. —Titubeó, se encogió de hombros y añadió—: Supongo que la historia se repetirá. —¿Qué quiere decir con eso? —¿Hablo de los buenos y viejos pogromos! —¿Su organización está a favor de masacrar a los judíos? —Si dijera eso, podrían detenerme, supongo —dijo lentamente— pero sí diré esto: estamos intentando evitar la aniquilación impidiendo que los judíos inciten al pueblo a iniciarla. Debemos defendernos. Si los judíos siguen adelante con sus planes, nos defenderemos. Hay algo que puede tener por seguro: ¡si nos vemos obligados a atacar, no saldremos huyendo! —¿Verse obligados! —le miré asombrado—. ¿Acaso los judíos les atacan a ustedes? —Sí —dijo él acaloradamente—. Los judíos están haciendo pogromos económicos contra nosotros. Nos están arrebatando nuestros negocios, nuestras profesiones... Y si las cosas siguen así, empezarán los ataques. ¡Y cuando eso ocurra, puede tener por seguro que Order of '76 estará allí! Hizo una pausa y añadió: —Y me importa un bledo que publique eso en su comunista New

Masses. —Le citaré palabra por palabra. Pero dígame, ¿no se da cuenta de que cuando esto salga a la luz los judíos comerán sus perritos calientes sin mostaza Gulden? La expresión de Gulden se tornó grave durante un instante. —En tiempos como los que corren —dijo con toda seriedad— todos debemos hacer sacrificios. —¿Tiene usted algún tipo de contacto con la propaganda antisemita distribuida por los nazis en este país? A los nazis, como sabe, les gustaría hacer pagar a los judíos americanos sus boicoteos y protestas contra el trato que reciben los judíos alemanes. —¿No tenemos ningún tipo de contacto con los nazis ni con los alemanes! —exclamó—. Somos una organización exclusivamente americana... ¿En ese momento, con la perfecta coordinación teatral de una dramática entrada en escena, un hombre bien vestido de unos treinta años y rasgos teutónicos abrió la puerta del despacho en el que nos encontrábamos, dio un golpe de tacón y levantó el brazo en el saludo nazi! —Heil Hitler! —articulé secamente. — Es de New Masses —explicó Gulden atropelladamente. El rostro del recién llegado enrojeció. Sin articular palabra, dio media vuelta y salió como si huyera de alguna pestilencia. Miré a Gulden y me eché a reír de nuevo. — Dígame —dije entre risotadas—, ¿no es el coronel Edwin Emerson, agente nazi en este país y el primero en organizar el antisemitismo a escala nacional, un miembro de su orden secreta? Gulden titubeó un instante y después asintió con la cabeza. —Y también está con ustedes Sidney Brooks, que pertenece al Comité republicano para las campañas al Senado y al Congreso... —Prácticamente no le he visto desde que se afilió —me interrumpió rápidamente. —¿Está usted al corriente de que, como miembro de su organización, ha realizado misteriosas visitas al número 17 de Battery Place, donde tiene sus oficinas el cónsul general de Alemania? —¿No sé nada de eso! Mr. Gulden se había colocado a la defensiva y estaba más pálido de lo normal. Mr. Hemple, que había perdido su sonrisa de superioridad, se inclinó hacia adelante, estudiándome con expresión de desconcierto. —¿No sabía usted que el tal Brooks es en realidad el hijo del coronel Emerson, y fue quien les presentó a Pelley, de los Camisas Plateadas, para la fusión... —¿No nos hemos fusionado con los Camisas Plateadas! —exclamó Gulden—. ¿Y puedo demostrárselo! Incluso estoy dispuesto a mostrarle nuestra correspondencia con ellos. No existe tal carta o documento... —La carta sobre eso no está en su poder —le aseguré—. La tengo yo. Los ojos desvaídos de Gulden parecieron lagrimear. En ellos apareció una expresión de perro apaleado. Hemple suspiró audiblemente. —No tienen ustedes ni idea de cómo se organiza un sistema de espionaje, ¿no es así? —Trabajé para el Departamento de Justicia... —Estupendo. Pero no tienen ustedes ni idea de cómo se organiza, ¿no es así? Así que

buscó usted a alguien para dirigir su sistema de espionaje, ¿me equivoco? ¿No le envió Emerson a un hombre llamado Fritz Duquesne? Gulden no respondió. —¿Conoce usted a Duquesne, el espía alemán en tiempo de guerra? —Sí, vino aquí un día. —¿Para qué? —Verá, no tengo ni idea. Supongo que querría echarme un vistazo, eso es todo. —¿Por qué iba a querer echarle un vistazo? —¡Y yo qué sé! —exclamó irritado—. ¿Quién demonios cree que es para hacerme estas preguntas? —¡Nada más que un ciudadano americano interesado en averiguar cuánto dinero está usted obteniendo de un gobierno extranjero para hacer propaganda antisemita en este país! —¡Jamás he obtenido ni un centavo de los alemanes! ¡Ojalá pudiera decir lo contrario! —exclamó. Gulden se puso en pie y empezó a recorrer nerviosamente la habitación. Era obvio que el secreto con el que la sociedad había intentado velar sus movimientos no era tan espeso. — ¿Cuánto tiempo pasó con Duquesne? —Oh, unos diez o quince minutos. —La verdad es que estuvo usted dos horas reunido con él, ¿no es así? Gulden parecía preocupado. No contestó. —¿No le parece un tanto extraño que esta organización cien por cien "patriótica" esté tan íntimamente vinculada con espías alemanes y hombres del servicio secreto en la diseminación de propaganda antisemita? —¡Cooperaremos con cualquiera que esté dispuesto a ayudarnos a expulsar a la plaga judía! —dijo vigorosamente. —¿Así que están cooperando con los nazis? —¡Yo no he dicho eso! —Han estado ustedes distribuyendo propaganda antisemita sacada de contrabando de barcos alemanes, ¿no es verdad? —¡No! — ¿Cuándo vio a Duquesne por última vez? —No he vuelto a verle desde que vino aquí. ¡No sé nada de él en absoluto! Gulden tragó saliva y se rascó su sien encanecida. —Se ha reunido con él en el 51 de West 46th Street recientemente... —Cuarenta y uno... — replicó automáticamente Gulden; luego cerró la boca. —Eso es —dijo riéndose. El pálido rostro de Gulden había adoptado una tonalidad purpúrea. Estaba lívido de furia. —¡Si quiere seguir hablando conmigo tendrá que mostrarme usted una orden o llevarme ante los tribunales! —gritó—. Ya he dicho todo lo que pienso decir. ¡Ya he dicho suficiente! —Desde luego que ha dicho suficiente — asentí, y me levanté.

IÓSIF STALIN

Entrevistado por H. G. Wells (The New Statesman and Nation, 27 de octubre de 1934)
Esta entrevista, realizada en el transcurso del segundo viaje de Wells a la Unión Soviética, fue publicada bajo el título "Una conversación entre Stalin y Wells". Éste admitió más tarde que había abordado la tarea con ciertos prejuicios. Consideraba a Stalin un "fanático egocéntrico y muy reservado, un déspota sin vicios, un celoso monopolizador del poder". Cuando la entrevista vio la luz, generó gran controversia entre los intelectuales de izquierdas; George Bernard Shaw y Ernest Toller publicaron sus comentarios al respecto en el siguiente número de la revista. Shaw supo apreciar la vertiente cómica de la situación: "Stalin escucha con atención y seriedad a Wells, respondiendo con exactitud a sus preguntas y poniendo el dedo en la llaga con cada una de sus contestaciones. Wells no escucha a Stalin. Se limita a esperar con resignada paciencia a que termine de hablar para volver a meter baza. No está allí para aprender nada de Stalin, sino para enseñarle algo". Shaw prosigue describiendo a Stalin (al que había conocido) como "un oyente de primera" y a Wells como "el peor oyente del mundo". Por su parte, Ernest Toller opinaba que, contrariamente a lo que ocurría en los países fascistas, en la URSS la libertad intelectual iba en aumento. En el siguiente número era J. M. Keynes quien escribía en defensa de Wells: "La imagen que evoca en mí esa entrevista es la de un hombre enfrentado a un gramófono. La reproducción es excelente, la grabación impecable, palabra por palabra. Y ahí está el pobre Wells, convencido de que sólo dispondrá de una oportunidad para hacer que la aguja salte del surco y escuchar así (¡vana esperanza!) una voz humana. Shaw se burla de la actitud ligeramente falsa de Wells, patéticamente consciente de la necesidad de ser cortés con su anfitrión, aunque éste sea un gramófono". Retrospectivamente, resulta hasta cierto punto más fácil estar de acuerdo con Keynes que con Shaw. La entrevista volvió a publicarse, junto con varios comentarios y cartas posteriores (la respuesta de Wells a la primera crítica de Shaw, dos réplicas posteriores de Wells, otra soflama más de Shaw y una carta de Dora Russell, en la que atacaba a Wells y a Keynes), en diciembre de 1934 bajo el título Stalin-Wells Talk. —Estoy en deuda con usted, señor Stalin, por haber aceptado recibirme. Hace poco he visitado Estados Unidos, donde mantuve una larga conversación con el presidente Roosevelt para averiguar

cuáles eran sus ideas. El objeto de mi presencia aquí es preguntarle a usted qué está haciendo para cambiar el mundo. —No gran cosa. —Recorro el mundo como una persona normal y corriente y, como toda persona normal y corriente, observo lo que sucede a mi alrededor. —Las celebridades importantes como usted no son "gente corriente". Por supuesto sólo la historia dirá hasta qué punto fueron importantes éste o aquel personaje. Sea como fuere, usted no contempla el mundo con los ojos de un "hombre corriente". —No pretendía pecar de modesto. Quiero decir que intento ver el mundo a través de los ojos del hombre corriente, no como lo haría un político partidista o un responsable de la administración. La visita a Estados Unidos me resultó estimulante. Allí está a punto de desaparecer el viejo orden financiero. La vida económica del país está siendo reestructurada con arreglo a nuevas líneas. Como dijo Lenin, "hemos de aprender a hacer negocios". Hoy en día son los capitalistas los que deben aprender de ustedes, los que han de impregnarse del espíritu del socialismo. A mi modo de ver, lo que se está produciendo en Estados Unidos es una profunda reorganización, la creación de una economía planificada; es decir, socialista. Usted y Roosevelt tienen diferentes puntos de partida, pero ¿no existe acaso cierta relación en lo que se refiere a las concepciones, cierta proximidad en las ideas y necesidades, entre Washington y Moscú? En Washington me llamó la atención lo mismo que, según veo, está sucediendo aquí. Están construyendo edificios de oficinas, creando nuevos organismos estatales de regulación, organizando un funcionariado competente, que era necesario hace ya tiempo. Su necesidad básica, como la de ustedes, es la capacidad de dirección. —Estados Unidos persigue un objetivo diferente al de la URSS. El que persiguen los norteamericanos deriva de sus problemas económicos, de la crisis económica. Los americanos pretenden superarla por medio de la iniciativa capitalista privada, sin cambiar para nada sus bases económicas. Intentan reducir al mínimo la ruina y las pérdidas causadas por el actual sistema. Aquí, por el contrario, para sustituir a la vieja y destruida economía se ha creado, como ya sabe, una base económica completamente diferente, totalmente nueva. Incluso aunque, como usted mencionaba, los norteamericanos alcanzaran parcialmente su objetivo, es decir, aunque consiguieran reducir sus pérdidas al mínimo, no destruirían con ello las raíces de la anarquía inherente al actual sistema capitalista. Están preservando un sistema económico que les llevará inevitablemente, como no puede ser de otro modo, a la anarquía productiva. En el mejor de los casos será, pues, un problema, no de reorganizar la sociedad ni de abolir el viejo sistema social que da lugar a la anarquía y las crisis, sino de restringir la manifestación

de algunos de sus peores rasgos, algunos de sus excesos. Quizá, a nivel subjetivo, los americanos piensen que están reorganizando su sociedad; objetivamente, no obstante, lo que están haciendo es preservar la base actual de su sociedad. Por ese motivo, desde un punto de vista objetivo, no se producirá tal reorganización. 'Tampoco introducirán la planificación económica. ¿Qué es una economía planificada? ¿Cuáles son algunos de sus atributos? La economía planificada lucha por eliminar el paro. Supongamos que fuera posible preservar el sistema capitalista reduciendo al mismo tiempo el desempleo hasta un nivel mínimo determinado. Ningún capitalista aceptaría jamás una erradicación completa del paro, una total abolición del ejército de reserva de los desempleados, cuyo fin es ejercer presión sobre el mercado de trabajo para garantizar la disponibilidad de mano de obra barata. Ahí tiene usted una de las contradicciones de la 'economía planificada' en las sociedades burguesas. Además, la planificación de la economía presupone un incremento en la producción de aquellas ramas de la industria que generan bienes que las masas necesitan. Pero, como usted bien sabe, el incremento de la producción bajo el capitalismo obedece a motivos muy distintos. El capital fluye hacia aquellos sectores de la economía en los que las tasas de beneficios son mayores. Nunca conseguirá que un capitalista acepte incurrir en una pérdida de beneficios para sí mismo en aras de satisfacer las necesidades del pueblo. Sin librarnos antes de los capitalistas, sin abolir el principio de la propiedad privada de los medios de producción, es imposible crear una economía planificada. —Estoy de acuerdo con muchas de las cosas que ha dicho, pero me gustaría hacer hincapié en que si un país en su conjunto adopta el principio de la economía planificada, si el gobierno gradualmente, paso a paso, comienza a aplicar coherentemente ese principio, la oligarquía financiera quedará finalmente abolida y el socialismo, en el sentido anglosajón del término, acabará imponiéndose. El efecto que están teniendo las ideas que impulsan el new deal de Roosevelt es extraordinariamente poderoso y, en mi opinión, se trata de ideas socialistas. Me da la impresión de que en lugar de poner el énfasis en el antagonismo entre nuestros dos mundos, deberíamos, dadas las actuales circunstancias, luchar por encontrar un lenguaje común con el que pudiéramos entendernos todas las fuerzas de espíritu constructivo. —Cuando he mencionado antes la imposibilidad de hacer realidad los principios de la economía planificada, preservando al mismo tiempo la base económica del capitalismo, no pretendía, ni mucho menos, menospreciar las extraordinarias cualidades personales de Roosevelt, su iniciativa, su coraje y su determinación. Sin ninguna duda, Roosevelt es una de las figuras más

destacadas entre los dirigentes del mundo capitalista contemporáneo. Por eso querría insistir una vez más en que mi absoluta convicción de que la economía planificada es inviable bajo las condiciones que impone el capitalismo no significa que albergue la más mínima duda acerca de la capacidad, el talento y el valor del presidente Roosevelt. Con todo, si las circunstancias fueran desfavorables, ni el más habilidoso de los capitanes podría alcanzar el puerto al que alude usted. Es bien cierto que, en teoría, no puede descartarse la posibilidad de avanzar paulatinamente, paso a paso, hacia un fin que usted llama socialismo, en el sentido anglosajón del término, bajo las condiciones que impone el capitalismo. Pero, ¿qué clase de "socialismo" será ése? En el mejor de los casos, meterá en cintura, en mayor o menor medida, a los más desafortunados representantes del sistema de explotación capitalista y supondrá una mayor aplicación del principio de regulación en la economía nacional. Todo esto está muy bien, pero tan pronto como Roosevelt o cualquier otro gobernante del mundo burgués contemporáneo intente poner en marcha medidas que puedan minar los cimientos del capitalismo sufrirá inevitablemente la más abrumadora de las derrotas. La banca, la industria, las grandes empresas y explotaciones agrícolas no están en manos de Roosevelt. Todas ellas son de propiedad privada. Los ferrocarriles, la marina mercante, son propiedad privada. Y, por último, el ejército de trabajadores capacitados, ingenieros y técnicos no está a las órdenes de Roosevelt; todos ellos trabajan para la empresa privada. Tampoco debemos olvidar la función del Estado en el mundo burgués. El Estado es una institución que está a cargo de la defensa del país, del mantenimiento del 'orden'; es decir, es una máquina de recaudar impuestos. En un sentido estricto, el Estado no tiene demasiado que ver con la economía; la economía no está en sus manos. Por el contrario, es el Estado el que está en manos de la economía capitalista. Por ese motivo, mucho me temo que, a pesar de su energía y capacidad, Roosevelt no alcanzará el objetivo que mencionaba usted, en el supuesto de que sea ése su propósito. Puede que en el transcurso de varias generaciones sea posible que los americanos se acerquen en alguna medida a ese objetivo, pero francamente pienso que ni siquiera eso es demasiado probable. —Quizá yo crea más firmemente que usted en la interpretación económica de la política. Los adelantos y la ciencia moderna han puesto en marcha fuerzas inmensas que luchan por mejorar la organización y el funcionamiento de la comunidad; o sea, favorables al socialismo. Las ideas de organización y regulación de la actividad individual se han convertido ya en necesidades mecánicas, al margen de toda teoría social. Si empezamos por el control de los bancos por parte del Estado y seguimos con el control de la industria

pesada, la industria en general, el comercio, etcétera, un control así, que lo abarcaría todo, sería equivalente a la estatalización de todas las ramas de la economía nacional. Así será el proceso de socialización. Socialismo e individualismo no son opuestos, como el negro y el blanco. Entre ambos hay multitud de gradaciones intermedias. Está el individualismo rayano en el bandolerismo y están la disciplina y organización que son equivalentes al socialismo. La introducción de una economía planificada dependerá, en gran medida, de los organizadores económicos, de la intelligentsia a la que, paso a paso, se le pueden imbuir los principios socialistas de organización. Y esto es lo más importante, ya que la organización precede al socialismo. Y el dato más importante: sin organización la idea socialista no es más que una idea. —No hay, o no debería haber, un enfrentamiento irreconciliable entre lo individual y lo colectivo, entre el interés personal y el social. No debería existir confrontación alguna, digo, porque el colectivismo, el socialismo, no niega, sino que combina, los intereses del individuo con los de la colectividad. El socialismo no puede hacer abstracción de los intereses individuales. Sólo la sociedad socialista puede satisfacer por completo esos intereses personales. Lo que es más, únicamente la sociedad socialista puede llegar a satisfacer los intereses del individuo. En ese sentido no hay diferencias irreconciliables entre 'individualismo' y socialismo. Y, no obstante, ¿podemos acaso negar las diferencias existentes entre las clases, entre la clase de los propietarios, la capitalista, y la clase trabajadora, la proletaria? Por un lado tenemos a una clase que posee bancos, fábricas, minas, transportes, plantaciones en las colonias. Para esas gentes no existe otra cosa que su propio interés, su lucha por obtener beneficios. No se someten a la voluntad del colectivo, sino que luchan por subordinar a sus deseos a todas las colectividades. Por otro lado, tenemos la clase de los desposeídos, los explotados, que no poseen ni fábricas, ni máquinas, ni bancos, los que se ven empujados a sobrevivir vendiendo su fuerza de trabajo a los capitalistas y no tienen medios para satisfacer sus necesidades más elementales. ¿Cómo es posible conciliar intereses tan encontrados? Por lo que yo sé, Roosevelt no parece haber tenido éxito en su búsqueda de un camino para lograrlo. Como la experiencia demuestra, es sencillamente imposible. Incidentalmente, usted conoce la situación en Estados Unidos mejor que yo, ya que nunca he estado allí. Mi perspectiva sobre los asuntos americanos procede fundamentalmente de la literatura. Sin embargo, tengo cierta experiencia en la lucha por el socialismo y esa experiencia me dice que si Roosevelt hace un intento real de satisfacer los intereses del proletariado a expensas de la clase capitalista, ésta le sustituirá por otro presidente. Los capitalistas dirán: Los presidentes van y vienen, pero

nosotros permanecemos. Si este presidente no protege nuestros intereses, busquemos otro que le sustituya. ¿Qué puede oponer un presidente a la voluntad de la clase capitalista? —Protesto por esa clasificación simplista de la humanidad en pobres y ricos. Por supuesto, hay una categoría de personas que sólo buscan el propio beneficio, pero ¿acaso no se les considera en Occidente, como aquí, un incordio? ¿Acaso no hay en Occidente montones de personas cuyo fin no es el propio provecho? ¿No hay hombres que, disfrutando de cierta riqueza, desean invertir ésta para obtener beneficios, pero que no consideran que sea ése su principal objetivo? Ven las inversiones como una molesta necesidad. ¿No existe acaso un gran número de artífices y constructores de la economía, capaces y entregados, que tienen como estímulo para sus actividades algo muy distinto al beneficio? En mi opinión existe una clase numerosa de personas competentes que reconocen que el actual sistema es insatisfactorio y que están llamadas a desempeñar un importante papel en la sociedad capitalista del futuro. A lo largo de los últimos años yo mismo me he ido sintiendo cada vez más implicado, activa e intelectualmente, en la necesidad de hacer propaganda en favor del socialismo y el cosmopolitismo entre amplios círculos de ingenieros, pilotos, técnicos militares, etcétera. Incluso he pensado en la necesidad de orquestarla. Es inútil intentar aproximarse a estos círculos empleando la típica propaganda maniquea sobre la lucha de clases. Hablamos de gente que está al corriente de cómo está el mundo, que sabe que vivimos en medio de un embrollo chapucero, pero que considera un disparate el antagonismo simplista de la lucha de clases con el que se mueven ustedes. —Veamos, rechaza usted como simplista la división de la humanidad en pobres y ricos. Por supuesto, existe un estrato intermedio; está esa intelligentsia que mencionaba usted, y en su seno hay gente buena y honrada. Pero también hay personas malvadas y deshonestas. Hay gente de todas clases. Ante todo, los hombres se dividen en ricos y pobres, en propietarios y explotados. Ignorar esta división fundamental y el antagonismo existente entre ricos y pobres es pasar por alto el hecho determinante. No niego la existencia de capas intermedias, que participan en el conflicto de clases tomando partido por uno u otro de los contendientes, o bien mantienen una posición neutral o semi-neutral en la lucha. Pero, repito, pasar por alto esta división fundamental en la sociedad y la lucha entre las dos clases principales significa negar lo evidente. La batalla ha comenzado y seguirá adelante. Su resultado vendrá determinado por la clase trabajadora, por el proletariado. —¿Y no existe mucha gente que, sin ser pobre, trabaja y lo hace productivamente? —Por supuesto, hay pequeños propietarios rurales, artesanos, pequeños comerciantes. Pero no

son ésas las personas que deciden el destino de un país, sino las masas trabajadoras, que se afanan por producir todo aquello que la sociedad requiere. —Existen tipos muy diferentes de capitalistas. Los hay que sólo piensan en enriquecerse, pero también los hay dispuestos a hacer sacrificios. El viejo Morgan ilustra bien el primer caso. Únicamente pensaba en obtener beneficios. No era más que un parásito social, simple y llanamente. No hacía otra cosa que acumular riqueza. Por el contrario, tomemos el caso de Rockefeller, un organizador brillante. Es todo un ejemplo a imitar de cómo debe organizarse el negocio del transporte de petróleo. O pensemos en Ford. Es bien cierto que es un hombre egoísta pero, ¿acaso no es también un apasionado defensor de la producción racionalizada, de quien usted mismo toma lecciones? Me gustaría destacar que en los países de habla inglesa se ha producido recientemente un importante cambio de actitud respecto a la URSS. La razón del mismo radica, ante todo, en la posición de Japón y los acontecimientos en Alemania. Pero hay otros motivos, además de los pertenecientes a la esfera de la política internacional. Existe una razón más profunda, a saber, el reconocimiento, cada vez más generalizado, de que el sistema basado en los beneficios individuales se está viniendo abajo. En tales circunstancias, es mi opinión que no debemos poner en primer plano el enfrentamiento entre dos mundos, sino esforzarnos, en la medida de lo posible, por encauzar en una misma dirección todos los movimientos y fuerzas constructivos. Tengo la impresión de estar más a la izquierda que usted, señor Stalin. Estoy más convencido que usted de que el viejo sistema toca a su fin. —Cuando digo que los capitalistas persiguen exclusivamente su provecho, que aspiran sólo a hacerse ricos, no quiero decir con ello que se trate de gente sin valor alguno, despreciable e incapaz de nada más. Indudablemente, algunos poseen un gran talento como organizadores que no les niego ni por un momento. Los ciudadanos soviéticos hemos aprendido mucho de los capitalistas. Morgan, al que tan desfavorablemente ha retratado usted, fue sin duda un organizador magnífico, muy competente. Pero si de lo que estamos hablando es de gente dispuesta a reconstruir el mundo, por supuesto no podrá encontrarla usted entre las filas de quienes sirven fielmente a la causa del propio enriquecimiento. Nosotros y ellos constituimos polos opuestos. Ha mencionado usted a Ford. Es, claro está, un competente organizador de la producción, pero ¿está usted informado de cuál es su actitud hacia los trabajadores? ¿Sabe a cuántos obreros ha echado a la calle? El capitalista está indisolublemente unido a sus beneficios, y no hay poder en la tierra capaz de arrancárselos. El capitalismo no será abolido por los 'organizadores de la producción' ni por

los técnicos e intelectuales, sino por la clase obrera, porque los mencionados estratos no juegan un papel independiente. Los ingenieros, o los responsables de la organización productiva, trabajan, no como les gustaría hacerlo, sino con arreglo a las órdenes que reciben que, a su vez, están al servicio de los intereses de sus empleadores. Por supuesto, existen excepciones. Hay gente que ha reaccionado ante la intoxicación capitalista. La intelligentsia puede, bajo determinadas condiciones, conseguir milagros y beneficiar enormemente a la humanidad, pero también puede ocasionar grandes daños. Nosotros, los soviéticos, tenemos una experiencia nada despreciable en ese terreno. Tras la Revolución de Octubre, un determinado sector de la intelligentsia técnica se negó a participar en la tarea de construcción de la nueva sociedad. Y no sólo se opusieron, también sabotearon el trabajo de los demás. Hicimos todo lo posible para atraerles hacia la gran tarea común. Lo intentamos de todas las maneras posibles. Hubo que esperar bastante tiempo para que la intelligentsia aceptara trabajar activamente en favor del nuevo sistema. Hoy en día los mejores intelectuales y técnicos están en las primeras filas de los constructores del socialismo. Después de la experiencia vivida, no somos propensos a subestimar las ventajas e inconvenientes de la intelligentsia. Por un lado, sabemos que puede hacer mucho daño y, por otro, es capaz de realizar 'milagros'. Por supuesto las cosas serían distintas si, de golpe, fuese posible separar espiritualmente del mundo capitalista al conjunto de sus intelectuales y técnicos. Pero eso no es más que una utopía. ¿Existen muchos miembros de ese grupo que sean capaces de romper con el mundo burgués para ponerse a trabajar en la reconstrucción de la sociedad? ¿Cree usted que hay mucha gente así en, digamos, Inglaterra o Francia? No, muy pocos estarían dispuestos a librarse de sus patrones para comenzar la reconstrucción del mundo. "¿Podemos, además, perder de vista el hecho de que para transformar el mundo es necesario disponer de poder político? Me parece, señor Wells, que subestima gravemente la cuestión del poder político, que ni siquiera la tiene en cuenta. ¿Qué pueden hacer, incluso con las mejores intenciones del mundo, quienes ni pueden plantearse la toma del poder ni disponen de él? Como mucho, ayudar a la clase que toma el poder, pero no cambiar el mundo por ellos mismos. Esto sólo puede hacerlo una gran clase que ocupe el lugar de la clase capitalista y se convierta en dueña y soberana, como lo fue aquélla. Esa clase es la clase trabajadora. La colaboración de la intelligentsia debe ser aceptada, por supuesto; y ésta, a su vez, ha de ser respaldada. Pero no debemos dar pábulo a la impresión de que los intelectuales y técnicos puedan desempeñar un papel histórico independiente. La transformación del

mundo es un proceso enorme, complicado y doloroso. Para tan gran tarea se precisa una gran clase. Sólo los grandes barcos realizan los largos viajes. —Sí, pero para un largo viaje se requieren un capitán y un navegante. — Muy cierto, pero ante todo hay que disponer de un gran barco. ¿Qué es un navegante sin un barco? Un hombre inútil. —El barco es la humanidad, no una clase. —Evidentemente, señor Wells, usted parte del supuesto de que todos los hombres son buenos. Yo, por el contrario, no olvido que existen muchos hombres malvados. No creo en la bondad de la burguesía. —Recuerdo la situación de la intelligentsia hace varias décadas. Por aquel entonces era numéricamente poco importante, pero había mucho que hacer y cada ingeniero, técnico e intelectual disfrutó de su oportunidad. Por ese motivo, como grupo, fue la clase menos revolucionaria. Actualmente, sin embargo, existe sobreabundancia de intelectuales, y su mentalidad ha cambiado radicalmente. Los hombres mejor preparados, que antes no prestaban la menor atención al lenguaje revolucionario, están ahora muy interesados en su contenido. Recientemente asistí a una cena en la Royal Society, nuestra gran institución científica. En su discurso, el presidente se mostró favorable a la planificación social y el control científico. El hombre que está hoy al frente de la Royal Society defiende puntos de vista revolucionarios e insiste en la necesidad de reorganizar científicamente la sociedad. La propaganda de la lucha de clases que ustedes esgrimen no está a la altura de la realidad. Las mentalidades cambian. —Así es, soy consciente de ello, y la explicación radica en el hecho de que la sociedad capitalista se encuentra ahora en un cul de sac. Los capitalistas buscan afanosamente, aunque sin fortuna, un modo de escapar de ese callejón sin salida que sea compatible con la dignidad, con los intereses de su clase. Hasta cierto punto, podrían salir de la crisis gateando a cuatro patas, pero no dan con una salida que les permita mantener la cabeza bien alta, una solución que no altere en lo fundamental los intereses del capitalismo. Amplios círculos de la intelligentsia son, por supuesto, conscientes de la situación. Un amplio sector de la misma empieza a darse cuenta de que sus intereses coinciden con los de la única clase capaz de indicar el camino de salida de ese cul de sac. —Si hay alguien que sepa algo sobre revoluciones desde el punto de vista práctico, ése es usted, señor Stalin. ¿Se alzan realmente las masas? ¿No es una verdad universalmente aceptada que todas las revoluciones son obra de una minoría? —Para llevar adelante una revolución se requiere una minoría revolucionaria que la lidere, pero incluso la minoría más entregada, enérgica y capaz no conseguiría nada sin contar con el apoyo, al menos pasivo, de millones de personas. —¿Al menos pasivo? ¿Subconsciente, quizá? —En parte también semiinstintivo y

semiinconsciente, pero sin el apoyo de millones, incluso la mejor minoría se vería impotente. —Cuando veo la propaganda comunista en Occidente me da la impresión de que, en las presentes circunstancias, resulta muy anticuada, al tratarse de propaganda en favor de la insurrección. Derribar por la violencia el sistema social estaba muy bien cuando éste se trataba de una tiranía, pero en las actuales circunstancias, ahora que el sistema se hunde de todos modos, deberíamos poner el énfasis en la eficacia, en la competencia, en la productividad, y no en la insurrección. Es un concepto que me resulta obsoleto. En Occidente, las personas de mentalidad constructiva consideran perjudicial ese tipo de propaganda comunista. — Desde luego, el viejo sistema está desmoronándose, descomponiéndose. Eso es cierto, pero también lo es que se han emprendido nuevos esfuerzos, con otros métodos, para proteger, a pata salvar al precio que sea, a ese sistema moribundo. Usted extrae una conclusión errónea de un postulado correcto. Afirma, acertadamente, que el viejo mundo se viene abajo, pero se equivoca al pensar que lo hace espontáneamente. No, la sustitución de un sistema social por otro es un proceso revolucionario complicado y largo. No es un simple proceso espontáneo, sino una lucha; un proceso vinculado al choque entre las clases. El capitalismo degenera, pero no puede compararse con un árbol podrido que cae al suelo por sí mismo. No, la revolución, la sustitución de un sistema por otro, siempre ha sido una pugna, una cruel y dolorosa batalla, una lucha a vida o muerte. Y cada vez que los integrantes del nuevo mundo alcanzaban el poder habían de defenderse de los intentos del viejo mundo de restaurar el antiguo orden por la fuerza. El pueblo del mundo nuevo tenía que estar siempre alerta, siempre preparado para repeler los ataques del viejo mundo contra el nuevo sistema. "Efectivamente, tiene usted razón cuando dice que el viejo sistema se desmorona, pero eso no es algo que ocurra de manera espontánea. Tomemos como ejemplo el fascismo. El fascismo es una fuerza reaccionaria que intenta preservar el viejo mundo mediante la violencia. ¿Qué haría usted con los fascistas? ¿Discutir con ellos? ¿Intentar convencerles? Tales iniciativas no tendrían el menor efecto. El comunismo no idealiza en absoluto la violencia, pero tampoco quiere que le cojan por sorpresa, no puede contar con que el viejo mundo renuncie y abandone voluntariamente la escena. Por el contrario, ve cómo se defiende con uñas y dientes, y por ese motivo le dice a la clase trabajadora que responda a la violencia con violencia, que haga todo lo que esté en su mano para impedir que el viejo orden agonizante la aplaste, que no permita que le esposen las manos con las que ha de derribar ese sistema. Como ve, los comunistas no creemos que la sustitución de un sistema social por otro sea un proceso sencillo,

espontáneo y pacífico, sino más bien un proceso complejo, largo y violento. Los comunistas no pueden ignorar los hechos. —Pero mire lo que está ocurriendo ahora mismo en el mundo capitalista. No se trata de una simple desintegración, sino de un estallido de violencia reaccionaria que está degenerando en gangsterismo. En mi opinión, cuando entra en escena una violencia reaccionaria e irracional, los socialistas deben apelar a la ley y, en lugar de considerar enemigos a los policías, apoyarles en la lucha contra los reaccionarios. Creo que es inútil recurrir a los métodos del viejo y rígido socialismo insurreccional. —Los comunistas se basan en una rica experiencia histórica, que nos enseña que las clases obsoletas no abandonan de buen grado el escenario de la historia. Recuerde la Inglaterra del siglo xvii. ¿No fueron muchos los que proclamaron que el viejo sistema había muerto? ¿No fue necesario, aun así, un Cromwell para aplastarlo por la fuerza? —Cromwell se basaba en la Constitución y actuaba en nombre del orden constitucional. —¿En nombre de la Constitución recurrió a la violencia, decapitó al rey, disolvió el Parlamento, arrestó a unos y ejecutó a otros! "Considere otro ejemplo de nuestra historia. ¿No resultaba ya evidente desde hacía tiempo que el zarismo se estaba viniendo abajo? ¿Y cuánta sangre no hubo que verter para derribarlo? "¿Y la Revolución de Octubre? ¿Acaso no eran muchos los que creían que sólo nosotros, los bolcheviques, mostrábamos el camino correcto? ¿No estaba claro que el capitalismo ruso se había descompuesto? A pesar de todo, usted sabe perfectamente lo enconada que fue la resistencia, cuánta sangre costó defender la Revolución de Octubre de todos sus enemigos, tanto de dentro como de fuera del país. "O piense en la Francia de finales del xviii. Ya antes de 1789 mucha gente era consciente de que el poder de la realeza, el sistema feudal, estaba corrompido. Aun así no pudo evitarse, no había modo de hacerlo, una insurrección popular, un enfrentamiento entre las clases. ¿Por qué? Porque las clases a las que les toca retirarse de la escena histórica son las últimas en convencerse de que su intervención ha terminado. Piensan que es posible reparar las grietas, que aún se puede salvar el tambaleante edificio del viejo orden. Por eso, las clases que se extinguen toman las armas y recurren a cualquier medio con tal de conservar su posición como clase dirigente. —¿No hubo unos cuantos hombres de leyes al frente de la Revolución Francesa? —No pretendo negar el papel de los intelectuales en los movimientos revolucionarios. ¿Fue la Revolución Francesa una revolución de abogados o una revolución popular? ¿No se alcanzó la victoria movilizando grandes masas contra el feudalismo y a favor de los intereses del Tercer Estado? ¿Actuaron de acuerdo con las leyes del viejo orden esos abogados que se

encontraban entre los líderes de la gran Revolución Francesa? ¿Acaso no introdujeron otras nuevas de signo revolucionario-burgués? "La experiencia histórica nos enseña que hasta nuestros días, ni una sola clase ha cedido voluntariamente su sitio a otra. No hay precedente alguno de tal fenómeno. Los comunistas han aprendido esa lección de historia. Por supuesto, les encantaría que la burguesía se marchara por su propia voluntad, pero la experiencia enseña que es improbable un giro semejante en los acontecimientos. Por eso los comunistas tienen que estar preparados para lo peor y piden a la clase trabajadora que se mantenga vigilante y lista para la batalla. ¿A quién le interesa un capitán que no mantiene alerta a su ejército, que no comprende que el enemigo no cejará, que será necesario aplastarlo? Un capitán semejante decepcionaría y traicionaría a la clase trabajadora. Por ese motivo opino que lo que a usted le resulta anticuado es, de hecho, una medida de importancia revolucionaria para la clase trabajadora. —No niego la necesidad de utilizar la fuerza, pero creo que las formas de lucha deben ajustarse tanto como sea posible a las oportunidades que ofrecen las leyes en vigor, que han de ser defendidas frente a los ataques reaccionarios. No veo necesidad de desestabilizar el viejo sistema; ya se ocupa él mismo de esa tarea. Ésa es la razón por la que el recurso a la insurrección frente al viejo orden, frente a la ley, me parece anticuado. Por cierto, he exagerado a propio intento con el fin de poner más claramente de relieve la verdad. Podría formular mi punto de vista de la siguiente manera: en primer lugar, estoy a favor del orden; en segundo lugar, ataco el actual sistema en la medida en que no puede asegurar el orden; por último, opino que la propaganda de la lucha de clases puede alejar del socialismo precisamente a esa gente más preparada que el socialismo necesita. —Para alcanzar un gran objetivo, un objetivo social importante, tiene que existir una fuerza principal, un baluarte, una clase revolucionaria. A continuación es necesario organizar el apoyo de una fuerza auxiliar, en este caso el partido, al que pertenece lo más destacado de la intelligentsia. Acaba de hablar de las personas más preparadas. ¿Qué clase de gente cultivada tiene usted en mente? ¿No hubo muchas personas educadas en el bando del viejo orden en el siglo xvii en Inglaterra, en Francia a finales del siglo XVIII y en Rusia en tiempos de la Revolución de Octubre? El viejo orden tenía a su servicio a muchas personas altamente capacitadas que lo defendían, que se oponían al nuevo. La educación es un arma cuyo efecto viene determinado por las manos que la esgrimen; por quien ha de ser abatido. Por supuesto el proletariado y el socialismo precisan gente bien formada. Es evidente que un ignorante no puede ayudar al proletariado a luchar por el socialismo, a construir una nueva

sociedad. No subestimo el papel de la intelligentsia; por el contrario, hago hincapié en él. Sin embargo, la pregunta es: ¿de qué intelligentsia estamos hablando? Porque la hay de diferentes tipos. —No puede haber una revolución sin un cambio radical en el sistema educativo. Basta con señalar dos ejemplos: el de la República Alemana, que mantuvo intacto el viejo sistema educativo y, por consiguiente, nunca llegó a convertirse en una república; y el del Partido Laborista británico, que carece de la decisión necesaria para insistir en un cambio radical de ese sistema. —Me parece una observación correcta. Permítame ahora que responda a sus tres puntos. En primer lugar, lo fundamental para una revolución es la existencia de un bastión social. En este caso, se trata de la clase trabajadora. "El segundo punto es la necesidad de una fuerza de apoyo, lo que los comunistas llaman un partido. Al partido pertenecen los trabajadores más inteligentes y un grupo de intelectuales y técnicos que se sienten estrechamente vinculados con la clase trabajadora. Este grupo sólo puede ser fuerte si une su suerte a la de la clase trabajadora; si se opone a ella, se convierte en un cero a la izquierda. "En tercer lugar, es necesario poder político como motor del cambio. El nuevo poder político crea las nuevas leyes, el nuevo orden, que es un orden revolucionario. "Yo no represento ningún tipo de orden en concreto. Abogo por todo aquello que vaya en favor de los intereses de la clase trabajadora. No obstante, si alguna de las viejas leyes puede utilizarse en favor de la lucha por un nuevo orden, debe ser utilizada. No tengo nada que objetar a su postulado de que el actual sistema debe ser atacado en la medida en que no asegura al pueblo el orden necesario. "Por último, está en un error si cree que los comunistas adoran la violencia. Estarían encantados de olvidar tales métodos si la clase dirigente accediese a ceder su puesto a la clase trabajadora. Pero la experiencia histórica presta poca verosimilitud a semejante supuesto. —Sin embargo, en la historia de Inglaterra existe un caso en el que una clase entregó voluntariamente el poder a otra. Entre 1830 y 1870, la aristocracia, cuya influencia era todavía más que considerable a finales del siglo xviii, cedió el poder de modo voluntario, sin graves enfrentamientos, a la burguesía, que pasó a servir de apoyo sentimental a la monarquía. Subsiguientemente, esa transferencia de poder llevó al establecimiento del imperio de la oligarquía financiera. —Ha pasado usted imperceptiblemente de la revolución a la reforma. No son la misma cosa. ¿Opina usted que el movimiento chartista desempeñó un papel importante en las reformas introducidas en Inglaterra a lo largo del siglo XIX? —El chartismo hizo poca cosa y desapareció sin dejar rastro. —No estoy de acuerdo con usted. Tanto ellos como el movimiento huelguista que organizaron desempeñaron

un papel relevante. Obligaron a las clases dirigentes a hacer una serie de concesiones en cuanto al sufragio, a la abolición de las llamadas "circunscripciones corruptas" y en lo tocante a algunos puntos de la "Carta Constitucional". A nivel histórico, desempeñaron un papel nada despreciable, y forzaron a un sector de la clase dirigente a efectuar ciertas concesiones y reformas para prevenir graves conmociones. Generalizando, puede decirse que de entre todas las clases dirigentes, las inglesas, tanto la aristocracia como la burguesía han demostrado ser las más inteligentes, las más flexibles, desde el punto de vista de sus intereses de clase, a la hora de mantenerse en el poder. Tomemos un ejemplo de la historia moderna: la huelga general de 1926 en Inglaterra. Lo primero que hubiera hecho cualquier otra burguesía frente a un acontecimiento así, un llamamiento a la huelga por parte del consejo general de las Trade Unions, habría sido detener a los líderes sindicales. La burguesía inglesa no hizo tal cosa, y actuó inteligentemente desde el punto de vista de sus intereses. Me resulta casi inconcebible que las burguesías de Estados Unidos, Alemania o Francia pudieran llegar a emplear una estrategia tan flexible. Con tal de mantenerse en el poder, las clases gobernantes de Gran Bretaña no han rehusado jamás hacer pequeñas concesiones o realizar reformas. Pero sería un error creer que tales reformas fueron revolucionarias. —Tiene usted mejor opinión de las clases dirigentes de mi país que yo mismo. Pero, ¿existe una gran diferencia entre una pequeña revolución y una gran reforma? ¿No es una reforma una pequeña revolución? —Debido a la presión ejercida desde abajo, a la presión de las masas, la burguesía puede en ocasiones conceder reformas parciales siempre y cuando no rebasen los límites del sistema socioeconómico en vigor. Al proceder de ese modo, lo hace porque estima que dichas concesiones son necesarias para preservar el predominio de su clase. Ésa es la esencia de la reforma. Sin embargo, la revolución implica la transferencia del poder de una clase a otra. Por eso es imposible considerar revolucionaria ninguna reforma. Por eso no podemos contar con que el cambio de sistema social adopte la forma de una transición imperceptible de un sistema a otro mediante reformas y concesiones otorgadas por la clase dirigente. —Le estoy muy agradecido por esta conversación, que ha significado mucho para mí. A usted probablemente le haya traído a la memoria aquellos tiempos en los que explicaba usted los principios del socialismo en círculos clandestinos, antes de la revolución. En el momento actual sólo hay dos hombres en el mundo cuyas opiniones, cuyas palabras, merezcan la atención de millones de personas: usted y Roosevelt. Otros pueden hablar cuanto quieran, pero lo que digan jamás será publicado o escuchado. Aún no he podido apreciar lo

que han hecho en su país porque acabo de llegar ayer. Pero ya he tenido ocasión de ver rostros felices de hombres y mujeres saludables y estoy convencido de que aquí está ocurriendo algo de proporciones muy considerables. El contraste con 1920 es sorprendente. —Se podría haber hecho mucho más si los bolcheviques hubiésemos sido más inteligentes. — No, si los seres humanos fuesen más inteligentes. Sería buena cosa inventar un Plan Quinquenal para la reconstrucción del cerebro humano, que obviamente carece de muchas de las cosas necesarias para alcanzar un orden social perfecto. (Risas). —¿No piensa quedarse para el Congreso del Sindicato Soviético de Escritores? —Desgraciadamente, tengo varios compromisos que atender y únicamente podré permanecer una semana en la URSS. He venido especialmente para verle a usted y he quedado muy satisfecho con nuestra conversación. Pero también pretendo discutir con tantos escritores soviéticos como pueda la posibilidad de que se afilien al PEN Club. Se trata de una organización internacional de escritores fundada por Galsworthy. Tras su muerte me he convertido en el presidente. La organización es aún débil, pero cuenta con filiales en muchos países y, lo que es más importante, las opiniones de sus miembros tienen amplia acogida en la prensa. La organización insiste particularmente en este punto, el de la libre expresión de las opiniones, incluso de las que conforman la oposición. Espero tener ocasión de comentar esto con Gorki. No sé si están ustedes preparados aún para tanta libertad... —Los bolcheviques lo llamamos "autocrítica". Es algo ampliamente difundido en la URSS.

GERTRUDE STEIN

Entrevistada por John Hyde Preston (The Atlantic Monthly, agosto de 1935)

La escritora estadounidense Gertrude Stein (1874-1946) nació en Pensilvania. Se educó en Viena, París y San Francisco. Estudió psicología y medicina en universidades americanas, pero terminó por instalarse en París, donde se relacionó con escritores y artistas y desarrolló sus propias ideas modernistas acerca de la forma en la literatura. Vivió con su amiga y compañera de San Francisco, Alice B. Toklas, que se convirtió en la protagonista del libro de Stein Autobiografía de Alice B. Toklas (1933). Entre sus obras de ficción se cuentan Tres vidas (1909), Ser norteamericanos (1925) y Brewsley Willie (1946), en la que habla de la liberación de Alemania por los americanos, de la que fue testigo, ya que vivió en un pueblo alemán durante la II Guerra Mundial. Su intento de aplicar las técnicas de la pintura abstracta a la composición literaria no tuvo éxito; y escribió de un modo más comprensible que lo que sugiere la imaginación popular. John Hyde Preston nació en 1906. Publicó la biografía de un soldado de la revolución americana, A Gentleman Rebel: The Exploits of Anthony Wayne (1928); una historia divulgativa y popular sobre dicha revolución, Revolution 1776 (1933); y un par de novelas durante la década de 1930. Aquella mañana acudí a verla a su hotel. Todo había sido dispuesto por su amiga y secretaria, que me esperaba en la puerta. Se mostró azorada cuando le estreché primero la mano a ella, como si la hubiese confundido con la mujer que en realidad venía a ver. Esa otra mujer permanecía de pie en medio del pequeño salón. Pude distinguirla a través de la puerta, alerta y lista para sonreír sin hacerlo.

Físicamente, es una persona de baja estatura, fuerte y rotunda, pegada a la tierra, con un rostro corriente y ojos maravillosos. Cuando te observan lo hacen directamente, pero cuando ella dirige la mirada a un lado, el ojo derecho queda un poco desenfocado, como si se alejase un poco más de ti que el otro. Sus cabellos, cortos y de color gris, o bien están cepillados hacia delante o no lo están en absoluto, pero avanzan formando ondas, como el peinado de los emperadores romanos. Parece curtida por el sol, pero no india como su secretaria, ya que las arrugas que rodean sus ojos son angostas y profundas, no anchas como las de los indios.

Nunca cierra del todo los ojos, de un intenso color castaño, sino que mantiene entrecerrados los párpados. Si la entrevista hubiese tenido lugar hace un año, habría esperado conocer a una leyenda, pero había tenido ocasión de averiguar que iba a encontrarme con una mujer y acudí a la cita con la intención de descubrir algo más. Quiero decir, nada menos que algo más que una mujer que ha sido fuente de inspiración, no sólo para sí misma sino también para otros y, sin el menor género de duda, para todos los jóvenes escritores americanos que vivieron en París tras la guerra. Ella es más que eso porque ha ido aún más allá, mientras que muchos de los otros sólo llegaron hasta donde ella les llevó; la repudiaron creyendo que se habían convertido en adultos, asumieron un papel y jamás se ha vuelto saber de ellos. Es algo terrible que les sucede a muchos americanos. Sienten que tienen una nueva literatura por crear, algo así como una especie de obligación. Adoptan un estilo y cuando consiguen crear su nueva

literatura, en el supuesto de que lo hagan, no saben que lo han hecho o cuándo detenerse. Así que siguen dando a luz todos los días a una literatura que ha nacido ya de ellos y tiene vida propia; siguen alumbrando cada día algo que ya vive y se sostiene sobre sus dos piernas, y todo porque se han disfrazado y el disfraz les ha suplantado. Por lo que yo sé, puede que ella esté también disfrazada, pero no mental ni personalmente. Su modo de expresarse es libre y voluble, y en ocasiones confuso, como si hubiese algo de lo que estuviese muy segura aunque todavía no pudiese palparlo. Tiene el aire de haber vislumbrado a ráfagas algo cuya forma no conoce, pero de lo que puede hablar, si bien no tanto de esas imágenes que percibe como de los momentos de oscuridad y espera que hay entre ellas. No quiero decir que en su conversación haya el menor rastro de esa curiosa oscuridad que empaña gran parte de su prosa, al menos en mi opinión. Fui sincero (sin pretenderlo) al decirle que a veces sólo me quedaba el recurso de tratar de adivinar lo que significaban las palabras escritas. Parece pacíficamente resignada a los ataques que ha sufrido durante toda su vida y transmite la impresión, muy poco frecuente entre los escritores, de que vive al margen tanto de la fama como de la crítica. Hablamos muy libremente desde el principio. Todo se desarrolló con gran naturalidad y no tuve la menor sensación de que hubiese necesidad de explicarle el motivo de mi visita. Parecía conocerlo mejor que yo. Empezó comentando el problema de los escritores jóvenes en Estados Unidos, y lo expresó con mayor claridad que ninguna otra persona con la que yo haya hablado del tema. No lo reduce a sus componentes elementales, limitándose después a explayarse en el que mejor conoce y entiende; y tampoco produce esa impresión que los escritores transmiten a otros escritores ("Sí, yo también he pasado por eso, así que te diré cómo va la cosa y qué fue lo que yo hice..."), sino la sensación auténtica de ver cómo alguien se sitúa en una circunstancia, en tu circunstancia, sin necesidad de explicarle nada, y te traslada una cierta percepción del mundo, no como individuo, sino apropiándose de un mundo y un espíritu creativo tan intensa y gozosamente que caes en la cuenta de pronto de que has sido arrastrado a él, que formas parte de él, no por transición sino por reconocimiento. Pienso que algunas de sus obras en prosa también ofrecen esta experiencia: no es necesario entenderlo todo; de repente sabes. (Claro está que uno continúa leyendo, pero no es ése el motivo por el que llega a entender). Hacía tanto tiempo que me sentía desgraciado, desesperado, asaltado por las dudas sobre mi trabajo, que conseguí describirle el panorama con nitidez. Y ella lo captó aún más claramente de lo que yo se lo había pintado. Sus párpados parecieron enmarcar los ojos, que se entrecerraron sin contraerse en un guiño, con firmeza, con suavidad, tranquilamente.

—Conseguirá escribir —me dijo— si lo hace sin pensar en el resultado en términos de resultado, sino pensando en la escritura en términos de descubrimiento, que es lo mismo que decir que la creación debe producirse entre el lápiz y el papel, no antes, en el pensamiento, o después, al darle nueva forma. Sí, es cierto que primero es un pensamiento, pero no debe ser una idea elaborada. Si está ahí, y si lo deja usted salir, saldrá, y lo hará en forma de una experiencia creativa repentina. No sabrá cómo ocurrió, ni siquiera de qué se trata, pero será una creación si surge de usted y del lápiz, y no de un trazado arquitectónico previo de lo que quiera hacer. La técnica

no es tanto cuestión de forma o estilo como del modo en que surgen ambos, y de cómo lograr que lo hagan de nuevo. Si uno permite que la fuente se hiele, siempre quedará el agua helada, saltando hacia el cielo y cayendo hacia el suelo, su movimiento congelado. Estará allí para verla, pero ya no manará. Sé lo importante que es experimentar ese reconocimiento creativo. No es posible introducirse en el útero para dar forma al niño: está allí dentro, se hace a sí mismo y surge completo. Existe y uno lo ha hecho y lo ha sentido, pero ha venido por sí mismo. Eso es el reconocimiento creativo. Por supuesto uno tiene más control sobre lo que escribe. Hay que saber lo que se desea obtener, pero una vez descubierto, hay que dejarse llevar, y si parece alejarnos del camino, nada de echarse atrás, porque quizá sea ahí donde instintivamente queremos estar. Quien se vuelve atrás e intenta permanecer para siempre donde siempre ha estado hasta entonces, se seca. "Usted piensa, Preston, que ha agotado ya el aire que había donde está ahora. Dice que allá donde vive ya no queda aire, pero no es cierto, ya que si fuese así significaría que ha abandonado toda esperanza de cambio. Creo que los escritores deben cambiar de decorado. El hecho de que usted no sepa dónde iría si pudiera hacerlo significa que en realidad no podría llevarse consigo nada al lugar donde fuese y, consiguientemente, que no habría nada allí hasta que usted lo encontrase y que, una vez lo hiciese, resultaría ser algo que usted mismo había llevado y creía haber dejado atrás. Eso sería también un acto de reconocimiento creativo, porque tendría todo que ver con usted y nada con el lugar. Quise saber qué pasaba cuando se intentaba escribir y nos sentíamos impedidos, asfixiados, sin palabras o cuando, caso de llegar, éstas sonaban acorchadas y carentes de sentido. ¿Qué pasaba cuando uno sentía que jamás podría escribir ni una palabra más? —Preston, la forma de volver a empezar algo es volver a empezarlo — me respondió riendo—. No hay otro camino. Empezar de nuevo. Si siente profundamente, el libro emergerá de usted con tanta intensidad como la que tenga su sentimiento en su momento más elevado, y nunca será más profundo ni más auténtico que ese sentimiento. Pero usted no sabe aún nada acerca de su sentimiento, porque aunque pueda creer que todo está ahí dentro, cristalizado, no lo ha dejado manar. ¿Cómo saber, pues, lo que lleva dentro? Sin duda, lo mejor de todo será algo que en realidad usted no conoce aún. Si lo conociese todo ya, no se trataría de un acto de creación, sino de un dictado. Un libro no es un libro hasta que está escrito, y uno no puede decir que está escribiendo un libro cuando todo lo que hace es escribir sobre hojas de papel y sigue aún sin aflorar todo lo que se lleva dentro. Hay que dejarlo fluir interminablemente. Además, un libro no es el hombre completo. No existen autores de un solo libro. Recuerdo a un joven

que conocí en París justo después de la guerra. Usted no habrá oído hablar de él. A todos nos gustó mucho su primer libro y él también estaba satisfecho. Un día me dijo que su libro haría historia dentro de la literatura y yo le respondí: "Quizá llegue a ser parte de la historia de la literatura, pero sólo si construyes una parte nueva cada día y creces con la historia que estás creando hasta llegar a convertirte en parte de ella". Pero aquel joven jamás escribió ningún otro libro. Ahora vaga por París melancólicamente buscando su nombre en los índices literarios. Su secretaria entraba y salía de la habitación, guardando cosas en un baúl que permanecía abierto en el extremo del sofá (ambas se hacían a la mar al día siguiente) e intercambiando unas cuantas palabras con un tono de voz que me resultó novedoso por su suavidad. De repente, en relación con algo que estábamos comentando sobre América, salió a la luz que tanto ella como yo eramos de Seattle, y que había conocido a mi padre cuando era un hombre joven, antes de que se marchara a Klondike. En ese momento, mientras hablaba su secretaria, pareció apoderarse de la otra mujer una extraña y profunda vinculación con su tierra (había nacido en Pensilvania, se había criado en Oakland, California, y después había vivido en París durante treinta años sin volver a ver su lugar de origen), ya que empezó a hablar con intenso y sentido fervor de su experiencia americana durante los últimos seis meses. —Acaba de decir, Preston, que hace diez años arrancó sus raíces e intentó plantarlas otra vez en Nueva Inglaterra, donde no había nadie que llevase su sangre, y que ahora tiene la sensación de carecer de ellas. Algo parecido a eso me ocurrió a mí también. Supongo que he debido de sentir que había pasado algo así, porque si no, no habría vuelto. He visitado California. La he visto y la he sentido y he experimentado ternura y también horror. Las raíces parecen pequeñas y secas cuando quedan expuestas a la vista. En ocasiones, parecen contradecir la fuerza de unas plantas claramente vigorosas. Se interrumpió cuando encendí un cigarrillo. No supe descifrar si le alarmaba verme fumar tanto o si enmudecía instintivamente ante cualquier actividad física por parte de su oyente. — Bueno —continuó—, no somos exactamente así. Nuestras raíces pueden estar en cualquier sitio y, no obstante, podemos sobrevivir, porque, a poco que lo piense, llevamos nuestras raíces con nosotros. Siempre he sido vagamente consciente de ello, y ahora estoy convencida a pies juntillas. Lo sé porque uno puede volver a donde estaban sus raíces y pueden parecerle menos reales de lo que lo eran a cinco mil, diez mil kilómetros de distancia. No se preocupe por sus raíces siempre y cuando se preocupe por ellas. Lo esencial es sentir que existen, que están en alguna parte. Ya se cuidarán ellas mismas, y también cuidarán de nosotros, aunque quizá nunca

sepamos cómo. Pensar obsesivamente en volver a ellas es confesar que la planta se está muriendo. —Sí —le contesté—, pero hay algo más. Está esa ansia por la tierra, por el idioma. —Lo sé —respondió casi con tristeza—. ¡Estados Unidos es un país maravilloso! —Y sin previo aviso declaró—: Ahora siento que aquí está lo que me interesa. ¡Después de todo, Estados Unidos es asunto mío! Se echó a reír con maravillosa y encantadora espontaneidad, con auténtico placer. Cuando le pregunté si regresaría levantó furtivamente la mirada sin dejar de sonreír. Parpadeó expresando el mismo entusiasmo que un hombre que chasqueara los labios. —Bueno —le dije—, ha tenido mucho tiempo para echar un vistazo a su alrededor. ¿Qué es lo que les ocurre a los escritores americanos? —¿Qué ha notado usted? —Es obvio. Al principio, todos parecen grandiosos. Luego llegan a los treinta y cinco o los cuarenta y se secan. Pierden algo y comienzan a repetir la misma fórmula. O bien envejecen en silencio. —Se trata de un problema sencillo —respondió ella—. Se convierten en escritores. Dejan de ser hombres creativos y enseguida descubren que son novelistas, o críticos, o poetas, o biógrafos, y se les alienta a ser alguna de esas cosas sólo porque han demostrado ser buenos en una ocasión, o en dos, o en tres, pero eso es una estupidez. Cuando un hombre dice "Soy novelista" no es más que un artesano literario. Si el señor Robert Frost es un buen poeta se debe a que es un granjero. Quiero decir que, en su interior, es en realidad un granjero. Hay otro al que ustedes los jóvenes están haciendo todo lo posible, y lo imposible, por olvidar. Es el editor de un periódico de una pequeña ciudad y su nombre es Sherwood Anderson. Sherwood es auténticamente grande [fue el único al que ella llamó por su nombre y, además, con cariño], porque en realidad no le preocupa saber qué es, no se ha parado a pensar que pueda ser nada distinto de un hombre, un hombre que puede desaparecer y ser poca cosa a los ojos del mundo, aun cuando quizá sea uno de los pocos americanos que han alcanzado una perfecta frescura en la creación y la pasión, sencilla como la lluvia cayendo sobre una página, una lluvia que brotaba de él y caía ahí milagrosamente, y era toda suya. Verá, él tenía ese reconocimiento creativo, esa maravillosa capacidad de volcarlo todo en el papel antes de haberlo visto siquiera, y de sentirse fortalecido por lo que luego contemplaba, lo que le permitía zambullirse en busca de más sin saber que era eso lo que hacía. Scott Fitzgerald también poseyó ese don durante algún tiempo, pero ya no. Ahora es un Novelista Americano. —¿Y qué hay de Hemingway? —No pude resistirme a formularle esta pregunta. Su nombre y el de Ernest Hemingway son casi inseparables cuando se piensa en el París de la posguerra, en los expatriados que se reunieron en torno a ella como si fuera una sibila—.

Fue bueno hasta después de Adiós a las armas. —No —me respondió—, ya a partir de 1925 había dejado de serlo. En sus primeros relatos cortos había eso que he estado intentando describirle a usted. Después... Hemingway no perdió la facultad, la tiró por la borda. Entonces le dije: 'Tienes una pequeña renta, Hemingway. No te morirás de hambre. Puedes trabajar sin preocupaciones y mejorar, puedes conservar eso y crecerá contigo'. Pero él no deseaba madurar de esa manera; quería crecer de forma violenta. Es curioso, Preston, pero Hemingway no es un Novelista Americano. No se ha vendido ni ha adoptado ningún molde literario. Puede que se haya acomodado a su propio molde, pero no es únicamente literario. Cuando conocí a Hemingway tenía verdadera capacidad para la emoción y ése fue el sustrato de sus primeros relatos. Pero se avergonzaba de sí mismo y empezó a desarrollar, a modo de escudo, una brutalidad propia de un chicarrón de Kansas City. Era "duro" porque tenía auténtica sensibilidad, y eso le avergonzaba. Y entonces sucedió. Vi lo que estaba pasando e intenté preservar lo que había de bueno en él, pero era demasiado tarde. Empezó el camino que habían seguido, y aún siguen haciéndolo, muchos americanos antes que él. Se obsesionó con el sexo y la muerte violenta. "No me interprete mal —dijo alzando su regordete dedo índice—. El sexo y la muerte son las fuentes de las emociones humanas más válidas, pero no lo son todo, ni siquiera son todo emoción. Pero Hemingway empezó a multiplicarlo todo por, y a restarlo de, sexo y muerte. Supe desde el principio, y lo sé aún mejor ahora, que no pretendía descubrir qué eran. Fue el disfraz con el que quería ocultar lo que en él había de amable y delicado. Y finalmente, su enfermiza y dolorosa timidez encontró salida en la brutalidad. No, no, espere... No en una verdadera brutalidad, porque un hombre realmente brutal busca algo más que los toros y la pesca en alta mar, y la caza de elefantes, o lo que se lleve ahora. Si Hemingway hubiera sido auténticamente brutal, podría haber hecho buena literatura sobre esas cosas. Pero no lo es, y dudo que jamás vuelva a escribir sinceramente acerca de algo. Es competente, sí, pero sólo como escritor; la otra mitad es el hombre. —¿Cree en serio que los escritores norteamericanos están obsesionados por el sexo? Y, de ser así, ¿acaso no es legítimo? —le pregunté. —Están en su derecho, por supuesto. Una literatura creativa que no se ocupe del sexo es inconcebible. Pero no del sexo literario, porque el sexo es una parte de algo cuyas otras partes no tienen nada que ver con el sexo, no son sexo en absoluto. No, Preston, se trata de un problema de tono. Por el modo en que un hombre habla del sexo se puede decir, si es que hay que decir algo, si es o no impotente. Y si no habla de otro tema, puede estar seguro de que lo es, física y artísticamente. "He intentado

explicar a los norteamericanos —continuó— que sin pasión no puede existir una creación realmente grandiosa, pero no estoy nada segura de haberme hecho entender. Si no lo han comprendido es porque han tenido que pensar primero en el sexo. Les resulta más fácil identificar el sexo con la pasión que concebir ésta como la potencia total del hombre. Siempre intentan etiquetarla, y eso es un error. ¿Qué quiero decir con esto? Se lo explicaré. Estoy pensando en Byron. Byron poseía pasión. Ésta no tenía nada que ver con sus mujeres. Era una cualidad de la mente de Byron, y todo lo que escribía surgía de ella. Quizá sea por eso por lo que su obra es tan desigual, ya que la pasión del hombre, si es auténtica, no es uniforme; y en ocasiones, si puede plasmarla por escrito, es exclusivamente pasión y carece de significado fuera de sí misma. Swinburne dedicó toda su vida a escribir acerca de la pasión, pero puede leerle de cabo a rabo y no logrará descubrir cuáles eran sus pasiones. No estoy convencida de que sea preciso saberlo, ni de que Swinburne hubiese sido mejor de haberlo sabido. La pasión humana puede ser maravillosa cuando tiene un objeto, que puede ser una mujer o una idea, o la ira ante una injusticia, pero cuando, como normalmente sucede, desaparece o se alcanza el objeto de esa pasión, ésta no sobrevive. Únicamente lo hace si estaba ahí antes, sólo si la mujer o la idea o la cólera eran algo incidental en esa pasión, y no su causa. Y es eso lo que hace a un hombre un escritor. "A menudo, los que realmente la poseen no son capaces de reconocerla en sí mismos, porque no saben lo que es sentir de un modo diferente o no sentir en absoluto. Y ella no responde cuando se la llama. Probablemente, Goethe pensara que El joven Werther era un libro más apasionado que Wilhelm Meister, pero en Werther se limitaba a describir la pasión y en Wilhem Meister la transfería. No creo que supiese que lo había hecho. No tenía por qué. Emerson se habría sorprendido si le hubiesen dicho que era apasionado. Pero Emerson tenía auténtica pasión. Escribía con pasión, pero jamás habría podido escribir sobre la pasión, porque no sabía nada acerca de ella. Hemingway lo sabe todo sobre la pasión y en ocasiones puede escribir con seguridad acerca de la misma, pero carece de ella. Tan sólo tiene pasiones. Y Faulkner y Caldwell y todos los que he leído aquí y antes de llegar a América son buenos y honrados artesanos, pero carecen de pasión. Nunca había participado en una conversación tan fluida, natural e informal. No se percibían en ella ni el recelo ni la tensa búsqueda del término preciso que colorean el discurso de la mayoría de los intelectuales norteamericanos cuando expresan sus opiniones. Si se paran a escuchar alguna vez a unos obreros charlando cuando están concentrados en su trabajo y uno de ellos sigue hablando, aunque no siempre de modo audible, mientras sierra y

mide y pone clavos, manteniendo un ritmo fluido, y casi sin ser consciente de las palabras que expresa, se harán una idea de lo que intento decir. — Bueno, yo opino que Thomas Wolfe la posee —apunté yo. Acababa de leer Of Time and the River, que me había emocionado profundamente—. Creo que en verdad la tiene. Más que ningún otro hombre que conozca en América. —Leí su primer libro —respondió ella, equivocándose en el título—. Y lo he buscado, pero no he podido encontrarlo. Wolfe es como un diluvio y a usted le ha anegado, pero si quiere leer metódicamente, Preston, debe aprender a distinguir cómo le arrastran. En el tren leí un artículo sobre Wolfe. En él decían que es muchas cosas, entre otras las cataratas del Niágara. No es la tontería que parece. Las cataratas del Niágara son poderosas, tienen forma y belleza durante treinta segundos, pero el agua del fondo, la que ha sido la catarata durante unos instantes, no es ni mejor ni distinta de la de arriba. Le ha sucedido algo hermoso y terrible, pero se trata de la misma agua y nada le habría ocurrido de no ser por una aberración en una de las formas de la naturaleza. El río es la auténtica forma del agua, una forma que le conviene, y la catarata es un error. Los libros de Wolfe son el agua depositada en el fondo, que lanza espuma en un espectáculo magnífico porque ha seguido el camino equivocado, pero no es mejor de lo que era al emprenderlo. Las cataratas del Niágara existen porque la forma auténtica se ha agotado y el agua no encuentra otra salida. Pero el artista creativo debería ser más hábil. —Quiere decir con eso que en su opinión la forma novela ha desaparecido? —Así es, en efecto. Cuando una forma se agota ocurre siempre que todo lo que se escribe ateniéndose a sus normas carece en realidad de forma. Y sabemos que ha muerto cuando ha cristalizado y todo lo que se acoja a ella tiene que ser hecho de una determinada manera. Lo que hay de malo en Wolfe está hecho de esa forma y lo bueno de otra muy diferente. Así pues, si toma lo bueno, resulta que lo que ha escrito no es una novela en absoluto. —Sí, pero ¿qué más da? —le pregunté—. Para mí fue algo muy auténtico, y quizá no me importe si se trata o no de una novela. —Intente entenderme, Preston. Lo que me impacienta no es que no sea una novela sino que Wolfe no viese lo que podría haber sido. Y si posee realmente la pasión que usted le atribuye, lo habría visto, porque la habría sentido de verdad, ella habría adoptado su propia forma y, dada la prodigiosa energía de Wolfe, no le habría vencido. —¿Qué tiene que ver la pasión con la elección de una forma artística? —Todo. No existe ninguna otra cosa que determine la forma. Lo que Wolfe está escribiendo es su autobiografía, pero ha decidido narrarla como una historia, y una autobiografía no es nunca una historia porque la vida no se desarrolla en forma de acontecimientos. Lo que

realmente ha hecho es soltar amarras, por lo que sólo ha contado la verdad de su liberación, y no la verdad del descubrimiento. Y es por eso por lo que él significa tanto para ustedes los jóvenes, porque es también su liberación. Y tal vez por ser tan larga y poco selectiva resulte mejor así, ya que, si permanece en ustedes, le darán su propia forma y, si tienen pasión, la añadirán también; y quizá sean capaces de llegar al descubrimiento que él no alcanzó. Pero no volverá a leer ese libro porque no tendrá necesidad de hacerlo. Y cuando un libro ha sido verdaderamente importante para nosotros, siempre se lo necesita. Su secretaria entró en la habitación, miró el reloj y dijo: 'Tienes veinticinco minutos para el paseo. Has de estar de vuelta a la una menos diez'. Me levanté, súbitamente consciente de que había solicitado una entrevista de quince minutos durante su último día de permanencia en Estados Unidos y había transcurrido más de una hora. Me había olvidado por completo del tiempo. Hice gesto de marcharme. —No — exclamó ella abruptamente—. Quedan más cosas por decir. Acompáñeme, quiero contárselas. Salimos del hotel. —Póngase a mi izquierda —me explicó—, porque no oigo nada por el oído derecho. Caminaba con paso resuelto, casi apresuradamente, y elevaba la voz por encima del ruido del tráfico. —Hay dos cosas en particular que quiero decirle porque he estado pensando acerca de ellas durante mi estancia en Estados Unidos. Llevo medítándolas muchos años, pero aquí las he visto bajo una nueva luz. Han sucedido tantas cosas desde que me marché. Los americanos empiezan a utilizar de verdad la cabeza por primera vez desde la Guerra Civil. Entonces la emplearon porque no tenían otro remedio y el pensamiento flotaba en el aire, y ahora tienen que usarla so pena de ser destruidos. Cuando se escribe sobre la Guerra Civil hay que pensar en ella en términos del entonces y el ahora y no del periodo intermedio. Puede que los americanos no hayan llegado aún muy lejos, pero empiezan a pensar otra vez. Aquí hay cerebro y algo nos espera. No tiene todavía una forma definida, pero lo percibo aquí como no lo hago en el extranjero. Por eso creo que este país es otra vez asunto mío. Verá, hay algo para los escritores que no existía antes. Ustedes están demasiado próximos al problema y sólo lo perciben vagamente. Por eso permiten que les preocupen sus dificultades económicas. Si ven y sienten sabrán cuál es su tarea, y si la realizan bien el problema económico se resolverá por sí solo. No deben pensar tanto en que sus mujeres e hijos dependen de su trabajo. Intenten pensar que su trabajo depende de sus mujeres e hijos, porque será así si realmente viene de ustedes, de los que tienen mujer e hijos, y los de la Quinta avenida, y toda esa gente. De no ser así, es inútil de todos modos, porque su problema económico no tendrá nada que ver con la literatura, ya que no será un escritor en absoluto. Les

veo a ustedes, a los escritores jóvenes, muy preocupados por no perder la integridad, y está bien que así sea, pero un hombre que pierde la integridad no sabe que la ha perdido, y nadie podrá arrebatársela si realmente la tiene. Un ideal solamente es bueno si le mueve hacia adelante y le ayuda a crear, Preston, pero no sirve para nada si hace que usted prefiera no producir antes que escribir de vez en cuando a cambio de dinero, porque el ideal se destruye a sí mismo si el problema económico del que me ha estado hablando le destruye a usted. Mientras cruzábamos las calles, la multitud miraba con curiosidad hacia aquella mujer de cara morena cuya foto había aparecido con tanta frecuencia en los periódicos. Ella no prestaba atención a la gente, o eso me pareció, pero se mostraba extraordinariamente consciente del movimiento que la rodeaba, y especialmente del de los taxis. Después de todo, me dije a mí mismo, ella había vivido en París. —Lo que debe recordar todo escritor serio es que escribe seriamente y que no es un comerciante. Es una suerte para ambos que el comerciante y el escritor estén unidos en una misma persona pero, si no es ése el caso, seguro que uno de los dos terminará con el otro si se les enfrenta. Y hay algo más. Giramos en la avenida Madison y tomamos el camino de vuelta al hotel. — Es algo muy importante. Lo sé porque he visto cómo acababa con muchos escritores. Se trata de no creer que uno es una determinada cosa. Piense en su caso. Usted ha escrito primero una biografía, después una historia de la revolución americana, y en tercer lugar una novela, pero sería absurdo que se considerase un Biógrafo, un Historiador o un Novelista. —Pronunció cada palabra encabezándola con una gran mayúscula—. La verdad es que probablemente todas esas formas estén muertas, porque se han convertido en formas. Usted ha debido sentirlo así, ya que de otro modo no habría pasado de una a otra. Bien, pues ha de seguir adelante, y volverá a utilizarlas y, alguna vez, si su trabajo tiene algún sentido, aunque no estoy segura de que nada que no sea el trabajo de toda una vida tenga sentido, descubrirá una forma nueva. Alguien dijo en una ocasión que yo buscaba una cuarta dimensión en la literatura. Nunca he hecho nada parecido, no persigo nada en absoluto, me limito a madurar gradualmente y, poco a poco, espero llegar a ser más consciente de los modos en que pueden sentirse y conocerse las cosas por medio de las palabras. Quizá me baste con sentirlas y conocerlas de un modo nuevo, y si las consigo comprender suficientemente transmitiré una nota de seguridad y confianza que hará que otros también comprendan. "Cuando uno ha descubierto y desarrollado una nueva forma, lo importante no es ésta sino el hecho de que se ha logrado la forma. Por eso Boswell es el más grande biógrafo que haya existido, porque no esclavizaba a Eckermann con la fidelidad y

exactitud de las notas, que por otro lado no son fieles en absoluto, sino porque puso en boca de Johnson palabras que probablemente él nunca pronunció y, sin embargo, al leerlas uno sabe que eso es lo que Johnson habría dicho en tal o cual circunstancia. Y lo sabemos porque Boswell descubrió la auténtica forma de Johnson, que Johnson nunca conoció. Lo mejor es no pensar siquiera en la forma sino dejarla que se abra paso ella sola. ¿Le parece extraño que yo diga eso? Se me ha acusado de no pensar en otra cosa. ¿No se da cuenta de dónde está la verdadera gracia? ¡Son los críticos los que siempre se han dedicado a pensar en la forma mientras yo me dedicaba a escribir! Gertrude Stein soltó una gran risotada y se adentró en el hotel rodeada de gente.

F. SCOTT FITZGERALD

Entrevistado por Michel Mok (New York Post, 25 de septiembre de 1936)

*El novelista estadounidense Francis Scott Key Fitzgerald (1896-1940) nació en Minnesota y se educó en la Newman School de Nueva Jersey y en Princeton. Se presentó como voluntario para combatir en la I Guerra Mundial, pero no llegó a incorporarse al servicio activo en Europa. En sus novelas y relatos trazó el retrato de la década de los años 1920, la "era del jazz". En *A este lado del paraíso* (*This Side of Paradise*, 1920) reflejó la vida hedonista de los estudiantes universitarios de Princeton y en *Hermosos y malditos* (*The Beautiful and Damned*) abordó el mismo tema en un contexto adulto. Su novela más famosa, *El gran Gatsby* (*The Great Gatsby*, 1925) trata de la decadencia moral que lleva consigo la riqueza y el éxito. Otro de sus libros, *Suave es la noche* (*Tender is the Night*, 1934) relata la insatisfacción de Fitzgerald con la vida ostentosa y desarraigada que llevó en la Riviera francesa, la enfermedad mental de su esposa Zelda y su propia melancolía y alcoholismo. Michel Mok (1888-1961) nació en Amsterdam y trabajó como periodista de plantilla de la prensa europea y canadiense antes de incorporarse al *Philadelphia Record*. Desde 1933 hasta 1940 trabajó para el *New York Post* y fue el encargado de cubrir el juicio y ejecución de Bruno Hauptmann por el asesinato del hijo de Lindbergh. También fue autor de reseñas y críticas teatrales. Más tarde se dedicó a la publicidad teatral, haciéndose cargo de las campañas de varios artistas de Broadway y, en particular, de las de Rodgers y Hammerstein. Igualmente colaboró en la traducción de los ensayos, los cuentos cortos y el diario de Ana Frank. Su hijo, Michael Mok, se convirtió en un legendario reportero que había de servir de inspiración a otros jóvenes periodistas, como Tom Wolfe. Hace mucho, cuando era un hombre joven y se sentía seguro de sí mismo, ebrio por su repentino éxito, F. Scott Fitzgerald le dijo a un periodista que nadie debería vivir más allá de los treinta. Eso ocurría en 1921, poco después de que la publicación de su primera novela, *A este lado del paraíso*, alumbrara los cielos de la literatura como una encendida explosión de fuegos artificiales. El poeta-profeta de la neurosis posbélica se enfrentaba ayer a su cuarenta cumpleaños en su habitación del Grove Park Inn, Pasó el día igual que pasa todos los días: intentando volver desde el otro lado del paraíso, salir del infierno de abatimiento en que se retuerce desde hace un par de años. Su única compañía fuimos su maternal y*

complaciente enfermera de dulce acento sureño y el periodista que esto suscribe. Con la muchacha intercambió las chanzas típicas entre enfermera y paciente. Con su visitante mostró entereza, como un actor consumido por el miedo a que su nombre no vuelva a aparecer jamás en las luminarias comenta su próxima reaparición estelar. No engañaba a nadie. Era obvio que en el fondo de su corazón albergaba tan pocas esperanzas como sol había en el lloroso cielo, cubierto de nubes, que velaban la vista de Sunset Mountain. Físicamente, sufría las secuelas de un accidente ocurrido ocho semanas atrás, en el que se había fracturado el hombro derecho al zambullirse desde un trampolín de cinco metros de altura. Con todo, aun cuando la fractura le causara alguna molestia, no explicaba su continuo y nervioso entrar y salir de la cama, su desasosegado deambular, sus manos temblorosas y la penosa expresión de niño cruelmente apaleado que se dibujaba en su rostro crispado. Tampoco se podía responsabilizar al dolor de sus frecuentes visitas a una cómoda en uno de cuyos cajones había una botella. Cada vez que se servía un trago en el vaso medidor de cristal que tenía en la mesilla de noche, miraba implorante a la enfermera y le preguntaba: "¿Una onza nada más?". Una y otra vez la enfermera bajaba la mirada sin darle respuesta alguna. A fuerza de ser sinceros, no puedo menos que reconocer que Fitzgerald no intentaba convertir su lesión en una excusa para justificar su sed. —A papaíto le han pasado una serie de cosas —dijo con burlona jovialidad—. Por eso está deprimido y ha empezado a beber un poquito. Se negó a explicar cuáles eran esas "cosas". —Una desgracia tras otra —replicó—, y al final se me rompió algo. Sin embargo, antes de viajar a Carolina del Norte, este visitante había tenido oportunidad de averiguar algunos detalles sobre la historia reciente de Fitzgerald a través de unos amigos de Baltimore, donde había vivido hasta el mes de julio. Al parecer, la señora Fitzgerald se había tirado a la vía del tren delante de un expreso. A pesar de su delicado estado, el propio Fitzgerald se había lanzado a rescatarla, salvándole la vida de milagro. También había habido otros contratiempos. La señora Fitzgerald había sido finalmente internada en un sanatorio cerca de la ciudad y su marido la había seguido hasta allí, instalándose en una habitación del edificio de piedra del Grove Park Inn, uno de los hoteles de recreo más grandes y populares de Estados Unidos. Sean cuales fueren las causas de la crisis nerviosa de Fitzgerald, resultan menos importantes que sus efectos sobre el escritor. En un trabajo titulado "Pasting It Together" ("Uniendo las piezas"), uno de los tres artículos autobiográficos publicados en Esquire que apareció en el número de marzo de dicha revista, Fitzgerald se describía a sí mismo como un "plato rajado". "Con todo —escribía—, a veces hay

que guardar el plato agrietado en la despensa, mantenerlo en servicio como necesidad doméstica. No será posible volver a calentarlo sobre el fogón o meterlo en el fregadero con los demás platos. No sería conveniente utilizarlo para servir a las visitas, pero sí usarlo para poner en él unas galletas por la noche o para meter las sobras en el frigorífico. "Hoy en día, el remedio habitual para alguien que está hundido es pensar en aquellos que están en la indigencia o sufren padecimientos físicos. Tiene una acción balsámica contra la melancolía en general y es un consejo razonablemente saludable para cualquiera en el transcurso del día, pero a las tres de la madrugada la cura no sirve de nada. Y en una noche realmente oscura del alma son siempre las tres de la madrugada, día tras día. A esas horas, la tendencia es negarnos a hacer frente a las cosas durante tanto tiempo como sea posible, retirándonos a un sueño infantil del que continuamente nos arranca, sobresaltados, el contacto con el mundo. "Nos enfrentamos a esas situaciones tan rápida y descuidadamente como nos es posible, y luego nos refugiarnos de nuevo en el sueño, confiando en que todo vuelva a recomponerse por sí mismo merced a alguna milagrosa bonanza material o espiritual. Pero cuando el repliegue persiste y cada vez hay menos esperanza de que se produzca dicha bonanza, ya no aspiramos a que se desvanezca un único pesar, sino que más bien nos convertimos en testigos involuntarios de una ejecución, de la desintegración de nuestra propia personalidad..."

Ayer, al final de una larga, digresiva e inconexa conversación, expresó lo mismo con diferentes palabras, no tan poéticas pero no por ello menos emocionantes: —Un escritor como yo —dijo— ha de tener una profunda confianza en sí mismo, una inmensa fe en su buena estrella. Se trata de un sentimiento casi místico, una sensación de que nada puede ocurrirle, nada puede dañarle, nada puede afectarle. Thomas Wolfe lo tiene, y Ernest Hemingway lo tenía. Yo lo tuve una vez, pero después de una serie de desastres, muchos de ellos responsabilidad mía, algo le ocurrió a mi sentimiento de inmunidad y perdí pie. A modo de ilustración, me contó una historia acerca de su padre. —Durante mi infancia, mi padre vivía en Montgomery County, en Maryland. Nuestra familia ha estado bastante involucrada en la historia de América. El hermano de mi bisabuelo fue Francis Scott Key, el autor de The Star-Spangled Banner. A mí me llamaron así por él. La señora Suratt, que murió ahorcada tras el asesinato de Lincoln porque Booth había planeado el atentado en su casa, era tía de mi padre. Recordará que ejecutaron a tres hombres y una mujer. "Cuando tenía nueve años, mi padre cruzaba el río a espaldas en un bote de remos. Al cumplir los doce pensó que la vida había acabado para él. Tan pronto como pudo se marchó al Oeste, tan lejos del escenario de la Guerra Civil

como le fue posible. Puso en marcha una fábrica de muebles de mimbre en St. Paul. Sufrió el impacto del pánico financiero de los años noventa y fracasó. "Regresamos al Este y mi padre consiguió trabajo como vendedor de jabón en Búfalo. Conservó ese puesto durante varios años. Una tarde, cuando tenía yo diez u once años, sonó el teléfono y lo cogió mi madre. No entendí lo que decía, pero percibí que nos había alcanzado algún desastre. Poco antes, mi madre me había dado veinticinco centavos para que fuese a nadar. Le devolví el dinero. Sabía que había ocurrido algo terrible y decidí que en ese momento no podía malgastar el dinero. "Luego me puse a rezar: 'Dios mío, por favor, no permitas que vayamos al asilo. Por favor, no permitas que vayamos al asilo'. Poco después mi padre regresó a casa. Yo había estado en lo cierto. Había perdido el trabajo. Al salir de casa esa mañana era un hombre comparativamente joven, lleno de fortaleza, de confianza. Cuando regresó por la noche era un anciano, un hombre totalmente destrozado. Había perdido su energía vital, su inmaculada pureza. Fue un fracasado el resto de sus días. Fitzgerald se frotó los ojos, la boca. Recorrió de un lado a otro la habitación con paso rápido. —Por cierto, recuerdo algo más —dijo—. Recuerdo que cuando mi padre regresó a casa mi madre me dijo: "Dile algo a tu padre, Scott". Yo no sabía qué decirle. Me acerqué a él y le pregunté: "Padre, ¿quién cree que será el próximo presidente?". Él estaba mirando por la ventana. No movió ni un músculo. Luego contestó: "Creo que será Taft". "A mi padre se le había abierto el suelo bajo los pies y a mí me ha ocurrido lo mismo. Pero ahora estoy haciendo lo posible por empezar otra vez. Comencé escribiendo unas colaboraciones para Esquire. Quizá haya sido una equivocación. Demasiado de profundis... Mi mejor amigo, un gran escritor norteamericano al que llamo mi conciencia artística en uno de los artículos de Esquire, me escribió una carta muy enfurecido. En ella me decía que era estúpido escribir acerca de cosas tan personales y sombrías. —¿Cuáles son sus planes en este momento, señor Fitzgerald? ¿En qué está trabajando ahora? —En todo tipo de cosas, pero no hablemos de planes. Cuando se habla de proyectos, se pierde algo de ellos. Fitzgerald abandonó la habitación. —Desesperación, desesperación y desesperación —dijo la enfermera—. Desesperación día y noche. Intente no hablarle de su trabajo o su futuro. Trabaja, pero muy poco, puede que tres o cuatro horas a la semana. No tardó en regresar. —Debemos celebrar el cumpleaños del autor —dijo alegremente—. Mataremos el ternero cebado a tal efecto, o al menos cortaremos el pastel con velitas. Se sirvió otra copa. —Sé que esto va muy en contra de su sensato criterio, querida —le dijo a la muchacha con una sonrisa. Atendiendo el consejo de la enfermera, este visitante desvió la

conversación hacia los primeros días de la carrera del escritor y Fitzgerald le explicó cómo había dado en escribir A este lado del paraíso. —Lo escribí cuando estaba en el ejército —dijo—. Tenía diecinueve años. Reescribí todo el libro un año después. También le cambié el título. Originalmente se llamaba El egoísta romántico. "A este lado del paraíso es un título precioso, ¿verdad? Se me dan bien los títulos. He publicado cuatro novelas y cuatro volúmenes de relatos cortos. Todas las novelas tienen buenos títulos: El gran Gatsby, Hermosos y condenados, Suave es la noche. Ése es mi libro más reciente. Trabajé en él durante cuatro años. "Sí, escribí A este lado del paraíso cuando estaba en el ejército. No fui a Europa. Mi experiencia bélica se redujo casi exclusivamente a enamorarme de una chica en cada ciudad por la que pasaba. Estuve a punto de cruzar el charco. De hecho nos subieron a un transporte y después nos hicieron bajar de nuevo. Fue por una epidemia de gripe o algo por el estilo. Eso ocurrió alrededor de una semana antes de la firma del armisticio. "Estábamos acuartelados en Camp Mills, en Long Island. Me escapé a hurtadillas del campamento y llegué a Nueva York, territorio prohibido. Sin duda debía de haber alguna chica por medio. Perdí el tren de regreso a Camp Sheridan, Alabama, donde habíamos hecho la instrucción. "Total, que me fui a la estación de Pensilvania y requisé una máquina y un vagón para que me llevase a Washington y poder unirme a las tropas. Le dije al personal del ferrocarril que llevaba conmigo documentos secretos de guerra para el presidente Wilson. No podía perder ni un minuto. No podía confiárselos al correo. Se lo creyeron. Estoy seguro de que es la única vez en la historia del ejército de Estados Unidos en la que un teniente ha requisado una locomotora. Me uní al regimiento en Washington. No, no me castigaron. —¿Qué fue de A este lado del paraíso'? —Es verdad, estoy divagando. Una vez que nos licenciaron viajé a Nueva York. Scribner's rechazó mi libro. Entonces intenté conseguir trabajo en un periódico. Recorrí todos y cada uno de los diarios con las partituras y las letras de los espectáculos del Triangle de los dos o tres años anteriores bajo el brazo. Había sido un personaje importante en el Triangle Club de Princeton y pensé que eso me serviría de ayuda. A aquellos tipos no les impresionó. Un día, Fitzgerald se dio de manos a boca con un publicista que le dijo que se olvidase de la prensa. Le ayudó a conseguir un empleo en la agencia Barron Collier y durante algunos meses escribió eslóganes para los carteles publicitarios de los tranvías. —Recuerdo el éxito que tuvo un eslogan que escribí para la lavandería Muscatine Steam de Muscatine, Iowa. "Con Muscatine irá como un pincel". Me subieron el sueldo por aquello. "Puede que sea un poco demasiado imaginativo", me dijo el jefe, "pero está claro que tiene usted

futuro en este negocio. Dentro de poco esta oficina no será lo bastante grande para retenerle". Y así fue, en efecto. No pasó mucho tiempo antes de que Fitzgerald se aburriese hasta la extenuación y alzó el vuelo. Volvió a St. Paul, donde aún vivían sus padres y le propuso a su madre que le cediese el tercer piso de la casa durante un tiempo y le abasteciese de cigarrillos. —Así lo hizo, y en tres meses reescribí completamente mi libro. Scribner's aceptó el manuscrito revisado en 1919 y el libro fue publicado en la primavera de 1920. En A este lado del paraíso, Fitzgerald hace que uno de sus principales personajes lance una pulla contra los autores más populares de la época, algunos de los cuales son aún conocidos, con estas palabras: "¿Cincuenta mil dólares al año! Dios mío, mírales, pero mírales... Edna Feber, Gouverneur Morris, Fannie Hurst, Mary Roberts Rinehart... Entre todos ellos no han escrito una sola novela o relato que vaya a sobrevivir diez años. El tipo ése, Cobb, no me parece ni inteligente ni divertido. Lo que es más, no creo que se lo parezca a demasiada gente, salvo a los editores. Simplemente, está medio sonado con tanta publicidad. Harold Bell Wright, Zane Grey, Ernest Poole y Dorothy Canfield hacen lo que pueden, pero cargan con el pesado lastre de su absoluta falta de sentido del humor". El muchacho concluía afirmando que no era de extrañar que escritores ingleses como Wells, Conrad, Galsworthy, Shaw y Bennett obtuvieran en América más de la mitad de sus ganancias por venta de libros. —¿Qué opina Fitzgerald acerca de la situación literaria del país hoy en día? —Ha mejorado mucho —dijo—. Todo empezó con Calle principal. En mi opinión, Ernest Hemingway es el mejor escritor en lengua inglesa vivo. Ocupó ese puesto a la muerte de Kipling. Luego está Thomas Wolfe y después Faulkner y Dos Passos. A Erskine Caldwell y a unos cuantos más que llegaron poco después de nuestra generación no les ha ido tan bien. Nosotros fuimos producto de la prosperidad. El mejor arte se genera en periodos de riqueza. Los hombres que llegaron unos años más tarde no tuvieron tanta suerte como nosotros. —¿Ha cambiado de opinión respecto a los temas económicos? Amory Blaine, el héroe de A este lado del paraíso, predecía el éxito del experimento bolchevique en Rusia y la eventual nacionalización de todas las industrias de este país. —Cielos, aquello fue una auténtica metedura de pata —respondió Fitzgerald—. ¿Recuerda que dije que la publicidad acabaría por destruir a Lenin? Menuda profecía. Se convirtió en un santo. "¿Mis convicciones? Bueno, si me pone entre la espada y la pared, diría que siguen siendo bastante de izquierdas. Seguidamente, el periodista quiso saber qué opinaba ahora acerca de la generación loca por el jazz y la ginebra de cuyas febriles andanzas hizo la crónica en A este lado del paraíso. ¿Qué había sido de ellos? ¿Qué lugar

habían llegado a ocupar en el mundo? —¿Por qué iba a preocuparme por ellos? —me preguntó—. ¿Acaso no tengo ya bastantes problemas propios? Sabe usted tan bien como yo qué ha sido de ellos. Algunos se hicieron especuladores y saltaron por la ventana. Otros se convirtieron en banqueros y se pegaron un tiro. Otros se hicieron periodistas. Y unos pocos llegaron a ser autores de éxito. Su rostro se contrajo. —¡Autores de éxito! —exclamó—. ¡Oh, Dios mío, autores de éxito! Se tambaleó hasta la cómoda y se sirvió una copa más.

STEFAN ZWEIG

Entrevistado por Robert van Gelder (The New York Times Book Review, 28 de julio de 1940)

Stefan Zweig (1881-1942), el biógrafo y novelista austriaco de origen judío, nació en Viena. Escribió populares biografías de Balzac, Dickens, María Estuardo y María Antonieta, y también novelas como Letter to an Unknown Woman (Carta a una desconocida, 1922) y Beware of Pity (1939). Dos años después de esta entrevista, Zweig se suicidó en Brasil. Su autobiografía, The World of Yesterday, publicada postumamente en Brasil en 1943, fue uno de sus mayores éxitos. Robert van Gelder (1904-1952) se graduó en Periodismo en la Universidad de Columbia en 1928 y trabajó en varios periódicos de New Haven, Connecticut, antes de incorporarse ese mismo año a The New York Times como reportero. Fue también director de The New York Times Book Review de 1943 a 1946 y publicó una recopilación de sus entrevistas con escritores realizadas a comienzos de la década de 1940 bajo el título Writers and Writing (1946). —La concentración del artista —dijo Stefan Zweig— ha sido dañada. —Se golpeó el pecho con los nudillos de la mano izquierda—. ¿Cómo van a captar nuestra atención los viejos temas? Un hombre y una mujer se conocen, se enamoran, tienen una aventura: en otra época eso fue una historia. Volverá a serlo dentro de algún tiempo, pero ¿cómo vivir con entusiasmo en un mundo tan trivial como el de ahora? "Los últimos meses han sido fatales para la producción literaria europea. La norma básica para todo trabajo creativo sigue siendo la concentración y jamás ha sido tan difícil de alcanzar para los artistas en Europa. ¿Cómo concentrarse en medio de un terremoto moral? En Europa, la mayoría de los escritores están haciendo un tipo u otro de trabajo bélico. Otros han tenido que huir de su país y viven en el exilio, vagando de acá para allá. Incluso los contados autores que pueden seguir trabajando en sus propias mesas son incapaces de rehuir la turbulencia de nuestros tiempos. "La reclusión ya no es posible mientras nuestro mundo está en llamas. La 'torre de marfil' de la estética no es a prueba de bombas, como ha dicho Irwin Edman. De hora en hora uno espera las noticias. No puede evitar leer los periódicos, escuchar la radio y, al mismo tiempo, sentirse oprimido por la preocupación sobre el destino de parientes cercanos y amigos. En la zona ocupada huye sin hogar, uno de ellos. Otros han sido internados y piden su libertad. Los

hay que van de un consulado a otro en busca de un país dispuesto a acogerles. Todos los que hemos tenido la suerte de encontrar cobijo nos vemos asaltados día tras día y desde todos lados por cartas y telegramas que solicitan nuestra ayuda e intervención. Cada uno de nosotros vive la vida de otros cien, aparte de la nuestra propia. Habló de las eternas dificultades causadas por los apagones, por la falta de libertad de movimientos, por la imposibilidad de obtener acceso a materiales de investigación. —Por ejemplo, estaba a punto de darle los toques finales a mi libro favorito, en el que llevaba veinte años trabajando, una biografía en profundidad y realmente extensa del gran genio Balzac. He tenido que abandonar a regañadientes este volumen casi finalizado porque la biblioteca de Chantilly, en la que se encuentran todos los manuscritos de Balzac, ha sido cerrada mientras dure la guerra y su contenido trasladado a algún lugar desconocido e inaccesible. Por otra parte, no pude llevarme conmigo cientos de notas debido a la censura. Al igual que en mi caso, para miles de artistas y científicos el trabajo de muchos años ha quedado interrumpido, tal vez durante mucho tiempo, por dificultades puramente técnicas. "Y luego están los problemas internos. ¿Qué significa la psicología, la perfección artística en un momento así, cuando está en juego el destino, durante siglos, de nuestro mundo real e individual? Yo mismo, tras finalizar mi última obra, Beware of Pity, había preparado el esbozo de otra novela. Entonces comenzó la guerra y, de repente, me pareció frívolo tratar el destino privado de personas imaginarias. No me sentía capaz de enfrentarme a hechos psicológicos individuales. Cada una de las 'historias' me parecía irrelevante en contraste con la Historia. Observó que la mayoría de los escritores que conocía habían experimentado el mismo problema. Paul Valéry, Roger Martín du Gard, Duhamel y Romain le habían confesado que se sentían incapaces de concentrarse en su trabajo. — Cualquier autor europeo capaz de concentrarse hoy en su trabajo despertaría mis sospechas. Algo que le estuvo permitido al matemático Arquímedes, continuar sus experimentos sin molestias mientras la ciudad se encontraba asediada, a mí me parece inhumano para el poeta o el artista. Ellos no trabajan con abstracciones, sino que su misión es sentir con la mayor intensidad el destino y los sufrimientos de sus congéneres. Con todo, esta guerra generará amplios campos de experiencia en los que podrá trabajar el artista. Zweig recorría excitadamente la habitación mientras hablaba de ello. —En cada barco, en cada agencia de viajes, en cada consulado, pueden escucharse historias de personas anónimas, insignificantes, que no son menos arriesgadas y emocionantes que la de Ulises. Si alguien publicara, sin cambiar ni una coma, los documentos

sobre los refugiados que se conservan en las oficinas de organizaciones de beneficencia, en la Sociedad de Amigos (organización religiosa cuáquera) o en el Ministerio del Interior en Londres, obtendría cien volúmenes de historias más estremecedoras e improbables que las de Jack London o Maupassant. "Ni siquiera la I Guerra Mundial supuso una crisis semejante para tantas vidas como este año. Jamás la existencia humana ha conocido las tensiones y los temores de hoy en día; demasiada tensión para disolverla en forma artística. Es por eso por lo que, en mi opinión, la literatura de los próximos años tendrá un carácter más documental que imaginativo o de ficción. "Asistimos a la batalla más decisiva por la libertad que jamás se haya librado. Seremos testigos de una de las mayores transformaciones sociales que el mundo haya conocido, y nosotros, los escritores, tenemos el deber, por encima de todo, de rendir testimonio de lo que ha pasado en nuestro tiempo. Si reproducimos fielmente nuestras propias vidas, nuestras experiencias —yo tengo intención de hacerlo en una autobiografía— tal vez logremos más que ultimando el proyecto de una novela. "No hay genio hoy en día capaz de inventar nada que supere los dramáticos hechos del momento actual. Hasta el mejor de los poetas tiene que convertirse de nuevo en alumno de la gran maestra de todos nosotros: la Historia. El señor Zweig dice que lo único en que puede trabajar ahora es en su autobiografía, que tendrá por título *Three Lives*. —Mi abuelo vivió una vida; mi padre también. Yo he vivido al menos tres. He presenciado dos grandes guerras, una revolución, la devaluación monetaria, el exilio, el hambre. La etapa de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas no fueron muy distintas de ésta. Ningún otro periodo puede compararse con los cambios de los que hemos sido testigos los que hoy somos de mediana edad. Comentó que en tiempos había sido el "autor más traducido del mundo". —Mis libros eran publicados en italiano, en japonés, en prácticamente todos los países del planeta. Tenían... cómo se dice... alcance universal. Cuando Hitler subió al poder, mis libros fueron prohibidos en Alemania. Hoy están prohibidos en Italia; la semana que viene tal vez lo estén en Francia. Antes había grandes ediciones en finlandés y en polaco, pero eso se ha acabado. Pierdo un país cada quince días. Aunque eso no es importante. Mientras puedan ser publicados en otra lengua, para mí es suficiente. Y creo que en este país lograrán resistir ante la pérdida de la libertad durante mucho tiempo. Es inconcebible que la libertad pueda ser destruida aquí. En Francia se recuperará, pero aquí no se perderá. El señor Zweig está aquí con un visado de turista. Tiene intención de partir en breve hacia Suramérica, donde dará una serie de conferencias. Luego regresará a Inglaterra. —No puedo perderme lo que está ocurriendo allí. Comentó que

la autobiografía que estaba escribiendo era como todo lo que escribe: — Cuatro veces demasiado larga. La primera vez escribo por darme gusto. Incluyo todo lo que se me ocurre. Soy un escritor calmoso, capaz de trabajar todo el día y sentirme feliz. Así que mis primeros borradores son muy, muy largos. Por otra parte, soy un lector nervioso. Me impaciento cuando un autor, yo mismo incluido, divaga. Así pues, cuando leo lo que he escrito, suprimo grandes fragmentos. Corto y recorto hasta que no queda ni una palabra de más, ni una frase de la que pueda prescindir.

PABLO PICASSO

Entrevistado por Jerome Seckler (New Masses, 13 de marzo de 1945)

El pintor español Pablo Picasso (1881-1973) inició en Barcelona a los catorce años sus estudios de pintura, que más tarde continuaría en Madrid. En 1901 se trasladó a París, donde instaló su estudio en Montmartre. Allí se vería influenciado por pintores como Toulouse-Lautrec y Degas. Desarrolló su propio estilo a través de las numerosas transformaciones experimentadas a lo largo de su increíblemente productiva carrera. Sólo en la primera década del siglo atravesó los periodos azul, rosa y precubista antes de embarcarse en el cubismo, movimiento que fundó junto con el pintor francés George Braque y que rechazaba las formas tradicionales de representación basadas en la perspectiva. Sin embargo, Picasso y Braque terminarían rompiendo en 1914. Durante los años veinte, mientras seguía pintando al estilo cubista, Picasso diseñó vestuario para los Ballets Rusos de Diaghilev. Uno de sus cuadros más famosos, Guernica (1937), expresaba su horror ante el bombardeo de la ciudad vasca del mismo nombre en la Guerra Civil española. Fue nombrado director del Museo del Prado durante la etapa de la República, desde 1936 a 1939, aunque estuvo ausente de Madrid esos años. Pasó la mayor parte de la II Guerra Mundial en París y se unió al Partido Comunista tras la liberación de la ciudad. Esta toma de posición fue la que motivó el interés de New Masses. La última etapa de su carrera la pasó experimentando con diferentes técnicas, como la litografía, la escultura y la cerámica, además de crear numerosos tapices. A lo largo de los últimos diez años, había discutido, analizado y debatido sobre Picasso con mis amigos hasta la exasperación. Y digo exasperación porque esencialmente se trataba de eso. La única conclusión a la que lográbamos llegar era que Picasso, en sus llamados "periodos", reflejaba muy acertadamente las contradicciones de aquellos tiempos turbulentos, pero se limitaba a eso, no a pintar nada capaz de realzar nuestra comprensión de la época. Diversos artistas y críticos que se ganan la vida poniendo etiquetas a la gente le identificaron con una amplia variedad de escuelas — surrealismo, clasicismo, abstracción, exhibicionismo e incluso contorsionismo—. Pero detrás de este montón de cultas estupideces, esa gente nunca explicó a Picasso. Nunca ha dejado de ser un enigma. De repente se produjo el bombazo. En las últimas horas de agonía de la España leal a la República, Picasso pintó su Guernica, y con esta obra

mural se erigió como un poderoso y penetrante pintor de la protesta social. Pero fue la única muestra. Con el tiempo Francia entró en guerra, pero en los cuadros de Picasso no hubo ni atisbo de la furiosa respuesta reflejada en el Guernica. Entonces se produjo el desastre militar francés y la humillante ocupación alemana. Circularon historias desagradables acerca de Picasso. Que vivía bien en París con los alemanes; que colaboraba con la Gestapo y ésta, a cambio, le permitía seguir pintando sin molestarle; que vendía falsificaciones a los nazis, obras que firmaba él pero realizaban sus discípulos. Incluso corrió la voz de que había muerto. Desde 1940 hasta la liberación de París, Picasso continuó siendo una figura completamente rodeada de misterio y oscuridad. En octubre, inmediatamente después de la liberación, se hizo pública una noticia impactante: Picasso se había hecho miembro del Partido Comunista. Ese mismo mes se organizó en el París liberado una impresionante exposición de arte contemporáneo francés. Una de las salas —compuesta por setenta y cuatro cuadros y cinco esculturas, realizados en su mayor parte durante la ocupación— fue especialmente dedicada a Picasso. La exposición me sorprendió. Allí estaba el Picasso del Guernica, poderoso, bellissimo, un pintor de la vida y de la esperanza. Me emocionó tanto su trabajo que decidí ir a verle. Conseguí la dirección a través de un joven artista francés que le conocía. Cuando llegué a su estudio me informaron, tras un intercambio de murmullos en otra habitación, que Picasso "no estaba en casa". Su secretario me dio explicaciones: "Con tantos acontecimientos, Picasso lleva dos meses sin pintar. Ahora desea tranquilidad para ponerse a trabajar". Finalmente, mi amigo me consiguió una cita. A las 11.30, una mañana de sábado, me presenté en el estudio. Me hicieron pasar y me indicaron que esperara. Picasso ocupa los dos últimos pisos de un edificio de cuatro plantas carente de pretensiones y cercano al Sena. Hay que atravesar uno de los agujeros del muro que hacen las veces de puertas, y subir tres pisos por una estrecha y sinuosa escalera de paredes desnudas y escalones de madera desgastados. El lugar ha sido su hogar y su estudio durante los últimos ocho años. Se accede directamente a uno de los estudios, una habitación en la que se agrupan desordenadamente varios caballetes, lienzos y libros. Mientras esperaba reparé en una de sus pinturas recientes, situada en un caballete: la representación de una jarra de metal sobre una mesa. Sujeto con una chincheta en la parte superior había un pequeño esbozo a lápiz de la composición, que la pintura reproducía hasta la última línea y detalle. Aunque no se trataba más que de un boceto rápido, se había atendido a él tan estrictamente que las líneas que en el apunte sobresalían en una esquina de la mesa lo hacían también en el cuadro. Pregunté a su

secretario si Picasso había tenido problemas con los alemanes. Me contestó: "Como todo el mundo, lo hemos pasado mal". A Picasso no le habían permitido exponer. En una ocasión la Gestapo le había acusado de ser en realidad un hombre llamado Leipzig. Picasso se limitó a insistir en su respuesta: "No, yo soy Picasso, nada más". Los alemanes dejaron de molestarle, pero en ningún momento dejaron de vigilarle. Aun así, Picasso mantuvo un estrecho contacto con el movimiento clandestino de resistencia. Transcurridos unos diez minutos, Picasso bajó del estudio de la planta superior y vino directo hacia mí. Me echó una mirada rápida y luego clavó sus ojos en los míos. Llevaba un traje de color gris claro, una camisa de algodón azul con corbata y un pañuelo amarillo en el bolsillo del pecho. Tenía las manos pequeñas, pero fuertes. Me presenté, y al momento me tendió la mano. Su sonrisa era cálida, sincera, y hablaba sin pelos en la lengua, lo que me hizo sentir cómodo de inmediato. Comenté que su trabajo siempre me había interesado y, al mismo tiempo, confundido. Le expliqué cómo había comprendido de repente, en su reciente exposición, lo que quería contar. Mi deseo era conocerle personalmente y preguntarle si mi análisis de su obra le parecía correcto y, caso de ser así, escribir sobre ella para contribuir a su divulgación en Estados Unidos. Seguidamente, le expliqué mi interpretación de El marino, que había tenido ocasión de admirar en el Salón Liberación. Le dije que creía que se trataba de un autorretrato —el traje, la red, la mariposa roja, mostraban a Picasso como una persona en busca de una solución para su época, intentando hallar un mundo mejor— y que el uniforme de marinero indicaba su participación activa en el esfuerzo. Me escuchó con atención y finalmente respondió: — Sí, soy yo, pero no pretendía darle el menor significado político. Le pregunté por qué se había retratado como un marino. —Porque siempre llevo una camiseta de marinero. ¿Lo ve? —fue su respuesta. Se desabrochó la camisa y tiró de su ropa interior. ¡Era blanca con rayas azules! —¿Y la mariposa roja? —insistí—. ¿El color no tiene una intención deliberadamente política? —No en especial —replicó—. ¡Si es así, será cosa de mi subconsciente! —Pero tiene que tener un significado concreto —porfié—, lo admita o no. Lo que hay en su subconsciente es resultado de su pensamiento consciente. No es posible escapar de la realidad. Me observó un instante antes de responder. —Sí, es posible y normal. Picasso quiso saber entonces si yo era escritor. Le dije la verdad: no lo era, nunca antes había escrito. Trabajaba la madera por vocación, y también era pintor, pero únicamente como distracción, porque de algo tenía que vivir. Picasso se echó a reír. —Ya, lo comprendo. Le pregunté si tenía su consentimiento para escribir un artículo sobre él. —Sí —contestó—. ¿Para qué

publicación? Le expliqué que era para New Masses. Sonrió y dijo: —La conozco. Lanzó una mirada hacia la puerta abierta. Había varias personas esperándole. —Subamos un momento al estudio —dijo. Ascendimos por una escalera hasta el estudio principal, donde en realidad desarrollaba su trabajo. La habitación estaba limpia y ordenada. No tenía la apariencia polvorienta y caótica del cuarto de abajo. Comenté a Picasso que mucha gente mantenía que ahora, debido a su nueva militancia, se había convertido en un líder cultural y político para el pueblo, y que su influencia en favor del progreso podía ser tremenda. Se puso serio y asintió con la cabeza. —Sí, soy consciente de ello. Le comenté que en Nueva York habíamos discutido su obra con frecuencia, especialmente el Guernica (cedido en préstamo al Museo de Arte Moderno de Nueva York). Le hablé de lo que representaban el toro, el caballo, las manos con las antorchas, etcétera, así como del origen de los símbolos en la mitología española. Mientras yo me explainaba él asentía con la cabeza. —Si, el toro ahí representa la brutalidad; el caballo al pueblo —confirmó—. En esos casos he recurrido al simbolismo, pero no en los otros. También le expliqué mi interpretación de dos de los cuadros de la última exposición. En uno de ellos había un toro, una luz, una paleta y un libro. El toro, opinaba yo, no podía ser otra cosa que la imagen del fascismo; la luz, con su potente resplandor, la paleta y el libro eran reflejo de las cosas por las que luchábamos, la cultura y la libertad. La obra mostraba el feroz enfrentamiento que tenía lugar entre ambos. —No —respondió Picasso—. El toro no es el fascismo, aunque sí la brutalidad y la oscuridad. Apunté que su trabajo parecía avanzar hacia un simbolismo transformado, quizá más simple, de más clara comprensión, en su lenguaje propio y personal. —Mi trabajo no es simbólico —me respondió—. Sólo el Guernica lo es, pero en ese caso se trata de una alegoría. Por eso recurrí al caballo, al toro, y demás. Esa obra busca la expresión y la solución de un problema, y ése es el motivo de que emplease el simbolismo. Algunos definen como "surrealista" mi pintura de un determinado periodo —continuó—. Yo no soy surrealista. Nunca he estado fuera de la realidad. Siempre he vivido en su esencia (literalmente en lo "real de la realidad"). Si alguien desease expresar la guerra tal vez lo más elegante y literario fuera dibujar un arco y una flecha, porque es una imagen estéticamente atractiva. ¡Yo, en cambio, si quisiera representar la guerra emplearía una ametralladora! Ahora es el momento, en este periodo de cambios y revolución, de pintar de manera revolucionaria y no como antes. Entonces me miró directamente a los ojos y me preguntó: —Vous me croirez? (¿Me cree?). Le dije que comprendía muchas de las obras de la exposición, pero que había unas pocas que no

entendía en absoluto. Me volví hacia un cuadro con un desnudo y un músico que había estado colgado en el Salón de Octubre. Se encontraba a mi izquierda, apoyado contra la pared. Era un lienzo grande y torcido, de alrededor de 1,5 por 2 metros. —Ése, por ejemplo —apunté—. No sé qué quiere decir en absoluto. —No es más que un desnudo y un músico —replicó—. Lo pinté para mí. Cuando uno contempla un desnudo hecho por otra persona observa que reproduce las formas de un modo tradicional, y para la gente eso representa un desnudo. Pero yo lo expreso de manera revolucionaria. En ese cuadro no hay ningún significado abstracto. Es simplemente un desnudo con un músico. —¿Por qué pinta de un modo tan difícil de comprender para la gente? —le pregunté. —Pinto así —me respondió— porque mi pintura es fruto de mi pensamiento. He trabajado durante años para obtener este resultado y si diese un paso atrás (de hecho, mientras hablaba, retrocedió un paso) sería una ofensa al pueblo (la palabra francesa fue precisamente offense), porque lo que hago es coherente con mi pensamiento. No puedo emplear recursos convencionales sólo para darme la satisfacción de ser comprendido. No quiero descender a un nivel inferior. Usted es pintor —prosiguió—. Comprende que es prácticamente imposible explicar por qué hace uno esto o lo otro. Yo me expreso a través de la pintura, y no soy capaz de hacerlo mediante palabras. No puedo dar una explicación de por qué he hecho algo de una determinada manera. En mi caso, si realizo un boceto de una mesa pequeña (al instante agarró una para ilustrar sus palabras) percibo cada detalle. Observo su tamaño, su grosor, y lo traduzco a mi modo. Indicó con una mano el otro extremo de la habitación, donde había un gran lienzo que representaba una silla (también había estado expuesto en el Salón Liberación), y continuó. —Ya ve cómo lo hago. Resulta divertido, porque la gente descubre en la pintura cosas que uno no pone en ella. Hace auténtico encaje de bolillos. Pero no importa, porque es estimulante que las perciban y la esencia de lo que puedan haber visto está, de hecho, en el cuadro. Quise saber cuándo podría verle de nuevo, y me contestó que estaría encantado de recibirme en cualquier momento que deseara. Nos estrechamos las manos y me marché. Me resultó difícil volver a visitar a Picasso tan pronto como me hubiese gustado, pero un sábado por la mañana, varias semanas más tarde, le llamé de nuevo. Me recibió en su dormitorio. Al entrar oí cómo discutía con varios amigos sobre los problemas políticos que tendrían que solucionar los aliados. Tan pronto como me vio acudió sonriente a saludarme y me estrechó la mano. "Bon jour! Ca va bien?". Una vez más, su sencillez y sinceridad me hicieron sentir que hacía años que le conocía. Se disculpó por recibirme en el

dormitorio. —He tenido que reorganizarme en este pequeño cuarto — me explicó—, con mi perro, mis papeles, mis dibujos y mi cama, porque abajo me helaba. Sus expresivas manos, que recordaban a las de un director de orquesta, acompañaban sus palabras como de costumbre. Era un cuarto pequeño, y efectivamente estaba atestado de cosas. Allí, todo revuelto, estaban la cama sin hacer, varios escritorios, un tablero de dibujo abatible y un gran perro de mirada amistosa, todo reunido en torno a una pequeña estufa de carbón rematada por un cazo lleno de agua. Sobre la cama y la mesa había amontonados siete u ocho grabados grandes en color —con brillantes rojos, azules y amarillos—, recién terminados. En la cama había también cinco o seis periódicos, entre ellos *L'Humanité*. En un escritorio, junto a la pared, descansaba una plancha de cinc con dos grabados obtenidos de ella, un limón y una copa de vino, realizados con los mismos bellísimos y brillantes colores. Sobre otra mesa había un viejo fotograbado de Rubens —un hombre y una mujer en un momento de pasión, un cuadro extraordinario y delicado—. En otra pared colgaba un pequeño *paissye* de Corot. Extraje mis conclusiones sobre nuestra primera entrevista y las repasamos juntos. Dado que el artículo estaba en inglés, tuve que traducirlo al francés. Todo le iba pareciendo bien, pero al traducirle lo que había dicho acerca del toro, la paleta y la luz debí meter la pata con mi francés, porque me interpretó mal y creyó que le atribuía la idea de que el toro representaba al fascismo. —No, no representa al fascismo —protestó. Le expliqué que lo que él había afirmado era que no se trataba de una representación del fascismo, sino de la oscuridad y la brutalidad. — Precisamente de eso se trata —le dije—. Establece una distinción, pero ¿qué diferencia puede haber? Sabemos que ambas cosas son lo mismo. Allí donde se ha instalado el fascismo están presentes la oscuridad y la brutalidad, la muerte y la destrucción. No hay distinción. Mientras yo hablaba, Picasso negaba con la cabeza. —Sí, tiene usted razón —respondió—. Pero no intentaba conscientemente mostrar eso en mi obra. Si lo interpreta de esa manera está en lo cierto, pero aun así no fue mi idea presentarlo con ese significado. —Pero usted piensa, y siente profundamente esas cosas que están afectando al mundo —insistí—. Reconoce que lo que hay en su subconsciente es resultado de su contacto con la vida, de sus opiniones y reacciones ante ella. No puede ser una mera casualidad que haya usado precisamente esos objetos en particular y que los haya presentado de una determinada forma. El significado político está ahí, sea o no consciente. —Sí —contestó—, lo que dice es verdad, pero no sé por qué utilicé esos objetos. No representan nada en particular. El toro es un toro, la paleta es una paleta, la luz es una luz. Eso es todo. Para mí no

hay la menor conexión política. Están la oscuridad y la brutalidad, sí, pero no el fascismo. Se acercó al lugar donde reposaban los grabados de la copa y el limón. —Aquí hay una copa y un limón, están las formas y los colores: rojos, azules, amarillos. ¿Les encuentra algún significado político? — Como simples objetos, no —dije. —Bueno —continuó—. Lo mismo ocurre con el toro, la paleta y la luz. —Me dirigió una mirada intensa y continuó —: Si yo fuese químico, comunista o fascista, y obtuviera como resultado de una mezcla un líquido rojo, ¿sería eso acaso una expresión de propaganda comunista? Si pinto una hoz y un martillo la gente puede pensar que se trata de una representación del comunismo, pero para mí son sólo una hoz y un martillo. Busco reproducir los objetos por lo que son y no por lo que significan. Puede estar en lo cierto al adjudicar un significado a ciertos elementos de mis cuadros, pero no era mi intención darles ese contenido. Las ideas y conclusiones a las que ha llegado usted son las mismas a las que llegué yo, pero instintivamente, de modo inconsciente. Pinto por pintar. Pinto los objetos por lo que son. Está en mi subconsciente. Cuando la gente mira un cuadro, puede que cada persona le atribuya un significado diferente en función de lo que ve en él. No intento transmitir ningún mensaje en particular. No existe propaganda deliberada en mi pintura. —Excepto en el Guernica —apunté. —Así es —replicó—. Excepto en el Guernica. En él hay un llamamiento consciente al pueblo, una deliberada voluntad propagandística. Saqué mis cigarrillos y encendimos uno. Picasso fumaba el suyo con la omnipresente boquilla. Dio unas cuantas caladas con expresión meditabunda, como esperando a que yo dijese algo. Entonces concluyó sencilla y tranquilamente: —Soy comunista y mi pintura también es comunista. Hizo una pausa y luego continuó. —Si yo fuese zapatero, ya fuera monárquico, comunista, o cualquier otra cosa, no martillearía necesariamente los zapatos de un modo especial para mostrar mis inclinaciones políticas. —Sin embargo — respondí—, es posible deducir lo que un hombre piensa y es por sus cuadros. Pero no es necesario, por ejemplo, que un pintor con conciencia social muestre escenas del horror y la destrucción nazis, ni que retrate a una persona escupiendo sangre por la boca, o a un soldado disparando. — Señalé la pequeña estufa de carbón con su cazo de agua destapado encima y continué—. Usted puede pintar eso, puede pintar una madre con su hijo, o un niño, como ya ha hecho, o una familia cenando en torno a una mesa. Puede pintar una copa y un limón. Los objetos en sí, sus formas, sus colores, se convierten en algo hermoso, en el tipo de belleza con el que deseamos rodear nuestra vida, esa vida por la que estamos librando esta guerra. Somos seres sociales que pensamos políticamente, nos lo

propongamos o no. Picasso me había puesto la mano en el hombro y asentía enérgicamente con la cabeza y decía: "Sí, sí, exacto" y "Eso es muy cierto", mientras yo hablaba. Le comenté la conmoción que había producido en el mundo del arte su afiliación al Partido Comunista; que los críticos, que aún seguían etiquetándole como "surrealista", esperaban confiados que continuase pintando como lo había hecho hasta hacía unos años. Afirmaban, citándole a él, que no existía conexión alguna entre el arte y la política. —Nosotros sabemos que sí la hay, ¿no? —dijo Picasso riendo—. Sólo que yo no la he buscado —añadió con una sonrisa. Quise saber si el artículo, incluyendo lo que acababa de decirme, gozaba de su aprobación. —Sí —me contestó—. Adelante con él. En ese momento aparecieron algunos amigos suyos y discutimos sobre las tendencias de la pintura francesa y americana. Picasso parecía desconocer a los principales pintores estadounidenses. Mencioné algunos nombres, incluyendo el de Thomas Benton, pero Picasso no los reconoció, ni a los artistas ni sus trabajos. —Eso muestra la distancia que hay entre nuestros dos países —comentó uno de los amigos de Picasso. —En Estados Unidos —apunté— no hay tantos artistas como en Francia, pero en conjunto los nuestros están más llenos de energía, son más vitalistas y se preocupan más por la gente que los pintores franceses. Francia cuenta con los mismos grandes nombres desde hace cuarenta años o más. Por lo que he podido apreciar en la exposición del Salón de Otoño, los artistas más jóvenes practican en su mayor parte la introspección, se ocupan principalmente de la técnica y raramente de la realidad. Al arte francés le preocupan aún las técnicas de siempre y las naturalezas muertas. —Cierto —observó Picasso—, pero los americanos están en la fase del sentir colectivo. En Francia eso pertenece al pasado, ahora nos encontramos en la fase del individualismo. Alguien decidió que era la hora de comer. Di las gracias a Picasso y él me reiteró que podía dejarme caer por allí cuando quisiese. Nos dijimos au revoir con un caluroso apretón de manos.

MAHATMA GANDHI

Entrevistado por H. N. Brailsford (Harijan, 14 de abril de 1946)

*Mahatma (Mohandas Karamchand) Gandhi (1869-1948), líder político y espiritual indio, nació en Gujarat, al oeste de la India. Ejerció como abogado en Londres antes de viajar a Sur, donde se inició en la política activa, como abanderado de la causa de los derechos civiles de los indios allí establecidos. Su método de protesta favorito era la desobediencia civil no violenta. Utilizaría de nuevo este recurso, conocido en la India como satyagraha, como líder del Congreso Nacional Indio. De vuelta a su país de origen puso en marcha una primera campaña de resistencia pasiva (Non-Co-operation-cum-Khilafat) que se desarrollaría desde 1920 a 1922. Más tarde, él y sus seguidores se embarcaron en el Movimiento de Desobediencia Civil (1930-1934). Se oponía al empobrecimiento rural, a la "cartelización" de la industria textil impuesta por el imperio británico, que discriminaba a la India, y al sistema de castas. En 1942 Gandhi propició otro movimiento pacífico a favor de la descolonización (Quit India), por lo que fue detenido junto con otros líderes del Congreso. A finales de la II Guerra Mundial renovó su demanda de independencia. El ascenso del nacionalismo musulmán obligó a los británicos a la partición del país. Gandhi fue asesinado en 1948 por un fanático hindú que creía que no había hecho lo suficiente por oponerse a la división de la India. Henry Noel Brailsford (1873-1958), hijo de un clérigo, fue educado en la Universidad de Glasgow y, durante un breve periodo, ejerció allí como profesor auxiliar de Lógica antes de unirse a la Legión Extranjera griega para participar en la guerra con Turquía en 1897. Su influyente obra *The War of Steel and Gold* ofrecía un análisis a nivel internacional, desde el punto de vista socialista, de la rivalidad imperialista que propició la I Guerra Mundial. Brailsford trabajó como redactor de editoriales y artículos de fondo en una serie de periódicos: *The Manchester Guardian*, *Tribune*, *The Daily News* y *The Nation*. De 1922 a 1926 fue director de *The New Leader*. Brailsford había entrevistado ya a Gandhi en octubre de 1931 para *Young India*. También escribió varios libros de tema político, entre ellos *Rebel India* (1932) y *Subject India* (1942). La última vez que visité Poona, Gandhi se encontraba allí como prisionero y no me fue permitido visitarle. Posteriormente, la ciudad, abatida e iracunda, se vio envuelta en una huelga general. Hoy celebra el carnaval de primavera con espíritu alegre.*

Gandhi también se sentía feliz cuando nos encontramos. El discurso de Mr. Attlee sobre la cuestión india acababa de abrir las puertas a la independencia. Tenía buen aspecto y aparentaba muchos menos años de los que en realidad tenía... Sus modales nunca fueron solemnes y a menudo se relajaba con una risita bienhumorada. De algún modo, que no resulta fácil definir, daba la impresión de que aquel hombre hablaba en nombre de la India. Me advirtió, no obstante, que sólo hablaría en su nombre, no en el del Congreso. Nuestra conversación se inició en torno al reconocimiento por parte del primer ministro de que la India tenía derecho a optar a la independencia. Para Gandhi eran bienvenidas no sólo sus palabras, sino también el tono general del discurso. —Sin embargo, no puedo olvidar que la historia de las relaciones entre Gran Bretaña y la India es una tragedia repleta de promesas incumplidas y esperanzas defraudadas. Debemos mantener la mente abierta. Aquel que busca realmente la verdad nunca debe dar por supuesto que las opiniones de su contrario son indignas de confianza. Así pues, estoy esperanzado y doy por hecho que todo indio responsable sentirá lo mismo que yo. Creo que esta vez los británicos hablan en serio. El problema es que la oferta ha llegado repentinamente. ¿Se verá empujada la India a la independencia? Hoy me siento como un pasajero que, izado a bordo de un barco en un sillón de mimbre en medio de una tormenta no acaba de recuperar el equilibrio. Debería haber existido cierto grado de preparación psicológica, pero aún estamos a tiempo. La marea del resentimiento ha alcanzado cotas muy elevadas y eso no es bueno para el espíritu. Los últimos dos meses deberían haber estado llenos de gestos generosos. Nos encontramos ante un hito decisivo no sólo en la historia de la India y de Gran Bretaña, sino también en la del mundo. El sentido del mensaje de Gandhi estaba claro. El Gobierno británico había hecho lo correcto, pero en su modo de proceder había faltado un toque de grandeza. Cuando le pedí que me ofreciera ejemplos concretos, mencionó dos. El primero, que la liberación de los prisioneros políticos había sido gradual y aún no había llegado a término. Añadió: —No representan ningún peligro. ¿Acaso iban a oponerse ellos a la anunciada independencia? Una amnistía general habría producido una magnífica respuesta por parte del pueblo. Cuando uno se dispone a traspasar el poder ha de hacerlo con audacia. A continuación pasó a hablar del impuesto sobre la sal. —Su abolición sería un gesto muy apreciado por los campesinos más pobres. Para ellos podría representar más que la misma independencia. En este clima, la sal es una necesidad vital, tanto como lo son el aire o el agua. El campesino la necesita para él, para su ganado y para su tierra. El monopolio desaparecerá en el instante mismo en que

consigamos la independencia. Así pues, ¿por qué no abolirlo ya? Con actos así, el Gobierno podía haber creado entre las masas la sensación de que comenzaba una nueva era. Le recordé a Gandhi que muchos ingleses no alcanzan a comprender por qué los indios prefieren la independencia al status de Dominio de la Comunidad Británica de Naciones. Su respuesta fue sorprendente. —Hubo una época en la que yo me inclinaba por esa fórmula, y de hecho la prefería a la independencia. Ésa fue mi actitud durante la I Guerra Mundial. En mi correspondencia con lord Chelmsford, gobernador de la colonia por aquel entonces, incluso empleaba una expresión que muchas veces ha sido utilizada en contra mía. Deseaba infundir en el corazón de los indios la misma lealtad a la corona británica que pudiera existir en el de un inglés. Fue un futbolista inglés quien me convirtió a la causa del independentismo. Gandhi explicó entre risas que se refería a C. F. Andrews, que había sido un atleta notable en la Universidad de Cambridge, además de rector de la misma. Gandhi añadió: —Andrews me hizo entender el significado del título de rey-emperador. El rey británico es también rey en sus dominios, pero es emperador de la India. Sólo la India constituye el Imperio. Los dominios británicos están poblados por los primos de usted, pero nosotros los indios, que tenemos una tradición y una cultura diferentes, nunca formaremos parte de la familia británica. Sólo podremos pertenecer a una familia de naciones a nivel mundial, pero antes tendremos que dejar de ser una nación desvalida. Así que me propongo conquistar la independencia. Puede usted plantearme la objeción de que al hacerlo renuncio a la protección del ejército y la marina británicos. Si fuera realmente una nación no violenta, la India no los necesitaría. Si, al amor de la libertad, se muestra capaz de vivir con arreglo a ese credo, no habrá poder en la tierra capaz de hacerle daño. Ésa sería la mayor y más gloriosa hazaña de la India y su gran contribución al progreso mundial. "Si los ingleses fuesen capaces de comprender esto, plantearían su ofrecimiento de la independencia en términos diferentes. Hoy por hoy, siguen insistiendo en que el status de Dominio es el mejor regalo que pueden ofrecernos, pero que si los indios optásemos por la independencia nos la concederían. No, esa actitud es equivocada. Me gustaría oír decir a los ingleses: 'Por el bien del mundo, por el vuestro y por el nuestro propio, disfrutaráis hoy mismo de la independencia, del mismo modo que nosotros disfrutamos de la nuestra...' Le pedí a Gandhi que se enfrentase a los temores de sus lectores ingleses y les aclarase de qué modo la independencia india representaría una contribución a la seguridad británica e internacional. Respondió que los británicos no teníamos por qué tenerle miedo a una India independiente. Si los británicos abandonaban el país

como amigos, la India por su parte mantendría siempre una actitud de amistad hacia nosotros. Yo comenté que posiblemente Gran Bretaña tuviera esperanzas de lograr alguna garantía de esa amistad. ¿Estaría dispuesta la India a consolidar una alianza con Gran Bretaña tras su independencia? La respuesta de Gandhi fue inmediata: —Supongamos que la respuesta fuese negativa, ¿dependería el reconocimiento de nuestra independencia por parte de Gran Bretaña de que aceptásemos formar parte de esa alianza? En tal caso, su oferta perdería valor y grandeza. La actitud correcta a adoptar es admitir como justas las reclamaciones indias, aun en el caso de que nos mostrásemos desagradecidos y les pagásemos con su misma moneda. Los británicos no se mostraron así de calculadores en los acuerdos alcanzados con los bóers tras una sangrienta guerra, y los bóers han mantenido su amistad desde entonces. Respondí que Gran Bretaña estaba dispuesta a poner fin a su relación coercitiva con la India, pero que, en un mundo lleno de peligros, era inevitable que se plantease la cuestión de si podría contar con el uso de las bases y puertos estratégicos indios contra el agresor en caso de una guerra defensiva. Si se planteara el tema sin ánimo mercantilista, ¿sería afirmativa la respuesta india? —Los ingleses deberían aprender de los brahmanes y no de los banianos. Debería explicar que el baniano es el comerciante, o como diría Napoleón, el tendero. El brahmán es un hombre lo suficientemente inteligente como para poner lo espiritual por encima de los valores materiales de la vida. "Un novelista de Gujarat escribió que los ingleses son soldados y brahmanes, pero no banianos. Se trata de un veredicto generoso, pero equivocado. Los ingleses aún tienen que evolucionar hacia el espíritu de los brahmanes. Hasta los soldados británicos son calculadores y regatean como los banianos. No logran alcanzar el tipo más elevado de valor. Aún acaricio la idea de que los británicos acaben respondiendo al espíritu indio de la no violencia. Como creador de este movimiento, sé lo que ha significado para el mundo. Ese espíritu es lo más importante en la vida. Siento que es mi responsabilidad ayudar a mis hermanos a no degradarse a sí mismos por medio de las negociaciones. Si usted y yo pudiésemos ascender a ese estado moral, ningún riesgo podría alarmarnos. Es probable que muchos miembros del Congreso no compartan mi opinión y estén dispuestos a discutir una alianza hoy mismo. Sin embargo, la independencia debería ser gratis como el aire. No regateemos con ella. En respuesta a una pregunta posterior, sobre si tras la ratificación mediante tratado de la independencia india sería posible discutir el tema de una alianza de carácter defensivo, Gandhi respondió: —Cuando India disfrute del calor de la independencia, probablemente se adherirá a un acuerdo así por voluntad propia. La

amistad espontánea entre Gran Bretaña y la India se extendería entonces a otras potencias y entre todas mantendrían el equilibrio, ya que sólo ellas estarían en posesión de la fuerza moral necesaria para hacerlo. Desearía vivir 125 años para ver esa visión hecha realidad. Añadió que confiaba en que una Gran Bretaña amistosa y una India independiente firmasen un tratado comercial mutuamente satisfactorio. Incluso estaba dispuesto a conceder prioridad a Gran Bretaña para la importación de mercancías necesarias para la India. Mientras hablábamos de Pakistán, Gandhi mencionó que si no se llegaba a una solución por otros medios, estaría dispuesto a someter todo el asunto al arbitraje internacional. Tampoco debíamos olvidar ese recurso si surgía algún problema insoluble entre Gran Bretaña y la India, por ejemplo, en torno al tema de la deuda, aunque él no preveía que pudiera surgir ningún escollo insalvable. Sus últimas palabras fueron que el hombre se crece con las dificultades. Me marché con la sensación de que había estado conversando con un hombre valiente que tenía el valor de creer que la sociedad debe basarse sólo en principios morales. En medio de nuestras preocupaciones acerca de las amenazas militares, él permanece sereno y reitera con fe inquebrantable su certeza de que sólo será posible alcanzar la seguridad cuando los hombres aprendan a tratarse entre sí como hermanos e iguales. Cualquier otro medio será en vano.

DYLAN THOMAS

Entrevistado por Harvey Breit (The New York Times Book Review, 17 de febrero de 1952)

El poeta galés Dylan Marlais Thomas (1914-1953) nació en Swansea. Hijo de un profesor inglés, trabajó como periodista hasta que la publicación de sus Eighteen Poems (1934) le catapultó a la fama. Su Poemas escogidos (Collected Poems 1934-1952) fueron publicados en 1952 y, para un libro de su tipo, constituyó un éxito de ventas. Su voz poética, su interés en las sensaciones sonoras y su humor se fusionaron en Bajo el bosque lácteo (Under Milk Wood, 1954), una obra para la radio acerca de la vida en una aldea galesa. Escribió también cuentos cortos y guiones para la radio. Murió joven, de resultas de su alcoholismo, durante una gira de conferencias por Estados Unidos. Harvey Breit (1913-1968) estudió en la Universidad de Nueva York y fue columnista y subdirector de The New York Times Book Review desde 1948 hasta 1957. Ayudó a adaptar al teatro la novela de Budd Schulberg The Disenchanted y fue uno de los editores de The Selected Letters of Malcolm Lowry (1964). Fue colaborador de Atlantic, Paris Review, Poetry (Chicago) y New Directions. Escribió también artículos sobre boxeo y béisbol. Muchas de sus conversaciones con escritores, que aparecían regularmente en The New York Times Book Review mientras perteneció a su plantilla, fueron publicados en forma de libro bajo el título The Writer Observed (1956). En 1950 el brillante y parco poeta galés Dylan Thomas nos visitó por vez primera. Ahora ha vuelto, tanto por demanda popular como por deseo propio, para leer sus propios versos y los de otros poetas en la YMHA (Young Women Hebrew Association) de la calle 92, en el Museo de Arte Moderno y en docenas de facultades y universidades. Para celebrar el acontecimiento, New Directions va a publicar sus nuevos poemas, In Contrary Sleep. Como celebración a nivel más personal, este periodista entabló con él una repetición de su conversación previa. Estaba convencido, y era apostar sobre seguro, de que Mr. Thomas no se repetiría, no podría repetirse. Como resultó ser inexorablemente. En el transcurso de nuestra primera conversación (14 de mayo de 1950), Mr. Thomas se describió a sí mismo con las siguientes palabras: 'Treinta y cinco años más viejo, esbelto, de tez oscura, inteligente y de mirada punzante, tierna, enloquecida'. A continuación añadió: "Añada que me estoy quedando calvo y sin dientes. También voy bien

vestido". Mr. Thomas no era esbelto por aquel entonces, y sigue sin serlo. Continúa siendo rubio, su cabello es abundante y revuelto, tiene dientes de sobra y sus ojos son redondos y de expresión adormilada. Es evidente que su ropa de tweed está sin planchar. Mr. Thomas, de hecho, podría haber ocupado el lugar de Heywood Broun en la ocasión en que alguien le describió diciendo que parecía una cama sin hacer. Me alegra informar que sigue siendo, en términos generales, inteligente, imaginativo e intransigente. Al principio, la conversación versó sobre poesía en general y Thomas Hardy en particular, que resultó ser el poeta favorito del siglo para Mr. Thomas. Pero Mr. Thomas es también un prosista de talento, y el que suscribe se preguntaba qué opinaría sobre ambos medios de expresión. Por ejemplo, ¿le interesaba cada vez menos la prosa? —No —respondió Mr. Thomas—, cuando te vas haciendo mayor descubres que se van separando cada vez más respecto a lo que sientes, y que la prosa se vuelve más limpia y concisa. Eso era lo que su seguro servidor opinaba de la prosa de Eliot. Mr. Thomas asintió. —Eliot las mantiene separadas. Emplea una prosa bellísima, aunque sólo porque no tiene nada que ver con los versos. Un poeta no puede escribir prosa extravagante: sería desbordar el cieno. Joyce es exactamente el caso opuesto. Escribía una poesía simple y limpia y una prosa maravillosamente imaginativa. En la mayoría de los casos ocurre lo contrario. Los escritores deberían guardarse sus opiniones para la prosa. —Suponiendo —dijo el entrevistador— que usted no fuera usted y que yo no fuera yo... —Estoy dispuesto a creerlo —dijo sucintamente Mr. Thomas. —... y le preguntara a no-usted por qué los poetas no debieran expresar opiniones en su poesía... —Las opiniones —respondió Mr. Thomas— son el resultado de una discusión con uno mismo y dado que la mayoría de la gente no es capaz de discutir con nadie, y menos aún consigo misma, las opiniones son un horror. Hay opiniones, por supuesto. En la poesía dramática sin ir más lejos, pero la mayoría de nosotros somos poetas líricos. Fue Eliot quien en este siglo demostró que era posible hablar de cualquier tema en verso, excepto sobre uno mismo. ¿No había entonces alguna discrepancia en lo que estaba diciendo Mr. Thomas? —Supongo —dijo Mr. Thomas— que habría que matizar el tema de la opinión. Eso era lo que Mr. Thomas había estado haciendo ¿o no? —El matiz —continuó Mr. Thomas—, la inclinación de la mente, moldea la poesía. Mr. Thomas mantenía su cigarro de los entreactos en la comisura de la boca, inclinando la cabeza para alejarla del humo. —Me gusta escribir la palabra "sangre". Es un tipo curioso de palabra; significa demencia, entre otras cosas. El empleo frecuente de la misma forma parte de mi inclinación mental. Mr. Thomas y su invitado bebieron. —Lo que resulta interesante —prosiguió

tras unos instantes— es el modo en que ciertas palabras pierden, bien su significado o bien su bondad. Por ejemplo, la palabra "honor". Una palabra digna de héroes. En realidad es una palabra más digna de Nerón. ¿Por qué perdían su significado o su bondad las palabras? —Las emplean con asiduidad las personas que no deben —respondió Mr. Thomas, con expresión propia de un búho. ¿Cuánto tiempo iba a estar entre nosotros? —Unos tres meses —respondió Mr. Thomas—. Será mi última visita en algún tiempo. Con eso habré conseguido engañar a todas las universidades y todas las universidades habrán hecho lo propio conmigo. El que suscribe no estaba dispuesto a tomarse en serio semejante declaración. —Como quiera —dijo Mr. Thomas—. Yo sí. ¿Le importaría recapitular? —Poesía —resumió, rehuyendo todo lo que pudiera sonar a teatral—. La poesía. Me gusta pensar que está hecha de enunciados expuestos en el camino hacia la tumba.

SAMUEL BECKETT

Entrevistado por Israel Shenker

(The New York Times, 6 de mayo de 1956)

Samuel Beckett (1906-1989), novelista y dramaturgo francés, nació y se educó en Irlanda. Escribió sus dos primeras novelas y parte de su obra poética en inglés, pero en 1932 tomó la decisión de instalarse en Francia. A partir de ese momento escribiría en francés su trilogía Molloy (Molloy, 1951), Malone muere (Malone meurt, 1951) y El innombrable (Innommable, 1953), así como las sombrías y a la vez cómicas obras de teatro por las que es más conocido, Esperando a Godot (1956) y El juego final (1957). Estas piezas teatrales fueron encuadradas dentro del teatro del absurdo. Fue galardonado con el premio Nobel de Literatura en 1969. Israel Shenker (n. 1925) fue corresponsal en Europa de Time Magazine desde 1949 hasta 1968. A continuación se incorporó como reportero a The New York Times. Samuel Beckett es una presencia enjuta e impresionante, con la furibunda mirada de un apóstol cuya misión fuera convertirse en el flagelo de los pecadores del mundo. Vive en París, en el octavo piso de un bloque de apartamentos de clase media, no más ruinoso que el promedio parisino. Habla con concisión, como sus personajes, con dolorosa indecisión, temeroso de expresarse con palabras, consciente de que hablar no es más que otro modo de levantar polvo. —La primera vez que vine a París, en 1927, lo hice como estudiante del Trinity College, tras graduarme en francés e italiano. En 1928 regresé a la Ecole Normale Supérieure como profesor invitado dentro de un programa de intercambio... "Abandoné el centro en 1930. Había sido nombrado ayudante de la cátedra de Francés en Dublín por un periodo de tres años... Renuncié cuatro trimestres más tarde... No me gustaba la enseñanza. No conseguía centrarme en el trabajo... Entonces abandoné Irlanda. "Estuve en Alemania, en Londres, volví a Dublín. Andaba muy perdido. Guardo una imagen muy confusa de aquella época. Escribí More Pricks than Kicks y Echo's Bones. Y también mi primera novela, Murphy. Eso fue en Londres. Los poemas surgieron aquí y allá, por todas partes. "Tenía un hermano mayor que yo. Se dedicaba al cálculo de materiales en las construcciones, como mi padre. Es un puesto intermedio entre el arquitecto y el constructor. Mi hermano se

hizo cargo del negocio de mi padre cuando éste murió. "No me gustaba vivir en Irlanda. Ya sabe a lo que me refiero... toda esa teocracia, la censura de libros, ese tipo de cosas. Preferí vivir en el extranjero. En 1936 regresé a París y estuve alojado en un hotel durante algún tiempo. Más tarde decidí establecerme y construir aquí mi vida. Eso fue en 1933.

"Mientras vivió mi madre, iba a visitarla una vez al año y pasaba con ella un mes durante el verano. Mi madre murió en 1950. "Hacía muchas traducciones, daba clases (de inglés), y realizaba algunos trabajos para la UNESCO. Pero me adelanto a los acontecimientos. "Estaba en la Ecole Normale, en 1928 o 1929, cuando probé a traducir al francés con un amigo el pasaje de Anna Livia de Finnegans Wake. Ésa fue la primera traducción. Apareció más tarde, revisada por otros, incluido Joyce. El boceto original lo hicimos entre Alfred Peron y yo. Él también está muerto; le mataron los alemanes. "No fui nunca secretario de Joyce, pero como todos sus amigos, le ayudaba. Tenía graves problemas con la vista. Hacía trabajos sueltos para él, como marcarle pasajes o leerle, pero nunca escribí ninguna de sus cartas. "Cuando se desató la guerra en 1939 me encontraba en Irlanda. Regresé a Francia de inmediato. Prefería Francia en guerra a Irlanda en paz. Me marché justo a tiempo. Estuve aquí hasta 1942 y después tuve que marcharme, así que me fui a Vaucluse. Fue por culpa de los alemanes. Porque yo no sabía quedarme callado. Me metí en... ¿Cómo explicarlo? No me gusta hablar de la Resistencia..., se trataba de un grupo francés en el que estaba mi amigo Perón. Nuestra misión era recabar información de todo tipo y enviarla a Londres. Desempeñé toda clase de trabajos... Recibía los fragmentos de información según llegaban, los clasificaba y los pasaba a máquina. "Escribí mi último libro en inglés durante la guerra: Watt. Después de la guerra, en 1945, volví a Irlanda y luego regresé a Francia con la Cruz Roja irlandesa como intérprete y almacenero. La Cruz Roja irlandesa había ofrecido a Saint Lo un hospital enteramente equipado con alimentos y material médico. Fui con ellos a Saint Lo, pero no permanecí mucho tiempo en la Cruz Roja irlandesa. "A pesar de haber tenido que salir huyendo en 1942, logré conservar mi apartamento. Volví a él y empecé a escribir de nuevo, esta vez en francés. Simplemente, me apetecía hacerlo. Fue una experiencia distinta a escribir en inglés. Para mí, escribir en francés resultaba... más excitante. "Escribí todas mis obras muy deprisa, entre 1946 y 1950. Mi trabajo en francés me llevó a un punto en el que me abrumaba la impresión de que estaba diciendo lo mismo una y otra vez. A algunos autores les va resultando más fácil escribir cuanto más escriben. En mi caso se fue haciendo más y más difícil. Para mí las posibilidades eran cada vez más reducidas. Se ha

comparado a Beckett con Kafka, pero él ve más diferencias que similitudes entre ellos. —Me parece que... Sólo he leído a Kafka en alemán. Me refiero a leerle en serio. Excepto por algunas cosas en francés e inglés. Leí El castillo en alemán. Debo reconocer que me resultó difícil llegar al final. El héroe kafkiano es coherente en sus propósitos. Se siente perdido, pero no es espiritualmente inestable, no se viene abajo hecho pedazos. Mi gente parece desmoronarse. Y hay otra diferencia. Dése cuenta de que, en Kafka, la forma es clásica, avanza como una apisonadora..., es casi serena. Parece amenazada ininterrumpidamente, pero la turbación está en la forma. En mí hay turbación detrás de la forma, no en ella. "Al final de mi obra no hay más que polvo..., lo innombrable. En El innombrable se produce una desintegración total. No hay 'yo', ni 'tengo', ni 'existencia'. No existe el nominativo, ni el acusativo, ni el verbo. No hay modo de seguir adelante... Textos para nada fue un intento de superar la actitud desintegradora, pero fracasó. "En el caso de Joyce la diferencia es que él era un soberbio manipulador del material con el que trabajaba, tal vez el más grande. Hacía que las palabras trabajaran al máximo. En su obra no hay ni una sílaba superflua. Por mi parte, yo no soy dueño del material con el que trabajo. "Cuanto más sabía Joyce más podía hacer. Como artista, tiende hacia la omnisciencia y la omnipotencia. Yo trabajo con la impotencia, con la ignorancia. No creo que la impotencia haya sido explotada en el pasado. Parece existir una especie de axioma estético según el cual la expresión es un logro, debe ser un logro. Mi pequeña exploración se circunscribe a esa parte del ser que siempre ha sido descartada por los artistas como algo inutilizable, como algo, por definición, incompatible con el arte. "Pienso que, en nuestros días, cualquiera que preste la más mínima atención a su propia experiencia reconoce en ella la experiencia de un no-conocedor, un impotente. El otro tipo de artista, el armonioso y equilibrado, me resulta absolutamente ajeno. "La expresión abstracta, serena, de Valéry, me parece completamente espúrea... a menos que exista gente cuya experiencia interior sea ésta. Para mí resulta algo inconcebible. "No me interesa ningún sistema. No soy capaz de percibir el menor rastro de sistema alguno en ninguna parte. —¿Por qué decidió escribir una obra de teatro después de escribir novelas? —Yo no decidí hacer una pieza teatral. Simplemente me salió así. —Los críticos han dicho que la estructura y el mensaje de Esperando a Godot permitía al autor prescindir de la pluma en cualquier momento. Beckett disentía. —Una obra en un acto habría sido demasiado poco, y tres actos habrían sido demasiado. —¿Qué hacer, pues, cuando no queda nada por decir? ¿Limitarse a hacer lo que hacen los demás, seguir intentándolo? Beckett replicó: —También hay otros, como Nicolás de

Stael, que se tiran por la ventana después de años de lucha.

NIKITA JRUSCHOV

Entrevistado por Tom Driberg

(Reynold's News, 9 y 16 de septiembre de 1956)

Nikita Serguéievich Jruschov (1894-1971), político y líder soviético, nació en Kalinovka. Fue pastor, cerrajero e instalador de tuberías en una mina de carbón de Donbass antes de afiliarse al Partido Comunista en 1918. Luchó en la Guerra Civil y después se convirtió en funcionario del partido. Tras convertirse en responsable del Partido Comunista de Moscú en 1935, pasó a ser miembro de pleno derecho del Politburó en 1939, siendo el primero de quienes se afiliaron al partido tras la revolución en alcanzar tan destacado honor. Durante la II Guerra Mundial organizó la resistencia guerrillera en Ucrania. Después de la derrota de los nazis, purgó a la oposición antiestalinista de la región. En 1949 empleó su capacidad organizativa para renovar la agricultura soviética. Tras la muerte de Stalin en 1953 Jruschov era el único hombre que ocupaba al mismo tiempo un cargo en el partido (era su secretario) y en el Politburó, con lo que se aseguró la sucesión. En 1956, en el XX Congreso del Partido Comunista, atacó audazmente la política y el culto a la personalidad de Stalin (aunque el texto de su discurso no fue publicado hasta 1989). Dirigió la Unión Soviética desde 1956 hasta 1964. Relajó los peores excesos del estado policial, aplicó políticas de descentralización y reforma económica y realizó esfuerzos diplomáticos para lograr la "coexistencia pacífica" con el mundo occidental. En 1964, mientras estaba de vacaciones en su villa del mar Negro, fue depuesto por una alianza entre Leónidas Brézhnev y Alexéi Kossiguin. Murió en la oscuridad y se le negó el honor de un funeral de Estado o de ser enterrado en el muro del Kremlin. Fue un político creado por la maquinaria del Estado y destruido por la misma máquina que le creó. Según Harrison Salisbury, corresponsal en Moscú de The New York Times en los años cincuenta, Jruschov era "la delicia de los periodistas, porque estaba siempre dispuesto a ser entrevistado. Hablaba sin parar y sus palabras eran interesantes. Era un exhibicionista. Le encantaba estar ante las candilejas; le gustaba hablar de sí mismo y de sus experiencias".

Thomas Edward Neill Driberg (1905-1976), periodista británico formado en el Daily Express de lord Beaverbrook, había sido elegido al Parlamento como independiente en 1942 y posteriormente se había afiliado al Partido

Laborista. Fue nombrado lord Bradwell el mismo año en que murió. Homosexual notorio, sus memorias, Ruling Passions, fueron publicadas postumamente. En 1956, a través de su viejo amigo Guy Burgess, que se había fugado a la Unión Soviética antes de ser desenmascarado como espía soviético, Driberg tuvo ocasión de entrevistar a Jruschov. La entrevista, que se celebró poco después del famoso XX Congreso del Partido Comunista en el que éste había atacado "los errores del estalinismo", duró cuatro horas y media y fue publicada en dos entregas dominicales sucesivas. El fragmento que ofrecemos es la segunda parte. Mi entrevista con el señor Jruschov, secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, duró dos horas y veinte minutos. Tras nuestra discusión sobre el Partido Laborista británico, abordé el tema sobre el que más me interesaba preguntarle, la situación de la Unión Soviética. Mencioné dos palabras que han estado en el aire desde el histórico XX Congreso del PCUS: "descentralización" y "legalidad". Como parte del proceso generalizado de descentralización en curso, el Ministerio de Justicia de la Unión ha sido disuelto, y sus poderes transferidos a ministerios de las diversas repúblicas de la URSS. Había oído decir que esto impediría que se repitieran las transgresiones de la legalidad que ahora habían sido condenadas. Le pregunté al señor Jruschov si creía que sería así. —Creemos que esta decisión contribuirá a impedir violaciones en el futuro y que mejorará el funcionamiento de la justicia en la Unión Soviética, porque la Unión se compone de repúblicas soberanas, con sus propias economías y culturas. La justicia afecta a la gente y ésta vive en las repúblicas. La Unión Soviética en sí es un concepto abstracto: no existe el territorio de la Unión Soviética como tal. Por tanto, la legislación debe hacerse por y para las repúblicas. La Unión Soviética en sí sólo puede ofrecer mecanismos de coordinación y vigilancia frente a legislaciones contradictorias. Para este fin es suficiente la supervisión del procurador, con una comisión especial para toda la Unión. —¿En qué medida existe un criterio punitivo uniforme en las diversas repúblicas? ¿Podría existir la pena de muerte en una república y no en otra? —Es perfectamente posible. Cada república tiene su propio Código Penal. Incluso ahora existen ciertas diferencias, aunque hay cierto grado de coordinación. Mencioné un aspecto menor en el que la descentralización no parecía funcionar adecuadamente aún. Las autoridades soviéticas dan gran importancia a la educación por medio de grandes carteles satíricos. Pocos días antes, en una feria rural atestada de gente en Uzbekistán, había visto unos cuantos que satirizaban la ebriedad, el nepotismo y otros vicios antisociales. Hice una fotografía de uno de ellos y un joven que había en las inmediaciones lo señaló y se dirigió a mí. Mi

intérprete me explicó que estaba preguntando qué significaba el cartel. Al igual que la mayoría de las personas presentes era un uzbeko. El uzbeko es el idioma oficial de Uzbekistán y, aun así, todos los textos explicativos de aquellos carteles estaban en ruso, lengua que la mayoría de los presentes no sabían leer. —Eso demuestra —dijo el señor Jruschov— una organización inadecuada por parte de nuestros servicios de propaganda. —Añadió que se sentía "asombrado por la estupidez" de tamaño error. A continuación saque a colación el tema del Soviet Supremo en comparación con la Cámara de los Comunes británica, como foro para la interpelación y la crítica a los ministros. —El carácter y los procedimientos de ambas cámaras son diferentes. El Soviet Supremo no está en periodo de sesiones todo el año, sino tan sólo en momentos concretos y comparativamente breves. Difícilmente podría haber tiempo para una hora de preguntas al día, como en la Cámara de los Comunes. Durante nuestra estancia en Londres asistimos al turno de preguntas. Me gusta. Es un rasgo democrático de su Parlamento. En cierta medida creo que hace que suba la tensión sanguínea de los ministros. Es democrático e interesante. "Probablemente, deberíamos buscar algún modo de introducir un mecanismo similar en el Soviet Supremo. En este momento no sabría decirle exactamente cuál podría ser, pero no queda excluido algo por el estilo. No obstante, su periodo de preguntas es un tanto teatral debido a su sistema bipartidista: quien plantea las preguntas es fundamentalmente la oposición, mientras que los parlamentarios del Gobierno se limitan, esencialmente, a respaldar a sus líderes. —Hasta cierto punto eso es cierto, pero no del todo. Durante el turno de preguntas la Cámara de los Comunes está menos rígidamente dividida que en otros momentos. Se trata más bien de un vis-à-vis del conjunto de la Cámara con el ejecutivo. Si existe algún caso de injusticia para con un individuo, éste será planteado durante el turno de preguntas por el parlamentario que representa a ese individuo, tanto si es laborista como si es conservador. Añadí que me habían dicho que el foro más eficaz de crítica democrática en la Unión Soviética eran las reuniones ordinarias del Partido. Había expresado mi deseo de asistir a una de ellas, pero me habían respondido que podría resultar difícil, ya que (naturalmente) aquellos que no pertenecían a él no solían ser admitidos. ¿Podría interceder el señor Jruschov? —Le prometo hablar en su favor. Continuó diciendo que se le daba mucha importancia a las reuniones del partido, a las de los sindicatos, "y en general a las asambleas de los trabajadores, en las que se puede plantear cualquier cuestión". En tiempos solían dedicar toda una tarde a las preguntas y las respuestas. Los trabajadores tenían derecho a interrogar a los gerentes de sus fábricas o a los funcionarios de sus

sindicatos. Ninguna pregunta estaba prohibida y si se desconocía la respuesta, había que ofrecerla en la siguiente reunión. Pregunté si se seguían celebrando esas asambleas tan valiosas. No con tanta frecuencia como antes, dijo el señor Jruschov, pero tampoco eran "rehuidas". Antes habían sido obligatorias; ahora eran voluntarias. —Si son voluntarias, ¿no existirá cierta tendencia por parte de los funcionarios y gerentes a rehuir las? Si los turnos de preguntas de la Cámara de los Comunes fueran voluntarios, pocos ministros del Gobierno británico insistirían en celebrarlos. Reconoció que el espíritu burocrático de la naturaleza humana era igual en todo el mundo, "pero con el control de nuestro partido por parte de las masas disponemos de un magnífico remedio contra la burocracia y los líderes y funcionarios están obligados a responder a cualquier pregunta". Añadió que, en ocasiones, esto representa una gran pérdida de tiempo, porque hay gente que nunca está contenta con nada y no hace más que incordiar y molestar a todo el mundo. Me habló de dos de sus experiencias personales durante una reciente visita a Ucrania. Una anciana se había quejado ante él ("era del tipo nervioso y lenguaraz") de que no conseguía que le dieran solución a su problema, aunque había recurrido a todos los funcionarios disponibles. Existe una ley que estipula que si un agricultor de una comuna deja de trabajar en ella, pierde su parcela privada de tierra (cuyo tamaño varía según los distritos). La mujer en cuestión tenía dos hijos que inicialmente habían trabajado en la comuna. Ambos se habían ido a trabajar a una fábrica y, consiguientemente, se habían visto privados de sus parcelas de tierra. Pero ellos, y su madre, aún podían seguir viviendo en la comuna y disponer de las parcelas, de mucho menor tamaño, que se cedían a los que ya no eran miembros. No obstante, la mujer no estaba satisfecha. Quería que le devolvieran también las parcelas de sus hijos. —Después de examinar el problema tuve que decirle que le habían dado la respuesta correcta la primera vez. ¡Así que ahora tampoco está contenta conmigo! —Al menos puede estar seguro de que no votará contra usted. —Sí... ¡Además, no pertenece a mi circunscripción! Seguidamente, me habló de la queja de otra mujer, la esposa de un ingeniero de minas. Su marido había sido enviado a la cárcel porque un trabajador de un pozo que estaba bajo su responsabilidad había sufrido una caída y había muerto. La mujer insistía en que había sido culpa del trabajador por no molestarse en llevar cinturón de seguridad, pero su marido había sido condenado por negligencia en la supervisión. —En un caso así no podía tomar partido. Le pedí a la autoridad judicial que investigara. —¿Tenía ese hombre derecho a apelar a un tribunal superior? —Desde luego. Me temo que no sé si llegó a

ejercitarlo. Supongo que es posible que yo apareciera en escena antes de que tuviera ocasión de hacerlo. A continuación pasé al tema de la prensa soviética. Dije que por lo que tenía entendido, los periódicos estaban repletos de críticas hacia los individuos e instituciones del Estado. —Así es. Supongo que al leer nuestros periódicos, que no contienen más que críticas, nuestros enemigos en el extranjero creerán que estamos en una situación lamentable, que estamos a punto de venirnos abajo. ¡Sea como sea, los años siguen pasando y sobrevivimos! —Y si no hubiera críticas en sus periódicos, la gente pensaría que no tienen ustedes una prensa libre. Además de las críticas en las reuniones del partido y otros lugares, ¿constituye también la prensa un medio valioso para plantear interrogantes y quejas? —Es de una extraordinaria importancia, de interés público, porque no sólo afecta a la persona criticada, sino también a los lectores, que pueden extraer las lecciones correspondientes. —No estoy muy seguro de hasta dónde pueden llegar las críticas. Espero que no le importe mi pregunta, pero ¿tienen los periódicos derecho a criticarle a usted? —Sí. —A Stalin no le criticaban. Sé que por el momento están francamente satisfechos con usted y los demás líderes soviéticos por hacer lo que Stalin no hizo: realizar giras por las diversas repúblicas. —Está usted en lo cierto. Estamos obteniendo una respuesta muy entusiasta en esas visitas. —Pero si en el futuro, por algún motivo, algún editor decidiera que se había hecho usted acreedor a la crítica, ¿la haría pública? —Por lo que a mi tarea como secretario general del Comité Central se refiere, el órgano del partido no me criticaría porque, como mi propio trabajo, se guía por las directrices del Comité Central. Si mi trabajo no se desarrollara con arreglo a la política del partido, tanto el Comité Central como la prensa del partido me criticarían abiertamente. "El Comité Central puede expulsar a cualquiera de sus miembros si no desarrolla su trabajo adecuadamente. Si la persona en cuestión reincide en sus errores, será criticada en los órganos de prensa; si aún así insistiera, sería expulsada del partido. Ésa es, esencialmente, la disciplina del partido. —Si en el pasado los periodistas hubieran criticado a los líderes con más frecuencia, ¿no habría sido posible evitar los errores del estalinismo, o al menos corregirlos antes? —Desde luego, pero tales situaciones se desarrollan durante un largo periodo de tiempo. Son como los tómulos funerarios ucranianos: era tradicional que al morir un gran hombre, todo el que pasara junto a su tumba arrojara sobre ella un puñado de tierra. Así, gradualmente, se iba formando un gran montículo. "Lo mismo ocurrió con el poder de Stalin. Gracias a su trabajo en favor del partido y el pueblo se vio libre de toda crítica. Después, al ir cambiando las condiciones con el tiempo, su peculiar temperamento transformó lo que

había sido positivo y bueno en una fuerza negativa. Ese error ha sido ya reparado por el XX Congreso. —¿Está usted convencido de que la dirección colectiva está ya suficientemente consolidada como para que no se repitan los errores de Stalin? —Así lo creo, pero se trata de una cuestión que depende de las relaciones entre la gente y no sólo de la creación de un marco democrático. Nuestro objetivo es impedir todo resurgimiento del culto a la personalidad y regresar a la línea y métodos leninistas. Lenin era muy estricto en este aspecto. Llegados a este punto, brusca pero amigablemente, la entrevista tocó a su fin, porque el señor Jruschov tenía que asistir a una comida que celebraba el señor Bulganin en honor del presidente de Indonesia. Eran más de las 12.45. La conversación había durado dos horas y veinte minutos. El intérprete y yo salimos a la antesala, donde nos aguardaba el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores. Me comentó más tarde que los teléfonos del secretario privado no habían cesado de sonar en ningún momento, pero que a todos los que llamaban se les había dicho que el señor Jruschov estaba ocupado y no se le podía molestar. La falta de interrupciones en una ocasión así es tan infrecuente como bienvenida.

ALFRED HITCHCOCK

Entrevistado por Pete Martin (The Saturday Evening Post, 27 de julio de 1957)

El director inglés sir Alfred Joseph Hitchcock (1899-1980) nació en East London. Inició su carrera como técnico en 1920 y dirigió su primera película en 1925. Famoso como narrador de historias de suspense, se sentía fascinado por temas como la confusión de identidades, la transferencia de la culpa y el voyeurismo. Su carrera como director se prolongó durante algo más de cincuenta años y fruto de ella son clásicos como *Thirty-Nine Steps* (39 escalones, 1935), *The Lady Vanishes* (Alarma en el expreso, 1938), rodados en Gran Bretaña, y *Rebecca* (Rebeca, 1940), *Rear Window* (La ventana indiscreta, 1955) y *Psycho* (Psicosis, 1960), realizadas para los estudios de Hollywood. Después de una breve etapa como actor secundario en Hollywood, Thornton Martin (nacido en 1901), más conocido como Pete Martin, decidió probar suerte como escritor. Sus obras de ficción no despertaron gran entusiasmo, pero sí su trabajo como reportero para *The Saturday Evening Post*. En 1944 le fue asignado su primer trabajo en Hollywood. En 1953 realizó su primera entrevista importante, una serie de cuatro artículos en los que Bing Crosby narraba su biografía titulada *Cali Me Lucky*. Junto con una serie similar realizada con Bob Hope, estableció nuevos récords de difusión para el *Post*. A lo largo de las décadas de 1950 y 1960 realizó una magnífica serie de entrevistas a celebridades. Siempre con el encabezamiento "I Call on..." tenían a menudo una extensión de varios miles de palabras. Sus protagonistas eran estrellas de cine, cantantes o esa nueva cantera de famosos compuesta por las personalidades de la televisión. Entre ellos estaban Groucho Marx, Kirk Douglas, Jackie Gleason, Julie London, Phil Silvers, Clark Gable, Dinah Shore, Mike Wallace (un entrevistador televisivo), Ed Sullivan, Dean Martin, Lucille Ball, Desi Arnaz, Lawrence Welk, Maurice Chevalier y Zsa Zsa Gabor. Además de estas entrevistas (recopiladas bajo el título de *Peter Martin Calis on...* en 1962) y de sus colaboraciones en las autobiografías de Crosby y Hope, que fueron editadas en forma de libro, fue coautor de las autobiografías de Ethel Merman y de un par de héroes de la II Guerra Mundial, el sargento Charles "Comando" Kelly y el teniente coronel John Morrill. También escribió sendas obras sobre Marilyn Monroe y Walt Disney. La oficina de Alfred Hitchcock estaba en el primer piso de los estudios Paramount. Cuando entré en ella, lo recordé todo. Ya había estado antes en aquel despacho para conversar con Frank Capra o Willie Wyler. No sabría decir exactamente con cuál de ellos. Había pasado mucho tiempo desde entonces, y tanto Capra como Wyler habían abandonado la Paramount hacía años. Por lo que yo sabía, quizá estuvieran a punto de volver. En Hollywood las cosas son así. El rechoncho hombrecillo que ocupaba ahora el despacho tenía una larga nariz de color rosado y hablaba con voz jadeante. No era ni Capra ni Wyler, sino un personaje extremadamente suyo, un tanto excéntrico, si bien una serie de personas de reconocida inteligencia consideran que, en su terreno, Alfred Hitchcock es un director genial sin rival capaz de hacerle sombra. Llevaba una semana intentando verle, pero me habían respondido

que estaba muy enfermo. Más tarde me comunicaron que estaba convaleciente. Finalmente, me aseguraron que si me presentaba en la Paramount a las tres en punto el día siguiente, estaría encantado de recibirme. Cuando me encontré con él tenía un aspecto asombrosamente saludable. Me quedé sorprendido. Le había visto con anterioridad mientras hacía mis rondas por Hollywood y tenía mucho mejor aspecto que entonces. —Según me han contado, ha tenido usted que pasar por el quirófano más de una vez —le comenté—. Ha debido de ser una auténtica conmoción sufrir una operación tras otra... —Un médico de Nueva York me dijo en una ocasión que pertenezco al tipo adrenalínico —me respondió—. Al parecer, eso significa que soy todo tronco y que mis piernas son poco más que vestigiales. Aun así, dado que no soy corredor de fondo ni bailarín, y que en este momento lo que me interesa de mi cuerpo se encuentra de cintura para arriba, no puedo decir que me preocupe demasiado. — ¿Quién es el autor de esa caricatura suya que sale en la televisión? La que está hecha con dos o tres trazos que gradualmente se convierten en su cara. —La dibujé yo mismo —me contestó—. Comencé a esbozarla hace años, cuando era director artístico. Salvo por un detalle, ha experimentado pocos cambios desde entonces. En tiempos tenía más pelo. Y los tres que tenía eran ondulados. —Es curioso lo que ocurre con los televidentes —le dije—. Se habrá dado cuenta de que una de las cosas que más parece impresionarles de usted es que cuando aparece en pantalla les dirige una mirada desdeñosa. Pero aún más que su arrogancia parece fascinarles su falta de respeto por el patrocinador del programa. —Recuerde el viejo dicho: "Que hablen de uno aunque sea mal" —replicó—. Sospecho que a los patrocinadores les gusta que no me muestre obsequioso, aunque al principio les costara habituarse a ello y se sintieran ofendidos por algunos de mis comentarios menos respetuosos. Sin embargo, en cuanto se dieron cuenta, tras echar un vistazo a sus cifras de ventas, de la repercusión comercial de mi menosprecio, dejaron de cuestionar mis puyazos. Hay que reconocer que les costó lo suyo acostumbrarse. La tradición manda que el patrocinador sea el niño mimado de la casa. En semejante ambiente yo era un novedad. "El tipo de humor que quiero emplear en la televisión es el mismo que utilicé en la película *The Trouble With Harry* (Pero... ¿quién mató a Harry?). Harry era un cadáver que constituía un incordio para los que estaban vivos. La embarazosa pregunta '¿Qué vamos a hacer con Harry?' se planteaba una y otra vez. A mucha gente la idea le resultó siniestramente divertida, así que me dije a mí mismo que si la falta de respeto por un difunto era graciosa, también debería serlo la falta de respeto hacia un patrocinador vivo. "Cuando selecciono historias para mi programa televisivo intento que sean tan sustanciosas como estén dispuestos a tolerar el anunciante y la cadena de TV. Intento compensar toda propensión hacia lo macabro por medio del humor. A mi modo de ver, se trata de un tipo de humor típicamente londinense. Es la clase de humor inglés que hace chistes como el del hombre al que llevan a la horca para colgarle. El hombre mira hacia la trampa de la horca, sólidamente construida, y pregunta alarmado: 'Oigan, ¿estará eso seguro?'. "Otro ejemplo de la misma cuerda —continuó Hitchcock— es una anécdota que cuentan acerca del actor Charles Coborn. Me refiero al Charles Coborn original, no al actor de Hollywood, cuyo nombre se escribe de un modo ligeramente diferente. El primero, que se hizo famoso por su interpretación de la canción *The Man That Broke the Bank at Monte Carlo*, asistía durante la guerra al funeral de otro actor llamado Harry Tate, muerto al ser alcanzado por la metralla de un proyectil antiaéreo. En el cementerio se había reunido un gran número de compañeros de

oficio. El viejo Charles era tan anciano que ya se había retirado de la profesión y, mientras bajaban el ataúd al interior de la tumba, un joven curioso se inclinó hacia él y le preguntó en un susurro: "¿Qué edad tienes, Charlie?". "Ochenta y nueve", respondió Coborn. "Entonces casi no merece la pena que vuelvas a casa", dijo el joven. "Es un ejemplo más de la clase de humor a la que me refiero. Pero por si ya conocía esa historia, voy a contarle otra sobre dos criadas que habían salido a pasar su día libre en una feria. Estaban en una caseta contemplando a un hombre que tenía la curiosa idea de que un modo de entretener al público consistía en arrancarles la cabeza a mordiscos a ratas y pollos vivos. En la jerga de las ferias, a las gentes que ofrecen ese tipo de espectáculos se les llama gook. Las dos criadas contemplaban aquello horrorizadas, pero una de ellas no pudo resistir la tentación de hacer algún tipo de comentario jocoso y exclamó a gritos: '¿No le apetecería acompañarlo con un poco de pan?'. Al llegar a este punto, Hitchcock me observó con expresión complacida, como si acabase de sacarse de la manga una delicada y exquisita ocurrencia. Me alegré de haber almorzado ya. No obstante, la referencia a las gallinas fue el desencadenante de mi siguiente intervención. —Según tengo entendido, su padre era criador de pollos —apunté. —Así es —reconoció Hitchcock—. Hay quien defiende la teoría de que la ocupación de mi padre es la causa de que nunca me hayan gustado los huevos. Detesto los huevos. Para mí, no hay en el mundo olor más repulsivo que el que desprenden los huevos cocidos. Pero el trabajo de mi padre no tiene nada que ver con mi reacción. Los huevos me parecen tan repugnantes que siempre que puedo los introduzco en mis películas negativamente, por así decirlo, con el único fin de cubrirlos de la infamia que merecen. Por ejemplo, en *To Catch a Thief* (Atrapa a un ladrón) hice que una mujer apagara la colilla de su cigarrillo en una yema de huevo. —Eso lo recuerdo, aunque no me viene a la cabeza ninguna otra escena de sus películas en la que aparezcan huevos —señalé. —En una película que dirigí hace años, *Shadow of a Doubt* (La sombra de una duda), hay un momento en el que deseaba que un hombre se sintiera conmocionado por algo que decía alguien. Su cuchillo se dirigía hacia un huevo frito y, en el momento mismo en que escuchaba el comentario, éste perforaba la yema, e inmediatamente su viscoso color amarillo se extendía por todo el plato. En mi opinión resultaba mucho más eficaz que ver manar la sangre. "La gente no hace más que preguntarme por qué me interesa tanto el crimen. La verdad es que no me interesa. Sólo me importa en la medida en que afecta a mi profesión. Me aterrorizan los policías. Les tengo tanto miedo que, en 1939, cuando llegué por primera vez a Estados Unidos, me negué a conducir por miedo a que me detuvieran y me multasen. La mera idea de que si me arriesgaba a conducir un coche me expondría día tras día a verme en semejante situación me horrorizaba. Soy incapaz de soportar el suspense. Debí de percibir el asombro en mi rostro, porque se apresuró a darme explicaciones. —Lo que quiero decir es que me resulta insoportable cuando me afecta a mí. La gente me decía que tal vez pudiera superar el miedo a la policía abriendo la puerta de mi subconsciente tras la que se ocultaba una psicosis adquirida durante la niñez. Hurgué en mis recuerdos y abrí la puerta en cuestión. Yo era un mocoso y mi padre me había enviado al comisario local con una nota. Éste la leyó, se echó a reír y me encerró en una celda durante un par de minutos diciendo: "Para que veas lo que les pasa a los niños malos". Ésa era la idea que mi padre tenía de cómo darme una lección. Tras escuchar mi historia, todo el mundo dijo: "¡Por supuesto! Por eso es por lo que temes a la policía". Desgraciadamente, el hecho de

sacar el incidente a la luz no ha servido para aliviar mis temores. Los polis siguen poniéndome la piel de gallina. Le dije que uno de mis toques Hitchcock favoritos era la secuencia de la película Alarma en el expreso en la que dos ingleses discuten las noticias sobre los resultados del críquet. —Se refiere usted a la secuencia entre Basil Radford y Nauntton Wayne. Cuando descubrí a Wayne trabajaba como ayudante en el cabaré del Hotel Dorchester de Londres. Un ayudante es un hombre que no participa propiamente en el espectáculo. Puede ser el colaborador anónimo que entrega al mago el sombrero con el conejo. En el caso de Wayne, anunciaba las actuaciones y rellenaba los tiempos muertos entre los pases diciendo unas cuantas palabras. Radford era el actor principal de la compañía que representaba originalmente Night Must Fall. También es conocido por su interpretación del comandante de la guardia de la película Tight little Island, pero lo que más me enorgullece, aparte de haberles descubierto a ambos, es haberles juntado. Se complementan mutuamente como el pescado y las patatas fritas. —En mi opinión —dije—, la escena en la que intervienen ellos dos constituye una de las más notables del cine de todos los tiempos. Están sentados en una pequeña estación de una ciudad europea, el mundo se desmorona a su alrededor, y su única preocupación es enterarse de cómo van las puntuaciones del críquet en Inglaterra. Como norteamericano —continué—, para mí representa la quintaesencia del espíritu británico. ¿La interpretaron también así en Gran Bretaña? —No —respondió Hitchcock—. Allí saben que se trataba solamente de una exageración humorística. Aunque llamen a esos detalles el "toque Hitchcock", se trata en realidad de ejemplos de humor inglés en los que se lleva a extremos absurdos una fingida indiferencia. "Supongo que se puede decir que es una aproximación indirecta al melodrama. El melodrama es la forma más colorista de contar una historia. Normalmente, sus villanos, sus héroes y sus heroínas son retratos zafios dibujados con brocha gorda. Yo le doy un enfoque un tanto diferente. Nunca he buscado el típico suspense basado en puertas que rechinan. Me resulta más interesante un asesinato cometido junto a un arroyo cantarín a plena luz del sol que el cometido en una callejuela oscura y hedionda alfombrada de basura, desperdicios y gatos muertos. "Mi héroe es siempre un hombre corriente al que le ocurren cosas asombrosas, y no al revés. Por esa misma razón hago que los malos sean encantadores y educados. Es un error pensar que todo delincuente que aparezca en pantalla debe hacer muecas de desprecio, atusarse un bigote negro o darle patadas en el estómago a los perros. Algunos de los asesinos más famosos de la historia de la criminología —hombres para los que el arsénico era un recurso tan repugnantemente compasivo que agredían a las mujeres con instrumentos contundentes— tenían que comportarse como auténticos caballeros para conseguir relacionarse con aquellas a las que pretendían asesinar. Lo verdaderamente aterrador de los malvados es su atractivo superficial, su apariencia amistosa. "No hace mucho escribí un artículo para The New York Times Sunday Magazine en el que describía el atractivo de un asesinato real en comparación con el de uno ficticio. Una vez más hice hincapié en que parte de la fascinación que ejerce el criminal auténtico reside en el hecho de que, en la vida real, la mayoría de los asesinos son gente muy corriente, muy educada, incluso encantadora. He oído a la gente quejarse de que un asesinato de verdad carece de misterio. No creo que eso sea un inconveniente. El suspense es infinitamente más poderoso que el misterio, y tener que leer entera la narración de un asesinato ficticio para enterarme de lo que ha pasado me irrita. "Nunca he recurrido a la

técnica de las novelas policiacas, dado que tiene mucho de impostura, lo que desvirtúa y diluye el suspense. Es posible alcanzar un nivel de tensión casi insoportable en una película aunque el público sepa en todo momento quién es el asesino y esté deseando gritarle al resto de los personajes que participan en la trama '¡Ojo con ése! ¡Es un asesino!'. Allí sí que existe auténtica expectación y un deseo irresistible de saber qué va a suceder, en vez de un grupo de personajes desplegados en una especie de partida de ajedrez humana. Por ese motivo creo que es bueno poner al espectador al corriente de todos los hechos lo antes posible. Esperé impaciente a que terminara de hablar para decirle que no podía estar más de acuerdo con él. Uno de mis pasatiempos, de hecho el principal, es coleccionar, leer y releer historias de crímenes auténticos, en especial de los cometidos en Gran Bretaña. —Algún día —le dije— espero encontrar un editor interesado en convencerme de que debo recopilar una antología de esos relatos tan entretenidos. Habría pagado gustosamente de mi propio bolsillo el viaje para asistir al juicio del doctor Adams, el médico de Eastbourne que tan curiosa atracción ejercía sobre las damas ancianas y generosas de Inglaterra. Abandoné a regañadientes el tema de mi afición y retomé la conversación sobre la técnica cinematográfica de Hitchcock. —¿Cómo resolvería la posible explosión de una bomba en una de sus historias? —le pregunté. —El secreto está en decirle al espectador dónde está la bomba, pero no permitir que los personajes de la historia lo sepan. Imagine, por ejemplo, que usted y yo estamos aquí sentados charlando. No tenemos por qué estar hablando sobre la muerte ni sobre ningún otro tema trascendente, pero si los espectadores saben que hay una bomba a punto de explotar bajo mi mesa, la tensión les resultará insoportable. Por otra parte, si no le contamos al público nada de la bomba que hace tictac bajo mi mesa y ésta explota y nos hace fosfatina, lo único que sacará en claro será una fuerte impresión. Y lo que es peor, no será más que un susto de un segundo en lugar de sesenta o noventa minutos de ansiosa expectación y respiración contenida. —Una de las cosas que más nervioso me ponen de las que usted hace es incorporar en ocasiones algún mecanismo, como un simple cesto o una caja, que se va abriendo lentamente mientras espero comiéndome las uñas sentado en el borde de mi asiento a que surja el horror innombrable que oculta. Entonces aparece algo tan peligroso como un gatito negro. Ha hecho que me prepare para una catástrofe inminente y resulta que ocurre algo inofensivo. — Mediante una ocultación inteligente es posible conseguir que el público atribuya contenidos devastadores a las cosas más inofensivas —me explicó—. Aunque hay que tener cuidado de no defraudarle por completo. Los espectadores reaccionan con un gratificante escalofrío ante cosas que no resultan ser tan malas como esperaban, pero sólo si al final se les hiela la sangre en las venas. En caso contrario, se sentirán decepcionados y saldrán del cine pensando que eres un maldito tramposo. —He notado que en algunos de sus programas de media hora en televisión permite que el público llegue a sus propias conclusiones —le comenté—. Es una técnica nueva para mí. Al menos no había visto antes nada así. —Es todo un desafío rodar treinta y nueve programas al año, cada uno con un giro inesperado al final —me respondió—. Así que a veces dejamos que ustedes aporten uno de su propia cosecha, basado, por supuesto, en lo que acaban de ver y de oír. —Tengo entendido que está usted preparando algo diferente en TV para este otoño —dije—, aunque no estoy muy seguro de qué se trata. —Además de nuestro programa semanal de media hora, voy a rodar diez programas de una hora de duración. En ellos dispondré de más tiempo para desarrollar los personajes. Algunas

historias merecen más tiempo para contarlas que otras. Una de las primeras será un relato de Cornell Woolrich, *Three O'Clock*. Trata de un hombre que fabrica una bomba casera porque sospecha que su mujer tiene un amante y ha decidido matarles a ambos, aunque hacerlo suponga volar su propia casa. Nada más poner en marcha el mecanismo de relojería de la bomba irrumpen dos ladrones en la casa. Le atan de pies y manos y le bajan al sótano mientras roban la vivienda. Después se marchan. El se queda desamparado, oyendo el tictac de su bomba activada y en una situación totalmente imprevista. De hecho, duda mucho que le resulte posible salir con bien de ella. Yo esperaba el desenlace. —¿Y bien? —pregunté. Hitchcock parpadeó con sus grandes ojos en forma de ostra y dijo: —Si cree que le voy a contar lo que ocurre al final está usted muy equivocado —me replicó—. Le sugiero que sintonice su aparato en otoño y lo descubra por sí mismo. "Nunca he pensado que mis películas fueran productos fundamentalmente comerciales —mencionó pensativo—. No obstante, normalmente he tenido que enfrentarme a la firme insistencia por parte de los responsables de los estudios para los que he trabajado de que la historia terminase bien. En esta comunidad si uno no concluye las películas con lo que se ha dado en llamar un final feliz, incurre en un pecado imperdonable, se convierte en lo que en Hollywood llaman 'un aguafiestas'. Si bien en círculos cinematográficos se niega acaloradamente que el espectador medio tenga una inteligencia equivalente a la de un quinceañero, y aunque toda una serie de personas del mundillo da por supuesto que la televisión es sólo para retrasados mentales, la verdad es que a los que hacemos películas para televisión se nos permite indistintamente terminar o no las historias con un final feliz. Así pues, a pesar de las quejas de algunos guionistas televisivos, disponemos de más libertad en la TV de la que se nos concede en el cine. Quizá esto sólo demuestre que la gente está dispuesta a aceptar un tipo de entretenimiento más maduro cuando no tiene que pagar por él. Puede que tenga la impresión de que cuando paga por ver una película ha comprado el derecho a salir de ella sintiéndose satisfecha. "En más de una ocasión me han comentado que si filmase *La Cenicienta*, los espectadores se dedicarían a buscar un cadáver en la carroza en forma de calabaza —continuó Hitchcock—. No les falta razón, pero mi obra no es esencialmente melodramática. Aunque en una ocasión probé a hacer una comedia que tuvo mala fortuna con Carole Lombard, no tiene sentido negar que estoy totalmente encasillado. Si mis películas no produjeran estremecimientos, el público se sentiría profundamente defraudado. —¿Recuerda a Robert Vogeler? —le pregunté—. Era aquel hombre de negocios norteamericano que fue misteriosamente secuestrado en un viaje entre Budapest y Viena. Desapareció como si se le hubiese tragado la tierra. Apareció en una prisión tras el telón de acero y finalmente fue liberado. Cuando leí su historia, pensé: "Cómo puede Alfred Hitchcock seguir haciendo cine si ahora suceden en la vida real cosas que antes sólo ocurrían en sus películas?". — Efectivamente, es un problema —me contestó—. Después de todo, no soy capaz de imaginar un episodio más escalofriante que el vuelo de Rudolf Hess a Escocia durante la II Guerra Mundial. Lo gracioso del asunto es que si hubiese incluido eso en una película antes de que tuviese lugar, nadie lo habría creído. Lo que es más, las cosas han llegado hasta tal punto que la gente que lleva una vida arriesgada y repleta de improbables aventuras, empieza a copiar los recursos que empleo en mis películas. —¿A qué se refiere? —le pregunté. —A casos como el de *Foreign Correspondant* (*Enviado especial*) —respondió—. En esa película un

hombre muere asesinado de un disparo realizado con una pistola oculta en una cámara fotográfica. En mi historia un fotógrafo aborda a un diplomático en la escalinata de un gran edificio y le dice: "Un momento, por favor". A continuación le apunta con la cámara y le dispara. Me impresionó mucho enterarme de que un año más tarde había ocurrido lo mismo en Teherán. —Comprendo que le afectara —comenté. —Al principio pensé que había sugerido un modus operandi para cometer un asesinato real —admitió—. Pero finalmente me reconforté pensando que no había sido más que una coincidencia. No obstante, he de tener cuidado para que la presión de la competitividad en la vida real no me haga ir demasiado lejos en mis películas a la hora de idear situaciones sorprendentes. La clave para que el suspense funcione es su credibilidad. Cuanto más sencillo y hogareño sea, más auténtico resulta el peligro. —Usted ha publicado un libro titulado *Stories They Won't Let Me Do On TV* (Historias que no me dejan rodar para la TV). Lo he visto en las librerías. ¿Por qué fueron rechazadas esas historias? —Por ser demasiado macabras. No intentaré resumirle la trama del relato de lord Dunsany titulado "Two Bottles of Relish". Estoy seguro de que a su editor le desagradaría y la consideraría de mal gusto. Pero hay otra historia en ese libro que quizá él podría saborear. En ella, un hombre asesina a su esposa y la transforma en comida para sus pollos. Después, cuando el inspector de policía acude a cenar a su casa, le sirve un par de ellos. Tragué saliva y extraje un trozo de papel de mi cartera. Le leí en voz alta el comentario que Ernest Havemann, de Theater Arts, había escrito acerca de él.

Prácticamente, cualquier director es capaz de rodar una buena película épica de carácter histórico o de llevar a la pantalla una obra de éxito en Broadway, pero tomar una sencilla idea para un melodrama y darle un tratamiento capaz de mantener al espectador medio muerto de miedo y, a la vez, a punto de caerse del asiento de risa es algo muy diferente.

—Ya lo creo que es diferente —comentó Hitchcock—. El secreto está en el modo en que se articula la historia. En mi caso, cada fragmento y situación de la obra han de estar planeados y decididos antes de empezar el rodaje. A veces planifico más de seiscientas posiciones para la cámara antes de que ésta comience a rodar. Si intentase improvisar una estructura para la trama sobre la marcha, no lograría los efectos ni las reacciones que deseo conseguir. —Debe desperdiciar poca película y tiempo —le comenté. — Prácticamente no sobra ni un metro de película rodada. Se ha dicho que mis historias están tan firmemente tramadas que todo depende de todo lo demás, y que si alguna vez hiciese un cambio sobre la marcha sería como tirar del hilo suelto de un jersey. Es muy cierto. Tomemos como ejemplo una obra teatral previamente escrita, como *Dial For Murder* (Crimen perfecto). Como director de la obra en su versión cinematográfica, casi no tuve nada que hacer. Las diferentes partes y fragmentos de la obra habían sido ya ensambladas sobre el escenario. A menudo me pregunto por qué tantas obras teatrales de gran éxito han sido un fracaso al llevarlas a la pantalla. Pienso que la razón es que alguien ha decidido "ampliar" la obra teatral, añadiéndole exteriores y convirtiéndola en una película. Como resultado desaparecen la solidez y la consistencia anteriores. Una de las

preguntas que quería plantearle era: —¿Es uno de sus problemas dar una explicación a todo lo que ocurre en sus historias, al caos y los criminales? En otras palabras, ¿no deben andar tras algo los malos? —Eso es lo que yo llamo el McGuffin —me explicó—. La trampa, el truco, la parte más excitante. En una historia de espionaje, el McGuffin es aquello que persiguen los espías. En The 39 Steps (39 escalones), los espías buscan los planos del motor de un avión, pero lo curioso es que el McGuffin nunca tiene demasiada importancia. En una película llamada Notorious (Encadenados) hacía que Ingrid Bergman viajase a Suramérica y se relacionase allí con unos espías alemanes. Se planteaba la pregunta de qué buscaban los espías. En otras palabras: cuál era el McGuffin. "Aunque faltaba todavía un año para lo de Hiroshima. Me dije: 'Hagamos que sean unas muestras de uranio'. Tenía el presentimiento de que, en alguna parte, algún espía de algún país debía andar tras una bomba atómica, o tras la información necesaria para fabricarla. Fui con Ben Hecht, el autor del guión cinematográfico, a visitar al doctor Millikan al Instituto Tecnológico de California para averiguar algo que, para nosotros, era una pregunta natural y nada sorprendente: ¿Qué tamaño tiene una bomba atómica? "A Millikan casi se le desencaja la mandíbula. '¿Quieren que les detengan?', balbuceó. '¿Es que quieren que me detengan a mí también?'. Sin embargo, después de estas angustiadas respuestas, recobró la compostura y dedicó toda una hora a explicarnos hasta qué punto era imposible fabricar una bomba atómica. Nosotros no lo sabíamos, pero el proyecto Manhattan estaba ya en marcha y el doctor Millikan era parte esencial del engranaje. Debí de experimentar una extraña sensación cuando le formulamos aquella pregunta, pero, como le digo, hizo lo posible por mantener en secreto sus conocimientos explicándonos lo ridícula que resultaba nuestra idea. No obstante, cuando nos marchábamos le dije a Hecht: 'De todos modos, pienso seguir adelante con el McGuffin del uranio'. Hicimos una película que recaudó siete millones. En la actualidad recaudaría dos o tres veces más. Le pedí que me aclarase el origen del término "McGuffin". — Utilizo mi propia adaptación del término para referirme a los papeles, las joyas o lo que quiera que busquen los espías. La palabra procede de un viejo chiste de music-hall. Van dos hombres en un tren y uno de ellos le dice al otro "¿Qué es ese paquete que hay en el maletero que tiene sobre su cabeza?". El otro le contesta: "Ah, eso es un McGuffin". El primero insiste: "¿Qué es un McGuffin?", y su compañero de viaje le responde "Un McGuffin es un aparato para cazar leones en los Adirondacks". "Pero si en los Adirondacks no hay leones", le espeta el primer hombre. "Entonces eso de ahí no es un McGuffin", responde el otro. Le comenté

que tenía la reputación de que le gustaba hacer bromas pesadas. —Eso es algo que he dejado atrás —me dijo—. Y mucho me temo que si intentase describirle algunas de mis bromas le parecerían estúpidas y rebuscadas, aunque aún me divierto en los ascensores. A veces, cuando un ascensor va lleno de gente me vuelvo hacia alguien que va conmigo y le digo: "Por supuesto, no sabía que el arma estuviera cargada, pero cuando se me disparó le hizo un gran boquete en el cuello. Le voló un trozo de carne y dejó al descubierto un montón de ligamentos blancos. Noté humedad en los pies. Resulta que estaba en medio de un gran charco de sangre". Todo el mundo se pone rígido. Entonces salgo del ascensor y les dejo allí plantados. En una ocasión, mientras describía el imaginario disparo, una mujer imploró al ascensorista: "Déjeme salir de aquí, por favor", y se bajó en el siguiente piso. Quise saber de dónde se sacaba aquellos toques Hitchcock, como el de la gente que se suma a un cortejo fúnebre o se cuelga en un parque de atracciones o en salas en la que están desarrollándose mítines políticos para huir de sus perseguidores. —No hago más que mirar a mi alrededor y preguntarme a mí mismo qué fondo, qué ambiente emplearé a continuación —me explicó—. Algún día haré que el protagonista irrumpa en un hospital fingiendo ser un paciente, se acueste en una de esas camillas con ruedas en las que le llevan a uno hasta el quirófano y, antes de que quiera darse cuenta, le habrán operado. Había oído mencionar que una vez le había dicho a un joven actor que se mostraba muy nervioso ante la cámara: "No entiendo a qué viene tanto desasosiego. Lo único que depende de esta interpretación es su carrera". Quería saber qué había sido de aquel joven. ¿Había progresado su carrera llevándole a ser nominado por la Academia? No tuve la menor oportunidad de averiguarlo. Hitchcock se puso en pie. —Sabrá disculparme, pero llego con quince minutos de retraso a las pruebas de cámara de varias actrices que estoy considerando para mi próxima película. Resulta que la chica que había elegido para el papel tenía un compromiso previo con un pájaro que tiene la nariz aún más larga que yo... la cigüeña. Hay ciertas cosas ante las que ni siquiera un gran director, capaz de prever hasta el último movimiento antes de la primera vuelta de la manivela, puede hacer nada.

FRANK LLOYD WRIGHT

Entrevistado por Henry Brandon (The Sunday Times, 3 de noviembre de 1957)

El arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright (1867-1959) nació en Wisconsin. Se hizo ingeniero civil pero se dedicó a la arquitectura cuando parte del edificio del Capitolio del Estado se vino abajo. Ejerció en Chicago e introdujo innovadores diseños tanto en el campo de la arquitectura pública como privada. Sus trabajos fueron muy renombrados por el uso que hacían de la tecnología y por los interiores diáfanos. Henry Oscar Brandon nació en Checoslovaquia en 1916 y estudió en las universidades de Praga y Lausana. Se incorporó a la plantilla de The Sunday Times (Londres) en 1939 y fue corresponsal de guerra en el norte de África y Europa occidental desde 1943 hasta 1945. Tras breves periodos como enviado en París y corresponsal diplomático sin destino específico, fue enviado a Washington en 1950, donde permaneció hasta su retiro. El mismo año que se celebró esta entrevista recibió el premio al mejor corresponsal extranjero otorgado por la Universidad de California en Los Ángeles, así como el premio Hannen Swaffer en 1964. En 1956, Brandon le sugirió al editor de The Sunday Times en Londres que el periódico debería publicar una serie de conversaciones grabadas en cinta con destacados norteamericanos. Señaló que "empezaba a ser cada vez más importante que los periódicos demostraran que podían hacer determinadas cosas que hasta entonces eran, hasta cierto punto, monopolio de la televisión y la radio... y que sería un modo de contar con la presencia de importantes personalidades, a las que resultaría difícil persuadir para que escribieran artículos para los periódicos". Su conejillo de Indias para este experimento fue el arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright, que en opinión de Brandon (y no se equivocó) podría dar buen resultado delante de un micrófono. "Era el personaje ideal para una entrevista", escribió Brandon. "Era beligerantemente creativo y, por consiguiente, despertaba controversia. Y dado que adoraba la controversia, no sólo disfrutaba alimentando el fuego, sino que siempre estaba dispuesto a iniciarlo él mismo. Podía permitirselo. No sólo se sentía orgulloso de sus logros, sino que también era un extraordinario conversador. Tenía el don de la palabra, un dominio tal del lenguaje que se sentía capaz de salir victorioso en cualquier debate. Si lo consideraba necesario, recurría a algún razonamiento lleno de autoridad que uno no osaba contradecir. En esos momentos resultaba intimidante;

pero Wright podía igualmente desechar los comentarios con una frase serena y llena de humor. Era entonces cuando me hacía sentir que exudaba grandeza. Las Conversation Pieces de Brandon para el Sunday Times incluyeron entrevistas con John F. Kennedy, sir Isaiah Berlín, la doctora Margaret Mead, Arthur Rubinstein, Edmund Wilson, Marilyn Monroe y Arthur Miller, Peter Brook, Peter Ustinov y James Thurber. Posteriormente, fueron recopiladas y publicadas en forma de un libro titulado Conversations with Henry Brandon (1966). Frank Lloyd Wright es uno de los norteamericanos más auténticamente norteamericano y controvertido de nuestros días. A sus ochenta y ocho años de edad está trabajando en un edificio de 1.600 metros de altura para Chicago, una sinagoga para Filadelfia, el Capitolio del Estado de Arizona, el Museo Guggenheim de Nueva York, una fábrica en San Francisco, una cadena de moteles por todo el país, un monumento conmemorativo en Venecia, un edificio comercial en Venezuela y cuarenta casas en veinte estados de Estados Unidos. Acabo de llegar de verle y el magnetófono me permite reproducir exactamente sus palabras. Empecé sugiriendo que lo que solemos llamar arquitectura "moderna" ha agotado ya sus posibilidades. — Antes de responder, quizá desee definir la arquitectura "moderna". — Bueno, arquitectura moderna es cualquier cosa que se construya hoy. Es un término ambiguo, pero "arquitectura moderna" no significa necesariamente arquitectura nueva. La arquitectura nueva es la arquitectura orgánica. — Su arquitectura orgánica es realmente... — Una influencia natural. — ¿No es acaso una influencia oriental? — No, excepto en que su filosofía puede que sea oriental. Fue el Tao el que declaró que la realidad de los edificios no eran las paredes y el techo, sino el espacio interior en el que se vive. El espacio interior era la realidad del edificio. Eso significa que hay que construir desde dentro hacia afuera, y no de fuera a adentro, como siempre se ha hecho en Occidente. En la medida en que eso sea taoísmo, supongo que la filosofía es oriental. Pero de algún modo, sólo Occidente ha construido siguiendo esa filosofía. Nuestra arquitectura "orgánica" resulta ser la expresión original de esa idea. El concepto del espacio en la arquitectura es orgánico, y "orgánico", tal y como empleamos el término, significa "natural", significa "esencial". Significa perteneciente a en lugar de encima de. — Estoy de acuerdo en que debe existir un vínculo próximo entre arquitectura y naturaleza. Fue eso lo que me extasió de la casa japonesa. Pero ¿cómo se puede adaptar esta filosofía o arquitectura orgánica a las ciudades de hoy en día? Carecen de espacio. — No se puede. La ciudad de nuestros días tendrá que agotar su ciclo vital. Está llegando ya a término debido a sus excesos. Los excesos la están

arruinando. Cuando necesitemos un modelo de ciudad nueva, lo encontraremos en términos orgánicos y será más una agronomía. Formará parte de la tierra y estará prácticamente en todas partes. Las grandes concentraciones que son hoy las ciudades son vestigios del feudalismo. Tenemos que seguir adelante y hacer mejor uso del suelo. —¿Pero no perderemos así la poca intimidad y serenidad que quedan en nuestros paisajes, en nuestro campo? —Todo lo contrario. Si recurrimos a la arquitectura adecuada no violentaremos el paisaje como hacemos ahora. Me horrorizaría que el tipo de arquitectura que hacemos hoy en día saliera al campo. En la arquitectura orgánica la naturaleza de la cosa sugiere su forma. Los edificios así construidos harían más bello el campo, en vez de afearlo. Por supuesto aún queda mucho camino por recorrer a lo largo de una línea cultural de la que aún carecemos. —Ha estado usted recientemente en Londres. Probablemente viera que, en gran parte, ha sido destruido, y también que se ha avanzado mucho en su reconstrucción. ¿Qué consejos tiene usted para una ciudad como Londres? —Londres tiene una ciudad dormitorio, Londres tiene suburbios, y creo que para Londres serían importantes los exurbios. Debería adentrarse tanto en el campo como sea posible, manteniendo la vieja ciudad, los viejos edificios y las viejas condiciones de vida como monumento al pasado. Me ha apenado comprobar que el rascacielos está a punto de invadir Londres. Lo vi en una revista ilustrada: un hotel tan alto como un edificio de oficinas, una verdadera trampa para ratas en pleno corazón de Londres. Espero que jamás lleguen a construirlo. —¿Por qué está usted en contra de los rascacielos? Son la principal contribución americana a la arquitectura. — El rascacielos es el responsable de la congestión y está haciendo que la ciudad de hoy sea imposible de usar. Los rascacielos apilan a las multitudes a gran altura, las vierten a las calles, luego vuelven a apilarlas y las calles no son, con mucho, lo suficientemente anchas. "París es tan hermoso hoy en día porque produce esa sensación de espacio que ofrece la ausencia de rascacielos. Londres tiene algo de eso y si es invadido por los rascacielos lo perderá. Creo que tampoco deberían reconstruir las zonas bombardeadas. Deberían destinarlas a zonas verdes. Las zonas verdes de Londres son una de sus bellezas. ¿Por qué no ampliarlas y permitir que la gente se abra hacia el campo con nuevas casas, de un modo que no dañe al campo y que beneficia a quien lo invade? —¿Qué impresión le produjo Londres? —Creo que vale la pena preservar la mayoría de sus edificios: son ejemplos interesantes del viejo orden. Pero, en comparación con lo que podemos construir hoy en día, son extremadamente inútiles. Con el tiempo se convertirán en reliquias y dejarán de resultar atractivos. Londres está

bastante atrasado respecto a lo que llamamos arquitectura moderna y tiene muy pocos o ningún ejemplo de arquitectura orgánica. "Verá, la arquitectura que llamamos orgánica es una arquitectura natural y no emplea el acero como si fuera madera. Las estructuras metálicas del siglo XIX eran iguales que las de madera. Empleaban el acero a modo de vigas, puntales y demás, pero eso no es orgánico. Nosotros empleamos el acero suspendido en ramales por su resistencia a la tensión, o enterrado en hormigón por su resistencia a la compresión. El sistema fue inventado por los franceses y lo llamamos hormigón armado. —Desde luego lo que ha venido usted construyendo es audaz y revolucionario, pero observando algunas de sus estructuras no puedo menos que preguntarme cómo se sostienen en pie. —Por sí mismas. Coja, por ejemplo, mi edificio de 1.600 metros de altura. Tiene una espina dorsal de la que salen costillas. En el Museo Guggenheim la espina es helicoidal y las costillas, o si lo prefiere, los pisos, sólo crecen hacia adentro. La pared exterior es la espina o soporte y el suelo sale de ella en voladizo. —¿Pero resulta seguro sin apoyo en sus márgenes internos? —¡Mi pulgar no tiene apoyo en su extremo! Su único soporte es el lugar en el que se une a mi mano. Éste es el modo en que se emplea el acero en el siglo xx, pero en nuestras ciudades sólo se practica la arquitectura del XIX: grandes bastidores de acero que se oxidan por las juntas. La mayoría de los arquitectos que hemos llamado "modernos" son en realidad empapeladores de fachadas. Carteles de whisky, carteles de jabón... No son verdadera arquitectura. Están bien para las ciudades y son todo lo que éstas se merecen de momento, pero no los llamemos arquitectura. —Personalmente prefiero las fachadas de los viejos edificios de Park Avenue y la Quinta avenida. La majestuosidad, la dignidad y el sentido de la proporción de las avenidas desaparecerán cuando esos viejos edificios sean reemplazados por las nuevas y austeras estructuras de acero y cristal que parecen todas iguales. —Eso es una cuestión de gustos y el gusto es siempre una cuestión de ignorancia. Tiene gustos porque no tiene conocimiento. Y si tiene gusto por lo viejo, le gusta lo viejo; si tiene gusto por lo nuevo, le gusta lo nuevo. Pero nada de todo eso es realmente arquitectura. La arquitectura es algo más profundo. Es el marco de la existencia humana. Debemos dedicar más esa existencia a la belleza. Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo duraremos si nos abandona el principio poético? ¿Cuánto tiempo puede durar una civilización sin alma? La ciencia no puede salvarnos; nos ha llevado al borde del abismo. Tendrán que hacerlo el arte y la religión, que son el alma de la civilización. "La arquitectura es el único recuerdo que nos queda hoy de aquellas civilizaciones que se han desvanecido en la distancia. Cuartos de baño, inodoros y radiadores, eso es

todo lo que encontrarían de nuestra civilización actual dentro de unos cuantos siglos. La arquitectura significa de la naturaleza de la cosa, sea ésta la que sea y por la naturaleza de la cosa, sea ésta la que sea. "La mayor parte del gusto educado en nuestros días es un gusto adquirido. No tiene nada que ver con cierta percepción del carácter beneficioso de la cosa percibida; sólo con si nos gusta o no. ¿Y quiénes somos nosotros? Tan sólo cosas artificiales cuyo gusto puede ser atroz. Así pues, si creamos una cultura que cultive el gusto, nos encontramos con una ensalada aleatoria de todo tipo de cosas, pero si volvemos a la naturaleza y hacemos las cosas con arreglo a ella, adquirimos un sentido de la propiedad. No de posesión, sino de lo apropiado en el carácter de todas las cosas. —¿Y está usted convencido de que la arquitectura moderna evolucionará en esa dirección? —Sí, será arquitectura orgánica. Fue la base de la llamada arquitectura moderna, pero la arquitectura orgánica partió de una negación inicial que fue extremadamente limitadora y afectó a gran número de arquitectos, que siguieron la negación en vez de profundizar en la afirmación de la que eran capaces y que es la que hoy practicamos. —La arquitectura moderna nació en tiempos de escasez, en un periodo utilitarista. Ahora vivimos una era de mayor abundancia que, pongamos, hace veinte años. ¿Se verá esto reflejado en la arquitectura? ¿Hará ésta un mayor uso de la decoración artística? —Inevitablemente, pero no de la decoración en el sentido en que la conocemos. Será algo más parecido a lo que se ve en la naturaleza, en el jardín, en los árboles, por todas partes. Si hay ornamentación, ésta será la natural del medio ambiente. Y si hay un edificio será natural respecto a su propósito en ciertos sentidos. Todo reflejará la verdad de la naturaleza. "Por supuesto, es mucho pedir y llevará tiempo alcanzarlo, pero es hacia donde nos encaminamos. La arquitectura va profundizando cada vez más en la naturaleza, que es la madre de la arquitectura, sin la cual no existe cultura. "Nosotros, los norteamericanos, tenemos una vasta civilización y carecemos de cultura porque no tenemos arquitectura propia. Washington, nuestra capital, no representa a nuestra arquitectura. El Capitolio, por ejemplo, representa la historia norteamericana. No juzgo su arquitectura, sino que lo respeto por lo que es. Llevamos mucho tiempo saliendo malparados, copiando a la Europa del siglo XIX. Ahora los estadounidenses empiezan a percibir la importancia de tener su propia arquitectura, la importancia de la arquitectura orgánica. Ayer pronuncié una conferencia sobre el tema en el Instituto Internacional de Arte Contemporáneo y asistieron alrededor de mil quinientas personas. Resulta alentador. Se está produciendo un renacimiento de la arquitectura en Estados Unidos y estamos aportando la nuestra: la arquitectura orgánica.

ERNEST HEMINGWAY

Entrevistado por Milt Machlin (Argosy, septiembre de 1958)

El escritor americano Ernest Hemingway (1889-1961) empezó su carrera como periodista durante la I Guerra Mundial. Permaneció en Europa tras la guerra y su primera novela, Fiesta (The Sun Also Rises, 1926), trataba de la desolación de los expatriados estadounidenses que vivían en París. La segunda, Adiós a las armas (A Farewell to Arras, 1929), era una historia de amor que transcurría en el frente austro-italiano durante la I Guerra Mundial, escenario en el que Hemingway había estado presente. Fue también corresponsal en España y otra novela posterior, ¿Por quién doblan las campanas? (For Whom the Bell Tolls, 1940), tenía como telón de fondo la Guerra Civil española. Estas obras estaban protagonizadas por héroes americanos desarraigados que se veían arrastrados a los conflictos morales y políticos de la Europa del siglo xx y hacían alarde de "elegancia bajo la presión". Estaban narradas en un estilo directo que prescindía de la puntuación convencional y rehuía la escritura elaborada. En 1945 se fue a vivir a Cuba, donde escribió la novela corta El viejo y el mar (The Old Man and the Sea, 1952). Fue galardonado con el Nobel de Literatura en 1954. Pasó sus últimos años en Idaho, donde siguió llevando una vida al aire libre y finalmente cayó presa de una enfermedad depresiva que le llevó al suicidio. Robert Milton Machlin nació en la ciudad de Nueva York en 1924 y tras servir en el ejército de Estados Unidos durante la II Guerra Mundial se graduó en la Brown University y en la Sorbona de París. Dio sus primeros pasos en el periodismo como reportero y columnista del Morning Leader de Clifton (Nueva Jersey), y desde 1953 hasta 1955 trabajó para Magazine House. A continuación fue director de la revista People durante un par de años. Desde 1960 hasta el presente ha sido director gerente de Argosy y su director desde 1960 hasta 1975. Ha publicado artículos en New York, The New York Times, Coronet, This Week y Pageant. Fue coautor de Ninth Life (1961), dedicada al prolongado juicio y la ejecución de Chessman. Escribió The Search for Michael Rockefeller (1972), que fue convertida en una película para TV, y también The Private Hell of Hemingway (1962). Es autor además de un par de libros sobre platillos volantes y varias obras de ficción y no ficción. En 1976 obtuvo el premio especial Mystery Writers. La última vez que vi a Papá casi me tumba de un papirotazo. Por supuesto, todo fue un malentendido. Aun así, me dio

*la impresión de que el jefazo sobrestimaba mi influencia sobre Ernest Hemingway, el Gran Padre Blanco de la literatura americana y el mayor escritor de aventuras que jamás haya habido. —Si tan amigo eres de Hemingway —me dijo el jefazo—, ¿por qué no te pasas por Cuba y le preguntas cómo le va todo? Sin que me diera tiempo ni a decir "Adiós a las armas", me encontré a bordo de un avión y en un santiamén me enfrenté a un gigantesco daiquiri en el bar Floridita de La Habana. Aquel daiquiri en particular se llamaba Papa's Special porque había sido inventado por Hemingway. Contenía un chorlito de lima, un chorrito de zumo de uva, algo de hielo y cuatro onzas de ron. Normalmente, he de meterme alrededor de medio litro de ron en el cuerpo para hacer el necesario acopio de valor para visitar a Papá en su fortaleza, Villa Vigía, en San Francisco de Paula, a unos 30 kilómetros de La Habana. La situación era como sigue. Uno: Hemingway es el mejor escritor del mundo y la mayor autoridad sobre caza, pesca, ingesta alcohólica y otras viriles ocupaciones. Dos: éste es el año de Hemingway, ya que están en exhibición nada menos que tres nuevas películas sobre obras de Hemingway. Tres: la obra más reciente de Hemingway, *El viejo y el mar*, es la historia de peces más épica, piscícola, masculínica, que jamás haya sido proyectada en la pantalla. Ésa era la situación tal y como la veía el jefazo. Desde el punto de vista de Hemingway era un tanto diferente. Uno: Papá detesta las entrevistas y no las concede excepto cuando le fuerzas la mano. ¿Y quién es el guapo que se atreve a hacer una cosa así? Dos: A Papá le importan un ardite todas las películas jamás filmadas, incluyendo la obra maestra de Hemingway. Tres: Papá está enfrascado en este momento en el trabajo más extenso de su vida que, según se rumorea, abarcará entre tres y seis novelas dedicadas en gran medida a la II Guerra Mundial y tiempos posteriores, así que no está de humor para que le interrumpen. Cuando Papá está trabajando no contesta al teléfono. Cuando no está trabajando se pone a veces, cuando le viene en gana, en el supuesto de que quien llama pueda explicarle en español a René, el sirviente que contesta el teléfono, qué demonios quiere. Cuando Papá no está trabajando, prefiere ir tras el marlín blanco, una variedad de pez vela, en el Pilar, su "máquina de pescar" de cuarenta y dos pies de eslora, si es temporada; o cualquier otra cosa que sea lo suficientemente grande y excitante en caso contrario. Papá es un hombre muy bondadoso. Todo el mundo lo dice y es verdad. Pero Papá es una persona para la que su vida privada dene un valor incalculable. La primera vez que vi a Papá ascendí hasta su porche sin ser invitado mientras él leía el correo y consumía su dosis medicinal vespertina de MacNish. Esto ocurrió antes del famoso accidente de avión en África, en el que se había machacado la*

espinas dorsal, se había reventado el riñón derecho, había sufrido lesiones intestinales y una conmoción cerebral. Fue cuando Papá estaba en magníficas condiciones de salud. Dado que había oído historias sobre cómo el propio maestro había sacado a patadas de su propiedad a más de un periodista, me había fortalecido en la aldea próxima con ayuda de un anestésico local, ron de barrica. Golpeé el marco de la puerta con autoridad. En el interior de la confortable casa de estilo español resonó un dolorido bramido. —¿Qué demonios quiere? Le expliqué mi peregrinación. —¿Para qué demonios piensa que me he venido a vivir aquí? —preguntó Papá, y sin más dilación respondió a su propia pregunta—: ¡Para alejarme de malnacidos como usted! Fue entonces donde la carga de ron con la que me había impregnado dio resultados positivos. Mi valor no conocía límites. —Mire, señor Hemingway —dije con sencilla dignidad—, ya me dio con la puerta en las narices su sirvienta esta tarde, luego lo hizo su doncella. He decidido que si alguien tiene que darme calabazas, tendrá que ser el jefe en persona o si no... bueno, algo así. Supongo que fue mi audaz respuesta la que rompió el hielo, ya que me invitó a entrar, a sentarme, a tomar algo, a charlar y a no publicar ni una palabra. Aquello no me era de gran ayuda pero decidí que qué demonios, no tenía ningún sentido volver sediento a casa. No sé qué diría Papá, pero yo me lo pasé de miedo aquella tarde, bebiendo y charlando. A Papá le gusta beber y le gusta hablar. Un quinto y medio de escocés más tarde habíamos abordado los siguientes temas: mujeres (españolas, francesas, italianas, japonesas y griegas); pescado (trucha, marlín y sierra en escabeche; una especie de caballa); comentaristas deportivos (a él le gusta Jimmy Cannon); boxeadores (Joe Louis); jugadores de béisbol (DiMaggio, ¿quién si no?); vino (valpolicella, orvieto, manzanilla); cerveza (en una ocasión escribió en apoyo de una marca americana) y fútbol estadounidense, entre otras cosas. Puedo decir que Papá es un experto en todas estas cosas y más. Pero, sorprendentemente, escucha más que habla, y si no se anda uno con ojo, acaba concediéndole una entrevista en vez de obteniéndola. Cuando llegamos al fútbol, empecé a explicar cómo en mi alma mater, la querida y vieja Brown, el exterior se abría para bloquear al contrario. Papá estaba demostrando cómo los centrales inmovilizaban a los placadores cuando jugaba para Oak Park High, en Illinois. De un modo u otro, ambos acabamos de culo en el suelo, situación en la que nos encontró Mary, la rubia esposa de Hemingway, cuando apareció para anunciar que ya iba siendo hora de que Papá entrara a cenar y de que yo me marchara a casa. Supongo que tenía razón. Me fui a casa y, antes de mi partida, Papá me prometió que la próxima vez me concedería una entrevista de las buenas de

verdad. Hace seis meses me presenté de nuevo en casa de Papá. La revolución iba a toda marcha en Cuba. Aparecí en plena noche con ropa militar de faena, gafas de sol y zapatillas de deporte. Cuando las cosas se tranquilizaron (fue la ocasión en que casi me tumban de un papirotazo), me explicaron que había ciertas cosas que no se hacían en los alrededores de Villa Vigía. Uno no se presentaba sin previo aviso, especialmente si iba calzado con zapatillas que no hacían el menor ruido. Uno no llevaba ropa militar de ningún tipo en ningún lugar de Cuba a menos que estuviera dispuesto a liarse a tiros con uno u otro bando. Y uno no se presentaba esgrimiendo una invitación de hacía cinco años. Con todo, Papá se portó bien conmigo. Bebimos algo y hablamos de París (Dome, Coupole y los cambios acaecidos desde la guerra); boxeadores (le seguía gustando Louis, pero admiraba también a Ray Robinson); revistas (tenía algunas de sus primeras notas de rechazo de Argosy), y de por qué yo no podía obtener la historia que buscaba. Por mi parte, en aquel momento estaba interesado en la colección de armas de Hemingway. —En primer lugar, no colecciono armas. Tengo algunas armas con las que me gusta disparar. Adoro mi Springfield 30-06, pero no es buena idea tener armas en casa en tiempos como los que corren. Por lo que pude deducir, ni siquiera era buena idea hablar demasiado de ellas. Papá no tenía buen aspecto. Había ganado algunos kilos y sólo bebía un poco de vino ligero. Tenía una señora panza. Desde que tuvo el accidente, Papá se va normalmente a la cama a eso de las diez. Una muestra de su bondad es que parece incapaz de echar a la calle a un huésped una vez establecida una relación agradable a base de bebida y conversación. Pero su esposa Mary hace las veces de cancerbero y conciencia. A las nueve y media se aclaró la garganta y a las nueve treinta y cinco ya estaba yo despidiéndome y encaminándome hacia la puerta, con la promesa de que la próxima vez, y esta vez iba en serio, obtendría una historia como Dios manda. En mi tercer asalto con Papá, descubrí ciertas cosas. Papá jamás rompe las promesas que les hace a sus amigos, e incluso a sus conocidos, pero no está dispuesto a alterar su programa de trabajo por nada del mundo. Desde casi el alba hasta al menos la una y media de la mañana, Hemingway escribe en una torre blanca (¡palabra!) que corona Villa Vigía y que probablemente sea la causa de su nombre. Desde ella hay una asombrosa vista de La Habana y sus alrededores. Después de tres días de intentarlo, conseguí ponerme en contacto con Papá por teléfono. Me dijo que estaría encantado de verme pero que en ese momento no tenía tiempo para hablar. Me llamaría cuando estuviera listo. Un día después, más o menos, había perdido 150 dólares en una desquiciante partida de blachjack en el casino del Hotel Riviera, donde me hospedaba, y esperaba

impaciente que sonara el teléfono. El tiempo corría. Me estrujé el cerebro en busca de un cebo que pudiera enganchar a Papá antes de que se me acabara el dinero para gastos y me viera obligado a regresar a casa trabajando a bordo de un barco bananero. Busqué a todos los viejos amigos de Papá. Fui a Cojimar, la aldea de pescadores donde amarra su barco, y hablé con los pescadores que le conocían. Hablé con su barquero, Gregorio Fuentes, un canario que celebraba sus veinte años como capitán del Pilar. Hablé con Elicio Argüelles, deportista y millonario cubano que es el principal colega de pesca de Papá, junto con el primo de Argüelles, Mayito Menocal, otro deportista y millonario cubano. Descubrí que casi todos los amigos de Papá son cubanos y que ninguno de ellos, en la medida en que pude descubrir, es escritor ni está relacionado ni de lejos con las artes. Además de ser escritor y un gran lector, Papá es uno de los menos artísticos bastardos que imaginarse pueda, al menos visto desde fuera. Finalmente, y casi por accidente, di con ello. Le estaba leyendo a Papá por teléfono un fragmento sobre El viejo y el mar que venía impreso en un panfleto de la Warner Brothers que casualmente llevaba encima. El texto hacía referencia a Argüelles de un modo un tanto ambiguo, cosa que hice notar a Papá. Comenté que tenía otros papeles publicados por la gente del cine y que, ¿quién sabe?, tal vez fueran también equívocos, si no totalmente inexactos. Papá se tragó el anzuelo como un pez espada miope. —¡Quiero verle aquí a las seis y media! ¡Y traiga esos papeles de la Warner consigo! —rugió. A las seis y veinticinco, el fotógrafo cubano Tony Ortega y yo llegamos ante la cancela pintada de blanco de Papá. Había un enorme cartel: NO SE ADMITEN VISITAS SIN CITA PREVIA. Por primera vez la tenía. Percibí un nuevo ornamento en la parte superior del portón principal de Papá que no estaba allí en mi anterior visita. Alrededor de cinco hileras de alambre de púas coronaban la verja que rodeaba los quince acres de la propiedad de Hemingway y la puerta de entrada. Le pregunté al viejo que se encargaba de vigilar la puerta a qué venía aquello. ¿Rebeldes? —Ladrones de mangos. —Sonrió mostrándonos sus encías desdentadas. ¿Ladrones de mangos? Eso fue todo lo que pude sacarle al anciano. Ya había oscurecido. Recorrimos la carretera sin iluminación en medio de una serenata de cacareos de gallinas, ladridos de perros, gruñidos de cerdos y llantos infantiles, que surgía de las casas que había junto a la propiedad de Papá, a nuestra derecha. Por encima de todo se escuchaba el palpar de un danzón a todo volumen. Procedía de la máquina de discos del bar de la ciudad, que estaba a un cuarto de milla de distancia. Papá nos recibió en la puerta. Se mostró amable pero tenso. Para empezar, el fotógrafo le ponía nervioso. Le prometí que no tomaríamos ninguna foto, pero Tony le rogó

que le permitiera tomarle una a título puramente personal, para conservarla él. Papá dijo: —Antes le permitiría que me diera un puñetazo en la nariz —pero posó. Jamás había visto antes a un hombre tan asustado ante una cámara. Se quedó paralizado. —Ustedes siempre empeñados en conseguir que haga el ridículo. ¿Qué intenta hacer? —le preguntó a Tony—. ¿Pillarme con la boca abierta? Hoy es domingo. Estoy intentando tomármelo con calma. No soy un artista de cine. Guarde esa cámara. Estaba aterrorizado. ¿Había descubierto la única cosa a la que Papá le tenía miedo! Le dije a Tony que guardara la Rollei. —Miren, es domingo, no dispongo de mucho tiempo para relajarme. Si quieren charlar con tranquilidad, adelante. En caso contrario... —Desechó el tema—. ¿Quieren beber algo? Yo acepté un escocés. Él me tendió la botella para que me sirviera yo mismo y me miró con ojo crítico mientras lo hacía. —Ha perdido peso, ¿verdad? Ya me había dado cuenta anteriormente de que tenía una memoria fenomenal. Recordaba hasta los menores detalles de la reunión que habíamos tenido cinco años atrás. Se puso en pie. Llevaba puesta una guayabera cubana sin mangas, una especie de camisa deportiva plisada que se lleva por fuera del pantalón, y los pantalones cortos de estilo inglés que usa habitualmente en casa y a bordo de su barco. A los pantalones les sobraban al menos quince centímetros en la cintura. Se desabrochó el cinturón y palmeó el lugar donde solía estar su panza la última vez que le había visto. —Yo también he perdido algo. Ya sólo peso ciento tres kilos. Es un peso apropiado para mí. Volvió a mirarme. Incluso con quince kilos de menos, no soy exactamente un peso ligero. —¿Hace ejercicio? —me preguntó. Reconocí que corría para alcanzar el metro con cierta regularidad, pero que eso era todo. —Eso no sirve de nada. Hay que hacer ejercicio con regularidad. Hay que andarse con ojo con los ataques al corazón y esas cosas. —Volvió a palmearse el estómago—. Yo nado ochocientos ochenta metros todos los días en la piscina. Sentándose, empezó a hojear los papeles de la Warner que le había traído, leyéndolos intensa y rápidamente mientras yo ojeaba el salón de unos quince metros de longitud. En las paredes había todo tipo de trofeos, incluyendo un gigantesco búfalo y multitud de esbeltos ciervos y antílopes. Había también carteles de corridas de toros y, en una de las paredes, una cesta de jai-alai. El suelo estaba cubierto de pared a pared por una estera tahitiana de paja. La habitación estaba confortablemente amueblada con anticuados sillones tapizados y algunas sillas cubanas de mimbre y madera. Entre dos de los sillones estaba el bar, surtido con licores variados y algo de vino. Hemingway bufó al leer un texto que afirmaba que le había entregado una copa a Batista. —¡Y una mierda! ¡No he visto a ese hombre en mi vida! —

por lo demás, pareció satisfecho. No obstante, no mostró la menor inclinación a hablar de El viejo y el mar. —Muchacho, no quiero comentar nada de la película hasta que hable con Hayward (Leían Hayward, el productor). Es como lo del mago que intenta aserrar a una mujer por la mitad. No le dice al público cómo se hace antes de hacerlo, ¿no es así? Comprendí que en la película había algo que le molestaba, pero que no estaba dispuesto a decirme qué era. Sí dijo que en general le gustaba y que era fiel al libro. Según los informes publicados, había obtenido 250.000 dólares por los derechos cinematográficos de la obra ganadora del premio Nobel, además de una participación de un treinta y tres por ciento en los beneficios, que se repartían a partes iguales él, la estrella de la película, Tracy, y el productor. Es lo máximo que ha obtenido jamás por unos derechos de filmación y es la única película en la que ha aceptado un porcentaje. De algún modo, Hemingway siempre había salido mal parado en los acuerdos cinematográficos. Por Tener o no tener (To Have and Have Not), que se estaba rodando en contra de sus deseos por tercera vez, obtuvo tan sólo 10.000 dólares. Por París era una fiesta (The Sun Also Bises) no recibió nada. Forajidos (Killers), la película que menos desprecia de todas las que se han hecho basadas en sus obras, le dio 37.000 dólares y contenía menos de tres minutos de los diálogos originales. El viejo y el mar respeta casi al pie de la letra los diálogos de Hemingway, en forma de un texto corrido que subyace a la acción del mayor clásico sobre la pesca del mundo. Es la historia de los tres días de batalla entre Santiago, un viejo pescador cubano, y el mayor pez vela jamás visto y de cómo, tras capturar al pez, el viejo tiene que luchar fútilmente hasta agotarse contra los tiburones, que finalmente le arrebatan su presa. La acción se desarrolla en la pequeña aldea de pescadores de Cojimar, a pocas millas de la casa de Hemingway. Papá conoce prácticamente a todos los pescadores de la aldea personalmente y por su nombre. Se enorgullece de su familiaridad con los profesionales, que son los únicos con los que le gusta intercambiar historias de pesca. Cuando se publicó El viejo y el mar hubo todo tipo de especulaciones acerca de quién era el viejo "en realidad". Algunos dijeron que era un pescador llamado Anselmo, que vivía en Cojimar. Otro habitual de los muelles le contó a los periodistas que el viejo era él. Hemingway se puso a echar humo. Arrastró al viejo impostor hasta La Terraza, el famoso restaurante de mariscos de Cojimar, y le hizo enfrentarse a un improvisado tribunal formado por sus conciudadanos. El impostor no sólo confesó que no era el viejo, sino que ni siquiera era pescador. —¿Entonces por qué dijiste que eras el viejo? —preguntó Hemingway. —Porque me dieron cinco dólares. Papá dice que todas las especulaciones acerca de la identidad

del viejo no son más que estupideces. —La historia es pura ficción, el conflicto entre un hombre y un pez. El viejo no es nadie en particular. Eso es una estupidez. Mucha gente no ha parado de decir que tal hombre es el viejo y que tal otro es el muchacho. Basura. Escribí esa historia tras treinta años pescando aquí y en otras partes antes. La mayoría de los pescadores de Cojimar han tenido experiencias como ésta. Uno de ellos se pasó dos días peleando con un pez y cuando le encontraron, se había vuelto loco. Eso es aún peor que mi historia. De ser alguien, el viejo sería el padre de Chago, que murió hace cuatro años. Pesqué con él muchas veces. "Chago" es Santiago Puig padre, un pescador que Hemingway conoció durante sus primeros días en Cuba. Su hijo, que también se llama Chago y es amigo de Hemingway, es un pescador que actuó como figurante y doble ocasional de Spencer Tracy. Le conocimos más tarde y nos contó la historia del encuentro entre Hemingway y su padre, el hombre que, según Papá, "podría ser perfectamente el viejo, de ser éste alguien". —Estábamos pescando en el bote de mi padre, el que sale en la película. Me lo compraron por mil cuatrocientos dólares y se lo llevaron a Hollywood. Habíamos cogido un marlín grande y nos estaba costando trabajo sacarlo al bote. Yo era todavía un muchacho (ahora tiene ya cuarenta años corridos). Hemingway vino con su barco y nos ayudó. Después nos preguntó si nos apetecía beber algo. Mi padre dijo que le apetecería un poco de agua, pero Papá le dio una cerveza. Papá preguntó si podía tener el honor de quedarse con la cabeza y la espada del marlín, y mi padre se sintió orgulloso de dársela. Entonces él intentó darle cinco dólares a cambio pero mi padre dijo que tiraría el dinero al mar si Papá no se lo guardaba. Así que Papá se lo guardó y dijo que serían amigos. Pescaron juntos muchas veces después de eso. El villano de la película es el tiburón, naturalmente. En la vida real, Hemingway ha sido un enemigo implacable del tiburón. "Creo que es la única cosa que odia de verdad", dijo de él un amigo. El primer pez grande que engancho Papá con su anzuelo, un atún con el que batalló durante horas, le fue arrebatado finalmente por un tiburón. Esa noche Papá apareció con un subfusil que le había comprado al millonario Bill Leeds. Éste se lo había vendido a regañadientes. Desde entonces ha perseguido a los tiburones con ametralladoras, rifles, escopetas y un fusil calibre 22. —Con el 22, hace falta darles en el cerebro —dice Hemingway—. Hay que conocer el sitio exacto y darles en el momento en que salen a la superficie. —Y además les acierta. Papá tiene un invento propio para los tiburones. Es una lanza de madera de unos cuatro metros de largo, con una punta afilada hecha con una hoja templada de la ballesta de un Ford. Siempre lleva dos o tres de ellas a bordo del Pilar.

Forma parte de la historia de la pesca deportiva, por supuesto, que fue el primero en las Bahamas en volver con un atún que no habían tocado los tiburones. —¡Qué demonios! —exclama—. Traje los dos primeros. Hay que subirlos rápidamente al barco para mantener a los tiburones alejados. Si dejas que se cansen o pierdan movilidad, los tiburones les atacan. Su amigo Argüelles afirma que Papá capturó ese primer atún en dos horas. — Estaba pescando descalzo y para cuando hubo terminado todo, tenía los pies cortados y sangrantes de la fuerza que hizo contra el sillón de pesca. — Fue en gran medida una cuestión de fuerza física lo que le permitió a Papá capturar aquellos peces, y además con una caña rígida y poco flexible. No obstante, debajo del odio de Papá subyace un profundo respeto hacia algunos tiburones. El jaquetón, o dentuso en Cuba, es el primer tiburón que ataca al marlín del viejo en la historia de Hemingway. —No es un carroñero —dice Papá—. Persigue y alcanza a los peces más grandes del mar. Además, combate con la misma energía que una presa deportiva si le enganchas. —Al hablar de él, Papá llegaba casi a la admiración por aquel campeón de los tiburones. Era algo de lo que le gustaba hablar. —Los cabezas de martillo y los tigres atacan si están hambrientos o si las aguas están agitadas. Algunos de ellos son peligrosos porque son estúpidos. Un tiburón tigre es capaz de tragarse una lata de aceite si tiene hambre. Se cree que es una tortuga. El mako es un buen pez; da muchísimo trabajo pescarlo. Es capaz de saltar más alto que cualquier marlín. Es una presa muy popular en Nueva Zelanda. Si sale con los muchachos de Cojimar, cuidado al subirlo a bordo. Destroza una gran cantidad de equipo. Muchas veces, después de que le han dado de palos y le han arponeado, vuelve a la vida en el fondo del bote y se lleva por delante un buen bocado de la pierna de alguien. Las opiniones de Hemingway acerca de los tiburones y otros peces son tan expertas que son respetadas incluso por los ictiólogos de los museos. Uno de ellos le puso una vez su nombre a una tintorera. —Sólo hay dos tiburones que sean realmente malos. El dentuso y el gran tiburón blanco. Hay gente que se acerca a un marrajo y si no pasa nada dice que los tiburones no son peligrosos. En las películas, los tiburones con los que luchan son todos marrajos. Que lo intenten con un jaquetón... Por eso fue por lo que les costó tanto obtener metraje sobre tiburones para El viejo... Les dije que fueran a Bimini durante la temporada del atún. Es también la temporada del jaquetón. Pero se dedicaron a perder el tiempo hasta que fue demasiado tarde y cuando llegaron a Nassau ya no había ninguno. Pude ver cómo parte de los beneficios de Papá desaparecían igual que un bocado de carne de atún. Empezó a pensar en otra cosa. Una de las partidas más caras en la producción de la película (que costó más del doble del

presupuesto original de 2.000.000 de dólares) fue un viaje de 100.000 dólares. Hayward le envió a Cabo Blanco en Perú, en busca del gran marlín. —Al principio, nada más empezar la película, conseguimos un metraje fantástico, pero hubo que tirarlo a la basura porque estaba rodado en cinemascoppe y decidieron no hacer la película en ese formato. "Después teníamos imágenes rodadas por Fred Glasell. Eran estupendas, y además del marlín más grande jamás capturado, un récord mundial. Le dije a Hayward que nos sería imposible obtener nada mejor, pero nos pidió que lo intentáramos a pesar de todo. El marlín más grande jamás capturado medía casi cinco metros y pesaba unos setecientos cincuenta kilos, pero Hollywood quería uno de seis metros. Hemingway viajó a Perú en compañía de Gregorio, su barco y Argüelles. Mary, su esposa, también fue con ellos. —Estuvimos pescando durante veintitrés días sin que picara ni una sola vez. En cualquier caso, aquello no tenía la menor gracia, ya que para simular el sedal de mano de la película teníamos que usar sedales tan pesados que aunque hubiéramos pescado alguno no habría servido de nada. Argüelles cogió uno de cuatrocientos cincuenta kilos en dos horas usando el sedal pesado. Finalmente, capturamos tres o cuatro de los grandes y los enviamos de vuelta a La Habana, pero no eran suficientemente grandes. Y no saltaban ni una sola vez. Había tres barcos trabajando y aquello costaba una fortuna. Ofrecí quedarme en uno de los barcos con una cámara, pero a esas alturas ya habíamos decidido olvidarnos de la película por un tiempo. Al final acabaron usando el metraje de Glasell. Gregorio se había sentido humillado. Estaba convencido que habría conseguido pescar uno de tamaño récord si le hubieran dado suficiente tiempo. Me serví otro escocés y le tendí la botella a Papá. La rechazó con un gesto de la mano. —Seguiré bebiendo mucho después de que se hayan marchado. —Aferró el escocés con lima que bebía cuidadosamente—. Sólo bebo dos por noche y tengo que hacer que me duren. Le dije que había estado tomando "Papa Specials" con un amigo suyo la noche anterior. Habíamos estado comprobando nuestras respectivas capacidades. Papá pareció interesado y un tanto añorante de los viejos tiempos. —¿Rompió usted mi récord? —¿En cuántos estaba? —En quince. —¡Quince! —yo me había cogido una buena curda con sólo cuatro—. ¿En cuánto tiempo? —Bueno, desde alrededor de las diez y media de la mañana hasta la siete de la tarde. Guillermo (un famoso jugador de jai-alai) entró en el Floridita. Estaba decaído. Acababa de perder un partido por treinta a dieciséis. Yo le dije: "Anímate, hombre, vamos a tomar algo". Empezamos a beber tranquilamente. No se trataba de una competición, pero a las siete aún estábamos allí. Después yo me fui a casa y me puse a trabajar. Sé que bebí

quince por la factura que firmé. —¿Dice que trabajó? —Espere un minuto. No, no trabajé. Me puse a leer. —Empezó a echar cálculos. ¿Cuánto alcohol llevaba eso? Veamos..., un especial lleva cuatro onzas... Yo ya lo había calculado. —Sesenta onzas. ¡Más de dos quintos! —Por supuesto, bebíamos de pie. Así se puede beber más. Supongo que debimos comer algunos saladitos y alguna cosa más. Hay que picar algo. —¿Qué hay de Vasco Da Gama, el que está allí? ¿Le molesta? —Me refería al busto de bronce de Hemingway que tienen en el rincón de Papá en el Floridita. —Ya no voy por allí casi nunca. Estos malnacidos no te dejan beber en paz. Ya no tengo intimidación. Mucha gente cree que la estatua es del señor Constante (el propietario). El señor Constante la hizo fundir aquí, en un lugar carretera abajo. Dio un pequeño sorbo a su escocés con lima. En los viejos tiempos solía navegar en su barco por botellas. Dos de Fundador al Norte y una de Bacardi al Este. Le pregunté si le gustaría viajar a Rusia como corresponsal de Argosy. —Ya me lo han pedido alrededor de tres veces, como un intercambio, sea eso lo que sea. También me lo ha pedido el Departamento de Estado. ¿Qué demonios iba yo a hacer allí? ¿Posar para fotografías? ¿Firmar autógrafos y pronunciar un montón de malditos discursos? Desconozco el idioma. Es imposible averiguar nada si no se conoce el idioma. No tengo problema allá donde se hable francés, italiano, español o swahili. Pero eso es todo. Mary entró en la habitación, luciendo unos pulcros pantalones cortos blancos con un estampado pequeño, que realizaban sus bronceadas piernas. —La he visto en el cine —le dije, refiriéndome al instante en que aparece al final de *El viejo y el mar*. —Oh, eso fue una bobada —dijo distraídamente. Se volvió hacia Papá—. Miss Puss ha desaparecido. No la he visto desde hace horas. Hemingway pareció ponerse en tensión, pero tranquilizó a su esposa. —No te preocupes, ya aparecerá. Ella se retiró de nuevo a la parte trasera de la casa, pero tras su partida Papá parecía nervioso. Se levantó y escuchó los sonidos de la noche. Sólo se distinguía un insistente batir de tambores. Pensé para mis adentros "los nativos están inquietos", pero comprendí que no era más que la distante reverberación de la máquina de discos en San Francisco de Paula. Inquirí acerca del alambre de espino recién puesto y Papá me miró con expresión irritada. —¿Ladrones de mangos? —pregunté con toda inocencia. Él asintió sin prestarme atención mientras escuchaba aún los ruidos de la noche. —Podría ser. Se oyó un sonido en la oscuridad, como un bebé llorando. Papá sonrió y se relajó. —Ha vuelto. Miss Puss ha vuelto —dijo. Comprendí que lo que le había puesto tan nervioso era un gato desaparecido. Hay gatos por todas partes en Villa Vigía. —No son más que gatos callejeros, pero los adoramos —había dicho su esposa. Mary volvió a

entrar y me dirigió una mirada significativa. Capté su mensaje. —Hágame saber si le interesa una historia sobre la cuchareta y los tiburones. Es una buena historia y aún no la ha escrito nadie —dijo Papá. Le dije que lo haría y partimos hacia la oscuridad y su batir de tambores.

MONTGOMERY CLIFT

Entrevistado por Roderick Mann (The Sunday Express, 16 de agosto de 1959)

El actor norteamericano Montgomery Clift (1920-1966) nació en Omaha, Nebraska (al igual que su coetáneo Marlon Brando). Hizo teatro de aficionados y debutó en Broadway en 1935, siendo aún un adolescente. Su primera película estrenada en público fue Los ángeles perdidos (The Search), de Fred Zinneman (1948), a la que siguió el western de Howard Hawks Río Rojo (Red River, 1948). Posteriormente participó en películas como Un lugar en el sol (A Place in the Sun, 1951), Yo confieso (I Confess, 1953) y De aquí a la eternidad (From Here to Eternity, 1953). En 1957 sufrió un accidente de automóvil que le dejó paralizado un lado de la cara. Hizo varias películas más, incluyendo El baile de los malditos (The Young Lions), Vencedores o venados (Judgement at Nuremberg), Río salvaje (Wild River) y Vidas rebeldes (The Misfits). Roderick Mann nació en 1922. Estudió en la Glasgow High School, en la King Edward's Grammar School de Birmingham y en París. Se incorporó al Sunday Express en 1956, donde escribió una columna semanal hasta 1988. En 1978, The Los Angeles Times le invitó a mudarse a Los Angeles y colaboró con tres columnas semanales para el periódico hasta 1988. Escribió varios episodios de la serie americana de televisión Hart to Hart. Ha publicado tres novelas y espera la publicación de una cuarta en Gran Bretaña en 1994. Realizó numerosas entrevistas con celebridades del mundo del espectáculo a lo largo de los años, pero recuerda que "la que le hice a Montgomery Clift se me quedó grabada en la memoria por lo extraña que resultó". Fue un encuentro extraordinario. Una visión breve y penetrante de la mente infeliz de uno de los más jóvenes y, en opinión de muchos, más virtuosos actores de Hollywood: Montgomery Clift. Fueron noventa minutos de crispación, durante los cuales sollozó, me imitó, se tumbó en el suelo, maldijo y fingió estar sordo. Acaba de finalizar su nueva película, De repente, el último verano (Suddenly, Last Summer), en la que comparte el estrellato con Elizabeth Taylor y Katharine Hepburn. Se trata de una cruda y emotiva historia de Tennessee Williams. Clift estaba ya tenso, recorriendo a grandes pasos la suite de su hotel mientras Frank Sinatra sonaba en el tocadiscos de la habitación contigua. —Yo interpreto el papel del médico—dijo—. Es un papel largo, pero asqueroso. Carece de chispa. Las otras, Liz y Katie, sacan la chispa de mí. Al recordar que había hecho un viaje

expresamente para ver al autor de De aquí a la eternidad, James Jones, y hablar con él de su papel, le pregunté si había discutido su papel con Tennessee Williams. Me miró sombríamente. —No. A Tennessee le importa todo un carajo... siempre y cuando obtenga su dinero por los derechos cinematográficos. Ni siquiera llegué a conocerle. A James Jones le importaba la obra. Por eso fui a verle. —Debe ser usted uno de los pocos actores que se molestan en hablar con el autor, ¿no es así? —dije. Me miró fijamente. —¿En serio? Debo de ser un pelmazo. Un maldito y espantoso pelmazo. —No si así logra una buena interpretación —repliqué. —¿Qué le pareció mi actuación en El baile de los malditos? —me preguntó. —Era una magnífica interpretación —dije. Sus ojos se arrasaron en lágrimas. Sollozó en silencio y sin el menor embarazo. Y las palabras, ya sin titubeos, pugnaban por salir de su boca. —Me sentí orgulloso de ella. Es una de las pocas películas de las que me sentí realmente orgulloso. ¿Y sabe usted cuál fue el único impacto que tuvo sobre alguna gente? Fue mi primera película tras el accidente de coche en Hollywood y cuando la gente veía mi cara en la pantalla chillaba: "Oh, Dios mío, pobre Monty. ¿Qué le ha pasado en la cara?". Había perdido seis kilos para interpretar el papel y había hecho que me pegaran las orejas de forma que me sobresalieran de la cara. Quería parecer un roedor, por eso lo hice. Esbelto y delgado como un roedor, o como una rata haciéndose pasar por un ratón, pero no fueron capaces de ver tal cosa. ¡Oh, no! Sólo supieron ver que mi cara parecía diferente y se pusieron a aullar. —¿Se siente emocionado alguna vez por sus propias actuaciones en la pantalla? —le pregunté. —¿Cómo dice? —preguntó con voz desabrida—. ¿Cómo dice? —Se acercó a mí y le repetí la pregunta—. Vaya —dijo—. Tiene usted bonitos dientes. Me gustaría tener unos dientes como los suyos. Odio mis dientes. ¿De dónde ha sacado unos dientes como éstos? Luego retomó la pregunta original. —Por supuesto que me emociono si he conseguido sacar adelante en condiciones un papel. Lloré cuando me vi en El baile de los malditos. Estaba aquella escena con la chica en Brooklyn, ¿recuerda? Estaba tan bien que ni siquiera me di cuenta de que era yo. Me sentí encantado y orgulloso. —¿Se siente orgulloso de muchas de sus películas? Se echó a reír como un loco y hundió la cabeza en sus manos. —Ésa es una pregunta estúpida. —¿Lo es? —Por supuesto que sí. ¿Qué actor puede sentirse orgulloso de muchas de sus películas? Sólo hubo otra película que significara realmente algo para mí, y fue Lonelyhearts. —Una de las peores que ha hecho jamás —dije. —Me siento orgulloso de Lonelyhearts —dijo él—. De ésa y de El baile de los malditos. De ninguna más. Hurgó en sus bolsillos en busca de un cigarrillo y lo encendió por el filtro. Le pregunté: —¿Le ha cambiado en algo su accidente de automóvil?

Fue un choque bastante serio, ¿no es así? —Oh, sí —dijo imitándome—. Ya lo creo que fue un golpe bastante grave. No, por supuesto que no me cambió en nada. Soy exactamente la misma persona que era antes. Y ésta es la misma cara. Me rompí la nariz por dos sitios, me rajé la mejilla y tuvieron que enderezarme los dientes. Pero mi cara está otra vez como nueva. Nadie puede saberlo mejor que yo. Es mi cara. Sus ojos se humedecieron de nuevo. De repente se tiró al suelo y se quedó allí tendido, con el traje arrugado y la cara hundida en la alfombra. —Desde que pisó usted Hollywood por primera vez ha hecho grandes esfuerzos por defender su vida privada —dije—. ¿De verdad le afecta tanto la servidumbre del estrellato? Levantó la vista desde la alfombra. —A algunos actores les causan placer sus interpretaciones. A otros firmar autógrafos. Se paga un precio muy elevado por ser una figura pública. A mí me resulta ofensivo. Hay que comportarse educadamente a todas horas y eso resulta difícil. Puedo comportarme educadamente por las mañanas y a primera hora de la tarde, pero cuando llegan las cinco... —se encogió de hombros con gesto de desesperación. Dejé al brillante Monty Clift en pie y descalzo junto a la puerta, con el traje arrugado y la corbata torcida. —No ha estado demasiado bien, ¿verdad? —dijo—. No hacía más que pensar en cosas que decir, pero no podía...

JOHN F. KENNEDY

Entrevistado por Henry Brandon (The Sunday Times, 3 de julio de 1960)

John Fitzgerald Kennedy (1917-1963), trigésimo quinto presidente de Estados Unidos, nació en Brookline (Massachusetts). Era hijo del multimillonario Joseph Kennedy que, tras amasar una fortuna durante la Prohibición, destacó como partidario de Roosevelt y posteriormente fue nombrado por éste embajador en Gran Bretaña (1938-1940). John Kennedy estudió en Harvard y Londres. Durante la II Guerra Mundial sirvió como comandante de una lancha torpedera en el Pacífico y fue condecorado con el Corazón Púrpura por su valor al salvar la vida de varios miembros de su tripulación. Fue elegido representante demócrata en el Congreso en 1947 y senador por Massachusetts en 1952. En 1960 se convirtió, si bien por un estrecho margen, en el hombre más joven, y el primer católico, elegido para el cargo de presidente de Estados Unidos. Fue acérrimo defensor de la reforma de los derechos civiles y se impuso a los gobernadores estatales y las legislaciones sureñas a la hora de imponer la supresión de toda forma de segregación en las escuelas y universidades. También resultó ser un duro negociador en las relaciones con el exterior, lo que demostró de modo especialmente fehaciente en la crisis de los misiles cubanos. Fue asesinado en Dallas, Texas, el 22 de noviembre de 1963. Es ya un lugar común que todo el mundo recuerda dónde estaba cuando escuchó la noticia. Brandon entrevistó a Kennedy durante el desayuno, poco antes de que se convirtiera en presidente, "en medio de zumos de naranja y huevos escalfados, en la encantadora casa de los Kennedy en Georgetown". La entrevista comenzó a la 8.45 de la mañana. 'Tras un sorbo de zumo', como recordaba más tarde Brandon, "Kennedy me dijo que no quería perder el tiempo, que procediera. No hubo cuestiones de última hora, ni aspavientos, ni nerviosismo. Aquello parecía formar parte de sus actividades normales. Me encontraba ante un político que sabía cuáles eran sus deberes y los aceptaba no sin cierto placer. Sus respuestas jamás traslucieron emoción, excitación o irritación alguna. Tampoco su rostro se contraía ni sus ojos parpadeaban cuando yo creía haber puesto el dedo en la llaga. Ninguna pregunta, por personal o trascendente que fuera, parecía plantearle dificultades. Me enfrentaba a una mente singularmente ordenada. Había examinado todos los problemas que tenía a la vista y sus respuestas surgían pulcras, concisas y sin el menor titubeo. A pesar de su voz monótona e

imperturbable, parecía profundamente implicado en los grandes temas de nuestro tiempo. Aunque su actitud pareciera despreocupada, desapasionada, sus palabras transmitían convicción de un modo sobrio y razonable. Con todo, era difícil juzgar en qué medida estaban ancladas estas convicciones en su conciencia... Era tan reservado, tan distante, que no resultaba sencillo discernir qué le movía por dentro, qué fuerzas interiores le sustentaban... La entrevista finalizó tan bruscamente como había empezado. Había una reunión urgente en el Capitolio y salió apresuradamente. Se montó en su descapotable y desapareció. Mientras cerraba mi magnetófono y me preparaba para partir a mi vez, me di cuenta de que mientras que yo había engullido todo lo que había en la bandeja del desayuno, él prácticamente no había tocado los huevos, el beicon o las tostadas... —¿Cuándo decidió participar en la carrera a la presidencia? — Supongo que tras la pugna por la nominación a la vicepresidencia durante la Convención Demócrata de 1956. Empecé a desempeñar un papel más activo en la campaña de ese año, más como figura a nivel nacional que como personalidad de Massachusetts. Luego, cuando el gobernador Stevenson fue derrotado en 1956, a comienzos del año siguiente empecé a estudiar la posibilidad muy seriamente. —¿Fue porque vio el campo abierto o por algún tipo de compulsión? —Verá, creo que hubo dos razones. En primer lugar, en cierto sentido había campo abierto y, por tanto, oportunidades para hacerlo. Había indicios de que mi nombre estaba siendo considerado junto con el de otros candidatos en potencia. La razón más importante es, por supuesto, que es evidente que la presidencia se ha convertido en el cargo clave. Llevo ya catorce años en el Congreso, y si bien es cierto que la Constitución nos considera una rama igual y coordinada del Gobierno, la dinámica de los acontecimientos y los cambios en las circunstancias dan al presidente una influencia predominante. Esto es esencial, en especial para conducir con éxito las relaciones con el exterior. Consiguientemente, me presento a la presidencia por los mismos motivos por los que me presenté a la Cámara hace catorce años y al Senado hace ocho. Estoy muy interesado en la dirección que sigue Estados Unidos, en el papel que desempeña y las responsabilidades a las que se enfrenta, y la presidencia constituye el centro de la acción. —¿Cuáles cree usted que son las cualidades básicas que debe tener un presidente y que, en su opinión, usted posee? —En fin, creo que un presidente ha de tener, y así debemos esperarlo, carácter, buen juicio, energía, curiosidad intelectual, sentido de la historia y una gran visión de futuro. Hay otras muchas cualidades que serían ventajosas, pero yo diría que éstas son las esenciales para cualquier presidente que aspire al éxito en su mandato. —Se ha dicho que su

juventud y su credo católico juegan en contra suya. —Sí, ambos factores se consideran un lastre importante para mí, pero no son solamente un lastre. En cuanto a la juventud, yo he aparecido en la escena política en un momento en que los líderes están envejeciendo. El presidente es viejo, su salud está minada, su gestión no ha sido un éxito completo y, consiguientemente, creo que existe el deseo de pasar la página y empezar de nuevo con un liderazgo nuevo, más fresco y, esperemos, más vigoroso. No estoy nada convencido de que la juventud no haya sido realmente un tanto a mi favor, aunque también tenga su cara negativa. "Mi religión es causa de gran preocupación política y me ha convertido en una figura controvertida. En ese sentido, es evidente que nací para la controversia. Pero no sé si no me resultó ventajoso, a la vista de cómo estaba la situación en el 57, el 58 y el 59, ser controvertido en uno u otro sentido. —Hace que todo el país esté pendiente de usted. —Verá, creo que lo que hay que considerar es cómo salieron las cosas. Considero que mis perspectivas de ser nominado son buenas, y en eso mi religión y mi juventud me acompañan, de modo que no puedo decir que, en sentido político, fueran sólo obstáculos a superar. —¿Cree usted ahora, tras su victoria en Virginia Occidental, donde sólo hay un cinco por ciento de católicos, que la religión sigue siendo un tema clave en la política americana? —Sí, lo es, pero creo que en mucha menor medida. Durante un tiempo pareció ser la única cuestión importante y eso era, por supuesto, de lo más desafortunado. Hoy es una cuestión más entre otras muchas, pero sigue siendo importante. La lucha por la libertad religiosa, la lucha por la Reforma, el carácter de Estados Unidos en su totalidad, todo ello hace que la perspectiva de que un católico ocupe la presidencia despierte serias preocupaciones en muchos norteamericanos. La mayoría quiere respuestas a ciertas preguntas. Cuando éstas les sean ofrecidas de forma responsable, creo que estarán dispuestos a pasar a otros problemas graves a los que se enfrenta el país. Algunos jamás aceptarán ninguna respuesta... —Siempre se ha oído hablar de la oposición entre los votantes protestantes, pero ¿cree usted que se enfrentará a alguna oposición entre la jerarquía católica? —Alguna habrá, pero espero que aquellos que sean republicanos voten a un candidato republicano. El corolario de este deseo de que no se vote en mi contra meramente por la religión que profeso implica también la esperanza de que mis correligionarios no voten por mí debido a mi religión. Así pues, si existe oposición entre la jerarquía católica, espero que quede confinada a aquellos miembros de la misma que sean republicanos. —Ha habido ciertos signos... por ejemplo, la declaración sobre el control de la natalidad y algunos editoriales del Osservatore Romano que, de un modo u otro, eran

comentarios críticos sobre su candidatura. —No estoy de acuerdo con eso. No creo que tuvieran mi candidatura en mente. Eso puede ser bueno o malo, pero creo que tienen una visión más a largo plazo que las elecciones de 1960. No estaban considerando las implicaciones respecto a mi candidatura, y creo que probablemente sea mejor así. Si la jerarquía se dedicara a hacer declaraciones en favor de mi candidatura quedaría probada la acusación de que existe una conexión impropia, o imprudente, entre los políticos católicos y la Iglesia católica. Lo que pretendo decir es que ésta no existe, y que el mero hecho de que se hayan pronunciado tales declaraciones, que en ciertos aspectos son potencialmente dañinas para mi candidatura, es la mejor prueba de que no existe ninguna conspiración papista. —He oído decir que una de las razones por las que a la Iglesia católica no le gustaría ver a un católico como presidente de este país es que Estados Unidos es uno de los pocos países, tal vez el último, en el que la Iglesia puede reclutar nuevos miembros, donde existe aún un terreno razonablemente abonado para el trabajo misionero. Las cifras demuestran que los católicos han avanzado mucho aquí en los últimos años y que pueden avanzar aún más. Esto podría no resultar tan fácil con un presidente católico. —No sé quién sostiene ese punto de vista en concreto, pero yo no lo defiendo en absoluto. No creo que sea buena idea que los católicos se abstengan de optar al cargo de presidente en beneficio de la política de la Iglesia en Estados Unidos. No puedo creer que semejante actitud sea defendida por un gran número de miembros de la jerarquía, y, de ser así, estoy en desacuerdo con ella. No puedo creer que la religión de un presidente pueda afectar a la decisión de muchos norteamericanos respecto a la religión que desean abrazar. De ser así, su conversión no tendría una base excesivamente sólida. No sé cuál es la religión del presidente Eisenhower... ¿qué es, presbiteriano? —Así es. —No me atrevería a decir que ha obtenido muchos conversos, ¿no es cierto? Ni tampoco que haya disuadido a muchos de incorporarse a la Iglesia presbiteriana. —Bueno, yo diría que no están en el mismo... "negocio" de las conversiones, ¿no cree? (Risas). —Todos sienten el deseo de difundir su mensaje. O espero que así sea. —Si, como presidente, se ve en la obligación de ir en contra del dogma, ¿no cree que eso plantearía dificultades a la Iglesia? —¿Qué dogma? —La idea, por ejemplo, de que, en palabras del Osservatore Romano, el portavoz del Vaticano, aunque los miembros de la Iglesia disfruten de una "amplia autonomía", no deberían permitir separación alguna entre el "creyente y el ciudadano". —En mi opinión, la posición de la Iglesia católica de Estados Unidos es clara en su apoyo a la Constitución, en su defensa de la separación entre la Iglesia y el Estado; yo

soy firme partidario de esa postura. Si defendiera el punto de vista sugerido en su pregunta, en mi opinión no debería ser senador de Estados Unidos, porque para acceder al cargo hace uno el mismo juramento que el presidente en lo que se refiere a la defensa de la Constitución. —Tomemos la cuestión del control de la natalidad. —¿Y bien? —Quiero decir que si la Iglesia dice "Ésta es nuestra posición", y usted la contradice, ¿no cree que eso les crearía problemas? —Quien ocupa el cargo está vinculado por su juramento de toma de posesión, por el que se compromete a defender la Constitución. Es un juramento que realiza ante Dios. Sería una ofensa extremadamente grave violar ese juramento. La separación entre la Iglesia y el Estado permite que el presidente emplee su buen juicio a la hora de decidir cómo debe defenderse la Constitución, cómo debe defender a Estados Unidos. "En mi opinión, no existe conflicto alguno. Si existiera, usted podría decir, por supuesto, que ningún hombre de mi religión estaría en condiciones de hacer tal juramento. Los jueces católicos conceden divorcios todos los días, aunque ellos, personalmente, no crean en el divorcio. Hay que saber distinguir entre las obligaciones personales y el deber para con el público como funcionario del Estado. A mí 110 me resulta en absoluto difícil establecer esa distinción. 'Yo diría que el tema está un tanto traído por los pelos. Si usted aceptara que un presidente no puede cumplir su juramento constitucional de toma de posesión debido a su religión, en realidad tendría que decir también que un senador o un congresista tampoco pueden hacerlo. El principio es el mismo. En este país hemos resuelto ese problema con bastante éxito. Dos presidentes del Tribunal Supremo, por ejemplo, han sido católicos. No creo que, en general, se nos planteen dificultades a la hora de distinguir lo que es del César y lo que es de Dios. —Los políticos con sentido de la responsabilidad se enfrentan al dilema de la lucha partidaria frente a la ética en el juego de la política. ¿A qué reglas se atiene usted en el difícil arte de la política? —Creo que violar las reglas del juego limpio suele conducir a la derrota. Pienso que en la política, al igual que en otros campos de la vida, existen mecanismos automáticos de regulación. Creo que los políticos de mayor éxito rara vez comenten transgresiones. —A menudo se dice, respecto a las relaciones padre-hijo, que los hijos, o bien se rebelan contra sus padres o, por el contrario, son astilla del mismo palo. ¿Cómo ve usted la relación con su padre? —Diría que en la mayoría de los casos las relaciones padre-hijo no pertenecen a ninguna de las dos categorías que usted describe. Existen muchos desacuerdos. En mi caso concreto, hemos tenido muchos enfrentamientos políticos, y esto viene ocurriendo desde hace años. Él tiene una visión totalmente diferente respecto al papel que debería desempeñar

Estados Unidos en el mundo que la que yo he venido defendiendo en los catorce años que llevo en el Congreso. Y respecto a muchos temas internos tenemos también diferencias sustanciales de opinión. Pero en realidad no se trata de discusiones. Estamos en desacuerdo y, consiguientemente, yo no intento convertirle, del mismo modo que él no intenta convertirme a mí. Así pues, todo se desarrolla fuera de la esfera de nuestras relaciones personales, lo que resulta altamente satisfactorio. —¿Es tal vez mayor su orgullo por un hijo que podría convertirse en presidente que el deseo de que esté de acuerdo con sus ideas? —No, no creo que se trate de eso en absoluto. Creo que simplemente siente que tiene una gran familia en la que cada uno debe decidir por sí mismo su propia vida y tomar sus propias decisiones. Es su responsabilidad no imponer sus ideas políticas a sus hijos. A mi modo de ver, cuando un padre actúa así, logra una relación mucho mejor y más duradera. —Si no fue su padre, ¿quién influyó en su pensamiento político? —La experiencia y mis propias observaciones, el juicio pragmático, todo eso en su conjunto. Además, creo que el mundo que nos rodea ha influido en mí y en mi forma de ver las cosas. Puede que él vea ahora el mundo desde una perspectiva diferente, pero no puedo creer que todos los hijos tengan que convertirse en reflejo de los puntos de vista de sus padres o en rebeldes. Ojalá para la mayoría de ellos la relación fuera comparable con la mía. Pertenecen a generaciones diferentes que se enfrentan a problemas totalmente distintos. Habrán de tomar sus propias decisiones, pero pueden seguir manteniendo una relación personal armoniosa. —Arthur Miller me comentó el otro día que si Estados Unidos se viera inmerso en una crisis internacional suficientemente grave, el macartismo renacería, ya que fueron los conservadores los que le derrotaron, no los liberales o la izquierda, ni la gente que sabía de qué iba. ¿Está usted de acuerdo? —No estoy nada seguro de que ningún periodo histórico se repita bajo la misma forma. Sí creo que, de resultas de la crisis del U-2, se han esgrimido con cierta energía en los últimos tiempos palabras como "aplacar" o expresiones como "blando con el comunismo" y otras similares. El senador Scott de Pensilvania dijo que era necesario que el gobernador Stevenson y yo mismo nos libráramos de la sospecha de ser "aplacadores", porque no habíamos estado de acuerdo con el modo en que la Administración se había enfrentado al problema del vuelo del U-2. Sin duda, eso indica que en este país hay quienes estarían encantados de desenterrar el hacha de guerra y volver a las viejas técnicas si las presiones políticas les alteran lo suficiente. —¿Adoptaría una posición más fuerte en el futuro que la que tomó en tiempos frente al macartismo? —No estoy de acuerdo con la técnica, si es que es ésa su pregunta, ni lo estuve nunca. —Churchill solía decir que la

política exterior británica se basa en tres círculos en el centro de los cuales está Gran Bretaña: el primero, la alianza angloamericana; el otro, Europa; y el tercero, la Commonwealth. Creo que esta visión está ya un tanto obsoleta. Me pregunto cómo ve usted el papel de Gran Bretaña en el mundo de hoy. —Diría que los tres círculos siguen ahí. La alianza angloamericana es sin duda un elemento básico en la política exterior de ambos países. El vínculo con la Commonwealth es preeminente. El área preocupante hoy en día es, por supuesto, el tercer círculo, las relaciones entre Gran Bretaña y Europa. Al ir desarrollándose el poder de Estados Unidos, la Commonwealth y Europa, la posición relativa de Gran Bretaña se ha visto afectada, pero sigue siendo el vínculo de conexión entre los tres círculos. — ¿Cree que Gran Bretaña debería unirse al Mercado Común? —Esa es una decisión que debería tomar Gran Bretaña. No es competencia de un extraño recomendar una política comercial a un país que tiene que hacer frente a los complejos problemas a los que se enfrenta Gran Bretaña. Su pueblo sabrá juzgar mejor si le conviene hacerlo o no. Tal vez los británicos debieran haber adoptado una política más positiva hacia el proyecto en los últimos tres años, pero no estoy seguro de que fuera prudente intentar ofrecerles consejo en estos momentos. —¿Le agradaría ver una autoridad supranacional en Europa? Quiero decir que si le gustaría ver un progreso en ese sentido. —Sí, me agradaría. Creo que podemos dar pasos adelante en el campo del comercio y en otras áreas. Pero también creo que existe un límite bastante obvio más allá del cual, al menos en la situación presente, no podremos avanzar. —Más pronto o más tarde, Estados Unidos dispondrá de suficientes ICBM (misiles intercontinentales) como para poder prescindir de sus bases en Europa. ¿Cree que esto llevará a una política mucho más independiente respecto a Europa? —No, considero que los vínculos entre Estados Unidos y Europa son fundamentales y que la necesidad de cooperación persistirá, tal vez incluso con mayor intensidad. Existen multitud de campos que podemos abordar sobre una base común. No creo que nuestra necesidad de disponer de bases en el extranjero explique en absoluto nuestro interés por el resurgimiento de Europa durante los últimos quince años. Creo en una Europa libre, fuerte, con una economía en expansión, que desempeñe una tarea proporcionada en la ayuda al mundo subdesarrollado y el papel adecuado en la defensa de Occidente. Éstos son grandes objetivos comunes que trascienden la localización de bases militares. —¿Quiere decir que la OTAN sobrevivirá a este proceso? —Verá, como garantía militar para Europa occidental frente al riesgo de un ataque —en el sentido de unificar los esfuerzos militares— la OTAN sobrevivirá sin duda alguna. Y espero que sobreviva más vigorosamente en otros

campos, para poder combinar más eficazmente la energía de Europa occidental y la de Estados Unidos en las nuevas áreas de responsabilidad. La situación militar puede cambiar, pero creo que persistirá el vínculo básico y que se expresará a través de la OTAN. —Al decir "militar", ¿se refiere usted a la presencia de tropas norteamericanas en Europa? —No, me refiero a las bases. Desde luego sería sensato mantener tropas norteamericanas en Europa aunque no necesitáramos ya las bases aéreas. Esas tropas no sólo sirven para defender dichas bases, sino que también son la garantía de nuestra determinación de cumplir nuestros compromisos en el seno de la OTAN y con Alemania Occidental y Berlín. Mientras en Berlín persista la situación de tensión, diría que las tropas deben permanecer en Alemania, independientemente de que necesitemos o no las bases aéreas. —A la vista de que Alemania seguirá dividida durante diez años, o tal vez más, ¿será posible mantener la situación en Berlín tanto tiempo? —No creo que nadie pueda decir qué va a ocurrir en los próximos diez años. Yo diría que ni Estados Unidos, ni Europa, ni Alemania Occidental, ni Berlín podrían permitirse que disminuyeran las libertades en Berlín occidental. Diría que ése seguirá siendo nuestro objetivo. No sé cuál será la situación en Alemania en el futuro, ni cuál será en Berlín. Tampoco sé cuál será la política de la Unión Soviética durante la próxima década, pero al menos debemos conservar en nuestros corazones esa premisa básica. —¿Cree usted que podríamos preservar un Berlín libre con la ayuda de Naciones Unidas? —Aunque el peso principal del mantenimiento de las libertades en Berlín occidental seguirá recayendo en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y en los propios alemanes, la participación de las Naciones Unidas en su preservación sería muy importante. —A grandes rasgos, ¿cómo prevé que serán las relaciones entre Estados Unidos y Rusia en los próximos diez años? —Yo diría que serán unos años de lucha competitiva continuada, con periodos relativamente cálidos y otros totalmente gélidos. No preveo que se produzca un cambio suficientemente acentuado en el seno de la Unión Soviética, o en China, como para que se produzca un giro de ciento ochenta grados en la política actual en el transcurso de la próxima década. El ritmo puede cambiar; los objetivos no. Digo esto con cierto grado de cautela porque el mundo ha cambiado mucho en los últimos diez años, por no hablar de los últimos quince. Pero, sobre la base de la información de la que disponemos en la actualidad, diría que el enfrentamiento continuará y que su intensidad se verá afectada por las medidas que adoptemos. —De Gaulle parece pensar que más pronto o más tarde podremos poner a Rusia de nuestro lado en la defensa de Occidente frente a los chinos. ¿Cree que sería posible...? —Sin

duda parecen existir ciertas diferencias de opinión y filosofía entre la Unión Soviética y China, pero creo que deberán pasar unos cuantos años para que quepa esperar una mayor comunidad de intereses entre la Unión Soviética y Occidente que la que ahora existe entre la Unión Soviética y los comunistas chinos. —¿Cree que será posible seguir manteniendo a los chinos tan excluidos de la comunidad internacional, de las Naciones Unidas, como hasta el presente? —Diría que si su política cambiara, si existiera algún indicio de que desean vivir en armonía con el resto de nosotros y con los países del Sur, de que buscan resolver los problemas en las áreas en las que existen desacuerdos, la relación llegaría a ser más armoniosa. Pero es una ingenuidad creer que en las actuales condiciones permitir el acceso de los comunistas chinos a las Naciones Unidas relajaría su ímpetu, su posición expansionista o su energía interna. —¿Cree que Estados Unidos podría permitirse renunciar a Formosa? —¿A cambio de qué? ¿O por qué razón y en qué condiciones? Sería posible que Formosa fuera reconocida como nación independiente, y todo eso, pero dependería en gran medida de las relaciones existentes entre Estados Unidos y la China comunista y del empeño que ésta pusiera en llevar adelante su política estalinista, del grado de presión que ejerciera sobre India y Birmania. Creo que Estados Unidos debe animar a los comunistas chinos a incorporarse a las negociaciones de Ginebra sobre el desarme y las pruebas nucleares. Si tienen éxito, probablemente podamos crear nuevas áreas de negociación sobre problemas que nos dividen: la entrada de periodistas, la libertad de desplazamientos, y así sucesivamente. Pero, dadas las condiciones actuales, no me siento optimista respecto a que los comunistas chinos estén dispuestos a pagar el precio que tendrían que pagar, al menos en lo que se refiere a relajar sus tendencias agresivas, para emprender unas relaciones armoniosas con nosotros o para hacer frente a las condiciones establecidas para su admisión en las Naciones Unidas. Creo que están mucho más decididos, que son mucho más implacables, y que en cierto sentido prefieren la situación actual, que les permite perseguir sus objetivos con muchas menos limitaciones. —¿Qué opina sobre las islas de la costa? —Creo que fue imprudente por nuestra parte trazar los límites en Quemoy y Matsu. No son esenciales para la defensa de Formosa y son bastante difíciles de defender. Planteé mis objeciones a su inclusión en tiempos de la Resolución de Formosa, hace cinco años. Dije en varias ocasiones que no era aquél el lugar donde trazar la divisoria. No obstante, debemos defender a Formosa. —¿Qué lecciones extrae usted del fiasco de la cumbre? — Bueno, yo diría que deberíamos darnos cuenta de lo frágiles que son los signos de mejoría en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión

Soviética. Pueden volver a enfriarse en cualquier momento y debemos mantener nuestra fuerza en todos los campos de la vida nacional. Así, si las negociaciones tienen éxito, saldremos ganando y si no, tendremos los medios para defender nuestra seguridad y cumplir nuestros compromisos. Eso es lo primero. "En segundo lugar, me pareció una imprudencia realizar vuelos con el U-2 tan cerca de la cumbre. En mi opinión, la falta de coordinación ejecutiva y de preparación frente a ese fallo del motor contribuyeron al desastre de la reunión en la cumbre —¿Reanudaría los vuelos del U-2? —No, creo que como método de obtener información, están agotados. Sería excesivamente peligroso y provocador continuar con ellos. —¿Y qué opina sobre la posibilidad de asistir a otra reunión en la cumbre? —No estoy dispuesto a hacerlo a menos que haya habido previamente alguna iniciativa con éxito razonable a un nivel secundario —pongamos que a nivel de ministros de Asuntos Exteriores, de embajadores o en Naciones Unidas— para que hubiera un mínimo de razones para pensar que la cumbre podría tener éxito, que los rusos estaban genuinamente interesados en celebrarla. —Usted que tanto ha hecho por promover la ayuda a India, ¿ha pensado en algún modo de enfocar el problema Africano? —Bueno, se trata de un problema distinto porque, en primer lugar, existen muchas naciones y son pocas las que se encuentran en un estadio de desarrollo avanzado que permita el tipo de asistencia eficaz que creo que podríamos ofrecerle a India. Así pues, existe un nivel inferior de desarrollo económico en las naciones libres de África que exige un tipo de esfuerzo diferente por parte de Estados Unidos que el que requiere India. Podemos aportar con éxito maestros, ayudas económicas, subvenciones, fondos para la educación, intercambios médicos. Y en mi opinión, debemos adoptar una actitud más comprensiva hacia sus aspiraciones. —En el discurso que pronunció en Argelia en julio de 1957 empleó usted una frase: "Hay que barrer de la casa de Occidente los residuos de su propio imperialismo rezagado". —Bueno, yo diría que, por lo que a eso se refiere, se han realizado ya esfuerzos impresionantes. Aún existen áreas en las que la casa sigue sin estar limpia y hay pueblos que se ven obligados a mantener sus vínculos con Europa occidental en contra de sus deseos. Pero diría que se ha avanzado mucho en los últimos años en el camino de liberar a de los restos del imperialismo occidental. "No creo que exista la menor duda de que será libre en el plazo de una década. El problema es lo que va a pasar en esos países descolonizados, si serán capaces de mantener una sociedad libre. ¿Serán capaces de resolver los abrumadores problemas a los que se enfrentan? Al ir teniendo más esperanza los pueblos de que la vida sea generosa con ellos, el problema será conseguir que los beneficios se

compartan más generosamente. Eso constituirá un gran problema para los líderes Áfricanos y para todos aquellos que han apostado por una libre. — Sabrá usted que los británicos han intentado enfrentarse al problema Africano, o al problema del pueblo Africano, por la vía de las concesiones mutuas, y creo que han llegado a la conclusión de que ya no existe tal cosa. — Bueno, la democracia es una planta muy delicada. El deseo de independencia política es, por así decirlo, una marea que recorre . Construir algo sobre él, en especial la democracia, va a ser, en mi opinión, una tarea extremadamente difícil. "Los Áfricanos están decididos a seguir el camino de la libertad, y es justo que lo hagan. Los mayores desafíos para aún no han llegado. Y uno de los problemas es que aquí existe una gran ignorancia y falta de interés acerca de África. La política africana es un tema muy debatido entre los partidos británicos y se discute profusamente en los periódicos del país. En Estados Unidos hay comparativamente poca información acerca de África. No es un tema político candente. No hay acaloramiento sobre el problema. Desde el punto de vista informativo, sigue siendo el 'continente negro'. — Se ha escrito mucho acerca del desperdicio de riqueza para la producción de mercancías innecesarias. ¿Cómo podría utilizar su riqueza sabiamente Estados Unidos para estar a la altura de sus compromisos internacionales y lograr ponerse a la cabeza de la sociedad occidental? — Diría que si deseamos desempeñar nuestro papel como grandes defensores de la libertad, hacer frente a todos nuestros compromisos y prepararnos para una población que duplicará la existente hoy en día, tendremos que mantener nuestra "estructura de capital". Tendremos que desarrollar nuestros recursos naturales, construir colegios y hospitales, viviendas e instalaciones recreativas y todo lo demás. Y eso requiere un esfuerzo público, no meramente la satisfacción privada de nuestras necesidades. Requiere que los gobiernos locales, estatales y nacionales, hagan frente a sus responsabilidades. Y eso será siempre una lucha, porque exige detraer del consumo privado, que es inmediato, fondos para el gasto público, que resulta menos palpable para el individuo. — ¿Pero como piensa convencer a la gente de que produzca, por ejemplo, menos televisores? — En realidad, no estoy sugiriendo que produzcan menos televisores... — Bueno, pues lavadoras. — Lavadoras... No me parece que eso sea particularmente dilapidador. Opino que las lavadoras y los televisores constituyen una aportación a nuestra vida. Las lavadoras alivian pesadas cargas y los televisores representan una ventana al mundo para muchas personas. Diría que debemos convencer a la gente de que existen ciertos gastos en el sector público que son necesarios, que constituyen un compromiso al que hay que hacer frente. Con lo que quede, con todo lo

que el Gobierno no se vea obligado a recaudar a través de los impuestos, la gente puede hacer lo que desee. Probablemente orienten mejor sus gastos de lo que podríamos hacerlo nosotros. Pero estoy convencido de que hay que hacer frente a la necesidad de servicios públicos. —En realidad, habla usted de una regulación por medio de los impuestos en lugar de por medio del racionamiento. —El objetivo no es la regulación. Si queremos ofrecer una vida atractiva a nuestro pueblo, el objetivo es obtener los fondos suficientes a través de los impuestos para estar a la altura de los compromisos públicos que hay que atender. No intentamos dirigir los gustos de cada cual. No creo que hayamos llegado a eso aún, y no creo que estemos especialmente bien equipados para hacerlo desde el Gobierno.

MARILYN MONROE

Entrevistado por Georges Belmont (Marie-Claire, octubre de 1960)

Marilyn Monroe (1926-1962), actriz de cine nacida en Estados Unidos, recibió al nacer el nombre de Norma Jean Baker. Estudió en el Actors Studio de Lee Strasberg y alcanzó la fama al convertirse en uno de los símbolos sexuales más imperecederos de Hollywood. Protagonizó películas como Bus Stop (Bus stop), Some Like It Hot (Con faldas y alo loco), Gentlemen Prefer Blondes (Los caballeros las prefieren rubias) y The Misfits (Vidas rebeldes). Contrajo matrimonio primero con el jugador de béisbol Joe DiMaggio y, posteriormente, se casó con el autor teatral Arthur Miller, del que se divorciaría en 1961. Tuvo amoríos tanto con John F. Kennedy como con Bobby Kennedy poco antes de caer en una profunda depresión que culminó con su suicidio por una sobredosis de barbitúricos. Rara vez concedía entrevistas. Ésta —la última— la mantuvo con el periodista francés Georges Belmont y es, en buena medida, un monólogo. Demuestra que tras la imagen de rubia sexy y estúpida que daba en la pantalla había una persona inteligente y reflexiva. Ésa fue la Marilyn que cautivó hasta tal punto a Truman Capote y a W. J. Weatherby que ambos publicaron, varios años después de su muerte, las conversaciones que habían mantenido con ella. Georges Belmont nació en 1909 y se graduó en Inglés en la École Normale Supérieure. Desde 1932 a 1940 compaginó el periodismo para Paris-Midi y Paris-Soir con la poesía y la crítica en varias revistas. Fue director y cofundador (junto con Raymond Queneau, Henry Miller, Le Corbusier y Frédéric Joliot-Curie) de la publicación Volontés (1938-1940). Durante la II Guerra Mundial sirvió como responsable de la oficina de información (1941-1942) y como secretario general de la juventud (1942-1943). De 1945 a 1953 fue director literario de la editorial Robert Laffont. Posteriormente volvió a ejercer como periodista para Paris Match. Fue, sucesivamente, director de Jours de France, Marie-Claire y L'Action Automobile. De 1964 a 1979 ocupó su anterior puesto en Robert Laffont y de 1980 a 1985 pasó a ser director literario de la editorial Acropole. Es uno de los más distinguidos traductores al francés de textos escritos en idioma inglés. Ha traducido obras de Graham Greene, Evelyn Waugh, Anthony Burgess, Henry James y Erica Jong. Es autor de tres novelas y un libro de entrevistas con su amigo Henry Miller titulado Face to Face with Henry Miller: Conversations with Georges Belmont (1971). —

Preferiría contestar preguntas. Sencillamente no puedo contar toda la historia. Es terrible... ¿Por dónde iba a empezar? ¿Cómo? Tiene tantos recovecos... —Aun así, todo debió empezar en algún punto. ¿Cuáles son sus primeros recuerdos de la niñez? —Lo que recuerdo es la lucha por la supervivencia. Yo era todavía muy pequeña, estaba aún en la cuna, y ya luchaba por sobrevivir. Pero preferiría no hablar de eso, si no le importa. Es una historia sórdida y, como he dicho, no es asunto de nadie mas que mío. "Es cierto que fui hija natural, ilegítima. El primer marido de mi madre se llamaba Baker y el segundo Mortenson, pero ella estaba ya divorciada de ambos cuando nací yo. Cuando era muy joven, siempre me contaban que mi padre había muerto en un accidente de coche en Nueva York antes de que yo naciese. Es muy curioso que en mi partida de nacimiento, donde pone profesión del padre diga baker (panadero), que era el apellido del primer marido de mi madre. Al nacer yo, mi madre tenía que darme algún apellido. Supongo que debió verse obligada a pensar rápidamente y por eso dijo 'Baker'. Pura coincidencia... Al menos yo supongo que sería algo así. "En cualquier caso, mi nombre era Norma Jean Baker. Así consta en mis cartillas escolares. El resto de las cosas que se han dicho no son más que locuras. "Durante la guerra trabajé en una fábrica. El trabajo era muy aburrido y la vida bastante horrible. Las demás chicas podían hablar de lo que habían hecho la noche anterior y de lo que pensaban hacer el fin de semana siguiente. Yo trabajaba cerca de la sección de pintura. No había más que hombres. Solían interrumpir su trabajo para escribirme notas. "Un buen día, la Fuerza Aérea decidió tomar fotos de la fábrica. Yo posé como modelo durante unas cuantas sesiones: sujetando unas cosas, empujando o tirando de otras... "Las fotografías fueron reveladas en la Eastman Kodak y la gente de la empresa preguntó quién era la modelo. Uno de los fotógrafos, David Conover, volvió y me dijo: 'Deberías trabajar como modelo. Ganarías fácilmente cinco dólares por hora'. ¡Cinco a la hora! Cobraba veinte a la semana por diez horas diarias y tenía que pasarme todo el tiempo de pie sobre un suelo de cemento. Era razón más que suficiente para probar suerte. Además, me permitió hacer realidad uno de mis sueños. De vez en cuando, cuando tenía dinero, iba a clases de interpretación. Eran caras: tenía que pagarlas a diez dólares la hora. "Conocí a un montón de personas, buenas y malas. A veces, mientras esperaba el autobús, paraba algún coche y el tipo que iba al volante bajaba la ventanilla y me decía: '¿Qué estás haciendo aquí? Deberías trabajar en el cine'. Luego me invitaba a acompañarle. Yo siempre respondía: 'No, gracias. Prefiero coger el autobús'. De todos modos, la idea de hacer cine no se me iba de la cabeza. "Por supuesto,

mucha gente me decía que por qué no buscaba trabajo como dependienta. En una ocasión lo intenté en Thrifty's, pero como no tenía estudios superiores se negaron a admitirme. Además, aquello era realmente algo muy distinto. Era modelo e intentaba convertirme en actriz... ¿Por qué iba a meterme en una tienda? "Se cuentan un montón de historias acerca de esas fotos de calendario. Cuando salieron a la luz, ya había hecho Asphalt Jungle (La jungla de asfalto) y la Fox me había renovado el contrato por siete años. Aún recuerdo que los del departamento de publicidad me llamaron al estudio para preguntarme si había posado para un calendario. Yo les respondí: 'Sí. ¿Cuál es el problema?'. En fin, lo cierto es que estaban muy nerviosos y me dijeron: 'No lo admitas. Niégalo'. Yo contesté: 'Lo hice y autoricé su difusión, así que creo que debería decir la verdad'. Aquello no les gustó. Entonces el cámara de la película se hizo con uno de los calendarios y me preguntó si se lo firmaría. Le dije que sí y le comenté: 'Éste no es precisamente mi mejor ángulo, ¿sabes?'. Los del estudio se pusieron aún más frenéticos. "Cualquiera que me conozca sabe que no soy capaz de mentir. En ocasiones me callo ciertas cosas o no doy muchas explicaciones para protegerme a mí misma o a terceros, que probablemente no deseen siquiera que lo haga. Pero sería incapaz de decir una mentira. "La gente tiene mucha gracia. Te preguntan algo y si respondes con franqueza se escandalizan. Alguien me preguntó una vez: '¿Qué se pone para dormir? ¿La chaqueta del pijama? ¿El pantalón? ¿Un camión?'. Y yo respondí: 'Chanel número 5'. Era cierto. No quería decir 'duermo desnuda', ya me comprende, pero ésa era la verdad. "Llegó un momento en que empecé a ser, por así decirlo, conocida. Y todo el mundo se preguntaba a qué me dedicaría cuando no estaba rodando, porque no aparecía por los estrenos y premieres, ni por las fiestas. Muy sencillo: iba a una escuela. Nunca terminé el colegio, así que asistía a cursos nocturnos en la UCLA porque durante el día interpretaba pequeños papeles en películas. Seguí cursos de historia de la literatura y de la historia de este país. Empecé a leer un montón; cosas de escritores maravillosos. "Me resultaba difícil llegar a tiempo a las clases porque trabajaba en el estudio hasta las seis y media. Como además tenía que levantarme temprano y estar preparada para rodar a las nueve en punto, siempre estaba cansada y a veces me quedaba dormida en el aula. Pero me obligaba a mí misma a incorporarme y a atender. "Mi profesora, la señora Seay, no me conocía y le parecía extraño que los chicos de otros cursos se asomasen con frecuencia por la ventana en plena clase y murmurasen entre ellos. Un día les preguntó que a qué venía su actitud y ellos le dijeron que yo era una actriz de cine. Ella respondió: 'Bueno, debo decir que estoy muy sorprendida. Pensaba que era una

jovencita recién salida de un convento'. Es una de las cosas más amables que jamás me hayan dicho. "Pero a la gente de la que acabo de hablar le gustaba considerarme una starkt: sexy, frívola y estúpida. 'Tengo fama de llegar siempre tarde. Bueno, no creo que sea así todo el tiempo. La gente sólo se acuerda de las veces que no soy puntual. Además, no soy capaz de ir a los sitios tan rápidamente como otras personas. Se montan en sus coches, se atrepellan los unos a los otros, no se detienen jamás. Pienso que los seres humanos no deben comportarse como máquinas. Además, es una forma estúpida de perder el tiempo. Rinde más si se hacen las cosas sensatamente, con calma, disfrutándolas. Si llego al estudio y tengo que pasar a la carrera por peluquería, por maquillaje, por vestuario, cuando llega el momento de rodar la escena estoy hecha unos zorros. Cuando hicimos Let's Make, Love (El multimillonario), George Cukor decidió que sería mejor que llegara una hora tarde para que estuviese más fresca al final de la jornada. En mi opinión, los actores de cine trabajan demasiadas horas seguidas. "Pienso que en la actualidad vivimos demasiado acelerados. Por eso la gente se siente nerviosa e insatisfecha, tanto con su vida como consigo misma. ¿Cómo va uno a hacer nada perfecto en semejantes condiciones? La perfección requiere tiempo. "Me gustaría mucho ser una buena actriz, una actriz de verdad. Y también me gustaría ser feliz, ¿pero quién lo es? Creo que intentar ser feliz es casi tan complicado como intentar ser una buena actriz. Ambas cosas cuestan trabajo. "Cuando más me acerco a la felicidad es cuando consigo ciertas cosas en mi trabajo. Pero eso es algo que sólo sucede en momentos concretos. En general, no soy feliz. Supongo que en términos generales lo que me siento es desgraciada. No separo mi vida personal de la profesional. He descubierto que cuanto más me implico personalmente en mi trabajo, mejor resulta. "Mi problema es que me exijo demasiado, pero estoy empeñada en ser maravillosa, ¿sabe? Sé que habrá quien se ría de mí por decirlo, pero es la verdad. Una vez, en Nueva York, estaba con mi abogado, que me estaba hablando acerca de mis desgravaciones fiscales y todas esas cosas. Estaba teniendo conmigo más paciencia que un santo y yo le solté a bocajarro: 'No me interesa nada de eso. Sólo quiero ser maravillosa'. Si una le dice una cosa así a un abogado, piensa que estás loca. "Hay un libro de Rainer Maria Rilke que me ha ayudado mucho, Cartas a un joven poeta. Ha habido veces en que sin él probablemente hubiera creído que estaba loca. Pienso que cuando un artista... Perdona, pero de veras creo que me estoy convirtiendo en un artista, aunque algunos se rían. Por eso me disculpo. Cuando un artista intenta ser sincero a veces tiene la sensación de estar al borde de algún tipo de locura. Pero no es verdadera locura. Sólo intentas extraer lo más

auténtico que hay en ti, y resulta muy duro, ¿sabe? Hay ocasiones en que piensas: 'Lo único que tengo que hacer es ser auténtica', pero no es tan sencillo. "En el fondo, siempre he tenido la sensación de que era una impostora o algo así, una farsante. Supongo que todo el mundo siente eso alguna vez. Lee Strasberg, mi profesor del Actors' Studio, me pregunta a menudo: '¿Por qué piensas eso de ti? Eres un ser humano'. Yo le contesto: 'Sí, lo soy, pero tengo la impresión de que debo ser más'. 'No', me responde él, 'has de empezar por ti misma. ¿Qué estás haciendo?'. Yo le digo: 'Bueno, tengo que meterme en el papel'. 'No, eres un ser humano y debes empezar por ser tú misma'. La primera vez que me lo dijo recuerdo que exclamé: 'Yo misma?'. Él replicó: '¡Sí, tú misma!'. "Es probable que Lee haya cambiado mi vida más que ningún otro ser humano. Por eso me encanta ir al Actors' Studio cuando estoy en Nueva York. Lo único que quiero es hacerlo lo mejor posible, dar todo lo que pueda desde el momento en que la cámara se pone en marcha hasta que se detiene. Durante esos instantes deseo ser perfecta, tan perfecta como me sea posible. "Cuando trabajaba en la fábrica durante la guerra solía ir al cine los sábados por la noche. Era el único momento en que realmente disfrutaba, me relajaba, me divertía, era yo misma. ¡Qué decepción me llevaba cuando la película era mala! Esperaba impaciente toda la semana el momento de volver y trabajaba como una muía para conseguir el dinero que costaba la entrada. Si me parecía que los actores no lo hacían bien o que no ponían interés, salía muy enfadada porque no me sobraba el dinero para aguantar el resto de la semana. Así que siempre tengo la sensación de que actúo para la gente que trabaja duro, que llega a la taquilla y suelta su dinero esperando que a cambio la entretengan. Siento que trabajo para ellos. No me preocupa tanto lo que pueda opinar el director. Eso es algo que he intentado explicarle a menudo al señor Zanuck en la Fox. "El amor y el trabajo son las dos únicas cosas que de verdad tienen importancia. En realidad, lo demás es irrelevante. Todos necesitamos las dos cosas: tener la una sin la otra no es lo mismo. Mientras trabajaba en la fábrica me sentía orgullosa de hacer las cosas bien, de realizar un trabajo perfecto, tan perfecto como me fuera posible. Y cuando soñaba con el amor, era lo mismo: tenía que ser tan perfecto como fuese posible. "Cuando me casé con Joe DiMaggio en 1954 él ya se había retirado del béisbol, pero seguía siendo un atleta fantástico y una persona muy sensible en muchos aspectos. Era hijo de emigrantes, y su familia lo había pasado muy mal cuando él era joven. Así que él entendía algunas cosas mías y yo entendía algunas de las suyas. En eso basamos nuestro matrimonio, pero entender 'algunas cosas' no es suficiente. Nuestro matrimonio no fue especialmente feliz y

*duró sólo nueve meses. "Para mí, los sentimientos son tan importantes como mi trabajo. Es probable que sea ése el motivo por el que soy tan impetuosa y al mismo tiempo tan reservada. Me gusta la gente, pero cuando se trata de amigos, sólo me gustan unos pocos. Y cuando me enamoro, soy tan exclusivista que en realidad sólo tengo una idea en mente. "Por encima de todo, quiero que me traten como a un ser humano. "La primera vez que vi a Arthur Miller fue en un rodaje, y yo estaba llorando. Actuaba en una película titulada *As Young As You Feel*, y se me acercaron él y Elia Kazan. Lloraba porque había muerto un amigo mío. Me presentaron a Arthur. "Eso fue en 1951. Era una época en la que me sentía muy confusa respecto a todo. No volví a ver a Ardiur en cuatro años. Nos escribimos y él me mandó una lista de libros para leer. Solía pensar que quizá él me viera en alguna película, así que intentaba hacerlo lo mejor posible. "No sabría cómo explicarlo, pero me enamoré de él desde el primer momento en que le vi. Nunca olvidaré el día que comentó que debería trabajar en el teatro. La gente que había alrededor se echó a reír, pero él dijo: 'Hablo muy en serio'. Por el modo en que lo dijo me di cuenta de que era un hombre sensible, y además me trataba como a una persona sensible. Es difícil de explicar, pero no hay nada más importante. "Desde que estamos casados, y siempre que no estoy en Hollywood, llevamos una vida tranquila y dichosa en Nueva York. Lo es aún más durante los fines de semana que pasamos en nuestra casa de campo de Connecticut. A mi esposo le gusta ponerse a trabajar temprano y normalmente se levanta a las seis en punto. Luego deja de trabajar y se echa una siesta. Nuestro piso no es muy grande, así que he hecho que insonorizaran su estudio. Necesita silencio absoluto mientras trabaja. 'Yo me levanto a eso de las ocho y media. A veces, mientras espero a que esté listo el desayuno —tenemos un cocinero excelente— saco a Hugo, mi perro, a dar una vuelta. Pero cuando el cocinero no está, me levanto temprano y le preparo el desayuno a Arthur, porque pienso que un hombre no debería tener que prepararse la comida. En ese aspecto soy muy anticuada. Tampoco creo que deba cargar con cosas de su mujer, como los zapatos de tacón, el bolso y cosas de esas. A veces guardo algo en su bolsillo, por ejemplo un peine, pero nunca nada que pueda quedar a la vista. "Después de desayunar, me doy un baño. Eso hace que los días libres sean distintos de los laborables, en que me levanto a las cinco o las seis de la mañana y me doy una ducha fría para despejarme. En Nueva York me gusta pasar mucho tiempo en remojo, leer el *New York Times* y escuchar música. Luego me pongo una falda, una blusa, zapatos bajos y un abrigo y voy al *Actors' Studio* los martes y viernes a las once. Los demás días asisto a las clases particulares de Lee Strasberg. "A veces vuelvo a comer a casa y*

siempre estoy libre para mi marido antes y durante la cena. Solemos escuchar música mientras cenamos. A los dos nos gusta la música clásica. O el jazz, si es bueno. Pero solemos poner ese tipo de música cuando celebramos una fiesta por la noche, y bailamos. "A menudo, Arthur se pone a trabajar de nuevo después de echarse la siesta y yo siempre encuentro algo que hacer. El dene dos hijos de su primer matrimonio y yo intento ser una buena madrastra. Además, hay mucho que hacer en el apartamento. Me gusta guisar, aunque no en la ciudad, donde solemos estar muy ocupados, sino en el campo. Sé hacer pan y tallarines. Ya sabe, los preparo, los seco y hago una salsa. Son mi especialidad. En ocasiones me invento platos. Me gusta todo muy especiado. Me encanta el ajo, aunque a alguna gente le parezca demasiado fuerté. "De vez en cuando vienen actores del estudio y les doy de desayunar, o tomamos el té juntos y ensayamos mientras comemos. Así que mis días están muy llenos, pero dejo las noches libres para mi marido. "Después de cenar salimos a menudo al teatro o al cine. También vienen amigos o vamos nosotros a visitarles. Otras veces nos quedamos en casa y escuchamos música, charlamos o leemos. En ocasiones damos un paseo por Central Park; nos encanta andar. No tenemos un patrón estricto para hacer las cosas. A veces me gustaría ser una persona más organizada, hacer cada cosa en su momento. Pero mi marido dice que al menos así nunca nos aburrirnos, de modo que está bien como está. No me aburren las cosas; me aburre la gente que se aburre. "Aunque me gusta estar con gente, hay ocasiones en que me pregunto hasta qué punto soy una persona sociable. Puedo estar sola; no me preocupa. No le doy vueltas: es como un descanso, una especie de reconstituyente. A los seres humanos, o al menos a mí, les pasan dos cosas: quieren estar a la vez solos y acompañados. Yo tengo un lado triste y un lado alegre. Es un verdadero problema ante el que me encuentro muy sensibilizada. Por eso adoro mi trabajo. Cuando estoy contenta con él, soy más sociable; en caso contrario, prefiero estar sola. Y en mi vida privada me ocurre lo mismo. —Si le preguntase qué siente al ser Marilyn Monroe en esta fase de su vida, ¿qué me respondería? —¿Qué se siente siendo usted? —A veces me siento a gusto conmigo mismo, y a veces me siento insatisfecho. —Así es exactamente como me siento yo. ¿Es usted feliz? — Eso creo. —Bueno, yo también, y dado que sólo tengo treinta y cuatro años y aún me queda vida por delante, espero disponer de tiempo para llegar a ser mejor y más feliz, tanto vital como profesionalmente. Ésa es mi única ambición. Puede que me lleve mucho tiempo, porque soy lenta. No pretendo decir que sea el mejor método, pero no conozco otro, y además me da la sensación de que, a pesar de todo, la vida aún tiene cosas que

ofrecerme.

NORMAN MAILER

Entrevistado por Eve Auchincloss y Nancy Lynch (Mademoiselle, febrero de 1961)

El escritor y periodista estadounidense Norman Mailer nació en Nueva Jersey en 1923. Hijo de un contable, se crió en Brooklyn y a los dieciséis años accedió a la Universidad de Harvard, donde se graduó en Ingeniería con el propósito de convertirse en ingeniero aeronáutico. Su primera historia fue publicada cuando tenía dieciocho años de edad y ganó el premio de literatura universitaria de la revista Story. Durante la II Guerra Mundial sirvió con el 112 de caballería de Texas en Filipinas, experiencia que constituyó la base de su primera novela, Los desnudos y los muertos (The Naked and the Dead, 1948), que se convirtió en un éxito de ventas a nivel mundial. Sus siguientes obras fueron: Barbary Shore (1951), The Deer Park (1957) y Advertisements for Myself (1959). En 1955 fue confundador de la revista neoyorquina Village Voice, y desde 1952 hasta 1963 editó otra revista, Dissent. En la década de 1960 participó activamente en el movimiento en contra de la guerra de Vietnam, publicando Un sueño americano (An American Dream, 1965), ¿Por qué estamos en Vietnam? (Why Are We in Vietnam?, 1967) y Los ejércitos de la noche (Armies of the Night, 1968). La última obra describía la marcha de protesta sobre el Pentágono por la que Mailer y otros fueron encarcelados, y le hizo acreedor al premio Pulitzer y al National Book Award. Entre sus libros posteriores se encuentran La canción del verdugo (The Executioner's Song, 1980), una novela de "nuevo periodismo" sobre la vida y ejecución final del asesino Gary Gilmore, y dos novelas históricas, Tardes antiguas (Ancient Evenings, 1983), sobre el antiguo Egipto, y Harlot's Ghost (1991), dedicada a analizar la CIA desde la II Guerra Mundial. Casado cuatro veces, Mailer siempre ha sido consciente de la necesidad de mantener su imagen pública y se ha prestado gustoso a numerosas entrevistas. Al igual que Gore Vidal y Truman Capote, en una ocasión escribió una memorable autoentrevista. Eve Auchincloss y Nancy Lynch eran redactoras de plantilla de Mademoiselle. Entre otros entrevistados por ambas periodistas para la revista se encuentran James Baldwin y Gore Vidal. Norman Mailer escribió el gran libro sobre la II Guerra Mundial hace doce años. Desde entonces ha escrito mucho y aunque ninguna de sus obras haya sido un éxito indudable, sus colegas, por poca simpatía que puedan haber sentido hacia sus doctrinas, siguen considerándole no sólo una importante promesa de la

*novela norteamericana, sino también el portavoz de una generación en abierta rebeldía. Le entrevistamos a mediados de noviembre. Pocos días después apuñaló presuntamente a su esposa y fue internado en un hospital para ser sometido a observación. Desde entonces ha sido declarado cuerdo; su esposa se ha recuperado; su futuro como escritor sigue siendo el interrogante que durante tan largo tiempo ha sido. Lo que viene a continuación es un extracto de lo que fue una conversación larga y hasta cierto punto "existencial". —¿Vamos a charlar o vamos a hacer una entrevista formal con preguntas y respuestas? —Preguntas y respuestas, más o menos, y ya veremos a dónde llegamos. —¿Cuánto tiempo vamos a tardar? ¿Media hora? ¿Una hora? —Veremos, podría ser más si realmente empezamos a hablar. —¿Quiere decir hablar y hablar? Preferiría no hacer nada semejante. Tengo comprobado que cuando uno sabe que tiene media hora lo hace mejor. Es un poco como la diferencia en intensidad entre un programa de televisión enlatado y otro que se hace en directo. Si uno sabe que le escuchan un millón de personas se pone más estirado o nervioso o desagradable o histérico o fuera de lugar, pero siente que está dándolo todo en cada momento. Nos encontramos con una situación existencial. A lo que me opongo es a todo esto de hablar por hablar porque soy un hombre terriblemente indisciplinado. Si me dan suficiente margen, haré exactamente el tipo de cosa encantadora y superficial que suena muy bien pero no hay forma de transcribir en condiciones. Al mismo tiempo, no soy capaz de hacer comentarios formales. Ya no tengo ese tipo de mentalidad. Si quieren que charlemos, quiero hacerlo a un nivel razonablemente elevado. —Está bien. En un artículo sobre la Convención Demócrata sugirió usted recientemente que Kennedy es un hipster. ¿Por qué cree eso? —Si digo que es un hipster sin más, será falso. Sonará muy dogmático. Lo que multiplica las dificultades hasta niveles astronómicos es que no existe acuerdo sobre el significado de la palabra hipster. Verán, para algunas personas es un aventurero y para otras una especie de perverso beatnik de la peor especie. Así pues, si dijera directamente que creo que Kennedy es un hipster, para algunas personas estaría diciendo que el presidente de Estados Unidos es un maldito beatnik. La posibilidad de que semejante cosa eclipse la visión que de su propia realidad tiene este país es tan grande que preferiría ignorar la pregunta. —Una de las cosas de las que queríamos hablar es de una idea sobre la que usted ha escrito, la de que espera impaciente una revolución moral y sexual en este país. —¿Dónde he dicho yo eso? —Lo dije en *Advertisements for Myself*. —No lo dije de ese modo. Nunca. En *Advertisements for Myself* decía algo en el sentido de que esperaba crear una revolución en la conciencia de mi tiempo. Se infiere,*

sin duda, que me refería a una revolución moral y a una revolución sexual, pero no creo haber dicho nunca tal cosa directamente porque hacerlo, no sé si me comprenden, significaría que mi actitud es programática hacia cosas que son ajenas a toda posibilidad de programación. La mayor dificultad y belleza de las revoluciones morales y sexuales es que son impredecibles. — ¿Qué las desencadena? —Lo que las desencadena es la idea de que si la gente fuera más auténtica el mundo sería mejor. Y esto refleja cierto grado de tierno optimismo. Es como aquella vieja broma: "La gente es una mierda". Si uno da por supuesto que la gente es una mierda, la policía es necesaria, las autoridades son necesarias, la represión es necesaria. Pero si uno cree que la gente en su estado natural es más hermosa que en su estado condicionado, uno se muestra optimista y cree en las revoluciones morales y sexuales. Aunque no crea necesariamente que se llegue a ellas haciendo declaraciones y elaborando programas políticos. Significa que uno cree en la idea del héroe, de un hombre capaz de desafiar a los dioses... y a los medios de comunicación de masas. ¿Tienen alguna pregunta sobre el existencialismo? —Bueno, ¿qué hay de Sartre? Le ha puesto usted en el bando de los carcas en su lista de conservadores y modernos. —Sí, es un carca porque creo que su actitud es programática; nos dice exactamente lo que hay que hacer. Habla acerca de la autenticidad pero no ofrece la menor pista acerca de la naturaleza de un momento auténtico. —¿Cuál cree usted que es la naturaleza de lo auténtico? —Creo que es el momento en que nuestro sentido estético, teológico y eclesiástico del significado, el sentido de la emoción del beatnik y el sentido de la imperturbabilidad del hipster se fusionan. Es ese momento, el momento de la verdad de los españoles, en el que uno siente que no tiene sentido discutir sobre nada, porque así es como son las cosas y esto es lo que tenemos que hacer. El momento de la fe. —¿Surge alguna vez ese momento de fe de una reacción negativa ante las cosas tal y como son? ¿Como la moral y el sexo, tal y como son ahora, o el matrimonio? —¿Desean que diga algo programático sobre el matrimonio? —No, hable del tema a su manera. —Verán, en una ocasión participé en un programa de televisión, el de Mike Wallace. Intentaba hacerme decir algo acerca del matrimonio, el sexo y la moralidad. Finalmente, con cierta desesperación ante mi propia grisura, dije... porque como saben, cuando uno está en televisión durante media hora tiene que decir lo que quiera decir rápida e ingeniosamente y tiene que ir siempre al núcleo de las cosas, como un picahielo... Yo tengo una mente un tanto gris y lenta y hablo en términos privados y lánguidos que no interesan a nadie más que a mí. Así que lo que ocurre es que a menudo me pongo estridente cuando me encuentro en una situación en la que

tengo que hacer las cosas a toda prisa. Así que me puse estridente. Dije, a todos los efectos, que creo en la promiscuidad. Y él me preguntó: "¿Qué quiere decir con eso?". (Siempre dicen lo mismo). Dije que creía en la promiscuidad seria y que en mi opinión ninguna voz podría indicar jamás el maravilloso significado de "seria". Me temo que debí sonar extraordinariamente cabezota y dogmático. Así que añadí: "Quiero decir promiscuidad gozosa". Total, que dio la casualidad de que mi mujer vio el programa grabado más adelante. Estábamos allí sentados viéndolo y cuando salió esa parte me dijo: "Eres un hijo de puta". Y se marchó de la habitación. Así que me vi en el dilema de quedarme sentado viéndome y disfrutando, porque estaba en una forma razonablemente buena, o salir para arreglarme con ella. Tengo la terrible sensación de que hablar sobre el matrimonio está, como quien dice, más allá de mis posibilidades. —Hay que reconocer que no tenía usted mucho que decir sobre el matrimonio. ¿Quiere eso decir que no quiere hablar sobre él? —Bueno, puedo decir que Estados Unidos es tan totalitario y perverso y, por acuñar una palabra, liquidacional, acerca de los usos del matrimonio como la Unión Soviética lo es sobre los usos del proletariado. Ha sido el gran escándalo de nuestra vida nacional. —¿Cree que hemos convertido el matrimonio en un objetivo excesivamente importante? Es muy habitual que muchos estudiantes universitarios confiesen que su principal objetivo en la vida es disfrutar de un matrimonio feliz. —Bueno, sí. Yo no sé cómo hablar con ese tipo de estudiantes y ellos no querrían hablar conmigo. No tenemos nada que decirnos unos a otros, estaríamos en bandos opuestos. —¿Usted y la gente joven? —No, no. Algunos jóvenes. No creo que todos los estudiantes se tomen en serio las responsabilidades del matrimonio. No quedan demasiadas responsabilidades. Creo que Eisenhower las agotó todas. —¿Qué ha ocupado su lugar? ¿O también eso es una actitud programática? —Sí, están en lo cierto. He adoptado una actitud programática por primera vez. No he sido justo con el viejo Eisenhower. Ahora que ha desaparecido no seré el primero en decir que no fue malo, porque creo que fue terrible. Pienso que fue realmente terrible porque jamás permitió que nadie en este país percibiera su encanto a excepción de aquellos que estaban próximos a él. Y ésa es una actitud demasiado majestuosa para un hombre que no tiene en la cabeza más que ideales democráticos. Eisenhower no era auténtico, y ésa es la tragedia del hombre. —¿No le impondríamos nosotros esa personalidad? —Le ayudamos en gran medida, pero un hombre de carácter debe ser capaz de resistirse también a una marea favorable. Finalmente no fue un héroe. Fue el Hemingway republicano. —¿Que hace a un héroe? —Momentos de valor. Es no viviendo momentos de valor como

uno contrae cáncer. Por supuesto, si fuera tan sencillo, en cualquier momento en que pasara algo gordo uno decidiría comportarse valerosamente para rehuir el cáncer. Todo el mundo sería valiente. La tragedia del asunto es que si uno decide ser valeroso en un momento dado y no lo consigue, tiene más posibilidades de contraer cáncer que si no hace nada en absoluto. Y dado que todo el mundo ha perdido la fe y el sentido de ciertos valores, ya nadie actúa en absoluto. Cada vez más, los momentos de valor van desapareciendo de la faz de la tierra, en especial en este país. Es por ese motivo por el que el cáncer se está extendiendo. Una de las causas del cáncer tiene que ser la ausencia de acción. —¿Cómo puede uno ser un verdadero héroe? ¿Qué clase de momentos de valor podemos vivir? Es fácil asociar la valentía con una plaza de toros o con la guerra, pero aquí, en una ciudad, la situación es diferente. —Escuchen lo que estoy diciendo: el valor es algo que implica un grave riesgo sin la certidumbre de que uno va a salir victorioso. Si se actúa en el vacío, sin referencias morales, uno es lo que la sociedad denomina un psicópata. —¿Quiere usted decir un hipster? —Bueno, podría decirse que los hipsters hacen esto en el vacío. Yo no. Se trata más bien de que la idea de moralidad de un hipster es muy compleja. Mucha gente odia la modernidad porque representa una amenaza para ella. Siente que si admitiera que tengo razón sobre el hipster tendría que convertirse también en uno de ellos, lo que es algo que jamás le pediría a nadie que hiciera. Sólo pido que el hipster sea considerado al menos tan interesante y curioso como un congresista joven. —Se hace difícil aceptar la idea de una persona aparentemente apartada de la historia, del futuro, de cualquier tipo de acción. —Ésa es la visión corporativa del hipster. Yo soy un hipster, por ejemplo. Uno de mediana edad. Me he vuelto terriblemente filosófico y blando, pero eso es lo que soy. —¿Querría explicarnos qué es en su opinión, en esta fase, un hipster? —No es especialmente importante cuál es la historia de un hipster, o sus logros, su educación, su posición en la vida. Originalmente existían entre los negros y había también unos pocos blancos. A estas alturas creo que se han extendido tanto, ha habido tal promiscuidad... Por acuñar otra terrible palabra, se ha producido tal promiscuización de la personalidad, que existen casi en todas partes. Un hipster es alguien que, por simple o complejo que resulte, por bueno o malo que sea, en el viejo sentido de estas palabras (que jamás tuvieron significado alguno), sigue siendo alguien que le presta más atención a su cuerpo que a su mente. Es un existencialista. —¿Es competitivo en algún sentido el hipster? —Continuamente. Con todo el mundo, consigo mismo, con cada momento, con cada matiz de la existencia. —¿En busca de qué compite? —En busca de más existencia. Es

una persona desfavorecida. Es un verdadero proletario, un proletario psíquico. El proletariado de Marx ha desaparecido, lo hizo con la llegada del refrigerador, pero existe un nuevo proletariado compuesto por aquellos que se consideran buena gente, que tienen una visión de sí mismos, de la gente que conocen, del mundo, de la existencia, de la eternidad. Y sienten que su visión es exquisita y extraordinaria y quieren que los demás la conozcan. Quieren gobernar el mundo, todos y cada uno de ellos. —¿No será un callejón sin salida esa voluntad de gobernar? —La voluntad sin ternura es una de las cosas más peligrosas del mundo. La voluntad sin capacidad de reconocer nada más que la propia voluntad es algo que debe ser erradicado. —¿Intenta el hipster aniquilar su propia voluntad? —Intenta conservar su voluntad, pero conserva la ternura. —¿Quiere decir que alberga una gran ternura mientras aplasta con su tacón la cara del hombre moribundo! —¿Puedo decir una cosa? ¿Si nos vamos a poner extremistas, que conste en acta que ustedes empezaron! La gente está convencida de que soy yo quien empieza estas cosas, pero no es verdad. Si quieren ustedes aplastarle la cara con el tacón al moribundo allá ustedes, pero aún insisto en la validez de mi lógica existencial: que el acto sea finalmente auténtico. Si van a hacer algo, háganlo. —¿Quiere decir disfrútenlo? —La pobre alma está desapareciendo de la existencia. ¿Por lo menos disfruten! Si van a aplastarle la cara con la bota, no lo hagan con el sentimiento de "Soy horrible, soy un psicópata, debería estar en un manicomio". Háganlo. Hay muy poca gente que le pise la cara a nadie, porque llegado el momento, la gente es mucho más dura, mucho más capaz de defenderse de lo que nadie cree. Y ésta es la vieja y mortecina noción liberal de la existencia. Detestaría acabar siendo un liberal, pero creo realmente que la gente es más resistente de lo que normalmente se le atribuye... ¿Están realmente interesadas en el problema? —Sí. —Quiero decir que me han pedido que me asome al abismo, ¿no es así? —¿Acaso no debemos hacerlo? ¿No quiere que lo hagamos? ¿No cree que muchos de nosotros queremos asomarnos al abismo? —No, no lo creo. Creo que es muy duro. Creo que a la gente le aterroriza la idea. Pero si hemos llegado al momento en que uno de los mejores escritores de América habla de alguien que aplasta la cara a alguien con el tacón de su bota, consideremos este momento. Usemos nuestra imaginación. Significa que un ser humano ha decidido poner fin a la vida de otro ser humano. Significa que dos personas entablan un diálogo con la eternidad. Ahora bien, si el bárbaro lo hace y en el último momento le gusta el hombre cuya vida está extinguiendo, entonces tal vez la víctima no haya muerto en vano. Si existe una eternidad y hay en ella almas, si uno puede nacer de nuevo, la víctima

puede obtener su recompensa. Al menos parece posible que la cualidad de un ser pase al otro, y este humano repleto de odio, que aplasta con su bota la cara de alguien destruyendo esa parte supremamente íntima de una persona (recordemos que en el siglo XX los órganos sexuales no son ya tan privados como la propia cara), en el acto de matar, en ese momento aterradoramente privado, ese bárbaro siente un momento de ternura, quizá por primera vez en su existencia. Lo que ha ocurrido es que el asesino se está convirtiendo en algo ligeramente más aceptable, ligeramente más dispuesto a amar a alguien. (Pausa). —Volvamos al abismo. Si no queremos asomarnos a él, ¿por qué asiste tanta gente a la consulta de los analistas, por qué tantas personas se interesan en el zen? —Porque no quieren asomarse al abismo. Les ruego que me perdonen, pero el psicoanálisis y el zen, en mi particular geometría psíquica, son equivalentes a la nicotina. Son antiexistenciales. La nicotina le mantiene a uno en cuarentena frente a la existencia. —¿Qué quiere decir? —Siempre que uno siente una experiencia que le resulta ligeramente nueva enciende un cigarrillo. La emoción es transformada en material textual. —¿Qué hay de la marihuana? —Preferiría no hablar de eso. —¿Y qué hay de su autoanálisis? —Está bien, me rindo. Mi autoanálisis comenzó con la marihuana, para bien o para mal. En este momento no tengo ni idea de si la marihuana es un invento de Dios o del diablo. Mi autoanálisis comenzó con la marihuana porque descubrí que, fumándola, me volvía real para mí mismo por vez primera. Eso fue hace cinco o seis años. —¿En qué sentido se volvía usted real? —Descubrí que muchas cosas que me habían parecido estúpidas tenían su razón de ser. Si estaba recorriendo la habitación y contando una historia de modo fluido y agradable y de repente tropezaba torpemente con algo y me hacía daño en la rodilla no era porque fuera un neurótico, sino porque me sentía profundamente avergonzado por el modo en que estaba traicionando algo que era auténtico en mí con el único propósito de contarle una buena historia a unas personas que ni siquiera me apreciaban demasiado. Así, la marihuana me daba una cierta percepción de mi propia importancia. —¿Saca a la superficie cosas que ya están ahí, sumergidas? —Es una droga sutil. La mayor parte de la gente no obtiene nada de ella la primera vez. Yo la fumé durante seis meses y no me pasó nada. —¿Por qué siguió adelante? —No sabría decirles. Supongo que porque una pequeña parte de la droga llegó a mi interior y me dijo: "Aquí hay algo, si quieres usarlo". Pero hay que estar desesperado. Yo estaba muy enfermo por aquel entonces, en México. Estaba convencido de que estaba acabado. Creía de verdad que iba a morir porque tenía muy mal el hígado y estaba siguiendo las instrucciones de mi médico. No bebía, comía

exactamente lo que me ordenaban y llevaba una vida muy ordenada. Y no pasaba absolutamente nada. Cada día estaba más enfermo. Y entonces, finalmente, la fumé unas cuantas veces más y me produjo la sensación de algo nuevo. Tenía unas cuantas emociones nuevas. —¿En qué sentido eran nuevas? ¿Qué eran? —Eran mayores que todas las que había tenido antes. —¿Un ira mayor? —Oh, sí. Pero también una mayor sensualidad. —¿También mayor amor? —Durante un tiempo, sí. —¿Por qué se tiene la sensación hoy en día de que amor es una palabra sucia? —Porque el amor, la madre y la familia pertenecen hoy a la bandera y al FBI. En Estados Unidos se está librando una batalla de palabras y la dificultad para un escritor, especialmente para un escritor como yo, es que me veo obligado a emplear las palabras que mis enemigos han capturado para expresarme. Tengo que volverme del revés para no utilizar la palabra amor cuando quiero hablar del amor. Pero no puedo utilizar la palabra porque en el momento en que diga amor o Dios, perderé a tres cuartas partes de la gente que podría leerme. No creo que podamos hablar de eso. Creo que tendrán que pasar treinta años antes de que podamos utilizar de nuevo la palabra amor sin sentir que estamos traicionando a nuestros amigos. —¿Y qué pasó cuando aparecieron esas emociones tan grandes? —Lo que ocurrió no es algo de lo que uno pueda realmente hablar. Ésa es una de las cosas que me hizo la marihuana: destruyó mi memoria de un modo extraño e inquietante. Conocía a alguien, charlaba con él, me caía bien, había oído su nombre media hora antes y no podía recordarlo. —Bueno, todo el mundo tiene ese problema. Pero cuando habla usted de que perdió la memoria, ¿fue sólo respecto a cosas como el nombre de la gente? ¿O también respecto a su infancia y el tipo de cosas que uno suele querer recordar con detalle? —Verán, la marihuana es terriblemente personal y es perfectamente posible que cierta gente que desee recordar su infancia la recuerde con mayor detalle. Yo nunca he tenido grandes sentimientos acerca de mi infancia. Jamás escribo sobre ella. Pero volviendo a la marihuana, no sé si confío en ella o no. Hizo mucho por mí, pero tal vez aún tenga que pagar por ello. Y no estoy seguro de si la recomendaría o no. Creo que es mucho mejor que esas cosas sucedan sin ayuda de la marihuana, pero yo llegué al punto en que no podía pasarme nada sin ella, así que la usaba y le sacaba mucho partido. También perdí bastante, creo. —¿Sigue fumándola? ¿Sigue haciendo por usted lo que hacía al principio? —En ocasiones me rindo ante ella y me sirve de mucho, pero el coste es más elevado. Me da un gran día pero me hace perder tres o cuatro. Mi mente queda febril, desconectada durante tres o cuatro días, y después me entra una terrible apatía y depresión porque he gastado demasiado a

cambio de demasiado poco. —¿Que podría haber obtenido por algún otro medio? —Sí. En vez de intentar hacerlo lo mejor posible en el momento en que importa, lo hace uno lo mejor posible no importa cómo, porque tiene uno tanto dentro en ese momento que tiene que sacarlo fuera. —¿Es un sprint? —Sí, es un sprint. —¿Cree que nuestra sociedad exige acelerar a la gente? ¿Es eso parte del problema, que a la gente se le pide demasiado en un momento dado? —Vaya, ésa es una imagen excelente. La gente que es ambiciosa y orgullosa y quiere tener éxito tiene que convertirse en velocista. Pero ya ni siquiera se logra el triunfo ganando el sprint. La situación es tan desesperada que puede ser uno la persona más encantadora de una fiesta y al día siguiente la gente se dedicará a decir: "Ese pobre hombre o mujer tenía que resultar extraordinario o extraordinaria, ¿y por qué? Porque su vida carece de centro". Así que los que no son encantadores empiezan a mostrarse interesados en destruir a los velocistas y a la vez les eligen continuamente. Si uno quiere sentir que la vida puede, de un modo imaginable, conservar algo de belleza, tiene que pasar a la marginalidad de una manera u otra. —Sí, ¿qué hay del underground, de lo marginal? En algún lugar lo describía usted como una concentración de éxtasis y violencia, la clase de vida con la que sueña esta nación. ¿Es un estado mental o existe en alguna parte? —Veamos, demos por supuesto que en Nueva York existe el underground. ¿Creen que yo, como apóstol y líder del mismo anunciaría dónde está? (Riéndose). Válgame, sois maravillosas. Os diré algo: no me gustaría nada un combate a diez asaltos contra vosotras. Si fuerais hombres y yo fuera un buen luchador, detestaría enfrentarme a vosotras durante diez asaltos. Porque ganaría, no creáis, y por unanimidad, pero me dejaríais maltrecho para el siguiente combate. —¿Estábamos pensando que, a juzgar por sus escritos, Mailer tiene un grave problema con la fatiga! —Lo tiene. Está prematuramente cansado. Veréis, soy un soldado de infantería. Así empecé. No lo digo en absoluto con orgullo, porque no es nada de lo que enorgullecerse. Es algo que te hacen, más que algo que haces. Y no estuve en una buena guerra. Participé en una guerra aburrida, en Filipinas. Nos limitamos a gastar caminando diez años que debían haber pertenecido a nuestra vida privada y cuando salimos, esa fatiga nos había invadido, ¿comprendéis? Hay un modo de caminar entre los infantes que resulta indescriptible, y que jamás se ha mostrado en ninguna película de guerra que yo haya visto. Nadie camina así en las películas; por eso las películas de guerra son tan malas. Si consiguieran reflejar eso durante sólo un minuto, sabríais de qué va realmente la guerra. —¿Cómo caminan los soldados de infantería? —Sin el menor sentimiento o gesto de orgullo o individualidad. Pero los actores no tienen la menor

idea porque los actores son gente que no anda. Normalmente, son transportados sobre los regazos de las damas... son crías de canguro. Les llevan en bolsas hasta que se convierten en hombres y entonces se ponen en pie, sueltan unas cuantas palabras y se hunden de nuevo en la marsupia, —¿Buen repaso les ha dado a los actores! ¿Y qué hay de los escritores? Hablemos de lo que está usted leyendo en este momento, si está leyendo algo. O de quiénes cree usted que son los escritores del momento. —Está bien, todo lo que leo es lo que me pone delante de las narices la gente cuya calidad atrae mi atención, y ésta desaparece a pasos agigantados. Así pues, leo cualquier cosa. Es imposible decir quién va a ser el gran escritor entre los que conocemos, quién se va a descollar con algo realmente bueno. Creo que lo único que no fue absolutamente desastroso en los últimos diez años de nuestra historia literaria fue que todos teníamos cierta conciencia de la existencia de los demás, que teníamos el suficiente sentido para ser capaces de aprender los unos a los otros, el suficiente para aprender un poco de los demás. Naturalmente, aprendí de mis coetáneos. Lo hice muy a regañadientes. Quiero decir que detestaba su talento. Despreciaba y detestaba todo lo que pudieran tener de bueno, por poco que fuera. Se me retorcián las tripas cada vez que hacían algo que yo no podía igualar. Así fue la cosa durante años. Después comprendí que no debía ser así si quería crecer alguna vez. —¿Hasta qué punto es importante para usted el estilo? —¿El estilo? El estilo es un abrazo. Si tuviera que escoger un estilo, creo que un hombre que escribe mejor que yo es William Burroughs. Creo que perdurará mucho más tiempo porque es más intenso. Tiene una cualidad de la que yo carezco. Quiero decir que yo escribo frases que abrazan a la gente, pero las suyas la apuñalan. Uno nunca olvida al hombre que le apuñala, pero es posible olvidar un abrazo. —¿Qué es para usted lo más valeroso que ha hecho en su vida? —¿Lo más valeroso? La peor cosa que he escrito jamás: "The Homosexual Villain". Es lo más valeroso que he hecho nunca porque lo hice por un oscuro y torpe sentido del deber. —¿Y qué hay de lo que escribió sobre Kennedy en Esquire? ¿Fue también fruto del sentido del deber? —Bueno, verán, cuando escribí eso sentía, para bien o para mal, que era al fin un artista maduro que se había hecho con las riendas de su talento, que hacía algo voluntariamente. Quería conseguir unas cuantas cosas: quería influir sobre las elecciones, quería impulsar la carrera de Kennedy y quería hacer algo razonablemente bien escrito. Lo que me preocupaba era que sentía que podía haber escrito algo realmente extraordinario, pero tuve que hacerlo a matabalho. Sólo dispuse de diecisiete días. Fue excelente en cierto sentido, pero no creo que vaya a perdurar tanto como The White Negro. Verán, es demasiado atractivo. Yo

no estoy tan enamorado del artículo como alguna gente. Fue la primera cosa que escribí en mi vida con una intención política deliberada. Quería que un hombre saliera elegido y quería prevenir a los demócratas acerca de algo que me parecía terriblemente importante: creía que existía el peligro de que Kennedy perdiera en el último minuto. Si el artículo tuvo algún efecto importante sobre los demócratas con cierto poder e influencia, fue que no dejaron de trabajar en los últimos tres días. Estaban profundamente alarmados y eso fue bueno. Creo que si se hubieran relajado lo más mínimo, Nixon podría haber ganado. —¿En qué se diferencia usted de otros hombres? —Soy menos fuerte, más inquieto, más decidido, más inepto, tengo más éxito. No me gusto lo suficiente como para dejarme llevar por mis instintos, como debería hacer. Creo que no he tenido el valor suficiente para ser auténtico... pero ya basta, queridas señoras. —Tiene usted una forma maravillosa de disipar... —¿El entusiasmo? Así es. Bueno, si le doy algo a la gente, ¿por qué no iba a poder recuperarlo? Verán, ni siquiera me han dado la oportunidad de decir que The White Negro ya no es verdad. —¿No lo es? —No. Porque lo que dije entonces era cierto tal y como yo lo veía, pero no lo bastante. No había suficientes negros blancos por aquellas fechas, así que el mundo organizado se apropió de mi noción del negro blanco y mató un poco más a los pocos que éramos. Traicioné a los míos al escribir aquello. Incluso cabe la remota posibilidad de que hubiera sido mejor permanecer en silencio. Hice progresar mi carrera a expensas de mi ejército. Como general, gané fuerza y perdí tropas. —¿Qué hay en The White Negro en lo que ya no crea? —Creo que no deseo perder más tropas. Ya he dicho suficiente. El ambiente ha sido maravilloso, pero hemos terminado, queridas señoras.

HAROLD MACMILLAN

Entrevistado por Jocelyn Stevens (Queen, mayo de 1963)

El político inglés y primer conde de Stockton, sir Harold Macmillan (1894-1986), estudió en Eton y Oxford y fue herido en acción durante la I Guerra Mundial. Contrajo matrimonio con lady Dorothy, hija del duque de Devonshire y gobernador general de Canadá, del que Macmillan había sido aide de camp. Trabajó en la empresa editorial de su familia y entró en el mundo de la política en 1924 como miembro conservador del Parlamento por Stockton-on-Tees. Perdió el escaño en 1929, lo recuperó en 1931 y lo conservó hasta 1945. Durante la II Guerra Mundial sirvió inicialmente como subsecretario. Más tarde formó parte del Gabinete de Churchill como ministro especial residente en el Cuartel General Aliado. Allí hizo frente con maestría a las disputas surgidas entre los británicos, los americanos y los franceses libres. Salió elegido diputado por Bromley en 1945 y fue ministro de la Vivienda desde 1951 hasta 1954, presidiendo un programa de construcción de 300.000 viviendas al año. Tras ocupar las carteras de Defensa, Asuntos Exteriores y Hacienda, se convirtió en primer ministro tras la dimisión en 1957 de Anthony Eden por el asunto del canal de Suez. Merced a la recuperación económica de Gran Bretaña ganó las elecciones generales de 1959 y puso en marcha la descolonización de . Los años finales de Macmillan como primer ministro estuvieron marcados por las presiones internas del partido y los escándalos políticos. Dimitió por motivos de salud en octubre de 1963. Jocelyn Edward Graville Stevens nació en 1932. Estudió en Eton y Cambridge y sirvió en el ejército antes de incorporarse a Hulton Press como periodista a mediados de la década de 1950. Con su propio dinero creó Queen, una de las revistas más influyentes entre las nuevas publicaciones de la década de 1960. Vendió su participación en la misma en 1968 y se incorporó a Beaverbrook Newspapers como socio directivo. Permaneció en la empresa durante toda la década de 1970 y su gestión le ganó la reputación de duro. Al parecer, esto influyó decisivamente en su nombramiento, en 1984, como rector y vicepresidente del Royal College of Art (un cargo generalmente considerado acorde con el espíritu de la era Thatcher). Fue elegido presidente del British Heritage en 1992. La entrevista de Macmillan fue un gran éxito para Stevens. El Daily Mirror compró la segunda opción de sus derechos para Gran Bretaña y la publicó en primera página y en el

desplegable central. La revista Life le dedicó seis páginas. El mismo Macmillan le escribió a Stevens una cariñosa nota. Entre los famosos entrevistados por Stevens para Queen se encuentran el magnate de la prensa Cecil King (su junta directiva le pidió que repudiara algunos comentarios incluidos en la entrevista como imprecisos, pero se negó a hacerlo; a raíz de aquello, la directiva decidió librarse de él); otro magnate de la prensa, lord Beaverbrook (le devolvió unas galeradas a Stevens con varias correcciones y el comentario "Es usted un hombre duro"); y Harold Wilson, por aquel entonces líder de la oposición. En esta última entrevista, la grabadora de Stevens se averió y éste preguntó si Marcia Falkender podía tomar notas en taquigrafía de la entrevista. Al día siguiente le llegó una transcripción "magníficamente mecanografiada". Queen publicó también una memorable entrevista con John F. Kennedy realizada por Robin Douglas-Home. —Esto no le va a hacer ninguna gracia —dijo Harold Evans, el secretario de prensa del primer ministro tras echarle un vistazo a la lista de preguntas que había enviado al excelentísimo Harold Macmillan. Tres días después fui conducido al salón del Gabinete de Admiralty House. Mr. Macmillan estaba sentado a la mitad de la enorme mesa ovalada terminada en ángulo recto que usaba el consejo de ministros para sus reuniones. Detrás suyo, sobre la chimenea, había un retrato de Robert Walpole. Delante de él, sobre un gran pliego de papel secante, estaba el inevitable teléfono. El auricular verde reflejaba su importancia como arma definitiva de la diplomacia. Su apretón de manos no tuvo nada de especial. Me indicó una silla junto a la suya. Su rostro es en verdad maravilloso, un retrato robot diseñado por Vicky del perfecto primer ministro conservador (modelo eduardiano). Su familiaridad me dio la engañosa sensación de confianza que lleva a la gente a saludar a las caras familiares de televisión como si fueran viejos amigos. —Venga y siéntese —dijo. Durante un momento permanecimos sentados el uno al lado del otro mirando hacia el lado opuesto de la ancha mesa. Eché mi silla hacia atrás. —Pedí expresamente entrevistarme con usted, primer ministro, porque para mí y buena parte de mi generación usted es una figura distante que cada vez se vuelve más remota. —Sus cejas se fruncieron. Comencé a interrogarle—: ¿Por qué se dedicó a la política? El primer ministro cogió su pipa y una caja de cerillas de encima del papel secante que había delante suyo y se alejó de mí en dirección a dos ventanas alargadas que daban hacia el cuartel general del ejército. Durante un estremecedor instante pensé que iba a marcharse. Después, al fin, se dio la vuelta como un lanzador de críquet al comenzar su carrera. —En su momento me pareció que era lo único que podía hacer. Por una parte, veía la miseria y el sufrimiento de la depresión

y por la otra la aparente incapacidad de nuestra sociedad para hacerle frente. En 1923 Mr. Macmillan fue derrotado por 73 votos en sus primeras elecciones. Su circunscripción era Stockton-on-Tees. Resultó elegido al año siguiente. —Mi padre era un socialista cristiano, lo que por aquel entonces era considerado poco menos que subversivo. Yo me crié en un ambiente de fuerte tradición radical. En aquellos tiempos Inglaterra era gobernada por una intelectualidad de clase media alta. Mi familia estaba formada por académicos. Yo también lo era. Mi familia se movía en un círculo literario al que pertenecían hombres como Morley y Asquith. Se extendió acerca de su temprano periodo literario. —Tenía, veinte años cuando estalló la I Guerra Mundial. En aquellos días solían vender periódicos durante toda la noche. Yo volvía de una fiesta en Londres y recuerdo que los vendedores de periódicos gritaban: "¡Archiduque asesinado!". No parecía algo especialmente importante en aquel momento. Tres semanas más tarde, estábamos en guerra. Yo llevaba dos años en Oxford. Mr. Macmillan había estudiado en Eton (diecinueve de los cuarenta y cuatro primeros ministros habían sido alumnos de esa universidad, pero sólo Macmillan y Walpole habían sido becarios). Ganó también una "beca" para Balliol. —Verá usted, mi hermano Daniel siempre iba por delante y él había conseguido una beca para ir a Balliol. —Le resultaría a usted difícil de comprender que existía un gran abismo entre la intelectualidad y, por ejemplo, el sector de los servicios. La guerra puso fin a todo eso. Toda una generación quedó sumergida. El primer ministro había vuelto a sentarse. Su pipa yacía sin encender delante suyo, sobre el papel secante. Me dio la espalda y miró por la ventana. Hubo una larga pausa. —Conseguí entrar en el cuerpo de granaderos. Así conocí a gente que, en otro caso, jamás habría conocido. Nunca olvidaré los sufrimientos de aquella guerra. Setenta mil hombres murieron en un solo día en el Somme. —Me contó la historia de uno de sus cabos—. Uno de los mejores hombres que jamás haya conocido. —Hubo otra larga pausa mientras miraba por la ventana—. Tuve suerte de sobrevivir. Mr. Macmillan había sido herido tres veces, la tercera gravemente. Se cuenta respecto a este incidente que Mr. Macmillan se dejó caer dentro del cráter de un proyectil de artillería, donde fingió estar muerto mientras los alemanes contraatacaban pasando por encima suyo. Doce horas más tarde, su sargento mayor le encontró, semiinconsciente, leyendo una copia de Esquilo que llevaba en el bolsillo. Pasó dos años en el hospital. —Durante mi estancia en el hospital estuve inquieto. Sentía que había que hacer algo. Ser un soldado había sido una experiencia totalmente nueva para mí. ¿Por qué no probar suerte en la política? Oliver Stanley, Duff Cooper, Anthony Edén y unos cuantos amigos más decidimos

reunimos. Nos llamaron la YMCA (Young Men's Christian Association). El primer ministro se interrumpió. —Hace bastante fresco aquí dentro. —Se levantó, pulsó un interruptor eléctrico que había junto a la chimenea y volvió a sentarse. Harold Evans rodeó la mesa, conectó el enchufe y regresó silenciosamente y sin el menor ruido a su sitio al otro lado de la mesa. — ¿Por dónde iba? Ah, sí. En fin, las cosas siguieron su curso. Uno hacía lo que podía, pero se podía hacer muy poco en aquellos años. De hecho, Mr. Macmillan había acosado implacable e incesantemente a los jactanciosos torios con una pasión e ímpetu acerados por Balliol y templados por el sufrimiento del que había sido testigo durante la guerra y por la miseria y pobreza que había visto en Stockton. En uno de sus primeros discursos ante la Cámara de los Comunes dijo que los ministros de su propio partido, que ocupaban el banco delantero, eran "unos cuantos montones de escoria inútil que más valdría recoger". A pesar de su rebeldía, en 1929 perdió las elecciones en su circunscripción frente a la abrumadora victoria de los socialistas. Volvería a ser reelegido en 1931. Seguía siendo un vehemente crítico de su propio partido —Entonces llegó Múnich. Era inevitable, tal y como estaban yendo las cosas. Por aquellas fechas, Mr. Macmillan había dicho que el acuerdo alcanzado en Múnich por Chamberlain era un acto de hipocresía. Fue uno de los pocos diputados que protestó cuando el Parlamento vitoreó al primer ministro. —Cuando comenzó la II Guerra Mundial, Winston me mandó llamar. Recuerdo que comentó: "Sólo hay una cosa que pueda decirse en favor de Hitler. ¡A mí me ha convertido en primer ministro y a ti en subsecretario de Estado!". "Hay dos clases de política: la que se ocupa de las medidas políticas y la de las cosas. En el Ministerio de Abastecimiento yo me encargaba de cosas. Cuando me enviaron al norte de como ministro residente tuve que encargarme de planes de acción. El puesto había sido rechazado por otras dos personas antes de que me lo ofrecieran a mí. Tampoco yo estaba muy seguro de que me interesara. Winston quería que fuera de uniforme, pero no me pareció que el de un capitán de granaderos en la reserva pudiera tener suficiente peso en el cuartel general del general Eisenhower. Le expliqué esto a Winston, que me replicó: "Lo comprendo perfectamente. Te refieres a que no hay puesto intermedio entre un lanzador y un bateador". Disfruté enormemente de aquel trabajo. Allí conocía uno a todo al mundo. En 1945, los votantes volvieron a rechazar a Mr. Macmillan, que perdió su escaño por 8.644 votos. No obstante, una elección complementaria en Bromley, celebrada ese mismo año, le permitió regresar a la Cámara. — Winston me preguntó si podría construir 300.000 casas en un año y, de ser así, si estaba dispuesto a ser ministro de la Vivienda. Acepté con la

condición de llevar el ministerio a mi manera. De hecho, lo llevamos como si fuera un ministerio de la guerra. Verá, tratando con los peces gordos yo había aprendido una o dos cosas cuando me ocupé de los suministros. Luego fui nombrado ministro de Asuntos Exteriores, pero Anthony no me quería allí, de modo que me convertí en secretario de Hacienda. Aquello me entristeció bastante, porque me gustaba el Foreign Office. "Nunca sentí especial pasión por convertirme en primer ministro. Tomaba las cosas tal y como iban viniendo, y sigo haciéndolo. ¿El poder? El poder es como ese fruto, la manzana de Sodoma. Cuando lo alcanzas, se te deshace en las manos. El arte del buen gobierno es mezclar a los pensadores con los hacedores. Cuando celebramos una reunión del Gabinete, el ministro de Interior que se sienta ahí —señaló hacia el otro extremo de la mesa (de repente se convirtió en Peter Cook)— dice: "¿Qué hay de...?". Lo discutimos. "¿Caerá fulano de tal?" (Pausa). "¿Pasarán al ataque?" (Pausa). "¿Qué hará él?" (Pausa). Y pensamos en ello. Entonces algún otro —otro gesto con la mano— dice: "¿Qué hay de los ferrocarriles?". Mr. Beeching, por ejemplo, es un hacedor. De repente, tan rápidamente como había entrado "en antena" abandonó las ondas y pasó a reflexionar sobre el papel histórico de un primer ministro. —Pitt tenía que hacer frente primero al Gabinete liberal y después al Parlamento. Luego pasó a primer lugar el Parlamento. Más tarde fue el Parlamento y después el pueblo. Ahora es el pueblo y el Parlamento. "Se me ha acusado de preocuparme en demasía por el bienestar material de la gente. No creo que pueda uno preocuparse demasiado por el bienestar del pueblo. Estaría usted de acuerdo conmigo si hubiera visto lo que vi yo en la I Guerra Mundial y en la década de 1920. Los que me critican en ese aspecto son los primeros en alzarse y saltarme encima cuando el desempleo alcanza un dos por ciento. "Sí, soy sensible a las críticas. Uno dene que serlo. Hay momentos en que detesto a todo el mundo, y entonces me retiro y leo a Gibbon durante unas cuantas horas. ¿No es cierto, Harold? Al otro lado de la mesa se produjo un significativo asentimiento. ¿Era por la tensión del cargo? — Procedo de las montañas de Escocia; es por eso por lo que soy tan pálido. A menudo la gente piensa que estoy enfermo. Se equivoca. Es verdad que a veces me siento un poco cansado, pero no tardo en sobreponerme. ¿Verdad, Harold? Nuevo asentimiento de Harold Evans desde el otro extremo de la mesa. En seis años y medio como primer ministro, Mr. Macmillan no ha faltado ni un solo día al trabajo. —¿Que mi indumentaria es eduardiana? Creía que el cárdigan está considerado como una prenda elegante en estos momentos. Mis nietos me regalaron éste. —Pellizcó su cárdigan negro—. ¿Trajes? Siempre llevo el mismo traje. Cuando se gasta le digo a mi sastre

que me mande otro. Tengo tres trajes de caza. Me gustan bastante. "¿Que qué me disgusta? Las preguntas en la Cámara de los Comunes. No puedo soportarlas. ¿Qué más? Las cosas carentes de propósito, las formalidades, como la función a la que voy a asistir esta noche. Eso sí, disfruté en la boda de la princesa Alexandra. Fue muy bonita. "¿Lo que me gusta? Por encima de todo, estar con Dorothy y mi familia. Son mi principal interés en la vida. Según voy haciéndome viejo, me vuelvo también más tolerante. Me gusta más la gente. Mi padre era muy tímido. Conocí los libros antes que a la gente. Pero lo que realmente me gusta hacer es viajar en coche con Dorothy, los dos solos, a Escocia. Adoro Escocia. Donde acaban los setos empieza la verdadera libertad. Entró un secretario privado para recordarle al primer ministro que estaba previsto que hiciera una visita a una exposición en pocos minutos. —¿Y qué tengo que hacer? Dar una vuelta por allí. Ah, bueno, está bien. El primer ministro sacó algo que parecían ser unas gafas de concha muy viejas y ojeó con expresión de búho la lista de sus compromisos para el día, que estaba dispuesta verticalmente ante él como un menú. El secretario se retiró. —Tomemos un poco de whisky. Es algo temprano, pero no importa. Pulsó un timbre. Un mensajero trajo tres vasos de whisky sobre una bandeja de plata. Sin hielo. —Mi trabajo se centra en la bandeja. Se me da bastante bien. De hecho, soy muy bueno con la bandeja, ¿no es verdad, Harold? Asentimiento inmediato. La "bandeja" es la caja de despachos del primer ministro. Todas las tardes ponen en ella la ingente cantidad de papeles que debe leer. —Sólo necesito seis horas de sueño por noche, y normalmente despacho la bandeja cuando llego a casa por la noche, sea la hora que sea. De hecho, tengo dos bandejas. En una de ellas pongo todo aquello sobre lo que puedo tomar una decisión inmediatamente y en la otra las cuestiones que requieren ulterior consideración. Si no liquido la bandeja por la noche, lo hago nada más levantarme por la mañana. Sea como sea, siempre queda hecha. La única dificultad surge en fechas como Semana Santa o Pentecostés, cuando los demás departamentos del Gobierno, en sus prisas por despejar sus propias bandejas, llenan la mía con todo tipo de problemas que deberían haber resuelto hacía siglos. Pero estamos poniéndole fin a eso, ¿no es verdad, Harold? Enfático asentimiento. —No, no hago suficiente ejercicio, aunque ayer di un paseo de cuatro horas por el campo. Fui a visitar a mi guardabosque. No parecía muy optimista respecto a las perspectivas de la próxima temporada de caza. El primer ministro es un trabajador infatigable y rápido. Una vez finalizado su trabajo, al parecer es capaz de religarse y olvidarlo. Lee todos los días durante al menos dos horas. Su conversación está salpicada de citas y referencias literarias.

Duerme con facilidad. "Es la calidad del sueño lo que cuenta, no la cantidad". Le atrae la silvicultura, la caza y estar al aire libre. Va a la iglesia todos los domingos y lee el sermón. Le gustan el teatro y el ballet, y no le interesan especialmente la comida ni la bebida. Dicen que cuando se ve obligado a elegir suele pedir carne fría y ensalada. Parece tener la constitución de un buey: "De pequeño era debilucho, pero he ido haciéndome cada vez más fuerte". —¿Que si me parece solitario mi cargo? No, si se refiere usted a la cantidad de gente a la que veo. Sí, si se refiere usted a quién le puedo pedir consejo. Esa es otra historia muy diferente. El secretario particular volvió a aparecer. Se repitió la misma conversación. El primer ministro se levantó y se dirigió hacia la puerta. Habían pasado setenta minutos en el intervalo de cinco. Fuera del salón volvimos a estrecharnos la mano. —Espero haberle sido de alguna ayuda —dijo, y desapareció en el interior de un Humber negro, dejándome con la inequívoca sensación de que Gran Bretaña y Macmillan entrarían juntos en la década de los setenta.

EVELYN WAUGH

Entrevistado por Julián Jebb (The París Review, verano/otoño de 1963)

El novelista inglés Evelyn Arthur St. John Waugh (1903-1966) nació en Londres. Hijo de un editor, estudió en Lancing y en el Hertford College de Oxford, donde obtuvo una licenciatura de tercera clase en Historia. Fue maestro de escuela durante un par de años, en el transcurso de los cuales intentó suicidarse. Su primera obra publicada, en 1926, fue un ensayo sobre los prerrafaelitas, que vino seguida, en 1928, por una biografía de Dante Gabriel Rossetti y su primera novela, *Decline and Fall*. Contrajo matrimonio ese mismo año, aunque él y su esposa se divorciaron dos días después y él se convirtió al catolicismo. Durante la década de 1930 su reputación fue en aumento tras la publicación de varias novelas satíricas, aclamadas por su estilo literario, entre las que se cuentan *Vile Bodies* (1930), *Fechoría negra* (*Black Mischief*, 1932), *Un puñado de polvo* (*A Handful of Dust*, 1934), y *Scoop* (1938). También realizó trabajos periodísticos, críticas literarias y reportajes sobre viajes. En 1937 contrajo matrimonio con Laura Herbert y se instaló como un terrateniente. Durante la II Guerra Mundial sirvió como oficial subalterno en el ejército británico. En 1945 publicó la más famosa de sus novelas, *Retorno a Brideshead* (*Brideshead Revisited*), que trata del declive de una familia aristocrática católica. Posteriormente escribió una trilogía de novelas de guerra y la extravagante y semiautobiográfica novela *The Ordeal of Gilbert Pinfold* (1957). Sus *Diaries and Letters*, publicados a título postumo, fueron muy alabados por sus fascinantes chismorreos acerca de sus coetáneos y por su acerado ingenio. Julián Jebb (1934-1984) estudió en Downside y Cambridge. Fue crítico literario de *The Sunday Times*, el *Observer* y el *Spectator*, así como crítico cinematográfico ocasional para *Sight & Sound* en su mejor época. En la década de 1970 se pasó a la televisión y posteriormente realizó documentales sobre Virginia Woolf, Nancy Mitford y Edna Everage. También realizó documentales con el poeta sir John Betjeman. La entrevista que viene a continuación es el resultado de dos reuniones celebradas en días sucesivos en el Hyde Park Hotel de Londres durante el mes de abril de 1962. Anteriormente había escrito a Mr. Waugh pidiéndole permiso para entrevistarle y en mi carta le había prometido que no llevaría conmigo un magnetófono. Imaginé, por lo que había escrito en la primera parte de *The Ordeal of Gilbert Pinfold*, que sentiría especial aversión hacia tales aparatos. Nos encontramos en el vestíbulo del hotel a las tres de la tarde. Mr. Waugh vestía un traje azul oscuro con un grueso abrigo y un sombrero negro flexible. Aparte de un pequeño paquete envuelto en papel marrón y pulcramente atado, no llevaba nada más. Una vez que nos hubimos estrechado la mano y tras aclararme él que la entrevista tendría lugar en su propia habitación, lo primero que me preguntó fue: "¿Dónde tiene su máquina?". Le expliqué que no había llevado ninguna. — ¿Acaso la ha vendido? — continuó mientras entrábamos en el ascensor. Me sentí un tanto desconcertado. De hecho, en tiempos había tenido un magnetófono, y efectivamente lo había vendido hacía tres años, antes de irme a vivir al extranjero. Nada de todo aquello parecía

especialmente relevante. Mientras ascendíamos lentamente, Mr. Waugh continuó su interrogatorio acerca del aparato. ¿Cuánto me había costado? ¿Por cuánto lo había vendido? ¿A quién se lo había vendido? —Así pues, es usted taquígrafo, ¿no? —me preguntó mientras salíamos del ascensor. Le expliqué que no era así. —Entonces fue muy imprudente por su parte vender la máquina, ¿no cree? Me abrió paso hasta una habitación confortable y sobriamente amueblada con una magnífica vista sobre los árboles de Hyde Park. Mientras se movía por el cuarto repitió dos veces entre dientes: "¡Los horrores de la vida en Londres! ¡Los horrores de la vida en Londres!". —Espero que no le moleste que me meta en la cama —dijo entrando en el cuarto de baño. Desde allí, me dirigió una serie de comentarios e instrucciones—. Mire por la ventana. Éste es el único hotel con vistas civilizadas que queda en Londres... ¿Ve un paquete envuelto en papel marrón? Ábralo, por favor. Así lo hice. — ¿Qué contiene? —Una caja de cigarros. —¿Fuma usted? —Sí, en este momento estoy fumando un cigarrillo. —Opino que los cigarrillos resultan un tanto escuálidos para un dormitorio. ¿No preferiría un cigarro? Volvió a entrar vestido con un pijama blanco y gafas de montura metálica. Cogió un cigarro, lo encendió y se metió en la cama. Me senté en un sillón que había a los pies de ésta, haciendo malabarismos para sujetar entre las manos y las rodillas el bloc de notas, la pluma y un enorme cigarro. —No podré oírle desde allí. Acerque esa silla. —Indicó una que había junto a la ventana, así que redistribuí mi parafernalia mientras hablábamos de amigos comunes. Poco después dijo—: ¿Cuándo empezará el interrogatorio? Yo llevaba preparadas una serie de preguntas más bien prolijas, cuyo rastro detectará sin duda el lector en lo que sigue, pero no tardé en descubrir que, al contrario de lo que esperaba, no conseguían estimular respuestas largas o meditadas. Tal vez lo más llamativo de Mr. Waugh fuera su dominio del lenguaje: su inglés hablado era tan elegante, preciso y redondo como su inglés escrito. Jamás vacilaba y ni una sola vez dio la impresión de que tuviera que buscar una palabra. Las respuestas a mis preguntas surgían de su boca sin titubeo ni matización alguna. Todos mis intentos por inducirle a ampliar una respuesta solían tener como resultado una reestructuración de lo mismo que había dicho anteriormente. Soy consciente de que el resultado plasmado en las siguientes páginas es diferente a la mayoría de las entrevistas publicadas en *Pais Review*. En primer lugar, es mucho más corto de lo habitual, y en segundo lugar no es una "entrevista en profundidad". Personalmente, soy de la opinión de que Mr. Waugh no se prestó, ni como escritor ni como hombre, al tipo de sondeo y autoanálisis psicológico que caracterizan a tantas otras de las entrevistas publicadas. Habría considerado impertinente todo intento de relacionar públicamente su vida y su arte. Esto quedó concluyentemente demostrado cuando hace algún tiempo apareció en un programa de la televisión inglesa, *Face to Face*, contraatacando ante ese tipo de indagaciones con respuestas breves, inexpresivas y, siempre que era posible, monosilábicas. No obstante, me gustaría hacer algo por disipar la mítica imagen de Evelyn Waugh como una especie de ogro reaccionario henchido de arrogancia. Aunque siempre ha rehuido metódicamente toda participación en los aspectos comerciales de la vida literaria, las conferencias, la entrega de premios y la autopromoción es, a pesar de todo, un hombre bien informado y con firmes opiniones acerca de sus coetáneos y de los escritores más jóvenes. Durante las tres horas que pasé con él, fue siempre considerado, atento y cortés, permitiéndose tan sólo pequeños exabruptos irónicos cuando consideraba mis preguntas irrelevantes o mal planteadas. —

¿Intentó escribir alguna novela anterior a *Decline and Fall*? —Escribí mi primera obra de ficción cuando tenía siete años. *The Curse of the Horse Race*. Era intensa y estaba llena de acción. Después, déjeme ver, escribí *The World to Come*, con la métrica de "Hiawatha". Cuando estaba en el colegio escribí una novela de cinco mil palabras acerca de la vida escolar moderna. Era intolerablemente mala. —¿Escribió alguna novela en Oxford? —No, sólo cuentos breves y cosas así para el *Cherwelly* para un periódico que editaba Harold Acton. Se llamaba *Broom*. El *Isis* era el periódico oficial de los estudiantes universitarios. Era aburrido y entusiasta, escrito para bebedores de cerveza y jugadores de rugby. El *Cherwell* era ligeramente más frívolo. —¿Escribió usted su vida de Rossetti por aquel entonces? —No. Salí de Oxford sin obtener ningún título. Quería ser pintor. Mi padre saldó mis deudas e intenté convertirme en pintor. Fracasé, dado que no tenía ni el talento ni la inclinación para tal trabajo. Carecía de las cualidades morales necesarias. —¿Y después qué? —Me convertí en maestro en una escuela preparatoria. Fue muy divertido y disfruté mucho. Di clases en dos colegios privados durante casi dos años y durante ese periodo inicié una novela sobre Oxford carente del menor interés. Tras ser expulsado del segundo colegio por ebriedad, regresé con mi padre sin un penique en el bolsillo. Fui a ver a mi amigo Anthony Powell, que por aquel entonces trabajaba con la empresa editora Duckworths, y le dije: "Me muero de hambre". (Esto no era del todo cierto; me alimentaba mi padre). El director de la editorial aceptó pagarme cincuenta libras por una breve biografía de Rossetti. Me quedé encantado, ya que cincuenta libras era una suma considerable en aquellos tiempos. Salí corriendo y la escribí a matacaballo. El resultado fue apresurado y malo. No les he permitido que lo reimpriman. Después escribí *Decline and Fall*. En cierto sentido estaba basado en mis experiencias como maestro de escuela, aunque yo lo pasé mucho mejor que el héroe. —¿Escribió *Vile Bodies* inmediatamente después? —Experimenté cierta variedad del matrimonio y viajé durante algunos meses por Europa con mi consorte. Escribí narraciones sobre estos viajes que fueron agrupadas en forma de libros y sirvieron para pagarlos, pero no me dejaron ni el menor superávit. Estaba a la mitad de *Vile Bodies* cuando ella me abandonó. Era un mal libro, en mi opinión, no tan cuidadosamente construido como el primero. Algunas escenas tendían a alargarse demasiado: la conversación en el tren entre esas dos mujeres, las proyecciones cinematográficas del padre chiflado. —Creo que gran parte de sus lectores considerarían esas dos novelas muy próximas la una a la otra. No creo que la mayoría de nosotros fuéramos capaces de darnos cuenta de que la segunda es la peor construida. —Pues lo es. (Enérgicamente). También es una obra de segunda mano. Le robé buena parte de la escena de la aduana a Firbank. Popularicé un lenguaje que se puso de moda, como hacen los escritores beatnik de hoy en día, y el libro tuvo éxito. —¿Son diferentes la inspiración o el punto de partida de sus novelas? ¿Comienza a veces con un personaje, otras con un acontecimiento o una circunstancia? Por ejemplo, ¿pensó en las ramificaciones de un divorcio aristocrático como eje de *Un puñado de polvo*, o fue el carácter de Tony y su destino final su punto de partida? —Escribí una historia titulada *The Man Who Liked Dickens*, que es idéntica a la parte final del libro. Alrededor de dos años después de haberla escrito empezaron a interesarme las circunstancias que podrían haber dado lugar a aquel personaje. En su delirio había indicios sobre cómo podía haber sido en su vida anterior, así que no hice más que seguirles la pista. —¿Regresó usted una y otra vez a la historia en los años intermedios? —

No me agobiaba, si es a eso a lo que se refiere. Sólo despertaba mi curiosidad. Puede encontrar la historia original en un libro recopilado por Alfred Hitchcock. —¿Escribió esas primeras novelas con facilidad o...? —En seis semanas de trabajo.

—¿Revisiones incluidas? —Sí.

—¿Escribe con la misma facilidad y rapidez hoy en día? —Me he vuelto más lento al ir envejeciendo. Men at Arms me llevó un año. Uno va perdiendo la memoria. Antes era capaz de tener el libro entero en la cabeza. Ahora, si me doy un paseo cuando estoy escribiendo, tengo que volver a toda prisa si se me ocurre alguna corrección que hacer, no vaya a ser que se me olvide. —¿Quiere decir que trabajó poco a poco a lo largo de un año o que lo hizo en periodos de concentración? —Lo segundo. Dos mil palabras son un buen día de trabajo. —E. M. Forster ha hablado de "caracteres planos y caracteres redondos". Si está de acuerdo con esta distinción, ¿aceptaría que no creó ningún personaje "redondo" hasta Un puñado de polvo? —Todos los personajes de ficción son planos. El escritor puede producir una ilusión de profundidad ofreciendo una visión aparentemente estereoscópica de un personaje, mostrándole desde dos puntos de vista. Todo lo que puede hacer el escritor es ofrecer más o menos información sobre el personaje, no información de un orden diferente. —¿Entonces para usted no existe ninguna distinción radical entre personajes tan diferentemente concebidos como Mr. Prendergast y Sebastian Flyte? —Claro que la hay. Están los protagonistas y están los personajes que son solamente decorado. Uno sólo ofrece un aspecto del mobiliario. Sebastian Flyte era un protagonista. —¿Diría usted entonces que Charles Ryder es el personaje sobre el que usted ofreció más información? —No, es Guy Crouchback (un poco inquieto). Pero veré, creo que sus preguntas se centran demasiado en la creación de personajes y dejan un tanto de lado la técnica de la escritura. Para mí la escritura no es la investigación del carácter, sino un ejercicio sobre el uso del lenguaje. Es eso lo que me obsesiona. Carezco de interés técnico en la psicología. Lo que me interesa es el drama, el lenguaje y los acontecimientos. —¿Significa eso que usted experimenta y refina continuamente? —¿Experimentar? ¡Dios no lo permita! Vea los resultados de la experimentación en el caso de un escritor como Joyce. Empezó escribiendo magníficamente; luego empezó a enloquecer de vanidad. Acabó convertido en un lunático. —A juzgar por lo que dijo antes, se diría que a usted el acto de escribir no le resulta difícil. —No me resulta fácil. Veré, siempre hay palabras dándome vueltas en la cabeza. Algunas personas piensan en imágenes, otras en ideas. Yo pienso exclusivamente con palabras. Para cuando meto la pluma en el tintero, esas palabras han alcanzado ya un estado de orden razonablemente presentable. —Tal vez eso explique por qué Gilbert Pinfold era acosado por voces, por palabras incógnitas. —Sí, eso es cierto..., la palabra que se manifiesta. —¿Puede decir algo acerca de las influencias directas que ha experimentado su estilo? ¿Influyó en usted algún escritor del siglo XIX? ¿Samuel Butler, por ejemplo? —Fueron la base de mi educación, y como tales, por supuesto me afectó leerlos. P. G. Wodehouse influyó directamente en mi estilo. Después estuvo un librito de E. M. Forster llamado Pharos and Pharillon, una serie de cuentos cortos sobre la historia de Alejandría. Creo que Hemingway hizo también importantes descubrimientos sobre el uso del lenguaje en su primera novela, Fiesta. Admiro la forma en que hacía hablar a los borrachos. —¿Qué opina de Ronald Firbank? —Disfruté mucho con él cuando era joven. Ahora no soy capaz de leerlo. —¿Por qué? —Creo que si un hombre

mayor es capaz de disfrutar con Firbank, algo va mal en él. —¿A quién le gusta leer por placer? —Anthony Powell, Ronald Knox, tanto por placer como por edificación moral. Erle Stanley Gardner. —¿Y Raymond Chandler! —No. Me aburren tantos pelotazos de whisky. Tampoco me agrada la violencia. —¿Acaso no hay abundante violencia en Gardner? —No del tipo extraño y lúbrico que se da en otros escritores policíacos americanos. —Es evidente que reverencia usted la autoridad de las instituciones establecidas, la Iglesia católica y el ejército. ¿Está de acuerdo en que a cierto nivel tanto Retorno a Brideshead como la trilogía militar son una exaltación de esa reverencia? —No, desde luego que no. Reverencio a la Iglesia católica porque es la verdadera, no porque esté establecida como institución. Men at Arms fue una especie de "descelebración", una historia de la decepción de Guy Crouchback con el ejército. Guy atesora ideas anticuadas sobre el honor e ilusiones sobre la caballerosidad. Vemos cómo éstas son desgastadas y destruidas por su contacto con las realidades cotidianas de la vida militar. —¿Diría usted que la trilogía militar tiene alguna moraleja? —Sí, sugiero que existe un propósito moral, una oportunidad de redención, en toda vida humana. ¿Conoce el viejo himno protestante que dice: "Una vez ante cada hombre y nación / se presenta el momento de decidir"? A Guy se le ofrece esta oportunidad cuando se responsabiliza de la crianza del hijo de Trimmer para asegurarse de que no quede en manos de su disoluta madre. Es esencialmente un personaje desprovisto de egoísmo. —¿Qué puede decir de la concepción de la trilogía? ¿Llevó usted adelante un plan diseñado desde un principio? —Cambié mucho al escribirlo. Originalmente mi intención era que el segundo volumen, Officers and Gentlemen, fueran dos libros. Después decidí agruparlo todo y acabarlo. Hay un pasaje de transición muy malo a bordo del barco de transporte de tropas. El tercer volumen surgió en realidad del hecho de que era necesario explicar a Ludovic. Tal y como salieron las cosas, resultó que cada volumen tenía una forma común porque en cada uno de ellos existía una figura irrelevante y ridícula para encargarse de que así fuera. — Aunque, como usted dice, la concepción de la trilogía en su conjunto no estaba totalmente finalizada antes de que empezara a escribir, ¿no había ciertas cosas que veía ya desde el principio? —Sí, tanto la espada de la Iglesia italiana como la espada de Stalingrado estaban, como usted dice, allí desde el principio. —¿Qué puede decirme acerca de la gestación de Retorno a Brideshead? —Que es en gran medida hija de su tiempo. Si ni hubiera sido escrita cuando lo fue, en un momento muy difícil de la guerra en que no había nada que comer, hubiera sido un libro diferente. El hecho de que sea rico en descripciones evocativas, en escritura voraz, es resultado directo de las privaciones y la austeridad de la época. —¿Le ha servido de ayuda o guía alguna crítica profesional de su trabajo? ¿Por ejemplo, las de Edmund Wilson?

—¿Quién es? ¿Un americano? —Sí.

—No creo que lo que tengan que decir sea de gran interés, ¿y usted? Creo que el estado general de la crítica en Inglaterra es despreciable, que es a la vez chapucera y ostentosa. Cuando hacía crítica literaria durante mi juventud tenía como norma no escribir nada desfavorable sobre un libro que no hubiera leído. Hasta esta regla elemental es violada flagrantemente hoy en día. Naturalmente, aborrezco el movimiento crítico de Cambridge,

con su horror hacia la elegancia y sus miembros que incentivan la escritura tosca. Por lo demás, me alegro si a mis amigos les gustan mis libros. —¿Le parece justo que se le considere un reaccionario? —Todo artista tiene que ser un reaccionario. Tiene que erguirse ante el tono de su tiempo y no dedicarse a dar tumbos de un lado para otro; debe ofrecer algo de resistencia. Hasta los grandes artistas Victorianos eran todos antivictorianos, a pesar de las presiones para que se sometieran. —¿Pero qué hay de Dickens? Aunque defendía las reformas sociales, también buscaba una imagen pública. —Oh, eso era totalmente diferente. Le gustaba la adulación y le encantaba presumir. Pero aun así era profundamente contrario al modelo Victoriano. —¿Existe algún periodo histórico, aparte del presente, en que le hubiera gustado vivir? —El siglo XVII. Creo que fue el periodo más dramático y romántico. Creo que también podría haberme sentido feliz en el siglo XIII. —A pesar de la gran variedad de personajes que ha creado usted en sus novelas, es perfectamente perceptible que jamás ha ofrecido un retrato empático, ni siquiera completo, de un personaje de la clase trabajadora. ¿Existe alguna razón para ello? —No les conozco y no me interesan. Ningún escritor anterior a mediados del siglo XIX escribió acerca de las clases trabajadoras excepto en forma de personajes grotescos o decorados bucólicos. Después, cuando se les otorgó el voto, ciertos artistas empezaron a lamerles el culo. —¿Y qué hay de Pistol... o mucho después, de Moll Flanders y... —Ah, se refiere a las clases criminales. Eso es muy distinto. Siempre han ejercido cierta fascinación. —¿Puedo preguntarle qué está escribiendo en este momento? —Una autobiografía. —¿Será convencional en su forma? —Extremadamente convencional. —¿Hay algún libro que le hubiera gustado escribir pero que haya dado por imposible? —He hecho todo lo que he podido. Lo he hecho lo mejor que he sabido.

SAMMY DAVIS Jr.

Entrevistado por Oriana Fallaci, 1964 (Publicado en *The Egotists: Sixteen Amazing Interviews*, 1968)

El cantante y showman americano Sammy Davis Jr. (1925-1990) era hijo de una pareja de actores de vodevil. Hizo su primera aparición en el escenario a los dos años de edad y participó en una película de Ethel Waters a los seis. Al año siguiente se incorporó al número de baile y canciones de su padre y su tío y recibió clases de baile de Bill "Bojangles" Robinson. No tardó en convertirse en la principal atracción del grupo. Tras la II Guerra Mundial se reincorporó al número, que se convirtió en cabecera de diversos espectáculos de variedades, pero perdió un ojo en un accidente de coche y decidió concentrarse en hacer carrera como cantante solista. Firmó un contrato de grabación con Decca y consiguió el éxito con un par de standards y versiones de canciones de películas y espectáculos. En 1956 debutó en Broadway como protagonista de Mr. Wonderful. Luego vinieron una serie de breves apariciones en varias películas: Porgy y Bess (Porgy and Bess), Noches en la ciudad (Sweet Charity) y en un par de películas de Sinatra. Abandonó la Decca y firmó un nuevo contrato discográfico con el sello de Sinatra, Reprise. Su primer millón de ventas llegó con la balada de Bricusse-Newley What Kind of Fool am I? Al igual que Sinatra, Davis había actuado en Las Vegas desde sus comienzos, y fue allí donde se vino abajo sobre el escenario en 1970, agotado por el exceso de trabajo. En 1971 alcanzó por vez primera el número uno en Estados Unidos con Candy Man, otra canción de Bricusse-Newley. Murió de cáncer de garganta. En una ocasión en que le preguntaron cuál era su handicap de golf, Davis respondió que, en su opinión, ser judío, negro y tuerto era suficiente handicap. Oriana Fallaci nació en Toscana, Italia, en 1930. Su padre estaba implicado en actividades políticas socialistas y era jefe militar del Partido Anarquista de Toscana. Fue detenido por los SS italianos, torturado y encarcelado. Oriana se dedicó a transmitir mensajes y transportar granadas de mano para la resistencia cuando era una adolescente. Su madre era una antifascista comprometida y fue ella la que animó a Oriana a no casarse y a ponerse a trabajar. Desde entonces ha sido periodista y escritora y sus entrevistas han sido publicadas en la prensa italiana, así como en Life, The Washington Post y The New York Times. Sus primeras entrevistas fueron fundamentalmente con celebridades del

mundo del espectáculo, como Sean Connery, Alfred Hitchcock y El Cordobés. Posteriormente, centró su atención en líderes políticos como Henry Kissinger, Yasir Arafat, Lech Walesa, Indira Gandhi, Golda Meir, Muammar Gaddafi, el Sha de Persia, Deng Xiao-ping y el ayatolá Jomeini. Ha descrito sus entrevistas, realizadas siempre con el formato de preguntas y respuestas, como "obras de teatro con una historia incorporada". Insiste en que publica virtualmente hasta la última palabra pronunciada en estas ocasiones y en que no retoca las entrevistas antes de su publicación. Puede resultar muy provocadora en sus interrogatorios. "Monto escenas" declaró una vez a Time. "Grito y doy berridos". Un comentarista ha dicho de ella que "tal vez sea la entrevistadora más famosa y temida de todo el mundo". Dedicó su colección de entrevistas políticas, Interview With History, "a todos aquellos a los que no les gusta el poder" y ha declarado que considera al poder "un fenómeno inhumano y detestable". Experimenta poderosas reacciones emocionales ante sus entrevistados. Cuando Jomeini la provocó durante su conversación, se arrancó el chador (velo musulmán) haciendo que huyera de su presencia hecho una furia (acabó regresando). Desarrolló lo que posteriormente denominó "un odio físico" hacia Gaddafi, pero Deng Xiao-ping le pareció "muy agradable, encantador". Lech Walesa, en la entrevista que celebró con él, predijo que si el régimen comunista fracasaba, Solidaridad se haría con el gobierno y que él sería presidente. Tal vez su entrevista más famosa sea la que le hizo a Kissinger, publicada en The New Republic en 1972. Le dijo que se veía a sí mismo como "un vaquero solitario entrando en un pueblo... solo sobre su caballo". Esta declaración fue considerada en general como prueba del desmedido ego de Kissinger, que posteriormente describió la hora que había pasado con Fallaci como "la conversación más desastrosa que jamás he mantenido con un miembro de la prensa". Fallaci, por su parte opinaba que "fue una entrevista muy mala. ¡Mi peor entrevista! Estuve a punto de no publicarla. De hecho, a todo el mundo le sorprendió la indulgencia y tolerancia que había mostrado hacia él durante la entrevista". Aparte de sus libros de entrevistas, Fallaci ha publicado novelas, incluyendo A Man (basada en su amante, poeta griego que fue torturado por luchar contra el régimen de los coroneles) e Inshallah (1992), que trata sobre Beirut durante la década de 1980. La pareja de la que más se habla en Estados Unidos vivía en una casa de la ciudad de Nueva York, en la calle 93 Este, entre el lujo de Park Avenue y la desolación de Harlem. A una milla al Norte, más o menos, sólo hay blancos; y a la misma distancia hacia el Sur sólo hay negros. Vivían en aquel limbo porque ella era blanca como la nieve y él negro como el carbón. Se casaron, sin importarles que ella fuera

blanca y él negro. Trajeron al mundo a una hija que no era blanca ni negra y adoptaron un hijo. Siguieron amándose, viviendo juntos, sin importarles el precio que pudiera tener aquello. A él podría haberle costado la vida a manos de un criminal o un loco; a ella ya le había costado el desdén de un montón de gente. Ella era Mai Britt; él Sammy Davis Jr. La casa era elegante; ante ella se encontraba aparcado su Rolls Royce. En su interior reinaba una felicidad para nosotros incomprensible. —Hace ya cuatro años que hice mi última película y no tengo la menor intención de volver a hacer ninguna —dijo Mai—. Ser actriz no me importaba en absoluto, me convertí en una por accidente. Todo ocurrió a través de Mario Soldad, que me vio en Estocolmo. Pero sólo cuando conocí a Sammy comprendí que mi verdadera vocación era ser esposa y madre. ¿Y qué más podría desear? Cuando vea a mi marido comprenderá que no puedo desear nada más. Es un hombre enormemente atractivo, en todos los sentidos de la palabra. Su corazón, su valor, su inteligencia, son bellísimos. Para mí todo en él es hermoso: su sonrisa, su expresión, su cara. Tendría que verle con el pelo corto, ¡parece un muchacho! Pero no lo es, es un hombre de verdad, un hombre que vive inmerso en la realidad, sin esperar el santo advenimiento. Es otra de las razones por las que me gusta, por las que le amo, por las que siempre me gustará y siempre le amaré. Era hermoso verles a los dos juntos. Lástima que se hayan separado. Aquel mes de noviembre, Mai me esperaba en el gran salón con Tracey, su hija de color café, y Mark, su hijo adoptado, también negro. —Nos encantan los niños. Lo apruebe el mundo o no, queremos tener un montón de hijos, tanto propios como adoptados. Al cabo de un rato llegó Sammy, el hombre más feo que he visto en mi vida. Tal vez verle junto a Mai, que es bellísima, le hiciera parecer aún más feo, pequeño, escuchimizado y retorcido, con su enorme nariz aplastada a puñetazos, su boca que se abre de par en par como un horno de color rosado, como la boca de un ogro, su ojo de cristal (perdió el ojo en un accidente de coche hace muchos años) que mira siempre en la misma dirección mientras el otro mira de un lado para otro. Pero ocurrió algo muy extraño. Al ir transcurriendo los minutos, las horas, cada vez resultaba menos feo, hasta que dejó de ser feo, y luego no era feo en absoluto, y después era casi hermoso, y después muy hermoso: la paradoja de Mai. Era bellísimo en su ingenuidad, su honradez, su optimismo, el juvenil regocijo con el que me mostró su casa de hombre rico, sus cien trajes, sus doscientos pares de zapatos, sus trescientas camisas, sus docenas de cámaras fotográficas, sus gemelos de oro, sus relojes de oro, sus anillos de oro, sus boquillas de oro, sus alfileres de corbata de oro, el lujo absurdo e inútil con que compensa la dureza de su vida, la juventud que

pasó lavando platos, limpiando retretes, las humillaciones, las esperanzas rotas. Pero su mayor compensación era la mujer con la que había logrado casarse, como en un cuento de hadas, el cuento de la princesa y el sapo. La princesa se enamora del sapo y el sapo se convierte en un deslumbrante joven, milagro por el que él paga un elevado precio día tras día, y por el que seguirá pagando el resto de su vida. Así pues, es evidente que no habló de otra cosa, que no podía hablar de otra cosa, que para él era una obsesión. Actor, cantante, bailarín, converso a la fe judía, amigo de los Kennedy, estrella de cine, de teatro y de un musical, Golden Boy, que estaba arrasando en Broadway, autor de un libro titulado Yes, I Can (Sí, puedo), podría haber hablado de un buen número de cosas. En lugar de hacerlo, habló exclusivamente de una cosa; una cosa que le obsesionaba. Habló de su compensación, de su cuento de hadas, de su amor por la mujer blanca y rubia que estaba enamorada de él. Y es la calidad de ese amor la que hace que esta entrevista siga resultando tan fresca, tan digna de nuestra atención aún hoy. —Mientras venía de camino hacia su casa, señor Davis, se me ocurrió algo muy inquietante. Reúne usted absolutamente todas las condiciones para que le odie multitud de gente mezquina y estúpida: es usted negro, judío, se ha casado con una rubia bellísima... Sin duda, no existe otra personalidad internacionalmente famosa que haya conseguido aunar tantos "pecados" en su contra. Y llegué a una conclusión: válgame el cielo, a este hombre debe gustarle de verdad enfrentarse al mundo, irritar a la gente, provocarla, desafiarla... Pero, ¿realmente disfruta haciéndolo, señor Davis, o le hace infeliz? —No disfruto en absoluto. No me gustan nada los enfrentamientos. No soy nada peleón. Han pasado ya muchos años desde que, cuando era niño, comprendí que no puede uno pasarse la vida liándose a golpes con su vecino. En todo caso, las riñas sólo sirven para que te rompan la nariz y te dejen la cara como un mapa. No quiero pelearme intencionadamente con nadie, por principio. Sólo quiero vivir mi vida con arreglo a los valores que considero correctos. Los "pecados" que se dan cita en mí no tienen por objeto irritar, provocar, ni desafiar a nadie. Surgen de la realidad, de la lógica, de la coherencia. Soy un converso al judaísmo porque en el judaísmo encontré la fe religiosa que andaba buscando, la solución a una crisis espiritual que me agobiaba. Mi conversión fue producto de la lógica. Me casé con una rubia bellísima porque la amaba y ella me amaba a mí, así que fue un acto de simple coherencia. No hay más. Nunca se me ocurrió pensar: "Me convertiré al judaísmo para irritar a los católicos, los metodistas, los presbiterianos y a todos los demás". Jamás me dije: "Quiero casarme con una mujer blanca, rubia y hermosa". Lo único que me dije

fue: "Me casaré con la mujer de la que me enamore y ella dará a luz a mis hijos". Eso es todo. El azar o el destino quisieron que la mujer fuera rubia, bella y blanca. Y no hay más. —Sí que hay más, dado que usted no disfruta de la situación, usted mismo lo ha dicho. Hay más, dado que precipita, duplica y triplica los prejuicios, el escándalo y la hostilidad. Hay más dado que... —Dado que me hace infeliz. Y desde luego es así. Es fácil herirme. ¿Quién en mi caso no se sentiría herido? ¿No se sentiría herida usted? No puede hacerse la menor idea. Usted puede ir adonde quiera, puede hacerlo con su piel blanca. Puede entrar en cualquier sitio con su piel clara. Nadie la expulsa de un hotel porque es blanca. Nadie le impide entrar en un restaurante porque es usted como dictan las reglas. ¡Nadie! Y no resulta nada agradable, créame, entrar en el Morocco con tu propia esposa y ver la cara que pone la gente, ver cómo te vuelven la espalda. Ni siquiera es lógico. ¡Es absurdo! ¿Por qué tienen que hacer muecas y volverme la espalda? Porque te has casado con una mujer blanca Sammy, es evidente. ¿Y por qué no iba a casarme con una mujer blanca? Porque va en contra de las reglas, evidentemente. ¿Qué reglas? Las reglas, Sammy. ¿Reglas? Jamás he seguido las reglas impuestas por otras personas; siempre he pensado que las reglas no cuentan para nada si tu conciencia no quiere aceptarlas. Así que no me vengan con que no puedo tocar este piano porque va en contra de las reglas; no me vengan con que no puedo tener un Rolls Royce porque va en contra de las reglas; no me vengan con que no puedo casarme con una mujer blanca porque va en contra de las reglas. Si amo a esa mujer blanca, y si ella me ama a mí, si puedo ser un buen marido para ella y darle todo lo que desee, ¿por qué no iba a poder casarme con ella? Porque nunca se ha hecho antes, Sammy, evidentemente. ¿Ah, sí? ¿Nunca se ha hecho antes? Pues yo lo haré. Si la ley del "nunca se ha hecho antes" fuera una ley válida, lógica, consistente, el mundo no existiría. El progreso no existiría. Las casas, los barcos, la palabra impresa, la radio, los coches, los cohetes no existirían, las películas de Fellini no existirían, las películas de Bergman no existirían, la ventana no existiría, no existiría nada. ¿Quién hizo la primera ventana? Sin duda, alguien a quien le dijeron que no podía hacerla porque no se había hecho nunca. A lo cual él respondió: entonces la haré yo. Y la hizo. No porque le gustara enfrentarse a la gente, irritarla o provocarla. No para ofender a nadie. Sino porque estaba en su derecho de probar. Del mismo modo que yo estaba en mi derecho de abandonar el catolicismo por el judaísmo, de casarme con Mai... —Derechos sagrados, Mr. Davis, pero tengo una pregunta que hacerle, una pregunta desagradable, tal vez, y extremadamente seria. Cuando usted y Mai se casaron, ¿no pensó en la responsabilidad que

representaba traer al mundo a niños que podrían no ser ni blancos ni negros? ¿No le asustó el riesgo de imponerles a sus descendientes una vida excesivamente dura? El mundo es lo que es, Mr. Davis, la sociedad es tal y como usted la conoce. No es cómodo no ser ni negro ni blanco: ser rechazado por los blancos por no ser blanco y por los negros por no ser negro. No pertenecer a ninguna raza en particular, encontrarse en medio, plantea problemas terribles... —¿Problemas? Todo humano salido del vientre materno se enfrenta a problemas. Usted, aun siendo blanca y rubia como es, ¿acaso no tiene problemas? ¿Cree que tiene menos problemas o problemas sustancialmente diferentes a aquellos a los que se enfrenta un negro de pelo ensortijado? Examinemos cuáles son esos problemas. ¿Problemas físicos? La respuesta a eso es mi hija Tracey: una niña bellísima, de una hermosura exquisita, maravillosa. ¿Problemas mentales? Es de dominio público que la mezcla de razas es positiva. Es de dominio público que las razas puras siempre acaban produciendo idiotas. Familias aristocráticas, dinastías reales, se han extinguido porque como resultado de su pureza sólo producían idiotas. Eso es una ley genética, no un punto de vista personal; se aplica por igual a las plantas, los animales y los seres humanos. Y esto deja a un lado el hecho de que no existe raza alguna que sea completamente pura; todos nosotros tenemos al menos una gota de sangre de otra raza, una gota de sangre judía, o árabe, o negra, o china, o lo que sea. ¿Problemas humanos, sociales? El mundo va mejorando. Crea a Sammy, está mejorando. El número de prejuicios va disminuyendo. Lo que antaño era inimaginable empieza hoy a ser aceptado en la vida real. La vida para Tracey será mucho más fácil de lo que ha sido para mí, para mi esposa, para usted, para los adultos de hoy. Estoy convencido de que Tracey tendrá que enfrentarse a menos problemas por ser medio blanca y medio negra que los que usted ha tenido, aun siendo totalmente blanca. —Es bueno y reconfortante que se muestre usted tan optimista, Mr. Davis. ¿Pero está seguro de no estar viviendo en un mundo de esperanzas y sueños en vez de hacerlo en la cruel realidad? —¡Amiga mía! Vivo en la más tangible de las realidades, créame. Sé perfectamente que podrían matarme por la opción que he adoptado, que cualquiera podría pegarme un tiro. Eso también es una realidad. Pero soy un optimista y sé que aquellos a los que les gustaría pegarme un tiro constituyen una minoría de dementes. La mayoría está compuesta por gente buena, por gente decente. Si no fuera así, aún estaríamos viviendo en cuevas y comiéndonos los unos a los otros como peces o serpientes. Soy optimista, sí, y tengo mis propias razones para serlo. Soy optimista porque cuando conocí a esta mujer me dije a mí mismo: "No, no puede quererme, no tienes futuro ahí, Sammy, ni siquiera

pienses en ello. Eres feo, eres negro, sólo tienes un ojo, tienes la nariz rota, ¡y ella parece un hada!". Y entonces descubrí que me quería, que había futuro para nosotros aunque fuera negro, feo, tuerto y tuviera la nariz rota. Soy optimista porque todo el mundo dijo: "De acuerdo, pero aun así no podéis casaros". Pero lo hicimos. Soy optimista porque dijeron: "De acuerdo, lo habéis hecho, pero no puede durar". Y está durando y seguirá haciéndolo. Con esto no quiero decir: "Adelante, muñeca, cástate con un negro y trae al mundo un bebé que no sea ni blanco ni negro". No, sólo digo que yo lo he hecho y que a mí me ha funcionado. Eso demuestra que yo tenía razón y eso me hace sentirme optimista. —Pero usted disfruta de una posición privilegiada, Mr. Davis. Es usted famoso, es popular, es rico, está rodeado de admiradores. Como Duke Ellington, Louis Armstrong, Harry Belafonte o Sidney Poitier, puede usted hacer cosas que otros no pueden. La gente siempre acepta más fácilmente la rebelión, las declaraciones de principios, las muestras de audacia por parte de quien es alguien. Al fin y a la postre, el suyo no es un caso típico. Puede que en el Morocco hagan muecas al verle, puede que le den la espalda, pero sus puertas están abiertas para usted. —Yo jamás abro una puerta, jamás dejo que nadie me abra una puerta, a menos que esté seguro de que la puerta permanecerá abierta para quienquiera que venga detrás de mí. Jamás entro en un club que se niegue a franquearle el paso a otros negros. Jamás entro en un restaurante que no admita a otros negros. Jamás trabajo en un teatro o una película que no dé trabajo a otros negros, porque no puedo olvidar que si a mí se me admite es porque otros entraron antes que yo, porque abrieron esas puertas, una por una, poco a poco, para que yo pueda abrirlas otro poco. Así que es mi obligación asegurarme de que quien venga detrás de mí pueda abrirlas aún un poco más, hasta que estén abiertas de par en par. En pocas palabras, el hecho de que muchas puertas estén abiertas para Sammy Davis Jr. significa que esas mismas puertas están abiertas para otros. James Baldwin nunca habría podido escribir libros si Richard Wright no lo hubiera hecho antes que él. Yo jamás podría haber tenido éxito si otros actores y cantantes negros no lo hubieran tenido antes que yo. Verá usted, un negro, haga lo que haga, no lo hace sólo para sí mismo. Siempre lo hace tanto para sí como para los demás miembros de su raza, sea o no consciente de ello. Yo sé, y mi esposa sabe, que casándonos hemos contribuido en algo. Yo sé, y ella también, que hemos contribuido en algo al traer a Tracey al mundo y nos sentimos orgullosos de ello. Mire, tomemos mi comedia musical de Broadway, Golden Boy. Me siento orgulloso de estar en Broadway, me siento el rey de la montaña. Cuando pienso en ello... ¡Dios mío! siento como si tuviera mis dos ojos. Las Vegas,

Hollywood, Londres, para mí nada es comparable a Broadway. Pero sé que estar en Broadway no sólo me ayuda a mí. Ayuda a veinte jóvenes negros que participan en el espectáculo junto con igual número de chicos blancos. Ayuda a agitar las aguas estancadas de un teatro al que la gente sólo le pide musicales alegres que no causen problemas. ¿Cuándo en la historia de Broadway se ha dado semejante grado de integración? ¿Cuándo se ha visto en Broadway una historia de amor entre un negro y una muchacha blanca? Además, Golden Boy no era así originalmente. Era la historia de un judío que pasaba de ser violinista a ser boxeador. Pues ahora es la historia de un negro que pasa de ser violinista a ser boxeador y que ama a una muchacha muy rubia. Y la gente viene a verla, el teatro se llena todas las noches, ¡el público lo acepta! —No, Mr. Davis, la gente va a verle, pero no acepta la historia. La gente llena el teatro por verle a usted, no por ver la historia de amor del chico negro y la chica blanca. Hace ya semanas que se vienen publicando artículos acerca de la "inoportunidad" de poner en escena una historia de amor entre un negro y una chica blanca. La gente sale del teatro haciendo muecas y diciendo: "Vaya por Dios, menuda cosa". Yo me peleé con un amigo mío a causa de eso, Mr. Davis, y... —Sí, lo sé. Es la misma gente que hace muecas y nos vuelve la espalda cuando Mai y yo entramos en Morocco: americanos decentes, demócratas, quizá incluso cultivados. Personas que mantienen que están totalmente a favor de las leyes en favor de los derechos civiles, que están dispuestas a defender la teoría pero no a aceptar la realidad, que no están dispuestas a reconocer que un negro y una chica blanca puedan amarse, casarse, traer hijos al mundo. Americanos que van encantados a ver obras de Tennessee Williams, que en nombre del arte exhiben los aspectos más degradantes de nuestra sociedad, y las ven sin parpadear. No significa nada. Lo siento por ellos, sinceramente, pero no significa nada; son una minoría. E incluso esa minoría debe de sentir algo cuando le digo en un grito a la mujer que amo: "¿De qué color, de qué color son mis manos? ¡De ningún color! ¡De ningún color!". En el fondo, también ellos deben sentir que el amor no tiene color, que el amor es simplemente amor. Yo mismo añadí esas líneas. En cierto sentido, Golden Boy soy yo. Sé exactamente lo que significa vivir una historia de amor como ésa, sentir que te miran cuando caminas calle abajo, sentirse humillado, sabiendo que, salgan como salgan las cosas, te van a hacer mucho daño. Y en todo caso, el problema central de Golden Boy tampoco es ése; es el problema de un hombre que, a medio camino entre el mundo de los blancos y el mundo de los negros, no se siente a gusto con los unos ni con los otros, y es rechazado por ambos. —Ése es el problema del que hablaba cuando mencioné la responsabilidad de traer al

mundo a niños que no son blancos ni negros, Mr. Davis. Es el problema... —No es el problema de mi hija Tracey. —¿Tampoco el suyo, Mr. Davis? —No. No, no. Conozco a muchos negros que son incapaces de comunicarse tanto con la gente de Harlem como con la de Park Avenue. Son rechazados tanto por Harlem como por Park Avenue, pero yo no soy uno de ellos. Ellos son inadaptados y yo no lo soy. Ellos no se llevan bien ni con los blancos ni con los negros, mientras que yo me llevo bien con los blancos y con los negros. —Hay algo que he oído decir, Mr. Davis: que prefiere estar con blancos que con negros. Después de todo, sus mejores amigos y mayores defensores, Frank Sinatra, Peter Lawford, Danny Kaye, Jack Benny, son blancos, ¿no es así? —Y Sidney Poitier, Harry Belafonte, Duke Ellington son negros, ¿no es así? ¿Y mis grandes amigos? Harry y Sidney pertenecen a mi generación, crecimos juntos, leímos libros juntos, tomamos juntos el camino que escogimos. No, no hay nada de cierto en la idea de que tengo más amigos blancos que negros. La realidad es que muchos de mis amigos son actores y hay más actores blancos que actores negros, en una proporción de cien a uno. Obviamente, se me ve más a menudo con gente blanca que con gente negra. Evidentemente, hablarán de mí, me harán publicidad, me apoyarán más blancos que negros. ¿Y qué? Adoro a los negros. ¡Dios sabe cuánto les amo! —¿Pero le aman a usted los negros, Mr. Davis? Especialmente a raíz de su matrimonio con Mai, ¿está seguro de que los negros le aman? Existe un racismo del que nunca se habla, Mr. Davis, el racismo que exhiben los negros hacia los blancos o hacia los negros que se casan con blancos. ¿Desea que hablemos de eso, Mr. Davis? Porque no sólo he discutido con... —Durante la campaña electoral estuve a favor de Robert Kennedy. Luché por él porque creía, y creo, en él. Porque estaba y estoy convencido de que será un buen senador, tan bueno para América como lo fue su hermano. Pues bien, el último gran mitin se celebró en Harlem, la noche antes de las elecciones. Yyo estuve allí, junto con Mai, para pedirles a los negros que votaran por Bobby. Miles y miles de negros. Y... bueno... es ridículo, incluso increíble, pero me aplaudieron más a mí que a Bobby. Sí, los negros me aman, y desde que me casé con Mai me aman aún más. Su racismo... pero, ¿quién lo niega? ¿Acaso tener la piel blanca representa un derecho exclusivo sobre el odio, el desprecio, el error? ¿No comprende usted que nosotros, los negros, tenemos el mismo número de racistas idiotas enfermos de fascismo que ustedes los blancos? El mismo número con los mismos miedos, con la misma falta de dignidad y generosidad. Los miembros del Ku Klux Klan no son mejores ni peores que los miembros del movimiento racista negro de ios hermanos Musulmanes Negros. Los dos son extremistas, los dos son repugnantes, y siento el mismo

rechazo hacia unos y hacia otros porque creo que la respuesta al problema racial no es el odio mutuo, el desprecio recíproco. No creo que la raza negra sea una raza inferior, pero tampoco creo que sea una raza superior, una raza modelo. Simple y sencillamente, es una raza como cualquier otra: tiene sus genios y sus imbéciles. ¡Dios! ¡Estas cosas hay que decirlas! ¡Estamos en 1964, esto no es 1925, cuando una actriz podía pasearse con un leopardo sujeto con una correa! ¡Hay que decir no sólo que el amor no tiene color, sino que tampoco lo tienen el odio y la violencia! —Ni más ni menos, Mr. Davis. De hecho, como iba a decirle, no sólo he discutido violentamente con un amigo blanco por Golden Boy, también he discutido con una negra amiga mía. También hacía muecas y le pregunté por qué. ¿No te casarías tú con un hombre blanco? Y me respondió: "¡No! ¡No!". —Yo también conozco chicas así. Una de ellas pertenece a mi compañía. Una chica negra preciosa que es muy inteligente y tiene mucho talento, pero no puede soportar a los hombres blancos, a la gente blanca. Y jamás se casaría con un blanco. Ni siquiera hablaría con una mujer blanca. Mi esposa es la única mujer blanca que consigue arrancarle una palabra o una sonrisa. ¿Qué quiere que le diga? Me irrita y me entristece, pero me consuelo pensando que ese tipo de negros están en minoría. Hace meses, cuando los disturbios en Harlem, sólo participaron dos mil negros. Y en Harlem hay tres millones de negros. No debe uno juzgar a los negros ni a los blancos por los peores que hay entre ellos. Sería lo mismo que juzgar a los italianos en función de los gánsteres que tienen nombres italianos. Cuando pienso en los italianos no pienso en los Al Capone, los Anastasia, los Johnny Dios, los Frank Costello. Pienso en la buena gente, en la gran mayoría, que viene a este país con la esperanza de encontrar algo, una buena vida, felicidad, que trabaja mucho para lograrlo y construye su familia y fortuna decente y honradamente. Lo contrario... sí, lo contrario sería juzgar a los judíos en función de los usureros que tienen nombre judío. Cuando pienso en los judíos nunca pienso en los personajes que prestan dinero. Pienso en los millones de víctimas de los pogromos, en los millones que fueron asesinados en los campos de concentración, pienso en el infeliz pueblo cuya religión he abrazado. Hacer lo contrario... sí, hacer lo contrario sería lo mismo que juzgar el racismo sólo en el contexto americano. Cuando pienso en la gente que gesticula y me vuelve la espalda, no pienso sólo en Nueva York y en el Morocco; pienso en Londres, Roma, París, Estocolmo. La intolerancia y los prejuicios no existen sólo en mi país, entre mi pueblo. Mi matrimonio con Mai fue también mal acogido en otros lugares. En Europa, en Italia... —No estoy de acuerdo, Mr. Davis, eso no es así. En Italia se le ha tratado muy decentemente. Los italianos

tenemos muchos defectos, pero entre ellos no se encuentra el hacerle muecas a un negro por ser negro. No somos racistas. —¿Ah, no? Tras mi matrimonio con Mai he leído más artículos mezquinos en la prensa italiana que en ninguna otra parte. Incluso emprendí acciones contra los semanarios. No es en absoluto verdad que no haya racismo en Italia. Pruebe a preguntarle a un italiano: ¿Se casaría usted con un negro? ¿Permitiría que su hija se casara con un negro? ¿Traería hijos al mundo con un negro? En pocas palabras, ¿haría usted lo que Sammy Davis y Mai Britt han hecho? Haga la prueba, y luego viene y me lo cuenta. Hasta la gente más encantadora, cultivada y democrática, hasta la gente que gritó en contra de Goldwater, contestaría, en la mayoría de los casos, como su amigo blanco y su amiga negra. Responderían: "¡No! ¡No! ¡No!". Es cierto que en Italia, en Europa, un negro puede entrar en cualquier hotel, en cualquier restaurante, pero los sentimientos que le persiguen a uno cuando camina por la calle con su mujer blanca son los mismos. En el mejor de los casos, te respetan porque eres una persona de éxito, pero eso no significa nada cuando uno se lo merece. Yyo lo merezco. Yo no he tenido éxito por azar. Trabajé veinticinco años de mi vida para alcanzarlo. He lavado platos, he limpiado retretes, he vaciado cubos de basura y empecé a actuar con cuatro años de edad. Cuando tenía cuatro años solía actuar y cantar con mis padres. Cuando tenía seis fui contratado por otra gente y me separé de ellos. Debido a eso, ni siquiera tuve ocasión de ir al colegio. Estudié cursos por correspondencia o leí libros, y sudé lo mío, aún sudo lo mío, igual que antes, más que antes. Cada noche es mi primera noche, cada canción mi primera canción. Me he ganado lo que tengo, lo merezco, ¿por qué iba a querer nadie negarme eso? —Mr. Davis, una pregunta: ¿se considera usted un hombre feliz? ¿Un hombre afortunado y un hombre feliz? —¡Por supuesto que soy un hombre feliz! El más feliz que conocerá usted en su vida. ¡Por supuesto que soy un hombre afortunado! El más afortunado que conocerá usted en su vida. ¿Qué más puedo pedir que lo que tengo? Dios me lo ha dado todo: dinero, popularidad, familia. Me ha dado una esposa extraordinaria, bondadosa, belia. Y no sólo me concedió el placer de amarla, sino también el de que ella me amara a mí, feo como soy, tuerto, con la nariz rota, y además pequeño y negro. ¿Cómo voy a quejarme? ¡No puedo quejarme de nada, de nada! —¿Ni siquiera de su nariz rota, de su único ojo, de su fealdad? —Sé que soy tremendamente feo, uno de los hombres más feos que imaginarse pueda, pero la fealdad, como la belleza, es algo que hay que aprender a usar. Toda mi vida me he resistido a la tentación de ser un poco menos feo, de hacerme arreglar la nariz, por ejemplo. Mi estructura ósea es buena, la

línea de mi mandíbula es bonita, mis pómulos son bonitos, mi cuerpo es proporcionado. Tal vez, si me hubiera arreglado la nariz, habría llegado a ser casi pasable. Sí, sí, estoy convencido de que un hombre realmente feo, al final, acaba resultando atractivo. Un hombre que no es ni lo uno ni lo otro pasa inadvertido, nadie le mira dos veces, y menos aún le sigue. Cuando alguien ve a un hombre como yo se para y le mira, le sigue para mirarle mejor, para comprobar que efectivamente es el hombre más feo que jamás haya visto y, de tanto mirarle, ¿sabe qué pasa? Lo que pasa es que encuentra algo atractivo en él y acaba gustándole. ¿No es eso lo que pasó con Mai? En cuanto a mi ojo, en fin, el óptico hizo un trabajo tan excelente que es difícil distinguir el falso del verdadero. Da más la impresión de que tengo un guiño en un ojo que de que soy tuerto. Mire, ni siquiera se me cae el párpado, se mantiene recto y firme. Es una obra maestra, y... ¿quiere que le diga una cosa? Veo mucho más ahora que sólo tengo un ojo de lo que veía antes, cuando tenía los dos. Con mi único ojo he descubierto un montón de cosas: el judaísmo, por ejemplo. Con mi único ojo encontré a mi esposa y me casé con ella. Con mi único ojo la he hecho madre de nuestros hijos: yo tan negro, ella tan blanca; yo tan feo, ella tan hermosa. Dios, ¿no le parece extraordinaria mi maravillosa esposa? ¡Fíjese qué mujer! ¡Mírela! Con un solo ojo la conseguí, ¡con un solo ojo! Ya ella no le importa en absoluto que sólo tenga un ojo, a ella no, no le importa.

MAO ZEDONG

Entrevistado por Edgar Snow (The New Republic, 27 de febrero de 1965)

Mao Zedong (1893-1976), presidente y fundador de la República Popular China, nació en la provincia de Hunan. Era hijo de un campesino y estudió en la Universidad de Pekín, donde descubrió a Marx. Fue uno de los primeros miembros del Partido Comunista Chino. Adaptó las enseñanzas del marxismo a las condiciones del campesinado y, durante los primeros años de la década de 1930, creó un soviet rural en Jiangxi, en el sureste de China. Para escapar a la persecución de la que era objeto por parte de las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-shek emprendió, al frente de sus seguidores, la Larga Marcha (1934-1935) a Yan'an, en el noroeste de China. Durante la misma fue elegido secretario general del Partido Comunista. Desde 1937 a 1945 la guerrilla de Mao mantuvo a raya a los japoneses y en 1949 el Ejército Rojo arrebató a Chiang Kai-shek la mayor parte del territorio continental chino. El Gran Salto Adelante, el programa económico de Mao aplicado desde 1958 hasta 1960, fue un fracaso y, como consecuencia, el líder renunció a la presidencia de la república, aunque mantuvo el control del Politburó comunista hasta su muerte. A finales de los años sesenta reafirmó su poder por medio de la Revolución Cultural, una perversa campaña de purificación ideológica que se saldó con la purga de sus enemigos. Durante la década de 1970 su vida se vio ensombrecida por su delicada salud y la creciente influencia de la Banda de los Cuatro, liderada por su tercera esposa, Jiang Qing. En 1972 dio un giro radical a su anterior política de hostilidad hacia Occidente al entrevistarse con el presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, accediendo a establecer relaciones diplomáticas con su país. No obstante, el maoísmo ha seguido gozando de influencia como credo revolucionario, especialmente en el Tercer Mundo. Edgar Parks Snow (1905-1971) nació en Kansas City, Misuri. Estudió en la Universidad de Misuri y se incorporó al Kansas City Star como reportero. En 1928, a los veintidós años, viajó por primera vez a China y empezó a trabajar como adjunto al director de la China Weekly Review. Aprendió el idioma, estudió el país y sus costumbres y dio clases en la Universidad de Yenching. Trabajó como enviado en Extremo Oriente del Chicago Tribune, el New York Sun, el New York Herald-Tribune y el Daily Herald. Su primera entrevista con Mao para el China Weekly Leader tuvo lugar a mediados de la década de 1930. Durante la II Guerra Mundial fue

director adjunto y corresponsal de guerra de The Saturday Evening Post, especializándose en China, India y la URSS. También fue autor de varios libros sobre China. La presente entrevista ha sido ligeramente condensada. En una peculiar entrevista que duró cerca de cuatro horas, Mao Zedong conversó conmigo acerca de multitud de temas, que abarcaron lo que él definía como shan nan hai pei, es decir, "desde el sur de las montañas hasta el norte de los mares". Tras la abundante cosecha de grano de 1964, estimada en 200 millones de toneladas, que puso a prueba la capacidad de almacenamiento del país durante el periodo invernal; con todas las tiendas del país ofreciendo alimentos y gran número de artículos de primera necesidad a precios asequibles; y tras los avances tecnológicos y científicos que alcanzaron su climax en una explosión atómica que celebró el ocaso político de Jruschov, el presidente Mao se encontraba en condiciones de atribuirse unos cuantos logros. Cuando me reuní con él estaba reflexionando sobre la ineludible cita del hombre con la muerte, dispuesto a dejar en manos de las futuras generaciones la evaluación de su legado político. Aquel guerrero de setenta y dos años me recibió en una de las espaciosas habitaciones del Gran Palacio del Pueblo, que se yergue al otro lado de la enorme plaza que hay frente a Tiananmen, la Puerta de la Paz Celestial de la antigua Ciudad Prohibida. Al comenzar nuestra conversación, el presidente Mao accedió a ser filmado de manera informal. Creo que fue la primera película del presidente realizada por una televisión extranjera. Merced a este documento, los doctores de la política podrán hacer su propio diagnóstico sobre el estado de salud de Mao que, de ser ciertos los rumores que circulan últimamente, está muy deteriorado. El 9 de enero, tras concluir varias semanas de extenuantes conferencias diurnas y nocturnas con multitud de líderes regionales llegados a la capital para el Congreso Nacional del Pueblo, que se celebra anualmente, un hombre enfermo habría dado rápidamente por concluida su entrevista conmigo. A lo largo de nuestra conversación, que comenzó antes de las seis, siguió durante la cena y se prolongó cerca de dos horas más, se mostró perfectamente relajado. Uno de sus médicos me informó de que Mao no sufre problemas orgánicos y no padece otro mal que la fatiga normal a su edad. Se sirvió con moderación de la comida al estilo Hunan que compartimos y consumió, un tanto mecánicamente, una o dos copas de vino. En el exterior de China se difundió la noticia de que durante la entrevista habían estado presentes dos "miembros del Gobierno". Se trataba de dos amigos de los viejos tiempos prerrevolucionarios: la señora Kung Peng, actual ayudante del ministro de Asuntos Exteriores chino y su esposo, Chiao Kuan-hua, viceministro en el mismo departamento. No

adelanté ninguna pregunta por escrito ni tomé notas durante la entrevista. Por fortuna, pude refrescar mi memoria repasando la conversación con uno de los presentes, que la había registrado por escrito. Recibí autorización para publicar, sin citas directas, los comentarios de Mao que aparecen a continuación. —Algunos comentaristas americanos destacados en Saigón han comparado la fortaleza del Vietcong con la del Ejército de Liberación del Pueblo en China en 1947, cuando comenzó la aniquilación a gran escala de las fuerzas de los nacionalistas. ¿Son comparables ambas situaciones? Mao opinaba que no. En 1947, el Ejército de Liberación del Pueblo contaba con más de un millón de hombres, frente a varios millones que integraban las tropas de Chiang Kai-shek. El ELP había combatido a los nacionalistas a nivel de divisiones y brigadas, mientras que las fuerzas de liberación vietnamitas operaban a nivel de batallón o, como mucho, de regimiento. Las fuerzas americanas presentes en Vietnam eran todavía relativamente escasas. Un incremento en la presencia de las mismas contribuiría, por supuesto, a una escalada del levantamiento armado en su contra. Pero aun en el caso de que intentase explicárselo a los líderes de Estados Unidos, no le escucharían. ¿Acaso habían escuchado a Diem? Mao pensaba, como Ho Chi Minh, que Ngo Dinh Diem no era tan malo. Ambos habían esperado que el Gobierno de Estados Unidos le mantuviese en el poder varios años más, pero los impacientes generales americanos se habían hartado de Diem y habían prescindido de él. Al fin y a la postre, ¿podía decirse que estaban las cosas más tranquilas en el cielo y la tierra tras su asesinato? —¿Conseguirán triunfar las fuerzas del Vietcong por sus propios medios? Sí, en su opinión, podían hacerlo. Su posición era relativamente mejor que la de los comunistas durante la primera guerra civil en China (1927-1937). Entonces no había habido intervención extranjera directa, mientras que el Vietcong contaba con la intervención americana, que había contribuido a armar y adoctrinar a los soldados y oficiales del ejército. La oposición a Estados Unidos no se limitaba ya a la del Ejército de Liberación. Diem se había negado a aceptar órdenes. Su independencia se había extendido también a los generales. Los maestros americanos estaban obteniendo un gran éxito. Cuando le pregunté si algunos de esos generales acabarían incorporándose al Ejército de Liberación, Mao respondió que sí, que algunos de ellos seguirían el ejemplo de los generales del Kuomintang que se habían unido a los comunistas. —La intervención de Estados Unidos en Vietnam, Congo y otros antiguos campos de batalla coloniales plantea una cuestión de cierto interés teórico desde la perspectiva marxista. La pregunta que surge es si la contradicción entre el neocolonialismo y las fuerzas revolucionarias en lo que Francia ha dado en llamar el "tercer

mundo" —los llamados países subdesarrollados o ex colonias, y las colonias que aún perviven en Asia, y América Latina— es hoy en día la principal contradicción política a nivel mundial. ¿O cree usted, por el contrario, que la contradicción fundamental sigue siendo la existente entre los propios países capitalistas? Mao Zedong respondió que aún no se había formado una opinión al respecto, pero recordó algo que había dicho el presidente Kennedy. ¿No había declarado Kennedy que, en lo concerniente a Estados Unidos, Canadá y Europa occidental, no existían en realidad grandes diferencias básicas? El presidente había dicho que el problema estaba localizado en el hemisferio Sur. Y cuando defendía la creación de "fuerzas armadas especiales" entrenadas para intervenir en "conflictos [¿antisubversivos?] locales" probablemente tuviera en mente mi pregunta. Por otro lado, las contradicciones entre los países imperialistas habían dado ya lugar a dos guerras mundiales, y la lucha contra las revoluciones coloniales no había cambiado la naturaleza de las mencionadas contradicciones. En el caso de Francia, existían dos razones que explicaban la política de De Gaulle. La primera era la voluntad de reafirmar su independencia ante la dominación americana. La segunda era el intento de adaptar la política francesa a los cambios que se venían produciendo en los países de Asia, y América Latina. Como resultado, se había producido una agudización de las contradicciones entre las naciones capitalistas. Pero, ¿formaba parte Francia de lo que ella denominaba el "tercer mundo"? Recientemente le había planteado esa pregunta a algunos visitantes franceses y su respuesta había sido negativa. Le habían dicho que Francia era un país desarrollado y no podía formar parte del grupo de países subdesarrollados que componían el "tercer mundo". El problema no era tan sencillo. —¿Podría decirse tal vez que Francia se encuentra en el tercer mundo pero no forma parte de él? Tal vez. Ese asunto había despertado el interés del presidente Kennedy y, según había leído, le había llevado a estudiar los ensayos del propio Mao sobre operaciones militares. Mao también había tenido ocasión de enterarse a través de sus amigos argelinos durante la lucha de liberación de Argelia contra Francia, de que los franceses leían sus obras y utilizaban la información que contenían en contra de ellos. En esa ocasión, le había comentado al primer ministro argelino Abbas que sus libros se basaban en la experiencia china y que su contenido no era aplicable en sentido contrario. Sólo podían ser adaptados para librar guerras populares de liberación y serían prácticamente inútiles en una guerra contra el pueblo. No habían salvado a los franceses de la derrota en Argelia. Chiang Kai-chek también había estudiado los escritos comunistas, pero tampoco a él le habían servido de nada. Mao señaló que

también los chinos leían libros americanos. Él, por ejemplo, había leído The Uncertain Trumpet del general Taylor, embajador de Estados Unidos en Saigón. Desde el punto de vista de Taylor, era improbable que el armamento nuclear llegara a ser utilizado, y consiguientemente, opinaba que el factor decisivo serían las armas convencionales. Taylor deseaba que se concediese prioridad al ejército. Ahora tenía ocasión de poner a prueba sus teorías sobre las guerras no convencionales. En Vietnam estaba obteniendo valiosas experiencias. El presidente había leído también algunos artículos que las autoridades de Estados Unidos habían facilitado a sus tropas sobre cómo hacer frente a la guerra de guerrillas. Estas instrucciones aludían a la escasez de medios y la debilidad militar de la guerrilla y alentaban la esperanza de una victoria americana. Ignoraban el hecho político decisivo de que, ya fuese el de Diem o cualquier otro, un gobierno alejado de las masas no podía ganar una guerra de liberación. Dado que los americanos no atenderían a las opiniones de Mao, sus consejos no podían hacer daño a nadie. —En el sureste asiático, lo mismo que en India y ciertos países de África, e incluso de América Latina, existen unas condiciones sociales comparables a las que dieron lugar a la revolución china. Cada país tiene sus propios problemas y, por tanto, las soluciones a aplicar pueden variar enormemente. Aun así, me pregunto si está usted de acuerdo en que se producirán revoluciones sociales que tomarán prestados muchos elementos de la revolución china. Mao replicó que la combinación de sentimientos antifeudales y anticapitalistas, junto con la oposición al imperialismo y el neocolonialismo, nacían de la opresión y las injusticias del pasado. Que allá donde se dieran estos factores podían producirse revoluciones, aunque en la mayoría de los países a los que yo había hecho referencia, el pueblo aspiraba simplemente a la independencia nacional, no al socialismo, lo que era algo muy diferente. Los países europeos también habían experimentado sus propias revoluciones antifeudales. Aunque Estados Unidos no había atravesado en realidad una etapa feudal, sí había librado una guerra para lograr la independencia frente al colonialismo británico, y posteriormente una guerra civil para implantar un mercado libre de trabajo. Washington y Lincoln habían sido grandes hombres para su tiempo. —¿Aún piensa usted que la bomba es un tigre de papel? Eso no era más que un modo de hablar, me dijo, una imagen literaria. Por supuesto que la bomba podía matar gente, pero al final el pueblo destruiría a la bomba. Sería entonces cuando en verdad ésta se convertiría en un tigre de papel. —Se le atribuye a usted la declaración de que China teme menos a la bomba que otras naciones merced a su gigantesca población. Otros pueblos podrían quedar aniquilados, pero China contaría aún con unos

cuantos cientos de millones para comenzar de nuevo. ¿Hay algo de cierto en estas palabras? Contestó que no recordaba haber dicho nada parecido, pero que podría haberlo hecho. Se acordaba, eso sí, de una conversación que había mantenido con Jawaharlal Nehru durante la visita de éste a China (en 1954). Si no recordaba mal, había dejado bien claro que China no deseaba una guerra. Su país no disponía de bombas atómicas, pero si otros países querían luchar se produciría una catástrofe de alcance mundial, lo que supondría la muerte de muchas personas. Nadie podía decir cuántas. No se refería sólo a China. No creía que una bomba atómica pudiese destruir a toda la humanidad y que después no quedara ningún gobierno para negociar la paz. Había mencionado esto a Nehru durante su conversación. Nehru le había respondido que, como responsable de la Comisión de Energía Atómica de su país, conocía la capacidad destructiva de la energía atómica. Estaba convencido de que no lograría sobrevivir nadie. Mao le había contestado que probablemente no sería así. Tal vez desaparecieran los gobiernos existentes, pero surgirían otros para reemplazarlos. No hacía mucho que Jruschov había manifestado que disponía de un arma letal capaz de acabar con todos los seres vivos, pero acto seguido se había retractado inmediatamente de sus declaraciones. Y no una, sino varias veces. Mao no renegaría de nada de lo que pudiera haber dicho, ni deseaba que yo desmintiera en su nombre el supuesto rumor (acerca de la supervivencia de millones de personas en China en caso de guerra nuclear). También los americanos habían hablado mucho de la capacidad destructiva de la bomba atómica, provocando una enérgica reacción por parte de Jruschov. Todos ellos le habían sobrepasado con creces en ese aspecto, así que él iba por detrás de los demás, ¿acaso no era así? Con todo, hacía poco que había leído informes acerca de las investigaciones llevadas a cabo por los americanos en las islas Bikini, seis años después de haber realizado en ellas pruebas nucleares. Había investigadores en Bikini desde 1959. A su llegada, se habían visto obligados a abrir sendas entre la maleza. Habían encontrado ratones correteando por las islas y peces nadando en los arroyos, como siempre. El agua de los pozos era potable, la vegetación florecía y los pájaros trinaban en los árboles. Probablemente, hubiera habido un par de años difíciles tras las pruebas, pero la naturaleza había salido adelante. A los ojos de ésta, de los pájaros, los ratones y los árboles, la bomba atómica era un tigre de papel. ¿Acaso tenían los hombres menos energía? —Aun así, ¿considera usted que la guerra nuclear es una buena cosa? Por supuesto que no, replicó él. Si se ve uno obligado a luchar debería recurrir exclusivamente al armamento convencional. Le interesó saber que yo había estado presente en una

conferencia en la que se había debatido si Mao había realizado o no alguna aportación original al marxismo. Le comenté que, durante el cierre de la mencionada conferencia, le había preguntado a uno de los ponentes si representaría alguna diferencia en la controversia el que se demostrase que Mao nunca se había atribuido aportación creativa alguna. El estudioso me había respondido que no. Esto divirtió a Mao. Señaló que hacía más de dos mil años Chuang Chou había escrito su inmortal ensayo sobre Lao Tzu (llamado el Chuang Tzu). Inmediatamente habían surgido cientos de escuelas de pensamiento que se disputaban la interpretación de su significado. En 1960, la última vez que vi a Mao Zedong, le pregunté si había escrito, o tenía intención de escribir, su "autobiografía". Me contestó que no. A pesar de todo, sesudos profesores habían descubierto "autobiografías" escritas por Mao. El hecho de que fuesen fraudulentas no había afectado en lo más mínimo a su terminología "documental". Una cuestión que traía de cabeza a los eruditos era si Mao había escrito sus famosos ensayos filosóficos Sobre las contradicciones y Sobre la práctica en el verano de 1937, tal y como se afirmaba en sus obras completas, o si en realidad habían sido redactados posteriormente. Su respuesta fue que, en efecto, los había escrito en el verano de 1937. Durante las semanas precedentes e inmediatamente posteriores al incidente de Liukouchiao, había disfrutado de un periodo de sosiego en Yenán. El ejército había partido hacia el frente y Mao había dispuesto del tiempo necesario para recopilar material con el que redactar algunas lecciones sobre filosofía básica, que habían de ser empleadas en la academia antijaponesa. Era preciso elaborar textos sencillos, pero fundamentales, para que los jóvenes estudiantes que estaban siendo preparados en breves cursos de tres meses de duración dispusieran de una guía política de cara a los años por venir. Ante la insistencia del partido, Mao había resumido en Sobre las contradicciones y Sobre la práctica las experiencias de la revolución china, combinando los principios esenciales del marxismo con ejemplos concretos y cotidianos del caso chino. Mao escribía durante buena parte de la noche y dormía durante el día. Después, expuso en forma de una conferencia de tan sólo dos horas de duración lo que había escrito en el transcurso de semanas. Mao añadió que consideraba Sobre la práctica un trabajo más importante que Sobre las contradicciones. Por lo que se refiere a un tratado titulado Sobre el materialismo dialéctico, que los sinólogos extranjeros habían atribuido también a Mao, éste afirmó que no recordaba haber escrito tal obra, y que si lo hubiera hecho no lo habría olvidado. —Los jóvenes que acudieron a escucharle en Yenán tuvieron oportunidad de aprender más tarde qué era la revolución en la práctica. ¿Qué podría

sustituir esa experiencia en el caso de la juventud china de hoy en día? Mao contestó que, por supuesto, los jóvenes de menos de veinte años no se habían visto envueltos en ninguna guerra, jamás habían experimentado lo que era el imperialismo ni habían tenido ocasión de conocer en carne propia lo que era el capitalismo en el poder. No sabían nada de primera mano sobre la antigua sociedad. Sus padres podían contárselo, pero oír hablar de la historia o leer libros sobre ella no era lo mismo que vivirla. — Los comentaristas occidentales, y especialmente los comunistas italianos, han criticado enérgicamente a los líderes de la Unión Soviética por el modo conspirativo y antidemocrático con el que han dado de lado a Jruschov. ¿Cuál es su opinión al respecto? Contestó que el señor Jruschov no había sido especialmente popular en China ni siquiera antes de su caída. Se veían pocos retratos suyos. Pero sus libros, que ya se vendían anteriormente, seguían estando a la venta en las librerías chinas, aunque no en las rusas. El mundo necesitaba a Jruschov: su fantasma seguiría acechando. Había gente que le admiraba. China le echaría de menos como ejemplo negativo. —Sobre la base de su estándar del 70/30 —es decir, asumiendo que el trabajo de un hombre pueda considerarse satisfactorio si es correcto en un 70 por ciento y erróneo en tan sólo un 30 por ciento— ¿cómo valoraría a los actuales líderes soviéticos? ¿En qué medida siguen estando por debajo de esa puntuación? Mao respondió que no creía correcto valorar a los líderes actuales en tales términos. En cuanto a las relaciones entre China y la Unión Soviética se habían producido ciertas mejoras, pero escasamente significativas. Probablemente, la desaparición de Jruschov sólo hubiera servido para eliminar un blanco para la redacción de artículos polémicos. —China ha sido criticada en la Unión Soviética por fomentar el "culto a la personalidad". Mao opinaba que probablemente éste existiera en cierta medida. Se decía que Stalin había sido el centro del culto a la personalidad, y que Jruschov no había disfrutado de nada parecido. Los críticos sostenían que en el seno del pueblo chino se daba algo similar (sentimientos o prácticas de ese tipo). Posiblemente, existieran motivos para afirmarlo. ¿Sería posible, se preguntó, que Jruschov hubiese caído porque no era ni remotamente objeto del culto a la personalidad? —Como es natural, lamento a título personal que las fuerzas de la historia hayan dividido y distanciado a los pueblos americano y chino, privándoles prácticamente de todo contacto a lo largo de los últimos quince años. Hoy en día el abismo que los separa parece más profundo que nunca, y sin embargo, dudo que conduzca a una guerra y a una de las mayores tragedias de la historia. Mao respondió que las fuerzas de la historia también desembocarían, inevitablemente, en la unión de ambos pueblos.

Que ese día llegaría sin duda y que, posiblemente, yo estuviera en lo cierto al pensar que no habría guerra. Eso sólo ocurriría si las tropas americanas penetraban en China. En realidad, de hacerlo, no sacarían en claro gran cosa. El pueblo chino jamás lo permitiría. Era probable que los líderes americanos fueran conscientes de ello y, consiguientemente, no invadirían China. Así pues, no habría guerra, porque los chinos, desde luego, jamás enviarían tropas para atacar a Estados Unidos. —¿Y qué posibilidades hay de que la guerra se desencadene a causa de Vietnam? He leído numerosos artículos en la prensa que indican que Estados Unidos está considerando la posibilidad de extender el conflicto a Vietnam del Norte. Mao no estaba de acuerdo. El señor Rusk había dejado claro que Estados Unidos jamás haría tal cosa, aunque luego hubiera rectificado y afirmara que jamás había dicho nada semejante. Por tanto, no había razón para que se desencadenara una guerra en Vietnam del Norte. —No creo que los artífices y administradores de la política estadounidense le comprendan a usted. ¿Por qué no? Los ejércitos chinos jamás traspasarían sus fronteras para combatir. Eso estaba meridianamente claro. Los chinos sólo responderían si Estados Unidos atacaba a China. ¿No estaba suficientemente claro? Los chinos estaban muy ocupados resolviendo sus asuntos internos. Buscar enfrentamientos fuera de las propias fronteras sería un crimen. ¿Por qué iban a hacer una cosa así los chinos? Los vietnamitas eran perfectamente capaces de hacer frente a la situación por sus propios medios. —En repetidas ocasiones los oficiales americanos han asegurado que si las fuerzas de Estados Unidos se retiraran de Vietnam, todo el sureste asiático sería invadido. Mao dijo que había que preguntarse quién sería el "invasor". ¿Los chinos o sus propios habitantes? China estaba "invadida", pero exclusivamente por chinos. En respuesta a una pregunta concreta, el presidente afirmó que no existían tropas chinas en Vietnam del Norte ni en ninguna otra parte del sureste asiático. China no tenía tropas fuera de sus fronteras. (En otro contexto, se mencionó que a menos que las tropas indias cruzasen de nuevo la frontera china, no se produciría ningún conflicto con ese país). —Rusk ha asegurado con frecuencia que si China renuncia a su política agresiva, Estados Unidos se retirará de Vietnam. ¿Qué quiere decir con eso? Mao replicó que no había política agresiva alguna que abandonar. China no había cometido ningún acto de agresión. China apoyaba los movimientos revolucionarios, pero no con el envío de tropas. Por supuesto, China haría declaraciones públicas y convocaría manifestaciones en apoyo de los movimientos de liberación siempre que éstos se produjesen. Eso era precisamente lo que los imperialistas consideraban una afrenta. Mao continuó diciendo que, en

algunas ocasiones, a China le interesa producir deliberadamente un gran alboroto, como fue el caso de Quemoy y Matsu. Un breve tiroteo allí podía atraer mucha atención, tal vez porque los americanos se sentían incómodos tan lejos de su hogar. Me dijo que considerara lo que podía conseguirse disparando unas cuantas salvas de foguero en esas aguas territoriales chinas. No hacía mucho, en el estrecho de Taiwan, la séptima flota estadounidense había sido considerada insuficiente para responder a ellas. Estados Unidos había enviado parte de la sexta flota en esa dirección y había despachado parte de su Armada desde San Francisco. Una vez llegados aquí, descubrieron que no tenían ninguna tarea que cumplir, por lo que dio la impresión de que China era capaz de obligar a las fuerzas americanas a trasladarse de aquí para allá. Con el ejército de Chiang Kai-chek había ocurrido lo mismo. Habían conseguido hacer que Chiang corriese en una dirección y que luego tuviese que correr precipitadamente en otra dirección cualquiera. Por supuesto, cuando los hombres de la marina estaban calentitos y con el estómago lleno había que darles algo que hacer. Pero, ¿cómo podía entenderse que alguien calificara de agresión unos disparos con armas descargadas realizados en la propia patria si no eran considerados agresores aquellos que, de hecho, eran responsables de una intervención armada y habían bombardeado y quemado a personas de otros países? Algunos americanos, prosiguió, decían que la revolución china había sido dirigida por los agresores rusos, pero lo cierto es que había sido armada por los americanos. Del mismo modo, la revolución vietnamita estaba obteniendo sus armas de Estados Unidos, no de China. En los últimos meses, las fuerzas de liberación no sólo habían conseguido multiplicar su arsenal de armas americanas, sino que también habían aumentado en número merced al reclutamiento de soldados y oficiales pertenecientes al ejército títere de Vietnam del Sur, entrenado por los estadounidenses. Las fuerzas de liberación chinas habían aumentado en número y poderío atrayendo a sus filas a las tropas de Chiang Kai-chek, que habían sido entrenadas y armadas por los americanos. A este fenómeno se le había dado el nombre de "cambio de sombrero". Cuando multitud de soldados nacionalistas decidieron "cambiar de sombrero" porque sabían que los campesinos les matarían si llevaban el sombrero equivocado, el fin de la lucha estuvo más cerca. La práctica del cambio de sombrero también se había popularizado entre los vietnamitas. Según Mao, las condiciones para la victoria revolucionaria en China habían sido las siguientes: en primer lugar, el grupo en el poder era débil e incompetente, y al frente estaba un hombre que no hacía más que perder batallas; en segundo lugar, el Ejército de Liberación del Pueblo era poderoso y capaz, y el pueblo creía

en su causa. Los americanos podrían intervenir allá donde no prevaleciesen esas dos condiciones. En caso contrario, se mantendrían alejados o no tardarían en abandonar el país. —¿Significa eso que en Vietnam del Sur se dan las condiciones para una victoria del frente de liberación? Mao pensaba que las fuerzas americanas aún no estaban dispuestas a marcharse. La lucha continuaría durante uno o dos años más. Transcurrido ese tiempo, las tropas estadounidenses se aburrirían y volverían a su casa o se dirigirían a algún otro lugar. —¿Su política actual consiste en exigir la salida de las fuerzas estadounidenses antes de participar en una conferencia en Ginebra para discutir la propuesta internacional de un Vietnam unificado? El presidente afirmó que debían mencionarse varias posibilidades. En primer lugar, podría celebrarse una conferencia que debería ir seguida de la salida de las tropas de Estados Unidos de Vietnam. En segundo lugar, podría postergarse dicha conferencia hasta después de la salida americana. En tercer lugar, podría celebrarse la conferencia, pero las tropas estadounidenses deberían permanecer estacionadas en torno a Saigón, como había ocurrido en el caso de Corea del Sur. Por último, el frente survietnamita podría expulsar del país a los norteamericanos sin necesidad de conferencias ni acuerdos internacionales. La conferencia de Ginebra de 1954 había propiciado la salida de las tropas francesas de Indochina y había prohibido toda intervención de cualesquiera tropas extranjeras. No obstante, Estados Unidos había violado los acuerdos alcanzados en esa convención y podía hacerlo de nuevo. —En las actuales circunstancias, ¿ve usted alguna esperanza de que mejoren las relaciones entre China y Estados Unidos? Sí, opinaba que existían esperanzas. Pero llevaría tiempo. Quizá no se produjese mejora alguna en su generación. De hecho, él no tardaría en reunirse con Dios. Según las leyes de la dialéctica, todas las contradicciones habían de quedar finalmente resueltas, incluida la lucha personal de cada individuo. —A juzgar por lo visto esta noche, parece estar usted en buenas condiciones. Mao Zedong sonrió irónicamente y contestó que tenía ciertas dudas al respecto. Repitió que estaba preparándose para reunirse con Dios muy pronto. —Me pregunto si lo que quiere decir es que no tardará en descubrir si existe o no Dios. ¿Cree que es así? No, personalmente él no lo creía, pero algunas personas que aseguraban estar bien informadas decían que existía un dios. Al parecer existían multitud de dioses diferentes y, en ocasiones, un mismo dios tomaba partido por todas las partes a la vez. En las guerras europeas, el dios de los cristianos había estado de parte de los británicos, de los franceses, de los alemanes y así sucesivamente; incluso cuando estos pueblos luchaban entre sí. Cuando la crisis del canal de Suez,

Dios apoyaba a los franceses y los británicos, pero el otro bando contaba con el respaldo de Alá. Durante la cena, Mao había mencionado que sus dos hermanos habían sido asesinados. También su esposa había sido ejecutada durante la revolución y su hijo había muerto en la guerra de Corea. Comentó que era extraño que hasta el momento la muerte no le hubiese rozado siquiera. Muchas veces se había preparado para acogerla, pero la muerte parecía no querer saber nada de él. ¿Qué le iba a hacer? Había estado a punto de morir en varias ocasiones. Su guardaespaldas personal había sido asesinado mientras estaba de pie a su lado. En otra ocasión le había salpicado la sangre de otro soldado, pero él había salido indemne de un atentado con bomba. En varios casos había escapado por los pelos. Tras un momento de silencio, Mao observó que, como yo ya sabía, él había comenzado su vida como maestro de escuela. En aquella época no se le había pasado siquiera por la cabeza la idea de librar guerras. Tampoco había pensado convertirse en comunista. Era más o menos un demócrata, como podía serlo yo. Con el paso del tiempo, a veces se había parado a meditar acerca de la combinación fortuita de razones que le había llevado a fundar el Partido Comunista Chino. Fuera como fuese, los acontecimientos no se producían con arreglo a los deseos humanos. Lo que importaba era que China había estado oprimida antaño por el imperialismo, el feudalismo y el capitalismo burocrático. —"El hombre construye su propia historia, pero lo hace en función de su entorno" —dije yo citando sus propias palabras—. Ustedes han cambiado radicalmente el entorno en China. Muchos se preguntan qué harán las jóvenes generaciones, que han crecido en circunstancias menos adversas. ¿Cuál es su opinión al respecto? Tampoco él lo sabía. Dudaba que nadie pudiese decirlo con seguridad. Existían dos posibilidades. Una era avanzar en el desarrollo de la revolución hacia el comunismo. La otra era que los jóvenes renegasen de la revolución y diesen un lamentable espectáculo: que pactaran con el imperialismo, trajeran de vuelta al país los vestigios de la camarilla de Chiang Kai-chek y se pronunciaran a favor del pequeño porcentaje de contrarrevolucionarios aún existente en el país. Por supuesto, él confiaba en que no se produjese una contrarrevolución, pero los futuros acontecimientos tendrían que decidirlos las futuras generaciones en función de circunstancias que no nos era dado imaginar. Examinando la situación a largo plazo, las generaciones venideras deberían estar mejor formadas de lo que lo había estado la nuestra, del mismo modo que los hombres de la era de la democracia burguesa habían estado mejor preparados que los de la era feudal. Sería la opinión de ellos la que prevalecería, no la nuestra. Los jóvenes de hoy en día, y los que vendrían

detrás de ellos, juzgarían la labor realizada por la revolución con arreglo a sus propios valores. La voz de Mao se fue apagando y entrecerró los ojos. La condición del hombre sobre la tierra cambiaba cada vez con mayor rapidez. Transcurridos mil años, era posible que hasta Marx, Engels y Lenin resultaran más bien ridículos. Mao Zedong caminó conmigo hasta la puerta y, a pesar de mis protestas, me acompañó hasta el coche. Allí permaneció solo, de pie, durante unos instantes, sin abrigo, expuesto a la gélida noche pequinesa, para despedirme a la manera tradicional de aquella ciudad antigua y culta. No alcancé a ver guardias de seguridad en torno a la puerta, ni recuerdo haber visto ningún guardaespaldas armado alrededor nuestro en toda la noche. Mientras el coche se alejaba miré hacia atrás y vi cómo Mao enderezaba los hombros y volvía lentamente sobre sus pasos apoyándose pesadamente en el brazo de un ayudante, en dirección al Gran Palacio del Pueblo.

VLADIMIR NABOKOV

Entrevistado por Penelope Gilliatt (Vogue, diciembre de 1966)

El novelista americano Vladimir Nabokov (1899-1977) nació en San Petersburgo. Provenía de una familia de aristócratas que abandonó Rusia en 1919, tras la revolución bolchevique. Estudió ruso y literatura francesa en Cambridge. Posteriormente vivió en Berlín hasta finales de la década de 1930, se mudó a París durante algunos años y finalmente emigró a Estados Unidos, adquiriendo la ciudadanía en 1945. Publicó novelas, escritas en ruso, tanto en Berlín como en París. En Estados Unidos se convirtió en profesor universitario y empezó a escribir novelas en inglés, incluyendo *Sinister* (1962) y *Lolita* (1959), la última de las cuales provocó un gran escándalo debido a su contenido expresamente pedófilo. También le proporcionó a Nabokov la fama suficiente para dedicarse exclusivamente a la escritura. A partir de 1959 rutió en Montreux, Suiza. Penelope Ann Douglass Gilliatt (1932-1993) estudió en el Queen's College de Londres y en el Bennington College de Vermont. Fue redactora de plantilla en Vogue y posteriormente en Queen, además de crítico cinematográfico de The Observer. Desde 1967 a 1979 compartió la crítica de cine en The New Yorker con Pauline Kael. También publicó cuentos cortos en esta última publicación, además de entrevistas perfil con gente como Woody Allen, Jacques Tati, Jean-Luc Godard, Diane Keaton y Graham Greene. Recibió una nominación al Oscar por el guión de *Sunday, Bloody Sunday* (Domingo, maldito domingo) en 1971. Se casó dos veces, la primera con el neurólogo Roger Gilliatt y la segunda con el dramaturgo John Osborne, con el que tuvo una hija. Ambos matrimonios fracasaron. —¿Está embarazada la reina? —preguntó Vladimir Nabokov. —No creo —le respondí. —Cuando la vi por televisión presenciando un partido de fútbol de la Copa del Mundo no hacía más que repetir este gesto. —Simuló el gesto de alisarse un vestido. —Siempre hace eso. —Ah, comprendo. Un movimiento mayestático. Permanentemente en estado. Embarazada del heredero. —Rió entre dientes y pareció interesado. Nos encontramos en una parte remota de Suiza. Aunque me sonó ridículo, como si yo fuese un personaje de Sherlock Holmes, di por supuesto que él no lo sabría y le informé a través del teléfono del hotel que podría identificarme en el vestíbulo porque soy pelirrojo. —Llevaré conmigo una copia de *Speak, Memory* —había replicado él. (Se refería a su autobiografía). Su oído idiomático resultó ser exacto e instantáneo. Su padre había conocido al creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle ("Aunque Conan Doyle estaba mucho más orgulloso de sus intolerablemente aburridos libros sobre Sur"). Nabokov tiene la pasión del escritor por los detalles físicos y le gusta el hábito de Holmes de pasar media corona al conductor a través de una ranura del carruaje. También se fija especialmente en los matices del lenguaje, los de Holmes, los míos, los de cualquiera que hable en inglés, hábito que se ha intensificado especialmente al verse el autor exiliado de su idioma nativo. Hace veintinueve años abandonó su "ilimitada, rica e infinitamente dócil lengua rusa", que ya había empleado para escribir novelas imposibles de publicar en la Unión Soviética —y, por tanto,

nunca publicadas— por un inglés que aprendió inicialmente de su institutriz. Tal vez su actual dominio del mismo se deba en parte a ese obstáculo, del mismo modo que el hombre que tiene un impedimento para hablar piensa a menudo más deprisa que los demás. Nabokov escribe hoy en un inglés melodioso y picaro que ha extraído más de los manantiales secretos de nuestra lengua de lo que la mayoría de los escritores nativos jamás atisban. Por ejemplo, conoce con toda precisión el mecanismo del uso anglosajón de la grosería y la caída de lo sublime a lo ridículo, que introduce una palabra anticlimática o un insulto vernáculo en un contexto afable donde explota con una peculiar mezcla de burla y gastada pomposidad. A pesar de todo, es evidente que le corroe un dolor por haber perdido el ruso que jamás será aplacado. En el prefacio a *Lolita* escribe brevemente sobre él como si fuera un ilusionista al que le hubieran robado el equipaje y se viera obligado a actuar sobre el escenario donde tiene que realizar sus trucos sin el auxilio del material sustraído. Se me ocurre que tal vez sea exactamente eso lo que le hace escribir mejor acerca del amor que ningún otro novelista en lengua inglesa moderna. Las aflicciones del exilio llevan consigo un regusto a expolio que es como un tormento de la propia intimidad. El engañoso enfoque de la experiencia amorosa, el que conecta horriblemente el éxtasis con la muerte y hace que los amantes atesoren el presente como si ya hubiera desaparecido, ofrece una anticipación psíquica de la pérdida que se aproxima a aquella que otorgó a los niños privilegiados de la generación de Nabokov el genio de la memoria. Vivieron su juventud rusa con la intensidad del adulto enamorado, sabiendo misteriosamente demasiado acerca de su pérdida. El dolor que se aferra a la buena fortuna, o a la conformidad, es una de las bromas pesadas del tiempo, como la mezquina ama de casa que se oculta en el extático cuerpo de la pequeña Lolita. Humbert Humbert está enamorado de una trampa para bobos. Su situación le ofusca. *Lolita* es la narración de la apasionada implicación de un hombre constantemente emboscado por el *dépaysement* y consignado al exilio de plástico de los moteles. *Dépayse*: privado de país. Necesitamos una palabra equivalente en inglés más de lo que necesitamos "desflorada". "Alienación" o "desarraigo" no expresan en absoluto su significado, porque igual que la cómica agonía amorosa de Lolita es un concepto de pérdida que incluye el conocimiento de lo que puede representar el hecho de poseer. Antes de conocer a Nabokov me había preguntado en ocasiones cómo era posible para un escritor vivir permanentemente en hoteles, como viene haciendo desde 1960, fundamentalmente en Suiza. No era más que una estúpida especulación acerca de un gran novelista del *dépaysement* que lleva su país dentro de la cabeza. Su paisaje no es Rusia, sino la literatura rusa. Su dirección permanente es ahora la de un hotel de Montreux que él mismo ha descrito como "un adorable caserón eduardiano". Nos reunimos en el Engadine, otro caserón eduardiano con baños termales en el sótano al que él y su esposa habían acudido por las mariposas. Es un hombre alto y zanquilargo, cuyos andares y forma de mirar me recordaron vagamente a Jacques Tati. —Mido dos metros —me dijo—. Tengo los huesos muy delgados. El resto es carne —se pellizcó el brazo como si fuera una chaqueta. En su autobiografía se describe a sí mismo como poseedor de la nariz de los Korff, heredada de la rama de su abuela paterna: "Un hermoso órgano germánico con un puente óseo pronunciado y un extremo ligeramente respingón e inequívocamente surcado y carnoso". Usa gafas, pero las cambia por unos quevedos a partir de las seis para aliviar el dolor que siente en la nariz. Su acento no es ni ruso ni americano: creo que tiene su origen en el de los universitarios ingleses de clase alta

de la época inmediatamente posterior a la I Guerra Mundial, cuando asistió a Cambridge. ("Cambridge, Cambridge, no Cambridge de Massachusetts", puntualizó). Su francés es delicado y puro. A él le suena anticuado: "El argot se remonta a Maupassant". Su ruso es el genuino sonido del San Petersburgo prerrevolucionario. Imitó travieso el acento invertebrado del lenguaje actual del Pravda. Supongo que ni él ni su esposa son capaces de darse cuenta de que su cuna es, en sí misma, un hecho distintivo y dominante en ambos; pero al fin y al cabo, los europeos de clase alta nunca perciben tales cosas. Sólo el resto de la gente es capaz de percibir la diferencia. Los de alta cuna se creen en verdad indistinguibles.

Los Nabokov están pensando en volver a vivir en Estados Unidos, (a) vez en California. ¿Qué es lo que están buscando? Un clima y, muy por encima de eso, un lenguaje. — Estuvimos en Italia, pero no queremos vivir allí. Yo no hablo italiano. Y además están las saóperi (huelgas)... Vera encontró un château en Francia, pero habría costado mucho dinero reformarlo. Tiene puentes levadizos; puentes levadizos e inconvenientes. —Tiene el hábito de volver sobre lo que ha dicho para corregirlo, en cierto modo igual que usa la goma de borrar con sus notas—. No me acaba de convencer De Gaulle. Me temo que ocurran cosas allí cuando muera. Iría a España, pero detesto las corridas de toros. Suiza: lagos, gente encantadora, estabilidad. Todos mis editores pasan de un festival a otro. Como de costumbre, él se había levantado a las seis y había tomado un baño en el balneario. —He descubierto el secreto de la levitación —me dijo—. Uno apoya los pies en el extremo de la bañera y se eleva con la piel cubierta de espuma. Me hace sentir como un oso. Es como el recuerdo de un estado anterior. Tomamos una copa un tanto temprana. Las raciones de whisky parecían pequeñas y pidió soda. —Alarguemos el trago —dijo, y después añadió entre dientes—: Traguémoslo largo.

Escribe sus libros en Echas, de modo que le es posible empezar por el centro e ir insertando escenas a su gusto. Escribe con lápices 3B que según él mismo dice, afila compulsivamente. Llevan gomas de borrar en el extremo que emplea para exorcizar errores en vez de limitarse a tacharlos. Le llamó la atención como técnicamente fatal mi costumbre de escribir con pluma. Sus libros de notas de bolsillo son de papel recuadrado, como el de un cuaderno de aritmética. El patrón formal que podría haber distraído a la mayoría de la gente a él evidentemente le estimula. No me resultaba difícil comprenderlo: debe de ser un poco como descubrir imágenes en los baldosines blancos y negros de los retretes públicos. —He compuesto algunos de mis mejores poemas y problemas de ajedrez mirando al suelo de los cuartos de baño —dijo. En algún momento empezamos a jugar a los anagramas. Yo le planteé el de "cari horse" (la respuesta es "orchestra"). Se llevó el problema consigo para estudiarlo en lo que supuestamente iba a ser una cabezada. Apareció en el bar dos horas más tarde dando grandes zancadas y con una expresión que era una mezcla muy rusa de exultación y azoramiento. El papel recuadrado de su pequeño bloc estaba cubierto de metódicos pasos en falso. "Her actors" ("sus actores"), dijo con tono casi triunfal, mirándome y sabiendo perfectamente que la respuesta tenía que

ser una sola palabra. Después se echó a reír ante la imagen de la criatura cuya propiedad debían ser los actores. Las mujeres autoritarias le parecen irresistiblemente cómicas. Atraviesan sus libros con pesados pasos, absurdas y crueles criaturas de inane placidez que ven el mundo como un reflejo de su propia feminidad y que hablan áridamente de algo como el bolchevismo, como si no fuera más que una molestia insignificante, como los mosquitos o el catarro común. Creo que su mujer, que es productora, también le pareció divertida porque en su opinión el teatro es inherentemente gracioso cuando es serio: algo que tiene que ver, creo, con el grosor de su trazo en comparación con la delicada trama de las novelas que a él le gustan. Cuando daba clases en Estados Unidos pronunció conferencias sobre Ana Karenina, La muerte de Ivan Ilyitch de Tolstói, Ulises, La metamorfosis de Kafka y Mansfield Park de Jane Austen, a sugerencia de Edmund Wilson. El metódico lepidopterólogo descubrió que Tolstói había hecho que las dos familias de Ana Karenina envejecieran con arreglo a una escala temporal distinta, con lo que pasan más años para una que para la otra. También dice que Joyce rehuyó toda referencia al regreso de Mary Bloom del cementerio. —Conozco Dublín con exactitud. Podría trazarle un mapa. Conozco el Liffey como el Moskva. Jamás he estado en Dublín, pero lo conozco tan bien como conozco Moscú. Tampoco he estado nunca en Moscú. Tanto él como su esposa vivían en San Petersburgo, pero se conocieron en Berlín, en el exilio. Podrían haberse encontrado muchas veces siendo niños; tal vez en la clase de baile. Esto les desasosiega y prefieren pasarlo por alto. —Vera bajará dentro de un momento —dijo—. Ha perdido algo. Creo que una chaqueta. Cuando pierde cosas, son siempre muy grandes. —Empezó a temblar de risa una vez más. Su sentido del humor es muy ruso y resulta enormemente agradable ver cómo se apodera de él. Tiene mucho de bufonada. Es de las pocas personas que he visto que literalmente casi se caen de la silla cuando les entra la risa. —Vera ha estado dándole vueltas también a lo de "cart fiarse"-dijo—. Al final sugirió "horse-cart". No tenía muchas esperanzas. En el salón había un mural eduardiano de amantes desnudos, salvo que no estaban realmente desnudos y no parecía tener gran cosa que ver con el amor. La mujer estaba cubierta por unos pliegues vulgares y el hombre llevaba, además de un trozo de tul sobre la entrepierna, una vaporosa imitación del primitivo sujetador Maidenform rodeándole el pecho. Después de varios días de observación a Nabokov seguía pareciéndole vagamente interesante aquel mural. Resultaba ser una demostración bastante obvia de la vinculación entre estupidez y pudibundez en el terreno del arte. El fdisteísmo de altos vuelos del que hace gala el arte protegido le parece a veces tremendamente

ridículo. Hace largo tiempo le sorprendió gratamente saber que la emperatriz de Rusia era una apasionada admiradora de Ella Wheeler Wilcox. Invitado a una decapitación, una de sus primeras novelas en ruso, contiene un vehemente pasaje acerca de un libro imaginario, considerado "el acné del pensamiento moderno", en el que la historia mundial se ve desde el punto de vista de un viejo y aparentemente sagaz roble. Nabokov detesta la literatura con grandes pretensiones sociales. También detesta la lascivia. El arte malo del pasado, que ha perdido su capacidad para embaucar, revela a menudo que buena parte de su falta de calidad consiste en que no va demasiado lejos y, en el campo de la estética, es el único modo de llegar suficientemente lejos. La veta erótica del trabajo de Nabokov forma parte de su calidad. Tiene un efecto próximo a la exaltación del estilo y el valor en la conducta real. En el mundo actual, el vicio que a Nabokov más le repugna es la brutalidad. La encuentra en los matones políticos con figura de tanque, en la "música para cerdos de la radio", en el disfrute que se obtiene con animales domados, en los verismos freudianos, en el aborrecimiento de Alemania entre las guerras. (Hay un alemán en uno de sus libros que está convencido de que la raíz de cute [lindo, gracioso] es electrocution). En el mundo del arte dirige su odio hacia la mediocridad, que posiblemente sólo sea la forma estética de esa misma brutalidad. Existen escritores célebres en los que detecta una ingenuidad que para él, evidentemente, es casi perversa. Detesta a Zola, Stendhal, Balzac, Thomas Mann. Nabokov mostró su entusiasmo por las descripciones que hace Hemingway del pez en El viejo y el mar y por los pasajes selváticos y las descripciones físicas de Un caso acabado de Graham Greene. —La novelas avant-garde francesas que he leído no despiertan mi apetito artístico. Sólo de vez en cuando... Hasta Shaw puede hacer una cosa así. Le pregunté por Genet: —Un interesante y bien proporcionado mundo de hadas. —Opina que el dramaturgo ruso Ostrovski tenía "una vena poética que desafortunadamente abandonó porque estaba muy interesado en escribir acerca de los mercaderes". Los traductores "con un oído enfrente de otro" le atormentan. "Vive le pedant", escribe desafiante en uno de sus prefacios, "y abajo los simples que piensan que todo va bien si se transmite el espíritu (mientras las palabras se descarrían por su cuenta en una ingenua y vulgar zarabanda, por ejemplo en los suburbios de Moscú, mientras Shakespeare se ve de nuevo obligado a interpretar al fantasma del rey)". La traducción al inglés de sus novelas en ruso ha sido obra del propio Nabokov, generalmente con la colaboración de su hijo, Dmitri, que es piloto de carreras y cantante. Nabokov acaba de terminar una traducción al ruso de Lolita, compuesta en Nueva York. "Para

introducirla de contrabando, tirarla en paracaídas, para que descienda flotando sobre la propaganda encomiástica". Su afecto por las palabras es urgente y conmovedor. Lleva en el maletero de su Lancia una copia del diccionario Webster completo. En su habitación de hotel estaba abierto por la M, por el centro, que es como lo deja para preservar su lomo. En su autobiografía habla de pasar, incluso ahora, la última página de cualquier nueva gramática para encontrar "esa tierra prometida donde, al fin, las palabras tengan por objeto significar lo que significan". —En Massachusetts caí una vez enfermo por una intoxicación alimentaria —dijo—. Me llevaban en una camilla con ruedas a lo largo de un corredor. Dejaron la camilla junto a una estantería de libros y saqué un diccionario médico enorme. Una vez instalado en el pabellón cerré las cortinas a mi alrededor y me puse a leer. No estaba permitido porque parecía que me estaba muriendo. Se llevaron el libro. En los hospitales queda aún algo de los manicomios del siglo XVIII. —¿Pasternak? —pregunté. Inmediatamente comenzó a hablar muy deprisa. —Doctor Zhivago es mentirosa, melodramática, está mal escrita. Es mentirosa para con la historia y mentirosa para con el arte. Los personajes son como maniqués. Esa terrible chica es absurda. Me recuerda mucho a las novelas escritas por rusos, me avergüenza decirlo, sobre el sexo débil. Pasternak no es un mal poeta, pero en Zhivago resulta vulgar, simple. Si se suprimen sus preciosas metáforas no quedas nada detrás de ellas. Incluso en sus poemas... ¿cómo era ese verso, Vera? "Ser una mujer es un gran paso". Es ridículo. —Se echó a reír y pareció afligido. "Este tipo de cosas son recurrentes. Es muy típico de los poemas escritos en la era soviética. Una persona de la extracción y entorno de Zhivago no se quedaría en medio de la nieve leyendo acerca del régimen bolchevique y sintiendo calor en el corazón. Por aquel entonces estaba en marcha la revolución liberal. Kerensky. Si Kerensky hubiera tenido mejor suerte..., pero era un liberal, ¿comprende?, y no podía limitarse a meter en la cárcel a los bolcheviques. Eso no se hacía. Yo diría que era un hombre muy normal. El tipo de persona que puede uno encontrar en el gobierno de cualquier país democrático. Hablaba muy bien, poniéndose la mano en el pecho como Napoleón porque la tenía medio rota de tanto estrechar manos. "Y aun así, a la gente como Edmund Wilson e Isaiah Berlin tiene que gustarles Zhivago, tienen que demostrar que de la Rusia soviética puede salir algo bueno. Pasan por alto que es en verdad un mal libro. Existen algunas escenas que son absolutamente ridículas. Escenas de fisgoneo, por ejemplo. Ya sabe usted lo que es. Si no se convierte en una parodia es casi prosaico. Es el sello del aficionado en la literatura. Y esa maravillosa escena en la que tenía que

librarse de la niña para que los amantes pudieran hacer el amor y no se le ocurre nada mejor que mandarla a patinar. En Siberia. Para que no coja frío le dan la bufanda de su madre. Y luego duerme profundamente en una choza mientras está ocurriendo todo esto. Es evidente que Pasternak no sabía qué hacer con ella. Es como Galsworthy. En una de sus novelas, Galsworthy le daba a un personaje un bastón y un perro y luego no sabía cómo librarse de ellos. 'Y las metáforas. Establece comparaciones sin vinculación alguna. Supongamos que yo dijera 'tan apasionadamente adorada e insultada como un barómetro en un hotel de alta montaña' — dijo, mirando hacia la lluvia—. Sería una metáfora preciosa. Pero, ¿a qué se refiere? La imagen se cae por su propio peso. No hay nada con qué vincularla. Además existe una veta seudorreligiosa en el libro que casi me escandaliza. Zhivago es tan femenino que a veces me pregunto si no habrá sido escrito por la amante de Pasternak. "Como traductor de Shakespeare, Pasternak deja mucho que desear. Sólo le considera grande la gente que no conoce el ruso. Un ejemplo —su esposa le ayudó a recordar una línea de la traducción de Pasternak—. En lo que la ha convertido en ruso es en lo que sigue: 'toda cubierta de grasa sigue limpiando el hierro fundido'. Ya ve. Es ridículo. ¿Cómo sería el original? —¿La grasienta Joan remueve la cacerola? —Eso es. "¡Sigue limpiando el hierro fundido!"-exclamó con expresión genuinamente irritada—. Al propio Pasternak le han ayudado mucho las traducciones. A veces, cuando se traduce un lugar común, ya sabe, como "No hay mal que por bien no venga", puede sonar como si lo hubiera escrito Milton, porque está en otro idioma. —¿No es eso lo que pasó con Pushkin? —dijo Vera. —Había traducido a los poetas franceses de su tiempo. Al pequeño grupo de los poetas de "salón" y al grupo algo más numeroso de seguidores de Racine. En ruso quitaban la respiración. Comenté que alguien me había dicho que el primer hombre en comparar a la mujer con una flor había sido un genio y el segundo un idiota. —Y el tercero un bellaco —dijo Nabokov. Fuimos a dar una vuelta por las montañas en el nuevo Lancia. La señora Nabokov conducía bastante deprisa, casi siempre en tercera, a lo largo de una carretera complicada, mientras su marido soltaba pullas sobre las caídas a pico que ella había elegido en otras ocasiones como lugares adecuados para dar la vuelta. —A veces mi hijo desea que no bromee tanto —dijo sin la menor melancolía. Yo iba sentada en el asiento trasero, que aún estaba protegido con plástico, y me quité los zapatos para mantener la cubierta intacta. En la bandeja había un sombrero para pasear y capturar mariposas. —Puede usted cubrirse los dedos de los pies con mi sombrero —dijo Mrs. Nabokov. Él iba pendiente de los prados que podrían ser buenos para cazar mariposas y

memorizaba senderos prometedores que partían de la carretera. Sus sentimientos acerca de la naturaleza son contagiosos hasta para personas que no los comparten. Es el único hombre que conozco que no responde a la mención de Los Ángeles maldiciendo la ciudad sino elogiando la vegetación. En una ocasión escribió que para él cazar mariposas era la mayor visión de la eternidad que era posible experimentar, una forma de "cercar a la naturaleza" y "rebelarse contra el vacío de delante y de detrás". Creo que es también una expresión de la pasión del gran escritor por definir. Tomamos té con limón y pastelitos de crema en otro hotel que daba a las montañas. Se mostró encantador con una camarera que supuestamente había escuchado nuestra orden. Tras una larga espera afirmó: "Puedo decir por la base de su nuca que ya vienen nuestros pastelitos". Siente un cómico afecto por el cuerpo de las muchachas que es, en cierto modo, similar a la ternura que muestra hacia las gaffes, como si los dedos de los pies desnudos o las nuca de las jóvenes absortas en otras cosas cayeran inadvertidamente en una categoría de absurdas y conmovedoras meteduras de pata. Le pregunté si Lolita se habría convertido en un chico si su propio hijo hubiera sido una niña. —Desde luego —dijo sin titubear—. Si hubiera tenido una hija, Humbert Humbert habría sido un pederasta. Pensé que tal vez ahora pudiera albergar cierto odio hacia Lolita, como les ocurre a menudo a los escritores con los libros que han sido objeto de más atención que ninguna otra cosa que jamás hayan escrito, pero, al parecer, sus sentimientos permanecen inamovibles. El libro sigue siendo su favorito, aunque dice que Palé Fire fue más difícil de escribir. —Había escrito un cuento corto con la misma idea que Lolita. El hombre se llama Arthur. Viajan por Francia. Nunca llegué a publicarlo. La niña no estaba viva. Casi no hablaba. Poco a poco conseguí darle cierta apariencia de realidad. Un día iba de camino al incinerador con la mitad del manuscrito para quemarla y Vera me pidió que esperara un minuto. Y volví, dócil como un corderito. —No recuerdo eso. ¿De veras lo hice? —preguntó su esposa. —Lo más difícil fue ponerme a... verás, yo soy un hombre normal. Viajé en autobuses escolares para escuchar cómo hablaban las colegialas. Fui al colegio con el pretexto de buscar plaza para mi hija. No tenemos ninguna hija. Para Lolita cogí el brazo de una chica que venía a ver a Dmitri; la rodilla de otra. Dice en el prefacio que el libro tuvo su origen en una historia publicada en Paris-Soir acerca de un mono al que habían enseñado a dibujar: su primer dibujo fueron los barrotes de su jaula. La trifulca que rodeó a Lolita y el humor feroz que presta el estilo a todo su trabajo parecen a menudo eclipsar la inmensa ternura que lo impulsa. Su enorme sensibilidad ante el sufrimiento y la explotación hace

*que la atención prestada a los hechos de la trama de Lolita resulten aún más brutalmente literales de lo habitual. Cuando estaba en Hollywood para escribir el guión, los productores le pidieron que hiciera que Lolita y Humbert se casaran: aparentemente, esto habría resuelto ciertos problemas que el tema les planteaba. La idea de que el libro haya sido clasificado como obsceno, como aún ocurre en Birmania, por ejemplo, es mucho más grosera que la peor pornografía, ya que es un libro que trata con excepcional dulzura la añoranza y los personajes excéntricos. En otro lugar, en su *Laughter in the Dark*, a un asesino le resulta "imposible matarla mientras se estaba quitando el zapato": es el equivalente moderno del instante de Hamlet en el que un hombre no puede ser asesinado mientras reza. En los trabajos de Nabokov la sexualidad significa ternura y la ternura es la santidad que perdura. De vuelta en el coche le pregunté acerca de algo que había escrito en cierta ocasión sobre el autor de Alicia en el país de las maravillas. —Siempre le llamo Lewis Carroll Carroll —dijo—, porque fue el primer Humbert Humbert. ¿Ha visto sus fotografías con niñas? Llegaba a acuerdos con sus tías y sus madres para sacar a pasear a las niñas. Nunca le descubrieron, excepto por una niña que escribió sobre él cuando era ya mayor. Empezó a contestar a algo que estaba yo diciendo y su respuesta se convirtió en una imitación de Edmund Wilson afirmando: "Sí, sí". Nabokov y Edmund Wilson son viejos amigos, pero recientemente han tenido un ácido rifirrafe en público sobre el conocimiento del ruso de Mr. Wilson, con declaraciones un tanto ridículas ante un ruso hablante. Los sentimientos privados de Nabokov parecen ser afectuosamente cáusticos. El "Sí" imitado incluía un movimiento de cabeza como de quien intenta tragarse una pastilla con la que se ha atragantado. —Al parecer el consenso con él es tan difícil que tiene que hacer un esfuerzo convulso —dijo Nabokov con tono cariñoso. Y regresó a Lolita—. Fue un gran placer escribirla, pero también resultó muy doloroso hacerlo. Tuve que leer un gran número de casos reales. En buena parte la escribí en un coche para lograr una tranquilidad completa. En *Speak, Memory* dice que "en un trabajo de ficción de primera línea el verdadero choque no se produce entre el autor y los personajes sino entre el autor y el mundo". Ahí radica la fuerza de Lolita. La más despiadada novela de amor de nuestra literatura de sexo fácil y desenvuelto trata de una obsesión en parte criminal y ha sido escrita por un extranjero que ataca el entumecimiento mental de una cultura desde dentro de la máquina que mejor representa ese entumecimiento.*

JOE ORTON

Entrevistado por Giles Gordon (The Transatlantic Review, primavera de 1967)

John Kingsley (1933-1967), el dramaturgo inglés, más conocido como Joe Orton, nació en Leicester. Abandonó el colegio a los dieciséis años y se formó como actor antes de convertirse en autor de éxito con sombrías e ingeniosas farsas sobre la perversión sexual y la muerte como Entertaining Mr Sloane (El realquilado, 1964), Loot (1966) y What the Butler Saw (1969). Homosexual activo, fue asesinado a martillazos por su amante Kenneth Halliwell, que a continuación se suicidó. Ésta fue su última entrevista y fue publicada después de su muerte. Giles Alexander Esmé Gordon (n. 1940) estudió en la Edinburgh Academy y pasó (brevemente) por el Edinburgh College of Art. Entró en el campo de la edición en 1959 y ha trabajado como director de publicidad y como editor. Era editor teatral de Penguin Books en la fecha de la entrevista y fue director de la editorial Víctor Gollancz desde 1968 hasta 1973. Ese año decidió convertirse en agente literario y desde entonces pertenece a Sheil Land Associates (anteriormente Anthony Sheil Associates). Ha escrito también numerosas críticas literarias y teatrales y ha editado varias colecciones de cuentos cortos. Entre otras entrevistas que realizó para The Transatlantic Review se encuentran las de Tom Stoppard, David Mercer, Edward Bond y Arnold Wesker. En sus memorias Aren't We Due a Royalty Statement? (1933), Giles Gordon recuerda las circunstancias de esta entrevista: "A Joe Orton le agradaba la idea de ser entrevistado por una revista literaria de la que nunca había oído hablar e insistió en ponerse una corbata antes de que se pusiera en marcha el magnetófono: quería sonar correctamente vestido. Joe Orton ha estrenado con éxito dos obras en Londres. Ambas han obtenido el favor de crítica y público. En primer lugar fue El realquilado y actualmente Loot, aunque el preestreno de una versión muy expurgada de esta última lo más cerca que llegó de Londres fue Golders Green. En términos teatrales, igual podía haber sido Aberdeen. Recientemente se representó en el Royal Court Theatre, un domingo por la noche y sin decorados, su primera obra teatral, The Ruffian on the Stair, que se desarrolla en un solo acto. Las obras de Mr. Orton son divertidas. Es, sin duda, lo más parecido a un autor de farsas que tenemos en el teatro serio en inglés de hoy en día. Y tiene estilo; no le asusta la artificialidad en los diálogos, ni es en absoluto pretencioso ni "comprometido". Vive en Islington, Londres, en lo que

probablemente podríamos llamar un piso pequeño, aunque tiene su propia puerta a la calle. Su habitación es de color amarillo y el techo está pintado en rojo y gris. Las paredes están cubiertas de innumerables fotos recortadas de revistas: ha dado forma a una cruz cristiana recortando imágenes de ídolos, además de un gorila. Hay un cartel de Loot y otro de Seid Nett Zu Mr. Sloane. La habitación contiene dos camas individuales, docenas de discos, un enorme televisor, algunos libros, un par de zapatos bajo la cama. Todo muy pulcro, muy limpio. Cuando entro, Mr. Orton está al teléfono, explicándole a Sheila Ballantine, la actriz principal de Loot, cómo llegar hasta su casa. Es extremadamente fácil llegar hasta allí, pero también a mí me dio unas complicadísimas instrucciones para conseguirlo. Le dice a ella que tiene que colgar, ya que van a entrevistarle para International Review. Ella responde que jamás ha oído hablar de tal revista, pero que suena muy importante. Él cuelga el teléfono y a continuación se pone una corbata de color púrpura, mientras aclara que no podría ser entrevistado sin llevar corbata. El magnetófono se pone en marcha y Joe Orton se acomoda en un sillón cercano a él. —Para empezar podríamos hablar de lo que yo llamaría, o más bien lo que los críticos llaman, teatro artístico, por contraposición con el teatro comercial. En mi opinión, su Loot y Staircase, de Charles Dyer, han sido dos de las obras más interesantes estrenadas en Londres en los últimos meses. Me irritó, especialmente en el caso de Staircase, que tantos críticos dijieran que se trataba de una obra comercial, utilizando la palabra en sentido despectivo, desdeñoso; y también que añadieran que la obra no habría sido interpretada por una compañía subvencionada de no haber sido porque asignaba un par de papeles importantes a dos de las estrellas de la compañía en cuestión. —Según tengo entendido, Staircase fue ofrecida a varias compañías comerciales y todas la rechazaron. No veo razón alguna para que no pudiera ser estrenada en un teatro comercial. Sea como sea, creo que todo este debate sobre el teatro comercial y el teatro subvencionado es ridículo. Sólo hay buen teatro y mal teatro. A mí me ocurrió lo mismo con El realquilado. La gente no hacía más que decir: "Oh, no es más que una obra comercial". Me enfurecía oírlo, porque no lo era; no existe tal cosa. O era una buena obra de teatro o era una mala obra de teatro. —¿A qué cree usted que se debe que tantos críticos y directores —y si a eso vamos, el público— se empeñen en categorizar el teatro en esos dos apartados? Una división totalmente artificiosa, añadiría. —Francamente, no lo sé. Es puro esnobismo, por supuesto. Cuando uno estrena en un teatro subvencionado asiste una gran cantidad de público esnob. Creo que a la gente le gusta pensar que se está entreteniéndolo y a la vez asistiendo a un acto cultural. —

¿Intenta usted escribir un tipo determinado de teatro? Las tres obras suyas estrenadas en Londres tratan de la misma clase de personajes, procedentes todos de un determinado segmento de la sociedad. ¿Es usted consciente del hecho? —¡A decir verdad, la "clase" de mis obras no hace más que ascender constantemente! The Ruffian on the Stair empezó siendo una pieza bastante casposa y canallesca; El realquilado ascendió ligeramente, dado que los personajes eran de clase media baja. (Según me dijeron, trataba sobre el nihilismo de la clase media baja). Loot ya está un escalón más arriba porque trata de una mujer que deja 19.000 libras incluyendo sus acciones y joyas. Estoy seguro de que se puede escribir, aunque no estoy seguro de que yo sea capaz de hacerlo, sobre la gente de clase alta y hacer que resulte tan interesante como la gente de clase baja. Creo que la gente es interesante. Me agradó que en su primera reseña de Loot, The Times mencionara que en el caso de que se pudiera atribuir un propósito serio a la obra, y claro está que se puede, éste era protestar contra el encasillamiento. Me encantó aquello porque yo siempre he estado en contra de la compartimentación. Lo que yo quería hacer en El realquilado era derribar todas las divisiones en categorías sexuales que establece la gente. No lo conseguí del todo porque es muy difícil convencer a los directores y los actores para que hagan lo que uno quiere. Después de algún tiempo en cartel, todo estaba encasillado en El realquilado: Madge era la ninfómana, Peter el marica y Dudley el psicópata. No era lo que yo quería y no era para nada lo que había pretendido, pero la gente se empeña en encasillarlo todo. Es especialmente terrible en lo tocante a la clase, al sexo, a todo. —Lo que nos lleva directamente al gusto. Mucha gente ha dicho que Loot es de un mal gusto extraordinario. ¿Significan para usted algo el buen y el mal gusto? —No. Verá usted, el tipo de gente que se dedica a opinar sobre si una cosa es de buen o mal gusto tiene invariablemente muy mal gusto. Creo que el inglés es el pueblo con peor gusto del planeta. No, no creo que exista lo que se llama buen gusto y mal gusto. Algunas cosas me ofenden, pero son cosas un tanto extrañas. Por ejemplo, esas traducciones de Aristófanes que ha hecho Dudley Fitts. Creo que son extremadamente malas. Me ponen enfermo, pero se trata de una manía mía. Es evidente que no ofenden a mucha gente. —Es interesante que a una serie de gente le resulte ofensivo que gran parte de la acción de Loot se desarrolle en torno a un ataúd. —Jamás he podido comprender la razón, porque desde un punto de vista puramente práctico —y yo me considero un hombre práctico— un ataúd no es más que una caja. Uno la llama ataúd y una vez hecho esto, adquiere inmediatamente todo tipo de connotaciones. En El realquilado creé un personaje que estaba interesado en los chicos y al que le gustaba

tener relaciones sexuales con ellos. Quería que le interpretaran como si fuera el hombre más corriente del mundo y no como si para que le gustaran los chicos tuviera que ponerse pendientes y perfume. Esto es muy grave. Espero que ahora que la homosexualidad ha sido autorizada, la gente olvide los estereotipos convencionales del pasado. Creo que el retrato del marica de Black Comedy de Peter Shaffer es muy divertido, pero es una imagen terriblemente tópica. Una vez más se trata de un problema de encasillamiento. Al público le encanta porque se siente seguro, pero uno no debería dar gusto al público. —Eso es lo mejor de Staircase. Ni te enteras de que la obra es sobre dos homosexuales, no son más que dos personas. — ¡Dos personas, exacto! —Que además se aman. Pero al parecer, cuando se representó la obra en Brighton durante una semana antes de su estreno en Londres, al público le escandalizó que a su Paul Scofield (resulta evidente que es de Brighton) se le hubiera adjudicado semejante papel. Veían a los personajes como maricas y aquello les escandalizaba. No se les ocurrió pensar que eran personas, seres humanos. —Sí, es muy extraño. Por supuesto, los ingleses siempre están intentando comportarse como liberales a este respecto. Fíjese en que incluso ese gran campeón del liberalismo, The Observer, nunca deja de llamar maricas a los homosexuales. Jamás se le ocurriría llamar a la gente de color negros. Incluso en artículos totalmente serios llaman maricas a los homosexuales. Si alguien hubiera escrito una obra sobre antillanos, The Observer jamás diría: "Fulano de tal hace el papel de negro". Creo que resulta bastante interesante. —Antes de que pusiéramos en marcha el magnetófono, mencionó usted las "escuelas de dramaturgos". ¿Cree que hoy en día existen tales cosas? —No, no lo creo. Los autores de teatro, como el resto de la gente, son individualistas. El hecho de que durante un determinado periodo se escriban todo tipo de cosas le introduce a uno inmediatamente en una escuela. Podemos hablar de los dramaturgos isabelinos y jacobinos, pero todos ellos eran muy diferentes entre sí. Si sobrevive alguna obra de los años cincuenta y los sesenta, sus autores serán agrupados en una escuela, pero sólo porque escribieron durante el mismo periodo. —Habría jurado que usted, más que ningún otro dramaturgo, ha rehuído ser categorizado junto con sus coetáneos. —Sí, probablemente. Creo que eso se debe a que la gente a la que admiro no es particularmente moderna. Admiro a Voltaire. Leo a Aristófanes en traducciones en prosa. Prefiero esas traducciones porque son extremadamente literales. Nadie se interpone entre el autor y tú. Soy muy consciente de lo que se ha hecho antes. Me gusta Luciano y los clásicos, y supongo que eso hace que mi forma de escribir sea diferente. Una anticuada formación clásica que jamás recibí, aunque la obtuve por mí

mismo leyéndoles a todos en inglés, porque no sé casi nada de latín y griego. —¿Admira usted especialmente a algún autor contemporáneo? —A Beckett. Y a Pinter. —¿Tiene usted alguna "aspiración última" como dramaturgo? —Me gustaría escribir una obra tan buena como La importancia de llamarse Ernesto. —¿Admira a Wilde? —Sí. Admiro su trabajo, no su vida. Fue una vida terrible, asombrosa. —En mi opinión, sus obras y las de él muestran ciertas afinidades, fundamentalmente en lo que se refiere al estilo y a la artificialidad del lenguaje. Me pregunto si será significativo que dos de sus obras estén en cartel en Londres en este momento. —No. Creo que son los coletazos finales de la reacción en el campo del teatro que espero que esté tocando ya a su fin. Tras la controversia suscitada por las llamadas "obras sucias" a los ingleses les ha dado uno de sus periódicos ataques de moralidad, pero creo que estamos llegando a su fin. Hemos asistido a todos esos deprimentes reestrenos de Shaw, a los de Wilde, ¡y confío que todo haya acabado con Staircase Loot! —Tanto Staircase como Loot son obras altamente morales. —Eso espero. En el programa hablaba muy en serio cuando decía que soy un puritano. No estoy seguro de que la palabra puritano sea la más adecuada, pero creo que uno sólo puede escribir desde ese punto de partida. No me gustaría nada ver temas como los de Staircase o Loot tratados por gente que... No sé, suena un tanto pomposo decir por gente que no tiene el talento que tenemos nosotros, pero detestaría verlos en Whitehall con el tipo de textos que se emplean allí, porque no tengo en especial estima a las farsas que se representan en Whitehall. —Cuando vi Loot tuve la incómoda sensación de que se sentía usted muy escandalizado sobre lo que estaba escribiendo. —No, se equivoca usted. Es como la mujer que dijo que yo sólo escribía sobre la policía porque lo había pasado muy mal en la cárcel. Me lo pasé muy bien y no me lo habría perdido por nada del mundo. Es una sociedad curiosa, como una pirámide. Descubrí de repente lo reconfortante que resulta pertenecer a una sociedad piramidal, como debía de ser la del antiguo Egipto. No creo que en ellas se escriban obras como, por ejemplo, Loot, pero desde luego, para vivir resultan muy cómodas. No me gustaría especialmente repetir la experiencia, o vivirla indefinidamente, pero fue de lo más interesante. Desde luego no tengo nada en contra de la policía. Es un mal necesario. —¿Podemos hablar del motivo por el que fue usted a la cárcel? —Sí, las bibliotecas y los libros de las bibliotecas. Lo que me sacó de mis casillas acerca de los bibliotecarios fue que cuando asistí a una biblioteca bastante grande de Islington y pedí Decline and Fall of the Román Empire de Gibbon me dijeron que no tenían ninguna copia. Que podían obtener una para mí, pero que no la tenían en sus estanterías. No

fue así como empezó todo, pero fue sintomático. Me llenó de ira que hubiera tantos libros y novelas basura. Me recordó la frase de la Biblia: "La producción de libros no tiene fin", porque es verdad. Igual daría que las bibliotecas no existieran; tienen infinidad de espacio para la basura y prácticamente nada para libros buenos. —¿No está usted decidiendo qué es bueno y qué es malo? ¿No habla en función de sus gustos personales? — Sí, supongo que sí. Pero siempre es posible distinguir que algunas cosas son basura y otras no. Es evidente que puedo decir que Gibbon no lo es. Dijo una cosa muy graciosa acerca de los libros. Cuando los árabes tomaron Alejandría usaron los libros como combustible para los baños y Gibbon opinaba que probablemente fueran más útiles empleados así que cuando servían como lectura. —Tal vez ésa sea la fecha de nacimiento del arte autodestructivo. ¿Es verdad que mutiló usted imágenes en libros de bibliotecas? —Sí, hice cosas como pegar la foto de una mujer desnuda en un libro, sobre la foto del autor que, según creo recordar, era lady Lewisham. Hice otras cosas, cosas muy extrañas. Conseguí la biografía de sir Bernard Spilsbury y había una ilustración que rezaba: "Los restos descubiertos en el sótano del número 23 de Rosedown Road". Sobre la ilustración, que era muy lóbrega y sólo mostraba un montón de tierra, pegué el retrato de David de Marat muerto en su bañera. Era en blanco y negro. Dejé el texto original debajo, de modo que realmente parecía que aquella imagen se correspondía con "Los restos descubiertos en el sótano del número 23 de Rosedown Road". La imagen del cadáver en la bañera tuvo mucho efecto sobre la gente que abría el libro. Incluí falsos textos encomiásticos en los libros de Gollancz, porque descubrí que tenían solapas amarillas en blanco y solía escribirlos en ellas. Eran textos levemente obscenos. Incluso en el juicio afirmaron que sólo eran levemente obscenos. Cuando volvía a poner la cubierta de plástico sobre la sobrecubierta, no había forma de darse cuenta de que no estaban impresos. Solía quedarme por los rincones después de volver a meter los libros a hurtadillas en la biblioteca para ver a la gente leerlos. Era muy divertido, muy interesante. Había una biografía de Sybil Thorndike en la que aparecía una imagen de ella encerrada en una celda haciendo de la enfermera Edith Cavell. Recorté el texto de otra foto y lo pegué debajo, con lo que se podía leer: "Durante la guerra me hicieron muchas solicitudes extrañas". Una de las cosas interesantes del juicio fue que lo que mayor escándalo produjo, aquello por lo que creo que me enviaron a prisión, fue que había pegado la cara de un mono en medio de una rosa en la cubierta de algo que se llamaba Collins Book of Roses. Era una rosa amarilla preciosa. Lo que había hecho fue considerado la mayor de las iniquidades, por la que probablemente

*deberían haberme azotado. Ya no hacen eso nunca, así que me mandaron seis meses a la cárcel. —¿Ha sido la única vez que alguien ha acabado en la cárcel por mutilar los libros de una biblioteca? —Eso creo, aunque ha habido mucho de eso en todo el país. —¿Qué edad tiene? —Treinta y tres años. —¿Cuáles fueron sus comienzos? —Fui al colegio, nada especial. Abandoné los estudios a los dieciséis y entré a trabajar en una oficina. Trabajé en varias cosas porque no hacían más que despedirme. Cuando tenía dieciocho años fui a la RADA (Royal Actors and Directors Academy), donde pasé un par de años. Luego me dediqué a la representación. No me pareció gran cosa, ni siquiera por aquel entonces. Hace poco me encontré con alguien que me había conocido entonces y me dijo que no hacía más que quejarme, incluso en aquella época, de lo terrible que era el teatro. Esto fue en 1953. Lo dejé al cabo de cuatro meses. Después volví a Londres y no hice nada. Conseguí algunos trabajos... Conseguí uno en Cadbury's descargando cosas en el almacén. Y solía escribir. Por aquel entonces escribía novelas. Por supuesto, antes de 1956 resultaba muy difícil saber lo que se podía escribir en una obra teatral. Después empecé a escribir obras de teatro y novelas. Ninguna de las novelas tuvo éxito y ninguna de las obras teatrales fue estrenada. Estaba realmente ocupado con la historia de los libros en las bibliotecas. Solía ser un trabajo a tiempo completo. Llegaba a casa cargado de libros que había pedido prestados en bibliotecas o que había robado y luego solía volver con ellos un par de veces al día. Después de salir de la cárcel escribí *The Ruffian*, que fue aceptada por la BBC, aunque no la emitieron hasta después del estreno de *El realquilado*. —¿Está escribiendo alguna obra nueva? —Acabo de terminar una obra en un acto. Ahora me estoy tomando un descanso, poniéndome al día en mis lecturas. —¿Le dan sus obras para vivir? —¡Oh, sí! Vivía de la beneficencia cuando se estrenó *El realquilado*. Iban a enviarme a un centro de rehabilitación y les dije: "Miren, va a estrenarse una obra mía". Y ellos dijeron: "Está bien, le daremos unos meses de margen". Cuando se estrenó *El realquilado* recibí una nota que decía: "Por lo que vemos, su obra está en cartel, así que suponemos que ya no querrá recibir ayuda". Aquello era una bobada, porque sólo había recibido un adelanto de 100 libras. El caso es que la obra funcionó tan bien que no tuve que trabajar en ninguna otra cosa o recurrir a la National Assistance. De todos modos no podía trabajar en ninguna otra cosa. Era bastante inútil para todo menos para escribir. Me lleva mucho tiempo escribir una obra de teatro. La obra en un acto que acabo de terminar a mediados de noviembre la empecé en julio. No me sale directamente de la cabeza como podría parecer. He hecho unas cinco versiones. Lo que suelo hacer es cortar, porque en mi opinión cortar es*

fundamental. Sería posible mejorar enormemente muchas obras de teatro cortándolas, sólo que no hay nada que cortar. Si no tienes una historia y una trama no se puede cortar. Hago todo eso yo mismo, luego pulo el resultado y normalmente reescribo algunas cosas.

LESTER PIGGOTT

Entrevistado por Kenneth Harris (The Observer, 7 de junio de 1970)

El jockey y entrenador Lester Keith Piggott nació en 1935 en el seno de una familia de jinetes y se casó con la hija de un entrenador. Ha sido campeón en once ocasiones, incluida una racha ininterrumpida de triunfos desde 1964 hasta 1971. A todo lo largo de su carrera ha cabalgado regularmente más de cien caballos ganadores al año. Ha ganado el Derby nueve veces, ocho el St. Leger, seis el Oaks, cuatro el premio de las 2.000 guineas y dos el de las 1.000 guineas. También ha corrido en Francia y ha conseguido tres veces el Prix de l'Arc de Triomphe. Fue condenado y encarcelado por evasión fiscal en 1987. Ganó el Derby por primera vez a los diecinueve años de edad y cuando se celebró esta entrevista tenía treinta y cinco años. Kenneth Harris celebró varias conversaciones con él en su casa de Newmarket, a veces antes y a veces después de las carreras. "El día más memorable fue aquel en que llevó a Nijinsky al éxito en el premio de las 2.000 guineas en 1970". Kenneth Harris (n. 1919) estudió en la High School for Boys de Trowbridge en Wiltshire, y en el Wadham College de Oxford, donde cursó Historia. Tras la II Guerra Mundial viajó a Washington como miembro del equipo de debates de Oxford, junto con Anthony Wedgwood-Benn (posteriormente Tony Benn) y Edward Boyle (posteriormente lord Boyle). Se incorporó a The Observer como corresponsal en Washington y se le pidió que "hiciera cosillas sueltas para la radio y la televisión". En 1953 regresó al Reino Unido y empezó a realizar entrevistas para la BBC y la ITV lo que, en su opinión, constituyó una buena preparación para sus posteriores entrevistas en prensa. Su primera entrevista impresa fue la que le hizo al filósofo Bertrand Russell. Visitó a Russell dos días, no tomó ni una sola nota y posteriormente plasmó en 5.000 palabras las declaraciones bajo un formato de preguntas y respuestas. Tras leer el manuscrito, Russell hizo cinco correcciones menores y aceptó que la entrevista fuera publicada postumamente porque se sentía en deuda con David Astor, que había hecho pública su opinión sobre la bomba atómica. Cuando tenía alrededor de ocho años de edad, Harris empezó a mostrar una especial aptitud para memorizar lo que había leído. Era un don inconsciente, según afirma hoy en día. Recuerda que más tarde, en el colegio, se le daba bien un ejercicio de clase llamado "Leer y contar". Tras su encuentro con Russell realizó muchas entrevistas en

profundidad para The Observer. Su técnica era prácticamente la misma en todas las ocasiones. Al principio no usaba nunca magnetófono ni tomaba notas. Después de la entrevista "iba al cuarto de baño o al piso de arriba de un autobús y lo escribía todo desde el principio, sin hacer la menor pausa para recordar algo. En ocasiones tenía que esperar un día y a menudo me despertaba y recordaba cosas en plena noche. Intentaba que todo fuera lo más espontáneo posible". El resultado era siempre remitido al entrevistado para su aprobación. Entrevistó al arzobispo de Canterbury, doctor Geoffrey Fisher, en dos sesiones de dos horas y posteriormente escribió un artículo de 8.000 palabras. Cuando Fisher lo vio se quedó muy impresionado por la asombrosa memoria de Harris, especialmente dado que en la entrevista se habían abordado algunas cuestiones teológicas un tanto abstrusas. Fisher escribió a Astor sugiriéndole que aquel hombre, Harris, debía de ser el demonio para tener tan prodigiosa memoria. Más adelante, Harris empezó a grabar las conversaciones y él mismo supone que hoy tendría problemas para reproducir de memoria varios miles de palabras. Aparte de tener una memoria poderosa, Harris adopta lo que llama el enfoque del "tonto del pueblo". "Mi ignorancia, y no mi sabiduría, es la clave de mi éxito como entrevistador. Soy ingenuo, curioso, pero no tengo grandes conocimientos".

—Bien, Mr. Piggot, hay quien dice que es usted el mejor jinete en activo en nuestros días, otros sostienen que es el mejor de nuestra generación y otros que es el más grande de la historia. ¿Cómo llegó a convertirse en jockey?

—Es cosa de familia. —¿Alguna vez quiso ser otra cosa? —No. —Si pudiera volver a empezar, ¿querría ser jockey de nuevo? —Sí. —Suponga que vuelve a nacer y que tiene que dedicarse a una profesión diferente, ¿cuál elegiría? —Las carreras de coches. —¿Por qué? —Por la emoción. —Me recuerda usted al difunto lord Attiee, Mr. Piggott: responde usted a las preguntas como si estuviera rellenando el formulario para sacarse el carné de conducir. Permítame que le plantee preguntas más generales y que intente obtener respuestas más amplias. Si levanto la mano así, ¿le importaría entender que le estoy pidiendo, por así decirlo, que siga hablando? Por ejemplo: ¿qué tipo de emoción en especial es la que le atrae de las carreras de coches? —Ir todo lo deprisa que sea posible. Saber que si pierdo el control me estrello. Competir con otros. Triunfar. —¿Y ganar dinero? —La mayoría de nosotros lo haríamos con o sin dinero. Algunos de los grandes entrenadores son gente muy rica. No tienen que hacer nada por dinero, pero trabajan como si estuvieran arruinados. Me dedicaría a montar aunque tuviera que pagar por hacerlo. Es mi vida. No conozco otra. "Me busco bien la vida fuera de las carreras. Conozco gente que vivía para los caballos a la que no le ha ido tan bien. Correr les ha salido muy caro.

No es un juego en el que uno se meta, como los propietarios, para sacar dinero. Conoce uno a demasiada gente que ha salido perdiendo como para creer eso. Me encanta, pero me busco bien la vida friera. E intento ganar todo lo que puedo. "Algún día dejaré de ser jóquey y me haré entrenador. Pero aunque no tuviera pensado hacerlo, montaría todo lo posible. Se lleva en la sangre. No se puede evitar. Es una forma de vivir, un ritmo, algo que llena los días. No sabría qué hacer si dejara de montar. Nunca me apetece tomarme unas vacaciones. De vez en cuando me siento algo cansado y dejo de correr unos días. No me apetece más. Toda la diversión que busco está en el juego. —Dice usted que su vocación es cosa de familia. ¿Podría hablarme de su familia? ¿Tuvo usted una infancia feliz? —Provengo de una familia relacionada con las carreras por ambas partes. Mi madre es una Rickaby. Mi tío ganó el premio de las 1.000 guineas cuatro veces; yo sólo lo he ganado este año. Empezaba a preguntarme si lo conseguiría alguna vez. "Es gracioso cómo se te resisten algunas carreras. Gordon Richards no ganó el Derby hasta que cumplió cuarenta y nueve: el año antes de retirarse. El padre de mi padre era jóquey. Saltaba. Ganó el Grand National tres veces. Creo que eso es más difícil que ganar el Derby tres veces. Mi padre era un jóquey especializado en salto y luego se hizo entrenador. "Sí, tuve una infancia feliz. Aunque no me gustaba estudiar. Nací cerca de Wantage y fui al colegio St. Alfred. Era lento con las lecciones: un retrasado. Decían que mis reacciones eran lentas. Creo que habría sido más rápido si hubiera entendido para qué servía todo aquello. Sólo quería volver con los caballos. Llevaba montando desde los cuatro años. Sólo había dos cosas que entendiera fuera de la familia: los caballos y las carreras. En realidad, no sabía para qué servía el colegio. Sólo sabía que tenía que asistir a él. "Además, estaba sordo de un oído. No me habría gustado ser mi profesor. Ahora no estoy tan sordo. Leo los labios y me fijo en la cara de la gente. Es más expresiva que la de los caballos, pero no tan digna de confianza. Pero incluso ahora, si alguien dice algo cuando no le estoy mirando, puede que no lo oiga. Así que a veces piensan que soy un grosero. En ocasiones creen que no estoy de acuerdo cuando lo estoy. O que estoy de acuerdo cuando no lo estoy, lo que es aún peor. "Nadie sabe cómo me quedé sordo. Y nadie pudo hacer nada por remediarlo. Pero ahora lo llevo mejor que cuando era pequeño. Al ser sordo vives un poco por tu cuenta. Te vuelves algo tímido. Pero tenía su lado bueno: te dedicabas a tus cosas, las hacías a tu manera y no dependías de las alabanzas ni de los reproches porque la mitad de las veces ni siquiera los oías. "Me preguntaba usted por mis padres. Los dos siguen vivos. Mi padre me enseñó todo lo que sé sobre las carreras. No es como yo. Él es sosegado, disfruta de la vida, se

entrega mucho. Pero por lo que se refiere a montar, o a estar con caballos, yo fui su pupilo, no su hijo. Eso sí, nunca habría hecho por un pupilo lo que hizo por su hijo. "Era un entrenador poco importante. Tenía sólo unos cuantos caballos, así que podía vigilar a todos y controlar lo que pasaba. Si me relajaba sobre la silla o llevaba las manos demasiado altas, o si dejaba que el caballo fuera demasiado deprisa, lo veía y se me echaba encima. Nunca me dijo que fuera bueno. No lo creía. Era un cómitre riguroso. Creo que es como hay que ser. Yo sabía que él sabía lo que hacía. Intentaba darle gusto porque no me cabía duda de que sabía lo que hacía. Quería ser bueno y estaba dispuesto a aguantar lo que fuera. "Sigue siendo igual. Un año, después de haber ganado 200 carreras, fui a verle y le dije: 'He ganado 200 carreras este año'. Él me respondió: '¿Qué hay de las que deberías haber ganado?'. —¿Ha influido algún jockey en su modo de montar? —No, cuando uno mide lo que yo (1,70) tiene que dar con su propio método. La mayoría de los jinetes son hombres pequeños. No había ningún modelo para la gente de mi estatura cuando yo empecé. Gordon Richards era pequeño incluso para ser un jockey: podía dar 52 kilos sin esfuerzo. "Ser alto y grande tiene una ventaja: creo que es mi principal punto fuerte. Los caballos responden a un buen peso en el lomo. Me refiero a peso vivo, no muerto, como el plomo bajo la silla, para llegar a la escala apropiada. Cuando un jinete grande se le sube encima, el caballo suele sentir... bueno, su autoridad. No siempre es así. Hay un gran corredor norteamericano, Shoemaker, y sólo pesa 45 kilos. Y está Gordon Richards, a quien ya he mencionado, que pesa unos 52. Si tienes las piernas largas, te comunicas mejor con el caballo: le aprietas con las rodillas, le controlas mejor, le demuestras que estás ahí. "Luego están las desventajas: tengo que ganarme la vida trabajando con un peso que está 20 kilos por debajo del que me correspondería. Alguna gente ha exagerado mi modo de vida. No me muero de hambre, ni me alimento a base de cigarros y el Financial Times ni voy a las carreras embutido en un traje de goma, pero no puedo comer y beber tanto como quisiera. "Si ando por los cincuenta y tres kilos y medio, me tomo un huevo cocido y una tostada para desayunar. Si tengo que llegar a los cincuenta y dos ese día, prescindo del huevo. Me tomo un sándwich en los vestuarios cuando termino de montar y siempre como algo por las noches. En realidad se pierde el hábito de comer. Hasta cierto punto, cuanto menos comes, menos te apetece. "Me preguntaba usted por las influencias. Susan me influye mucho. Es casi como mi preparador. Es hija de un entrenador y monta bien. Si no consigo entender a alguien en una llamada a larga distancia, habla Susan. A veces me convence de que haga cosas que no quiero hacer. Como esta entrevista, porque dice que me

vendrá bien hacer algo que normalmente no hago. Y mis dos hijas me influyen, ya sabe, Maureen y Tracy. Si me pongo serio, seguro que alguna de ellas dice algo que me hace reír. "Me pregunta si me han influido otros jóqueis. Las carreras cambian con los años. Aunque no mucho: siempre va uno a horcajadas sobre un caballo, pero las cosas cambian. Por ejemplo, en las primeras 440 yardas se va ahora mucho más deprisa que hace quince años. No sirve de nada tomar como modelo a los predecesores. "Otra desventaja de ser grande es el estilo. El estilo es la apariencia. Si uno es pequeño no importa demasiado, no tiene mucho que ver. Y las piernas no ocupan tanto espacio. Si uno es grande, se le ve mejor, y se ve menos al caballo. "A mí me resulta difícil tener buen aspecto porque me gusta montar con los estribos cortos. La gente me pregunta por qué monto con el trasero en pompa. Bueno, en alguna parte tengo que ponerlo. —Una de las cosas que se dicen de usted es que es un jockey tremendamente "fuerte". ¿Qué quiere decir "fuerte"? ¿El tipo de fuerza que dobla barras de hierro? —Verá, hace falta fuerza muscular para sujetar a un caballo que tasca la brida, un caballo grande y suelto, de camino a la meta. Y si un caballo es grande, ancho y perezoso, y hay que espolearlo y obligarlo a correr, un jockey pequeño y ligero no puede hacerlo demasiado bien. Pero cuando se dice que un jinete es "fuerte", o que es capaz de correr una final fuerte, se alude a algo diferente. Depende mucho del equilibrio del caballo. Si pierde el equilibrio, pierde velocidad y dirección, y eso puede costarle la carrera. Pierde su puesto o le adelantan en los últimos cincuenta metros de la carrera. Parte de la tarea de un jockey es hacer que el caballo corra equilibrado y mantenerle así. Eso significa que uno tiene que mantener también el equilibrio continuamente para adaptarse al caballo. "El caballo tiene el centro de gravedad inmediatamente detrás de la cruz. El jockey también tiene el suyo, pero él puede desplazarlo y el caballo no. A cada trancada el centro de gravedad del caballo cambia de posición en relación con el de jockey. Mantener el equilibrio del caballo significa mantener el propio, tranco a tranco, segundo a segundo, para que se corresponda con el del caballo. "La fuerza interviene a la hora de hacer esto sin andar tambaleándose continuamente sobre la silla. Hace falta mucho control muscular, hay que mantenerse tan inmóvil como sea posible al realizar los movimientos apropiados. Cuanto más control tenga uno sobre su cuerpo, menos movimientos tiene que hacer, pero mayor es el esfuerzo muscular: cuesta más esfuerzo mantenerse inmóvil sobre una sola pierna que caminar calle abajo. No, no se trata de la fuerza que dobla barras de hierro. Es la fuerza del acróbata sobre el alambre. O la de un malabarista. "En la llegada de la carrera, además de mantener equilibrado al caballo, hay que

hacer cosas con él. Hay que animar al caballo, avanzar las manos cuando echa la cabeza hacia adelante, apretarle los costados con las rodillas, espolearle con los talones, blandir la fusta, puede que incluso azotarle con ella, y todo esto sin desequilibrarlo, lo que quiere decir que hay que hacerlo sin dar tumbos sobre la silla. "En una llegada apretada, puede dar la impresión de que el jockey no hace más que echar las manos hacia adelante. Eso es todo lo que se ve, pero el caballo está echando el resto mientras sigue corriendo derecho hacia la meta. En ese mismo final, un jockey más "débil" se mueve sobre la silla y el caballo va perdiendo el equilibrio. Mantener el equilibrio del caballo en esos últimos cien metros y hacer que eche el resto puede agotar a cualquier jockey. Ha de tener mucho que dar. "El peso y la estatura entran otra vez en juego. Si un jockey es fuerte, y si es bueno, creo que el peso vivo es mejor que el peso muerto. Si todo el peso que carga el caballo es peso vivo, y si el jockey es capaz de ponerlo donde debe en cada momento, el caballo corre más libremente de lo que puede hacerlo si parte del peso se encuentra en un sitio fijo, en una bolsa o sobre su lomo. —¿Qué otros atributos debe tener un jockey? —Un jockey tiene que conseguir que los caballos quieran correr por él. A veces un caballo y un jockey no congenian. "Además, hay que tener capacidad de juicio: ¿cabré o no por ese hueco?, ¿llevo un ritmo demasiado lento?, ¿es suficientemente lento como para, si consigo cuatro cuerpos de ventaja a 880 yardas del final, poder aguantar el tirón y ganar por una cabeza? Y hay que estudiar, averiguar todo lo que se pueda sobre los otros caballos, para ser capaz de adivinar lo que puede hacer el que llevas delante. "A veces se puede preparar una táctica por adelantado, pero en ocasiones hay que cambiarla. Hay otras en que no funciona. Uno debe pensar en la carrera continuamente. No sirve de nada planificarla en el momento de subirse al caballo. Es una de las ventajas de no hablar mucho: tengo tiempo para leer sobre carreras, para escuchar y para pensar. — ¿Cuáles son para usted los entrenadores y jockeys más destacados? —Es difícil comparar a los entrenadores actuales con los del pasado. Me pregunto si algunos de los viejos serían capaces de aguantar la marcha de hoy en día. Y todo el papeleo, las horas de descanso para los chicos impuestas por los sindicatos, las carreras en el extranjero, los elevados costes. El trabajo de entrenador solía ser cosa de caballeros. Ahora hay que ser también un hombre de negocios y un diplomático. "Mantener un caballo en buena forma sale muy caro. Algunos propietarios sólo quieren beneficios inmediatos. El entrenador necesita tener carácter para enfrentarse a ellos y decirles: 'Su caballo no está preparado aún', o 'No es tan bueno como usted cree'. "Me preguntaba usted por otros jockeys. Es

difícil comparar a los británicos. Tienen edades diferentes y cosas así. En el extranjero, yo diría que el mejor es Yves St.-Martin. Se supone que somos grandes enemigos. Se cuenta que en una ocasión me tiró por tierra. Pero usted estuvo comiendo en mi casa el día del premio de las 2.000 guineas, Mr. Harris: ¿quiénes eran los otros tres invitados? —Mick Bartholomew, Freddie Head e Yves St.-Martin. Dice usted que St.-Martin es bueno. ¿Qué es lo que le hace serlo? —Hace lo correcto en el momento correcto. Parece una perogrullada, pero de eso es de lo que se trata en realidad: de conseguir que el caballo haga lo correcto en todo momento, de saber qué es lo que está pasando. —¿Qué opina usted de algunas de las pistas en las que ha cabalgado? —York es la mejor; Newmarket es la más fácil para correr. Es recta, pero es la más dura para los caballos; no hay curvas para darles un respiro. Sandown es la que tiene mejor visibilidad y es una buena prueba para un caballo: algunas curvas y una llegada dura y en pendiente. Las pistas más difíciles para correr son Ascot y Epsom. Ascot tiene una acometida final muy corta, lo que significa que hay que tener un caballo capaz de mantenerse con los de cabeza. No es fácil llegar desde atrás y ganar en Ascot. "Epsom es una pista enormemente difícil. Hay una curva en la pista muy al principio, más un bulto que una curva, de modo que hay que ir deprisa para conseguir un puesto adelantado antes de llegar a ella o los caballos que se cierran desde la derecha te cortan el paso y te encierran. Luego hay que bajar la colina hasta Tattenham Córner. Sólo eso constituye ya una carrera por derecho propio. No hay nada igual en ninguna otra parte del mundo. Luego viene Tattenham Córner en sí, donde los caballos casi se caen los unos sobre los otros mientras intentan tomar la curva a la vez. Después llega la recta, donde el suelo tiene una pendiente muy acentuada hacia la barrera. Hace falta un buen caballo para llegar al final en Epsom. "El Derby tiene otro problema: es un acontecimiento social importante. Muchos de los propietarios quieren estar representados aunque eso signifique acudir con un mal caballo. A menudo se ponen en cabeza al llegar a la cresta de la colina que baja hacia el Córner y luego empiezan a correr de vuelta hacia ti. La mitad de los caballos presentados algunos años que he corrido yo el Derby no deberían haber participado en la carrera. Eso es lo bueno de competiciones como la internacional de Laurel Park: todos los participantes tienen que haber sido invitados. "Pero, en cierto modo, Longchamp, en París, es la pista más difícil que conozco. No existe ninguna teoría aplicable para recorrerla. No es por el terreno, porque es llana. Ni por las curvas; sólo hay una. La milla y media, el equivalente del recorrido del Derby, tiene forma de U alargada. Durante las primeras yardas en el Are, se corre muy deprisa, así que hace falta un caballo capaz

de aguantarlo. "En Ascot hay que ir bastante en cabeza para tener alguna oportunidad. Lo mismo suele ocurrir en el caso de Epsom. Y en Sandown. Pero en Longchamp pueden ser los últimos en llegar a la recta los que ganen. Pueden venir de cualquier pase. No hay ninguna receta para correr esa pista. —Desde luego usted corrió perfectamente la pista del Derby con Nijinsky. —Sólo vales lo que tu última carrera. He perdido algunas desde la de Nijinsky. —¿Qué caballos recuerda de forma especial cuando vuelve la vista atrás? —Están los que recuerdas por lo que te pasó al montarlos y los que recuerdas por sí mismos. Cuando era más joven solía recordar más lo que había pasado que al caballo. Eso ocurrió en mi primera victoria cuando tenía doce años y el Derby cuando tenía dieciocho. Según te vas haciendo mayor recuerdas más a los caballos. "Cuando era un muchacho solía pensar en ganar. Corría contra los mejores jóqueis, todos ellos mayores que yo. Algunos me doblaban la edad, otros eran aún mayores. Tenía que competir en igualdad de condiciones. Ahora me interesan cada vez más los caballos, su carácter. En parte es cuestión de edad. El tener hijos y verles crecer hace que te intereses más en las personas y la personalidad. Es difícil echar la vista atrás y comparar caballos. Mi memoria no da para tanto. El último gran caballo que uno ha montado es más fácil de recordar que el primero. Yo monto seiscientos caballos al año y, desde que voy por libre, monto muchos caballos de primera en Francia, Alemania e Italia. Hacer comparaciones sería injusto para con el caballo. "Crepello era un gran caballo. Ganó el premio de las 2.000 guineas y el Derby. Ganó el Derby por la cara. Hizo lo que yo quería. No tuve que pedirle nada. "Sir Ivor, en 1968, fue un gran caballo. Tenía buen carácter, era amable, fácil de montar si sabía qué esperaba de él. No ganó el Eclipse, cosa que debía haber hecho; habría ganado a Royal Palace en esa distancia (una milla y cuarto), pero acababa de correr el Derby de Irlanda y la carrera fue muy dura. Cuando le llegó el momento de acelerar, no pudo hacerlo. No pudo dar lo mejor de sí mismo. "Park Top es una gran yegua. Tiene mucho carácter. Sabe lo que tiene que hacer y le encanta hacerlo. Cuando la monto, vuelve una oreja hacia mí como diciendo: "Está bien, vamos a ello". Se dirige hasta la salida con toda calma; no tira, no suda, sabe de qué va aquello. Entra en el cajón como si fuera a misa y sale de él como alma que lleva el diablo. Sabe más de carreras que yo. "Aunque sólo sea por eso, hay que interesarse por el carácter del caballo si quiere uno cabalgar ganadores. Hay que saber lo que pueden hacer y cómo quieren hacerlo. "¿Conoce usted esos caballos Ribot? Engelhard ha corrido con muchos de ellos. En algunos casos hay que dejarles a su aire en los primeros momentos de la carrera, aunque pierdan terreno. Después, cuando

notas que se han asentado, puedes empezar a trabajar con ellos. No es que sean caballos deshonestos, es que les gusta hacer las cosas a su modo. No les puedes presionar. Sabes que si no les dejas hacerlo a su manera al principio se negarán a hacerlo en absoluto. "La gente que ve las carreras desde la grada no siempre aprecia estas cosas. Te ven sentado inmóvil sobre el caballo a mitad de la carrera, como si no estuvieras haciendo nada, y perdiendo terreno. Se preguntan qué demonios crees que estás haciendo. Entonces el caballo se centra y empieza a correr. Le das marcha, pierde por una cabeza y la gente dice: 'Si le hubiera presionado un poco a mitad de la carrera, habría ganado por un cuerpo'. Y suelen añadir algunos comentarios desagradables. Pero no puede uno pasarse el tiempo explicando estas cosas: no tendría tiempo para correr. "Mire el caso de Ribocco. Era lo suficientemente bueno como para terminar tercero en el Arc de Triomphe en 1967, pero se negaba a ir suficientemente deprisa durante las primeras 1.320 yardas como para conservar la posición. Cuando empezó a dejarme que le ayudara tenía una muralla de caballos delante de él, pero en la llegada literalmente volaba. Sólo nos batieron por un par de cabezas. —¿Cree que en este país tenemos algo que aprender de las carreras en el extranjero? —No creo que puedan enseñarle gran cosa a nuestros criadores, nuestros entrenadores o nuestros jockeys. Nos va bastante bien allá adonde vamos. Hay entrenadores y jockeys británicos que ganan buena parte de las grandes carreras en el extranjero. Ganamos carreras a veces en Alemania, Francia, Italia. La organización parece mejor en algunos lugares. Las gradas, los vestuarios, las cafeterías, los restaurantes y las instalaciones son bastante buenas fuera, mejores que algunas de las nuestras. Pero Ascot, Newmarket, Redcar y York son difíciles de batir. "La mayoría de los países con carreras importantes tienen quinielas hípicas. Nosotros también tenemos corredores de apuestas. Con todo, no sé si tendríamos que tener un monopolio. El público no parece desearlo. Y luego están las carreras dominicales. Son muy populares en Francia, Alemania e Italia, pero no sé si funcionarían aquí. Hay que tener un día libre para los establos. "En realidad no sé hasta qué punto podríamos hacer aquí lo que se hace en el extranjero. Un jockey sólo obtiene una visión parcial del conjunto, pero creo que habría que invertir más dinero. En las carreras circula mucho dinero, especialmente en forma de apuestas. Hoy en día existe un impuesto muy fuerte. Creo que el Gobierno debería reinvertir más dinero en las carreras. El importe de los premios aquí no es nada comparado, por ejemplo, con el que se ofrece en Francia. Allí puede ser hasta cuatro veces mayor. "Es el pequeño entrenador el que se ve afectado. Para él es más difícil que nunca seguir adelante en este país. Y él es la

espinas dorsales de las carreras hípcas. Puede que tenga prejuicios al respecto por ser hijo de un pequeño entrenador. —¿Qué hay de la vertiente de la vida pública en el mundo de las carreras? —Bueno, no hay mucho tiempo para hacer gran cosa aparte de correr, porque participar en una carrera ocupa todo el día entre vifyes, llamadas telefónicas y todo eso, "Soy vicepresidente de la Asociación de jóqueys y hago todo lo que puedo por ella. Creo que es una cosa estupenda y que hace mucho bien. Es una especie de sociedad de servicios para jóqueys. La idea es, en parte, ayudarnos los unos a los otros y servir de enlace con las autoridades británicas sobre cualquier problema que pueda surgir, de modo que salga quien salga ganando o perdiendo en cada caso, la hípica británica en su conjunto gana siempre. —¿Hasta qué punto cree que la disciplina de mantener su peso a un nivel tan antinatural afecta, tal vez negativamente, a su personalidad natural? —No creo que la afecte mucho. No creo que fuera muy diferente de lo que soy si no tuviera que mantenerme delgado. Pero es difícil saberlo. En cuanto crecí tuve que empezar a vigilar mi peso muy de cerca y llevo haciéndolo desde entonces. Así que no sé si sería diferente en caso de que empezara a vivir normalmente. "No comer deprime a mucha gente. Eso depende del modo en que estás hecho. Se dice que Fred Archer se suicidó porque tener que vigilar su peso le afectó al cerebro. Le deprimió tanto que no pudo seguir viviendo. "Yo tengo suerte porque... bueno, se podría decir que soy bastante tranquilo y mesurado por naturaleza. Nunca he sido amigo de parrandas. Alguna gente trabaja para ganar el dinero suficiente para divertirse. Yo con lo que más disfruto es con mi trabajo. Si a uno le gusta correr más que ninguna otra cosa resulta más fácil prescindir de cosas. Es más sencillo respetar el régimen sin saltárselo a la torera, y cuanto más seriamente lo sigas más fácil es vivir con él. "Cuando me preguntó por las carreras de coches le dije que me gusta competir, que me gustaba participar y ganar. Ganar no es fundamental, es querer ganar lo que es importante, la competición. Es más competir que ganar. No sé si me explico. "Mantener el peso es una forma de competir. Compites contigo mismo. Al cabo de un tiempo se convierte en un hábito y te sumerges en una larga competición contigo mismo. Y sólo consigues ganar si te empeñas en ganar continuamente. "Si me subiera a la báscula una mañana con la idea de pesar 52,60 kilos y pesara 53,50, aunque no tuviera la obligación de montar con un peso de 52,60 kilos haría lo necesario para perder esos dos kilos. Hay que lograr lo que uno se ha propuesto. Si no, empiezas a estar derrotado. Los demás empiezan a derrotarte cuando empiezas a derrotarte a ti mismo. —¿No desarrolla usted una sensación de resentimiento por tener que someterse a un régimen, un

resentimiento que ocasionalmente le produce una explosión de mal humor?
—*No, no siento nada parecido porque eso es lo que quiero. Y la vida que llevo es muy buena para mí. No creo tener mal carácter. Creo que soy muy paciente. En ocasiones se publica que le he dicho a alguien que... bueno, que se vaya a tomar viento, pero eso no se debe nunca a que esté hambriento, se debe a que estoy enfadado. "De vez en cuando recibo críticas injustas, se malinterpretan mis palabras. La gente afirma que he dicho algo que no he dicho. Tengo que aguantar tanto de eso como la mayor parte de la gente y a veces me niego. Por ejemplo, corrí una carrera con Sir Ivor en Washington DC hace dos años y la gané. Pero algunos periodistas, sólo algunos, criticaron mi forma de montar. Fue injusto, ni siquiera estaban al tanto de todos los datos. Bueno, pues cuando monté a Karabas el año pasado y gané, querían hablar conmigo. Pero yo no quería hablar con ellos. Y además se lo dije. Y no les hizo ninguna gracia. Eso lo comprendí. El año anterior ellos no me hicieron ninguna gracia a mí. "Vivo y trabajo en un mundo duro. Puedo ser una persona decente pesando 52,60 kilos, pero no sería un santo ni siquiera pesando 65. —*
Mencionó usted que le gustaría hacerse entrenador cuando abandonara la monta. ¿Son buenos entrenadores los jóqueis? La impresión más generalizada es que no. ¿Qué clase de entrenador cree usted que será? —
Bueno, no han tenido muchas ocasiones de probar suerte. Ya he dicho que solía ser un trabajo para caballeros. Los jóqueys suelen ser de extracción modesta. Los entrenadores suelen proceder de familias acomodadas. Y algunos jóqueis se hicieron entrenadores y fracasaron, eso es cierto. Pero ahí está también el caso de sir Jack Jarvis, que murió el año pasado. Había sido jockey y fue un gran entrenador. Hoy están sir Gordon Richards, Harry Wragg y Doug Smith, por ejemplo. "¿Que qué clase de entrenador seré? Es como preguntar si Nijinsky podría soportar el Derby. Se puede hablar de ello, pero habrá que esperar y ver. Tendré la paciencia necesaria. Y tendré el temperamento necesario también. Algunos entrenadores son muy temperamentales. Es una gran responsabilidad. Está uno rodeado de propietarios, administradores, público y prensa. He sufrido tantos altibajos en la vida, tantas críticas y tantos comentarios negativos que supongo que podré aguantar lo que se me venga encima como entrenador. "Una ventaja que tengo es que puedo montar los caballos en persona. Ésa es una de las principales cosas que puede hacer un jockey por un entrenador: montar el caballo con el que está trabajando y decirle cómo es, si va mejorando (o si su preparación va para atrás), especialmente al comienzo de la temporada, cuando quiere saber si el caballo ha mejorado desde la temporada anterior y, en caso de que así sea, cuántas libras. Como sabe, se mide la capacidad

de los caballos en libras: un caballo que ha mejorado seis libras desde la última vez podría superarse a sí mismo por dos cuerpos en comparación con la última vez. No sé si me entiende. "Bien, muchos jóqueys son capaces de calcular muy bien el estado de los caballos, pero unos son mejores que otros, e incluso con los mejores, no hay nada como montar el caballo uno mismo cuando se es entrenador. Y Susan estaría conmigo. Ya le he dicho que es hija de un entrenador. Preferiría eso a verme dando tumbos todo el día. Ella misma sería capaz de entrenar caballos. Lo haría tan bien como algunos hombres que conozco. —¿Le importaría aclararme algunos detalles? Es pura curiosidad por mi parte. Cuando participa en una carrera, ¿quién pone los colores? Me refiero a las camisetas. —El propietario es quien las paga. Normalmente, suministran dos o tres tallas. Te las entrega en mano un asistente. Suele atender a una docena de jóqueys por certamen. Su tarea es adelantarse hasta el lugar donde va uno a correr y asegurarse de que estén allí todos los arreos y el equipo. Si tengo que salir al extranjero durante el día, por ejemplo a París, tengo otro equipo completo que dejo allí permanentemente. —Por cierto, he visto que ha cortado el extremo de cuero de su fusta, con lo que está formado por dos tiras en vez de una. ¿Es para que haga más daño? —No, hace menos daño, pero hace más ruido. La fusta no le hace daño al caballo, a menos que le golpees en cierto lugar. Y en ese caso, en vez de alargar el paso lo acortaría. "Resulta difícil explicar el uso de la fusta a gente que nunca la ha utilizado. Hasta un purasangre tiene la piel muy dura. Y la fusta rara vez se usa como castigo. Se usa como estímulo. Si parece que el caballo está sufriendo, los administradores llaman la atención al jockey. —Ha mencionado usted los desplazamientos al extranjero. ¿Cómo reacciona usted ante los viajes? —Son un cambio. Te ponen las pilas. Especialmente cuando estás en plena forma, bajo de peso y sintiéndote ligeramente hambriento. Viajar, coger el avión, correr en una pista diferente es distraído. Ahí es donde está la ventaja de ir por libre. Puedes irte al extranjero cuando te hacen una oferta interesante. —¿Por qué algunos caballos llevan niuserolas de piel de cordero en vez de las normales de cuero? —Ya no se usan tanto como antes. Algunos caballos corren con la cabeza levantada, lo que les hace perder velocidad. Si les pones esa banda de lana debajo de los ojos tienen que bajar más la cabeza para ver por donde van. —Siempre me ha parecido usted un hombre extraordinariamente en forma y saludable. ¿Enferma alguna vez, de un catarro, por ejemplo? —Demasiado a menudo. Pero sigo montando y espero a que se me pase sin más. —Una última pregunta sobre detalles. Dígame: ¿por qué se suele decir que los caballos grandes no galopan cuesta

abajo o al tomar las curvas, que no son tan maniobrables como los pequeños? —Porque es verdad en términos generales. En primer lugar, puedes colar un caballo pequeño por un hueco por el que no cabría uno grande, un hueco entre dos caballos o junto a la verja. Eso es obvio, ¿no? Luego, debido a que tu tamaño y fuerza son mayores en relación con el caballo pequeño, puedes hacer que éste responda antes a lo que quieres que haga, acelerar o frenar, ir hacia acá o hacia allá. Es más fácil de guiar. Por otra parte, si un caballo es más grande de lo normal, lo más probable es que sus hechuras no sean tan proporcionadas como las de un caballo pequeño, que esté algo desequilibrado. Así que al bajar una cuesta o al tomar una curva, o si intentas apretarle mucho, tenderá a perder el equilibrio. —Dos últimas cuestiones: caballos y hombres. ¿Qué es lo que más le llama la atención de ellos cuando echa la vista atrás? —Un caballo tiene dos caras. En su estado natural, su velocidad es lo que le mantiene vivo; si hay peligro, corre. Pero vive en manada e incluso aunque salga huyendo del peligro, no le gusta ser el primero: le gusta ir en medio de la manada. En cierto sentido, en una carrera le devuelves a su estado natural y, en otro, le pides que haga algo distinto a lo que le pide su naturaleza. "Eso es lo que hace que todos los caballos de carreras resulten interesantes. Creo que es lo que les da carácter. Porque los caballos son muy interesantes. No hay dos iguales. Y por supuesto, la naturaleza enseñó a correr al caballo, no a ser montado. Así que existe una relación especial entre el caballo y el hombre que lleva a cuestas. —¿Y qué hay de la naturaleza humana? —Bueno, la gente no es igual cuando está sola que cuando está en medio de una multitud. Individualmente, las personas están bien, pero cuando forman parte de una multitud íes sucede algo. Sólo quieren estar en el lado ganador. "Si haces una carrera magnífica y pierdes por menos de una cabeza cuando estabas convencido de que con suerte podrías perder por tres cuerpos, no tiene nada de extraño que te abucheen. Metes la pata, te cierran, el caballo hace algo estúpido o tienes mala suerte, y ganas por menos de una cabeza cuando deberías haber ganado por tres cuerpos, y te aplauden. No es cómo montes, es que ganen o pierdan ellos. 'Yo también quiero ganar, pero no presto demasiada atención a si me aplauden o no. Creo que únicamente prestas atención si te importa lo que piensen de ti. Y eso sólo ocurre si está uno muy pendiente de sí mismo. Yo no lo estoy. Pienso en las carreras. No me dedico a pensar en cómo me ven los demás. Cabalgo lo mejor que sé y me da igual que me aplaudan o me abucheen. —¿Es por eso por lo que incluso cuando gana una gran carrera entra en la meta con una cara como de mármol? —Algo tiene que ver. — Pero he notado, muy ocasionalmente, que si acaba de ganar una carrera

realmente importante, como el Derby, aparece en su cara la sombra de una sonrisa al entrar en el recinto de los ganadores. ¿En qué piensa en esos momentos? —En lo que decía mi padre: "¿Qué hay de las veces que no has ganado?".

JOHN LENNON

Entrevistado por Jann S. Wenner (Rolling Stone, 21 de enero y 4 de febrero de 1971)

John Winston Lennon (1940-1980), músico, cantante y compositor, formó parte del influyente grupo The Beatles, creado en Liverpool en 1960. Los cuatro miembros del grupo recibieron la Orden del Imperio Británico en 1965, aunque Lennon rechazó posteriormente la condecoración como protesta contra la guerra de Vietnam. Los Beatles rodaron una serie de películas, la primera de las cuales fue A Hard Day's Night (¡Qué noche la de aquel día!, 1967) y numerosos discos, entre los que se encuentra el innovador Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band (1967). El grupo se disolvió en 1970 y Lennon, que se había casado hacía poco con la artista Yoko Ono, se trasladó a Estados Unidos. Allí continuó escribiendo y grabando canciones en compañía de Ono. Fue abatido a tiros en la puerta del edificio donde residía en Nueva York por un admirador perturbado que pensaba que había traicionado los valores que defendía en su etapa anterior. Jann Simón Wenner nació en Nueva York en 1946. Tras estudiar en la Universidad de California, fundó Rolling Stone, una publicación de periodicidad mensual dedicada a la cultura del rock and roll, con un desembolso inicial de 7.500 dólares. En la actualidad, sigue siendo el director de la revista, cuya tirada alcanza aproximadamente los 1,2 millones de ejemplares. En palabras del propio Wenner: "... 'Lennon Remembers', una entrevista de 30.000 palabras realizada en dos sesiones y publicada en 1971, sigue siendo el clásico de las entrevistas de Rolling Stone, además de ser un documento esencial en la historia del rock and roll. A lo largo de las dos sesiones, el líder de los Beatles habló abierta, clara y sinceramente, por vez primera, de lo que realmente habían sido The Beatles, de cómo habían desarrollado su trabajo y finalmente anunció la disolución del grupo". Esta versión condensada está tomada del número especial publicado por Rolling Stone con ocasión de su 25 aniversario (15 de octubre de 1992). —¿Eres los Beatles? —No, yo no soy los Beatles. Yo soy yo. Paul no es los Beatles. Brian Epstein no era los Beatles. Tampoco lo es Dick James [el editor musical de los Beatles]. Los Beatles son los Beatles. Por separado son otra cosa. George era un cantante que tenía su propio grupo antes de unirse a nosotros. Nadie es los Beatles. ¿Cómo podría serlo? En el grupo cada uno de nosotros teníamos nuestro papel. —Planteémoslo de otra manera. Siempre se ha dicho que los Beatles —y los propios Beatles han dicho de sí

mismos— que eran cuatro partes de una misma persona. ¿Qué ha sido de esas cuatro partes? —Han recordado que eran individuos. Verás, nosotros también llegamos a creernos el mito de los Beatles. No sé si los demás todavía se lo creen. Éramos cuatro tipos... Cuando conocí a Paul le pregunté: "¿Quieres unirse a mi banda?". Luego se apuntó George y después Ringo. Éramos sencillamente un grupo que se convirtió en algo muy, muy grande. Eso es todo. Lo mejor de nuestro trabajo juntos jamás fue grabado. —¿Por qué? —Porque, diga lo que diga Mick [Jagger], nosotros eramos intérpretes. Actuábamos en locales de Liverpool, Hamburgo y otros sitios. Cuando tocábamos rock por las buenas generábamos algo fantástico, no había nadie que pudiera hacernos sombra en toda Gran Bretaña. Pero en el momento en que tuvimos éxito, y desde luego lo tuvimos, perdimos mordiente. 'Verás, Brian nos vistió de traje y todo lo demás y tuvimos un éxito muy, pero que muy grande. Pero nos vendimos. Nuestra música estaba muerta antes incluso de que hiciésemos la gira por los teatros de Gran Bretaña. Ya entonces nos sentíamos como una mierda porque, aunque era una ventaja en cierto sentido, nos veíamos obligados a concentrar una o dos horas de actuación en veinte minutos. Y teníamos que repetir esos mismos veinte minutos noche tras noche. "La música de los Beatles, los Beatles como músicos, murieron entonces. Por eso nunca progresamos musicalmente. Nosotros mismos nos dimos muerte a cambio del éxito. Fue el final de todo. —Me gustaría hacerte una pregunta sobre Paul y con eso dejamos el tema. ¿Qué sentiste cuando fuimos a ver Let It Be en San Francisco? —Me sentí triste. También sentí que... que esa película había sido hecha por Paul a mayor gloria de Paul. Fue uno de los principales motivos por los que los Beatles se separaron. No puedo hablar en nombre de George, pero sé perfectamente que estábamos todos hartos de ser los músicos que acompañaban a Paul. "Esto empezó a ocurrirnos tras la muerte de Brian. La planificación de la película tenía como objeto que la cámara se centrara en Paul y en nadie más. Así es como yo lo veo. — ¿Cómo se llegó a la disolución de los Beatles? —Después de morir Brian, nos hundimos. Paul se hizo cargo de la situación y supuestamente nos dirigía. Pero, ¿hacia dónde iba a encaminarnos si no hacíamos otra cosa que describir círculos? Fue entonces cuando nos separamos. Ésa fue la causa de la desintegración. —¿En qué momento tuviste la sensación de que los Beatles se habían dividido? ¿Cuándo pensaste en ello por primera vez? —No lo recuerdo. Tenía mis propios problemas. En realidad no estaba pendiente. Hacía aquello como un trabajo. —¿Qué sentiste cuando murió Brian? —Lo que siente cualquier persona cuando se le muere un ser querido. Hay en ello algo de histeria, algo como 'Ji, ji, menos mal que no

*me ha pasado a mí" o una cosa por el estilo, esa especie de extraña sensación que uno siente cuando muere alguien próximo. No sé si a ti te ha pasado, pero a mí se me ha muerto mucha gente alrededor. Y también está la otra reacción: ¿Qué coño es esto? ¿Qué puedo hacer? "Entonces supe que teníamos problemas. No me engañaba acerca de nuestra capacidad de hacer otra cosa que no fuera interpretar música y estaba aterrizado. Pensé: 'La jodimos'. —¿Cuándo dejaste de escribir canciones con Paul? — Eso terminó en... No sé, alrededor de 1962, más o menos. No recuerdo. Si me enseñas los discos, puedo decirte exactamente quien escribió qué línea musical y qué frase. A veces lo hacíamos juntos. Si exceptuamos los primeros tiempos —temas como *I Want to Hold Your Hand*— lo mejor de nuestro trabajo lo hicimos siempre por separado. Por ejemplo, el tema *One After 909* del álbum *Let It Be*, lo escribí cuando tenía diecisiete o dieciocho años. Aunque escribíamos cada uno por nuestra cuenta, nos juntábamos para hacerlo porque a veces resultaba muy divertido. Y también porque los demás decían: "Bueno, vais a grabar un disco, así que juntaos y escribid unos cuantos temas", como en un trabajo cualquiera. —¿Cómo definirías las reacciones de George, Paul y Ringo ante Yoko? —Ocurrió lo mismo. Puedes buscar las declaraciones de Paul; probablemente estén publicadas en los periódicos. Ha dicho muchas veces que al principio odiaba a Yoko pero que acabó por caerle bien, Pero ya era tarde para mí. Yo estoy con Yoko. ¿Por qué iba a tener que aguantar toda esa mierda de aquella gente? Se comentó que tenía un aspecto terrible en la película *Let It Be*. Prueba a compartir sesenta sesiones con los individuos más vanidosos y presuntuosos del planeta y verás lo que es sentirse jodido e injuriado. Y George... Mierda, nada más empezar la insultó en sus narices en las oficinas de Apple. Todo dentro del estilo "Voy a serte sincero", ya me entiendes. El juego ése de "Si quieres que te diga la verdad, esto es lo que hemos oído". Dylan y unos cuantos más habían dicho que tenía muy mala fama en Nueva York. ¡Y va George y se lo suelta! Y los dos lo dejamos correr. No le partí la cara; aún no sé por qué. "Ringo se comportó como una persona decente, pero los otros dos nos jodieron bien. Nunca se lo perdonaré. Me importa un carajo toda esa mierda de *Haré Krisna y Dios*, y lo de Paul diciendo 'Verás, he cambiado de opinión'. No puedo perdonárselo. Aunque no puedo evitarlo, sigo queriéndoles. —¿Qué opinión te merecen los actuales Stones? —Me parece que se pasan con tanta marcha y tanta modernez. Me gusta *Honky Tonk Women*, pero todo ese bailoteo amariconado de Mick me parece un mal chiste. Siempre me lo ha parecido. Me divierte; probablemente iré a ver sus películas y demás, como todo el mundo, pero en realidad me parece de broma. —¿Os veis mucho últimamente? —No, no le veo nunca. Nos*

veíamos de vez en cuando al principio, cuando apareció Allen [Klein, el representante de los Beatles en su última etapa]. Creo que Mick se puso celoso. Siempre he respetado mucho a Mick y a los Stones, pero él ha dicho un montón de cosas desagradables de los Beatles que me han molestado porque, verás, yo puedo meterme con los Beatles, pero que lo haga Mick Jagger no pienso permitirlo. Me encantaría pasar revista a lo que hacíamos nosotros y lo que hacían los Stones dos meses después de la salida de cada puñetero disco. Hiciéramos lo que hiciéramos nosotros, Mick hacía exactamente lo mismo, nos copiaba. No estaría mal que alguno de vosotros, los que os dedicáis a la mierda ésta del underground, lo mencionáseis. Satanic Majesties es Sargent Pepper y We Love You es una mierda como una casa, no es más que una puta copia de All You Need Is Love. "Me fastidia la inferencia de que los Stones eran revolucionarios y los Beatles no. Si los Stones lo son, o lo fueron alguna vez, también lo fueron los Beatles. Pero ellos no pueden ni compararse con los Beatles, ni en cuanto a música ni en cuanto a fuerza. Nunca pudieron. Yo jamás dije una palabra en contra suya. Siempre les admiré porque me atraía su música rastrera, y me gusta su estilo. Me gusta el rock and roll y también el camino que siguieron cuando dejaron de intentar imitarnos. "Es evidente que se siente muy contrariado por lo grandes que son los Beatles en comparación con él. Nunca lo ha superado. Ahora se está haciendo viejo y empieza a lanzarnos pullas. Ya sabes, no para de meterse con nosotros. Me jode porque incluso fuimos nosotros quienes escribimos su jodido segundo disco. Mick decía que 'la paz daba dinero'. Nosotros nunca ganamos dinero con la paz. — ¿Te consideras un genio? — Sí. Si existen los genios, yo soy uno de ellos. — ¿Cuándo te diste cuenta de que lo que estabas haciendo trascendía...? — La gente como yo es consciente de que posee eso que se llama genio a los diez, los ocho, los nueve años... Yo siempre pensaba: "¿Por qué no me ha descubierto nadie?". ¿No se daban cuenta en el colegio de que yo era más listo que los demás? ¿No veían que los profesores eran todos unos estúpidos? ¿Que todo lo que poseían era información que a mí no me hacía falta para nada? "Me sentí muy perdido cuando pasé a la enseñanza superior. Solía decirle a mi tía: 'Si tiras mis poemas, lo lamentarás cuando sea famoso'. Y ella seguía tirando toda aquella morralla. No perdono que no me tratara como a un puto genio o lo que quiera que fuese cuando era un crío. "Para mí era algo evidente. ¿Por qué no me mandaban a estudiar arte? ¿Por qué no me facilitaban las cosas? ¿Por qué querían obligarme a que me convirtiera en un patán como el resto de ellos? Yo era diferente; siempre fui diferente. ¿Por qué nadie se fijaba en mí? "Hubo un par de profesores que me prestaron atención, que me animaron a ser esto o lo otro,

a dibujar o a pintar, a expresarme. Pero la mayor parte del tiempo se empeñaban en que fuera un puñetero dentista o un maestro. Y luego los fans se empeñaron en que fuera un jodido Beatle o un Engelbert Humperdinck, y los críticos se empeñaron en que fuera Paul McCartney.

—¿Cuál fue tu primer contacto con el LSD? —Un dentista de Londres nos lo dio a George, a mí y a nuestras mujeres, sin decirnos nada, durante una cena en su casa. Era amigo de George, y por aquel entonces era también nuestro dentista. Se limitó a echárnoslo en el café o en alguna otra cosa.

—¿Qué pensaste al aterrizar de nuevo? —Estuve bastante colgado durante uno o dos meses. La segunda vez que lo tomamos fue en Los Ángeles. Estábamos de gira y nos alojábamos en una de esas casas donde solíamos parar. La de Doris Day o alguna por el estilo... Lo tomamos los tres: Ringo, George y yo. No estoy seguro, pero creo que también nos acompañaron en unos cuantos viajes Neil [Aspinall] y un par de miembros de los Byrds — ¿cómo se llama ese que está en lo de Stills y Nash? — Crosby y el otro que solía hacer la voz solista. McGuinn. No estoy seguro, pero creo que sí.

"También estuvo Peter Fonda, y aquello fue otra historia. No hacía más que decir: [en un susurro] 'Sé lo que es estar muerto'. Era una canción triste, una canción ácida, supongo. 'Cuando yo era niño'... Ya sabes, empezaban a salir a la luz un montón de recuerdos de la infancia. —Así que tus experiencias con el LSD comenzaron en 1964. ¿Cuánto tiempo duró aquello? —Años. Debí hacer unos mil viajes. —¿Literalmente mil o un par de centenares? —Mil; lo tomaba continuamente. —¿Los otros Beatles se colgaron con el LSD tanto como tú? —George sí. La segunda vez que lo tomamos, en Los Ángeles, Paul se sintió muy marginado porque todos nos pusimos un poco crueles diciéndole aquello de "nosotros lo tomamos y tú no". Pero seguíamos viéndole, ¿comprendes? No éramos capaces ni de comer; a mí me resultaba imposible, ni siquiera cogiéndola con las manos. En la casa había gente de servicio y a nosotros no hacía más que caérse nos la comida al suelo y todo eso. Pasó mucho tiempo antes de que Paul lo probara. "Creo que George le pegaba muy fuerte; probablemente, éramos los más colgados. Paul es un poco más estable que George y que yo. —¿Y más convencional? —No sé si más convencional. Más estable. Pienso que el LSD les conmovió profundamente a él y a Ringo. Puede que se arrepintieran de la experiencia. —¿Tuviste muchos malos viajes? —Muchos. Cristo bendito, dejé de tomarlo por eso. No podía soportarlo más. —¿Llegó a darte miedo tomarlo? —Algo parecido. Lo dejé durante no sé cuánto tiempo, y después empecé a tomarlo otra vez, justo antes de conocer a Yoko. Tenía la idea de que debía destruir mi ego, y lo hice, ¿sabes? En la época del Maharishi estaba empezando a

recomponerme lentamente. Trocito a trocito, a lo largo de un periodo de dos años, había destruido mi ego. "No me consideraba capaz de hacer nada. No era nada. Era una mierda. Entonces Derek [Taylor, el agente de prensa de Apple] me llevó a su casa cuando volvió de Los Ángeles y tomamos un ácido. Me dijo algo así como 'Eres un buen tipo' y me enumeró las canciones que había compuesto: 'Has escrito esto. Has dicho esto otro' y 'No tengas miedo, no te asustes. Eres inteligente'. "A la semana siguiente fui a casa de Derek con Yoko y nos tomamos otro ácido. Ella me hizo comprender que yo era yo y que todo estaba en orden. Eso fue todo; empecé a luchar otra vez, me convertí de nuevo en un bocazas fanfarrón y me dije: 'Puedo hacerlo, qué cojones. Esto es lo que quiero', tú ya me entiendes. 'Quiero hacerlo y no me vais a dar por culo'. Eso fue lo que hice, y en eso estamos. —En algún momento entre Help! y Hard Day's Night te metiste en el rollo de las drogas y te dedicaste a componer canciones sobre ellas. —Cuando hicimos A Hard Day's Night yo le daba a las pastillas. Son drogas, drogas más fuertes que los canutos. Empecé a tomar pastillas a los quince... no, a los diecisiete, cuando me hice músico. El único modo de sobrevivir en Hamburgo tocando ocho horas cada noche era tomar pastillas. Te las pasaban los camareros; alcohol y pastillas. Cuando iba a la escuela de arte era un jodido borracho de no te menees. En la etapa de Help! nos dedicamos a los canutos y pasamos de la bebida, por las buenas. Así de sencillo. Siempre he necesitado alguna droga para sobrevivir. Los demás también, pero yo siempre tomaba más: más pastillas, más de lo que fuera, probablemente porque estoy más loco. —¿Cómo crees que afectó el LSD a tu forma de ver la música? ¿Tuvo alguna influencia en tu concepción general? —No era más que otro espejo. No era ningún milagro. Era más una experiencia visual, una terapia, como echarle un vistazo al interior de uno mismo. Yo pasé por todo eso. La verdad es que no me acuerdo demasiado de aquello. Pero el ácido no escribía la música. La escribía yo, estando en ácido o metido en el agua, en cualesquiera que fueran las circunstancias en las que me encontrase. —¿Cómo fue tu experiencia con la heroína? —No demasiado divertida. Nunca llegué a inyectármela. Esnifábamos una poca cuando estábamos muy, pero que muy jodidos. Todo el mundo estaba en contra nuestra. Me habían echado en cara tantas cosas a mí y a Yoko; especialmente a Yoko. La tomábamos por lo que nos estaban haciendo los Beatles y otra gente. Pero acabamos pasando de ella. —He leído una breve entrevista que te hicieron en el Rock & Roll Revival de hace más de un año en Toronto. En ella decías que vomitabas antes de subir al escenario. —Sí. Me pasaba horas y horas vomitando hasta que me tocaba subir. —¿Te sentirías igual de nervioso si

tuvieras que aparecer en público? —Siempre, y de un modo u otro tenía que sacármelo de encima. Pero no creo que haga muchas actuaciones; no merece la pena. No me gusta demasiado tocar para la gente. —¿Cuáles son tus preferencias personales? —Sonidos como Wop Bop A Loo Bop. Me gusta el rock and roll. No me gustan demasiadas cosas más. —¿Por qué el rock and roll? —Es la música que me llevó a hacer música.

Conceptualmente, no hay nada mejor que el rock and roll. Nadie, ni los Beatles, ni Dylan, ni los Stones, ha conseguido superar nunca Whole Lot of Shaking, ni por asomo. O puede que yo sea como eran nuestros padres: Ésa es mi época, es lo que he mamado y nunca renunciaré a ella. —¿Cómo crees que será el rock and roll del futuro? —Como nosotros lo hacemos. Si queremos hacer esa mierda de rock and roll intelectualizado, entonces tendremos rock intelectualizado. Si deseamos rock and roll del auténtico es tarea nuestra hacerlo y pasar del rollo de la imagen de revolucionario y del pelo largo. Tenemos que prescindir de esas menudencias. De eso es de lo que va lo de cortarme el pelo. Pongamos las cartas sobre la mesa de una vez y veamos quién es quién, quién está aportando algo, quién hace música y quién basura. El rock and roll será lo que hagamos de él. —¿Por qué piensas que representa tanto para la gente? —Porque el rock del bueno es suficientemente primitivo y está desprovisto de mierda. Te llega directamente. Fue lo que me sucedió a mí. De todas las cosas que estaban pasando cuando tenía quince años, la única que me hizo mella fue el rock. Entonces el rock era algo real; todo lo demás era irreal. Lo que tiene de bueno el rock and roll, el rock and roll auténtico —signifique lo que signifique auténtico y toda esa mierda— es que es real, y las cosas reales te llegan, te guste o no. En el rock reconoces algo verdadero, como en todo el arte de verdad. Sea lo que sea el arte, amigos lectores. Eso es. Si es real, normalmente es sencillo, y si es sencillo es verdadero. O algo parecido. —¿Qué opinión tienes de ti mismo como guitarrista? —Bueno, eso depende de qué clase de guitarrista estemos hablando. No lo hago mal. No soy técnicamente bueno, pero puedo hacer que la guitarra aúlle y se mueva tan cojonudamente. Yo tocaba la guitarra rítmica. Es un trabajo importante; puedo hacer que un grupo suene. —¿Y cómo puntuarías a George? —Él es bastante bueno (risas), pero me gusto más yo. Tengo que ser sincero, ¿no? En cierto sentido, me siento avergonzado como guitarrista porque soy bastante malo; no sé moverme mientras toco, pero puedo hacer hablar a una guitarra. "Hay un tipo que creo que se llama Ritchie Valens... no, Richie Havens. ¿No te resulta muy extraña su manera de tocar? Es un chico negro que estuvo en un concierto y cantó Strawberry Fields o algo así. Parece que toca siempre el mismo acorde. Es un guitarrista muy funky.

Parece incapaz de tocar como los demás. Yo soy igual. 'Yoko me ha hecho sentirme muy engreído con mi guitarra. Ya sabes, una parte de mí dice: 'Sí, claro que sé tocar', porque puedo conseguir que un rock tenga marcha, ¿comprendes? Pero la otra parte dice: 'Me gustaría poder hacérmelo como B. B. King'. Si me pusieras al lado de B. B. King, me sentiría como un estúpido. Soy un artista, y si me pones una tuba en las manos, algo sacaré de ella. —Vas a volver a Londres. ¿Podrías decirnos, en términos generales, qué piensas hacer en un futuro inmediato? Digamos durante los próximos tres meses. —Me gustaría esfumarme un tiempo. Nueva York me devora. Lo adoro. Me tiene fascinado, como si fuese una especie de monstruo. — ¿Tienes alguna idea sobre cómo van a ser los próximos años? —No, no puedo pensar en los próximos años. Da vértigo pensar en la cantidad de años que quedan por pasar, millones de años. Vivo por semanas; no planifico mucho más allá de una semana. —¿Tienes alguna imagen de "los setenta y cuatro"? —No, para nada. Espero que seamos una parejita de ancianos encantadores, vivir en la costa de Irlanda o algún lugar parecido y dedicar el tiempo a hojear nuestro álbum de recortes de la locura.

MARGARET THATCHER

Entrevistada por Terry Coleman (The Guardian, 2 de noviembre de 1971)

Margaret Thatcher (n. 1925) fue la primera mujer en ostentar el cargo de primer ministro en el Reino Unido. Nació en Grantham, Lincolnshire, donde su padre era tendero y concejal. Fue elegida parlamentaria por el Partido Conservador en 1959 y entró a formar parte del Gabinete en 1970 como ministra de Educación. Sustituyó a Edward Heath como líder del Partido Conservador en 1975, tras perder éste dos elecciones sucesivas. Durante la década de 1980 dominó la política británica y ejerció una considerable influencia internacional como defensora a ultranza de la economía de libre mercado, las privatizaciones y una política de defensa sin concesiones. Esta entrevista ofrece uno de los primeros atisbos de su visión particular de la política. Terry Francis Frank Coleman (n. 1931) estudió en catorce colegios y obtuvo la licenciatura en Derecho en Londres. Tras su bautismo de fuego en el Poole-Herald y su etapa como subdirector en el Sunday Mercury y el Birmingham Post, se incorporó a The Guardian. De 1961 a 1970 fue reportero, después colaborador en la sección de arte y, desde 1970 a 1974, redactor jefe. Tras dos años en el Daily Mail regresó a The Guardian y se especializó en entrevistas a políticos. Entre otras muchas celebridades, ha entrevistado a siete primeros ministros británicos: Edén, Macmillan, Douglas-Home, Wilson, Heath, Callaghan y Thatcher. La virtud principal y más valiosa de la mayoría de los conservadores es su conservadurismo, que a menudo se refleja en unos modales conservadores, una especie de moderación, una urbanidad convencida de que todo irá bien si tan sólo lo dejamos es así. Esto resulta extremadamente atractivo. También da cierto contenido a la idea de que los conservadores están por encima de enfrentamientos y que sólo los detestables socialistas intentan politizar la política. Esta moderación es un bien incalculable, pero no es un valor que posea Mrs. Margaret Thatcher, actual ministra de Educación y Ciencia del Gobierno conservador. Es evangelista y se entrega con denuedo a su tarea evangelizadora. Dirá que la he malinterpretado y puede que así sea. Esto no es más que la opinión de un hombre y me la he formado por mí mismo. Y no, como probablemente ella sospeche, tras secretas deliberaciones con el cuerpo de colaboradores de educación de Fleet Street, al que no ve con buenos ojos. Sólo conozco a nuestro propio colaborador y se encuentra en Suramérica. El caso es que me reuní con Mrs. Thatcher el otro día en su despacho de la Cámara de los Comunes y que hablamos durante algo menos de una hora. Al saber que venía de The Guardian debí de tomarme por una especie de radical al que había que conducir a la senda de la fe verdadera. Resultó bastante divertido. Nos sentamos cada uno en un extremo del sofá y ella me preguntó: "¿Cuál es el objeto de este encuentro?". Le dije que me gustaría escribir un perfil suyo, basado en una entrevista. Ella exclamó: "¡Oh, cielos, esas cosas resultan siempre terriblemente artificiales!". Dado que sé que esto es cierto a veces, y dado que he escrito un buen número de entrevistas-perfil que por un motivo o por otro han pasado por alto lo fundamental, me limité a farfullar alguna frase tranquilizadora y le pregunté si la tienda de su

padre en Grantham había sido uno de esos locales enormes. Respondió que no, que no había sido más que una tienda familiar en la que alguna gente tenía cuenta mientras que otra, tras cobrar su pensión de 10 chelines en la estafeta de correos, que se hallaba en el interior de la propia tienda, pagaba en metálico. Vendían también tabaco, golosinas y fruta. Allí había llegado a obtener una buena visión de conjunto de la comunidad. En ocasiones ella misma se ponía detrás del mostrador. Era una muchacha inteligente. Obtuvo una beca para Sommerville donde estudió Química y había trabajado como investigadora para British Xylonite y después para J. Lyons. Le dije que no sabía lo que era la xilonita ni para qué servía, y ella me contestó que le parecía normal que así fuera. A menudo conseguían algún material plástico nuevo y maravilloso y luego se quedaban allí preguntándose para qué podría servir. En Lyons se dedicó a la investigación pura, algo que tenía muy poco que ver con el aspecto que pudiera tener un pastel. Después estudió Derecho. Siempre se había sentido atraída por las leyes, desde que había visto a su padre en el tribunal en la época en que era alcalde y magistrado. Solía comer con el juez. Así que se hizo abogada y se dedicó al derecho fiscal. También contrajo matrimonio con el director de una compañía petrolífera y tuvo mellizos, un chico y una chica, que hoy tienen dieciocho años. Se convirtió en miembro del Parlamento por Finchley en 1959. Probablemente sea injusto señalar que tiene la misma edad que la reina, ya que uno no diría eso de un hombre que tuviera la misma edad que el duque de Edimburgo, pero dicho queda. Desde el pasado año es ministra de Educación y ha sufrido muy duros ataques. —Sí —comenta—, me atrevería a decir que una cantidad injustificada de ellos. No obstante, creo en general que los epítetos dicen más de quien los pronuncia que de aquel a quien van dirigidos. ¿No diría usted lo mismo? A lo largo de la conversación empleó varias veces este tipo de pregunta retórica, en esta forma arcaica. Sólo los abogados hablan así. Le sugerí que cualquier ministro de Educación conservador, a menos que fuera un Buder, tendría que enfrentarse a multitud de críticas porque gran parte de la gente que trabaja en el campo de la enseñanza, particularmente los sindicatos, no siente simpatías por la derecha. Respondió que en ocasiones le llamaba la atención comprobar que había más gente interesada en la educación por razones de igualitarismo que por razones propiamente educativas. Pero no había duda de que en Inglaterra la educación siempre había formado parte del proceso igualitarista, ¿o no? ¿No había sido Disraeli quien había dicho en 1867, cuando se amplió el acceso a la educación, que debíamos educar a nuestros maestros? —Por supuesto que hay que hacerlo —dijo—. Nadie discute eso ni por un instante. Pero habría que educar a los niños tomando en consideración sus diferentes capacidades y no con la idea de que todos salgan iguales. Y es perfectamente correcto que uno tenga la oportunidad de enviar a sus hijos a colegios independientes. Estoy de acuerdo con eso y así lo manifesté. Creo que sería una interferencia intolerable para con la libertad el cerrar dichos colegios. Así que en eso estábamos de acuerdo. Pero ella volvió a insistir en el tema, añadiendo que era educativamente erróneo exigir que "todo el mundo reciba lo mismo", y lo hizo recalcando cada una de sus palabras. Nadie pedía algo así en el campo de la vivienda. La gente podía vivir en casas de diferentes tipos. Sí, respondí, pero eso era otro tema. Vivir en una casa grande es agradable, pero el tipo de casa en el que uno vive no afecta a la totalidad de sus perspectivas de futuro, como ocurre con la educación. —Oh —dijo con voz muy queda—, ya lo creo que sí. Mire lo equivocado que está. —¿No era diferente vivir en una casa protegida a

vivir en Bishop's Avenue? Me aclaró que Bishop's Avenue era una zona rica. Uno podía gastarse el dinero en una casa mejor, o en un buen traje de Saville Row, o en enviar a sus hijos al continente durante las vacaciones. ¿Qué tenía, pues, de malo pagar por una educación diferente? Ella y su esposo Thatcher habían matriculado a su hijo en Harrow. Yo estaba ocupado murmurando que, por supuesto, no tenía nada de malo, que claro está que tenía razón, y algo acerca de que todos estábamos de acuerdo respecto a la igualdad de oportunidades. Exactamente, respondió ella. Llegados a ese punto estaba empeñado en plantear alguna idea con la que ella pudiera estar de acuerdo, así que dije que dar a los niños igualdad de oportunidades equivalía a darles la oportunidad de demostrar que no eran iguales. —Estoy totalmente de acuerdo con eso —dijo ella—. ¿Cómo cree que he llegado a donde estoy? —Tanto ella como Ted Heath habían conseguido ascender hasta lo más alto. Deseoso de enfrentar a Mrs. Thatcher con su líder, sugerí que ella había dispuesto de una balsa mejor a la que agarrarse. ¿No había sido la madre de él una doncella, una sirvienta? Respondió que su madre había sido modista y había despachado en la tienda. Yo dije que sí, pero que su padre había sido alcalde. Ella preguntó que qué importaba eso. Así que pasamos al tema de los periodistas especializados en educación. Ella admitió que ahí estaban y que tenía que enfrentarse a ellos. No siempre le concedían el crédito que merecía, pero eso, en su opinión, formaba parte de la profesión periodística. Habían hecho "mucho más hincapié en el tema de la leche" y no le habían dado el menor crédito por obtener un montón de dinero extra para las escuelas primarias. Esto ofrecería mayores oportunidades a muchos más niños y era mucho más importante que suprimir la leche gratis para quienes no la necesitaban por razones médicas. En fin, ella misma había sacado el tema de la leche, aunque si no lo hubiera hecho lo habría sacado a colación yo. Pero ¿por qué había suprimido la leche? Explicó que tenía que economizar, pero que estaba decidida a mejorar la calidad de la educación. Así que había mirado a ver dónde podía recortar haciendo el menor daño posible. Había decidido poner fin al reparto gratuito de leche para los niños de más de siete años y subir el precio de las comidas, que, en todo caso, tendrían que haber subido ya. ¿Y no podría haber escogido otra cosa en lo que ahorrar tan poco a costa de una condena tan generalizada? Mire usted, respondió, los laboristas habían subido el coste de las comidas en un cincuenta por ciento y nadie puso el grito en el cielo. La prensa no había convertido su vida en un infierno, no señor. En fin... —Espere un minuto —dijo, y avanzó hacia mí sobre el sofá. Esperé. Los laboristas, dijo, habían suprimido la leche en las escuelas de secundaria y nadie les había dicho que no debían hacerlo porque algunos niños iban al colegio sin haber desayunado y que, por tanto, tenían que dar leche gratis a todos. De acuerdo, dije yo, ¿pero no se enfrentaba a una legislación inviable con la medida sobre la leche en la Ley de Educación? A las autoridades locales les estaba prohibido distribuir leche gratis entre los niños, pero algunas estaban ignorando la prohibición. Y en Manchester la añadían un poco de cacao para que la leche no fuera leche a efectos de la letra de la ley. ¿Qué pensaba hacer? ¿Llevarles ante los tribunales? Respondió que tendría que esperar hasta que las cosas se hubieran calmado. Que le estaba preguntando algo a lo que era difícil dar respuesta y que le estaba pidiendo que dijera algo que no debía decir en ese momento. Siempre estaba la tasa discrecional de un penique que las autoridades locales podían gastar en lo que quisieran, aunque si se la gastaban en leche quedaría menos dinero para los minusválidos. Sí, pero si los municipios se limitaban a

ignorarla, ¿serían procesados sus concejales por malversación? Mire, dijo ella, límitese a esperar y ver lo que pasa. Eso no era de su competencia, sino del auditor del distrito. Cuando sugerí que el auditor no iba a tener precisamente las manos libres en semejante caso, ella dijo que intentaba llevarla a un terreno en el que se negaba a entrar. Por lo que se refería a los ciudadanos de a pie, buena parte del problema se desvanecería por sí solo, salvo en la medida en que se conservara vivo por razones políticas, si la leche se pusiera a la venta en las escuelas. No era culpa de ella que no se hiciera así. Ella había pagado por la suya cuando iba al colegio. —Pero esta pequeña decisión en concreto... —empecé a decir... —Querido amigo... —comenzó en tono razonable. ¿Había valido realmente la pena tanto alboroto? Respondió que sí, si con esa medida conseguía 9 millones de libras, lo suficiente para construir 75 nuevos centros de primaria. Bueno, ella había dicho en la Cámara de los Comunes que le parecía ofensiva la sugerencia de que algunas madres no fueran capaces de cubrir las necesidades nutritivas de sus hijos. Alguna habría, ¿o no? Ella era de la opinión de que eran capaces de hacerlo en su gran mayoría. Era injusto que, por culpa de una pequeña minoría incapaz, hubiera que aprovisionar a la vasta mayoría. —Para mí —dijo—, ahí es donde se encuentra el falso razonamiento. Ya que, de ser ése el caso, tendríamos que arrebatarnos los niños a sus madres prácticamente nada más nacer. Habría que decir que, dado que unos cuantos padres son incapaces de hacer frente a sus responsabilidades, el Estado tendrá que encargarse de todo y hacerlo gratis. Y no limitarse a suministrar los alimentos, sino asegurarse de que se los coman. Aquello me pareció realmente traído por los pelos y le pregunté si no pensaba que su actitud era un tanto dura. —No, no —respondió—. En absoluto. En fin, le comenté, se había dicho que ella se encontraba a mucha distancia en sus circunstancias (era ministra y esposa de un petrolero), y consiguientemente en su comprensión, de las mujeres pobres y con hijos. ¿Era una apreciación justa? —No. ¿Por qué no? Porque, respondió, ella sabía bien lo que era estirar el dinero. Había empezado a trabajar nada más llegar de Oxford ganando unas ocho libras y diez chelines a la semana. Sí, pero ¿había sido pobre alguna vez en su vida? —Depende de lo que entienda usted por pobre. Se da la circunstancia de que siempre hemos podido disponer de comida, ya que teníamos una tienda de alimentación. ¿Pero no había algo de verdad en la idea de que estaba alejada de las madres pobres? Evidentemente, ella pensaba que no. En mi opinión podría haber admitido sin peligro ciertas dificultades de comprensión. Si uno no reconoce que comprender a alguien muy distinto de uno mismo puede resultar difícil no se facilitan precisamente las cosas de cara a alcanzar esa comprensión. —Veamos —dijo—, ¿por qué se ceba conmigo mucho más que con mis predecesores? ¿Por qué, por qué? ¿Por qué lo hace? No creía que estuviera haciéndolo. Habría hecho lo mismo con un ministro laborista. Y no tuve corazón para decirle a Mrs. Thatcher que en una escuela de primaria que hay cerca de donde vivo los niños tienen una nueva cantinela que dice así:

Mrs. Thatcher Mrs. Thatcher Robaleches

Supongo que el que conozcan su nombre ya es algo. No creo que haya habido muchos ministros de Educación que se hayan convertido en tema de conversación entre los niños de ocho y nueve años de edad. Así que le pregunté si realmente creía que iba a por ella, y me dijo que sí, y que debía preguntarme a mí mismo por qué. Respondí que se estaba defendiendo con

sobrado vigor. Quise saber cuánto tiempo más me concedería. Me dijo que diez minutos, que le había hecho muy pocas preguntas sobre educación y que eso estaba mal. Que ella había ampliado el acceso a la educación y que ni yo ni nadie queríamos admitir que lo había hecho. Le pregunté por una Biblia que le habían regalado recientemente y respondió que era cristiana y que rezaba cuando sentía necesidad de hacerlo. Que formaba parte de su ambiente y su crianza y que le resultaría muy difícil prescindir de ello. Mencioné que la mayoría de la gente lo hacía, queriendo decir que muchas personas acababan olvidándose del cristianismo, pero interpretó que lo que yo quería decir era que la mayoría de la gente prescindía de sus orígenes, y añadió que en eso todos la interpretábamos mal. Dijo que sus comienzos eran tan parte de su vida como lo que hace ahora. No creía que yo pudiera saber lo que significaba tener la clase de origen que ella había tenido. Poco después añadió: —Está usted sacando una impresión totalmente falsa sobre mí. Y eso se debe a que está escogiendo temas muy selectivamente. Lo sé. Esta entrevista resultará totalmente artificial. Así es exactamente como salen todas las demás: desprovistas de carne y hueso, llenas de artificios, de cinismo, de los epítetos de sus autores. Dijo que era una mujer normal, interesada fundamentalmente en la educación, pero que yo estaba intentando orientar la conversación, como tantos otros periodistas, para decir que era la típica mujer conservadora de clase media, que nunca había conocido otra cosa y que no sabía cómo era realmente el mundo. Pero ella podría regresar a casi cualquier nivel de vida, ya que los había experimentado prácticamente todos. Vivía en una casa pequeña y estaba intentando desesperadamente vender la otra, que era más grande. Tenía un Viva de segunda mano, con cuatro años. No gastaba dinero en pieles. Así pues, le dije, no tiene usted gran esperanza de que lo que escriba sea justo, ¿me equivoco? —No —respondió. Los dos nos tomamos esto alegre y relajadamente. Nos reímos un poco y ella dijo que no veía cómo iba a poder escribir nada justo sobre ella después de pasar tan poco rato juntos. Le dije que si tenía un día libre... Tampoco pareció creer que aquello pudiese dar resultado. Panorama había empleado tres días y su opinión sobre el programa no era exactamente laudatoria. Le dije que tal vez tuviera razón, pero que me preguntaba si no estaría adoptando ella a su vez una actitud un tanto cínica. —¿No será porque veo cómo se pasa por alto lo que he hecho y cómo se realza todo lo demás? Pero no lo habrá pasado por alto todo el mundo, ¿o sí? —No, no, no —respondió—. Todavía puedo reunirme con los jubilados. ¿Y sabe lo que me dicen? "No des tu brazo a torcer, Margaret".

ARTHUR MILLER

Entrevistado por Josh Greenfeld (The New York Times Magazine, 13 de febrero de 1972)

El dramaturgo americano Arthur Miller nació en 1915 en la ciudad de Nueva York. Ganó el premio Pulitzer por su obra más famosa, Muerte de un viajante (Death of a Salesman) en 1949. Otra de sus obras teatrales, Las brujas de Salem (The Crucible, 1953), que trata de la caza de brujas en el Salem del siglo xvii, tuvo resonancias contemporáneas cuando fue representada, ya que su estreno coincidió con los peores momentos de la campaña anticomunista del senador Joseph McCarthy, y sigue evocando otras formas de persecución política. El propio Miller fue víctima del macartismo y siempre ha mantenido su oposición a ultranza a todo tipo de censura a nivel internacional. Ha permanecido invariablemente fiel al teatro, a pesar de haber escrito el guión de la película Vidas rebeldes (The Misfits), protagonizada por su esposa, Marilyn Monroe. Se divorciaron en 1961, un año antes de que Monroe se suicidara. Sus obras son reestrenadas con frecuencia. Josh Greenfeld nació en las afueras de Boston, Massachusetts, en 1928, pero se crió en Brooklyn, Nueva York, donde conoció a Arthur Miller (compartían un profesor de dramaturgia). Durante muchos años combinó la escritura de obras de teatro con el periodismo por libre, centrado en particular en entrevistas-perfil. Entre las celebridades entrevistadas por él se encuentran los boxeadores Floyd Patterson y Sugar Ray Robinson para The Reporter; el director de cine Cecil B. de Mille para la revista dirigida al público masculino Saga; y Truman Capote, para The New York Times Magazine. Otros entrevistados fueron Marlon Brando, John Lindsay, alcalde de Nueva York, y Sidney Poitier. En 1972 se trasladó a Los Ángeles y se dedicó a escribir guiones para la televisión y el cine. Fue coautor del guión de la oscarizada película Harry y Tonto (junto con su director, Paul Mazursky). Ha escrito tres novelas y también tres libros acerca de su hijo autista. La voz que me llegaba por el teléfono viajaba a través de los años, se desplazaba por la geografía. La dicción era neoyorquina y cosmopolita, pero el acento, tan gutural y gótico como el mío, era puro Brooklyn. —Acabamos de posponer la producción de mi nueva obra de teatro hasta el próximo otoño —decía—, así que tengo un montón de huecos libres en mi agenda estos días. Por ejemplo, estaré en casa mañana y el viernes. Y éste es el mejor lugar para que charlemos. Así

no habrá interrupciones ni distracciones. ¿Te viene bien que nos veamos mañana? —No cuelgues —le dije—. Tengo que preguntárselo a mi mujer. Después: —De acuerdo, quedamos mañana. —Ahora me toca consultar a mí. —Al cabo de un momento la voz volvió al teléfono—. Mañana nos va bien. Se le ha puesto cara de sorpresa, pero no hay problema. ¿Por qué no te vienes a comer? Probablemente, comeremos directamente en la cocina, porque así es como hacemos las comidas aquí. —Estupendo —contesté, y colgué el auricular. Desde el cuarto de estar, mi esposa me preguntó: — ¿Adonde vas mañana? —A Connecticut —dije—. A ver a Arthur Miller. — Ah —respondió ella, y siguió con su lectura. Arthur Miller no es ya la supercelebridad que va de un lado para otro acompañada de Marilyn Monroe, acosada por el Comité de Actividades Antiamericanas o inadaptada en Nevada. Los medios de comunicación hace tiempo que siguieron su camino detrás de las modas del momento y Arthur Miller se ha convertido en uno de esos raros escritores célebres que ha efectuado con elegancia la transición del candelero a la lámpara de la mesa de trabajo. Su recién terminada obra, La creación del mundo (The Creation of the World and Other Business), que ha subtulado "una comedia catastrófica", es su cuarta obra de teatro en los últimos ocho años. Tal dedicación al trabajo convierte a Miller, aún joven a sus cincuenta y seis años, en una improbable reliquia. Es un superviviente, casi en solitario, de aquella nostálgica era en la que el teatro, y no los talk shows de la televisión o el periodismo, era la actividad más atractiva para el escritor. El resto de las estrellas de la dramaturgia de los años cuarenta y cincuenta prácticamente se han desvanecido en las profundidades de Hollywood, la Academia, el mundo de la edición, la muerte o alguna otra forma de teatral silencio. Y el pasado de Miller está tan lleno de actividad como su presente. Estará en cartel en Nueva York esta temporada con el reestreno de Las brujas de Salem (1953) por la Lincoln Center Repertory Company. Su adaptación de Un enemigo del pueblo (An enemy of the People, 1950), de Ibsen, ha sido el mayor éxito de la temporada en Madrid, y Incident at Vichy (1964) se puso en escena en París el pasado otoño. Después de la caída (After the Fall, 1963) y Panorama desde el puente (A View from the Bridge, 1955) siguen siendo éxitos teatrales a ambos lados del telón de acero. El premio (The Price, 1968), su última obra para Broadway, y Muerte de un viajante (1949), su obra más perdurable, han recibido un destacado tratamiento como especiales en las cadenas de TV en los últimos años. A Memory of Two Mondays (1955) fue producida el pasado año por NET. Antes de desplazarme en coche hasta Connecticut revisé los trabajos de Miller y los datos sobre su vida que ilustran sus obras de teatro. Nacido

judío, en un ambiente urbano de clase media; padre: un ceñudo empresario; madre: más sensible y culturalmente sintonizada; familia: físicamente dislocada y emocionalmente traumatizada por la Depresión. Siendo joven, trabajó en un almacén de recambios de automóvil durante los años treinta. Luego asistió a la universidad, en la que adquirió el fervor socialista y un fuerte sentido de la rectitud moral. Fue miembro, o compañero de viaje, de grupos políticos izquierdistas. Atacó con virulencia, y posteriormente más compasivamente, a antiguos conocidos que habían ofrecido información y nombres a los comités de investigación del Congreso. Casado tres veces: con una mujer normal del Medio Oeste, con una neurótica belleza del mundo del espectáculo y, finalmente, con una refugiada del holocausto nazi. Unos pocos detalles redondean la imagen del Miller de la vida real. Una hermana menor y un hermano mayor. De su primer matrimonio una hija, de veinticuatro años, casada con un escultor que vive en Manhattan, y un hijo, de veintiséis años, casado, que hace cine publicitario en Oregón. No tiene nietos, pero sí una hija pequeña de nueve años de edad de su tercer matrimonio con la fotógrafa, nacida en Austria, Inge Morath. Pero el fantasma de Marilyn Monroe aún permanece, una distracción que se cierne sobre toda consideración, ya sea biográfica o de cualquier otro tipo, acerca de Miller. Es sencillamente más fácil recordar que participó una vez en el intento de lograr el gran matrimonio americano, que recordar que puede que haya escrito la mejor obra de nuestro teatro, Muerte de un viajante. Así que hay que hacer un esfuerzo consciente para mantener el fantasma de Monroe en perspectiva si se quiere tratar a Miller con el debido respeto. Tiene uno que recordarse a sí mismo que hay que prestarle la debida atención por su trabajo. Aun así, tras salir de la I-84 y dirigirme hacia el Norte a través de la tierra cubierta de balas de cañón y tiendas de antigüedades hacia la granja de Miller en Roxbury, no pude menos que reducir la velocidad al recordar que un corresponsal europeo, con las prisas por cubrir un acontecimiento relacionado con Miller y Monroe, se había matado en un accidente de coche en aquellas carreteras. La granja de Miller se yergue a pocos metros de la carretera — menos nieve que quitar cuando nieva— pero cuenta con acres de espectaculares colinas y un estanque para nadar y patinar sobre hielo. Aparqué el coche y atravesé un garaje abierto en el que había un solitario Volkswagen hasta una terraza situada detrás de la casa, donde los ladridos de un perro anunciaban mi llegada. Miller vino hacia mí, vestido con una camisa de cuello abierto, pantalones deportivos y botas de trabajo. Bajo su pelo plateado, en abierto retroceso, su rostro seguía recordando a un Lincoln judío y sin barba. Me saludó y cuando hice una pausa para

apreciar el paisaje, que él pareció ver también por vez primera, comentó meditabundo: —Cuando uno ve esto se pregunta por qué la gente está tan mal de la cabeza. —Porque no lo tiene —dije, y él se echó a reír—. ¿Cuántos acres tienes? —Unos trescientos cincuenta —respondió y luego añadió rápidamente, como excusándose—: Pero no olvides que comencé a comprar tierra por aquí hace más de veinte años. Acababa de empezar como aquel que dice. Fui comprando poco a poco. Y por aquel entonces se podía comprar tierra por dos duros. No como ahora. La mujer de Miller hizo su aparición, esbelta e intensa, embutida en pantalones vaqueros y un polo. Miller nos presentó. —¿Cuándo queréis comer? —preguntó. Me encogí de hombros y Miller respondió: —Deja que le enseñe el lugar primero. — Mientras me conducía hacia abajo por una suave pendiente, le pregunté si trabajaba alguna parte del terreno. —Dejo a un vecino que traiga a sus vacas a pastar a cambio de que me preste parte de su equipo pesado cuando lo necesito. Tengo un vivero donde cultivo algunos árboles para después venderlos. Y tenemos un huerto que nos mantiene abastecidos de fruta y verdura todo el invierno. Pero déjame que te enseñe lo que estoy haciendo aquí. Me hizo entrar en el granero, en el que había una habitación de invitados concluida años atrás y un taller de carpintería con todo tipo de herramientas para trabajar la madera. Unos obreros estaban instalando un cuarto oscuro y un estudio en forma de proa de barco para Mrs. Miller y un estudio-habitación de invitados alternativo para Miller. —Ahora te enseñaré dónde trabajo —dijo, y caminamos más allá de la terraza, subiendo una pequeña loma, hasta una cabaña de madera con el tejado de paja. Estaba amueblada con una mesa y una máquina de escribir, unas cuantas sillas, una sencilla cama y estanterías. Clavadas a la pared había fotografías de su esposa y su hija. No había el menor caos en la mesa; parecía casi demasiado pulcra para ser el lugar de trabajo de un escritor. Miller se dejó caer en una silla detrás de la mesa—. Mira-dijo—, aquí tengo todo lo que necesito y no hay teléfono. —¿Cómo calientas la cabaña? —Tengo eso— dijo indicando la chimenea—, y tengo electricidad, pero cuesta una fortuna. Por eso estoy pensando mudarme al granero. — ¿Qué haces cuando tienes que ir al servicio? —Señaló hacia la puerta abierta, riéndose ante la pregunta, propia de un hombre de ciudad. Empezamos a reconstruir nuestra vieja amistad, a ponernos al día el uno al otro de nuestras bendiciones y contratiempos familiares. Después de ser un hombre público durante tanto tiempo, Miller sigue mostrándose cauteloso y cerrado. Y como tantos otros hombres de teatro y políticos, consigue combinar una timidez extrema con una descarada conciencia de su propia personalidad, una inmodestia casi excesiva. —Estás engordando —

comenté. —No —respondió Miller dándose unas palmadas en su panza de hombre delgado y estirando sus largas piernas—. Es que no ando derecho. Pero si me pusiese a trabajar por aquí —indicó con un gesto de la mano la totalidad de la granja—, la perdería en un solo día. Cosa que pienso hacer. —¿Escribes todos los días? —Todos los días. A veces hasta siete días a la semana. Todas las mañanas me levanto a eso de las siete y a las ocho y media ya estoy aquí. Luego trabajo hasta... Bueno, eso depende del día. A veces casi no puedo ni llegar hasta aquí arriba. Otros días a las diez y media o las once ya estoy fuera; no consigo escribir gran cosa. Y hay días, cuando cojo la onda, que puedo trabajar ocho horas o más, a veces hasta empalmo un día con otro. Eso es lo estupendo de este sitio. Puedo marcarme mi propio ritmo, ir a mi aire. Si me entran ganas de escribir, no tengo ninguna otra cosa que hacer. —¿Cuánto de lo que escribes llegas a utilizar y cuánto desechas últimamente? —Depende de la obra que sea —dijo Miller, cogiendo su pipa e inclinándose hacia adelante para cargarla—. En esta última sólo he tirado unas setenta y cinco páginas. El texto completo ocupa alrededor de ciento cuarenta páginas. Así que no es nada. Pero normalmente, con todas las revisiones que suelo hacer, puedo escribir alrededor de unas dos mil páginas. —Encendió la pipa y exhaló—. Siempre trabajo con la máquina de escribir, además de dos o tres cuadernos de notas. —¿Para qué usas los cuadernos de notas? —Para bocetar escenas, para organizar las cosas, para desarrollarlas. A veces escribo un acto completo y luego uso sólo una escena. O escribo una escena entera y uso sólo una frase. Verás, voy descubriendo cosas, inventándome mi propia historia. Pienso sentado a la máquina. Pero hay otro modo de trabajar: sacarlo todo de un tirón. Me ha pasado a veces. Esta última la hice en unas seis semanas. El viajante también fue así. ¡Bum! Una explosión y estaba terminada. Pero Después de la caída me llevó mucho más de un año. — Una vez acabada una obra, ¿qué haces? —Escribo la obra para mí y si me gusta la representamos. —¿Así de fácil? —Sí. Voy a ver a Bob Whitehead (el productor) y le digo: "Vamos a hacerla". Y la estrenamos. Hay público para mis obras. Compran las entradas y vienen a verlas. Cosa por la que les estoy muy agradecido. —Incluso en ausencia de una estrella, ¿atrae con seguridad al público una obra de Miller? —Sí, desde luego —respondió, dándole una chupada a la pipa—. Más que ningún otro espectáculo, a excepción, quizá, de un musical. —¿Cuál es el siguiente paso en la vida de una obra de teatro? —Bueno, decidir quién va a dirigirla. Bob tiene sus ideas y yo las mías, así que damos paseos y finalmente las juntamos y tomamos una decisión. —¿No has pensado nunca en ser tu propio director? —No quiero serlo. Lo hice en El premio porque no tuve más

remedio. Tuvimos un desacuerdo con el director y sencillamente no había tiempo para buscar otra alternativa. Pero normalmente no quiero dirigir. No me interesa demasiado. Para ser director, hay que conocer idealmente a todos los actores disponibles. Hay que ser un hombre de teatro en el sentido de que te guste ir al teatro a menudo, cosa que a mí no me ocurre. Nunca me ha ocurrido. 'Y no se puede pensar en la dirección como en una tarea a desempeñar, sino como un medio de creación. Para mí, dirigir es posterior al acto creativo y detesto tener que hacerlo. Simplemente la idea, por ejemplo, de pasarme meses escuchando mis propias palabras repetidas una y otra vez es una perspectiva que se me hace odiosa. Y cuando diriges, tienes que estar presente en todos los ensayos. Oh, yo paso por allí un rato todos los días y siempre que ha habido que cambiar algo, pero no quiero ser director. "Además, aunque esto rara vez ocurre, siempre tengo la esperanza de que al director se le ocurra alguna idea maravillosa que no se me haya ocurrido a mí, en términos de puesta en escena, de decorados o algo así. Un buen director tiene que saber cómo tratar a los actores, especialmente a los actores norteamericanos, cosa que, básicamente, yo no sé hacer. Tiene que saber cómo comunicar con ellos a un nivel por debajo del verbal. Es a lo que mejor responden. —¿Quién es el director ideal para tu trabajo? ¿Qué tal Kazan, por ejemplo? —Kazan es un director maravilloso. También ha cometido errores, todos lo hacemos, pero es maravilloso dirigiendo actores y se organiza de un modo soberbio. Ahora estoy trabajando con Harold Clurman, y tiene cosas estupendas. Para empezar, lleva cuarenta y cinco años en el teatro y creo que es el mejor crítico que existe. Mío y de todo el mundo. Miller se levantó y estiró su largo cuerpo. —Vamos a comer —dijo. Se dio unas palmaditas en el estómago—. Es mi mala postura. Jamás fui capaz de mantenerme erguido, pero dentro de nada me pondré a hacer ejercicio y desaparecerá. El cuarto de estar de los Miller, que está separado de la terraza por unas puertas correderas de cristal, desprende una confortable sensación de abarrotamiento. Hay libros y revistas amontonados sobre una mesa de café de cristal; mesitas auxiliares con motivos españoles; paredes adornadas con carteles de teatro extranjeros anunciando producciones de obras de Miller; fotografías de Rusia de Inge Morath; una burlona licencia matrimonial de Saúl Steinberg, el caricaturista. Hay sillas Eames y una antigua mecedora, una alfombra moderna, viejas estatuillas, velones mexicanos. Y vida vegetal por todas partes. No comimos en la cocina, sino en un comedor alegre y tradicional. Mrs. Miller nos sirvió discretamente unos tacos excelentes con cerveza, peras y Brie de postre y un buen café. De algún modo, junto al codo de Miller se materializó una caja de Mallomar, que se dedicó a mordisquear

mientras discutíamos lo que el llamaba "la vertiente de partida de dados del teatro": —Supongamos que estrenas la noche equivocada. Si coincide con que hay algún gran acontecimiento, estás muerto; no importa qué clase de obra tengas entre manos. Si todo el mundo tiene los ojos clavados en la página 1, no puede importar menos lo que haya en la página 47. 'Y hoy en día, incluso antes de estrenar, está el problema de elegir a los actores. Antes, casi todos los buenos actores estaban disponibles en Nueva York, pero hoy el teatro se ha convertido en una actividad marginal también para los actores, en algo que se dignan considerar cuando no están haciendo una película o una serie para la televisión, o cuando ya no les llaman para el cine, cosa que a mí no me importa porque eso no significa que estén acabados como actores. Pero sea como sea, el caso es que haces una lista, pongamos, de treinta actores, y hay dos de ellos en los que estás realmente interesado. Pues lo más probable es que no puedas conseguir a esos dos actores, por razones que no tienen que ver con la obra ni con nada. Y no te queda más remedio que esperar, que es lo que he decidido hacer con mi nueva obra. —Dada la realidad del teatro, ¿compensa seguir escribiendo para él? —Desde luego que no. No tiene el menor sentido. Tiene uno que estar absolutamente obsesionado y descerebrado por la grandeza del medio, porque, objetivamente, no tiene el menor sentido. —¿Por qué lo haces? —Me encanta. Sencillamente me encanta —respondió Miller metiéndole mano a la caja de Mallomar—. Me encanta el escenario. Lo hago por mí mismo. —¿Cómo te va, desde el punto de vista económico? —Mis obras se representan en todo el mundo. Llevo ya muchos años ganándome la vida básicamente gracias a producciones nacionales y extranjeras de aficionados y semiprofesionales. Y por supuesto, he tenido obras en cartel casi cada dos o tres años en Nueva York. Tengo asegurado que habrá representaciones en París, Londres, Italia y en toda Alemania. Eso es lo que me permite seguir adelante. —¿Tienes la vida resuelta? —Sí. Puede que no para el resto de mis días, pero sí para mucho tiempo. No creo que vaya a necesitar mucho más. Soy el dueño de esta casa y no tengo que pagar ningún alquiler, sólo los impuestos, así que tengo techo. Y siempre podría dedicarme al periodismo si fuera necesario. —¿Cuándo fue la última vez que tuviste dificultades económicas? —A mediados o finales de los años cincuenta, supongo. —¿No fue ése un periodo de esterilidad según los críticos, el correspondiente a los años que pasaste con Marilyn Monroe? —¿Estéril? —replicó Miller sacudiendo la cabeza—. Fue entonces cuando hice Vidas rebeldes. Y empecé una película para la New York City Youth Board, pero me echaron a patadas en medio de una gran campaña contra el izquierdismo. ¿Estéril? En todo aquel periodo no tuve un solo día

desocupado. —Volvió a sacudir la cabeza—. Sea como fuere, eso ya pasó. Gracias a Dios. Y ahora tengo más cosas que hacer que tiempo para hacerlas. Además de la nueva obra, tengo una casi terminada y otra a la que estoy empezando a dar forma. Mrs. Miller contestó al teléfono en el cuarto de estar y no tardamos en oírla hablando en ruso. —Es una mujer increíble —dijo su marido—. Cuando volvimos de Rusia hace unos años decidió aprender ruso. Y lo ha hecho. —¿Qué sientes —se me ocurrió preguntar de repente— hacia el Movimiento de Liberación de la Mujer? —Creo que en buena parte es magnífico —replicó Miller—. Creo que mucho de lo que dice tendría que haberse dicho hace mucho tiempo, pero como todo en este país, se dice de un modo histérico. Y estoy seguro de que la culpa de eso la tienen los medios de comunicación. Uno acaba cansándose hasta de decir la verdad. Es como si siempre tuviera que haber algo nuevo, así que son responsables de su perversión. No puedo tomarme en serio algunas de las idioteces que resultan de ese proceso. Por otra parte, estoy convencido de que si hablara con alguna gente del tema podrían convencerme fácilmente de lo contrario. Mencioné que él no había preparado la comida, aunque probablemente podría haberlo hecho. —Podría haberlo hecho —concedió Miller—, pero a Inge le encanta hacerlo. No me hubiera permitido preparar la comida. Mi esposa es capaz de cocinar en unos ocho idiomas y yo sólo sé preparar chuletas, pollo y filetes. —Alejó de sí la caja de Mallomar con gesto resuelto—. Lo he intentado, pero no funciona. Pasé un tiempo viviendo aquí solo. Intenté cocinar (tenía un montón de libros de cocina) y fue terrible. Hace falta cierto talento. Inge entró en la habitación, con un maletín fotográfico colgado del hombro. —Voy a salir a hacer unas fotos —le dijo a Miller—, pero volveré a tiempo para llevarte a recoger tu coche. Llamaron antes para decir que ya estaba listo. Le pregunté qué clase de coche era. —Un Mercedes 280 SEL. —Es un buen coche. —Sí, pero últimamente me está dando problemas. Eso sí, hay que reconocer que tiene un buen servicio. Y cuando va bien, me lleva hasta la ciudad en dos horas. —¿Vas mucho a la ciudad? —No tanto como antes. Ahora puedo pasarme un par de semanas sin ir. Y no lo echo de menos. Antes tenía reservada una habitación en el Hotel Chelsea, pero me di cuenta de que cada vez la usaba menos. Para mí no era más que un pie a tierra y había tantas prostitutas y chulos por los alrededores, todo el rato montando trifulcas, que no me gustaba llevar allí a mi mujer. Así que prescindí de ella. Ahora, cuando me quedo en la ciudad, lo hago en casa de algún amigo. Tengo suficientes amigos con casas grandes y con hijos crecidos que se han ido de casa, así que no me falta espacio. —¿Vas alguna vez al teatro? —Siempre voy a ver las obras de Pinter. Y voy a

teatros fuera de Broadway para ver obras de autores negros como Gordone y ese otro, Bullins, que me parece que casi tienen auténtica vitalidad. Su trabajo no es sencillamente un ejercicio de estilo sobre algún tipo de rencor de moda. Así que me alegro de que estén en cartel. —¿Lamentas la falta de dramaturgos en activo de tu propia generación? —Claro. Siempre es mejor que haya muchas obras interesantes en cartel, porque así la gente asume que, después de todo, en el teatro hay algo. Pero hoy en día me temo que se da por sentado por parte de los críticos, si se les puede llamar así, que es imposible que en el teatro pase nada bueno. Y ese apriorismo es ridículo. Supongo que resulta más fácil ser crítico en semejantes circunstancias. — Al margen de los supuestos, ¿no está realmente muerto el teatro? —No — respondió Miller sacudiendo enfáticamente la cabeza—. Ha habido un desplazamiento, pero no una destrucción. La ciudad de Nueva York se ha descompuesto. ¿Cómo iba a sobrevivir el teatro en una jungla así? No existe una comunidad, ni siquiera una imitación de colectividad. No hay comunidad suficiente para salvaguardar a un peatón, así que ¿cómo esperas que pueda existir el teatro? —Se inclinó sobre la mesa. "Mira. La clase media, que siempre ha apoyado al teatro, ha huido de la ciudad de Nueva York. Pero si dices: 'Por consiguiente el teatro ha muerto', no tienes razón. No es cierto. ¿Está muerto Macy's? ¿Qué pasó con Macy's? Se mudaron a los suburbios. ¿Está muerto el negocio de la venta de ropa al por mayor y al detalle? No. Simplemente ha respondido al cambio que ha experimentado la población. "De modo que en realidad hemos estado asistiendo a una transformación. La gente viene a Nueva York a ganar dinero, y sale huyendo tan pronto como puede. Y la ciudad carga con el lastre de tener un distrito teatral y con otra mierda ajena al teatro, como las negociaciones con los sindicatos y los agentes inmobiliarios, que se crearon en una era social totalmente distinta. Pero eso no significa que la forma teatral esté muerta. En absoluto. Le enseñé mi última obra a mi hijo. La leyó y le atrajo profundamente, pero no se trata de eso. Lo interesante fue su reacción. Dijo: 'Dios mío, qué cosa. Y está hecha sólo con palabras'. ¿Lo ves? Su opinión, o la de sus amigos, de que el teatro está muerto no hace más que enmascarar el hecho de que no han llegado a descubrirlo. Nacieron con la TV, en una época en la que prácticamente no había teatro. Aún está por descubrir y opino que regresará. Puede que no mañana o el año próximo, pero tengo el presentimiento... no el presentimiento, la seguridad, de que llegará el día en que el teatro se sobrepondrá de nuevo a todos los obstáculos por la sencilla razón de que es de una simplicidad irreductible. El teatro es un hombre en el escenario cara a cara con otros hombres. De una forma u otra, esto siempre es posible. Requiere menos

medios que ninguna otra cosa, incluida la pintura. No hacen falta máquinas. No hacen falta lentes. No hacen falta luces. Hace falta un telón y un actor. Eso es todo lo que necesitas; no hace falta nada más. Excepto cierto grado de silencio, cosa que a veces resulta difícil de lograr. Miller sonrió y se puso en pie. —Vamos —dijo—, salgamos fuera y tomemos el aire. Hace demasiado buen día para desperdiciarlo aquí dentro. Nos sentamos en la terraza, mirando hacia las redondeadas colinas, y empezamos a charlar para pasar la tarde. Le pregunté qué novelistas contemporáneos le gustaban. Miller encendió su pipa y se lo pensó un momento. —No leo demasiadas novelas —dijo—. Quiero decir que empiezo a leer muchas, pero nunca las acabo. Leí el último libro de Bellow, Mr Sammler's Planet, pero me gusta todo lo que escribe. Aún disfruta escribiendo, que es lo fundamental. Por el mismo motivo me gusta mucho el trabajo de Roth. Parece pasárselo bien escribiendo. Algunos críticos, señalé, ven un creciente, o más explícito, espíritu judío en el trabajo de Miller. —No creo que sea así —dijo, negando con la cabeza—. Yo no soy consciente de ello. La novela que escribí en 1945, Focus, trata de un judío y del antisemitismo y demás. De modo que si esa preocupación existe, se remonta a mucho tiempo atrás. Y supongo que mi nueva obra es judía en el sentido en que lo es el Antiguo Testamento, pero no veo que esté emergiendo ningún espíritu en especial. —¿Qué crees que está emergiendo en tu trabajo? —Soy incapaz de ver o predecir el futuro, pero creo que mis obras se van haciendo cada vez más mitológicas; los personajes están volviéndose menos psicológicos. Por ejemplo, en mi última obra son directamente mitológicos. Quiero decir que aparecen Dios y Lucifer, y Adán y Eva, y Caín y Abel. Puede que para los demás no sea tan evidente como para mí que los personajes de todas mis demás obras son también mitológicos. En Incident at Vichy, por ejemplo, no intentaba delinear personajes psicológicos. De hecho, hice todo lo posible porque no fueran nada parecido. Los personajes representaban funciones de la sociedad y no me interesaba si tenían o no manías. —¿Quieres decir que estás volviéndote menos naturalista y más simbólico? —Sí —respondió Miller, dando chupadas a la pipa—. Creo que en última instancia, si vives lo suficiente, ahí es donde acabas de un modo u otro. Creo que finalmente acabas viendo modelos. Cuando eres más joven, el individuo eclipsa tu visión, pero cuando has visto tres, cinco, treinta variaciones sobre el individuo, empiezas a distinguir un arquetipo al acecho. No obstante, a nivel consciente, siempre he intentado e intento colocar a personas sobre el escenario. Es evidente que todas ellas son proyecciones de mi propio yo, como ocurre con cualquier otro escritor, pero creo que no consigo escribir hasta que percibo

algo de mythos. No creo que fuera capaz de generar suficiente energía para escribir una obra completa sólo para contar una historia acerca de unos personajes psicológicamente interesantes. Probablemente, el más psicológico de mis personajes fuera Willy Loman. Y hoy soy consciente de que en él estaba planteando algo que iba más allá de Willy Loman: la cualidad táctil de la experiencia de ese personaje en cuestión. Comenté que no dejaba de ser irónico que Miller fuera especialmente conocido por su realismo y que él considerara que la abstracción era el hilo conductor que conectaba toda su obra. —Sí—respondió—. Pero verás, antes de Todos eran mis hijos (All My Sons) había escrito trece obras de teatro, de las cuales ninguna era realista y ninguna me llevó a ninguna parte. Así que a los veintinueve años decidí que no estaba dispuesto a dejarme la vida en nada semejante. Ya era padre y no me veía escribiendo una obra tras otra sin conseguir nada. Me senté a escribir una de la que nadie pudiera decirme, como había ocurrido con todas las otras: "¿Y esto qué significa?" o "No entiendo aquello", ni nada parecido. Me pasé dos años escribiendo aquella obra, sólo para saber si era capaz de hacerlo, porque hasta entonces había trabajado en un teatro artístico, y no conocía ninguna otra cosa. Lo que no significa que, en el fondo, no fuera simplemente un autor realista. —¿Qué habrías hecho si Todos eran mis hijos no hubiera tenido éxito? — No tengo ni idea. —Se sacó la pipa de la boca y se quedó mirándola—. Probablemente, habría seguido adelante a pesar de todo. También puede que no lo hubiera hecho, porque soy capaz de hacer un montón de cosas. —¿Como qué? —Diversos tipos de trabajo, por ejemplo el de carpintero. Un buen carpintero gana hoy en día más que el noventa y cinco por ciento de los miembros del gremio de los autores. Además tiene un mes de vacaciones, no olvides eso. Ocho dólares la hora. Eso son sesenta y cuatro dólares diarios. Eso es lo que ganan aquí. Sabe Dios lo que sacarán en la ciudad. —¿Te has planteado hacerte novelista? —Por algún motivo los libros siempre me han resultado un tanto remotos. No ofrecen la misma emoción que produce la experiencia directa de una confrontación con el público. Creo que mi talento siempre ha estado esencial y fundamentalmente orientado al teatro. Nunca me he sentido cómodo escribiendo de otra manera. Verás, puedo lograr en tres páginas de diálogo lo que me llevaría innumerables páginas en un relato. Sé que puedo trasladar a dos horas sobre el escenario lo que sería una novela de 2.000 páginas. "Además, existe una estructura dramática que para mí es fascinante. Me encanta alterarla y darle forma de nuevo. Y me gusta actuar mientras escribo. Quiero decir que yo soy todo el elenco, interpreto todos los papeles. Eso no lo puedes hacer con un libro. Y también me encantan los

actores reales. Me gusta sentarme allí, cambiar una línea y ver cómo se produce una explosión que no habría existido si esa línea no se hubiera cambiado. "De modo que es probable que al fin y al cabo no hubiera podido dejar de escribir teatro. Puede que siempre lo haya llevado grabado en el cerebro. Quiero decir que tuve oportunidades de ir a Hollywood mucho antes de que se estrenara Todos eran mis hijos. Tienes que recordar que en aquellos tiempos en Hollywood se hacía una película nueva todos los lunes. Se rodaban cientos de películas todos los años. En comparación con Broadway, que ya entonces se decía que estaba agonizando y a punto de desaparecer, era un lugar sofisticado, atractivo, prestigioso, con todo tipo de tareas muy bien remuneradas para los escritores. —Miller rió entre dientes. "Ni siquiera necesitabas haber escrito una obra de teatro. Sólo tenías que hacerte llamar dramaturgo. Había un tal coronel Joy, sí se llamaba así, coronel Joy, que se llevaba autores de teatro a la costa a carretadas. En una ocasión, todo el mundo al que yo conocía, con muy pocas excepciones, desapareció de los tugurios de Nueva York de la noche a la mañana. No quiero dar ningún nombre, pero sé de dos tipos que yo pensaba que eran dramaturgos de talento que jamás volvieron a escribir una línea. Y conocía a otro que tenía una obra notable prácticamente terminada. Nunca llegó a acabarla. De hecho, siempre que pasaba por allí iba a verle. Y un día me dijo, con total seriedad, una cosa terrible: '¿Qué trabajo tienes entre manos?', me preguntó. 'Estoy escribiendo una obra de teatro'. Él dijo: '¿Para quién?'. Yo contesté: 'Bueno, sólo estoy escribiéndola, luego ya veré para quién es'. 'Ah', dijo él, 'quieres decir que la estás escribiendo especialmente'. "Así es la cosa. Llevaba mucho tiempo viviendo en Hollywood. Y creo que al cabo de cierto tiempo allí pierdes tu independencia, la sensación de que de algún modo tienes derecho a invertir tu vida, tu talento y tu tiempo en lo que mejor te parezca. Le sugerí que habláramos brevemente de política, y Miller dijo en tono cortante: — Detesto la política. —Está bien —dije—, entonces hablemos de tu puritanismo. —Miller alzó las cejas y frunció los labios—. Clurman dice que en tu juventud eras mucho más puritano, que estabas más seguro de ti mismo que ahora. ¿Crees que hay algo de cierto en eso? —Era un puritano y no tenía seguridad en mí mismo —rió Miller—. ¿Qué puritano puede sentirse seguro de sí mismo? —¿Te sientes más seguro de ti ahora? — Bueno, ahora sé ciertas cosas por las que siento más confianza. Como ya he dicho, no es más que consciencia de la repetición. Sé que puedo confiar en cierta medida en los patrones, y en esa misma medida me siento más seguro que antes. Pero el "puritanismo" no acaba de tener relación con lo que nos ha pasado a mí y a mi trabajo. Más bien diría que al principio ponía el

énfasis en escribir como si estuviera legislando, como si el mundo debiera estar ordenado con arreglo a las implicaciones de mi trabajo. Posteriormente, por lo que se refiere al énfasis, el "Esto es lo que hay" desplazó al "Esto es lo que debería haber". Lo que, dije, nos llevaba de vuelta a la política. —Mira —replicó Miller inclinándose hacia adelante y poniendo la pipa sobre un mesita—. Que yo diga que detesto la política no significa que le dé la espalda. Es imposible hacerlo. La política es como atarse los zapatos o ganarse la vida. Y, que Dios nos ayude, sé que nuestro sino es político. Con todo, pienso que la política está cada vez más desconectada de lo que realmente ocurre. Esto jamás había sido tan cierto. Hoy en día es casi irrelevante qué partido ocupa el Gobierno. —¿No tiene importancia que en 1968 perdieran los demócratas y ganaran los republicanos? —Nixon es irritante —replicó Miller—, pero en cierto modo eso es bueno. Así están claras las cosas. No queda la menor duda sobre qué es lo que está pasando. No sufres el espejismo de que un buen hombre está cometiendo un error, ni aspiras a que se dé cuenta. —¿A quién apoyará Miller, delegado de MacCarthy en la Convención Demócrata de 1968, en 1972? —Excepto McGovern, no hay ningún candidato, en mi opinión, que pueda cambiar las cosas. Y, precisamente por eso, no creo que McGovern tenga la menor oportunidad. Verás, lo que está ocurriendo, lo que lleva treinta años ocurriendo, es que nos hemos convertido en un estado corporativo. El Estado tiene como misión permitir que inmensas corporaciones desarrollen sus actividades. Todo lo demás es incidental. Siempre hay conflictos entre corporaciones y entre el Gobierno y las corporaciones, pero lo que tenemos fundamentalmente es una especie de socialismo corporativista. —¿Entonces sólo los militantes ofrecen alternativas? —No —respondió Miller con un estremecimiento—, porque no han llegado a plantear ninguna alternativa libertaria. La única alternativa que han planteado, si prescindes de la retórica y la verborrea, no es en realidad más que otro tipo de socialismo autoritario. Quiero decir que hasta la retórica es intolerante, autoritaria y tiránica. El verdadero enfrentamiento radica en que este sistema impide que el hombre florezca libremente. Así que ¿por qué demonios iba a dejarme arrastrar por una retórica que pretende suplantar una ideología opresora por otra supresora? No estamos en 1932, cuando aún podía uno hacerse ilusiones acerca de la Unión Soviética. Quiero decir que entonces se podía decir, como hice yo — porque creía en lo que decía y no me avergüenzo de ello, dado que todo el que tuviera dos dedos de frente no podía menos que decir lo mismo— porque, racionalmente, la idea socialista de la Unión Soviética tenía mucho más sentido que lo que pasaba aquí. La gente hacía cola para conseguir

pan y los que poseían un título tenían suerte si conseguían trabajo vendiendo corbatas en Macy's o repartiendo el correo. Era todo muy fuerte. —¿Cuál es tu posición política ahora? —Bueno —dijo Miller golpeando la pipa contra la palma de su mano—, todo el mundo alberga algún tipo de ira incorpórea o confusa, pero creo que alguien, y sé que esto parece una cursilada, tiene que tomar partido por la libertad. Por ejemplo, cuando me convertí en presidente del PEN Internacional en 1965, me quedé boquiabierto al comprobar la cantidad de escritores que había en la cárcel tanto en el mundo libre como en el bloque socialista. Cada vez que empezaba a hablar del tema la gente decía: "No hay más remedio que tener escritores en la cárcel, va con el territorio", o "No se puede hacer una revolución sin romper los huevos". Pero yo creo que el ser humano tiene que ser actualmente el centro de cualquier ideología en curso. Quiero decir que la gente ya no piensa así. Son todos traficantes del poder. Lo redistribuyen para que todo vuelva a ser lo mismo otra vez. Miller hizo una pausa y lanzó un largo suspiro. —Tal vez sea nuestro destino —dijo—. Puede que estemos condenados, pero mi tarea personal, tal y como yo lo veo, es no involucrarme en ese aspecto. —¿Acaso no lo has hecho en el pasado? —Por supuesto. Yo creía lo mismo hace años, que para hacer una revolución había que meter en la cárcel a toda la clase media. Parecía lógico, intelectualmente consistente. Pero eso fue antes de que empezara a conocer a algunas de las personas que estaban en la cárcel y a algunas de las que estaban metiéndolas allí. —¿Cómo son políticamente tus hijos? —Creo que se muestran distanciados. ¿Cómo voy a culparles? ¿Con qué bandera iban a sentirse identificados? Pienso que una de las cosas buenas que tiene esa generación es que han entrado y han salido a toda prisa, y no han tenido tiempo de quemarse demasiado. Después de todo, para ellos Eugene McCarthy fue una decepción, pero no más importante que un grano en la nariz. No han tenido que pagar el precio que pagó mi generación. Muchos de nosotros fuimos masacrados, tanto intelectualmente como en formas peores. Nos arrancaron el corazón. Aquél fue un proceso más lento. Tuvimos que atravesar la guerra de España, la II Guerra Mundial, el periodo nazi, la reconstrucción de Europa y todo lo demás. Fue cosa de veinte años; la decepción hoy es cosa de veinte meses. Inge regresó y avisó a Miller de que tendría que salir en breve. Dije que sólo me quedaban dos preguntas por hacerle. La primera era que cuál pensaba que era su reputación literaria en ese momento. —No tengo ni la menor idea —respondió. —Alguna gente cree que tu trabajo ha ido cuesta abajo continuamente desde El viajante. —Yo no lo veo así. He tenido que enfrentarme al problema de salir de Broadway, donde estaba nuestro único

teatro profesional. Algunos críticos jamás fueron capaces de aceptar la idea de que el producto de un establecimiento comercial pudiera tener nada que ver con el arte. Era simplemente inconcebible. Y todo eso antes de que se escribiera una sola crítica. Si el público se mostraba atraído hacia tu trabajo aquello era prueba concluyente de que no podía tener el más mínimo valor. Ahora bien —dijo riéndose—, El Grupo puede arruinar a alguien como Mary McCarthy. Así que, como ves, la ironía sigue su camino implacable hasta su amargo final. Por consiguiente, no puedes hacer más que sonreír ante todo el asunto. No es más que un juego, una ilusión en una habitación pequeña. —¿Qué será de tu reputación en el futuro? —Es imposible contestar a eso. Quiero decir que cuando yo empezaba a despegar consideraban la obra de O'Neill como poco más que cháchara pasada de moda. Y mírale ahora. O por el contrario, mira el caso de Hemingway. A la vista del impacto que ese hombre tuvo sobre las letras hace quince o veinte años, se hace difícil creer que hoy en día mencionar su nombre sólo despierte una mueca burlona en la gente. Miller miró hacia las colinas durante un momento. —Es imposible —concluyó —atribuirle valor alguno a una estimación hecha en el presente. Sólo puedes coger una cosa, relacionarte con ella y decir: "Creo en esto. Satisface algún aspecto de la realidad que reconozco en mí. Me emociona de este modo. Me emociona de aquel otro". Y al diablo con todo lo demás. Se levantó, nos despedimos, y se dirigió con grandes zancadas hacia el Volkswagen que le esperaba para llevarle a recoger su Mercedes.

BETTE DAVIS

Entrevistada por Rex Reed (New York Daily News, 12 de octubre de 1975)

La actriz norteamericana Bette Davis (1908-1989) nació en Massachusetts y asistió a la escuela John Murray Anderson. Tras dedicarse al teatro de repertorio y a las galas estivales, hizo una prueba para la pantalla y fue contratada por Warner Brothers. Hizo su primera película en 1931. Durante los siguientes quince años fue una de las actrices más taquilleras. A lo largo de su prolongada carrera obtuvo diez nominaciones a los Premios de la Academia y ganó dos Oscar, uno en 1935 por Dangerous (Peligrosa) y otro en 1938 por Jezebel (Jezabel). Rex Reed nació en Texas en 1938 y estudió en la Universidad Estatal de Luisiana. Tras graduarse, trabajó como crítico cinematográfico para las revistas Holiday y Woman's WearDaily y se ocupó de la crítica musical en Stereo Review. Más adelante se convirtió en columnista para el conglomerado periodístico Chicago Tribune-New York Daily News Syndicate y en crítico de cine del New York Daily News y Vogue. Sus entrevistas, recopiladas en varios volúmenes, han aparecido en The New York Times, Esquire, Gentleman's Quarterly y Ladies'HomeJournal. A Davis le molestó que Reed incluyera un comentario que ella había hecho, referente a que el matrimonio Burton había eludido el pago de impuestos fijando su residencia en Suiza (pensaba que Elizabeth Taylor podría sentirse ofendida). Ava Gardner, protagonista de la entrevista más reeditada de Reed, detestaba el modo en que él la había retratado en letra impresa, aunque no puso en cuestión la exactitud del artículo de Reed. Se había negado a permitir al periodista que tomase notas, así que éste tuvo que refugiarse una y otra vez en el cuarto de baño para garabatear los mejores comentarios de ella y reprodujo el resto de memoria. El gobernador de Georgia, Lester Maddox, consideró que la entrevista con Reed le había hecho tanto daño que nunca volvió a conceder otra mientras ocupó cargos públicos. Entre otras muchas entrevistas, la que Reed hizo a Tennessee Williams (demasiado extensa para incluirla en esta antología) destaca como un clásico del género. San Francisco... Van y vienen con sus sarongs y sus patines y sus gafas de sol de color zafiro, pero no hay más que una reina de la pantalla plateada. Siempre lo fue, sigue siéndolo y siempre lo será. Se abrió paso con uñas y dientes hasta la cima y sus garras aún son afiladas. —Nunca fui, repito, nunca, una estrella de la pantalla como lo fue Joan Crawford —puntualiza Bette Davis—. Yo era

*más como Katharine Hepburn y otras que venían del teatro. Nosotras sabíamos actuar. Le tiemblan las aletas de la nariz y sus ojos se dilatan como blancos en un campo de Uro. Subraya cada palabra y cada gesto con una bocanada de humo del cigarrillo, dando la impresión de que camina en medio de una formación de cúmulos nubosos. Son las cuatro de una fresca y soleada tarde de San Francisco. Queda una jornada para que Bette Davis concluya el rodaje de su película número 85: *Burnt Offerings* (Pesadilla diabólica). Se trata de una de esas historias góticas de terror acerca de una familia que se ve empujada a la locura y la muerte por una vieja casa embrujada. Karen Black y Oliver Reed son la pareja joven y Bette hace el papel de su tía. Está siendo rodada enteramente in situ por un realizador recién llegado de la televisión. Dan Curtís. La legendaria Madre Maldición (Mother Goddam), que llevó a la Warner Brothers a su cénit y al mismo tiempo la hizo caer de hinojos, recorre el vestíbulo de la suite de su hotel Victoriano como un león enjaulado. —Me siento como si hubiera pasado las últimas seis semanas en prisión. Me he traído mi propia cafetera y mis fotos de Connecticut para que me recuerden mi hogar, pero no veo el momento de salir de aquí. Adoro San Francisco porque todas aquellas escenas de teatro de *All About Eve* (Eva al desnudo) se rodaron aquí, y siempre me ha traído suerte. Es la gran ciudad del futuro, aunque esté situada en mitad de una falla, esperando otro terremoto en cualquier momento. "Aun así odio rodar fuera del estudio. Trabaja una seis días a la semana de seis de la mañana a seis de la tarde. Esto sale por un riñon en comida, hotel y transporte. Las condiciones son espantosas, el dinero escaso y todo es un caos absoluto. Esta película ha sido como la noche de los aficionados en Dixie. Después de *Baby Jane* (¿Qué fue de Baby Jane?) dije que nunca volvería a actuar en una película de terror. ¡Y héme aquí, en la más horrorosa de todas! "¡Hoy en día tienen un modo nuevo de hacer películas, y apesta! Llevo en este negocio cuarenta y cinco años, y en todo ese tiempo no han aprendido nada de nada. Siguen cometiendo los mismos errores..., no hacen más que derrochar, derrochar, derrochar. Ésta es a la vez la industria de la mezquindad y la del gasto desorbitado. Mi maldición es que he sido siempre una perfeccionista y eso ha dejado de existir. "La hija del director de esta película se suicidó y tuvimos que parar una semana. Después despidieron al cámara porque no conseguíamos ver nada en la pantalla de lo oscuras que estaban las tomas. Hubo que perder dos semanas más para repetir los planos, porque los anteriores no servían. Karen Black apareció embarazada de seis meses, así que tuvieron que rehacer todo su vestuario porque no le entraba la ropa. Se cambia de maquillaje en mitad de una escena así que nada casa en la pantalla.*

Duerme todo el día, nunca va a los visionados para ver qué tal lo ha hecho y resulta imposible distinguir una condenada palabra de lo que dice durante el rodaje. ¡Cuando yo intervengo en una película se me escucha hasta en un túnel! Oliver Reed llega cargado al hotel a las cinco de la mañana y a las seis aparece en el rodaje con una resaca de tres pares de narices. ¡La otra noche se cayó rodando por una ladera mientras tocaba la gaita! "Vive al otro lado del pasillo. Llamé al gerente del hotel e hice que me pusieran seis cerrojos en la puerta. Nunca en mi vida he bebido durante un rodaje, y nunca lo haré. Preferiría caerme muerta antes que hacerle una cosa así a una compañía que funciona con un presupuesto tan apretado. "Me he pasado los últimos dos días retorciéndome y agonizando, convirtiéndome en la encarnación misma de la cólera divina. Le he dado vueltas a mi peinado, al maquillaje para envejecerme, a las bolsas bajo los ojos, a las caídas al suelo... Me he pasado semanas planeando los movimientos de la escena de mi muerte. Todo el mundo cree que estoy loca por tomarme tanto trabajo. Anoche a las seis, después de pasar todo el día muriéndome, acabé tan cansada que no podía ni moverme, y resulta que ni siquiera estaba allí mi maquillador para quitarme el maquillaje. ¡Estaba en el patio de delante, jugando al críquet! ¡Le digo a usted que la profesionalidad, tal y como yo la entiendo, ha muerto! Sirve café, abre una ventana, sacude la mano, cierra la ventana, va sembrando de ceniza su agujereada bata blanca de camarera, reordena las cartas del solitario que hay sobre la mesa, descuelga el teléfono, descubre a un hombre calvo abajo en la piscina que le recuerda a su tercer esposo y lanza un rugido, esparce lápiz labial sobre su boca como si fuese yodo, vacía diez ceniceros repletos de colillas... Avanza como una locomotora por la habitación, echando humo y fuego. Está claro por qué una imagen en blanco y negro era demasiado pequeña para contener su energía. Desborda la habitación del mismo modo que desbordaba los límites de la pantalla. Es más grande que la vida. —Difiero de la opinión de los espectadores en ese punto — refunfuña—. El mayor placer para mí en la actualidad no es el cine, sino viajar alrededor del mundo con mi velada de fragmentos de películas y conversación a cuestas. Al final, invito al público a que me haga preguntas y siempre hay alguien que dice: "Usted era mejor que las películas que hacía". Y algún otro comenta: "Lo que se me ha quedado más grabado es que usted fumaba en todas las películas. Mucho después de haber olvidado la película aún la recordamos a usted fumando". Yo contesto: "Olvida usted todas las heroínas que he interpretado. No en todas las películas salía fumando. También he hecho papeles de profesora y de ama de casa".

"Pero algo que he tenido que aceptar es el hecho de que no querían verme

como una maestra de mediana edad. ¡La imagen que tienen de mí es la de una mala puta! Si interpretaba personajes así, o a mujeres nerviosas, hurañas, o llenas de energía, empleaba los cigarrillos como parte de la caracterización del personaje. ¡Si representas a una mujer que fuma, no puedes encender un cigarrillo en la primera escena y no volver a fumar en toda la película! ¡Hay que hacer que el humo mane de la boca y flote por toda la pantalla! En realidad, uno no entrevista a Bette Davis. Se limita a sentarse y a toser mientras la nube de humo se convierte en un tornado, a dejar que sea ella la que lleve todo el peso de la conversación. Ha estado en todas las batallas, ha sido portaestandarte de todas las banderas y se ha ganado el derecho a decir lo que le venga en gana. Es fuerte y dura; es coqueta y atrevida; es fresca como una lechuga y cálida como el chocolate caliente. Es un millón de cosas para un millón de personas, pero no es ni ha sido nunca una farsante ni una pelmaza. —Soy como un gato —ronronea sonriendo de oreja a oreja—. Si me tiran al aire, siempre caigo de pie. Me he pasado toda la puñetera vida diciendo: "¿Por qué tengo yo que pedir perdón por ser brillante?". Y no voy a cambiar de táctica ahora. Bogart y yo nos largamos de la Warner dieciséis veces, pero sobrevivimos. Cuando llegaron las películas de terror, trabajé en ellas en lugar de quedarme en casa como otras. Odiaba los programas de entrevistas cuando surgieron, pero asistí a ellos. Del primer paquete de películas que la Warner vendió a la TV hace veinte años, sesenta y cinco títulos eran míos y no vi ni un duro de derechos. Aunque tampoco me quejo, porque ahora esas películas las han visto millones de personas y mi carrera sigue viva. "Desde que empecé en los años treinta, he hecho ochenta y cinco películas, y ahora estoy acabada. Ya no me quedan fuerzas. Nunca seré pobre, pero tampoco rica. De todos modos, nunca sería capaz de largarme a Suiza y robarle a este país como han hecho los Burton. El sentimiento de culpabilidad no me dejaría dormir. Si tuviésemos un grupo de presión como el que tienen los traficantes de armas gobernaríamos el país, pero los actores son la gente más acojonada que jamás haya existido. "Total, que estoy hasta las orejas de impuestos y deudas, y por eso abandono mi casa de Connecticut cada pocos años y me pongo a trabajar. Sólo puedo permanecer en mi refugio un tiempo limitado, así que salgo y me pongo en marcha otra vez. Lo hago en parte por el dinero y en parte por mí. El año pasado sus seguidores se sintieron frustrados por la suspensión de una versión musical estrenada en Filadelfia de su famosa película The Corn is Oreen. El musical, que estaba destinado a estrenarse en Broadway, con millones de entradas vendidas por anticipado merced a la expectación creada por su regreso a los escenarios, se titulaba Miss Moffitt. Cuando habla del asunto la ira se apodera de ella.

—Fue un error. El público me aplaudía y me ovacionaba puesto en pie noche tras noche, pero yo sabía que no era eso lo que buscaba. Quería que hiciese de mujer mala, no de maestra. Las canciones que yo cantaba eran preciosas, y las cantaba bien, pero aquello fue un infierno. Tuve que llevar la carga de los cambios en el guión y pasé tres semanas de tratamiento en un hospital a causa de los nervios y la tensión. Cuando llevas auestas la responsabilidad de un espectáculo lo pasas terriblemente mal. 'Joshua Logan acabó conmigo en tres semanas. Estaba aterrorizado por lo que pudieran decir los críticos y se puso a cambiar cosas la noche del estreno en Filadelfia. Yo tenía un año de giras por delante para hacer esos cambios, pero no podía trabajar doce horas al día e interpretar un espectáculo diferente por la noche. ¡Pretendían que me aprendiese cuarenta páginas en cuatro días! Tenía que recuperar la salud para estar en condiciones de concentrarme en esa clase de trabajo. Así que lo dejamos. ¡No pienso volver a acercarme a un escenario mientras viva! Ahora está concentrada en su espectáculo en solitario, con el que ha recorrido ya Estados Unidos, y está haciendo los preparativos para un mes de galas, con todas las localidades ya vendidas, en Inglaterra, Gales, Escocia, Irlanda y el Palladium de Londres. —Cuando empecé con esto estaba asustada, pero ahora me encanta. Nadie puede imaginarse lo que el cariño y los aplausos significan para mí. Seguir adelante, no repetirse, aprender a relacionarse con el público, en eso es en lo que yo creo. Al salir, siempre miro a mi alrededor y exclamo: "¡Vaya pocilga!" y el local se viene abajo. Desde ese momento saben que no va a ser una noche pomposa, que van a pasárselo de miedo. "Me han preguntado de todo. Una mujer quiso saber cuál de mis cuatro maridos era mi favorito, y le contesté sin pestañear siquiera: 'Es evidente que ninguno de ellos, ya que les he puesto a todos de patitas en la calle'. La pregunta más peliaguda fue: '¿Qué haría si el presidente Nixon se presentase a cenar en su casa?'. Después de pensármelo un momento respondí: 'Lo mismo que Baby Jane. ¡Le serviría una rata muerta!'. Es entristecedor ver a una mujer tocada por la historia haciendo películas con la inexpresiva Karen Black, pero el día en que tocaba filmar la gran escena de su muerte se presentaron cuarenta periodistas en el rodaje. Bette le gritó a la encargada de publicidad: "No quiero verles. Dícales que entrevisten a Karen Black. ¡Ella es la estrella!". Ni uno solo de los periodistas quiso entrevistar a nadie que no fuera Bette Davis. —Es mi sino —suspira ella—. Soy la dama más encantadora que jamás haya pisado el planeta, pero han hecho de mí un monstruo. Intentaron chantajearme, echarme de Hollywood, arruinarme, pero fui más lista que todos ellos. Gané dinero y me gané el respeto del público, y eso es lo que la convierte a una en una

estrella. Los chicos de hoy en día no tienen la menor oportunidad. "Cuando hice Dark Victory (Amarga victoria), Jack Warner comentó: '¿A quién va a interesarle ver cómo una mujer se queda ciega y muere?'. Pero aun así me dejaron seguir adelante porque lo deseaba de todo corazón. Con lo que recaudaron con esa película se pagaron tres estudios de sonorización. Ahora los actores son lo de menos. Las estrellas son los directores, y para mí eso es triste. No hay papeles, no hay estrellas. Ya no queda emoción en la pantalla. Es la última de una estirpe en vías de extinción. Incluso tiene ya comprada y pagada la parcela de la tumba donde será enterrada en Forest Lawn. —Es la ironía final —exclama con voz chirriante. ¡Desde el sitio donde me enterrarán, puedes mirar hacia abajo y escupirle a la Warner Brothers! Que nadie se haga ilusiones. Tiene sesenta y siete años, pero se aceptan apuestas. Yo apuesto a que Bette Davis nos enterrará a todos.

JIMMY HOFFA

Entrevistado por Jerry Stanecki (Playboy, diciembre de 1975)

Jimmy Hoffa (1913-1975), cuyo verdadero nombre era James Riddle, nació en Indiana. Era almacenista de ultramarinos cuando se afilió al Sindicato de Camioneros en 1931. Trabajó hasta llegar a la cúpula de la organización y fue elegido presidente de la misma en 1957. Ese mismo año los camioneros fueron expulsados de la American Federation of Labour and Congress of Industrial Organizations (AFL-CIO, Federación Americana del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales) por negarse a suscribir su código deontológico. Hoffa fue investigado por el fiscal general Robert F. Kennedy y finalmente encarcelado en 1967 por intentar sobornar al jurado de un tribunal federal. El presidente Nixon le conmutó la sentencia en 1971 y se le concedió la libertad condicional a cambio de su dimisión como representante de los camioneros. Esta entrevista, la última que concedió Hoffa, fue realizada por Jerry Stanecki, un periodista de investigación que trabajaba para la emisora de radio WXYZ. Es especialmente memorable por la aparente obsesión de Hoffa con el tema de la muerte: desapareció el 30 de julio de 1975, cinco semanas después de la última sesión de la entrevista, y desde entonces se mantiene la hipótesis de que fue secuestrado y asesinado. El momento de la publicación de la presente entrevista y la peculiar naturaleza de los comentarios de Hoffa representaron para Playboy un éxito impresionante. De hecho, el número en que salía publicada estableció un récord de ventas en aquellos tiempos. El director de Playboy, G. Barry Golson, sugirió que la siguiente entrevista de Stanecki para la revista fuera con Elvis Presley. Estaban haciéndose los preparativos para la misma cuando Presley murió y Stanecky se mostró aliviado por no haberla conseguido ya que, en caso contrario, sus futuros candidatos a ser entrevistados podrían haberle considerado un gafe. De 1969 a 1973 Stanecki trabajó como periodista de investigación en la ciudad de Oklahoma. Su trabajo allí condujo a la inculpación y condena del gobernador David Hall por soborno y comisiones ilegales. En 1973 se incorporó a ABC News en Detroit, donde trabajó como reportero de radio y televisión, y posteriormente pasó a la emisora local de televisión de la CBS. Ha ganado cuatro Emmys, el premio de la United Press como el mejor periodista de noticias (tres años seguidos) y el premio de Associated Press por su cobertura de la desaparición de Jimmy Hoffa.

La pegatina del parachoques rezaba: ¿Dónde está Jimmy Hoffa? Llamen al 313-962-7297. La llevaba un viejo camión de remolque plano que recorría la autopista John C. Lodge en Detroit. Miles de pegatinas adheridas a los parachoques de camiones y coches de todo el país hacían la misma pregunta: ¿qué había pasado con el "hombrecillo" que hacía filigranas y traficaba con dinero, palabras y mazas desde las calles de Detroit hasta el monumental edificio que constituye el cuartel general internacional de los camioneros en Washington? Hoffa lleva desaparecido desde el 30 de julio de 1975. Su familia le vio por última vez cuando supuestamente salió de su casa para asistir a una reunión con el presunto mafioso Anthony "Tony Jack" Giacalone; el ex vicepresidente de los camioneros Anthony "Tony Pro" Provenzano, un hombre de Nueva Jersey supuestamente vinculado con la mafia; y Leonard Schultz, asesor laboral y presunto socio clave de Giacalone. Al parecer, la reunión había sido convocada para calmar las aguas tras una disputa que Hoffa y Tony Pro habían protagonizado mientras ambos cumplían condena en la penitenciaría federal de Lewisburg, Pensilvania. A las 2.30 p.m. Jimmy llamó a su mujer, Josephine, y le preguntó: "¿Ha llamado Tony Giacalone?". A las 3.30 p.m., Hoffa llamó a su viejo amigo Louis Linteau, que regenta un servicio de limusinas y líneas aéreas en Pontiac: "Tony Jack no se ha presentado, maldita sea. Voy para allá". Dos testigos vieron a Hoffa delante del restaurante Machus Red Fox de Bloomfield Township en Michigan, alrededor de la hora en que llamó a Linteau. No se ha vuelto a saber nada de Hoffa. El entrevistador Jerry Stanecki, periodista de investigación de la WXYZ Radio, informa: —Conocí a Jimmy hace alrededor de dos años. Su esposa y su hijo habían sido expulsados de su trabajo con los camioneros. Jimmy hijo, abogado, trabajaba como consejero; Jo como directora del grupo de acción política de la mujer. En los periódicos abundaban las especulaciones acerca de un agravamiento de la ruptura Hoffa-Fitzsimmons. La mayoría de los reportajes sugerían que era el propio Hoffa quien había filtrado dicha especulación a la prensa. Sólo después de ponerme en comunicación con la gerente del edificio que Jimmy posee en Florida para pedirle que llamara a la puerta de éste y le transmitiera la solicitud de que me localizara, descubrí que Hoffa no había hablado con ningún reportero. "Maldita sea, no he dicho nada parecido", me dijo. Al parecer, le impresionaron las molestias que me había tomado para ponerme en comunicación con él y obtener su versión de la historia. A partir de ese momento siempre estuvo disponible para mí. Hizo sus averiguaciones para comprobar si yo era digno de confianza, por supuesto. Y aparentemente, sí que lo era. En los últimos dos años he recibido frecuentes llamadas de

funcionarios del sindicato de camioneros diciendo: 'Jimmy dice que es usted de fiar. Esto es lo que está pasando'. Le vi en muchas ocasiones y hablé con él por teléfono literalmente cientos de veces. Hoffa, un hombre que odia a la prensa, parecía considerarme un amigo. Jimmy vivía en una modesta casa en la costa del lago Orion, a unas cuarenta millas de Detroit. Está rodeada por cuatro acres de tierra muy cuidada y adornada con estatuas de ciervos. Había instalado un balancín y un carrusel para sus nietos, a los que evidentemente adoraba. Cuando llegué a su casa para realizar la entrevista para Playboy, Hoffa me recibió con unos pantalones de faena, camisa azul y botas de media caña. Se sentía estupendamente. Era un día cálido y soleado de mayo. Caminamos primero hasta el lago que se extiende frente a la casa, donde había estado rastrillando hojas y ramas de la zona de baño. De vuelta en la casa, me ofreció café y pasamos a su nueva cocina. Allí nos sentamos y empezamos a hablar. —Tiene usted ya sesenta y dos años. ¿Se le ha dulcificado el carácter? —Yo no diría tanto. Más bien diría que ahora tengo más sentido común que antes. Antes era capaz de enfrentarme a cualquiera. Ahora selecciono a la gente a la que me enfrento. —¿Es usted muy rico? —Creo que tendré lo suficiente para comer y vivir cómodamente el resto de mi vida. Pero por lo que se refiere a cuánto tengo... dejemos que hable por sí mismo. Ha salido en la prensa. —¿Es usted millonario? —Yo diría que sí. —Hemos oído decir que usted y su hijo Jimmy entablaron una discusión de dinero y que usted le comentó: "¿Cuánta gente conoces que pueda reunir dos millones en metálico inmediatamente?". —Diría que es exactamente así. Déjeme que se lo plantee del siguiente modo: el otro día leí un artículo en el que se estimaba que menos de la mitad de un uno por ciento de la población puede disponer de 50.000 dólares en metálico de la noche a la mañana. —Así que lleva usted una vida cómoda. ¿Para qué más vive? —Por el placer de vivir. Disfruto cada minuto, sea bueno, malo o regular. Disfruto de la vida día tras día y aspiro a vivir esa vida como parte del movimiento sindical. —De acuerdo, hablemos de eso. Según los términos de su excarcelación, se le ha prohibido participar en el movimiento sindical hasta 1980 y usted ha apelado contra esa medida en los tribunales. Si obtuviera un veredicto a su favor y recuperara su cargo de presidente del sindicato de camioneros, ¿cuál sería su primera medida? —Reestructurar el sindicato para que volviera a ser como era cuando yo estaba en él y reinstaurar las divisiones comerciales. También recolocaría a algunos organizadores más con el propósito de negociar contratos marco. No hay modo de que los sindicatos puedan sobrevivir si no es con contratos marco, ya sean los de la construcción, los del comercio, los de los carniceros o cualesquiera otros.

Necesitamos una fecha de expiración común para los contratos de todos los sindicatos. —A todos los efectos, eso le daría el poder de paralizar toda la economía del país. —Bueno, las sociedades y corporaciones lo tienen. El cártel del petróleo, el maderero, el siderúrgico... son todos exactamente iguales. —Pero no están unidos, no como quiere usted que lo estén los sindicatos. —Por supuesto que lo están. En esos sectores no se mueve ni una mosca sin que los líderes de la industria lo decidan conjuntamente. Lo único que no discuten colectivamente, al menos abiertamente, son los precios. Pero por lo que se refiere a todo los demás, descubrirá que existe una organización maestra, un acuerdo marco. Se lo plantearé de este modo: por lo que se refiere al poder, ¿cree realmente alguien que es una coincidencia que las primas de las compañías de seguros sean prácticamente uniformes? ¿Es acaso una casualidad que cuando una compañía sube el precio de la gasolina, todas las demás lo suban también, y en la misma proporción, en cuestión de semanas? —Aun así, darle a una sola persona el control de unos contratos sindicales con una fecha de expiración común no es algo que vaya a ver con buenos ojos el Congreso. —El Congreso de Estados Unidos quiere ser juez y parte de lo que es bueno para el pueblo americano. Y cree que quienquiera que tenga en sus manos un bloque de votos es peligroso. La verdad es que todo aquello en lo que ha metido mano el Congreso se ha convertido en un fracaso. Muéstreme una sola medida progresista que hayan adoptado que no haya resultado un fracaso. —¿Se han ido al infierno los camioneros desde que le obligaron a abandonar el sindicato? —Bueno, no han avanzado. No hay más contratos colectivos que los que les dejé. Las campañas de organización y los consejos federales de los sindicatos se han deteriorado. Y la moral de los funcionarios locales, de los organizadores, está por los suelos, a juzgar por lo que he podido averiguar. Hasta los afiliados parecen incómodos porque no haya nadie al timón. Los líderes sindicales están demasiado ocupados jugando al golf, volando de un lado para otro en los siete aviones de reacción que poseen. ¿Para qué demonios quieren siete? La mayoría de las corporaciones no tienen tantos. —¿Culpa usted al actual presidente de los camioneros, Frank Fitzsimmons? —Fitzsimmons ha fracasado. Ha fracasado en todas las promesas que hizo ante la Convención del sindicato. No puede mostrar un solo caso en el que haya cumplido lo que prometió. Ni uno solo. Ni uno. —¿Cómo se produjo la ruptura entre usted y Fitzsimmons? —Por lo que a mí respecta, se produjo cuando descubrí que Fitzsimmons había, bueno... mentido, al decir que había hablado confidencialmente con John Mitchell sobre la posibilidad de sacarme de la cárcel. —Retrocedamos un poco. ¿Al principio creía usted que Fitzsimmons

estaba haciendo todo lo posible por sacarle de la cárcel? —Durante todo el tiempo que estuve en prisión, Fitzsimmons no dejó de decirle a todo el mundo, a mi hijo, a mis abogados, a los representantes sindicales: "Que nadie se ponga nervioso, no compliquéis más las cosas. Yo me encargaré de todo con Mitchell". Bien, pues cuando más adelante Mitchell hizo su declaración, dijo que la primera vez que Fitzsimmons le había visitado había sido en junio de 1971. Yo llevaba ya cinco años en la cárcel. Fue cuando yo había dimitido y le había dado a Fitzsimmons la luz verde para que se convirtiera en presidente. Después me enteré de que había despedido a Edward Bennett Williams como consejero del sindicato para reemplazarle por Charles Colson. Y cuando descubrí que había una restricción sobre mi libertad condicional hasta 1980, no hizo falta que me cayera encima una tonelada de ladrillos para atar cabos. Había estado mintiendo sin parar. —Dice usted que Fitzsimmons no hacía más que repetir que él iba a ocuparse de Mitchell. ¿Qué quería decir con eso? —Le contó a todo el mundo que era el responsable de conseguirme una revisión de la causa de mi libertad condicional y que Mitchell iba a adoptar medidas desde el ejecutivo para sacarme de la cárcel. Como he dicho, cuando más adelante Mitchell hizo su declaración, dijo: "Hablé con Fitzsimmons sobre Hoffa, entre otras cosas, en junio de 1971". ¿Así que Fitzsimmons había estado mintiéndole a todo el mundo en el sindicato como un bellaco durante un periodo de casi cinco años! —¿Cómo pensaba Fitzsimmons persuadir a Mitchell? —Supongo que esgrimiendo su supuesta influencia con Nixon y usando su... su brazo político en apoyo del Partido Republicano. —¿Con contribuciones a la campaña? —Yo no sabía nada de eso. Imagino que dijo que le daría 14.000 dólares [una contribución a la campaña desvelada públicamente], lo que fue una estupidez. La verdad es que nunca hizo nada. También averigüé a través de Dean que él ni siquiera conocía a Fitzsimmons, y eso que se pasaba el día sentado delante de la puerta de Nixon. —¿John Dean? —El mismo. Y no dejaría de ser gracioso que alguien pudiera entrar y salir de la Casa Blanca sin conocer a John Dean. En cualquier caso, lo que Colson hizo fue esperar a que el presidente entrara o saliera de su despacho y entonces presentarle: "Señor presidente, éste es Frank Fitzsimmons". "Hola, ¿cómo está?". Después Colson le llevaría a comer al edificio del Senado. "En fin, menudo negocio. Hay que estar loco para creer que se puede ignorar así al presidente del sindicato de camioneros. En todo caso, John Dean testificó que Colson y él habían discutido la restricción hasta 1980. Dado que Colson había recibido ya la oferta de convertirse en consejero general del sindicato de camioneros, todo demuestra que... eso me lleva a pensar que Fitzsimmons traicionó deliberadamente a los afiliados, a

la Convención, a mis abogados y a mí mismo. Eso es lo que hay. No quiero hacer negocios con un traidor... ni con un embustero. —Si Fitzsimmons, Colson y Dean estaban trabajando en contra de usted, ¿cómo consiguió la libertad condicional? —La conseguí porque el presidente de Estados Unidos recibió más de 1.500.000 firmas pidiéndola. La conseguí porque el fiscal general y el presidente recibieron cientos de miles de cartas solicitándosela. Dado que Nixon se enfrentaba a unas elecciones, no quería ponerse a mal' con toda esa gente. Así que se reunió con Mitchell, según la declaración jurada de éste, y ambos discutieron la excarcelación de un tal James R. Hoffa. Y acordaron que sería liberado antes de la Navidad de 1971. "Inmediatamente después de eso, cuando fue enviada la recomendación, Dean la interceptó. Dean testificó, o infirió en su declaración, que entonces él y Mitchell hablaron sobre la posibilidad de insertar la restricción hasta 1980 en la recomendación. Mitchell lo niega. —De modo que la recomendación original de Mitchell y el presidente Nixon no incluía la restricción hasta 1980. —Así es. Lo que es más, Dean hizo llamar a Colson y a Clark Mollenhoff [colaborador del presidente] y decidieron el tema de la restricción sin hablar con el fiscal general ni con el presidente. Reescribieron la recomendación, manteniendo el secreto incluso ante el resto de la gente de la Casa Blanca... hasta catorce minutos después de mi excarcelación. Estaban convencidos de que si hubiera sabido que la restricción había sido incluida, jamás habría aceptado. —Pero el presidente firmó la orden, ¿no es así? —Hombre, claro. Junto con otras 212. Pero estoy seguro de que al presidente ni se le pasó por la cabeza que Mitchell pudiera haber alterado lo que habían acordado. Igual que estoy convencido de que no se leyó 212 conmutaciones de pena e indultos. —¿Y usted? Usted sí la leyó, ¿no es así? —¡No pude leerla! Yo no estaba allí. Yo no la firmé. —¿Y sus abogados? —¡Nadie sabía nada! Catorce minutos después de mi salida de la cárcel anunciaron la restricción al alcaide, a mis abogados, al público. Yo me enteré horas más tarde a través de las noticias. Cuando fui a visitar al responsable del departamento de libertad bajo fianza después de las vacaciones, él tampoco estaba enterado. Nadie le había informado. Tuvo que llamar a Washington para averiguar de qué estaba hablando y hasta el 14 de enero de 1972 no recibí la notificación oficial de la restricción por correo. Me negué a firmarla. —¿No hubo ninguna pista, ninguna sugerencia, antes de que saliera de la cárcel? —Le había preguntado expresamente al alcaide si existía alguna restricción sobre mí aparte de la que me prohibía toda actividad sindical hasta marzo de 1973 [cuando Hoffa habría sido liberado en cualquier caso]. Llamó a Washington y me dijo que no. —Pero firmaría usted algo para salir de

Lewisburg, ¿no es así? —La conmutación de la pena. Leí hasta la última coma. Desconfiado como soy respecto a los hombres públicos, le pedí al alcaide que llamara a Washington para averiguar si eso era todo lo que había. Volvió y me dijo que sí. —¿Y a quién culpa usted de todo esto? — En mi opinión, la culpa la tienen Dean, Mollenhoff, Colson y Fitzsimmons. —¿Así que fue una conspiración para mantener a Hoffa fuera del sindicato? —Fitzsimmons dice que no. Dice que sólo le dio 14.000 dólares. —¿Así que no hubo ofertas de nada que pudiera llamarse un soborno? —En absoluto. Con toda seguridad. Yo no la hice. Llegados a este punto hubo una interrupción y Hoffa se aproximó a la ventana de su cocina. El magnetófono quedó desconectado, pero, por acuerdo mutuo, nuestra conversación no fue off the record. El entrevistador preguntó: —Vamos Jimmy, ¿se le pagó dinero a Richard Nixon para sacarle de la cárcel? Hoffa se volvió desde la ventana y dijo: —Sí. El entrevistador preguntó: —¿Cuánto? La respuesta, mortalmente seria, tardó un buen rato en llegar: —No quiera usted saberlo. Una semana más tarde, con el magnetófono desconectado, el entrevistador recordó a Hoffa este intercambio. Hoffa negó "haber dicho semejante cosa". —¿No hizo que alguien fuera a ver a Nixon para decirle: "Mire, 100.000 dólares para su campaña". —No hice tal cosa. Si alguien fue allí, lo hizo sin mi consentimiento, aunque corre el rumor de que Allen Dorfman [un asesor especial del mayor fondo para la salud y el bienestar del sindicato de camioneros] dijo en su juicio en Nueva York que tenía un recibo por una suma importante firmado por Mitchell... como aportación. —¿De qué suma estamos hablando? —Eso nunca ha sido demostrado. Mitchell lo negó bajo juramento. ¿Cómo demonios se llamaba el otro tipo... Stans? Sí, Stans. También él lo negó todo. —¿Es amigo suyo el tal Dorfman? —Al cien por cien. —¿No es el hombre al que usted arregló la vida a través de sus contactos en Chicago allá por los años cincuenta? —No. Nadie hizo tal cosa. Allen Dorfman presentó una puja por el seguro. Y por votación unánime de los fideicomisarios se convirtió en agente de la compañía de seguros. —¿Y usted no controlaba a los fideicomisarios? —Dije lo que tenía que decir en favor de Dorfman. Por supuesto que sí. —Está bien. Además de Fitzsimmons, se diría que Colson era el que más tenía que ganar con la restricción hasta 1980. ¿Cuándo se incorporó a la nómina del sindicato? —Pocos meses después de que yo saliera de la cárcel. Desde luego, su reputación no le hacía acreedor al anticipo que recibió. Ya lo creo que no. —¿Cuánto obtuvo del sindicato? —En total, probablemente alrededor de 300.000 al año. —¿Hasta qué punto estaba cualificado Colson para ser abogado del sindicato? —Bueno, tenía un diploma para colgar. —

¿Así que fue un arreglo? —Eso creo yo. —Jimmy, ¿qué hay de Frank Fitzsimmons? —¿Qué demonios va a haber? Ya he dicho que es un traidor. Y eso es todo lo que hay. —Dijo usted... —¿Le quité de conducir! ¡Le convertí en funcionario del sindicato, me aseguré de que tuviera más de un traje por primera vez en su vida, de que viviera en una casa decente, de que tuviera una cuenta de gastos! ¡Le hice subir en la jerarquía del sindicato! Y cuando fui a la cárcel, se apropió de la presidencia y le entró el ansia de poder. Aceptó la creencia de que era un gran líder sindical y acabó haciendo lo que hizo con la restricción hasta 1980. Eso es lo que opino. — ¿Por qué llegó a convencerse de que era un gran líder? —¿Cómo voy a saberlo? Fijese en algunos de los senadores y congresistas que tenemos. ¡No saben hacer la o con un canuto, serían incapaces de ganarse la vida! Les eligen y, Cristo bendito, no paran de salir por televisión, de hablar, de contarte cómo dirigir el mundo, ¡y ni siquiera son capaces de dirigir sus propias vidas! Lo mismo pasa con él. La gente se mira al espejo demasiado a menudo. Crecen pulgada a pulgada, a lo ancho y hacia abajo, pero no maduran. Se les hincha la cabeza, pero no adquieren más sentido común del que tenían antes. Creo que a Fitzsimmons le ha entrado la locura del poder, eso es todo. Alguien le llevó a la cima de la montaña. Alguien le enseñó el valle y decidió comprarlo. Pero se olvidó de los afiliados y de la responsabilidad que asumió con el juramento de toma de posesión del cargo. —¿Ocupará Fitzsimmons el cargo hasta 1980? —No creo que se presente en 1976. —¿Por qué? —La mejor indicación es que se está construyendo una casa en La Costa. Con tanto golf y tanto paseo por el país en su reactor, no creo que se presente como candidato. —Usted fue quien concedió el primer crédito para financiar La Costa, alrededor de 10 millones de dólares, ¿no es cierto? —Algo así fue, en efecto. Hace ya mucho tiempo. —¿Cómo se puso en marcha? —Moe Dalitz era el principal propietario del Desert Inn. Le prestamos dinero y él lo devolvió. Cuando decidió meterse en el proyecto de La Costa, el mercado inmobiliario estaba en plena expansión. No podía fallar. ¡Esa propiedad es una buena compra hoy en día! —¿Formó parte del proyecto Meyer Lansky? —En mi opinión, Meyer Lansky tenía lo mismo que ver con Moe Dalitz que usted. —¿No son buenos amigos usted y Lansky? —Le conozco. —¿Alguna vez ha hecho negocios con él? —No. Jamás me lo ha pedido. ¡Creo que es otra víctima de un acoso injustificado! —Entonces usted no cree que pertenezca al crimen organizado. —Ni siquiera creo que exista el crimen organizado, y punto. No lo he creído nunca. Llevo cuarenta años diciéndolo. ¡Lo dije hasta Hoover! Se supone que era el más grande defensor de la ley en América, y que tenía los medios para averiguarlo. Dijo que no existía la

Mafia, que no existía el llamado crimen organizado. —¿Que no existe la Mafia? —Eso es lo que dijo. Eso es lo que dijo Mr. Hoover. —Pero en 1958, durante el proceso McClellan, se dijo que usted conocía a más criminales peligrosos que Dave Beck. —¡Ajá! ¡Eso es otra cuestión! No voy a negar que sé, o creo saber, qué se cuece en la mayoría de las grandes ciudades del país. Y eso significa conocer a la gente que... bueno... que está en las ciudades. No hay diferencias entre mí y los bancos, las compañías de seguros o los políticos. Hay que ser muy idiota para no estar informado de cómo funciona una ciudad cuando uno intenta hacer negocios en ella. —¿Qué hay de la gente como Lansky y Frank Costello? —¿Qué pasa con ellos? —El Comité McClellan dijo que eran miembros del crimen organizado, miembros de la Mafia. —Sí, claro. También dijeron que yo estaba asociado con la Mafia. Dijeron que Dorfman formaba parte de ella. Y es absolutamente falso, al cien por cien. Ellos lo saben. Todo el mundo lo sabe. Es fácil decir: "Es miembro de la Mafia porque tiene nombre italiano". De vez en cuando dicen, en casos como el de Lansky, que es judío: "En fin, después de todo fue aceptado". —¿Qué hay de Paul Ricca "El Camarero"? —¡Eso digo yo! ¡Dios bendito! Pasó en Chicago noventa y nueve años y un día, y si pensaban que tan metido estaba en el crimen organizado, ¿por qué demonios no le arrestaron? Es cojonudo que el FBI, y el Congreso, y los periódicos y todo el mundo digan: "Fulano de tal pertenece a la Mafia; Mengano está haciendo esto y aquello...". ¿Por qué no les detienen? ¿Por qué no les llevan a juicio? ¿A qué demonios juegan? ¿A mantenerles vivos, como a momias, para poder seguir escribiendo sobre ellos? —¿Y dónde está ahora Ricca? —¡Muerto! (Pausa). ¡Muerto! ¿Por qué demonios...? ¿A qué viene hablar de toda esa gente? —¿Qué hay de Johnny Dio? —Es amigo mío. De eso no hay duda. —¿Es miembro del crimen organizado? —Tanto como pueda serlo usted. —¿Pertenece a la Mafia? —Tanto como usted. —¿No fue condenado por extorsión? —¡Ya! ¡Eso es otra cuestión! Conozco el caso de Johnny. Sé por qué está en la cárcel. No estoy de acuerdo. Estoy intentando sacarle. Es víctima de la publicidad de la prensa, igual que lo fui yo. (Pausa). ¡No deja de ser gracioso, de todos modos! Se supone que toda esa gente tiene millones y millones de dólares y no puede permitirse contratar un abogado. (Pausa). Es muy curioso. Vi a algunos de los que supuestamente son los más importantes en la cárcel. Sus esposas vivían de la caridad pública y no tenían dinero para ir a visitarles. Y aun así siguen hablando de los millones que tienen. —¿Como quién? —Prefiero no mencionar nombres para no ponerles en vergüenza. Pero les he visto, están allí. (Pausa). Es muy curioso. ¡Conozco a gente de aquí, de Detroit, que dicen que son miembros

*de la Mafia! ¡Dios mío! ¡Si ni siquiera tienen para vivir! ¿Cómo es posible que perteneciendo a la Mafia no tengan ni para vivir? —¿Le importaría concretar más? —No quiero hacerlo..., todo el mundo sabe quiénes son...; el departamento de policía lo sabe, la oficina del fiscal lo sabe, los medios de comunicación lo saben... —¿Qué hay de Tony Giacalone? —
¡Giacalone! ¡Giacalone! ¡Giacalone es un hombre de negocios! —¿No tuvo algo que ver con La Costa? —¡La Costa! ¿Qué demonios tiene que ver él con La Costa? —¿Quiere decir que no está relacionado en modo alguno con el proyecto? —Los informes hablan por sí mismos. Tiene que ver con La Costa lo mismo que usted. Puede que haya estado de visita, en el balneario o en alguno de los torneos de golf que se celebran allí, porque es un golfista. ¡Qué demonios! Tiene que ver con La Costa lo mismo que usted. —Pero Giacalone fue considerado miembro del crimen organizado por un comité del Senado allá por... —¿Y qué demonios tiene que ver eso? ¡Yo tuve que presentarme ante ese mismo comité y mintieron sobre mí!
¡Mintieron sobre Giacalone! ¡No pudieron demostrar nada! Y si tenían pruebas de su acusación, ¿por qué demonios no acusaron a todo el mundo de conspiración ante los tribunales? —La conspiración es difícil de probar. Es casi imposible de probar. —¡Y una mierda! Es el delito más fácil de probar del mundo. Cuando acusan a alguien de conspiración, cualquier abogado le dirá que para el Gobierno es el crimen más fácil de demostrar. Y por eso es por lo que lo han incorporado al código como conspiración. El simple hecho de que te reúnas con alguien, o el hecho de que haya pruebas circunstanciales... ¿Pero de qué demonios está hablando? Es el crimen más fácil de probar de todo el código. Por eso recurren a la conspiración. —
Ahora que hablamos de conspiraciones, usted siempre ha creído que el gobierno "iba a por Hoffa", ¿no es cierto? —Por supuesto. Primero Bob Kennedy quería usar el sindicato de camioneros como vehículo para hacer brillar el nombre de Kennedy con lo que probablemente fuera la mayor novela policiaca jamás aparecida en televisión [las sesiones del juicio McClellan fueron televisadas]. Y cuando vio que no me dejaba presionar, cuando vio que 110 podía hacerse con el sindicato, la cosa se convirtió en una vendetta entre él y yo. Utilizó 12 millones de dólares del Gobierno para condenarme. ¿Quién demonios había oído hablar de los Kennedy antes del Comité McClellan? No eran nadie. Su viejo era un contrabandista. Un contrabandista vulgar y corriente. —¿Ha intervenido alguna vez el teléfono de alguien? —He contratado a gente para que me consiguiera información allá donde pudieran encontrarla. —¿La consiguieron interviniendo teléfonos? —No se lo he preguntado. No me interesa. —¿Pinchó usted el teléfono de Bobby Kennedy? —Si lo hicieron, yo no estoy al corriente. Pero*

*recibí información sobre Kennedy. No es asunto mío cómo la consiguieron. No quiero saberlo. —¿Ha pinchado a algún agente del FBI? —No, yo no lo he hecho. Alguna otra persona..., ese Bernie Spindel [un experto independiente en electrónica], montó una estación de control en Chatanooga e interceptó las comunicaciones por radio de tres de los canales del FBI. Descubrimos que el FBI estaba violando la ley; tenía bajo vigilancia a mis abogados y mis tesúgos. Demostramos también que estaba intentando obtener información de un modo que interfería con la justicia. Luego entregamos las transcripciones al juez, Frank Wilson. Abrió el sobre, dijo que le habíamos hecho caer en una trampa y le dio un ataque. Cuando le dimos el siguiente lote, Wilson se negó a abrirlo; creo que porque entre las transcripciones había una llamada suya a Bobby Kennedy. Y esto ocurrió en mitad del juicio. —¿Cuándo había dado usted la orden de intervenir el teléfono de Wilson? —No. No se trataba de que el teléfono de Wilson estuviera intervenido. —¿Entonces era el de Kennedy? —No. Lo interceptamos en el espacio radioeléctrico. —¡Y una mierda! No se pueden interceptar conversaciones telefónicas así! —¡No me venga a mí con ésas! No me diga lo que pueden hacer. ¡Tengo pruebas! Frank Wilson acabó admitiendo que había hablado con Kennedy durante el juicio, aunque dijo que hablaba de contratar mecanógrafos para hacer horas extras. ¡Pero le llevó cuarenta y cinco minutos hacerlo! [El juez Wilson dice que en ningún momento se puso en comunicación con Kennedy]. "En cuanto a interceptarlo en el aire, Bernie lo hizo con alrededor de una tonelada de equipo que se trajo consigo. Le dimos una suite y lo montamos todo. Dado que es el mejor experto de Estados Unidos, se limitó a emplear su sistema de comunicaciones y a sacarlo todo del aire. Directamente del aire, todo lo que estaba pasando. Sabían que se podía hacer. Lo hacen todos los días de la semana. —Se dice que ordenó usted intervenir el teléfono de Marilyn Monroe... —Es la mayor idiotéz que he oído en mi vida. —Y que las cintas existen aún. —¡Eso no es más que basura! Jamás he dicho semejante cosa. Leí esa afirmación estúpida en aquel libro estúpido. Y además, el "Mailer" ése que escribió el libro. Creo que se llamaba... —Norman Mailer. —Es la cosa más idiota que he leído en mi vida. Admitió que prácticamente no había entrevistado a nadie, que todo lo que hizo fue recopilar la información que había escrito otra gente y hacer un libro con ella. [No era Marilyn de Mailer el libro que contenía la alegación a la que hacía referencia Hoffa, sino *The Life and Curious Death of Marilyn Monroe*, de Robert F. Slatzer]. Y tengo entendido que ahora está escribiendo un libro sobre mí. Cuando lo haga, le demandaré. Así de simple. —¿Y si Mailer le llamara para pedirle una entrevista? —No hablaría con él en ninguna*

circunstancia. Creo que debe de estar loco o algo parecido. —De acuerdo, ¿qué hay de las alegaciones sobre las cintas de Marilyn? —¿Marilyn Monroe? Ni siquiera sabía que existiera una relación con Bobby Kennedy. Si lo hubiera sabido, lo habría dicho en la vista pública. Ya tenía una cinta de Bobby Kennedy y de Jack Kennedy que me había dado una chica. Era tan sucia y desagradable, que aunque mi gente me animaba a hacerla pública, me negué. La guardé y a la mierda con ella. Olvídela. —¿Qué contenía la cinta? —Sus relaciones con esta joven y lo que hacían, y cosas así. Me libré de la cinta. Me negué a usarla. (Pausa). Pura basura. —¿No pensó usted que sería un modo de vengarse de Bobby? —Jamás habría avergonzado a su esposa y a su familia. —Bueno, ahora ya lo ha mencionado. —Dejémoslo estar ahí. Dejémoslo estar. No pienso hablar de cosas sucias y desagradables. Puede que alguna gente lo hubiera hecho. Yo no lo hice. —¿Quién era la chica? —No pienso decirlo. (Pausa). Yo lo sé. —De acuerdo. ¿Amenazó alguna vez de muerte a Bobby Kennedy? —No. Otra mentira más. —¿Qué opina de matar a la gente? —El instinto de conservación es una cosa muy seria. —¿Ha ejercitado alguna vez la necesidad de supervivencia? —Nunca he tenido que hacerlo. —¿Nunca ha matado a nadie? —Nunca he tenido que ejercer el instinto de conservación, pero desde luego no pienso permitir que me maten a mí. —¿Ha ordenado alguna vez la muerte de alguien? —(Pausa). Mmm, no. —¿Matar no es forma de resolver los problemas? —No, no creo que resuelva nada. Sólo crea más problemas: el FBI, los periódicos... (Pausa). Se les puede matar con la propaganda. Se les puede matar con los votos. Pero no matarlos físicamente. —¿Y qué hay de descalabrar a la gente? —Eso no tiene nada de malo si una persona se pone en medio..., si... bueno, si intenta reventar una huelga o destruir el sindicato. No tiene nada de malo, en mi opinión. —Tiene usted una reputación en ese sentido que se pierde en el pasado. —La supervivencia del más apto, amigo mío. ¿Qué cree usted que hace la industria? ¿Qué cree que hace la policía? La policía nos rompía la cabeza todas las semanas en 1932. ¿Y la Ford Motors? Nos rompieron la cabeza por todo el recinto. A menos que fueras capaz de cuidar de ti mismo, te rompían la cabeza hasta matarte. Yo sobreviví. —¿Ha contratado alguna vez guardaespaldas? —Nunca. No los necesito. No hacen más que estorbar. —Pero no todo el mundo ama a Jimmy Hoffa. —No me interesa lo que haga todo el mundo. Si tienes un guardaespaldas te vuelves descuidado. Cuando compruebas la cantidad de gánsteres que fueron asesinados teniendo guardaespaldas, te das cuenta de que se durmieron en los laureles. Yo no quiero dormirme en los laureles. —¿Qué quiere decir con gánsteres? —Gente que supuestamente había participado en atracos a

bancos u otro tipo de actividades ilegales a título individual. Tenían guardaespaldas. ¿Qué me dice de Roosevelt? Tenía toda clase de guardaespaldas en Florida, ¿no es verdad? Aparece un tipejo del que nadie había oído hablar y se lió a tiros. Mató al alcalde [Antón Cermak, alcalde de Chicago], ¿no es así? ¿Bueno, qué me dice? ¿Qué me dice a eso? Los guardaespaldas hacen que te duermas y yo no quiero dormirme. La única gente que necesita guardaespaldas son los embusteros, los tramposos, la gente que traiciona la amistad. Yo no soy así. ¿Para qué demonios necesito guardaespaldas? —¿Así que no le tiene miedo a nada? —¿De qué demonios iba a tener miedo? Tengo sesenta y dos años. Debería haber muerto hace unos veinticinco años. He vivido tres vidas. ¿De qué iba a tener miedo? Nunca he tenido miedo en mi vida y no pienso empezar a tenerlo mañana. ¿Quién iba a molestarme? ¿Ellos? En ese caso ya haré lo que tenga que hacer. —¿Qué hará exactamente? —Lo que tenga que hacer. —¿Qué quiere decir? —Lo que tenga que hacer para quitar de en medio a alguien que me molesta... Haré lo que tenga que hacer. —¿Por ejemplo matarle? —Bueno, si intentan matarme a mí y yo estoy en situación de quitarles la pistola o lo que quiera que estén usando contra mí. Si se llevan un tiro, es su problema, no el mío. Qué demonios, si alguien ha intentado matarme, he sobrevivido. No tenía guardaespaldas pero he sobrevivido a... a la amenaza de ser asesinado, al intento de matarme. Sigo aquí porque mantengo los ojos abiertos. Conduzco mi propio coche, voy donde quiero, nunca he necesitado un guardaespaldas. No engaño a nadie. No miento sobre nadie. No acuso en falso a nadie. No hablo mal de la gente. Si lo hago, se lo digo a la cara. ¿Por qué demonios iban a querer matarme a mí? —De acuerdo. ¿Qué tal le va en su vida privada? ¿Sale mucho a restaurantes y sitios así? —De vez en cuando. Muy de tarde en tarde. Ahora, cuando salimos, sale la broma por un ojo de la cara. ¿Para qué demonios iba a querer salir? En primer lugar, no me gustan las multitudes. En segundo lugar, no me gustan los precios. En tercer lugar, no me gusta el servicio. ¿Para qué salir? ¿Por qué iba a vestirse Josephine de tiros largos para pasar dos horas fuera? Al diablo. Estamos llegando a un punto en que un hombre con cuatro hijos y mujer se gasta 70 dólares a la semana en la tienda de comida. —¿Qué es lo más importante para usted en este momento? —Mi familia, sin lugar a dudas. —Durante años, ha mantenido un pulso con los Kennedy, una de las familias más poderosas del país. ¿Qué le pareció a usted, personalmente, Bobby Kennedy? — ¡Asqueroso! —¿Y John Kennedy? — ¡Asqueroso! —¿Y Teddy? —Verá, he conocido a un montón de hermanos en mi vida. Dos, tres, cuatro por familia, en su mayoría unos inútiles. Ya veces, entre todos ellos, podías

encontrar un tipo más decente. ¿Quién demonios lo sabe? Ser hermanos no significa ser iguales. No significa eso. No significa eso en absoluto. "Prácticamente no conozco a Ted Kennedy, pero conozco a gente que le conoce desde el día que vino al mundo. Nuestra gente de Boston le conoce. Y dice que es distinto de los otros dos hermanos. Dicen que le gusta pasárselo bien y que es el tipo de persona que sería capaz de reunir en torno suyo a gente que no trabajaría para ninguna otra Administración. Supongo que se refieren a catedráticos y gente así, aunque yo no tengo la menor fe en ellos. Y eso es todo lo que sé de ese tipo. Que yo sepa no ha hecho nunca ninguna declaración sobre mí, ni siquiera cuando estaba de moda. Por supuesto que puede meter la cabeza..., en el momento que quiera lo conseguirá. —¿Se refiere a la presidencia? ¿Cree que se presentará? —Tan seguro como que usted y yo estamos aquí. Tan seguro como que estamos aquí... Se llevará a la Convención de calle. —¿Hasta qué punto cree que le perjudicará lo de Chappaquiddick? —¡Cristo bendito! El cincuenta por ciento de los matrimonios terminan en divorcio. Y si hablamos de moralidad, de eso ya no queda. ¿Cómo demonios va a perjudicarlo eso? Tenga por seguro que se llevará el voto de los viejos, de los que viven de la asistencia social, de los portorriqueños, de los negros, de los mexicanos. Se llevará la mayoría de esos votos. Para mí no hay la menor duda. ¿Cómo demonios iba a perder? "A menos que... sólo hay una cosa que pueda quitarle de en medio, y que podría muy bien quitar de en medio a todos los demócratas. Ahora tienen el control del Congreso y el Senado. Si siguen dando tumbos, sin hacer nada más que pelearse, el pueblo americano puede hartarse y decir: 'A la mierda con vosotros', y votar republicano. Así es como yo lo veo. No me lo imagino de otra manera. —¿No cree que habrá que resolver lo de Chappaquiddick en un momento u otro? —¡Venga ya, hombre! No se le ha declarado culpable de ningún crimen. ¿Qué quiere que haga? ¡No le han declarado culpable! —Si Teddy se presenta y gana, ¿cree usted que le matarán? —No. No creo... No se mata... ¡Qué demonios! No creo que nadie tenga la sangre fría de matar a alguien por ser un Kennedy. —Se ha hecho público al menos un atentado contra su vida, ¿no es así? En 1962, durante el juicio en que le acusaban de percibir comisiones ilegales, un hombre entró en la sala y le disparó por la espalda. —No sé cómo coño se llamaba. Se me ha olvidado. Estará en las actas. [Se llamaba Warren Swanson, un vagabundo enfermo mental]. Pero registraban a todo el que entraba y salía del tribunal. ¿Cómo demonios se las arregló para entrar con una pistola? Estoy seguro de que al alguacil no se le pasó por alto. ¡Yentró con una pistola, después de que todo el mundo hubiera sido registrado! Es como lo de Martin Luther King. Sospechas,

pero no puedes probar nada. —El hombre llevaba una pistola de balines, ¿no? —Capaz de atravesar un puntal de madera de cinco por diez. Tan mortal como una del 22. —¿Cuál es su versión de lo ocurrido? —Bueno, miré y le vi. Me agaché para esquivar el tiro, me levanté, le rompí la mandíbula y le quité el arma. Los alguaciles se habían escondido detrás de los archivadores, igual que los abogados del Gobierno, mis abogados y el juez. Salieron como unos valientes cuando todo hubo terminado. ¡Yo había derribado al pobre tipo y aparece un alguacil con una porra y va y le sacude! Le dije: "¡Maldito estúpido hijo de puta! ¡Quítate de mi vista! ¡Ese desgraciado está ya inconsciente!". —¿Qué hay del atentado contra George Wallace? —¿Quién demonios lo sabe? Tienen una ficha de todos los chiflados del país. —¿Y John Kennedy? ¿Por qué cree que le mataron? —¿Cómo iba yo a saberlo? Vi la simulación del asesinato en la televisión, que para mí tuvo más sentido que el informe Warren. Que se me lleve el diablo. Si un tipo fue capaz de estar allí en el momento preciso, a la hora exacta, con un rifle, y encima dar en el blanco, tenía que ser bueno de verdad. No veo cómo iba a hacerlo. He visto gente dispararle a ciervos y he visto disparar a tiradores de primera. Por Dios, ellos fallan. Y un ciervo es como un coche en movimiento. No hay tanta diferencia. —¿En su opinión, por qué mató Jack Ruby a Oswald? —Ésa es la pregunta del millón. Nadie lo sabrá nunca. Puede que fuera un fanático. ¿Quién demonios lo sabe? —¿Qué opina de la teoría de la conspiración de ese andguo fiscal de distrito de Nueva Orleans, Jim Garrison? ¿Es sólo un chiflado? —¡De eso nada, amigo mío! Jim Garrison es un tipo listo... Un fiscal endiabladamente listo. Si alguien dice que es un chiflado, es que quien está chiflado es él. —De acuerdo, volvamos al asesinato de Bobby Kennedy. ¿No creerá que Nixon tuvo algo que ver con él, verdad? —No, demonios. No. No es de ese tipo. —¿Entonces Sirhan actuaba solo? —Verá, he manejado armas durante toda mi vida. Hablamos de un chico que salió y se compró una pistola. No tenía demasiada práctica con la maldita arma. Dudo mucho de que tuviera la sangre fría de levantarse y liarse a tiros por las buenas sin que alguien... le ayudara. Acabo de leer algo acerca de otro individuo, uno de balística, que dice que había otro tipo de bala. ¿Quién demonios lo sabe? ¿Quién demonios lo sabe? —¿Cree que se esclarecerán alguna vez estos asesinatos? —La otra noche estuve viendo en la televisión Police Story y S.W.A.T. ¡Mataban a más gente que pelos tiene usted en la cabeza! (Pausa). ¡Malditas películas, maldita televisión! ¡Por amor de Dios! Matan a cuarenta y nueve personas por noche todos los lunes y los martes. ¡A cuarenta y nueve personas! Así que ¿quién demonios puede saber lo que es capaz de hacer alguien? La otra noche salió un chiflado en la televisión y

se dedicó a matar gente. Nadie sabía por qué el maldito idiota mataba a la gente. Total, que finalmente le cogen... y le matan. Así que está muerto. Él no puede decir por qué la mataba. La gente pierde la chaveta. ¿Quién sabe?

WILLIAM BURROUGHS

Entrevistado por Duncan Falloweli (Time Out, 24-30 de septiembre de 1982)

William Seward Burroughs, el escritor norteamericano, nació en el seno de una acaudalada familia de Misipi en 1914 y estudió en Harvard. Tras graduarse en 1936 viajó por Europa, y tras su regreso a Nueva York trabajó como detective, exterminador de plagas y barman. Se hizo adicto a la heroína en 1944 y su primer libro, Yonki (Junkie: Confessions of an Unredeemed Drug Addict), fue publicado en 1953. Posteriormente publicó El almuerzo desnudo (The Naked Lunch) en 1959, libro que le granjeó una reputación internacional como representante del movimiento beat. Sus posteriores trabajos han sido más experimentales y han tomado prestadas técnicas de otras formas de arte, como la música y el cine. Ha vivido en México (donde mató accidentalmente a su esposa de un disparo), Tánger, Londres y París, aunque ahora vive en Kansas por motivos que quedan explicados en la presente entrevista. Murió en 1996. Duncan Falloweli nació en Harrow, Middlesex, en 1948. Al salir de Oxford en 1970 escribió a The Spectator para ofrecer sus servicios como columnista. Desde entonces ha sido siempre un escritor independiente. Su primer libro fue una biografía del transexual April Ashley y ha escrito dos novelas y un libro de viajes. Entre las personalidades que ha entrevistado se encuentran Kirk Douglas, Germaine Greer, Gabriel García Márquez, Graham Greene, Nadine Gordimer, Divine, A. J. P. Taylor, sir John Betjeman, R. D. Laing, Peter O'Toole, Arthur Koesder y James Brown.

Es un día muy caluroso. El Día del Abuelo en Estados Unidos.

—¿Ha leído lo de ese catedrático de Gainesville, Florida? —pregunta Mr. Burroughs—. Asesinado por tres jóvenes gays. Celebraron una orgía de asfixia: "La cabeza del hombre de cuarenta y un años estaba envuelta con una lona, sábanas, una almohada y Unía una bolsa de hielo atada sobre la cara, con lo que no tenía la menor oportunidad de respirar". Malditos gilipollas. Odio a los criminales. ¡Son estúpidos! A uno de los tres, un muchacho muy atractivo, le van a romper el culo en la cárcel. Primero le darán una paliza, luego le romperán el culo otra vez, luego le darán otra paliza... —Perdonen. —Es Wayne, el fontanero, que se apoya en el quicio de la puerta cubierto con un mono salpicado de pintura—. ¿Ya está todo, Bill? —Supongo que sí, Wayne —responde Mr. Burroughs, con un de imparable en los labios—. ¿Vas a pasar por casa de John? Tengo que acercarme por allí para recoger mi automática del 45. —No, voy a darme una ducha y luego volveré para que hablemos de poner unos cuantos cerrojos en las puertas y las ventanas de esta casa. —Sí. Y bien grandes. William Burroughs, ex drogadicto, amante de los gatos, el escritor más

sorprendente de América, se ha mudado de casa. Lleva tres días en la nueva pero el agua caliente no funciona. Le ha cedido el piso de Nueva York (que era el vestuario y las duchas de un edificio remodelado de la YMCA, con letrinas y todo) a un amigo. Burroughs se mudó primero a una casa de labor de piedra a unas pocas millas de Lawrence, Kansas. —Es muy conveniente para disparar. Agujereé aquí mis esculturas, disparando con escopetas contra láminas de contrachapado, que producen desgarrones muy interesantes. Luego las firmo. Ahora se ha mudado a esta pequeña casa de una sola planta hecha de tablones imbricados a las afueras de Lawrence. La pasada noche le despertó el ruido ("Tengo el sueño muy ligero") que hacía una zarigüeya que engullía la comida de sus gatos en el porche trasero. —Puede que tenga que matarla con mi rifle de aire comprimido. ¿Sabía que antiguamente había que tener un ayudante que cargara las escopetas de aire comprimido con una bomba antes de usarlas? ¡Válgame el cielo! Se aproximan unos rufianes, ¿dónde está mi bombeador? —¿Conoce a sus vecinos? Burroughs experimenta una violenta convulsión, ¿es risa o un grito de auxilio? —En realidad no —responde, blandiendo una picana eléctrica en el aire—. Hablé con la mujer de la casa de al lado, por encima de la valla. Le pregunté si había ladrones por aquí. Y me dijo que no. Yo le dije, estupendo, hagamos que siga así. No he vuelto a verla desde entonces. He encargado que pongan cerraduras de verdad en las puertas. Cualquiera podría abrir estos absurdos cierres con una horquilla para el pelo. Habla arrastrando las palabras, con una voz grave que al principio resulta prácticamente incomprensible, pero que cuando uno sintoniza con ella revela características elegantes. Procede de una lúgubre máscara, que le hace las veces de rostro, orlada en torno a los ojos por arrugas que recuerdan el maquillaje de un clown. La expresión facial básica de Burroughs es de decepción infinita. Se crió en San Luis. El campo en esta parte de Kansas es muy similar. Es casi como volver a casa después de largas ausencias en América Central, Suramérica, el norte de y Europa. —Nunca he llegado más al este de Atenas. Me casé por primera vez en el consulado americano de Atenas. —¿Qué tal con su padre? —Una relación muy distante. Conocía mi adicción a las drogas duras; su hermano era adicto a la morfina. Era prácticamente la única cosa que teníamos en común en la familia. Por lo que se refiere al asunto de la homosexualidad, cualquier tipo o forma de sexualidad le producía una vergüenza insuperable. —Burroughs empieza a pulir furiosamente la mesa con un trapo sucio. —Contrariamente al rumor propalado por Jack Kerouak, yo nunca fui rico. Mis padres me daban una asignación de 200 dólares al mes. No podría haber escrito mis libros sin ella. Todo eso de los millones de la

"máquina sumadora" Burroughs no es más que una bobada. Yo no vi ni un pavo. Hoy en día, la mitad de mis ingresos proceden de mis conferencias, y no basta con coger cualquier cosa y ponerte a leerla. Yo ensayo. Normalmente, me concentro en cosas cómicas, como cuando el capitán de un barco que se hunde se viste de mujer y se mete a toda prisa en el primer bote salvavidas. No hay que alargarse demasiado. En aquel festival de poesía celebrado en una playa cerca de Roma, a un poeta de ochenta y un años de edad le tiraron arena 10.000 personas y yo me dije, eso no me va a pasar a mí, y acabamos en tres minutos. Tuvimos problemas una noche y Yevtushenko se negó a salir. —¿Cómo es Yevtushenko? — Encantador. Es un gran intérprete y finalmente recitó en inglés ante los italianos y les dejó con la boca abierta. El contenido en sí del poema no sonó muy allá, pero consiguió transmitírselo. MacLuhan: "el medio es el mensaje". —No estoy de acuerdo con McLuhan en ese punto. Existe algo llamado el núcleo de significado. —Oh, cielo santo, sí. McLuhan dijo también que todos viajamos a la velocidad de la luz. ¿Qué demonios significa eso? Yo no lo sé y dudo que él lo supiera. —Quizá quisiera decir que la luz viaja a la velocidad de la gente. —Si viajáramos a la velocidad de la luz, la gente no envejecería. —Pero tampoco tendríamos masa. Ése es uno de los problemas de la tecnología espacial avanzada: la gente desaparece. —Eso no es ningún obstáculo. —En fin... ¿habla con fluidez alguna lengua extranjera? —No. Lo más que me aproximo es a hablar medio bien el español. Pasé tres años en México y unos cinco en Tánger, donde el español es el segundo idioma. Me gustaría buscar refugio en las palabras de Bernard Shaw: aquel que se siente en casa en su propio idioma nunca se sentirá en casa en ningún otro. Pero eso no es verdad. Joyce era un lingüista brillante. Y hay personas muy estúpidas que son muy buenos lingüistas, que pillan un idioma nada más salir del aeropuerto. El inglés es muy útil. Se puede hacer más con él que con casi cualquier otra lengua. El francés es un idioma muy pobre para cualquier tipo de experimentación verbal. Es prácticamente imposible destripar el francés. Burroughs se siente feliz de no estar ya en Nueva York. —No es cierto que me pasara el tiempo asistiendo a fiestas con Andy Warhol. Odio las fiestas, casi no conozco a Mick Jagger, no conozco a esa gente del pop..., bueno, conozco a Chris Stein y a Blondie. Me visitaron aquí una vez y pasamos una tarde muy agradable pegando tiros y haciendo el bobo. A él le encantan las armas, los cuchillos y esas cosas. —¿Pero por qué precisamente Lawrence? —Mi ayudante, James Grauerholz, vive aquí. Aquí tengo un médico, un abogado, alguien que me cuida el gato cuando estoy fuera. Aquí hay pocos delitos, aunque a James le robaron unas cosas del coche el otro día, unos

cartuchos de gas lacrimógeno y otras cosas. Y tengo entendido que el colegio indio que hay carretera abajo puede ser peligroso. Tendré que hacer averiguaciones. Los indios reaccionan mal al alcohol. —¿Nunca quiso vivir en California? —Demonios, no. —¿Qué tiene de malo? — ¡Absolutamente todo! Tienen unas leyes ridículas sobre las armas de fuego. —En este momento se retuerce contra una de las paredes, luego zigzaguea lentamente hacia un vetusto aparato de aire acondicionado instalado en el centro de una pared desnuda. Lo enciende y la barahúnda resultante casi ahoga la conversación. —En la costa Oeste es una falta llevar una pistola encima, pero llevar un cuchillo es un delito, y para llevar una bombona de gas lacrimógeno hay que hacer primero un cursillo, lo que no es más que un montón de tonterías. En 1951 Burroughs mató accidentalmente a su esposa con una pistola en México, pero eso no le hizo cambiar. —No es problema del arma —dice echando grandes cantidades de azúcar en una taza de té—. El problema es el descuido. —La pareja estaba haciendo el idiota, jugando a Guillermo Tell con un vaso puesto sobre la cabeza de ella. Él disparó y falló—. Pasamos juntos unos cinco años. Era muy intuitiva, una de las personas más inteligentes que he conocido. Pero no lo suficientemente intuitiva e inteligente, al parecer, para evitar su propia muerte, una curiosa amalgama de capricho y tragedia. Por aquel entonces era alcohólica declarada y adicta a las anfetaminas. El propio Burroughs se metía en el cuerpo todo tipo de sustancias, incluyendo el exótico y age de la Amazonia. —¿Cómo encaja el matrimonio con su homosexualidad? — Cuando era más joven no era exclusivamente homosexual. —¿Cuándo se dio cuenta de que prefería los chicos a las chicas? —Oh, cuando tenía trece o catorce años. —¿Qué relación mantiene con su hijo estos días? —Está muerto. —Oh... ¿Cómo ocurrió? —Tenía cirrosis hepática. Le hicieron un trasplante y vivió unos cinco años después del trasplante. Después de un trasplante la medicación contra el rechazo que te dan tiene efectos secundarios muy graves. Vuelven a la gente farisea. Afectan a la totalidad del sistema inmunitario. Si reduces la capacidad del cuerpo para el rechazo, obtienes una reacción paranoide. La persona, que se siente vulnerable, reacciona de modo santurrón y muestra una gran rigidez de carácter. —Su libro Speed tuvo bastante éxito. —Odio el speed. Odio cualquier cosa que me haga masticar las alfombras. Recorre la habitación describiendo círculos cada vez más cerrados y finalmente alcanza un punto de introspección. Piensa en silencio durante un rato. —Es una taza de té excelente, muy inglesa. —Me alegra que le guste —dice—. Viví en Londres diez años, cinco de ellos detrás de Fortnum & Masón. ¡Pero nunca me he sentido tan contento de marcharme de un lugar en mi vida como cuando

me marché de Londres! —¿Estuvo usted con los muchachos de Piccadilly? —Por supuesto. ¿Quién no lo haría? Me gustan los muchachos de dieciocho a veinticinco años. Podría bajar a quince, tal vez a catorce en circunstancias excepcionales. A Wordsworth le volvían loco las niñas. ¿Ha leído los poemas a Lucy? ¡Escandaloso! Víctor Bockris ha transcrito un encuentro entre Burroughs y Andy Warhol. BOCKRIS: LOS ingleses son muy raros sexualmente. WARHOL: Son muy raros, pero son sofisticados, por eso... BURROUGHS: Les gusta que les peguen con reglas y cepillos para el pelo. BOCKRIS: Creo que los ingleses... WARHOL: ... son de lo más sexy. BOCKRIS: ¿Has encontrado sexo realmente bueno en Inglaterra alguna vez? WARHOL: Ya lo creo, el mejor. Burroughs: Sí... —He notado que la circuncisión está desapareciendo en Europa —dice Bill. ¿Es eso prudente? La mayoría de los jóvenes norteamericanos no están circuncidados. Prácticamente todos los chicos no circuncidados de mi colegio eran católicos. Esto se remonta a cuando querían distinguirse de los árabes en España y sitios así. Yo estoy circuncidado. Me gustan los jóvenes circuncidados. Cuando nació mi hijo el médico me preguntó ¿quiere que se le practique la circuncisión?, y yo dije, claro, adelante, es una medida muy higiénica. Hum, entonces todo empezó a ponerse muy caro en Londres y a ir cuesta abajo. Esto fue en los años setenta. Cuando llegué a Nueva York todo era un huevo más barato, aunque no siga siendo así necesariamente. Y en Nueva York está el problema de la violencia que en cierto modo me gusta. Te anima a escoger entre tus armas antes de salir a visitar a los amigos. Allí las llevo todas encima, a excepción de las pistolas, por supuesto. —¿Las pistolas son ilegales en Nueva York? —¡Dios mío, no lo sabe usted bien! Siempre lo fueron —añade, quitándose una corteza de origen incierto de sus pantalones de nailon verde oscuro. El cuerpo de Burroughs es terriblemente delgado, pero está lleno de vitalidad. De hecho, nunca para de moverse. Aunque esté de pie, inmóvil, alguna parte de su cuerpo se retuerce, brinca, palpita. —Te cae un año de cárcel sin apelación si te cogen con una pistola en Nueva York. ¿Un año de encierro en un zoológico superpoblado! En Nueva York son unos verdaderos... animales. No me gusta la cárcel y siempre consigo salir bajo fianza. Pero Kansas es territorio armado. Los escritores son a menudo camaleónicos. Pueden tomar parte de su entorno sin necesidad de prescindir de ninguna parte esencial de su ser. Burroughs es así. En Londres es el escritor vanguardista de Harvard; en Tánger, un yonqui; en París, un beat; en Nueva York, un miembro de la sociedad de café; y en Lawrence, Kansas, adopta la coloración de viejo pionero. Por el momento, casi no hay mobiliario en la casa. Una casa norteamericana sin televisor. ¿Es posible algo así? —

Bueno, hay un viejo aparato en blanco y negro atrás. A veces lo enciendo cuando paso por allí..., podría producir alguna sincronía. Sobre el reluciente suelo de madera hay esparcidas unas pocas revistas: Guns, Guns&Arms, Warriors, Science Digest. Y unos cuantos libros en rústica: The Mask of Apollo, The Silva Mind Control Method... —Leo muchas novelas de terror —dice, abriendo otra cajetilla de Player's Navy Cut. Los fuma en cadena, excepto cuando por la noche los sustituye ocasionalmente por un canuto—. Me gusta especialmente el terror médico. Tras estudiar Literatura Inglesa en Harvard, Burroughs estudió brevemente Medicina en Viena, inmediatamente antes de la II Guerra Mundial. —Jamás habría conseguido ingresar en una facultad de medicina en Estados Unidos. ¿Ha leído Brain? Es del tipo que escribió Coma. Y Fever. Los títulos son muy importantes. Me gustan los del Reader's Digest Cosas como "Loado sea Dios por mi ataque al corazón". Y aquel de un escritor que se quedó ciego: "Mis ojos tienen la nariz fría". —Los dos nos venimos abajo con una risa ahogada, como hienas con bozal. —¿No le producen pesadillas? —Tengo una pesadilla recurrente en la que me ataca un ciempiés gigante, a veces un cruce entre un ciempiés y un escorpión. En la pesadilla del ciempiés típica el animal me ataca de repente y se aferra a mi pierna. Entonces me despierto quitándome las sábanas de encima a patadas. ¡Uf... ciempiés! Tengo que matarlos. —¿Ha descubierto el origen de esa fobia? —¡No es ninguna fobia! Estoy por conocer a alguien que tenga algo bueno que decir de los ciempiés. En general no tengo pesadillas sino sueños. Siempre tengo un bloc de notas a mano. Hasta un cuarenta por ciento de mi material procede de los sueños; las localizaciones y los personajes. No existe ninguna divisoria entre el mundo de los sueños y el mundo real. Pero, por supuesto, si llegas al punto en que te resulta difícil cruzar la carretera, entonces deberías visitar a un médico. ¡Ah! ¡Eso es una mosca! No puedo soportar que las moscas se me posen cerca. Espere un minuto. —Echa la silla para atrás con un chirrido. —¿Tiene un aerosol? —Claro que lo tengo, pero éste no es un caso para los aerosoles. Burroughs, que anda unas veces arrastrando los pies y otras a brincos, sale de la cocina rascándose los delgados y tristes brazos, que parecen dos lápices rotos, y regresa sonriendo de oreja a oreja con un gran matamoscas de plástico naranja. —¿Por dónde iba? —se pregunta, sentándose erguido, listo para aplastar a cualquier mosca que se le ponga a tiro—. Sí, desde el punto de vista evolutivo, los sueños son muy importantes. El hombre es un artefacto diseñado para las condiciones del espacio, y no quiero decir para salir a él equipados, como quien dice, con una escafandra autónoma, que es lo que hemos venido haciendo hasta ahora. La evolución de la tierra al espacio es

equivalente al paso del agua a la tierra e implicará alteraciones igual de drásticas. ¡Toma! Fallé... —Desde donde está usted sentado, ¿cómo cree que será? Sus ojos verdes festoneados de cartílago barren el entorno con cierto grado de fatiga teñida de repugnancia. —Estoy sentado en el tiempo. La transición al espacio es escapar del tiempo. Es, incluso, la inmortalidad, porque mi definición del tiempo es la de aquello que se agota. Piense en unas criaturas acuáticas mirando hacia la tierra, ¿pueden imaginar cómo son las cosas allí? Difícilmente. El miedo a caer no significa nada para un pez. ¡Zasca!... La clave de lo que es el espacio se encuentra en los sueños. —Interesante. —Ja. Gore Vidal dijo que jamás me había oído decir nada interesante. No tengo el menor interés en ser interesante. Es lo que se dice a esos escritores que te mandan cosas infumables: muy interesante. —¿Ha oído a Gore Vidal decir algo interesante alguna vez? —En una ocasión le preguntaron si creía en el castigo físico y respondió que sí, entre adultos y con mutuo consentimiento. Los sueños son una necesidad biológica. Si a los animales se les priva del sueño REM acaban muriendo. Esa es la clave. Uno de los grandes obstáculos para salir al espacio es el peso. Pero tenemos al alcance de la mano el modelo de un cuerpo mucho más ligero, el cuerpo astral u onírico que prácticamente, aunque es posible que no del todo, carece de peso. Por supuesto, de momento no se está investigando prácticamente nada en esa dirección. Verá, el hombre ha sido diseñado con un propósito. Ese es el fallo de todas las utopías, que carecen de propósito. Es muy aburrido oxidarse sin ser bruñido, no resplandecer por el uso. ¿Sabe de dónde es eso? Del Ulises. —No sabía que Joyce... —Tennyson. ¡Toma! Esta vez sí. —Está usted hecho todo un experto. —Querido mío, llevo entrenándome desde que tuve edad suficiente para coger un matamoscas. En otras palabras, lo que llamamos felicidad es un subproducto de la función. La felicidad no es plancharse la raya del culo sentado en alguna parte. ¿Le apetece algo de beber? Yo sólo puedo beber coca-cola y vodka, pero siempre las bebo simultáneamente. —¿Está usted sólo en esta teoría de los sueños? —Puede que el gobernador Jerry Brown esté allá arriba. Él cree que el futuro de la raza se encuentra en el espacio. Es lo único en lo que estoy de acuerdo con él..., es partidario del control de las armas de fuego. —Está usted chiflado por ellas. —No creo que chiflado sea la palabra adecuada. Simplemente me gustan las armas de fuego. A alguna gente le gusta coleccionar mariposas, a otra le gusta..., las colecciones de cuchillos son muy populares, ¿lo sabía? Para que estuviera justificado que yo le pegara un tiro a alguien, ese alguien tendría que estar utilizando lo que legalmente se conoce como fuerza letal. Hasta el momento no me he enfrentado a ella, y espero no hacerlo, pero más vale

prevenir que lamentar. —¿Qué cosas no le gustan? —No me gustan los ciempiés y no me gustan las moscas. Las moscas son peligrosas. Te pueden poner huevos en el oído, entonces salen las larvas, penetran hasta el cerebro y matan a la gente. Si visita alguna vez los mares del Sur y ve a un pulpo diminuto de color azul en la playa, no se le ocurra cogerlo. Muerden y todo el que ha sido mordido por un pulpo anillado azul muere en el plazo de una hora. No hay antídoto. Voy a escribir un libro sobre las cosas que no hay que hacer. En Kansas hace frío en invierno. Si la temperatura es de 16 grados bajo cero y corre un viento ligero, pongamos de unos 50 kilómetros por hora, el resultado es equivalente a 60 grados bajo cero. Querido mío, ha habido gente de por aquí que ha salido un momento a buscar el correo en invierno, se ha levantado un poco de viento y nunca ha regresado. Pero hoy la temperatura en el corazón de Estados Unidos ronda los 26 grados y los grillos chirrían como un molino de Lancashire. Estamos en el jardín y Burroughs danza lentamente a lo largo del perímetro de su propiedad, agitando la larga y delgada picana eléctrica. —Produce una descarga de 5.000 voltios. Lo suficiente para que cualquier allanador te pida excusas. Funciona aún mejor si hay un poco de humedad. ¿Quizá sería buena idea escupirles primero! —¿Está usted sano? Quiero decir físicamente. —Perfectamente sano. Nunca he tenido una enfermedad grave en mi vida. Solía practicar artes marciales, judo, pero la cosa ésa de saltar dos metros para darle una patada al contrincante en la cabeza es mala para mi artritis. Me dedico a dar paseos por Lawrence. —¿Existe algún conflicto en usted entre el escritor y el hombre de acción? —Ésa es una dicotomía artificial, aunque el empeño de Hemingway por dar rienda suelta a la menos interesante de las facetas de su carácter impuso graves limitaciones a su escritura. —¿Sería por ese conflicto por lo que se suicidó? —Oh, sí, estaba enloquecido. Yo estaba convencido de que había sufrido daños orgánicos en el cerebro cuando después de aquel accidente tuvo que abrirse paso para salir del avión a cabezazos. Lo mejor que jamás escribió fue Las nieves del Kilimanjaro, una historia acerca de la muerte, para la que él tenía un sentido especial. Podía olerla en los demás. —¿Alguna vez ha sentido deseos de suicidarse? —Nunca. No veo que el suicidio mejore en absoluto la posición de uno. —¿Cree usted en la vida después de la muerte? —Desde luego. Jamás he dudado de la posibilidad de una vida después de la muerte, ni de la existencia de dioses... —Pero una vida después de la muerte presupone... —Un momento, alto ahí, es una cita de El lugar de los caminos muertos (The Place of Dead Roads), un libro mío. "Kirt nunca dudó de la posibilidad de que existiera una vida después de la muerte, ni de que existieran dioses. Pensaba que la inmortalidad era el único objetivo por

el que valía la pena luchar y sabía que no era algo que se obtuviera automáticamente creyendo en una basura u otra, como el cristianismo o el islam. Era algo por lo que había que trabajar y luchar, como todo en esta vida o en cualquier otra". Creo que el cristianismo es el veneno espiritual más virulento jamás administrado a un planeta proclive a los desastres. Es parasitario, se aferra a la gente, y la esencia del mal es el parasitismo. — Dígame, ¿cuál es su función como escritor? —La función de todo arte — me grita desde el otro extremo del jardín mientras gatea travieso alrededor de un árbol persiguiendo a su gato— y ahí incluyo el pensamiento científico creativo, es hacer que la gente adquiera conciencia de lo que sabe y de lo que no sabe, porque no se le puede decir nada a nadie que no sepa ya a algún nivel. —¿Llora usted con facilidad, Bill? —Con facilidad no, pero lloro. A veces no es necesariamente una cuestión de sentirse trastornado, es algo que te golpea, que te emociona. Lloré no hace mucho. —¿Constituye un problema la soledad para usted? —No. Di un curso de escritura creativa en el New York City College. No creo que se pueda enseñar tal cosa, pero dije que existen ciertos requisitos previos. Primero, ser capaz de pasar horas solo ante una máquina de escribir. El que no pueda hacerlo, que se olvide de ser un escritor. —¿Cuáles son los otros requisitos? —Leer mucho. Creo que fue T. S. Eliot quien dijo que si alguien tiene un estilo literario pretencioso suele deberse a que no ha leído suficientes libros. Bill habla muy bien, durante horas, y empalma un día con el siguiente. ¿Por qué es Kansas un estado seco? ¿Por qué llaman a Lawrence el París de las praderas? ¿Dónde se busca uno los vicios en un sitio como éste? ¿Cuál es en realidad la sensibilidad de las praderas? — ¡Santo Dios, éstas no son las praderas! Quedan 500 kilómetros al oeste de aquí. Es el territorio más desolado que he visto en mi vida, no hay un árbol en ninguna dirección. Eso de la sensibilidad de las praderas debe de ser la locura que lleva a la gente a seguir viviendo allí. James Grauerholz, futuro guardián del santuario, llega con sus gafas de montura de oro para llevarnos a cenar. Burroughs saca una gran bolsa de la compra y empieza a llenarla de armamento. —Con los libros que escribe, repletos de mundos extraños, sexo rebuscado y demás, debe venir mucha gente a hacerle todo tipo de sugerencias horribles. —No es algo que yo incentive, pero estoy preparado —dice, haciendo sonar la bolsa de la compra—. Alguna gente lo llama paranoia, pero yo digo que un paranoico es un hombre que está en posesión de toda la información. ¿Era paranoico Pasolini? Ese chico asesinó a Pasolini por la espalda con un madero lleno de clavos. Los clavos le atravesaron el cráneo. He oído de varias fuentes que el muchacho en cuestión había sido contratado por un grupo derechista. Afuera empieza a

oscurecer. Magníficas descargas de relámpagos rosados iluminan con su impacto parcelas del cielo. Se esperan tornados para los próximos días. — Mire esto. Es mi favorita, una Charter Arms Undercover 38 especial con cañón de dos pulgadas. ¡Me gustaría ver a un cabrón con una bolsa de hielo librarse de esto! Y mire esto otro —dice poniéndose una chaqueta de cuadros azules de algún material sintético—. Lo compré en una tienda de segunda mano. Esos almacenes del Ejército de Salvación. Ocho dólares. No está mal, ¿eh? Me encantan las gangas. Tras calzarse sus horribles y famosas gafas y embutirse un sombrero de ala ancha en la cabeza, selecciona un pesado bastón de paseo, recoge la ruidosa bolsa de la compra y sale muy animado al mundo exterior.

MAE WEST

Entrevistada por Charlotte Chandler (The Ultimate Seduction, 1984)

La actriz norteamericana Mae West (1893-1980) nació en Brooklyn, Nueva York. Dio sus primeros pasos en el music-hall como imitadora y cantante. Actuó por primera vez en Broadway en 1911. Escribió las obras Sex (1926) y Diamond Lil (1928), que también protagonizó, antes de entrar en el mundo del cine cumplidos los cuarenta años. En Diamond Lil, rodada bajo el título She Done Him Wrong (Lady Lu, 1933), el personaje cinematográfico de West hacía hincapié en su gusto por la insinuación sexual. Hizo diez películas entre 1932 y 1943 y regresó a la pantalla para una intervención estelar en la versión cinematográfica de Myra Breckinridge de Gore Vidal (1970). Fue famosa por su mordacidad. Charlotte Chandler es hija única, nació en California y a los diecinueve años dejó de confesar la edad que tenía. Empezó a escribir siendo niña para revistas infantiles y de poesía, y siempre ha sido una profesional independiente. Su primer artículo importante, una entrevista con Juan Perón, fue comprado por Playboy. Su siguiente encargo para Playboy fue lograr una entrevista con Groucho Marx, que era famoso por su rechazo hacia las entrevistas. "Le pregunté a Groucho si aceptaría que le hiciera la entrevista para Playboy. Él respondió: 'La revista Life acaba de ofrecerme 10.000 dólares y les he dicho que no lo haría por 20.000. Tampoco la haría con usted por 30.000'. Luego me preguntó si me apetecería pasarme por allí para que pudiera decirme 'no' en persona. Fui inmediatamente. Groucho me enseñó su colección de 'Marxabilia', me invitó a cenar y se pasó el resto de la noche hablando acerca de su carrera en el mundo del espectáculo. A eso de las once de la noche dijo; '¿Por qué no está usted escribiendo?'. Fue entonces cuando me enteré de que estaba haciéndole una entrevista". Tras la publicación de la entrevista, Groucho sugirió a Chandler que escribiera un libro sobre él. El resultado fue Hola y adiós (Helio, I must Be Going 1978), basado en entrevistas con Groucho (una de ellas realizada por Woody Allen en presencia de Chandler) y sus amigos. Groucho también espolé a Chandler para que escribiera un libro sobre "toda esa gente famosa" que había conocido. El libro se publicó con el título The Ultimate Seduction ("Las pasiones que te motivan pueden cambiar, pero es tu trabajo en la vida lo que constituye la seducción esencial"). El libro contenía largas entrevistas con Federico Fellini, Henry Moore, Henry

Fonda, Alfred Hitchcock, Juan Perón, Mae West y Tennessee Williams, y otras más breves con Picasso, Charlie Chaplin y Frank Sinatra. Confessions of a Nightingale, un espectáculo con un solo intérprete basado en las conversaciones de Chandler con Tennessee Williams, estuvo un año en cartel en Los Ángeles. Mae West me tendió la mano. Al cogérsela, me arañé la palma de la mía con sus anillos de diamantes. Dándose cuenta de lo ocurrido, comentó con cierta indiferencia: —Son de talla antigua, muy afilados. Ésos son los mejores. Llevaba todos los dedos cubiertos de diamantes. Lucía un collar de diamantes, pulseras de diamantes y una tobillera de diamantes. Se trataba, me explicó de "sus diamantes para el día". Extendiendo la mano para que pudiera examinarlos, añadió: —Míralos, son todos de verdad. Me los regalan mis admiradores. —Su mirada se posó en mis manos desnudas—. ¡Oh, cielos, pobrecita mía! ¡Tú no tienes ninguno! Durante un momento se quedó mirándome con asombro y pena. Luego su expresión se animó. —Pero tendrás alguno en casa, ¿no? Negué con la cabeza. Una expresión de profunda simpatía volvió a reflejarse en su cara. Me estudió durante unos instantes y luego dijo en tono alentador: —Podrías tenerlos, querida, pero tienes que intentarlo. Y tienes que saber cómo hacerlo. En la vida no hay nada mejor que los diamantes. — Probablemente sea eso lo que hay que creer para obtenerlos —dije. — Exactamente —dijo ella—. Has puesto el dedo en la llaga. Es una cuestión mental. Ahí es donde empieza todo. Saber lo que quieres es el primer paso para obtenerlo. —Extendió las dos manos para que ambas pudiéramos admirarlas—. Estos diamantes son mis amigos. ¿No son preciosos? Lo único que hay más importante es la salud. De repente percibí un curioso sonido, algo como el batir de alas de aves pequeñas. Intentando no dar la impresión de que no estaba prestando atención a lo que ella decía, no pude resistir la tentación de mirar a mi alrededor. Pero no vi ninguna jaula para pájaros. El sonido se repetía a intervalos frecuentes. Sólo cuando Mae llevaba ya un rato hablando me di cuenta de que era el sonido de sus pestañas falsas, abundantes y densamente cubiertas de rímel, cuando rozaban sus mejillas cada vez que parpadeaba. Mae West llevaba tiempo sin conceder entrevistas. Cada vez que contestaba al teléfono, cosa que hacía muy infrecuentemente, fingía ser la doncella. Mae ya conocía a toda la gente que quería conocer, en especial dadas las muchas horas que se sentía obligada a dedicar a su pelo, su maquillaje y su ropa antes de recibir a alguien. Su cara estaba prácticamente oculta por una máscara de maquillaje, pero su cuello y escote exhibían una piel asombrosamente clara, suave y juvenil. Yo le había costado tres horas, como se encargó de repetirme más de una vez, pero habría empleado el doble si hubiera sido un

hombre. Si decidía ver a alguien prefería que fuera un hombre, tanto de día como de noche, especialmente de noche. —Ellos siempre enviaban un hombre —me dijo, sin especificar quiénes eran "ellos"—. Yo consideraba que pasar el rato con chicas era una pérdida de tiempo, así que no me relacionaba con ninguna. —Las únicas excepciones eran su adorada madre y su hermana, Beverly. Los hombres eran los que hacían cosas interesantes y disponían del poder necesario para que también ella pudiera hacerlas. Para Mae West, Hollywood tenía una irrealidad real y eso era lo que más le gustaba. Resistió heroicamente hasta el final todo asalto contra su castillo de cuento de hadas. Su apartamento de Ravenswood en Hollywood era en verdad una extensión de Mae West. No sólo era su vivo reflejo, también la realizaba y probablemente la inspiraba. Había puesto mucho de sí misma en él y a cambio recibía también mucho. El mobiliario estaba tapizado en raso y seda de color blanco cáscara de huevo y parecía virginal, como si acabara de ser instalado para mi visita. De hecho, los muebles de color blanco y oro llevaban allí desde comienzos de los años treinta, cuando había llegado Mae, con la única excepción de breves ausencias para ser retapizados o limpiados. No había ni una sola de las ubicuas plantas de interior. —Las plantas consumen demasiado oxígeno —explicó, erróneamente pero con gran convicción. El apartamento estaba fresco porque, en palabras de la propia Mae, "es bueno para los muebles y el cutis. Me gusta que el aire esté filtrado y en movimiento". Le pregunté cómo mantenía el apartamento en tan prístino estado, con la esperanza de que su respuesta fuera aplicable al mío propio, pero previendo instintivamente que la magia no sería transferible. De algún modo, parecía natural que el mobiliario de Mae West no se ensuciara. La magia tiene cierta fragilidad; cualquier respuesta sólo serviría para echar a perder la ilusión. Una vez que Mae alcanzaba la perfección según sus propios estándares, detestaba todo tipo de cambios. No había olvidado la vida en la compañía de repertorio y su etapa de vodevil, cuando no tenía el menor control sobre su medio ambiente. —Ya viajé lo suficiente cuando era muy joven, así que no necesito hacerlo más. Ya no tengo ganas. Tengo todo lo que quiero aquí mismo. Añadió que no echaba de menos la obligación de viajar. El apartamento de Mae West era un lugar a su medida, un hogar hecho por y para ella: no reflejaba la personalidad de algún prestigioso decorador de interiores, sino la de la propia Mae. La acumulación de objetos memorables, regalos de sus admiradores y recuerdos de familia indicaba que, en privado, Mae West era una persona más sentimental de lo que fingía ser su personalidad pública. Los homenajes a su persona distribuidos por todo el apartamento, las estatuas en mármol de Mae West

desnuda y los retratos al óleo de "estilo clásico" en su momento de mayor éxito no evidenciaban la menor falsa molestia. Significaban también que, en la octava década de su vida, no temía verse en compañía de su versión más joven. Seguía siendo optimista y tenía planes y ambiciones para el futuro. Siempre que Mae intercalaba uno de sus famosos epigramas o aforismos para recalcar algún punto pasaba de un tono serio a la voluptuosa petulancia de Diamond Lil. A veces descomponía las palabras largas en varias sílabas, haciendo pausas entre sílaba y sílaba para crear un efecto exageradamente sensual. Mientras hablaba, su pelo moldeado de color platino oscilaba como en un anuncio de champú, aunque no había ningún ventilador para hacerlo ondear. A menudo hacía gestos bruscos con la cabeza, y el movimiento de su cabello servía para puntuar sus comentarios. Sempiterna adoradora del espejismo, Mae vestía largos vestidos o pantalones campana diseñados para ocultar sus zapatos como zancos. Llevaba los tacones más altos que jamás haya visto; parecían más altos que largos los zapatos. Sólo mirarlos hacía que me dolieran los pies. Me recordaban los tacones de los zapatos de plataforma de Carmen Miranda que había visto expuestos en el museo de Río de Janeiro. Edith Head especulaba con la posibilidad de que fuera la altura de aquellos tacones la responsable de los famosos y sugerentes andares de Mae West. ¡Con semejantes zapatos no podía caminar de otro modo! Son tan pesados que le resultaba francamente difícil levantarse de un asiento. Le pregunté a Mae cómo pensaba que les iría a los hombres si tuvieran que pasarse la vida usando calzado de tacón alto. —No lo conseguirían— respondió—. Se extinguirían. Tal vez no le gustara conceder entrevistas a mujeres porque no podía interpretar su papel. Con una mujer se veía obligada a desvelar mucho más su personalidad privada. Tenía que estar presente Mae West, no podía encargar a Diamond Lil que se hiciera cargo de todo. Señaló que aunque ella era Diamond Lil, Lil no era Mae, porque Mae West era muchas más cosas. El éxito público y el éxito personal son cosas distintas. A Lil le resultaba más fácil ser feliz que a Mae. Para Lil, la felicidad era el sexo; para Mae, el trabajo. Mae me dirigió una dura mirada y me dijo que tenía que decirme algo antes de "meternos en harina". —Si quieres fumar—dijo—, tendrás que abandonar la habitación y salir al vestíbulo. Aquí no tenemos ceniceros. No permito que nadie fume en mi presencia. No me deja respirar y no quiero que se impregnen los muebles de tabaco. Cuando quieras salir al vestíbulo, házmelo saber. Le aseguré que no sería necesario porque yo no fumaba ni lo había hecho nunca. Su mirada de aprobación me hizo saber que había superado un importante examen. —Entonces conservarás tu piel suave. Así es como yo conservé la mía. Siempre uso

aceite para niños. El aceite para niños es bueno para todo el cuerpo, pero el secreto es que tiene que estar templado. Y te lo tiene que poner un hombre, por todas partes. "Huelo que dices la verdad sobre lo de que no eres fumadora, porque si fumaras, tu cabello y tus ropas olerían a humo de tabaco, especialmente tu pelo. ¿Sabes una cosa? Nunca me gustó que me tocara un hombre fumador. Su siguiente pregunta tuvo el mismo aire de celada que la pregunta sobre el tabaco. Me preguntó si quería un trago. Le dije que no. Me dijo que mejor así, ya que no tenía ningún licor. —Mi madre era una chiflada de la vida sana y mi padre un atleta. Nunca comprendí la bebida. No es buena para la salud ni para la apariencia, y te hace menos de lo que eres. Nunca he querido ser menos de lo que soy. 'Yo era infatigable. Nunca supe exactamente por qué. Poseía una energía extraordinaria y tenía que hacer algo con ella. Hace poco descubrieron que tengo una tiroides doble. Siempre la he tenido, pero no lo he sabido hasta ahora. Quizá ése haya sido el origen de mi energía, especialmente de mi energía sexual. Cuando me dijeron que tenía una tiroides doble, pretendían quitarme una, pero me negué. No tengo fe en esas manipulaciones. — Muchas diferencias que el mundo considera extrañas o excéntricas pueden labrar de hecho la buena fortuna de una persona, pero siempre hay gente que prefiere la conformidad a la individualidad. —La individualidad lo es todo; la individualidad y el entusiasmo. —Creo que el entusiasmo es un factor clave de la energía. Nada agota tanto como que las cosas salgan mal; como el desánimo y la decepción. —Yo me sentía incapaz de esperar a la vida. Quería correr hacia ella con los brazos abiertos. "¿Llevas ese pañuelo porque tienes frío, o es que tienes algo que ocultar? (Me lo quito). Así está mejor. Ahora deberías desabrocharte algunos botones... A los hombres les gusta que les enseñes una o dos cosas. Yo me vistió para las mujeres y me desvistió para los hombres. A Mae le encantaba la ropa y era una verdadera coleccionista. Sus vestidos, perfectamente conservados, no estaban simplemente guardados, sino que parecían tener vida propia. Eran hasta cierto punto como una hilera de damas sin cabeza que esperaran a una pareja que las rescatara de su aburrimiento. Las boas de plumas y los saltos de cama de encaje parecían tener historias que revelar si hubiera tenido ocasión de entrevistarlos, pero conservarían sus confidencias hasta el fin de los tiempos. El desfile de moda final de Mae estaba dedicado a su público favorito, al más incondicional: ella misma. Cuando me animó a que me probara algunas de aquellas prendas, titubeé, pero me convenció para que me pusiera un salto de cama negro. —¿No te hace sentir sexy? — me preguntó. Casi no había terminado de hablar cuando se quedó mirándome con expresión disgustada. Me lo había puesto sobre la blusa y

la falda—. Así no se puede sentir nada —me explicó—. Tienes que estar desnuda debajo. —Durante el rodaje de una película me pasaba todo el tiempo de pie, de seis a siete horas al día, para no arrugarme el vestido. Incluso comía de pie. Me preguntaban, "Mae, ¿no te cansas?". No me permitía a mí misma sentirme cansada. Me decía: "¿Quieres estar preciosa para tu público, que es lo que espera de ti, o prefieres sentarte?". No tenía opción. "Las primeras impresiones son las que cuentan. Siempre tenía mucho cuidado con el primer traje con el que salía al escenario o aparecía en una película. Es como el momento en que llegas a una fiesta. Ése es el instante decisivo. Es entonces cuando la gente te mira de verdad, te evalúa, y si se siente impresionada, eso es lo que piensa y recuerda de ti. Da igual que después se te corra un poco el maquillaje, se te formen un par de arrugas en el vestido o parezcas un poco cansada; no es de eso de lo que se acordarán. —¿Qué haría si no consiguiera producir una primera impresión óptima en un hombre? —Buscarme otro hombre. Sin duda ese hombre tendría que estar mal de la cabeza. "¿Ves ese león de oro que hay debajo de mi piano? Me lo envió un admirador. No hacen más que mandarme regalos. También tengo fans femeninas. Añadí un vestuario cuidado a mis espectáculos para atraer a las mujeres. Ellas venían a ver mis trajes y los hombres venían a verme a mí. La ropa es importante para las mujeres porque una mujer se siente más sexy con un camión negro con puntillas y encajes. —Yo diría que la lencería elegante tiene más interés para las mujeres que para los hombres. —Bueno, yo nunca necesité ropa para sentirme sexy. Siempre me he sentido así y eso es algo que notan los hombres. La proximidad de un hombre atractivo me mantenía en un estado constante de predisposición sexual. —Lo resumía muy bien al final de I'm No Angel (No soy un ángel), cuando Cary Grant le preguntaba "¿Qué estás pensando?" y usted contestaba "Lo mismo que tú". —Eso es muy excitante para un hombre. Cuando los hombres perciben que una mujer está dispuesta a tener relaciones sexuales, están listos inmediatamente. En ese aspecto, ellos son más simples que las mujeres. Es el modo en que están hechos; no son nada complicados. Cuando venían hombres a verme, tenía que empezar por calmarles un poco. —Probablemente, la causa de su excitación sería la escena que tenían en mente mientras venían hacia acá. —Sí, calmarles no resultaba fácil. (Suspirando). Tuve un montón de grandes amoríos. —Estuve a punto de cenar con usted la última vez que visité a Groucho en su casa. Elliott Gould estaba allí y me habló de aquella noche. —Elliott es como un oso. Siempre me han encantado los osos. Oye, ¿sabes lo que me acaba de ocurrir? He recordado mi primer sueño sexual. Fue con un oso. Supongo que debía de tener diez años, tal vez menos.

Entraba por la puerta sobre dos patas, era un oso macho gigantesco. Nunca volví a tener ese sueño. Me tuvo preocupada mucho tiempo. Hacía años que no pensaba en esto... Nunca se lo había contado a nadie. Más tarde me enteré de que el oso es un símbolo sexual. El sexo y el trabajo han sido las únicas cosas importantes de mi vida. —Pero en orden inverso de importancia... —Sí. Si tenía que elegir entre el sexo y mi trabajo siempre elegía mi trabajo. No obstante, me alegro de no haber tenido que escoger entre ambos durante más de una semana cada vez. Desde que me hice mayor nunca he pasado más de una semana sin ninguno de ellos. —¿Qué es "mayor"? —Trece años. Ya era activa antes, pero no de modo regular. Antes de eso, estaba empezando a abrirme camino. —¿Ha tenido alguna vez problemas para encontrar un hombre? —(Intrigada). ¿Qué quieres decir? —Quiero decir un hombre que le gustara de verdad. —Nunca he tenido el menor problema. Me encontraban ellos. Siempre he sido capaz de descubrir algo que me gustara en cualquier hombre. Bueno, en casi cualquier hombre. Paul Novak, un amigo de Mae que vivía con ella y me había abierto la puerta, entró desde la cocina con una bandeja en la que había vasos y botellas de agua mineral. En cada vaso había una ilustración diferente de una Mae sugestivamente ataviada. —¿Quieres un poco de agua mineral? Aquí no bebemos otra cosa. Hasta me baño con agua mineral. ¿Sabes algo? Jamás he tenido un catarro. —¿A qué se lo atribuye? —A mi mente. Tomé una decisión. La gente no comprende el poder de esto. (Tocándose la frente). Está todo aquí. Todo el mundo pierde el tiempo pensando en lo que tienen los demás en la cabeza. Con la que tienes que vivir es con la tuya. —Supongo que buena parte de lo que parece que nos pasa sólo ocurre en nuestra mente, y en realidad es nuestra percepción de ello lo que nos hace felices o infelices. —La imaginación puede hacerte más feliz. La gente no tiene por qué usar la mente para torturarse. Creo que hay que cuidar la mente tanto como el cuerpo. Igual que se pone uno aceite en el cuerpo y toma baños de espuma para mantenerlo suave y en buen estado, debe hacer lo posible por no saturar su mente con pensamientos negativos y malas noticias. Paul me preguntó cómo había conseguido atravesar las medidas de protección de Ravenswood y subir en el ascensor sin ser ni siquiera anunciada. Dije que había preguntado por él, dando por supuesto que los extraños darían el nombre de Mae West pero sabiendo que el suyo debía de ser la contraseña. Mae se quedó mirando la caja envuelta para regalo de Kron que yo había depositado sobre la mesa. —¿Qué es eso? —preguntó con entusiasmo infantil. —George Cukor me dijo que a usted le apasiona el chocolate —expliqué. —Sí que me gusta —dijo ella—. ¿Qué clase de chocolates son?

—Unos que no contienen prácticamente nada de azúcar. Llevan ciruelas y albaricoques secos porque me han dicho que le gustan las cosas sanas. Los otros son trufas de crema. Con las prisas por abrir la primera caja, Mae casi destruye su contenido. A continuación atacó vorazmente la segunda caja y casi aplasta unas cuantas trufas. —Me gusta darme caprichos —dijo, recobrando la compostura y tendiéndome la caja—. Toma uno si te apetece, querida. —En ningún momento soltó la caja. Como no me atrevía a privarla de lo mejor, elegí un albaricoque cubierto de chocolate y empecé a comérmelo. —Tienes buenos modales —dijo Mae—. Comes como una señorita. Cuando yo era pequeña, me miraba al espejo mientras comía para asegurarme de que lo hacía bien. Hay gente que mastica como rumian las vacas. —Luego retiró la caja como si pensara que yo era demasiado educada como para comerme otro chocolate. Mae se permitió comer otro y estaba a punto de coger uno más cuando Paul le quitó la caja con firmeza. Ella puso un gesto petulante pero no pareció contrariada. "Me gusta que mis hombres sean hombres. ¿Sabes? Mi madre no me dejaba comer chocolate cuando era pequeña. Decía que era malo para los dientes. Aún los conservo todos. —¿Quieres algo más? —le dijo Paul a Mae. — (Insinuante). Quizá más tarde... (A mí, mientras Paul sale de la habitación). Tiene buenos hombros, ¿no crees? ¿Te has fijado en sus bíceps? (Sonido de cristales rotos procedente de la cocina). Espero que no se haya cortado nada importante. Paul es guapo y es un hombre maravilloso. No intenta cambiarme. Siempre les he gustado a los hombres porque era distinta a todas las demás mujeres que habían conocido. Todos me decían: "Nunca había conocido a una mujer como tú, Mae". Porque yo era única. Lo gracioso era que cuando un hombre me cortejaba se empeñaba en ponerme un anillo de diamantes en el dedo y en cuanto me tenía quería ponerme un delantal alrededor de la cintura. Yo no quería grilletes de diamantes. Tenía que pensar en mi carrera y si un hombre quería que fuera distinta a lo que era, no me interesaba. "¿Estás segura de que no fumas? —Nunca lo he hecho. —La próxima vez que vengas, te regalaré chocolate yo. ¿Has probado alguna vez el chocolate Ragtime? — Ni siquiera sé lo que es. —Casi nadie lo sabe ya. Conozco el último lugar en América donde todavía lo hacen, y no está lejos de aquí. Quiero enseñarte una foto de mi madre. A que es preciosa... —Es adorable. —Era suave y femenina, lo contrario de mi padre. A mi padre le apodaban el "peleón". Era un hombre de pelo en pecho. Había combatido sobre el ring y en la calle. Tuvo un establo, pero más tarde se hizo detective. Recuerdo que me sentaba a la puerta de su oficina, jugando con mi muñeca y mirando a la gente. Luego, cuando se habían marchado, entraba y le decía

lo que me habían parecido. Acertaba siempre. Él decía: "¿Cómo es posible que Mae sepa tanto de la gente?". Siempre he juzgado así a las personas. Si no me hubieras gustado cuando entraste, te habría dicho que te marcharas. "Mi madre perdió una hija poco antes de tenerme a mí. Mi hermana vivió tan sólo unos pocos meses, así que yo era todo su mundo. Me trataba como si fuera una joya. Hacía todo lo que yo quería. Si me encaprichaba con una muñeca, me la compraba. Una vez fuimos a un almacén y había un centenar de muñecas. Todo el mundo pensaba que eran todas iguales. La que yo quería estaba en la estantería más alta, a la que no llegaba nadie. Tuvieron que ir a buscar una escalera y a alguien para que se subiera a ella. La gente se apelotonó a nuestro alrededor. Todo el mundo creía que yo lo hacía por puro capricho, pero la quería porque tenía un vestido malva. No sé qué ha sido de ese color. En tiempos era muy popular. Aunque tenía solamente cuatro años, sabía que ésa era la que quería, y sólo ésa. Ellos no veían la diferencia. Si tú la ves y el resto de la gente no, dicen que eres una caprichosa. Yo siempre he sabido lo que quería. Mi madre no cuestionó mi decisión. Hizo que trajeran una escalera y me bajarán la muñeca que yo quería. —¿Sabe dónde está ahora esa muñeca? —No. Ojalá lo supiera. Puede que esté con mi madre. "Fui hija única durante muchos años. Tuve suerte. Luego tuve una hermana y un hermano, pero llegaron más tarde y para ellos fue distinto. Mi hermana y mi hermano tenían que compartir a mi madre entre ellos y conmigo. Cuando llegaron mis hermanos yo ya no necesitaba tanto de mamá. Jamás tuve celos de mi hermana y mi hermano. Nunca he tenido envidia de nadie en mi vida. Estaba demasiado ocupada pensando en mí misma. "Mi madre quería ser actriz. Al final lo consiguió a través de mí. Siempre venía a verme. Tenía una butaca de palco. Una vez, antes de su muerte, la saqué conmigo al escenario para saludar al público al acabar el espectáculo. Me hizo muy feliz poder darle aquello. Fue la noche de Año Nuevo. Estaba actuando con Harry Richman. Todo el mundo salió a escena y yo la saqué a ella. Estaba encantada. Se le iluminó el rostro. Le lancé un beso al público y ella también lo hizo. El momento más duro de mi vida fue el día que murió mi madre. Lloré. Nunca llegué a superarlo. Mae tenía fotos de sus padres en viejos marcos de plata sobre el piano blanco. "Perdí un montón de fotos cuando se inundó el sótano" me dijo. "Fue terrible. Perdí una parte de mí misma". —El éxito que tuve sobre el escenario mereció la pena sólo por el hecho de que mi madre pudiera subir a compartirlo conmigo en aquella ocasión. Y el dinero que gané valió para mí más que ninguna otra cosa, porque pagó lo más importante que jamás haya comprado. Mi madre adoraba los sombreros. Había visto un sombrero que

era el más maravilloso del mundo. Ella tenía un vestido negro con mangas de encaje, unas mangas de encaje largas y ajustadas, y encaje negro alrededor del cuello. Un día, en Nueva York, vi aquel sombrero, y supe inmediatamente que estaba hecho para mi madre, y que podría usarlo con su vestido de encaje negro. Era de color malva. "Recuerdo ese sombrero como si lo estuviera viendo, como el día que lo tuve en mis manos en aquella sombrerería. Tenía un ala levantada, para dejar al descubierto su cabello rubio. El toque definitivo era la pluma, la mayor pluma de avestruz que puedas imaginarte. El sombrero costaba ochenta y cinco dólares, lo que por aquel entonces era mucho dinero. Nunca antes había visto un sombrero tan caro, pero supe que tenía que comprárselo a mi madre. No lo dudé ni un instante. Lo habría comprado costara lo que costara." "Me lo llevé a casa, y no fui capaz de esperar una ocasión especial. Entré a toda prisa y se lo di. Ella tampoco fue capaz de esperar. Se lo puso inmediatamente y se lo dejó puesto mucho tiempo. No quería quitárselo por nada del mundo. Estaba encantada con él, como yo sabía que ocurriría. La expresión de placer de su cara no tenía precio. Para eso es para lo que sirve el dinero, para comprarle tanta felicidad a alguien a quien amas. Eso significó para mí más que cualquier diamante." "Siempre me han gustado los sombreros, como a mi madre. Me encantaba comprarlos. Aún conservo casi todos los que he comprado en mi vida. A veces entro en mi dormitorio y me paso toda la tarde probándomelos y me siento feliz. Tengo más de los que nadie podría usar, pero muéstrame un buen sombrero y le haré hueco. Lo gracioso es que vivo en California, donde nadie los usa y muchos de mis sombreros jamás han salido de mi dormitorio. Hay quien cree que debería ir al psiquiatra, pero ¿por qué buscarle tres pies al gato? —Creo que cuantas más cosas tengamos que nos den placer y enriquezcan nuestras vidas, tanto mejor para nosotros. —Mi madre solía darme masajes con aceite para niños después del baño cuando era pequeña. Es mi primer recuerdo. Nunca he experimentado nada tan agradable como aquello. Yo siempre me parecí más a mi padre que a mi madre, siempre fui más como un hombre. Mi madre me cuidaba maravillosamente, pero cuando fui creciendo, fue como si yo me convirtiera en su madre y ella en mi hija. Me apetecía cuidarla y malcriarla como había hecho ella conmigo. "Mi madre siempre se dirigía a mí diciendo: 'Querida, ¿te importaría hacer esto?', o '¿Querías hacer esto por mamá?'. Tenía unos modales exquisitos. Mi madre sabía que a mí no se me podía forzar. Hasta un tono de voz equivocado me alteraba enormemente. Jamás me han gustado las discusiones. Estropean el acto amoroso. "Siempre que bajaba del escenario sabía que mi madre estaría allí, esperándome, sosteniendo mi manguito de

piel favorito. Mi madre era hasta tal punto parte de mi vida que no sabía cómo arreglármelas sin ella. Luego comprendí que mientras yo siga con vida, ella vivirá también. "Cuando era pequeña, mi padre me construyó un pequeño escenario en el sótano de nuestra casa de Brooklyn. Era todo blanco con un precioso telón también blanco. El blanco ha sido siempre mi color. Mi padre no tenía tan claro como mi madre si debía o no subir a un escenario siendo tan joven. Pensó que tal vez debería esperar hasta los ocho años. Pero yo no podía hacerlo. Mi padre dijo: 'Dejemos que pruebe suerte y veremos cómo le va. Pero si se asusta tendrá que esperar a ser mayor'. ¿Te imaginas? A veces ni tus padres te conocen. ¡Miedo al escenario! Yo no sabía lo que era aquello. Sigo sin saberlo. "Mi madre no escuchó a mi padre. Sabía que yo era capaz de hacer cualquier cosa que quisiera. De niña tenía ya una total confianza en mí misma. Puede que por eso no le tuviera jamás miedo a nada. Los terremotos no me dan miedo. Jamás me preocupó no saber nadar. "Una vez, estando en la playa cuando era pequeña, oí a alguien gritar. Una niña se estaba ahogando. No había nadie más por allí, así que me metí en el agua y la saqué a la orilla. No lo pensé siquiera porque no había tiempo. Después mi padre se enfadó mucho. '¿Cómo pudo hacerlo esa niña si ni siquiera sabe nadar?', le preguntó a mi madre. 'Tienes que vigilar a Mae. Nunca se sabe lo que puede hacer'. Fue la única vez que le oí levantarle la voz a mi madre. "Siempre he admirado a los leones. Son unos animales preciosos. Cuando llegaba a una ciudad nueva, iba al zoológico sólo por verlos. Me ponía delante de su jaula y tenía una fantasía. Yo estaba allí dentro, con ellos, y los leones hacían exactamente lo que yo quería. Se rendían a mí. Yo sentía una gran pasión por ellos y no tenía ningún miedo. Sabía que los leones me reconocerían y no me harían daño. Siempre había querido ser domadora de leones. Era una especie de sueño para mí. No soy un ángel era una película sobre el circo. Gracias a que me convertí en actriz, llegué a hacerlo realidad. No usé doble. "No querían dejar que lo hiciera. El domador profesional no podía estar presente porque un león lo había atacado hacía nada y habían tenido que llevarle al hospital. Les dije que no pensaba usar la capa de piel que me habían preparado. No me gustaba. Fue mejor así. A lo mejor a los leones no les habría gustado la piel. Había habido perros cerca de ella y tal vez los hubieran olido. Los leones estuvieron maravillosos. Estaban nerviosos, eso sí, probablemente por lo que había pasado antes, pero yo no lo estaba. Estaba emocionada. Pude defender mi terreno y dominar a aquellos enormes leones macho. "Cuando salí de la jaula todo el mundo me aplaudió. Nunca tuve que repetir la experiencia porque sabía que lo había logrado. —Muy pocos de nosotros

tenemos ocasión de hacer realidad nuestras fantasías. Una actriz puede tener la oportunidad de hacerlo. —Ser a la vez actriz y escritora es la mejor combinación que te puedas imaginar, porque puedes ser quien quieras. Sólo tienes que escribirte el papel y después interpretarlo. Así puedes saltarte las partes aburridas. Y cuando te cansas, puedes ser otra persona distinta. "¿Quieres que te cuente mi primera aventura amorosa? Ocurrió cuando tenía cinco años. Debuté en Brooklyn en el Royal Theater. Me enamoré sobre aquel escenario. Fue mi primera aventura con mi público y me ha durado toda la vida. Ésa ha sido la única que de verdad ha contado para mí. Ningún hombre podría igualarla. Estaba impaciente por subirme al escenario, por ponerme delante del cálido resplandor de las candilejas. Incluso entonces sabía que sería en el escenario donde estaría realmente viva. Oí los aplausos, aplausos que eran sólo para mí, y supe que realmente les gustaba. Entonces me di cuenta de que jamás querría estar en otro sitio. Nunca me he sentido tan segura como cuando subía a un escenario. Más que ninguna otra cosa, necesitaba la luz de los focos brillando sobre mí. Lo necesitaba tanto que me dolía, era como tener las manos del más fuerte de los hombres a mi alrededor, como un abrigo de armiño. "Cuando era niña siempre me imaginaba mi nombre en las luminarias. Me dormía viéndolo allá en lo alto. Solía sentarme a practicar mi autógrafo durante horas. Probaba de una forma y de otra hasta que me quedaba perfecto. Fui yo quien cambió mi nombre de May a Mae. Me gustaba más como quedaba cuando practicaba mi autógrafo de pequeña. Además, no me gustaba aquella "y" con el rabo colgando. No me gustan las cosas caídas. "Siempre cambiaba cosas en los papeles que hacía. Cuando tenía ocho años veía ya cosas que se podían mejorar. A veces añadía líneas por mi cuenta. Siempre me salía con la mía. Añadía cosas nuevas a mi número para mantener mi propio interés. Si no lo conservas, se nota. Solía escribir material extra para tener cosas diferentes que hacer en los bises. Tienes que creer en ti misma. Yo sabía que mi destino era el teatro y siempre he trabajado mucho. Eso era todo lo que deseaba, trabajar. No quería llevar un vida rutinaria y aburrida. —¿Qué intérpretes le influyeron al comienzo de su carrera? — Nadie me influyó jamás. Siempre he sido yo misma. —Y cada vez fue siéndolo más. —Puede ser. Yo creé a Diamond Lil, uno de los grandes personajes de todos los tiempos. Yo respetaba a Groucho y a los hermanos Marx porque eran divertidos, pero lo que más admiraba en ellos era que habían creado sus propios personajes. Chaplin era un gran artista que también creó su propio personaje. "Me eduqué en el teatro. Vi a Billie Burke y a Tyrone Power, el padre. Cuando era niña mi favorito era Bert Williams. Me moría por conocerle. Un día mi padre llegó a casa y me dijo:

'Mae, tengo una gran sorpresa para ti. Está aquí Bert Williams. Le he traído a casa a cenar contigo'. Entré a toda prisa, miré a aquel hombre y chillé: '¡No es él! ¡No es él!'. Subí a mi habitación y me eché a llorar. Estaba terriblemente alterada. Mi madre me dijo que mi padre quería subir a verme, pero Bert Williams le detuvo. 'Yo lo haré', le dijo. Se puso delante de mi habitación y empezó a cantar. Entonces le reconocí y salí inmediatamente del cuarto. Luego cenamos. "¿Sabes por qué no le había reconocido? Su color era demasiado claro. Era un hombre negro, pero demasiado claro, así que para salir al escenario se pintaba la cara de negro. Aunque era una gran estrella, le obligaban a utilizar una puerta de entrada distinta. Murió hace mucho, antes de que yo viniera a Hollywood. "Lloré porque no podía soportar la idea de que mi padre me hubiera mentado. Nunca volví a llorar, excepto el día que murió mi madre. Jamás he tenido ningún motivo para llorar. Siempre he conseguido todo lo que he querido. —¿Hay algo que haya deseado de todo corazón y no haya conseguido? — No. Algunas mujeres saben cómo conseguir lo que desean. Otras no. Yo siempre he sabido hacerlo. —¿Hacer qué? —Si tienes que preguntarlo, mal asunto. ¿Sabes, querida? Tú eres de las que no saben cómo. Te estás perdiendo algo. No tienes astucia, artimañas de mujer. ¿Me equivoco? — Quizá tenga razón. Siempre he creído que fingir sólo sirve para obtener lo que no quieres. Como mujer que sabe obtener lo que desea, ¿qué consejo le daría a las que no saben cómo hacerlo? —No sabría qué consejo ofrecerle a una mujer sin conocerla antes. Y no conozco a ninguna. "Esta habitación me hace sentir rica. Siempre me ha gustado estar rodeada de cosas bonitas. El dinero sirve para eso. La gente te juzga por el valor que tú misma te das, tanto en el mundo del espectáculo como en el sexo o en la vida. Pero en mi primer espectáculo ni siquiera firmé un contrato. Fue un éxito tremendo, y la gente me decía: 'Ahora podrás ponerles contra la espada y la pared y sacarles un buen pellizco'. No me importó. Sólo quería ser la estrella de un espectáculo de éxito. —¿Prefería el escenario a las películas? —Me gustaban las dos cosas. Era agradable actuar ante el público, pero las películas son muy importantes. Hoy se siguen viendo. Toda esa gente que ni siquiera había nacido cuando hicimos las películas es hoy admiradora mía. Mis películas salen en la televisión casi todas las noches. Espero que las hayas visto. No he cambiado nada, ¿verdad? (No espera mi respuesta). La mayoría de mi público han sido siempre hombres. ¡Eran los primeros en llegar a la taquilla! (Se echa a reír). Pero hablando en serio, solía preguntarme por qué sería. Incorporábamos un precioso vestuario a los números para atraer a las mujeres. Incluso cuando estaba haciendo el espectáculo del night-club, seguía habiendo muchos más

hombres que mujeres. Algunos de los hombres traían a sus mujeres, así que decidí preguntarles a ellas por qué estaban allí. "Por nuestros maridos", respondían. Ahí lo tienes. "Los espectadores han seguido pidiéndome más porque nunca les di demasiado. Siempre les he dejado con ganas de más. Hoy en día, la televisión es uno de los métodos más rápidos para quemarse. Ahora no ves a gente grande como la que solía haber antes." —Hay escasez de gigantes. —Te ve gratis demasiada gente. No hacen más que llamarme para asistir a esos espectáculos de entrevistas de la televisión, pero me niego a ir. La televisión está bien para la gente que tiene algo que vender. Yo no tengo necesidad de vender nada. —¿Qué es lo que más orgullo le produce de su carrera? —Salvé a la Paramount Pictures. Estaban liquidando la empresa. Las salas de la Paramount estaban a punto de hundirse, pero mis películas les hicieron ganar tanto dinero que consiguieron mantenerse en el negocio durante los años treinta. Deberían erigirme una estatua, o al menos un busto. Bette Davis no consiguió mantener a flote a la Paramount Pictures; Joan Crawford no salvó ningún estudio. La Paramount debería haberme erigido una estatua. —(Indicando una estatua desnuda de Mae West que había en su cuarto de estar) ¿Como ésa? —No. Una de Diamond Lil con un vestido precioso. Prácticamente después de mi película sobre Diamond Lil, el sexo salió de la clandestinidad. Me siento orgullosa de ello porque siempre he creído que el sexo no era algo de lo que hubiera que avergonzarse. Para mí el amor no era un pecado. El deseo incontenible es maravilloso. —¿Cree que el sexo es mejor cuando hay amor? —Querida, el sexo es lo más grande que hay en la vida. Pero el sexo sin amor... tampoco está mal. El sexo es el mejor ejercicio para desarrollarlo todo. Es muy bueno para el cutis y la circulación. Lo mantiene todo en movimiento. Siempre he tenido el cutis de una niña. Adelante, tócala. (Toco su piel). Todo eso es real. Jamás he tenido que hacerme un lifting. No te pongas nunca al sol. Yo jamás lo he hecho. Te arruinará el cutis. Tú también tienes la piel bonita. —Gracias. —No me des las gracias. Yo no he tenido nada que ver con ello. Simplemente has tenido suerte. —Tener suerte es lo más importante en la vida. —También acertar con el momento es importante en la vida. Y en el sexo. La vida y el sexo se parecen mucho, ¿no crees? —La vida es el descubrimiento de lo desconocido, y supongo que el sexo es el descubrimiento de lo desconocido en otra persona. —Deberíamos saberlo todo acerca de nosotros mismos, pero es mejor no conocerlo todo sobre la pareja. Cada uno de nosotros deberíamos hacer una evaluación privada, muy privada, de nuestras necesidades sexuales. El sexo no es una cosa corriente que se pueda pasar de un lado a otro como si fuera una caja de bombones. Los primeros escauceos sexuales son muy

especiales. La primera vez que estás con cada hombre es muy importante. Recuerdo uno que la primera vez estuvo haciéndolo durante quince horas. —¿Recuerda la primera vez que pensó en el sexo? —No recuerdo haber dejado de pensar en él nunca. Siempre tuve curiosidad sobre los chicos y sobre lo que ellos tenían y yo no. Siempre he jugado con chicos. Solían reunirse a mi alrededor. Me llamaban "Peaches" (literalmente melocotones; también "niña bonita"). Me gustaba ver cómo besaba cada uno de ellos. El beso de un hombre es como su firma. "A los doce años besaba a todos los chicos en las fiestas. Me gustaba comparar sus técnicas. Eso era todo lo que hacíamos, besarnos y cosas así. Me gustaba tocarles los músculos." "Siempre me ha gustado tener muchos hombres a mi alrededor. En las noches lluviosas es como tener más de un libro donde elegir, sólo que mejor. Mis pensamientos y ambiciones eran como los de los hombres. Si hacías cosas interesantes en el mundo, la gente a la que conocías eran hombres. Era un mundo de hombres. Estabas con hombres porque ellos eran los que hacían cosas." "Conocí a un hombre que tenía un pelo precioso, otro tenía unos músculos magníficos y otro... umm. No veía razón para privarme de nada, así que para mí tener muchos hombres era mejor que tener uno solo. Así podía disfrutar de lo mejor de cada uno, pero no me ataba a ninguno. No tenía que perder el tiempo preocupándome de qué les faltaba e intentando cambiarles. "Todas mis ideas acerca de las mujeres son las que los hombres tienen sobre ellas, porque todo lo que sé es lo que ellos me han contado. Jamás me he mezclado con demasiadas mujeres. Como yo sorprendía tanto a los hombres supe que tenía que haber muchas mujeres que no hacían bien las cosas. O tal vez es que no eran suficientemente malas. Las mujeres dedican demasiado tiempo a decir no. La mayoría de las que se habitúan a decir que no acaban encerradas en su casa lavándose el pelo los sábados por la noche. Esperan que un hombre les resuelva todos los problemas. No hay nada mejor que el hombro de un hombre para apoyarse en él, pero no hay que apoyarse con demasiada fuerza. —Siempre me ha parecido difícil ser un hombre. Del hombre se esperan muchas cosas. Con las mujeres a veces ocurre todo lo contrario: no se espera lo suficiente de ellas. Una tiene que ayudar a su hombre, hacer que se sienta cómodo. Tiene que estar relajado para excitarse. —Es como la confianza y la pasión. La confianza tiene que preceder a la pasión. —Sí. Yo hacía que mi hombre se sintiera como un héroe durante todo el tiempo que me duraba. Luego era yo la que siempre decía adiós. En varias ocasiones estuve a punto de enamorarme, pero no caí en la trampa. Hice un esfuerzo y corté. Es una trampa en la que puedes caer sin darte cuenta. Jamás permití que me ocurriera a mí. "Cuando era muy joven tenía un

montón de chicos remoloneando a mi alrededor. A veces empezaba a pensar que uno de ellos me gustaba más que los demás. Mi madre no decía gran cosa en su contra, pero si veía que alguno empezaba a gustarme demasiado, comentaba algún defecto suyo, como que tenía las orejas de soplillo, o algo por el estilo. En ese instante yo lo veía de forma palmaria. Entonces empezaba a gustarme otro y ella mencionaba sin especial énfasis algún pequeño defecto. Eso fue muy importante para mí porque me dejó las cosas claras desde el principio: no había un único hombre. 'Jamás pude comprender a las mujeres que eran capaces de dejarse morir por un hombre. No se trataba de lo que él realmente era, sino de las cualidades que ellas mismas le atribuían en su imaginación. Jamás he querido que nadie tuviera un poder así sobre mí. Estar con el hombre equivocado no es más que un mal hábito. Cuando te libras de él, no hay que perder el tiempo haciendo pucheros. Si te dedicas a hacer pucheros, las comisuras de la boca descienden y te salen arrugas. No hay hombre en el mundo que merezca que te salgan arrugas. Para mí aquello representaba una pérdida de mi identidad. Ese tipo de amor apasionado me parecía una amenaza. Además, no hay forma de saber con quién vas a pasártelo mejor. No hay modo de conocer por adelantado cuál es la capacidad física de un hombre. Ni siquiera él mismo sabe de lo que puede ser capaz hasta que encuentra la inspiración, la mujer adecuada. Muchas mujeres se dedican a esperar a que un hombre les traiga la felicidad. Yo no dependía de los hombres para lograr la mía. Yo sabía como manejarles: no había más que manosearlos mucho. Eso sí, tengo un código: nada de alcohol, nada de tabaco y nada de hombres casados. Hay hombres más que de sobra. Nunca necesité quitarle el hombre a otra mujer. Las mujeres se dicen a sí mismas que sólo desean a un hombre en el mundo. En realidad todos los hombres son iguales. —Todos los hombres son iguales excepto el que es diferente. — Hay que tener mucho cuidado con los canallas. Un canalla es un hombre totalmente egoísta. Puede ser listo. Sabe cómo decir lo suficiente de lo que tú quieres oír para darte esperanzas. Luego, cuando él decide, se limita a desaparecer; pero regresa al poco tiempo sólo para poner a prueba su poder. Únicamente persigue la conquista porque en realidad se está haciendo el amor a sí mismo. Al canalla le encanta hacerte esperar sus llamadas telefónicas. Ya sabes, muchas mujeres piensan: "Conmigo será diferente; por mí cambiará". Pero se equivocan de medio a medio. Mientras duran, los canallas pueden ser divertidos. Prefiero un hombre maduro de cuarenta años, un hombre que haya visto mundo. Por supuesto, enseñar a un hombre joven también es divertido. Se emociona tanto cuando descubre de lo que es capaz... "He oído decir a algunos hombres que les da miedo la

responsabilidad de iniciar a una mujer virgen. Pero siempre he creído que iniciar a un hombre virgen era un privilegio. Cierta falta de experiencia tiene su propio atractivo y además aprenden rápido. A las mujeres no les gustan los hombres con demasiada experiencia. Si tienen demasiada experiencia, si son demasiado buenos en lo que están haciendo, ellas suponen cómo han desarrollado las técnicas en las que es experto. ¿No crees que es divertido poderle enseñar algo a un hombre? —Me resulta más interesante jugar al tenis con un oponente mejor que yo. —Mi mejor amante fue un francés que me recogía con su coche cuando acababa Diamond Lil y me llevaba al otro teatro a los ensayos de Pleasure Man. Un sábado por la noche nos pusimos a hacerlo y estuvimos hasta las cuatro del día siguiente. Doce chismes de goma. Veintidós veces. Me encontraba algo cansada. Como siempre he dicho: "No se trata de los hombres que haya en mi vida, sino de la vida que haya en mis hombres". —¿Qué clase de "vitalidad" busca usted en un hombre? —Un hombre puede ser bajo, rechoncho y calvo, pero si tiene fuego, gustará a las mujeres. —¿Y si es alto, esbelto y tiene mucho pelo? —Eso no es ningún problema. Si carece de fuego, a veces puedes ser tú quien lo encienda. Si un hombre que sólo podía hacerlo una o dos veces por noche descubre de repente que tiene más talento del que pensaba, es capaz de hacerlo una docena de veces. Pero después, ese hombre jamás podría hacer lo mismo con otra mujer. —¿Cree que es algo mental más que una cuestión de habilidad en la cama? —Ni siquiera pienso en ello. Pensar estropea la diversión, como hablar. —¿No cree que hablar puede realzar incluso el acto amoroso, si la conversación es la adecuada? Diría que una conversación entre dos personas y hacer el amor son cosas muy similares. —Es posible hablar hasta estropearlo. Además, las conversaciones amorosas no deberían trasladarse al papel. Resultan estúpidas. —Supongo que eso es porque el sexo de los demás parece gracioso, pero no el propio. —El sexo puede ser divertido, pero los hombres se lo toman muy en serio. Lo peor que puedes hacerle a un hombre es reírte de él. —¿Cuáles son algunos de esos hombres con fuego que ha mencionado? —John Barrymore no estaba mal. No me hubiera importado jugar con él. En una película, por supuesto. —¿Quiere decir que habría preferido tenerle como protagonista masculino en una película que como amante en la vida real? —Si hubiera tenido que elegir, sí. Porque las películas son para siempre y el sexo es efímero. —¿No cree que el sexo y la pasión pueden durar mucho tiempo? —No. No para las mismas dos personas. A veces llegan a ser buenos amigos y eso se puede conservar, pero ser buenos amigos no beneficia al sexo. —Sí excitación y seguridad son incompatibles, eso podría ser un problema en el matrimonio. —Yo no estoy

casada. Podría haberme casado con un montón de gente, pero no lo hice. —Aparte de John Barrymore, ¿quién más tenía fuego? —Cary Grant. Le oí antes de verle, hablando en el callejón al que daba mi camerino en la Paramount. Luego salí a echarle un vistazo y me gustó lo que vi. Inicialmente me gustó su voz, pero vi inmediatamente que el resto de él estaba a la misma altura. No querían que participara en mi segunda película, pero yo insistí. En mi segunda película pudo vestirse en condiciones y no pasó inadvertido. —Infiero que la mayoría de los hombres con los que ha tenido amores no eran actores. —Tú no estabas en el dormitorio con nosotros, querida. Conmigo todos los hombres eran buenos ejecutantes, pero los actores no son buenos amantes. Un hombre que sólo piensa en sí mismo no puede ser gran cosa como amante. —Jean Renoir me dijo una vez que siempre había pensado que una mujer que fuera actriz era más mujer que las demás, mientras que los hombres eran menos hombres. —Siempre me han gustado los hombres fuertes y pocos actores me lo parecían. Me gustaban los boxeadores, los luchadores, los culturistas. Mi padre era levantador de pesos y me enseñó a usar las pesas. Aprendí a usar las máquinas para levantar pesas por mi cuenta. Tocar bíceps siempre me ha excitado. ¿Has tocado algún buen bíceps últimamente? —Esta mañana no. —Tal vez esta noche. —¿Existe algún ambiente o situación que resulte especialmente favorable para mantener una buena relación sexual? —Hay algo que decir en favor del amor bajo presión: los momentos robados. Saber que no vas a poder tener todo lo que deseas conduce a un mayor apasionamiento. —Usted estuvo casada... —Fue un matrimonio secreto. Ojalá hubiera sido también un secreto para mí. Entonces no lo sabía, pero yo no soy de las que sirven para casarse. Me preguntaron una vez por qué me había casado a los diecisiete años. Desde luego hoy no lo recuerdo. Supongo que fue algo esencialmente físico. Siempre me he tomado muy en serio el matrimonio, pero no era para mí. No creo en eso de casarse y luego no respetar el contrato. Y jamás he tonteado con un hombre casado si sabía que estaba casado. Una vez uno me engañó. En cuanto me enteré, le dije que se marchara. Jamás le he arrebatado el hombre a otra mujer, ni siquiera en una obra de teatro. — Una vez dijo usted: "Los hombres son fáciles de conseguir pero difíciles de conservar". ¿Qué cree que tendrían que hacer las mujeres para conservar a sus hombres? —No hay que perder de vista las pelotas. Si no cuidas bien de tu hombre, alguien lo hará por ti. —¿Cree que se ha perdido algo por no tener hijos? —Puede ser, pero siempre supe que no quería tener hijos. Cuando era una niña quería una muñeca, pero sabía que una muñeca no era un bebé. Cuando una se cansa de jugar con una muñeca, puede

guardarla y ya está. Puede que me haya perdido algo por no tener un hijo, pero no creo que fuera mi sino ser madre. Respeto a quienes hacen el sacrificio. La maternidad es una carrera a tiempo completo. Yo ya tenía una carrera. No me creía capaz de hacer las dos cosas bien. Y jamás han podido convencerme de que no son los hombres quienes mejor se lo pasan en el asunto de tener bebés. La píldora hizo más libre a la mujer. Yo no necesitaba nada para sentirme libre. El tipo de hombre que necesita una mujer es el que no le permite tomar la píldora por miedo a que le haga daño a la salud. —¿De qué modo cree que han cambiado los tiempos para la mujer? —Vivimos tiempos vulgares. Yo no discutiría mi vida sexual ni con mi hermana. No sería apropiado. —¿Qué le parece a usted vulgar? —Los tacos. No soy una puritana, pero no me gustan las palabrotas. Siempre he sido una dama, ¿sabe? —¿Qué es ser una "dama"? —Jamás he dicho una vulgaridad, ni he sido malhablada, ni me he tirado de cabeza a por el hombre de otra mujer. Jamás he hecho nada que hiciera daño a otras personas. —¿Cree que ser una dama significa algo diferente hoy de lo que significaba antaño? —Tú debes saber mejor que yo lo que significa hoy. —Una cosa que ha cambiado es que hoy se considera un valor. Antes se era una dama o no se era nada. Una era una chica buena o una chica mala. —Yo era una chica mala con buen corazón. —Usted ha definido lo que para usted representa ser una dama. Hoy, en mi opinión, la diferencia estriba en que cada vez más chicas definen lo que representa serlo para ellas. En sus tiempos, una dama hacía lo que otra gente decía que debía hacer una dama. Se vestía con arreglo a un determinado estilo. Su actitud se ajustaba a un código de conducta más discreto y formal. Y se suponía que sólo podía desear ciertas cosas. Las reglas estaban firmemente establecidas y no había modo de cuestionarlas. Hoy parece haber una definición menos objetiva, más subjetiva. Las mujeres son las que se encargan de hacerla. —En mis tiempos, una mujer era una dama debido a lo que preservaba. Era una dama porque no se entregaba a menos que mediara el adecuado contrato y todo el mundo hubiera dicho "Sí, quiero", antes que ella. —Eso era dar por supuesto que ella daba y no recibía, y que el matrimonio era todo lo que podía salir ganando. —No creo que las cosas hayan cambiado tanto. Antes, eran los hombres quienes establecían las reglas por y para los hombres. Las reglas han cambiado ligeramente, pero éste sigue siendo un mundo de hombres. Son ellos los que establecen las reglas que más les convienen. —En su opinión, ¿qué época fue mejor para la mujer? —Creo que era mejor la de antes. El modo en que están ahora las cosas favorece a los hombres. Ahora se espera de la mujer que lo haga y el hombre ni siquiera tiene que cortejarla. Antes la mujer era un premio

más inalcanzable. Podía hacer lo que quisiera, pero no se dedicaba a propalarlo a los cuatro vientos. Jamás entendí al tipo de mujer capaz de escribir un libro contando quién había pasado por su cama. Eso es como venderlo. ¿Por qué hace una cosa así una mujer? —Muecas en su ligero, supongo, aunque ahora se usan panties. —No entiendo por qué un matrimonio y un divorcio, y después otro matrimonio y otro divorcio, son mejores que hacer el amor sin casarse. Nunca he creído que ciertas cosas estuvieran bien en el caso del hombre y no en el de la mujer. No me parece justo que en el matrimonio la mujer esté casada todo el tiempo y el hombre sólo parte del tiempo, sólo cuando quiere estarlo. Yo tenía unos dieciséis años cuando me di cuenta de eso. Hay que tener mucha autoestima, valentía y audacia en la vida. Yo siempre he estado liberada. Siempre he hecho lo que he querido. —¿Toda una definición de la liberación de la mujer! Ésa sería demasiada libertad para un hombre. —Los hombres y las mujeres no son iguales. A los hombres les preocupa lo que no tienen y las mujeres saben lo que no tienen. —¿Ve usted alguna ventaja en ser una mujer? —Al hacer el amor, los hombres se cansan, pero las mujeres pueden seguir y seguir. Los hombres tienen más oportunidades en la vida, pero no más que yo. Ningún hombre ha llevado una vida mejor que la mía. — (Señalando la foto de un mono en la pared). ¿Quién es? —Uno de mis mejores amigos, Boogie. Pero ese mono no es en realidad mi Boogie. Ni siquiera se le parece. Boogie jamás se comía una uva sin pelarla primero, y comía muchas uvas. Era muy remilgado. De él saqué esa frase de No soy un ángel. Ya sabes, cuando le digo a mi doncella, "Pélame una uva". Le adoraba. Cuando estaba en la Paramount tuve un perro. Mi perro me quería tanto que si le dejaba en casa me seguía todo el camino hasta los estudios. Por supuesto, jamás tuve problemas para encontrar hombres que me amaran. —Quizá sea más importante y difícil encontrar a un hombre a quien amar. —Echo de menos a George [Raft]. Entre él y yo hubo algo tras Night After Night. Luego seguimos siendo amigos. Ése sí que era un hombre de verdad. Nunca me han gustado los afeminados. —¿Con qué directores le gustó trabajar? —Leo McCarey era bueno, pero en realidad la directora era siempre yo. "Nadie podía decirme cómo actuar. George [Cukor] ha sido siempre el único director con el que he querido trabajar. Nunca lo hice. Es el más grande y el mejor. Aún queda tiempo. —Me dijo que fue avería en The Dragen Nueva Jersey. —The Drag fue un hito en el tratamiento de la homosexualidad. Yo interpretaba un baile de travestido que fue la sensación. La gente llegaba de todo el país para verme. Pagaban a los revendedores hasta cien dólares por una entrada. "La diferencia entre un gran director y un director corriente es que el primero te obliga a crear.

No se trata de que te diga exactamente lo que tienes que hacer. Eso hubiera afectado a mi estilo. No le habría permitido a nadie arruinar mis películas. Son buenas películas. Prefiero verme actuar a mí que a ningún otro actor. Me da lástima la gente que no se siente orgullosa de lo que hace. —¿En qué piensa cuando se ve? —Es como si estuviera allí. El entonces se convierte en el ahora. Revivo cada instante una y otra vez. Nunca ha habido nadie como yo. Como sabes, les encanta imitarme. Algunas lo hacen bastante bien, pero a mí no me engañan. —A mí tampoco. —Me agrada oírte decir eso. A veces me ha preocupado que consiguieran engañar a la gente. —Sólo la más llamativa originalidad se presta a la imitación. —Sólo podían imitarme porque yo era el original. No entendía entonces lo que significaban las películas: cada generación te descubre de nuevo. La primera vez que vine aquí no entendía lo importante que llegaría a ser Hollywood. Siempre lo mantuve a distancia, como a un amante en potencia en el que no se pudiera confiar. —¿Ha cambiado mucho Hollywood? —El star system se ha acabado. Yo era una estrella de las de verdad. La estrella es alguien que mantiene una relación amorosa con su público. Ellos quieren saberlo todo sobre ti, pero no pueden hacerlo porque eres un personaje misterioso y romántico. —Existe un delicado equilibrio entre la accesibilidad y la magia. —Yo no salía a comer a restaurantes ni iba a otros sitios tanto como me habría gustado porque ¿quién iba a pagar por ver a alguien a quien puede ver gratuitamente? Hoy en día cuentan hasta el último detalle del acto sexual. Yo no creo que la gente quiera saberlo todo sobre la vida sexual de otras personas. Creo que la figura de dos dimensiones es más adorable. Dos dimensiones más la ilusión ganan de calle a tres dimensiones. Valentino tenía grandes aptitudes para ser una estrella. Cuando murió miles de mujeres lloraron en su funeral. Eso es ser una estrella. Por mi parte, yo satisfago una necesidad. Si la gente tuviera una vida sexual enormemente estimulante y muy romántica, probablemente no estarían tan interesados en Mae West, ni les preocuparían tanto las estrellas de cine. 'También Garbo era una estrella. Siempre supo cómo comportarse. Era una auténtica profesional. No permitía que los demás decidieran cómo vivir su vida. Tenía estilo; era muy suya. Era la única estrella que quería conocer a la que no me habían presentado, así que George [Cukor] nos organizó una cita. Dio una cena en mi honor y la invitó a ella. Y resultó que ella también quería conocerme. La besé en la mejilla. Fue como si nos conociéramos de toda la vida, porque éramos las más grandes estrellas del mundo. No habló mucho. Tenía una voz preciosa y pensé que así era como tenía que ser. —Ser una celebridad le abre a uno un mundo relativamente cerrado de gente famosa y, es de esperar,

interesante. ¿Hubo alguien a quien le apeteciera conocer que no llegara a conocer? —Amelia Earhart. Yo pensaba que volar debía de ser divertido y el cielo era un mundo de hombres. Ella nunca tenía miedo y era inteligente. Tener cerebro es importante, si sabes ocultarlo. Los hombres piensan que una chica con buena figura es mejor que una con buen seso. Pero si tienes un buen cerebro en reserva, la gente no puede utilizarte. — ¿Sentía usted que la gente la utilizaba? —Era yo quien utilizaba a la gente. Como hablábamos antes, un montón de mujeres creían que estaba regalando algo cada vez que un hombre disfrutaba con ellas. Yo lo hacía por mi propio placer. ¿Por qué iba a negarles un poco de placer a los hombres? —Sé que se siente especialmente orgullosa de su forma de escribir. —El secreto es mantener el ritmo, no dejar que el público piense en los platos sucios. En cuanto pierdes la atención del espectador, es muy difícil atraerla de nuevo. Hay que ordeñar a base de bien a la audiencia. Necesitan diálogos que sean capaces de recordar cuando se van del teatro, como las canciones que tarareas nada más oírlos. Lo tenía todo en la cabeza antes de ponerme a escribir, para no tener que pararme. Lo imaginaba todo al principio y luego lo escribía. Lo vivía mientras lo escribía. Nunca he leído mucho porque he estado demasiado ocupada viviendo. "¿Tú escribes a máquina o a mano? —A mano. —Así debe ser. Yo no podía escribir de otro modo. Me ofrecieron clases de mecanografía cuando estuve en la cárcel. ¿Sabías que había estado en la cárcel? —Sí, pero no era usted una prisionera corriente. —Yo nunca he sido corriente en nada. Tuve que ir a juicio por mi espectáculo Sex. Me dijeron que podía pagar la multa, pero decidí que sería más interesante ir a la cárcel. Siempre me han fascinado las prisiones y los manicomios. Me dijeron que tendría que ponerme el uniforme de la cárcel, pero que podía llevar mi propia ropa interior conmigo. Llevé mi ropa interior de seda en todo momento. Estuve allí diez días. "Hubiera querido ayudar a las otras internas, pero no había gran cosa que pudiera hacer. Muchas de ellas sólo habían cometido un error. Todas querían conocerme. Me admiraban y no se sentían celosas de mí. Lo que yo escribía estaba muy adelantado a su época. Me arriesgué a ir más veces a la cárcel por las obras que ponía en escena. —¿Qué opina de la censura? —¡Creo en la censura! Si una sola de mis películas no hubiera sido clasificada "X" me habría sentido insultada. No lo olvides, querida, yo inventé la censura. Imagínate unos censores que no te permiten sentarte en el regazo de un hombre. ¡Si yo he estado en más regazos que una servilleta! Se preocupaban por una frasecita como "¿Eso que llevas en el bolsillo es una pistola o es que te alegras de verme?". 'Yo tenía mis trucos para hacerle frente a la censura. Escribía unas cuantas líneas que sabía que

tacharían para que dejaran las demás. Había que permitir que se ganaran el sueldo. Se podría decir que yo creé la Hays Office. Tuvieron que instituirlo por mí. Soy una especie de madrina del Código Cinematográfico. Ahora se recurre a la desnudez y los tacos para que ocupen el lugar de una buena historia y unos personajes como Dios manda. Yo no tenía que quitarme la ropa. Los hombres se imaginaban lo que había debajo. —La imaginación del hombre es la mejor amiga de la mujer. —¿Sabes cuál es la pregunta que me hacen más a menudo? Me preguntan por los espejos del techo de mi dormitorio. Yo respondo: "Me gusta ver qué tal lo estoy haciendo". Nunca he sido capaz de dormir con nadie. Me gusta tener mi propia cama. Necesito mucho espacio. No sé si estará hecha la cama, pero puedes ir a echarle un vistazo a mi dormitorio. Igual que en el cuarto de estar, en el dormitorio todo era blanco. La cama, perfectamente hecha, estaba cubierta con una colcha de satén blanco. El tocador con espejo tenía unas faldas plisadas blancas y una fortuna digna de una reina en frascos de perfume de cristal y plata, cajas de polvos de porcelana y botes de maquillaje. La alfombra blanca parecía haber conocido sólo pies desnudos. Las blancas cortinas estaban cerradas, ocultando sus secretos. La habitación y su ocupante durante medio siglo eran claramente simbióticas, además de sibaríticas. Regresé al cuarto de estar. —¿Te ha gustado? —Sí que me ha gustado. Y le agradezco que me haya permitido verlo. Es uno de los dormitorios más famosos del mundo. —El más famoso. "¿Piensas poner un espejo en el techo del tuyo? (Sin esperar mi respuesta). Pero no sirve de nada cuando sólo ves tu reflejo. ¿Qué te ha parecido mi cama? — ¡Pensé en la entrevista que podría concederme! —Ojalá pudiera haberte enseñado mi casa de la playa, pero la vendí. La echo de menos. Tenía murales de hombres desnudos. Arte de verdad. El desnudo en la pintura es sexo, es arte. Jamás he perdido dinero ni con el arte ni con las propiedades inmobiliarias. Las propiedades inmobiliarias y los diamantes son las mejores inversiones. Siempre he invertido mi dinero en mis propios proyectos, algo que estuviera haciendo o algo que pudiera ver. El dinero es sexy para los hombres, pero a la gente no le parece femenino que una mujer hable de él. No hay necesidad de hablar de él, sólo hay que tenerlo. La verdadera garantía eres tú misma. Sabes que puedes ganarlo y eso es algo que nadie te puede quitar. —¿Cree que el dinero compra la felicidad? —No, pero es una magnífica poción para las aventuras amorosas. Te permite comprar una buena cama en un buen dormitorio con sábanas limpias y tiempo para disfrutar de todo ello. Si tienes dinero, no tienes que preocuparte por él, y la preocupación es mala para el cutis. "¿Vas a escribir todo un libro sobre mí? —No, en él sale también otra gente. —

Normalmente, no me gusta compartir. ¿Cómo vas a titular tu libro? — ¿Alguna sugerencia? —(Tras pensárselo un momento). Podrías llamar al libro "Mae West y otros". El "otros" tendría que ir con "o" minúscula y quiero salir la primera. Ser la primera es importante en la vida. —¿Qué es para usted lo más importante en la vida? —Obtener lo que quiero. Mi carrera lo es todo para mí. Siempre lo ha sido. Nunca he cambiado. En el fondo, sigo siendo la misma niña de siempre, pero fue el modo en que crecí por fuera lo que le gustaba a los hombres. —¿Qué cree que les gusta a los hombres de las mujeres, aparte de la belleza física? —El hombre debería cuidar tanto su cuerpo como lo hacen las mujeres. A mí me gustaban los hombres físicamente fuertes, capaces de pelearse por mí. Yo no los incitaba a hacerlo, pero ellos lo hacían y yo no podía detenerles. —Esos hombres parecen ser muy similares a su padre, a juzgar por cómo le ha descrito. — Nunca se me había ocurrido pensarlo, pero es verdad. Recuerdo que una vez un hombre miró a mi madre de forma inadecuada y mi padre se encargó de él. Mi madre dijo: "No deberías haberlo hecho", pero estaba encantada. "Cuando murió mi madre, vivir resultaba difícil, pero salir al escenario era terrible. Luego, cuando fui capaz de hacerlo, trabajar me facilitó las cosas. (Señalando la foto de su madre sobre el piano). No quería que la enterraran bajo tierra. Compré un mausoleo familiar para ella. Lloré durante días y no conseguía dejar de hacerlo. Es la única vez que he llorado. Creían que se me iba a partir el corazón. Es la única ocasión en que me he sentido deprimida. Siempre tengo demasiadas cosas que hacer para sentirme deprimida. No creo en la depresión. ¡Fuera con ella! Hay que reemplazar un mal pensamiento con uno bueno. La felicidad es un hábito, un buen hábito. La gente se deprime porque se aburre. Yo no me aburro porque sé cómo penetrar en lo desconocido. Puedo quedarme sentada y perderme en el mundo de mis propios pensamientos. Siempre he sido capaz de inventarme una historia. Si quería ser alguien, aparte de Mae West, me limitaba a escribir una historia y a interpretar el papel. Siempre me ha gustado Catalina la Grande. Era una gran mujer. Puede que yo fuera ella en otra encarnación. Después de mi madre, nunca necesité a otra persona. —¿Cree que intentó no necesitar a otra persona deliberadamente, para no volver a sentir un dolor así? —Sí. Sabía que no podría soportar ese dolor de nuevo. Cuando era una niña solía hablar de las cosas con mi madre. Incluso después de su muerte, hablaba con ella en mis pensamientos. La conocía tan bien que sabía lo que me habría dicho. "¿Qué tienes ahí? —Una cámara fotográfica. Esperaba... —No me saco fotos con otras mujeres. Nunca me ha gustado verme en las fotos, excepto cuando estoy rodeada de hombres. Sólo conservo las mejores fotografías

que me han sacado, ¿sabes? Una debe conservar" siempre en la memoria su mejor imagen. Hay que tener magníficas fotografías de una alrededor para poder mirarlas. Las demás se tiran. Cuando no estás en tu mejor momento, ni siquiera debes mirarte al espejo. Debes ponerte tu mejor bata y todo el maquillaje, y si no te gusta como tienes el pelo debes usar una peluca. Si una no piensa que está maravillosa, ¿por qué iba a pensarlo nadie? Hay que estar especialmente guapa para una misma cuando estás sola. —Especialmente cuando estás sola. —Sí, no puedes permitirte no estar guapa cuando estás sola o acabas estando siempre sola. Normalmente no hablo tanto. —"Un exceso de algo bueno puede ser maravilloso".

Ahora que ya no trabaja tanto, ¿en qué ha cambiado su vida? —Soy más perezosa. Antes estaba todo el tiempo garabateando. Siempre que se me ocurría una idea, tanto si estaba en la cama como si estaba en un restaurante, la anotaba en una servilleta o en un trozo de papel. Te he visto garabateando en ese trocito de papel y me has recordado a mí misma.

"¿Sabes una cosa, querida? Hay una cosa en ti que debe de encantar a los hombres. ¡Eres fabulosa escuchando! —Ha sido muy fácil. Me lo he pasado maravillosamente. —¿Sabes qué es para mí pasármelo bien? Sexo y chop suey. —¿Juntos? —No, no a la vez. El chop suey sabe mejor después. Los restaurantes chinos abren hasta muy tarde, y si cierran, siempre puedes volver a la noche siguiente. Chop suey, sexo y mi carrera. Mi trabajo era lo más divertido. Después venía el sexo. Cuando estaba trabajando no lo necesitaba. Ahorraba mi energía sexual para verterla en mi trabajo. Es la misma energía. Cuando empezaba a escribir o estaba rodando, interrumpía toda actividad sexual. El sexo le divide a una la mente. "El impulso sexual está detrás de todas nuestras actividades creativas. Cuanto más poderoso sea, mayor es el deseo de crear. Cuando un arquitecto diseña un edificio, dirige su impulso sexual a la creación de ese edificio. La gente que quiere algo más lo quiere todo. Forma parte del mismo impulso. Pero hay momentos en los que hay que frenar. No me gustan los hombres con prisas. 'Me gustan los hombres que se toman su tiempo'. —Quizá sea posible dividir a los hombres en dos grupos: los que se quitan el reloj y los que no se lo quitan. —Oye, eso me ha gustado. Quizá estés a tiempo de aprender, querida. (Recojo mis cosas para marcharme). "No te olvides del aceite para niños, pero recuerda lo que te he dicho: ha de estar templado y tiene que dártelo un hombre... por todas partes. Mae se excusó por no poder acercarme a mi hotel. —Paul podría haberte llevado, pero ya no tengo el Dusenbergl. Le dije que lo comprendía. Cuando estaba a punto de marcharme, me llamó. —Querida, quiero decirte algo antes de que te vayas —dijo, extendiendo la mano y aferrándose a mi brazo—. Todos esos

diamantes que te dije que me habían regalado los hombres... Quiero que sepas que algunos de ellos los compré yo.

PAUL JOHNSON

Entrevistado por Richard Stengel (SPY, junio de 1992)

Paul Bede Johnson nació en 1928 y estudió en Stonyhurst y en el Magdalen College de Oxford. Fue director adjunto de Réalités desde 1952 hasta 1955, año en que se incorporó a la plantilla de The New Statesman. Fue director de este último desde 1965 hasta 1970. En 1976 The New Statesman publicó un famoso artículo de Johnson, "Farewell to Labour" ("Adiós al laborismo") en el que hacía pública su decepción con el socialismo y el sindicalismo. Acto seguido se convirtió en uno de los más fervientes apologistas del thatcherismo. Aparte de su prolífica obra periodística, ha escrito varios libros de contenido histórico, incluyendo A History of the Modern World from 1917 to the 1980s (1983) (publicado en Estados Unidos con el título Modern Times), A History of the Jews (1987), y The Birth of the Modern: world society 1815-30 (1991). Richard Stengel nació en la ciudad de Nueva York en 1955. Estudió en Princeton y obtuvo una beca Rhodes para Christchurch, Oxford, donde escribió una tesis sobre los escritores norteamericanos expatriados. Perteneció a la plantilla de la revista Time desde 1982 hasta 1988, y ha publicado artículos en The New York Times, The New Republic, Vanity Fair y Esquire. En 1990 publicó January Sun, un libro acerca de la vida de tres familias en una pequeña ciudad de Sur. Ha colaborado además con Nelson Mandela en la redacción de sus memorias. La entrevista con Paul Johnson estaba inicialmente destinada a aparecer en Time, pero cuando la reunión se torció debido al peculiar estado de Johnson, Stengel abandonó el proyecto. Describió el episodio en el transcurso de una cena en compañía de Kurt Anderson, por aquel entonces editor de la revista SPY, que le invitó a escribir para él la experiencia de su "fallida" entrevista. —Pásese por mi casa a las cuatro y media —me dijo Paul Johnson a través del teléfono con su voz pedante y pletórica de confianza. Había convencido a una revista americana de que me enviara a Londres para entrevistar al gran Paul Johnson, el magistral hombre de letras anglosajón, el Macaulay moderno, el Carlyle contemporáneo, el autor de Modern Times, A History of the Jews, Intellectuals y, más recientemente, The Birth of the Modern, un hombre de asombroso intelecto y valores morales igualmente elevados. Este mismo mes la editorial HarperCollins va a sacar a la calle una reedición de sus trabajos más conocidos. Modern Times, que muchos consideran su obra maestra, es

la biblia de los conservadores modernos. Richard Nixon comentó una vez que era su libro favorito. Dan Quayle lo llevaba siempre consigo como respaldo intelectual durante sus primeros años como vicepresidente. En la vista de la causa Irán-Contra, Oliver North testificó lleno de admiración que el director de la CIA William Casey se había leído un enorme libro de una sola sentada, un libro, recordaba Ollie, escrito por Paul Johnson. Era Modern Times. Johnson es un hombre apegado a su familia y un católico devoto. Una persona que ha actuado, siguiendo sus principios, como asesor de Margaret Thatcher, Rupert Murdoch y el ex secretario de Estado George Shultz. En última instancia, Johnson es un moralista que escribe sobre historia, un hombre que interpreta el acontecer humano en términos de una serie de opciones morales. Es un hombre de principios, un hombre que ha dejado escrito que no hay excusa alguna para la conducta impropia. Es también un hombre que detesta a la prensa, que ha llegado a declarar en una ocasión que "la mayoría de los periodistas son unos sinvergüenzas. Deberían estar todos en la cárcel". Llegué a la casa de Johnson en Bayswater a las cuatro y media en punto. Había decidido ponerme ropa deportiva, pensando que mi arrugado abrigo de sport le haría sentirse a gusto, que le haría imaginar que estábamos celebrando una especie de clase magistral oxoniana en privado. Me recibió en la puerta. Llevaba una corbata de color salmón. "¿Ha traído un fotógrafo?", me preguntó mientras entraba en su vieja casa, toda ella repleta de antigüedades. En realidad no, dije. "En fin". Cerró la puerta a mis espaldas y dijo: "Marigold lamentó mucho no poder estar aquí para saludarle". Marigold es su esposa. Me condujo hasta un estudio cuyas paredes estaban revestidas de libros. "Voy a preparar un té. Tomará usted té, ¿no? ¿No preferirá café?", añadió con un tono un tanto ominoso. Tomaré té, repliqué. Sobre la mesa había un plato de galletas cubiertas de chocolate. Me senté en un sofá lleno de bultos, dando por supuesto que Johnson preferiría sentarse en el gran sillón de orejas que había delante de mí. Volvió pocos minutos más tarde con el té y se arrellanó en el sillón, mirándome con recelo. No hizo el menor ademán de servir el té. Le pregunté si quería un poco. Asintió con la cabeza. —¿Está usted casado? —me preguntó. —No —reliqué. —¿Acaso no le gustan las mujeres?—dijo mirándome con ojos de pez. —Bueno —respondí—, yo diría que tal vez demasiado. —¿Por qué quiere entrevistar a una persona como yo? —dijo con tono irritado. Había llegado el momento del halago. Le dije que era el más popular historiador contemporáneo y un hombre de prestigio internacional. Además, añadí, sabía que estaba escribiendo una historia de Estados Unidos. —Sí, me siento fascinado por América, intento averiguar de qué va, ¿comprende? ¿De qué cree usted que

va América? —dijo mirándome de hito en hito. Era una pregunta más bien amplia. Le dije que no estaba seguro de qué iba América, pero que sospechaba que había comenzado su declive. —Sí-insistió él—. Me gustaría saber de qué va América. Entonces le dije que si no le importaba pondría en marcha el magnetófono y así podríamos comenzar la entrevista. Lo que sigue es la transcripción. —En *Modern Times* habla usted del relativismo moral y su presencia en el siglo xx. ¿Qué ejemplos de relativismo moral ve usted hoy en la escena mundial? —(Pausa de ocho segundos, que dedica a rascarse la barbilla). No sé. —Um... (Pausa de siete segundos). Tal vez no en la misma escala que los ejemplos a los que recurrió usted anteriormente, pero ¿ve usted algún...? —No. —¿No? (Pausa de seis segundos). Um... uh... Uno de los temas sobre los que ha escrito usted es el determinismo biológico. ¿Cree que ahora que cada vez sabemos más sobre la herencia genética, la idea de moralidad es cada vez... bueno... menos importante, y más una función de la biología? —(Pausa de veintisiete segundos, que dedica a frotarse la cara y los ojos con las manos. Cierra los ojos). No lo sé. —De acuerdo... (Risa nerviosa). ¿Se salen estas preguntas del campo de su especialidad? —(Con los ojos cerrados). No lo sé. —(Staccato). ¿Cree que la política económica de Reagan es responsable de la recesión en Estados Unidos? —(Rápidamente). Es muy improbable. —(Pausa de seis segundos). Muy improbable. Pero tal vez la velocidad con la que se gastaba y se pedía prestado dinero y el modo en que aumentó la deuda... ¿No cree que tal vez haya tenido algo que ver con...? —Es improbable. —¿Qué cree usted que ha causado la recesión? —(Con tono ligeramente beligerante). No lo sé. —(Río nerviosamente). —(Ríe también). —Um... (Pausa de once segundos). Una de las cosas que, según usted, es de la mayor importancia en el siglo xx es que las creencias religiosas aún no hayan desaparecido. ¿Cómo explica usted eso? ¿Cree que en este momento existen excesos religiosos? —(Pausa de cinco segundos). No lo sé. Apagué el magnetófono. Sus *No lo sé* habían ido haciéndose cada vez más groseros. Sus dos *Improbable* habían rezumado desdén. Hice una pausa de varios segundos tras el último *No lo sé* y después dije: "¿Pero qué hay del reciente éxito electoral de los fundamentalistas musulmanes en Argelia y de la situación en Irán? ¿No son acaso ejemplos de la persistencia de la religión?". Se levantó y, sin mirarme siquiera, salió bufando de la habitación. Pasaron cinco minutos. ¿Habría ido al baño? Me levanté y paseé por el cuarto. Presté atención por si oía correr el agua. Transcurridos diez minutos me dirigí al vestíbulo y eché un vistazo. Ni rastro de él. Al cabo de cinco minutos me planté en medio del vestíbulo y grité: "¡Hola! ¿Hay alguien?". Subí hasta la mitad de las escaleras y miré a mi alrededor: nada, Bajé la

mitad de las escaleras: nada. Grité de nuevo: "¿Hola?". Regresé al estudio. Al cabo de media hora me puse el abrigo. Salí al vestíbulo, grité "¡Adiós!" y finalmente cerré la puerta a mis espaldas. Miré de vuelta hacia la casa mientras me alejaba. Todas las luces estaban apagadas y no vi ningún movimiento en las cortinas. Fui a un pub cercano y, media hora más tarde, llamé a su casa. Respondió un con testador automático con la acaramelada voz de Marigold Johnson. Dejé un mensaje. En el avión de vuelta ojeé el capítulo final de Intellectuals y di con el siguiente pasaje: "Creo detectar hoy en día cierto escepticismo público cuando los intelectuales nos dedican sus prédicas, una tendencia creciente entre la gente corriente a poner en duda que los académicos, los escritores y los filósofos, por eminentes que sean, tengan derecho a decirnos cómo debemos comportarnos y conducir nuestros asuntos. Parece estar extendiéndose la creencia de que los intelectuales no son más sabios como mentores, ni más dignos como modelo, de lo que lo eran los brujos o sacerdotes de la antigüedad. Comparto ese escepticismo". Yo también.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Ayerst, David, *Guardian: Biography of a Newspaper*, Londres, Collins, 1973. Banks, Elizabeth L., *The Autobiography of a 'Newspaper Girl'*, Londres, Methuen, 1902. Barnes (Crosland), Susan, *Behind the Image: Profiles*, Londres, Jonathan Cape, 1974. Barry, Alyce (ed.) *Interviews: Djuna Barnes*, Washington, DC, Sun & Moon Press, 1985. Barry Alyce (ed.), *Djuna Barnes's New York*, Washington, DC, Sun & Moon Press, 1989. Bell, Edward Price, *Creed of the Klansmen*, Chicago, publicado como un folleto por el Chicago Daily News, 1924. Bell, Edward Price, *Major Interviewing: Its Principles and its Functions*, Chicago, publicado como un folleto por el Chicago Daily News Co., 15 de enero 1927. Blathwayt, Raymond, *Interviews*, Londres, A. W. Hall, 1893. Blathwayt, Raymond, *Trough Life and Round the World, Being the Story of My Life*, Londres, George Allen & Unwin, 1917. Blathwayt, Raymond, *The Tapestry of Life*, Londres, George Allen & Unwin, 1924. Bleyer, Willard Grosvenor, *Newspaper Writing and Editing*, Boston, Houghton Mifflin, 1913. Blowitz, Henri de, *My Memoirs*, Londres, Edward Arnold, 1903. Boardman, Harry, *The Glory of Parliament* (ed. Francis Boyd), Londres, George Allen & Unwin, 1960. Bohlke, Brent (ed.), *Witla Cather in Person: Interviews, Speeches, and Letters*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1981. Boswell, Young (seud. de Harold Stark), *People You Know*, Nueva York, Boni & Liveright, 1924. Brady, John, *The Craft of Interviewing*, Cincinnati, *Writer's Digest*, 1976. Brandon, Henry, *Conversations with Henry Brandon*, Londres, André Deutsch, 1966. Breit, Harvey, *The Writer Observed*, Londres, Alvin Redman, 1957. Brendon, Piers, *The Life and Death of the Press Barons*, Londres, Martin Secker & Warburg, 1982. Brian, Denis, *Murderes and Other Friendly People: The Public and Private Worlds of Interviewers*, Nueva York, McGraw-Hill, 1973. Brucoli, Matthew J., y Bryer, Jackson R. (eds.), *F. Scott Fitzgerald In His Own Time: A Miscellany*, Kent State University Press, 1971. Brucoli, Matthew J., y Bryer, Jackson R. (eds.), *Conversations with Ernest Hemingway*, Jackson, University Press of Mississippi, 1986. Burnham, Lord, *Peterborough Court: The Story of The Daily Telegraph*, Londres, Casell & Co., 1955. Chandler, Charlotte, *Hola y adiós! Groucho y sus amigos*, Barcelona, Tusquets ed., 1983. Chandler, Charlotte, *The Ultimate Seduction*, Garden City, NY, Doubleday, 1984. Clarke, Gerald, *Truman Capote*, Londres, Hamish Hamilton, 1988. Chesterton, G. K., *What I Saw in America*, Londres, Hodder & Stoughton, 1923. Cockburn, Claud, *In Time of Trouble*, Londres, Rupert Hart-Davis, 1956. Cohén, Morton N. (ed.), *Lewis Carroll: Interviews and Recollections*, Londres, Macmillan, 1989. Coleman, Terry, *The Only True History*, Londres, Hutchinson, 1969. Coleman, Terry, *The Scented Brawl*, Londres, Hamish Hamilton, 1978. Coleman Terry, *Movers and Shakers*, Londres, André Deutsch, 1987 (con una introducción de Alistair Cooke en "The Art of Interviewing"). Coleridge, Nicholas y Quinn, Stephen (eds.), *The Sixties in Queen*, Londres, Ebury Press, 1987. Cook, Edward T., Edmund

Garrett, a Memoir, Londres, Edward Arnold, 1909. Cooper-Clark, Diana, Interviews with Contemporary Novelists, Londres, Macmillan, 1986. Crosland, Susan, Looking Out, Looking In: Profile and a Self Portrait, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1987. Cunliffe, J. W., y Lomer, Gerhard R. (eds.), Writing of Today: Models of Journalistic Prose, Nueva York, The Century Co., 1926. Dawson, John, Practical Journalism, Londres, L. Upcott Gilí, 1885. Devlin, Albert J. (ed.), Conversations with Tennessee Williams, Jackson, University Press of Mississippi, 1986. Diehl, Digby, Supertalk, Garden City, NY, Doubleday, 1974. Driberg, Tom, Ruling Passions, Londres, Jonathan Cape, 1977. Fallaci, Oriana, The Egotists: Sixteen Amazing Interviews, Chicago, Henry Regnery, 1968. Fallaci, Oriana, Interview With History, Boston, Houghton Mifflin, 1976. Foster, Ernest, An Editor's Chair: A Record of Experiences and Happenings, Londres, Everett & Co., 1909. Giles, Frank, A Prince of Journalists: The Life and Times of Henri Stefan Opper de Blowitz, Londres, Faber and Faber, 1962. Gilliat, Penelope, Three-Quarter Face: Reports and Reflections, Nueva York, Coward, McCann & Geoghegan, 1980. Golson, G. Barry, (ed.), The Playboy Interview, Nueva York, Playboy Press, 1981. Golson, G. Barry (ed.), The Playboy Interviews with John Lennon and Yoko Ono (presentado por David Sheff), Sevenoaks, New English Library, 1982. Golson, G. Barry (ed.), The Playboy Interview II, Nueva York, Putnam, 1983. Grobel, Lawrence, Conversations with Capote, Nueva York, New American Library, 1985. Hammerton, J. A., Stevensoniana, Londres, Grant Richards, 1903. Harris, Kenneth, Conversations, Londres, Hodder & Stoughton, 1967. Harris, Kenneth, Kenneth Harris Talking To, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1971. Haultain, Arnold (ed.), A Selection from Goldwin Smith's Correspondence, Londres, T. Werner Laurie, 1913. Hayes, Harold (ed.), Smiling Through the Apocalypse: Esquire's History of the Sixties, Nueva York, McCall Publishing Co., 1969. Higham, Charles, Celebrity Circus, Nueva York, Delacorte, 1979. Higham, Charles, y Greenberg, Joel (eds.), The Celluloid Muse: Hollywood Director Speak, Londres, Angus & Robertson, 1969. Hill, A. F., Secrets of the Sanctum, an Inside View of an Editor's Life, Filadelfia, Claxton, Remsen & Haffelfinger, 1875. Hirshton, Stanley P., Lion of the Lord: A Biography of the Mormon Leader Brigham Young, Londres, J. M. Dent, 1971. Holmes, Charles, The Clocks of Coluvis: The Literary Career of James Thurber, Londres, Secker & Warburg, 1973. How, Harry, Illustrated Interviews, Londres, G. Newnes, 1893. How to Write for the Magazines (by '600£ a year from it'), Londres, Grant Richards, 1900. Huber, Jack, y Diggins, Dean, Interviewing America's Top Interviewers, Nueva York, Birch Lane Press, 1991. Hyde, H. Montgomery, Baldwin: The Unexpected Prime Minister, Londres, Hart-Davis, MacGibbon, 1973. Inge, M. Thomas (ed.), Truman Capote: Conversations, Jackson, University Press of Mississippi, 1987. Juergens, George, Joseph Pulitzer and the New York World, Princeton, Princeton University Press, 1966. Kelley, Kitty, His Way: The Unauthorized Biography of Frank Sinatra, Nueva York, Bantam Press, 1986. Kingsmill, Hugh, Frank Harris, Londres, Jonathan Cape, 1932. Kipling, Rudyard, From Sea to Sea: Letter of Travel, Nueva York, Doubleday & McClure, 1899. Kobler, John, Capone: The Life and World of Al Capone, Londres, Michael Joseph, 1972. Kunitz, S. J. y Haycraft, H., Twentieth Century Authors, Nueva York, H. W. Wilson, 1942; y Suplemento, 1955. Leacock, Stephen, My Discovery of England, Nueva York, Dodd, Mead, 1922. Lennon, Michael, J. (ed.), Conversations with Norman Mailer, Jackson,

University Press of Mississippi, 1988. Liebling, A.J., *The Best of A. J. Liebling*, Londres, Methuen, 1965. Ludwig, Emil, *Talks With Mussolini*, Londres, George Allen & Unwin, 1933. Ludwig, Emil, *Leaders of Europe*, Londres, Ivor Nicholson & Watson, 1934. Lyons, Eugene, *Assignment in Utopia*, Londres, George G. Harrap, 1937. Malcolm, Janet, *The Journalist and the Murderer*, Londres, Bloomsbury, 1991. Marcossou, Issac F., *Adventures in Interviewing*, Nueva York, John Lañe, 1919. Martín, Thornton (Pete), *Pete Martin Calis On...*, Nueva York, Simón & Schuster, 1962. McClellan, David, *Karl Marx: Interviews and Recollections*, Londres, Macmillan, 1981. McCrindle, Joseph (ed.), *Behind the Scenes: Theater and Film Interviews from The Transatlantic Review*, Nueva York, Holt Rinehart & Winston, 1971. Meriwether, James B., y Millgate, Michael (eds.), *Lion in the Garden: Interviews with William Faulkner 1926-1962*, Nueva York, Random House, 1968. Metcalfe, Philip, 1933, Nueva York, The Permanent Press, 1988. Milne, James, *A Window in Fleet Street*, Londres, Constable, 1921. Minney, R. J., *The Journalist*, Londres, Geoffrey Bles, 1931. Morgan, Louise, *Writers at Work*, Londres, Chatto & Windus, 1931. Morgan, Thomas B., *Self-Creations: Thirteen Personalities*, Nueva York, Holt & Rinehart, 1969. Morrison, Stanley, *The English Newspaper*, Cambridge, Cambridge University Press, 1932. Mott, Frank Luther, *American Journalism, A History of Newspapers in the United States through 250 Years, 1690 to 1940*, Nueva York, Macmillan, 1941. Mott, Frank Luther, *A History of American Magazines, 1885-1905*, Cambridge, Harvard University Press, 1957. Newquist, Roy, *Counterpoint*, Chicago, Rand McNally, 1964. Newquist, Roy, *Showcase*, Nueva York, William Morrow and Co., 1966. Newquist, Roy, *Conversations*, Chicago, Rand McNally, 1967. Newquist, Roy, *A Special Kind of Magic*, Chicago, Rand McNally, 1967. Newquist, Roy, *Conversations with Joan Crawford*, Secaucus, NJ, Citadel Press, 1980. Nichols, Beverley, *Are They the Same at Home?*, Londres, Jonathan Cape, 1927. Plimpton, George, (ed.), *Writers at Work. The Paris Review Interviews, Second Series*, Nueva York, Viking Press, 1963. Plimpton, George, (ed.), *Writers at Work. The Paris Review Interviews, Third Series*, Nueva York, Viking Press, 1967. Plimpton, George, (ed.), *Writers at Work. The Paris Review Interviews, Fourth Series*, Nueva York, Viking Press, 1976. Plimpton, George, (ed.), *Writers at Work. The Paris Review Interviews, Fifth Series*, Nueva York, Viking Press, 1981. Plimpton, George, (ed.), *Writers at Work. The Paris Review Interviews, Sixth Series*, Nueva York, Viking Press, 1984. Pound, Reginald, *Mirror of the Century: The Strand Magazine*, Londres, William Heinemann, 1966. Probst, Leonard, *Off Camera: Leveling about themselves*, Nueva York, Stein Day, 1975. Reed, Rex, *Do You Sleep in the Nude?*, Londres, W. H. Allen, 1969. Reed, Rex, *People Are Crazy Here*, Nueva York, Delacorte, 1974. Reed, Rex, *Valentines and Vitriol*, Nueva York, Delacorte, 1977. Reed, Rex, *Travolta to Keaton*, Nueva York, William Morrow and Co., 1979. Robertson, J. W., *The Story of the Pall Mall Gazette*, Londres, Oxford University Press, 1950. Robertson, J. W., *The Life and Death of a Newspaper*, Londres, Methuen, 1952. Robertson, J. W., *We and Me*, Londres, W. H. Allen, 1956. Roudané, Matthew C., *Conversations with Arthur Miller*, Jackson, University Press of Mississippi, 1987. Salmón, Lucy Maynard, *The Newspaper and the Historian*, Nueva York, Oxford University Press, 1923. Shaw, Gerald, *Some Beginnings: The Cape Times (1876-1910)*, Londres, Oxford University Press, 1975. Shenker, Israel, *Words and Their Masters*, Garden City, NY, Doubleday, 1974. Schultz, R.

L., *Crusader in Babylon*: W. T. Stead and the Pall Mall Gazette, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972. Shulman, Edwin L., *Practical Journalism: A Complete Manual of the Best Newspaper Methods*, Nueva York & Londres, D. Appleton, 1903. Spencer, M. Lyle, *News Writing: The Gathering, Handling and Writing of News Stories*, Boston, D. C. Heath & Co., 1917. Springfield, Lincoln, *Some Piquant People*, Londres, T. Fisher Unwin, 1924. Urban, George, *Can the Soviet System Survive Reform?*, Londres, John Spiers, 1989. Van Gelder, Roberts, *Writers and Writing*, Nueva York, Charles Scribners Sons, 1946. Vanderbilt, Jr, Cornelius, *Farewell to Fifth Avenue*, Nueva York, Simón and Schuster, 1935. Vanderbilt, Jr, Cornelius, *Man of the World: My Life on Five Continents*, Nueva York, Crown Publishing, 1959. Viereck, George Sylvester, *Glimpses of the Great*, Londres, Duckworth, 1930. Vrana, Stan A., *Interviews and Conversations with 20th Century Authors Writing in English: An Index*, Metuchen, NJ, Scarecrow Press, 1982. Vrana, Stan A., *Interviews and Conversations with 20th Century Authors Writing in English: An Index, Series II*, Metuchen, NJ, Scarecrow Press, 1986. Vrana, Stan A., *Interviews and Conversations with 20th Century Authors Writing in English: An Index, Series III*, Metuchen, NJ, Scarecrow Press, 1990. Wells, H. G., *Experiments in Autobiography*, Londres, Víctor Gollancz, Cresset Press, 1934. Whyte, Frederik, *The Life of W. T. Stead*, 2 vols., Londres, Jonathan Cape, 1925. Zolotow, Maurice, *It Takes All Kinds*, Londres, W. H. Allen, 1953. PUBLICACIONES PERIÓDICAS 'An Interviewer Interviewed', Lippincott's Magazine, noviembre 1891. 'Are Interviewers a Blessing or a Curse?', por los entrevistados (Mrs. Lynn Linton, Barry Pain, W. T. Stead, John Strange Winter, y W. L. Alden), *The Idler*, diciembre 1895. 'Are Interviewers a Blessing or a Curse?' por los entrevistadores (Raymond Blathwayt, Miss M. A. Belloc, Frederik Dolman, Miss Friederichs, y G. B. Burgin), *The Idler*, enero 1896. Frank Banfield, 'Interviewing in Practice', *National Review*, noviembre 1895. Kenton Bird, 'Impertinent, Inaccurate, Superficial... Has de Interview Had Its Day?' *Journalism Studies Review*, julio 1980. Kenton Bird, 'Who Conducted the First Interview? —And Was It the Start of a Downward Trend?' *Journalism Studies Review*, julio 1979. Raymond Blathwayt, 'The Editor of "Great Thoughts": A Character Sketch and an Interview', *Great Thoughts*, 1909. Raymond, Blathwayt, 'The Ethics of the Higher Journalism: An Interview with the Proprietor of "Great Thoughts"', *Great Thoughts*, 17 julio 1892. Raymond Blathwayt, 'My "Great Thoughts" Interviews', *Great Thoughts*, 1903. Frank A. Burr, 'The Art of Interviewing', Lippincott's Magazine, septiembre 1890. 'Character Sketch: Mr T. P. O'Connor, MP', *The Review of Reviews*, 1902. 'An Experiment in Journalism: A Talk with Mr. William Hill, de "Westminster Gazette"', *The Young Man*, noviembre 1903. Huida Friederichs, 'Difficulties and Delights of Interviewing', *The English Illustrated Magazine*, febrero 1893. Jim A. Hart, 'The McCullagh Johnson Interviews: A Closer Look Journalism Quarterly', primavera 1968. Joyce Kilmer, 'The American Interviewer', *The New Witness*, 10 enero 1918. John B. Lañe, 'Confessions of an Interviewer', *The Pall Mall Magazine*, diciembre 1893. Melvin J. Lasky, 'The Art of the Interview', *Encounter*, marzo 1989. Arthur H. Lawrence, 'Christmas... Then, and Now: Mr George R. Sims at Home', *The Idler*, diciembre 1897. 'Literature and Journalism: A Talk with Sir Wemyss Reid', *Great Thoughts*, 5 abril 1902. Gertrude Lynch, 'Interviewed and Interviewer: Certain Celebrities as the Reporter Sees Them', *The Saturday Evening Post*, 18 marzo 1905. Mark Twain, A

Conglomerate Interview, Personally Conducted by Luke Sharp', Theldier, febrero 1892. C. E. Moreland, 'The Art of Interviewing: A Chat with Mr Raymond Blathwayt', Great Thoughts, 11 junio 1892. Gunnar Nilsson, 'The Origin of the Interview', Journalism Quaterly, invierno 1971. Evelyn March Phillips, 'The New Journalism', New Review, agosto 1895. George Turnbull, 'Some Notes on the History of the Interview', Journalism Quarlerly, septiembre 1936.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de Unigraf, S. L. Móstoles, Madrid, España, en el mes de julio de 1998 notes

Notas a pie de página

¹ Diana Cooper Clark, *Interviews with Contemporary Novelists*, Londres, Macmillan, 1986, p. 1. ² "In memoriam. Charles Lutwidge Dodgson (Lewis Carroll)", *The Manchester Guardian*, 19 de enero de 1898. ³ Citado en Rudyard Kipling, *Something of Myself*, ed. de Thomas Pinney, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 244. ⁴ H. G. Wells, entrevistado por Arthur H. Lawrence, *The Young Man*, agosto 1897, ⁵ *The Pall Mall Gazette*, 7 de agosto de 1889. ⁶ Dustin Hoffman, entrevistado por Leonard Probst, *Off camera: Leveling about Themselves*, Nueva York, Stein & Day, 1975, p. 100. ⁷ "Are Interviewers a Blessing or a Curse?", *The Idler*, diciembre de 1895. ⁸ Frank Banfield, "Interviewing in Practice", *The National Review*, noviembre de 1895. ⁹ Gertrude Lynch, "Interviewed and Interviewer: Certain Celebrities as the Reporter Sees Them", *The Saturday Evening Post*, 18 de marzo de 1905. ¹⁰ Lynn Barber (con motivo de una reseña sobre Janet Malcolm, *The Journalist and the Murderer*), *London Review of Books*, 21 de marzo de 1991. ¹¹ Denis Brian, *Murderers and Other Friendly People: The Public and Private Worlds of Interviewers*, Nueva York, McGraw-Hill, 1973. ¹² *The Oxford English Dictionary, Vol. V*, Oxford, 1961. ¹³ Edward Price Bell, *Major Interviewing: Its Principles and its Functions*, Chicago, editado como separata por Chicago Daily News Co., 15 de enero de 1927. ¹⁴ George Turnbull, "Some Notes on the History of the Interview", *Journalism Quarterly*, septiembre de 1936; Nils Gunnar Nilsson, "The Origins of the Interview", *Journalism Quarterly*, invierno de 1971. ¹⁵ Nilsson, *op. cit.* ¹⁶ Frank Giles, *A Prince of Journalists: The Life and Times of Henri Stefan Oppen de Blowitz*, Londres, Faber y Faber, 1962, p. 139. ¹⁷ Raymond Blathwayt, *Through Life and Round the World, Being the Story of My Life*, Londres, George Allen & Unwin, 1917, p. 165. ¹⁸ Edwin L. Shuman, *Practical Journalism: A Complete Manual of the Best Newspaper Methods*, Nueva York y Londres, D. Appleton, 1903, pp. 47-48. ¹⁹ Marlen Pew, "Shop Talk at Thirthy", *Editor & Publisher*, 13 de octubre de 1934. ²⁰ *Cincinnati Daily Commercial*, 13 de febrero de 1868. ²¹ *Daily News*, 17 de diciembre de 1869. ²² *The Nation*, 28 de enero de 1869. ²³ *Ibid.*, 17 de julio de 1873. ²⁴ *Galaxy*, Nueva York, diciembre de 1874. ²⁵ *Atlanta Constitution*, 16 de agosto de 1879. ²⁶ Citado en John Brady, *The Craft of Interviewing*, Cincinnati, *Writer's Digest*, 1976, p. 226. ²⁷ *The Nation*, enero de 1869. ²⁸ Citado por W. T. Stead en su contribución al simposio arriba citado, *The*

Idler, diciembre de 1895.²⁹ Raymond L. Schults, *Crusader in Babylon: W. T. Stead and the Pall Mall Gazette*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972, p. 83.³⁰] *Ibíd.*, p. 61.³¹] Henry Fox Bourne, *English Newspapers*, Londres, Chatto & Windus, 1887, II, p. 343.³² The Pall Mall Gazette, 23 de agosto de 1884.³³ Entrevista a la reina Victoria publicada en *World*, Nueva York, 17 de junio de 1883.³⁴ Entrevista realizada a Ulysses S. Grant por T. C. Crawford para *World*, Nueva York, 22 de marzo de 1884.³⁵ Citado en don Carlos Seitz, *Joseph Pulitzer, His Life & Letters*, Nueva York, Simón & Schuster, Inc., 1924, p. 422.³⁶ Giles, *op. cit.*, p. 145.³⁷ How to Write for the Magazines (by "£600 a year from it"), Londres, Grant Richards, 1900, pp. 103-104.³⁸ Evelyn March Phillips, "The New Journalism", *New Review*, agosto de 1895.³⁹ Raymond Blathwayt, "The Editor of 'Great Thoughts': A Character Sketch and an Interview", *Great Thoughts*, 1909.⁴⁰ Raymond Blathwayt, "The Ethics of the Higher Journalism: An Interview with the Proprietor of 'Great Thoughts'", *Great Thoughts*, 17 de julio de 1892.⁴¹ Lincoln Springfield, *Some Piquant People*, Londres, T. Fisher Unwin, 1924, p. 82.⁴² "Character Sketch: T. P. O'Connor, MP", *The Review of Reviews*, 1902.⁴³ "A Chat with Conan Doyle" (by an *Idler* interviewer), *The Idler*, octubre de 1894.⁴⁴ John Carey, *The Intellectuals and the Masses: Pride and Prejudice among the Literary Intelligentsia, 1880-1939*, Londres, Faber and Faber, 1992, pp. 7-8.⁴⁵ Elizabeth L. Banks, *The Autobiography of a 'Newspaper Girl'*. Londres, Methuen, 1902, p. 287.⁴⁶ Huida Friederichs, "Difficulties and Delights of Interviewing", *The English Illustrated Magazine*, febrero de 1893.⁴⁷ Banks, *op. cit.*, p. 287.⁴⁸ Ernest Foster, *An Editor's Chair: A Record of Experiences and Happenings*, Londres, Everett & Co., 1909, p. 193.⁴⁹ Rev. H. R. Haweis, "A Prince of Humourists: Interview with Mark Twain", *Great Thoughts*, 5 de octubre de 1907.⁵⁰ Jack Huber y Dean Diggins, *Interviewing America's Top Interviewers: Nineteen Top Interviewees Tell All About What They Do*, Nueva York, Birch Lane Press, 1991, p. 28.⁵¹ Foster, *op. cit.*, p. 194.⁵² *The Pall Mall Gazette*, 19 de diciembre de 1895.⁵³ Edward John Hart, "Illustrated Interviews. N.º XL. "Sarah Bernhardt", *The Strand Magazine*, 1905.⁵⁴ Arthur H. Lawrence, "Christmas-Then and Now!: Mr George R. Sims at Home", *The Idler*, diciembre de 1897.⁵⁵ Arnold Haultain (ed.), *A Selection from Goldwin Smith's Correspondence*, Londres, T. Werner Laurie, 1913, p. 419.⁵⁶ George Jacob Holyoake, *Sixty Years of an Agitator's Life*, Londres, T. F. Unwin, 1893, II, pp. 156-157.⁵⁷ Joyce Kilmer, "The American Interviewer", *The New Witness*, 10 de enero de 1918.⁵⁸ G. K. Chesterton, *What I Saw in America*, Londres, Hodder and Stoughton, 1923,

pp. 47 y ss.⁵⁹ Stephen Leacock, *My Discovery of England*, Nueva York, Dodd, Mead, 1922, pp. 21 y ss.⁶⁰ A. J. Liebling, "Interviewers", *The Best of A. J. Liebling*, Londres, Methuen, 1965, p. 97.⁶¹ Brian, *op. cit.*, p. VII.⁶² Charles Holmes, *The Clocks of Columbas: The Literary Career of James Thurber*, Londres, Secker and Warburg, 1973, p. 315.⁶³ R. J. Minney, *The Journalist*, Londres, Geoffrey Bles, 1931, p. 87.⁶⁴ Isaac F. Marcossou, *Adventures in Interviewing*, Londres, John Lañe, The Bodley Head, 1919, p. 68.⁶⁵ *Ibid.*, p. 71.⁶⁶ Price Bell, *op. cit.*⁶⁷ Giles, *op. cit.*, p. 140.⁶⁸ Ambas citas de Frank Banfield, *op. cit.*⁶⁹ "The Art of the Interview", Melvin J. Lasky, *Encounter*, marzo de 1989.⁷⁰ John B. Lañe, "Confessions of an Interviewer", *The Pall Mall Magazine*, diciembre de 1893.⁷¹ A. F. Hill, *Secrets of the Sanctum, an inside view of an editor's life*, Filadelfia, Claxton, Remsem & Haffelfinger, 1875, pp. 59-60.⁷² *The Sunday Herald* (Boston) y *Boston Globe*, 23 de octubre de 1892.⁷³ John B. Lañe, "Confessions of a Interviewer", *The Pall Mall Magazine*, diciembre de 1893.⁷⁴ Entrevista a George Moore por Kate Carew, *The New-York Tribune*, 26 de enero de 1913.⁷⁵ Citado en Maurice Zolotov, *It Takes A U Kinds*, Londres, W. H. Allen, 1953, p. 3.⁷⁶ Publicada por primera vez en *The Thurber Carnival* (1945); versión revisada en *Thurber Country*, Londres, Penguin Books, 1962; también Holmes, *op. cit.*, pp. 283-284.⁷⁷ Holmes, *op. cit.*, p. 284.⁷⁸ Willard Grosvenor Bleyer, *Newspaper Writing and Editing*, Boston, Houghton Mifflin, 1913, pp. 130-131.⁷⁹ Giles, *op. cit.*, p. 140.⁸⁰ *Ibid.*, p. 154.⁸¹ Entrevista a W. T. Stead por Maud Churton Braby, *The World of Dress*, junio de 1905.⁸² Bing Crosby, "I Cali on Pete Martin (Conclusión)", *The Saturday Evening Post*, 12 de agosto de 1961.⁸³ A.J. Liebling, *op. cit.*, p. 197.⁸⁴ J. W. Robertson Scott, *The Life and Death of a Newspaper*, Londres, Methuen & Co., 1952, p. 160; para la entrevista con el sultán Mehmed IV, *vid. The Review of Reviews*, febrero de 1913.⁸⁵ Giles, *op. cit.*, p. 148.⁸⁶ Marcossou, *op. cit.*, p. 71.⁸⁷ Djuna Barnes, 19 de julio de 1914.⁸⁸ Gerald Clarke, *Truman Capote*, Londres, Hamish Hamilton, 1988, p. 302.⁸⁹ Brian, *op. cit.*; citado en M. Thomas Inge, *Truman Capote: Conversations*, University Press of Mississippi, 1987, p. 222.⁹⁰ "Home Thoughts: Geoffrey Wheatcroft on the Killer Interview", *The Independent Magazine*, 25 de agosto de 1990.⁹¹ Giles, *op. cit.*, p. 160.⁹² Bing Crosby, "I Cali on Pete Martín", *The Saturday Evening Post*, 5 de agosto de 1961.⁹³ Pete Martin, "I Cali on Dean Martin", *The Saturday Evening Post*, 29 de abril de 1961.⁹⁴ "An Interview is a Love Story", *Time*, 20 de octubre de 1975, p. 31.⁹⁵ Huber y Diggins, *op. cit.*, pp. 136 y 138.⁹⁶ Janet Malcolm, *The Journalist and the Murderer*, Londres,

Bloomsbury, 1991, p. 59.⁹⁷ John Kobler, *Capone: The Life and World of Al Capone*, Londres, Michael Joseph, 1971, pp. 311-312.⁹⁸ Rex Reed, *Do you Sleep in the Nude?*, Londres, W. H. Allen, 1969, p. xi.⁹⁹ The Independent Magazine, 25 de agosto de 1990.¹⁰⁰ Francine du Plessix Gray en su introducción a la edición de George Plimpton, *The Paris Review Interviews, Fifth Series*, Nueva York, Viking Press, 1981, p. xi.¹⁰¹ Citado en 'Jugular Journalism', Mark Lawson, *Mirabella* (Reino Unido), noviembre de 1990.¹⁰² Derrick Grigs, "Conversation at Oxford", *Sight & Sound*, primavera de 1960.¹⁰³ Ashley (ed.), *Dictionary of Literary Biography*, vol. 23, periodistas estadounidenses, 1873-1900, Detroit, Gale Research, 1983, p. 204.¹⁰⁴ «The Art of Interviewing», Frank A. Burr, *Lippincott's Magazine*, septiembre de 1890.¹⁰⁵ Henri Stephan de Blowitz, *My Memoirs*, Londres, Edward Arnold, 1903, p. 7.¹⁰⁶ Alyce Barry (ed.), *Interviews: Djuna Barnes*, Washington DC, Sun and Moon Press, 1985, p. 258.¹⁰⁷ Foster, *op. cit.*, pp. 177-178.¹⁰⁸ *The Young Man*, septiembre de 1914.¹⁰⁹ Marcossou, *op. cit.*, p. 81.¹¹⁰ Earl Wilson, *The Show Business Nobody Knows*, Londres y Nueva York, W. H. Allen, 1972, pp. 121-122.¹¹¹ Referencia a Reed de Brady, *op. cit.*, p. 160. (Brady omite mencionar que sucedió en una casa de baños gay como le dijo al autor el mismo Reed); referencias a Marcossou y a Fallad de Brady, *ibid.*, pp. 156-157.¹¹² Ambas citas referidas a Groucho Marx de Charlotte Chandler, *¡Hola y adiós! Groucho y sus amigos*, Tusquets ed., 1983.¹¹³ Henry Brandon, *Conversations with Henry Brandon*, Londres, André Deutsch, 1966, p. 9.¹¹⁴ Charles Higham, *Celebrity Circus*, Nueva York, Delacorte, 1979, p. 7.¹¹⁵ Brian, *op. cit.*, p. 226.¹¹⁶ Lynn Barber, *Mostly Men*, Londres, Viking, 1991, p. xiv.¹¹⁷ Citado en Brady, *op. cit.*, p. 230.¹¹⁸ Citado en J. A. Hammerton, *Steuenscmiana*, Londres, Grant Richards, 1902.¹¹⁹ Blathwayt, *op. cit.*, p. 165.¹²⁰ Burr, *op. cit.*¹²¹ M. Lyle Spencer, *News Writing: The Gathering, Handling and Writing of News Stories*, Nueva York, D.C. Heath, 1917, pp. 127-128.¹²² Giles, *op. cit.*, p. 157.¹²³ Yorkshire Observer, citado en The People, 25 de mayo de 1924.¹²⁴ Lord Burnham, *Peterborough Court*, Londres, Cassell & Co., 1955, pp. 149-154; también Lucy Maynard Salmón, *The Newspaper and the Historian*, Nueva York, Oxford University Press, 1923, 1923, pp. 236-237.¹²⁵ Eugene Lyons, *Assignment in Utopia*, Londres, George G. Harrap & Co., 1937, pp. 384-389.¹²⁶ Citado en Robert Shelton, *No Direction Home: The Biography of Bob Dylan*, Nueva York, William Morrow and Co., p. 287.¹²⁷ Las dos versiones aparecieron en *The Sunday Times*, 4 de marzo de 1956, y en *The Reporter*, 22 de marzo de 1956; el desmentido de Faulkner en *The Reporter*, 19 de abril de 1956.¹²⁸ Brian, *op. cit.*, p. 157.¹²⁹ Harvey Breit, *The Writer Observed*,

Londres, Alvin Redman, 1957, pp. 15-16 y 23-24.¹³⁰ Malcolm, *op. cit.*, p. 157.¹³¹] "Are Interviewers a Blessing or a Curse?", *The Idler*, diciembre de 1895.¹³² Malcolm, *op. cit.*, p. 155 y p. 158.¹³³ Penelope Gilliatt, *Three-Quarterface: Reports and Reflections*, Nueva York, Coward, McCann & Geoghehan, 1980, p. 13.¹³⁴ Barry G. Golson (ed.), *The Playboy Interview II*, p. x.¹³⁵ Diario del autor, *The Independent on Sunday*, 2 de junio de 1991.¹³⁶ M. Lyle Spencer, *op. cit.*, p. 130.¹³⁷ Digby Diehl, *Supertalk*, Garden City, NY, Doubleday, 1974, p. viii.¹³⁸ Albert J. Devlin (ed.), *Conversations with Tennessee Williams*, Jackson, University Press of Mississippi, 1986, pp. viii-ix.¹³⁹ Citado en Kitty Kelley, *His Way: The Unauthorized Biography of Frank Sinatra*, Nueva York, Bantam Press, 1986, pp. 334-336.¹⁴⁰ Wilfrid Sheed en su introducción a la edición de George Plimpton, *Writers at Work: The Paris Review Interviews, Fourth Series*, Nueva York, Viking Press, 1976, p. xiv.¹⁴¹ M. Thomas Inge, *op. cit.*, p. x.¹⁴² George Plimpton (ed.), *Writers at Work: The Paris Review Interviews, Fifth Series*, p. xiv.¹⁴³ Young Boswell (seudónimo de Harold Stark), *People You Know*, Nueva York, Boni and Liveright, 1924, p. 294.¹⁴⁴ Wilfrid Sheed en su introducción a la edición de George Plimpton, *Writers at Work: The Paris Review Interviews, Fourth Series*, p. xi.¹⁴⁵ Thomas B. Morgan, *Self-Creations: Thirteen Impersonalities*, Nueva York, Holt & Rinehart, 1969, p. 4.¹⁴⁶ Citado en la edición de James B. Meriwether y Michael Millgate, *Lion in the Garden: Interviews with William Faulkner 1926-1962*, Nueva York, Random House, 1968, p. x.¹⁴⁷ Evelyn Waugh, "The Gentle Art of Being Interviewed", *Yogue* (Nueva York), julio de 1948.¹⁴⁸ The New York Times Magazine, 24 de diciembre de 1972.¹⁴⁹ The Sunday Telegraph, 14 de julio de 1991.¹⁵⁰ Cornelius Vanderbilt Jr., *Man of the World: My Life on Five Continents*, Nueva York, Crown Publishing, 1959, p. 60; Tom Driberg, *Ruling Passions*, Londres, Jonathan Cape, 1977, p. 240; Fallad citada en Huber y Diggins, *op. cit.*, p. 30.¹⁵⁰ Lyons, *op. át.*, p. 390.¹⁵⁰ *Tatler*, marzo de 1991.¹⁵³ Jann S. Wenner, "A Letter From the Editor", *Rolling Stone*, 15 de octubre de 1992.¹⁵⁰ Leonard Probst, *op. át.*, p. 11.¹⁵⁰ Charlotte Chandler, *The Ultimate Seduction*, Garden City, NY, Doubleday & Company Inc., 1984, p. 352.¹⁵⁰ *Evening Standard*, 22 de abril de 1993.¹⁵⁷ Banfield, *op. cit.*¹⁵⁸ Tammany Hall: Organización perteneciente al Democratic Party de Nueva York, que tomó su nombre de un famoso jefe indio. Tuvo gran relevancia y reputación más que dudosa por sus métodos gangsteriles desde 1800 hasta la década de 1930.

